una novela de romance por

VALERIE PARRIS



El Amor se escribe por Capítulos



©Todos los derechos reservados.
©El amor se escribe por capítulos.
©Valerie Parris.
Instagram: ValerieParriss
Diseño de portada: @meganherzart
ISBN: 9798326297167
Sello: Independently published
Edición especial para Amazon.
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dedicado a todas las chicas que han cometido alguna
locura con el corazón roto.
Y especialmente a mi hermana, Andrea,
que me ha acompañado cada vez
que he sido una de ellas.

1. ¿Por qué no te fuiste a dormir?

Maddie

No pude conciliar el sueño esa noche. Sabía que lo que había hecho estaba mal, muy mal. Me sentí terrible y arrepentida en cuanto el alcohol comenzó a desvanecerse de mi cuerpo. Emociones encontradas empezaron a atacarme: nervios, excitación y pánico.

Sin embargo, ya era demasiado tarde para arrepentirme. Cuando admití que mi comportamiento había sido pésimo, el amanecer estaba cerca y mi teléfono no dejaba de sonar. Las notificaciones de Valentín se amontonaban en la pantalla, vibrando sin cesar por horas. Ni siquiera me atreví a tocarlo. Ver la pantalla encendiéndose sin parar me causaba dolor de estómago.

Cerré los ojos, tratando de calcular cuántas horas habían pasado.

Llegué después de la una de la mañana, me metí en su teléfono y publiqué su libro a las tres de la madrugada. Ya son las nueve. Han pasado demasiadas horas. Realmente la he cagado. Sí, y en grande.

Tomé aire profundamente, tratando de controlar mi respiración agitada.

Ok, Maddie... a contabilizar tus errores.

Bebí una botella de agua y me comí un muffin mientras abría la aplicación en el celular de Valentín. Cinco horas habían pasado desde que había publicado sin permiso el primer capítulo de la nueva novela de Valentín, y el segundo capítulo escrito por mí, o mejor dicho, por la versión ebria y despechada de mí.

A ver, si poca gente lo ha leído, lo borraré y haré como si no hubiera pasado nada.

Escupí el último trozo de muffin, que por accidente cayó en la cabeza de mi perrita Maya, y por unos segundos, olvidé respirar. No podía creer que algo así hubiera sucedido. Miles de vistas y comentarios en pocas horas. En ese momento, tomé conciencia del alcance de mis acciones, y supe que no era algo que pudiera arreglarse fácilmente.

Valentín era mucho más popular de lo que yo pensaba, y eso era un problema porque había publicado su novela sin su consentimiento y todos sus seguidores se habían enterado. Ya no podía hacer nada al respecto.

Mierda. ¿Qué he hecho? ¿por qué no me fui a dormir en vez de meterme en el celular de Valentín?

Dicen que la mayoría de las peores decisiones se toman con el corazón roto. Y yo, con el corazón muy roto, me había metido en las cosas privadas de un chico del que apenas sabía su nombre, aunque lo había observado bastante porque me atraía increíblemente. Él, por supuesto, no lo sabía.

Un nuevo mensaje de alguien llamado Ally apareció en la pantalla:

Ally: Valentín, ¿cómo no me dijiste nada? Entiendo que te haya molestado el mensaje que te envié ayer, pero trabajamos juntos. De todas formas, he leído lo que has publicado y me ha encantado. El tercer capítulo lo espero en una semana. Me lo envías a mí primero. Dado el éxito, pondremos el pago a partir del capítulo diez.

¡Rayos! Me mordí todas las uñas. Me sentía nerviosa y estresada. Con cada extremidad de mi cuerpo temblando, me acaricié los costados de la cabeza. No sabía cómo arreglar la cagada que había dejado.

Inhala. Exhala. Tú puedes.

Y de repente, el celular de Valentín comenzó a sonar. Salté de la cama y el teléfono cayó al suelo.

¿Por qué? ¿por qué tengo su celular de entre todas las personas? ¿por qué he sido tan irresponsable? No, no, no. Todavía no estoy preparada para esto.

Dejé de respirar por varios segundos, me acerqué lentamente y cogí el celular una vez más, como si fuera una granada a punto de explotar. No salía quién llamaba y presentía que era él.

Tomé aire y pegué un grito de estrés. Debía enfrentar las consecuencias de mis actos, así que con las manos temblorosas y odiándome a mí misma, contesté:

—¿Hola? —respondí con un hilo de voz. Alguien respiraba aceleradamente desde el otro lado del teléfono. Arrugué la cara, como si estuviera esperando a que me gritara.

—¿Fuiste tú? —preguntó entre dientes. Incluso hablando así, supe que era él. Su voz cargada de rabia y desprecio me hizo sentir peor. Mis manos sudaban alrededor del teléfono.

Maddie, el chico que has estado mirando durante un mes, te odia.

—Lo siento, yo... —Comencé a sollozar. En mi defensa, ya estaba demasiado sensible y no quería que nadie me regañara—. De verdad lo siento, es que anoche...

—Me importa una mierda. —Me interrumpió. Abrí la boca, sintiéndome horrorizada de que me tratara así. Está bien, había actuado mal, pero nadie me hablaba de esa forma. Él continuó—: ¿Por qué lo has hecho? ¿cómo te metes así en mis cosas? ¿tan aburrida estás de tu vida? —preguntó fríamente—. ¿O crees que por tener mi celular tienes derecho a meterte en mi trabajo? —agregó enfadado—. No te imaginas el problema que me has creado. Estoy hasta la mierda por tu culpa.

Me quedé unos segundos recuperándome de sus palabras y buscando en mi mente alguna respuesta que no arruinara más las cosas.

Resoplé y apreté los labios. Me sentía terrible, por mi culpa estaba hasta la mierda. Así que me tragué mi orgullo.

—Déjame hablar —pedí con la voz más calmada que pude—. Sé que no debí hacerlo, pero leí el borrador del primer capítulo que escribiste. —Exhaló enojado—. Lo siento por haberlo leído, y llegó... llegó un mensaje presionándote para que escribieras el siguiente o tendrías consecuencias. —Me sentía una estúpida porque nada de lo que yo dijera justificaba lo que había hecho—. Salí, bebí alcohol, llegué a mi casa, escribí un segundo capítulo y lo publiqué. Lo siento de nuevo —solté, incluso un poco aliviada.

—¿Terminaste? —preguntó con sequedad—. Si entendí bien, bebiste y publicaste mi novela. —Soltó una risa irónica—. ¿Qué? ¿acaso nadie te presta atención? ¿esa es toda tu respuesta?

Maldito idiota.

De repente, ya no me sentía tan arrepentida por lo que había hecho. Rodé los ojos y, si me hubiese visto la cara, se habría dado cuenta de las ganas que tenía de golpearlo.

—Sí —respondí, entre dientes. Una parte de mi cerebro ya comenzaba a decir que, después de todo, lo había ayudado. La otra parte, más sensata, me decía que me callara porque sus problemas no eran míos.

—Si fuera por mí, te demandaría por lo que has hecho. Pero ahora estás atrapada en esto conmigo —sentenció.

Detuve todos mis movimientos. Quien soltó la carcajada esa vez fui yo. *¿Atrapada con él? ¿está diciendo lo que creo?*

—¿A qué te refieres? —pregunté sorprendida, esperando a que me lanzara otra de sus frases hirientes. No importaba, ya estaba dañada desde la noche anterior cuando había terminado mi noviazgo de años.

—A que necesito tu ayuda —soltó después de unos segundos—. Escucha, el capítulo que escribiste le encantó a mis lectoras.

Se quedó callado. Ari justo apareció por la puerta con su mejor cara de trasnochada, e hice un gesto para que no dijera nada. A Valentín le estaba costando trabajo hablar.

—¿Y...? —pregunté, sintiéndome sorprendida por el giro que había dado la conversación—, ¿necesitas algo de mí? ¿de la aburrida? ¿la que no tiene suficiente atención?

Bufó. Ari arrugó la frente y se sentó junto a mí, fascinada. Amaba el drama.

—Dile que se vaya a la mierda y que ya hay otro chico en tu vida —susurró bajito, pensando que hablaba con mi ex. Hice un gesto para que se callara.

—Supongo que ese otro chico no soy yo —murmuró Valentín. Cerré los ojos, completamente roja. Comencé a explicarle con señas a Ari lo que había hecho—. Vale, vale. Te ofrezco una colaboración —terminó por decir.

Moví la cabeza. Ya me había metido mucho, no quería problemas. Menos con él. Me aterraba que supiera que era yo, la misma chica que le preparaba los cafés. No, eso sí que no. No quería ser la psicópata de la cafetería. Sí, reconocía que lo que escribí estaba entretenido y se complementaba perfectamente con el capítulo escrito por él. Pero me sentía demasiado miserable en mi vida como para embarcarme en algo así. O al menos tendría que pensarlo.

—Yo... no sé. Prefiero que no —dije, pensando en cortar la conversación y nunca más saber nada de eso. Ya vería cómo devolverle el celular.

Resopló.

—Está bien, pero —comenzó a decir alargando la última palabra—. Si no quieres que en tu trabajo se enteren de lo que has hecho, quizás te gustaría reconsiderarlo.

Esperen, ¿me está amenazando?

Solté una carcajada.

—Eres un idiota. Ya te pedí perdón —repliqué sin pensar—. No te pienso ayudar.

Eres un imbécil. Guapo, pero imbécil.

—Estaré esperando tu llamada, Mads. —Cortó, y el teléfono se deslizó por mis manos y cayó sobre mi pie.

—¡Mierda!

Mads. ¿Dijo Mads? Oh, dios. ¿Sabe que soy yo?

—¿Qué te pasa? ¿quién era? —A Ari le brillaban los ojos.

—Valentín —dije, con la voz apenas saliendo. Ari abrió los ojos y su mirada se deslizó al teléfono en el suelo.

—¿Qué has hecho Maddie?

Me lancé de espaldas a la cama.

—Es escritor —murmuré, sintiéndome miserable—. Tú ganaste y él sabe que soy yo quien tiene su celular.

—Explícame, ¿cómo diablos es que tienes su celular? ¿te has vuelto loca?

2. El chico misterioso

Maddie

Maddie... ¿dónde está tu mente hoy? Pareces distraída —dijo mi amiga mientras sacaba leches de una caja. Me giré para darle una gran sonrisa.

—Ari... —dije, imitando su tono. Suspiré y miré hacia la puerta, pero no había ningún cliente nuevo—. Sabes que a esta hora no viene casi nadie —murmuré.

Ella chasqueó la lengua.

—Pero Martina te está mirando —dijo mientras metía la leche en los refrigeradores pequeños. Miré de reojo a mi jefa, que estaba en la misma posición que yo, con su celular en la mano.

Me agaché para ayudar a Ari.

—¿Ese idiota otra vez? —preguntó, obligándome a mirarla.

—No le llames así —gruñí, y luego rodé los ojos—. Pero sí, ese idiota otra vez.

Bufó.

—Llamo las cosas por su nombre. Estamos en un café, esto es leche —dijo alzando una de las cajas—, y tu novio es un idiota —explicó, batiendo sus pestañas. No pude evitar reírme—. Dime, ¿qué ha hecho esta vez?

—Dijo que vendría a buscarme hoy.

—Déjame adivinar. —Ari se llevó la mano a la barbilla. De repente, chasqueó los dedos—. Tiene un plan con alguno de sus amigos. Dime Ari la vidente.

Solté otra risa a pesar de que me sentía mal. Que mi novio no quisiera pasar tiempo conmigo ya era una constante de los últimos meses, y parecía que casi me estaba acostumbrando.

—Ya sabes, un plan más entretenido que estar conmigo. Y yo que creía que era la reina de la fiesta —bromeé.

—Sí, y te la pasas trabajando y con un libro entre las cejas. —Me miró fijamente—. Oh, no, no empieces —dijo, deteniéndose con una leche a medio camino hacia el refrigerador.

—¿Con qué? —pregunté, entornando los ojos.

—Que no es culpa tuya.

Resoplé.

—Lo sé. Aunque a veces pienso que si hubiera entrado a la universidad al mismo tiempo que él, las cosas serían diferentes.

Ella soltó una carcajada irónica.

—No me hagas reír, cariño. Él seguiría siendo igual de imbécil, y tú en vez de esperarlo a la salida del trabajo, lo estarías esperando a la salida de la universidad.

Sonó la campana de la puerta.

—Oye, te voy a contratar para que me subas el ánimo mañana también —susurré con el ceño fruncido. Me puse de pie para atender. El delantal se me enganchó en el borde de la mesa, y

tratando de soltarlo, boté todos los vasos de café. Levanté la vista, algo colorada por mi torpeza.

Oh, dios.

Esa fue la primera vez que lo vi. Aunque en ese momento nunca imaginé que ese chico tan guapo y atractivo sería uno de mis principales dolores de cabeza. Nada indicaba que él no sería más que otro cliente de la cafetería. Se quedó quieto en la puerta, leyendo desde allí el menú que tenía a mis espaldas. Leía de un lado a otro, pero sin detenerse en mí.

Me quedé mirándolo con la respiración un poco inconstante. No es que haya entrado el hombre más guapo del mundo, pero a veces sientes que conectas con alguien sin siquiera haber hablado. Eso me pasó con él. Aunque sí, era guapo, y no le quitaré mérito a lo atractivo que era. Tenía un estilo desordenado y rebelde que me encantó. Llevaba unos pantalones negros y arremangados que dejaban ver sus tobillos, una camiseta rosa y un abrigo negro hasta sus rodillas. Su cabello era oscuro y desarreglado. La punta de su nariz se encontraba roja por el frío, pero su cara destacaba más que nada por sus enormes ojos verdes que iban de un lado a otro leyendo el menú, y de repente, se quedaron fijos en mí.

Me pregunté si se habría dado cuenta de que lo había estado mirando todo ese rato. Dejé de mirarlo, recordando que tenía novio y que no quería más emociones por ese día. Quería ir a mi cama, envolverme con una manta y ponerme a pensar en lo miserable que era. Pero el chico frente a mí y la desesperación que produjo en mis hormonas fueron como un llamado de atención sobre mi noviazgo. Literalmente, una mirada me provocó emoción. Ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa que no alcanzó a mostrar sus dientes, pero los ojos se le achinaron levemente.

Comenzó a acercarse y de repente, todos mis movimientos se me hicieron extraños. Sentí el calor subir a mis mejillas a medida que el dulce olor de su perfume me embargaba.

Ahora es cuando debo decir mi frase mata pasiones.

—Hola, bienvenido al Club del Café. Mi nombre es Maddie, ¿qué te gustaría beber?

Arrugó la frente apenas terminé mi frase de conquista asegurada. Me pregunté si estaba roja, desordenada o si tenía algo en la cara.

—¿Cuál es el café que más sabroso les queda? —preguntó, poniendo cara de curiosidad. Su voz era un poco ronca y sus largas pestañas sobre esos enormes ojos me dejaron hipnotizada unos segundos. Ari se rio por lo bajo y le di un golpecito con el pie.

—¡Auch!

Él se adelantó unos centímetros como si quisiera ver quién estaba tras el mesón.

—Latte con leche de almendras y un toque de menta —respondí sonriente. Me encogí de hombros—. Al menos ese es mi favorito —murmuré, como si estuviera contando algún secreto. Y para ser sincera, de los nervios, fue el primero que se me ocurrió. Mi favorito es con caramelo.

¿Menta? ¡Puaj! No me lo pidas, por favor. Por favor.

Asintió con los ojos entornados, dudando si creerme o no. Por un segundo pareció que leía mi mente y tuve ganas de soltar una risa nerviosa.

—Entonces quiero uno de esos —dijo, deslizando su mirada a la insignia en mi pecho que decía Madison—, Mads. —Sacó su tarjeta para pagar. Cogí uno de los vasos y un lápiz para escribir su nombre, con la mente un poco perdida en que me llamó Mads y no Maddie como yo me había presentado.

—¿Cuál es tu nombre?

—Qué rápida —susurró Ari. Respiré hondo, eso sí lo había escuchado el chico. Nos quedamos mirando unos instantes. En los que me puse más colorada y él soltó una carcajada. Se sacudió el cabello.

—Valentín.

—¿Qué?

—Mi nombre es Valentín —respondió, señalando el vaso.

—Te llamaré cuando esté listo —dije, totalmente avergonzada.

Soltó una risita coqueta que me hizo estremecer con el vaso en la mano. Pensé que estábamos teniendo un momento. Hasta que contestó su celular.

—Hola cariño, te he extrañado. —Me hizo una seña de que se iría a sentar. Caminó hasta una mesa que quedaba en un extremo de la cafetería, pero yo podía verlo perfectamente. Ari se puso de pie.

—¿Dónde está? —preguntó en voz baja.

—Allí —dije, señalándolo con los ojos.

—Muy muy guapo. Es como de tu estilo. Viste algo extravagante y tiene un toque de misterio. Te apuesto a que lee tanto como tú o hace algo parecido —dijo, como si lo hubiese descifrado con solo una mirada.

Solté una carcajada.

—Tú solo quieres que Santiago desaparezca de mi vida.

—¿Quién? ¿yo? —preguntó irónicamente—. Nah, la verdad es que Santi me agrada mucho.

—Pero...

—¿Pero qué?

—Lo dijiste como si fueras a decir algo más —murmuré, concentrada en que el café quedara perfecto.

—Pero no es material de novio.

Levanté la cabeza y seguí los movimientos de Valentín como si estuviera hipnotizada por él. De perfil, su mandíbula cuadrada y sus facciones deliciosamente perfectas destacaban en ese rincón de la cafetería.

—Lo sé, lo sé. —Busqué la tapa del vaso.

—Ah, ¡termina con él! —exclamó Ari, plantando una mano a mi lado con tanta fuerza que me sobresaltó y casi boté el café—. Hazlo.

Se me apretó el pecho e hice un puchero. Mi amiga me estaba diciendo lo mismo que mi cerebro, solo que ni siquiera me daba la oportunidad de pensarlo.

—Pero son dos años. No puedo, no puedo tirar a la basura tanto tiempo —dije, preocupada. Ari resopló y por un segundo pareció que quería golpearme—. Ya está listo, ¿llamas tú a Valentín? —pregunté, arrugando la frente. De lo roja que estaba no quería hablarle.

Mi amiga me quedó mirando con los ojos muy abiertos. Luego, esbozó la sonrisa más grande que pudo.

—Madison Foster, ¿te gusta ese chico?

Me asusté porque creí que lo había dicho más fuerte de lo necesario. Exhalé, entornando los ojos.

—¿De qué hablas? Lo conozco desde hace cinco minutos —respondí, mientras ella estaba pegada observándolo—. ¿Qué haces? —pregunté, entre dientes—. Deja de mirarlo.

—Se va a dar cuenta de que lo estamos mirando —explicó, inclinándose para verlo mejor.

—Ya lo sé, por eso deja de hacerlo —pedí.

No quería que pensara que éramos acosadoras. Ari tanteó los dedos calmadamente.

—Lo haré solo si le pides su número la próxima vez que venga a la cafetería. —Deslizó su dedo por el mesón, mientras me miraba coquetamente.

Solté una carcajada irónica, pero ella no se retractó de sus palabras. Es más, ladeó su cabeza hacia mí con una expresión que se me hizo algo diabólica.

—No —dije, dando un paso atrás moviendo la cabeza.

—O le diré yo que quieres su Instagram desesperadamente y que te da vergüenza pedírselo.

Arrugué el entrecejo.

—Oye, ¿y tú crees que tenemos cinco años?

—Se está enfriando ese café —respondió, luciendo triste—, ¿le vas a dar un café frío? Porque malo ya está.

—¡Valentín! —llamé. Tragué saliva cuando cortó la llamada y se puso de pie. Sacudió su cabeza, y con la mano derecha se revolvió el cabello. Se había sacado el abrigo, lo que fue como una tortura para mí. Si a algo le tenía debilidad en la vida, eran los tatuajes. No sé por qué. Según mi opinión, era como darle un toque sexy salvaje a los chicos. Y uno de sus brazos, tatuado en toda su extensión, me aceleró el corazón—. Oh, no, no lo haré —susurré, negando con la cabeza.

—¿Y por qué te pones tan nerviosa? —preguntó Ari.

—Ok —dije. Justo Valentín llegó y le entregué el café rápidamente—. Que lo disfrutes.

—Gracias, Mads —dijo Valentín mientras tomaba el café que le había entregado. Luego, volvió a su asiento sin mirarme.

Ari soltó un suspiro y pareció derretirse en el lugar.

—Mads, me encanta —dijo mientras me agarraba por la cintura y se acercaba a mi oído—. Mañana, Mads —susurró con una sonrisa. Yo fingí una sonrisa en respuesta.

Aunque la mayoría de las personas que entraban a la cafetería iban de paso, tenía la sensación de que Valentín volvería. Era un presentimiento que me hacía sentir incómoda. Y cuando lo vi entrar al otro día, casi boté el café que estaba haciendo de las manos. No podía evitar sentir un nudo en el estómago ante su presencia.

No puedo pedirle su número. Imposible

3. La apuesta

Maddie

—¿Qué m...? —Ari me cogió del brazo para evitar que se cayera el café y desvió la mirada hacia el culpable—. Vaya, vaya —murmuró, parpadeando rápidamente. La miré con las cejas fruncidas en el centro de la frente.

—Dame un mes —pedí. Ari, con ese tipo de cosas, era como una niña pequeña. Si se le metía una idea en la cabeza, la llevaba a cabo sin medir las consecuencias. Se le ocurrió que yo debía terminar mi noviazgo con Santiago y, en su mente, Valentín, un chico con el que apenas sabíamos nuestros nombres, era una buena forma de lograrlo. El primer paso para eso era pedirle su número.

Sí, así de loca.

Y para ella, que él fuera el indicado, no era cosa del azar. Me conocía y sabía que él era totalmente de mi agrado.

Valentín entró con paso decidido. Debido a un día frío de otoño en Santiago, llevaba una chaqueta amarilla que le llegaba hasta la mitad del trasero, jeans azules y unas *Converse* negras. Tenía ese aire de confianza e indiferencia que lo envolvía. Era uno de esos chicos que han tenido éxito con las mujeres y en la vida en general. Él sabía que era guapo e interesante. Y, para mi mala suerte, yo no era nada inmune a sus encantos.

—Creo que te he visto vestida de la misma forma —rio Ari. Arrugué la cara, tenía razón. Yo usaba una chaqueta del mismo color con la que todos decían que parecía un pollito.

Miró el menú, pero pareció que nada lo convencía. Mordiéndose el labio inferior, se acercó lentamente. Parecía distraído, como si estuviera allí físicamente pero no mentalmente. Se paró frente a mí, y su aroma dulce envolvió mi aire nuevamente, convirtiéndolo todo en él. Bajó la mirada hasta encontrarse con la mía.

Le sonreí nerviosa y estresada, sin entender por qué ese chico me aceleraba la respiración. Eso no correspondía, y luchaba internamente para no sentir lo que sentía en ese instante: emoción y un poco de calor. Eso nunca me había pasado antes. De hecho, Ari siempre decía que solo tenía ojos para Santiago. Y era cierto, ella era la que me mostraba a chicos guapos, y sí, podíamos mirarlos, pero ahí terminaba mi interés. Ni siquiera me ponía nerviosa cuando entraban a la cafetería, nada. Yo era igual con todos los clientes. Esa misma confianza y desinterés por la belleza masculina me había convertido en la favorita —según palabras de Ari— para recibir algunas invitaciones a salir o de pedidas de número. Sin embargo, por primera vez en años, un chico que no era mi novio me provocaba ese nerviosismo. Mal momento, estábamos en medio de una crisis con Santiago.

Se quedó mirándome, como si intentara descifrarme. Ninguno de los dos dijo nada, como si estuviéramos buscando algo más profundo entre nosotros. Esto me perturbó, ya que en mi mente

solo pasaban pensamientos sobre lo bien que olía y lo maravilloso que sería abrazarlo.

Vale, ya, basta. Deja de acosarlo con tus pensamientos.

—Hola ¿cómo estás?, ¿quieres lo mismo que ayer? —pregunté con una sonrisa, aunque admito que mi voz salió un poco temblorosa. Traté de ocultarlo con un pequeño ataque de tos. Volví a sonreír.

No crean que era tan amigable solo porque era él, sino que siempre trataba así a todos los clientes. Esa misma simpatía era lo que me tenía trabajando seis días a la semana.

Valentín movió la cabeza y sacó su teléfono.

—No, Mads. Dame otro café, por favor —respondió sin mirarme. No sé si lo dijo de manera fría, pero para mí fue como si un cubo de hielo hubiera caído entre nosotros. Aunque su voz pronunciando mi nombre sonaba encantadora. Y es que nadie me llamaba Mads. La verdad es que nunca me había gustado, ¿por qué sonaba tan bonito ahora?

Maldición. Estoy loca. Creo que necesito ayuda.

Carraspeé y puse cara de tragedia.

—¿No te gustó mi café de ayer? —pregunté, fingiendo estar triste. Lentamente, alzó su mirada hacia mi rostro y se quedó observándome durante unos segundos. Apreté los labios mientras el rubor se instalaba en mis mejillas.

¿Por qué tienes que hablar tanto, Maddie? Debió de haber sido un café con menta terrible.

Y de repente, Valentín rio y meneó la cabeza, mostrando sus dientes blancos y perfectos. Claro, el chico guapo también tenía que tener una sonrisa encantadora.

—No tanto —replicó arrugando la nariz. Fruncí el ceño y él se hizo el sorprendido—. Es broma. Estaba muy bueno, quizás lo repita algún día, o quizás no —bromeó. Me quedé unos segundos analizándolo. Ese chico era simpático de lo que esperé—. Quiero probar muchos diferentes —terminó diciendo.

Probar muchos. Diferentes. ¿Significa que seguirá viniendo?

Solté una carcajada.

—Vale, puedes decirlo. El café con menta fue horrible —dije, segura de que así había sido.

¿Qué haces? ¿estás coqueteando?

Valentín miró al techo y se pasó la mano por la barbilla.

—¿Es esto una trampa? —Y al ver que no dije nada, continuó—: Si te digo que sabía horrible, ¿harás todos mis cafés malos?

Chasqueé la lengua.

—Es el precio que hay que pagar por la honestidad —repliqué.

Exhaló el aire, como si estuviera considerándolo seriamente. Jugó con sus dedos sobre el mostrador.

—No estaba tan malo —confesó. Su celular comenzó a sonar.

Solté una carcajada.

—Te daré otra de las especialidades. Vainilla con un toque de avellanas. —Mientras contestaba el teléfono, asintió con la cabeza rápidamente, como si estuviera emocionado por la propuesta. Miré a Ari, quien, con otra de sus sonrisas de oreja a oreja, comenzó inmediatamente a preparar el café. Valentín se fue a sentar en la misma mesa del día anterior, sacó su computadora y estuvo casi cinco horas con la mirada perdida en la pantalla.

Cuando la cafetería no tenía muchos clientes, mi atención se desviaba hacia él, como si tuviera un imán para mí. Parecía frustrado, a veces se revolvía el cabello como enfadado, y en otros momentos tecleaba desenfrenadamente. Pero la mayoría del tiempo parecía estar solo mirando la

pantalla, como si estuviera viendo una película. Aunque no creía que él hubiera ido al café para eso.

—¿Qué crees que hace? ¿y qué edad tendrá? —preguntó Ari. Se acomodó junto a mí con los codos apoyados en el mostrador.

Fruncí el ceño y apoyé mi mentón en mis manos, sintiéndome un poco agitada por su presencia y el leve hormigueo en mi vientre.

—Mmm, no lo sé, debe tener unos veinticinco —respondí, observando sus movimientos. Su pierna se movía de arriba a abajo con una expresión de seriedad y preocupación constante.

—Que observadora. Debe estar trabajando, ¿en qué crees que trabaja?

Sacudí la cabeza.

—No tengo idea y no empieces. Ya sabes cómo soy de curiosa. —Mi amiga me miró con una sonrisa, y entendí que esa fue su idea desde el principio. Rodé los ojos.

—¿Y hoy no verás a Santiago? —preguntó.

—No. Hizo un espacio en su agenda para mañana —respondí, irónicamente—. Espero no tener otra cita con él y su celular.

Ari soltó una carcajada que hizo que Valentín subiera la cabeza y nos quedara mirando. Luego volvió la vista a su pantalla y se puso a escribir. Di un suspiro profundo y Ari me imitó.

—La verdad es que creo que estudia y está hasta el cuello. Parece que no entiende nada —dije de repente.

—Yo creo que estudia para ser abogado. Ellos tienen que leer y leer, y él parece estar... ¿leyendo? —murmuró Ari. Me entregó un vaso de café helado—. Estamos tan aburridas, este chico ha sido nuestra diversión del día.

Reí por lo bajo. Tenía razón, llevábamos horas observándolo.

—Le falta emoción a nuestras vidas —gruñí, dando un sorbo enorme. Cerré los ojos porque sentí que se me congelaba el cerebro. Cuando los abrí, Ari me tenía su teléfono en la cara.

—Me descargué esta aplicación de citas. Deberías descargarla también. —Me miró con la cabeza ladeada y bufó—. Sé que tienes novio, pero parece que no lo tuvieras.

Justo vi a Valentín salir.

—¿Y si es algún tipo de artista? ¿pintor? —murmuré. Se me ocurrió que quizás estudiaba obras de arte en su computadora.

—Este sí, este no. Oh... sí... ¡No! Tú, no. —Ari deslizaba su dedo de un lado a otro en la aplicación de citas, aceptando o rechazando chicos—. Oh, mierda —murmuró de repente.

—¿Qué? ¿qué pasó?

Me miró preocupada.

—Me apareció Javier y le di *me gusta* sin querer.

—¿Javier, el hermano de Santiago? —Solté una carcajada. Hace dos años, en un cumpleaños de Santi, Ari y él tuvieron una aventura de una noche. El problema fue que a cada uno le gustaba otra persona, así que nunca más hablaron ni se vieron. No sé por qué lo recordaban como una historia vergonzosa. Tanto que Javier no apareció más en mis cumpleaños ni Ari en los de Santiago.

—Hicimos *match*. —Se afirmó del mostrador, como si fuera a desmayarse—. Qué vergüenza.

La miré con los ojos entrecerrados mientras ella miraba el techo, como si estuviera pidiendo ayuda a Dios.

—¿Hay algo de aquella noche que me estés ocultando?

—¿Yo? ¿qué? —Un nuevo cliente entró a la cafetería y Ari me lo señaló para que lo atendiera.

Resoplé.

—Hola mi nombre es Maddie, bienvenido, ¿qué te gustaría beber?

Nuestras tardes de pronto adquirieron una nueva atracción en forma de un hombre guapo: Valentín. No dejó de visitar la cafetería durante casi un mes. Pasaba por la puerta y lo primero que hacía era revisar el menú, pero nunca elegía nada de allí. Cada vez pedía un café distinto, obligándome a inventar nuevos sabores y combinaciones para él. Siempre se sentaba en la misma mesa durante largas horas frente a su computadora. Y cada día, mi curiosidad por él iba en aumento.

Me obsesioné con saber más sobre él. Sabía a qué hora llegaba y me ponía nerviosa antes de que apareciera. Me gustaba que me pidiera un café diferente, aunque sospechaba que lo hacía para molestarme. Su existencia y misterio se convirtieron en mi entretenimiento diario.

No sabía más que su nombre y que le gustaba probar nuevos cafés. Soy una persona curiosa, y el hecho de no tener idea de lo que hacía, junto con la imposibilidad de preguntarle, me llevó a crear diversas hipótesis en mi mente. Ari tampoco ayudaba, ya que parecía divertirse conmigo mientras le daba rienda suelta a mi imaginación, inventando una historia diferente para Valentín con cada café que bebía.

—No sé cómo tienes tanta imaginación. No me sorprendería que mañana me dijeras que es un elfo mágico que vino de otro mundo. —Ari me tomó la cara y me obligó a mirarla—. Faltan dos días para que se cumpla un mes.

Hasta ese día no le habíamos preguntado nada, porque la mayoría de las veces estaba hablando por teléfono cuando pedía su café y otras veces parecía estar demasiado ocupado.

—Es fotógrafo —dije de repente. Ari se sobresaltó a mi lado y giró la cabeza en su dirección —. Debe estar editando sus fotos.

—Yo creo que trabaja en inversiones. Debe pasar todo el día haciendo eso.

Fruncí el ceño. No, Valentín no parecía ser ese tipo de persona.

—Fotógrafo —repetí—. ¿No crees que cada día está más...?

—¿Guapo? Sí. No es mi tipo, me gustan más atléticos y no sé, un poco menos misteriosos. O mucho menos...

—¿En serio?

—Sí. No es fácil de leer. Demasiado complicado para mí.

Me reí.

—Creo que me gustan así.

Al día siguiente, un día antes de que se cumpliera un mes desde su primera visita a la cafetería y aquel fatídico café con menta, Valentín llegó con una camiseta roja igual a la mía, aunque la mía tenía estampado de frutillas. Tenía un brillo extraño de tristeza en sus ojos, así que decidí prepararle un café para animarlo. De repente, recibí un nuevo mensaje.

Santilove: ¿Nos vemos el sábado? Tengo un examen el viernes <3

Claro, y después del examen del viernes, probablemente querrás salir con tus amigos.

—Son las tres de la tarde y recién me responden mi mensaje de la mañana. —Resoplé. Ya parecía una broma—. ¿Crees que él quiera terminar conmigo?

Ari chasqueó la lengua.

—No le respondas. —Señaló a Valentín, quien estaba hablando por celular sin parar. Se revolvía el cabello cada ciertos segundos, y su pierna no dejaba de moverse arriba y abajo—. Mañana le pides el número a él, así dejas de babear. Y te concentras en algo más bonito que ese estúpido de novio que tienes.

Rodé los ojos.

—Estás loca. —Aunque tenía que admitir que mi novio ignorándome hacía que no me sintiera tan culpable por mirar tanto a Valentín, ni tampoco por pensar e imaginar las muchas cosas que hacía él en su computadora—. Pero yo no le llamo la atención, es como si yo no existiera.

—¿Hola? ¿estamos en 2024? ¿desde cuándo es el chico quien tiene que conquistarte?

Reprimí una risa. Ari tenía razón, pero tampoco era mi intención conquistarlo. Lo miré de nuevo. Seguía hablando y, por más que tratara de hacerlo animadamente, sentía que estaba triste. Desempolvé la caja donde teníamos las decoraciones para los cafés y le di un toque especial al suyo.

—Me refiero a que ni siquiera me echa una mirada, debe tener una novia preciosa.

—A la que nunca hemos visto. —Asentí con la cabeza y pestañeé repetidamente en dirección a Ari.

—Le pediré su Instagram mañana. Pedir el número me parece anticuado y solo quiero saber qué hace él para satisfacer mi curiosidad insaciable.

—Pídele lo que quieras. Un beso, no me importa. Pero pídele algo.

Lo llamé porque su café estaba listo.

—¿Y si lo asusto y deja de venir? —Abrí los ojos—. ¿O si me dice que no y sigue viniendo? —La idea me parecía terrible.

—No pasa nada, simplemente seguirías con tu vida junto a tu aburrido novio.

Cerré los ojos. Por un momento, olvidé por completo la existencia de Santiago.

¿Y aquí estoy hablando de pedirle el Instagram a otro chico?

Maddie, Maddie... ¿Dónde anda esa cabecita? Bueno, sabía perfectamente dónde se encontraba. Sin darme cuenta, Valentín se había convertido en lo único emocionante en mi vida. Así de mal estaban las cosas. Llegó a buscar su café y bromeé con él. Tenía la oportunidad de preguntarle qué hacía, de tener una conversación más allá de unas simples palabras. Sin embargo, de repente, mi corazón se detuvo por un momento al ver a Santiago entrar a la cafetería. Valentín se fue a sentar con su café.

—¿Cómo está la frutilla más guapa del universo? —preguntó Santiago, reclinándose en el mueble para darme un beso. Como un susurro apenas audible, llegó a mis oídos el gruñido de Ari.

—¿Y tú? Pensé que no te vería hasta el sábado —pregunté, saliendo para abrazarlo. Me apoyé en su pecho. Aún me encantaba como el primer día. Me puse de puntillas para darle un beso que él me devolvió cariñosamente.

—¡Hola, Ariel! —Saludó Santiago agitando su mano en dirección a Ari.

—Hola, Santi...

—Me contaron por ahí que te gusta mi hermano. —Santiago movió las cejas de arriba a abajo y me apretó fuerte contra él para darme otro beso. Solté una carcajada en su boca.

—¡Yo no dije nada! —aclaré ante la mirada asesina de mi amiga.

Santiago meneó la cabeza.

—Me lo dijo Javier. —Señaló a Ari con una expresión seductora—. Creo que le gustas. Pero

me dijo que no han hablado.

—¿Ah, sí? —pregunté. Santiago se encogió de hombros—. Me lo contó emocionado —agregó. Ari parecía querer esconderse tras el mostrador.

Santiago se quedó unos minutos contándome sobre cuánto había estudiado el día anterior y que ya estaba aburrido. De repente, me distraje con la imagen de Valentín saliendo apresurado, como si algo le hubiera sucedido. Me quedé con la mirada perdida en la puerta.

—¿Pasa algo? —Santiago me cogió por la barbilla.

Moví la cabeza.

—No, nada.

—Me tengo que ir, solo venía a verte un rato. Te extraño, ¿lo sabes, verdad?

—Si no me extrañaras, sería raro. No nos vemos desde hace casi una semana —murmuré, haciendo un puchero.

—El sábado —dijo, dándome besos cortos por toda la cara. Empecé a reírme y justo en ese momento Martina llegó a la cafetería. Ella casi nunca estaba presente, pero era la jefa y no le caía tan bien como para estar besándonos prácticamente en la entrada.

—Estoy en mi descanso —mentí. Ella me ignoró y fue a hablar con Ari. Ladeé la cabeza hacia Santiago—. El sábado vamos a celebrar que saliste de ese maldito examen. Vamos a comer, beber y bailar. —Crucé mis manos por detrás de su cuello.

—Lo que tú quieras, Maddie. Debo irme, los chicos están esperándome afuera. —Me dio un beso corto y se despidió agitando la mano hacia Ari. Me acerqué a mi amiga, quien parecía estar muy concentrada pensando en algo.

—¿Qué sucede?

—Una apuesta —dijo Ari como si nada. Fruncí el ceño.

—¿Qué tipo de apuesta?

—Que hagamos una apuesta. Si no nos divertimos en esta cafetería, nos convertiremos en unas viejas aburridas a los diecinueve años.

Tenía razón, éramos las únicas la mayor parte del tiempo en la cafetería y a veces las tardes se volvían largas. Llevaba tres meses trabajando allí. Era el negocio de los padres de Ari, pero no obteníamos ningún beneficio más que poder tomar todo el café que quisiéramos. Estábamos allí porque, como buenas amigas que casi se habían fusionado, no sabíamos qué estudiar. Además, yo no quería depender económicamente de mis padres, así que comencé a trabajar. Ari, en cambio, fue más bien obligada. Lo único que nos mantenía con el espíritu alto en el trabajo era el hecho de que nos habíamos mudado juntas a un apartamento cercano, en un barrio popular de la ciudad.

—Está bien, mañana se cumple un mes. Le preguntaré qué es lo que hace —dije, sacudiendo la cabeza ante la reacción contrariada de Ari—. Si me responde amablemente, le pediré su Instagram en ese mismo momento y si se hace el interesante, le prepararé un café horrible —reí.

Ari meneó la cabeza, reprimiendo la risa.

—Diremos tres opciones sobre qué hace nuestro amigo Valentín.

—¿No te parece que hasta su nombre es interesante? —Jugueteé con mis dedos y, de repente, comenzó a entrar mucha gente a la cafetería—. Ok, y la ganadora organiza una fiesta.

La cara de Ari se iluminó.

—Y corre con todos los gastos, y se encarga de invitar a chicos guapos —le guiñé un ojo—. Y de invitar a Valentín con un amigo —añadió, sonriente.

Esperen, ¿qué?

—Dios, qué loca —murmuré mientras atendía a un cliente. La chica me miró dudosa como si le hubiese dicho algo a ella—. Perdón, le estaba hablando a mi amiga.

—Crítico de películas —dijo Ari, preparando un café.

—Fotógrafo —agregué, anotándolo en un papel.

—Tiene un blog sobre algo.

—¿Sobre qué? Sé más específica.

—Tiene un blog de música. ¡Capuchino y mocaccino para Laura y Diego!

—Me queda una. Está estudiando —dije, dando mi última opción.

—Es escritor —murmuró—. Ya se me acabaron las ideas, ganará la que más se acerque —añadió—. ¿A cuál de nosotras le tocará invitarlo a una fiesta a él y a un amigo?

—Creo que moriría de vergüenza si tengo que hacerlo yo.

Suspiré profundamente. La chica vino a recoger su café junto a su novio.

—¿Por qué ellos se aman tanto? —pregunté, observando a la pareja.

—Si eso es lo que quieres, deberías buscar ese tipo de amor.

Quedé absorta por unos segundos. Ari tenía razón.

—Entonces, mañana es el día —murmuré nerviosa—. Por fin sabremos qué diablos hace Valentín —dije en voz baja.

Ari me abrazó y me dio un beso en la mejilla.

—Esa es la actitud.

Pero hubo un pequeño problema en nuestro plan. Y es que Valentín, el personaje principal y protagonista de nuestra apuesta, no apareció por la cafetería al día siguiente. Ni al siguiente. Ni al siguiente.

4. Café helado de frutillas y crema

Valentín

—Sí, lo sé. ¿Pero qué quieres que haga? Ally, sabes que estoy preocupado por Camilo y eso es lo que ocupa mi mente. No puedo concentrarme en otra cosa ahora. —Me detuve en la mitad de la acera y me froté los ojos, sosteniendo mi computadora en la mano, lista para comenzar otra jornada de trabajo que seguramente sería poco productiva.

—Lo sé, y créeme que lo entiendo. Pero ya sabes, es trabajo. Tienes que cumplir.

Apreté los dedos alrededor del teléfono y quedé con la mirada perdida en la puerta de la cafetería.

—No, no lo entiendes. En todo caso, he estado... he estado trabajando en eso. Estoy avanzando —mentí. No me sentía cómodo mintiéndole, pero estaba desesperado. Necesitaba tiempo.

—Quiero tener los primeros dos capítulos para el domingo —respondió secamente.

Exhalé frustrado. El primer capítulo no era un problema, lo tenía escrito desde hace dos meses. El verdadero problema era que no había escrito nada más, al menos, nada que me pareciera bueno, o medianamente bueno. La verdad era que si hubiese logrado escribir algo aceptable, se lo habría enviado. Pero parecía que todas mis ideas eran inútiles y carecían de sentido, lo cual me frustraba aún más. Mi mente estaba en otro lado. Primero, mis padres se habían separado y, unas semanas después, cada uno se había ido de viaje. Y segundo, mi hermano pequeño estaba muy afectado por todo esto.

—Trataré de tenerlo listo.

—No. No trates. Envíamelo. —Cortó sin decir nada más. Chasqueé la lengua y pateé una piedra enojado.

Maldito libro. ¿Qué se supone que debo hacer? Todo era más fácil cuando nadie me presionaba.

Exhalé profundamente, como si eso fuera a aliviar la presión de la llamada que acababa de recibir. Me quedé pensando unos instantes, y de repente un grupo de amigos se detuvo frente a mí. Al escuchar el nombre Maddie, mi atención se desvió hacia ellos.

¿Estarán hablando de Mads?

—¿No trabaja tu novia en este café? —preguntó uno de ellos.

—Sí, pero le dije que la vería el sábado. Si voy ahora, probablemente me reprochará por no haber ido antes —respondió otro encogiéndose de hombros.

Una de sus amigas lo miró con el ceño fruncido.

—Eso no se hace, Santiago. Estás cerca de donde está tu novia y ni siquiera tienes la menor intención de ir a saludarla. ¿Qué clase de novio eres?

—Qué pesada. Solo que no tengo ganas de verla hasta el sábado —soltó Santiago, encogiéndose de hombros.

Caminé hacia el café y entré. Mads estaba allí, distraída mirando su teléfono. Probablemente esperando algún mensaje de ese idiota.

Mads me agradaba bastante, y su sonrisa era un destello de color en la cafetería. Sin embargo, no hablaba mucho con ella, o casi nada. Y eso era por un motivo muy simple: Fabiana quedaba libre justo a las tres de la tarde, aproximadamente cuando llegaba a la cafetería, así que me llamaba cuando yo recién llegaba, durante la fila o mientras me tomaban el pedido. No tenía oportunidad de hablar con Mads. A veces también pasaba que el café se llenaba de gente y era imposible entablar una conversación. Además, todo el tiempo que pasaba allí, mi mente estaba fija en las palabras que debía escribir. Sí, escribía mucho, pero el problema era que después borraba todo. Así que en mi momento de concentración literaria, solo permitía que dos personas me interrumpieran: Felix, mi mejor amigo y compañero de departamento; y Fabiana o Fai, mi novia.

No sé por qué me gustaba tanto esa cafetería. La descubrí por casualidad al salir a caminar un día por la tarde después de mudarnos con Felix a un departamento cercano. Desde ese día, no dejé de ir, y ya había pasado un mes. Me cuestioné varias veces qué tenía de especial, porque el ambiente no era tan silencioso como lo necesitaba, el sillón donde me sentaba no era tan cómodo y no recibía tanta luz como me gustaría. Quizás era por el café o quizás...

No, no puede ser por Mads. Es por el café.

Me gustaba pedirle a Mads cafés diferentes solo para ver cómo ponía los ojos en blanco ante mis peticiones y la sonrisa que le seguía. A veces entraba con la firme intención de pedir un café normal del menú, pero cada vez que la veía, sentía la inclinación de tener ese pequeño contacto con ella. Podía pasar desapercibido para todos, pero en mi interior, había cierta complicidad en que yo le pidiera un café distinto, y sentía que ella lo esperaba. Se reía y parecía disfrutar haciéndolo, como si estuviera aceptando un desafío. Así es como hice de esa cafetería mi espacio de trabajo, o más bien, mi espacio de no trabajo, porque avanzaba muy poco.

Mads levantó la cabeza y se sonrojó al verme. Le sonreí. Ese gesto se me hacía extraño; yo no solía sonreír por la vida, no porque fuera serio, sino más bien porque siempre tenía la cabeza en cualquier otra parte, imaginando, creando y visualizando historias. Y eso hacía que a veces me vieran como alguien indiferente al resto o al mundo en general. No me avergonzaba admitir que los mundos en mi mente eran mucho más atractivos que el mundo real. Así que el bloqueo de escritor también afectaba algo tan simple como mi sonrisa.

Ella me devolvió la sonrisa. A veces tenía ganas de saber más sobre ella, pero algo me frenaba.

—Hola, Mads —parpadeó rápidamente y se sopló un mechón de cabello que caía sobre su frente. Entrecerró los ojos, como tratando de adivinar lo que diría a continuación.

—¿Qué me pedirás hoy, Valentín? —preguntó, y luego puso un pequeño menú frente a sus ojos—, ¿Tal vez algo del menú? —Soltó una pequeña risita. La mayoría de los días llevaba su cabello castaño suelto y los labios pintados de color vino. Ese día tenía dos trenzas de boxeadora con una cinta de color distinto en cada una, y los labios pintados de un rosa fuerte. Mis ojos se deslizaron hacia su boca y sacudí la cabeza. Su camiseta roja estaba adornada con estampados de frutillas por toda la tela.

—¿Me das algo con frutilla? —pregunté, rascándome la barbilla.

—Un café helado con frutillas y crema —dijo. Cogió un vaso sin esperar mi respuesta y comenzó a escribir en él.

Justo en ese momento, Fai empezó a llamarme, así que me dirigí a mi lugar habitual para sentarme.

—Hola, cariño, ¿cómo estuvo la clase? —pregunté al contestar el teléfono. Se escuchaba agitada al otro lado de la línea.

—Mortal. Había más de tres mil personas conectadas. Hoy se sumaron quinientas más, así que parece que cada día estoy ganando más alumnos. —Soltó un pequeño grito de emoción que me llenó de orgullo—. Por cierto, me llamó Ekus, esa marca de ropa deportiva que se está volviendo popular. Quieren contratarme.

Me recliné en el asiento y levanté las cejas.

—¿Qué? ¿puedes ser más asombrosa? ¿por qué estás perdiendo el tiempo conmigo? —pregunté, riendo.

Bufó.

—Eres el mejor escritor de todos. Eres guapo, inteligente, guapo, apasionado... —Soltó una risita—, ¿por qué no me dejas?

—Fai, tengo ganas de abrazarte —susurré en voz baja—. Lo necesito.

—Lo sé, cariño. Pero solo queda una semana para que nos veamos.

—Eso me pasa por tener una novia influencer —gruñí y luego suspiré—. Estoy feliz por todo lo que estás logrando y me gustaría no tener que compartirte con tus miles de seguidores —bromeé—. Aunque supongo que yo ocupo el lugar más importante en tu corazón.

—Lo tienes todo. —Suspiró ampliamente—. También estoy emocionada por lo que he logrado. Hoy gané mil nuevos seguidores, y mis rutinas de ejercicio tienen mucha aceptación. —Hubo unos segundos de silencio—. En dos días termino con las fotos para la promoción de las botellas de agua. Tal vez pueda irme antes...

—Ojalá. Ally me tiene estresado. Tengo que asistir a dos ferias del libro el próximo mes y ya debería tener algún adelanto.

—No te he preguntado, ¿aún no fluye nada? —mencionó, y sacudí la cabeza como si estuviera frente a ella.

—Nada. He perdido todas mis habilidades como escritor... ¿me seguirás queriendo incluso cuando me convierta en un fracasado?

Ella soltó una carcajada.

—No eres un fracasado. Tienes muchos seguidores y personas esperando tus libros. Quizás necesitas salir un poco de tu rutina, Valentín. Deberías haberme acompañado. Te la pasas metido en esa cafetería y no está funcionando. ¿Has sabido algo nuevo de Camilo?

—Mi madre me dice que todo está bien, pero siento que no es así. Cuando hablo con él, lo escucho triste. Así que creo que iré. Quiero ir a Francia pronto. Quizás allá pueda avanzar mejor —murmuré apenado. Eso significaba dejar a Fai por un par de semanas.

—Pero para hacer eso, tendrás que entregar algo, ¿no es así? —preguntó de manera seca.

—Sí. Si me voy y no he entregado nada, perderé a Ally. Aunque bueno, quizás es hora de dejarla ir. Ya tengo un grupo enorme de lectoras que sé que me esperarán. Comencé solo y puedo seguir así —dije con cierta tristeza.

—Lo sé, cariño. Pero has estado poco tiempo con Ally, deberías darle la oportunidad de ayudarte a crecer. Puedes convertirte en un gigante de los escritores —murmuró, repitiendo las mismas palabras que mi editora me decía cada vez que la veía y parecía que quería escapar de ella. Esa era la razón por la que estaba con Ally, ella me aseguraba que me convertiría en un escritor exitoso, capaz de vivir de mis libros. Hasta ahora, apenas me alcanzaba para pasar el mes.

Me froté la cara con las manos. Fai tenía grandes esperanzas e ilusiones sobre mi carrera

literaria. Era muy ambiciosa, por lo que cuando se interesó por el mundo del fitness, se propuso convertirse en una de las principales influencers del sector y realmente iba en camino. Yo tenía un perfil más bajo, pero desde que Fai se hizo más popular, eso me arrastró a mí también. Y las fotos que compartía de los dos atraían a un contingente de nuevas seguidoras emocionadas por leerme, lo cual me ayudaba mucho.

Si tan solo pudiera publicar un libro con Ally, y ella cumpliera sus promesas, entonces a ella ya no la necesitaría más. Mis libros estarían en todas las librerías.

—Mmmm... quizás tengas razón. Te llamaré esta noche, intentaré inspirarme —respondí cansado. Parecía que nadie entendía que en ese momento los libros no eran mi prioridad. Mi hermano sí lo entendía.

—Piensa en mí mientras lo haces —murmuró. Justo en ese momento, con una pequeña sonrisa, miré hacia la caja registradora. Mads levantó la mano para indicarme que el café estaba listo. Me acerqué y ella me lo entregó como si fuera una obra de arte. Había agregado un brillo sobre la crema.—De frutillas —dijo apenas me acerqué—. Frutilla brillante. —Movió su mano sobre el café como si estuviera añadiendo un ingrediente invisible.

—¿Qué estás haciendo? —quise saber, inclinándome para ver mejor. Apreté los labios para reprimir la sonrisa que amenazaba con aparecer.

—Estoy echándole un encantamiento para que sea el mejor café que hayas bebido. ¿No lo ves? —dijo con total seriedad en su expresión.

La miré fijamente y pareció avergonzarse. Ese gesto provocó diferentes pensamientos en mi mente en cuestión de segundos. Conectaba con esa chica de una forma que no había experimentado con nadie más. Podrían decir que era una locura, pero sus palabras rompieron una barrera en mí. Toda la creatividad que me rodeaba a diario, tenía que reprimirla para que los demás no me consideraran un loco, solo la liberaba cuando escribía. Cualquiera podría decir que Mads estaba loca, pero para mí, ella poseía una imaginación especial. Y siempre buscaba esa cualidad en las personas: creatividad. Hablar con alguien sobre locuras como esas sin que fuera extraño era asombroso.

Entonces, Mads encantaba mi café y, al mismo tiempo, cautivaba mi mente y mis ojos. ¿Quién querría relacionarse con personas normales y aburridas cuando había otras dispuestas a lanzar un hechizo a tu café? Alcé una ceja mientras apretaba los labios. Aunque estaba seguro de que se notaba lo divertido que me resultaba en mis ojos.

—Lo estás haciendo mal —repliqué, meneando la cabeza lentamente. Ella frunció el ceño y dejó la mano quieta.

—¿Qué dices? Estoy segura de que así se hace.

—No, debes girar las manos en dirección contraria a las manecillas del reloj. Como lo has hecho... —Arrugué la nariz y fingí algo de complicación al decir las siguientes palabras—: Será peor que el café de menta.

Ella soltó una carcajada y luego fingió estar ofendida, soplando hacia un lado.

—Así que asumes que el café de menta estuvo malo. Bueno, tal vez los brillos mejoren el sabor —murmuró, preocupada. Se agarró la barbilla—. Aunque podría haberme equivocado. Mira, Valentín —añadió en tono serio—, si sabe a algo tóxico, mejor no lo bebas.

—Así que podría estar envenenándome.

Ella resopló.

—¿Estás loco? ¿y dejar de romperme la cabeza cada día para crear estas obras de arte? —preguntó, levantando el café rosa frente a mis ojos—. Nunca.

—Solo quería asegurarme —repliqué—. ¿Y podrías decirme por qué es brillante?

—Porque hoy andas muy oscuro. A tu día le falta brillo —dijo como si nada. Fruncí el ceño.

—¿Eres una vidente o algo así?

—Digamos que soy observadora...

Di un sorbo frente a ella y lo aprobé con un gesto de cabeza.

—Después de esto no podré consumir azúcar en un mes. —Mads arrugó la frente y extendió la mano como para quitarme el vaso—. Pero está muy bueno. Es uno de mis favoritos. —Me apoyé frente a ella con la intención de seguir hablando. De repente sentí que necesitaba hablar con otras personas que no conocieran mi problema de bloqueo, o mi vida en general, para poder despejarme.

Justo cuando Mads abrió la boca para decir algo, llegó un nuevo cliente. Su amiga estaba limpiando las mesas en el otro extremo de la cafetería, por lo que Mads debía atenderlo.

Alcé el vaso como si estuviera brindando y regresé a mi asiento. Di un sorbo grande y me di cuenta de que Mads había dibujado un cupido regordete en el vaso. Casi me atraganto al verlo y estuve a punto de mojar mi computadora.

¿Lo hizo solo porque me llamo Valentín? ¿será algún tipo de indirecta? Piensa en Fai.

No quise mirarla en ese momento. Quizás había presenciado toda mi escena lamentable. Le saqué una foto porque era demasiado adorable y me resultaba inspirador. Probablemente la protagonista de mi novela haría algo similar en los próximos capítulos.

Unos minutos más tarde, mi teléfono comenzó a sonar. Era mi mamá. Respondí de inmediato porque era extraño que me llamara a esa hora.

—Mamá, ¿sucedió algo?

—Valentín —comenzó a decir apenas—. Me gustaría que vinieras lo antes posible —agregó con una voz angustiada. Sentí un nudo en la garganta y por un momento me costó reaccionar. Luego me puse de pie de golpe, como si hubiera dejado mi cuerpo en el asiento.

—¿Le pasó algo a Camilo?

—Valentín, yo... perdón por no decírtelo antes. Camilo tuvo una caída hace unos días y... —En ese instante me quedé sin aliento—, y se rompió algunos huesos. Está bien, en casa. Pero desde hace dos días no quiere comer ni hablar. Quiere que vengas. Está muy triste. —Comenzó a sollozar—. Te transferí dinero para los boletos de avión. Te puedes quedar con nosotros, hay mucho espacio, el patio y los parques cercanos son perfectos para que escribas, y...

—Mamá, cálmate —pedí, abrumado por toda la información que me estaba dando—. ¿Estás diciendo que no he hablado con Camilo en los últimos días porque tuvo un accidente y no me lo habías dicho? ¿cómo puedes ser tan egoísta? ¿tienes miedo de arruinar las cosas con tu novio de dos meses? —Me froté la cara con las manos, furioso. La presión en mi pecho se intensificó—. Viajaré hoy mismo.

—Lo siento, lo siento...

Rodé los ojos.

—Camilo ha sido infeliz todo este tiempo, y eso lo sabes.

—Yo... no...

—Supongo que papá no se ha enterado —murmuré, recordando que llevaba seis días haciendo senderismo en algún lugar sin señal. Rodé los ojos. Mis padres separados actuaban como si fueran adolescentes.

—No he podido comunicarme con él.

Corté, no quería seguir escuchándola.

Busqué boletos en la computadora y encontré un vuelo que salía en cinco horas, el único del día. Mientras les enviaba un mensaje a Felix y a Fai contándoles lo sucedido, dirigí mi mirada hacia la entrada de la cafetería. Mads y el chico que había visto afuera estaban abrazados allí.

Probablemente su amiga lo obligó a ver a su novia. ¿Cómo una chica tan increíble podía estar con un idiota como él? ¿y por qué me molesta tanto?

No me molesta. No quiero seguir viendo a ese imbécil ni un segundo más.

Guardé todo y salí del café tan rápido que a mitad de camino me di cuenta de que había dejado mi café casi intacto. Me sentí un poco culpable por dejarlo así. Mads podría pensar que no me había gustado.

¿Y a quién le importa? Además, no la veré quién sabe por cuánto tiempo. Quizás debería haberle pedido su número o algo. ¿O no? Supongo que eso no sería apropiado si tengo novia. Tal vez Mads podría ayudarme con mi bloqueo, tal vez si le cuento lo que escribo, podría darme ideas.

Decidí que cuando volviera le iba a contar que escribía y si quería hablar sobre mi nueva novela. Quizás me podía dar alguna ayuda para escribir lo siguiente. Además, mis libros eran principalmente para chicas, ¿qué mejor que preguntarle a una? Fai escuchaba mis ideas pero lo único que hacía era expresar lo mucho que le gustaba y decir que no tenía imaginación para los libros.

Llegué al departamento e hice la maleta rápidamente. Tenía que partir de inmediato, no sabía cuánto tiempo estaría alejado, así que metí un montón de ropa sin siquiera revisarla. Podría haber terminado con muchas camisetas y ningún pantalón.

Cuando llegué al aeropuerto, intenté localizar a mi papá, pero me di cuenta de que no tenía mi teléfono. Deshice la maleta buscándolo y no lo encontré. Desde la computadora, le envié un correo a Fai diciéndole que lo había olvidado en el departamento.

Recordé a Ally. Si antes no tenía la cabeza para escribir, ahora mucho menos. Resoplé, dejando ese problema para el día siguiente. Al menos no recibiría ninguna llamada suya hasta que le dijera que no tenía mi celular.

Me senté a esperar, angustiado por mi hermano. Con tan solo ocho años, sabía claramente lo que quería y lo que no quería; y ese viaje de mi madre a Francia con su nuevo novio fue casi un trauma para él. Mis padres llevaban apenas tres meses separados, y mi mamá conoció a un hombre durante un viaje que hizo con una de sus amigas, y él, siendo francés, la invitó a quedarse una temporada allá. Se llevó a mi hermano a pesar de todas mis súplicas para que no lo hiciera, porque la separación ya había sido bastante dura, incluso para mí, que tenía veinticinco años. Pero eso se debía a que nunca lo vimos venir.

De repente, todo se arruinó. Mi padre decidió tomarse todas las vacaciones que tenía disponibles, tres meses en total, para recorrer todos los lugares del mundo donde pudiera estar incomunicado, y mi madre resolvió irse a Francia con un desconocido.

Y allí estaba yo, un mes después, sentado en un avión rumbo a unirme por un tiempo a la nueva vida de mamá. Esperaba que Cami se sintiera mucho mejor al verme y que, tal vez, al estar con él, mi bloqueo desapareciera y finalmente pudiera escribir.

Lamentablemente, no tendría cafés especiales para mí durante un tiempo.

5. El celular olvidado

Maddie

—¿Estás segura de que no quieres ir conmigo a la fiesta? Si te animas, te tengo una cita. Franco me dijo que tiene muchos amigos solteros. Nos divertiremos mucho —insistió Ari, haciendo un esfuerzo para que me olvidara de Santiago.

Sacudí la cabeza mientras la miraba con los ojos entrecerrados. Ari estaba haciendo todo lo posible para distraerme.

—Después de cerrar, voy a ver a Santiago. ¿Ya te vas? —pregunté, haciendo un puchero.

—Sí, me voy un poco antes. Quiero comprarme algo bonito. No todos los días tengo citas con chicos que conocí en una aplicación —dijo emocionada, soltando una risita—. Estoy nerviosa. Te estaré hablando, y por favor, contéstame. Necesito consejos.

Tomé su rostro entre mis manos y la miré fijamente.

—Mis consejos son los siguientes: si te gusta, bésalo; si no te gusta, huye.

—No, pero cuando esté allí yo...

—Si no se parece a la foto corre por tu vida. A menos que sea más guapo que en las fotos, en ese caso, quédate.

—¡Maddie!

—Si es un hombre mayor, le das un golpe en la entrepierna y te escapas, a menos que...

—¿A menos que qué? —Ari abrió los ojos sorprendida.

—A menos que quieras un sugar daddy. Aunque no estoy muy a favor de...

—¡Maddie!

—Ay, está bien. Estaré atenta. Te irá bien, incluso si vas así como estás ahora, con el delantal de la cafetería, estoy segura de que será un éxito. —La abracé y susurré en su oído—: A menos que sea un ser humano despreciable, dalo todo. Llámame si necesitas algo. Mañana quiero todos los detalles, pero no podrás entrar al departamento si no tienes algo interesante que contar. —Levanté un dedo y señalé su teléfono—. Quiero que me envíes tu ubicación cada hora, ¿de acuerdo?

Ari gruñó y asintió.

—Lo haré, pero es injusto que tenga que ser así —murmuró.

—Lo sé, pero mientras sea así, necesito que me mantengas informada de que estás bien. Tú sabes que iría hasta el fin del mundo si me dices que algo malo está sucediendo.

Ari soltó una risita.

—No me asustes. —Suspiró y miró la hora en su teléfono—. Yo también lo haría por ti.

Unos minutos después, Ari salió corriendo de la cafetería. Solo quedaba una hora para cerrar y me quedaría sola. Los sábados había menos gente, así que no se me hacía pesado. Aunque desde que Valentín había dejado de ir —hace dos días—, la jornada se hacía más lenta. Ese

pensamiento me molestaba. ¿Por qué ese chico me resultaba tan interesante? ¿acaso mi novio ya no me interesaba?

Quería ver a Valentín de una manera que me estresaba, especialmente porque ya me había decidido a hablar con él. Así que me quedé con la pregunta en la punta de la lengua.

¿Qué es lo que haces?

Su desaparición frustró mi curiosidad. ¿Ocultaba un secreto? ¿qué le había sucedido?

No me malinterpreten, todas estas preguntas y el deseo de saber más sobre él no significaban necesariamente que fuera algo romántico. Lo consideraba más como el síndrome de una persona enamorada que se da cuenta de que su pareja no la ama. Eso te lanza al abismo de buscar otros intereses porque tienes miedo de terminar la relación. Y ese interés llegó a mí en forma de un chico atractivo y misterioso. Pero si soy honesta, nunca pensé en Valentín como alguien con quien reemplazaría a Santiago, ni sentía que me gustaba más, mi corazón no latía más fuerte por él. Simplemente me atraía, y consideraba, sin ninguna duda, que seríamos muy buenos amigos.

Te gusta convencerte de cosas que no sabes si son ciertas, Mads.

Se acercaba la hora y Santiago aún no aparecía por ningún lado. Me encontré varias veces tocando los dedos sobre el mostrador, mirando hacia afuera. Y cada vez que veía acercarse a lo lejos a algún chico con una contextura similar a la de Santi, mi corazón parecía a punto de desbordarse de emoción, solo para luego caer en la desesperación.

¿Qué iba a hacer si no llegaba? Cambiaba mis planes varias veces, pero dejarme plantada sin siquiera dar un aviso era algo nuevo.

Seguramente se quedó dormido.

Decidí barrer y limpiar la cafetería con más profundidad. Cerré la puerta principal y me quedé unos momentos con la frente pegada a la puerta de vidrio. No había nadie caminando afuera y mi novio no estaba en ningún lado. A pesar de que el día anterior hacía calor, ahora hacía frío. Por un instante, me vi desde afuera: una chica triste esperando a alguien que no iba a llegar. *Patética*.

Maddie: Santiago, ya cerré la cafetería, son más de las ocho... ¿dónde estás?

Maddie: ¿Hola?

Maddie: ¿Estás ahí? Me voy a casa.

Cuando llegué a la cuarta llamada perdida, decidí detenerme. Él había salido temprano de la universidad y probablemente estaba durmiendo. Resoplé.

¿Nada puede salir bien?

Esperé veinte minutos más. No quería quedarme más de una hora extra un sábado por la noche esperándolo, ni tampoco quería regresar al departamento todavía. Fui a limpiar las mesas del otro extremo y no pude evitar pensar en Valentín cuando llegué a la que solía ser su lugar.

¿Qué le habrá pasado? Deja de pensar en él, Mads. Maddie.

Con mi pie golpeé algo sin querer. Me agaché y fruncí el ceño al sentir un celular entre mis dedos. Lo giré frente a mis ojos. Era un modelo de última generación y estaba completamente descargado. Fui a buscar mi cargador en la mochila y lo conecté, esperando encontrar algún número para devolvérselo al dueño. Mientras esperaba a que se encendiera, me preparé una taza de café porque ya me estaba dando sueño.

Mi celular vibró y miré hacia la entrada primero, por si veía a Santiago detrás de los ventanales. Pero no estaba allí. Sentí que el aire abandonaba mi cuerpo por unos segundos y mis

manos comenzaron a sudar, y ni siquiera había leído el mensaje. Santiago me tenía en un estado de ansiedad incontrolable y poco saludable.

Santilove: Uhhh, perdón, se me pasó el tiempo. ¿Nos vemos mejor mañana? Iré temprano a tu departamento :)

Cerré los ojos y respiré profundamente.

¿Cómo puedo aliviar esta presión en el pecho?

Escribí con miedo de recibir la respuesta, porque sabía que no me iba a gustar.

Maddie: ¿Pasó algo?

Me quedé mirando fijamente la pantalla durante un par de minutos. Mi mensaje fue leído de inmediato.

Maddie, ha llegado el momento de terminar con él.

Dejé el teléfono boca abajo, con los ojos llenos de lágrimas. En ese mismo instante, el celular que había encontrado se encendió. Me pidió una contraseña de cuatro dígitos.

Rayos. Hasta aquí llegué.

Giré el celular y a través de su carcasa transparente se veía un pequeño papelito. Lo saqué y tenía escrito cuatro números. ¿Era posible que fuera la clave? Los tecleé y casi dejé caer el teléfono cuando se desbloqueó.

Oh, Dios mío.

Solté una carcajada a pesar de las lágrimas que habían empezado a salir de mis ojos.

Me sentí un poco intrusa revisándolo, aunque fuera por una buena razón: encontrar al dueño. Accedí a las aplicaciones de redes sociales más conocidas, pero todas pedían un nombre de usuario. No había ningún mensaje en la bandeja y el correo tampoco estaba abierto.

Encogí los hombros y decidí esperar a que alguien llamara. Pero de repente algo captó mi atención: una aplicación para escritores y lectores.

La conocía porque había intentado escribir novelas y algunos cuentos infantiles anteriormente. Así que solo por curiosidad, y sin ninguna esperanza, ingresé a la aplicación. Su nombre de usuario seguía allí.

Me llevé una mano a la boca y me quedé paralizada por unos instantes. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y casi me faltó el aliento, porque el nombre de usuario me reveló quién era el dueño del teléfono: Valentín.

—Te encontré, ValentFortier —murmuré. Mi corazón se detuvo y me costó recuperar el aliento.

¿Por qué esto me afecta tanto?

Con una sonrisa más grande de lo normal y una sensación de cosquilleo, tomé mi vaso de café y comencé a beber porque mi boca se había quedado seca.

—Así que Valentín. Eres... —Escupí un sorbo de café sobre la pantalla—, ¿un escritor?

¿Cómo es que esto se vuelve cada vez más interesante?

Miré hacia la puerta, por si de repente aparecía él entrando a esa hora de la noche.

Esto debe ser un sueño.

Emocionada como si hubiera descubierto uno de los secretos más importantes de la humanidad, comencé a explorar la aplicación. Valentín era escritor. Ari lo había adivinado y yo estaba fascinada con la idea.

Mi intuición nunca falla. Él sería un increíble amigo con quien hablar sobre lo que he escrito y leído. Y también debo terminar con Santiago.

Me acomodé en una silla, decidida a investigar a Valentín. ¿Qué? ¡No me juzguen! Ya estaba metida en eso, además, no haría ni leería nada inapropiado. Solo quería ver sus libros publicados.

Encontré que tenía seis novelas en la aplicación, con millones de visitas y una cantidad impresionante de seguidores. Decidí leer una de las más populares porque ya les había dicho que la curiosidad era mi segundo nombre. O tal vez el primero, si eso fuera posible...

Solo me detuve cuando llegó un nuevo mensaje al teléfono, el cual me dejó atrapada y casi dejé caer el dispositivo. Me sentí como si mi corazón estuviera en mi garganta. Aunque también admito que el libro en sí ya me tenía emocionada y cautivada.

Por la historia, claro. No se emocionen demasiado.

Pero Valentín no solo era un talentoso escritor, sino también uno romántico. Una molesta sensación de hormigueo recorrió mi cuerpo.

Es que si encuentro una escena erótica en alguna de estas novelas, podría morir en paz.

Abrí el mensaje solo para comprobar si era de Valentín o de alguien intentando recuperar el teléfono.

Ally: Valentín, he estado tratando de comunicarme contigo. Hace cuatro meses me prometiste el primer capítulo de tu nuevo libro. ¿Cuánto más me harás esperar? Si no me entregas algo en dos días, preferiría cortar toda relación laboral. Entiendo que tu hermano no esté bien y eso te afecte como escritor... pero esto es mi trabajo. Lo siento

Vaya, Ally. Ya no me agradas. ¿Dónde te has metido, Valentín? ¿te fuiste corriendo porque tu hermano está enfermo?

Ya había pasado bastante tiempo en la cafetería, así que decidí que era hora de irme. Me levanté para recoger mis cosas y estaba a punto de apagar el celular cuando de repente mis ojos se fijaron en un detalle que había pasado desapercibido al principio.

Valentín tenía seis novelas publicadas y una en borrador.

Oh, no... Por favor, no lo hagas. No lo hagas. No lo hagas.

Miré a mi alrededor, mordiéndome el labio. Me bebí lo que quedaba de café en un solo sorbo gigante y, como si no tuviera control sobre mi cuerpo, moví mi dedo índice y presioné el borrador. Era el primer capítulo de una nueva novela titulada: *El amor se escribe por capítulos*. Editada por última vez hace dos meses.

Me volví a sentar y comencé a leerlo sin ninguna vergüenza. Debo admitir que si antes Valentín me atraía, de repente me parecía mucho más fascinante. El primer capítulo era perfecto para mí. Me dejó con el corazón en la mesa y la respiración entrecortada.

Eres mucho más fascinante de lo que esperaba.

Me sentí mal por él, ya que tenía a su hermano enfermo y, al mismo tiempo, su trabajo se estaba yendo a la mierda.

Santilove: No, vine a celebrar que salimos del examen :P Pero nos vemos mañana <3 Te amo.

No seré la segunda opción de nadie. De acuerdo, ya es suficiente. ¿Todos lo odiamos ahora?

Maddie: ¿Dónde es la fiesta? Iré.

Ari: Te enviaré la ubicación. Estoy comiendo con Franco (lo estoy pasando genial). En un rato iré a la fiesta. ¡Ponte en modo perrísima!

Maddie: Considéralo hecho.

6. Bella y Edward

Maddie

Guardé el celular de Valentín en mi mochila, tenía que averiguar cómo devolvérselo. Salí de la cafetería. Sentía una mezcla de emociones: tristeza por la situación con Santiago, ya que apenas pasábamos tiempo juntos; pero también emoción y éxtasis por mi nuevo descubrimiento sobre Valentín. Su primer capítulo seguía girando en mi cabeza, junto con el hecho de que estaba pasando por un mal momento y le estaban exigiendo que escribiera más.

Llegué al departamento, me cambié de ropa y salí a la fiesta. En el camino, se me ocurrieron muchas formas de continuar la historia.

Tal vez... no. No, no debería pensar en eso.

Ari: ¿Ya estás en camino? No conozco a nadie en esta fiesta. Me encantaría aferrarme a este chico como una garrapata, pero no puedo aislarlo del resto.

Llegué a la fiesta casi a las diez de la noche. Ari me esperaba afuera, dando saltitos de un pie al otro debido al frío. Alzó las cejas en cuanto me vio.

—Dios mío, te ves hermosa —murmuró con cierto tono maternal. Hice un puchero y ella hizo una sonrisa enorme—. No sé qué pasó, pero hoy lo olvidaremos. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza.

—Has tenido razón todo este tiempo —susurré con voz débil. La abracé.

—Por cómo te veo ahora, desearía no haberla tenido. —Sujetó mi rostro y me obligó a mirarla —. Si quieres irte, te acompañaré a donde quieras, pero dentro he preparado algo muy rico, especialmente para corazones rotos. Además, hay un pastel en el refrigerador.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¿Abriste el refrigerador de un extraño?

—Tenía hambre. Así que entraremos, robaremos ese pastel y lo comeremos en alguna habitación. Junto con un cóctel especial que te he preparado.

—¿Me estás convirtiendo en una ladrona de pasteles? Me parece que es una terrible idea y… quizás lo que necesito.

Entramos a la fiesta. No era una casa tan grande para la cantidad de gente que había adentro. Nos dirigimos a la cocina, donde Ari nos había preparado algo para beber. Lo tenía guardado en el refrigerador para que nadie lo tomara, y me lo entregó con una sonrisa triunfal. También sacó el pastel, dos tenedores y me tomó de la mano. Subimos las escaleras y entramos a una habitación que pertenecía a alguien más. La seguí sin una pizca de vergüenza.

La habitación estaba un poco desordenada y olía en exceso a perfume masculino. Nos sentamos en el suelo con la espalda pegada a la pared. No encendimos las luces, así que permanecimos en la oscuridad, aunque un pequeño rayo de luz se filtraba desde el foco de la calle.

—¿Quiénes viven aquí? —pregunté.

Había invadido la privacidad de alguien al meterme en su teléfono, y luego iba a comer el pastel de otra persona en la habitación de quién sabe quién.

—Son tres estudiantes universitarios y los padres de alguno de ellos, creo. No tengo idea.

—¿Cómo va tu cita? Supongo que ya le diste un besito.

—¿Qué piensas de mí? ¡Por supuesto que sí! La pasé muy bien cuando cenamos, aquí conoce a mucha gente y principalmente hablamos de cosas relacionadas con la universidad. No pude tener más de dos frases a solas con él antes de que llegaras. Si no hubieras venido, ya me habría ido. —Me acarició el brazo cariñosamente—. No te preocupes, todo mejorará.

—Gracias —susurré—. Eso espero.

Seguimos hablando sobre los detalles de su cita y estaba a punto de contarle sobre mi descubrimiento cuando su celular comenzó a sonar. Era el chico con el que había salido.

—¿Vamos abajo? Franco me está buscando, quiero presentártelo.

Meneé la cabeza.

—Me quedaré unos minutos más en la habitación de este extraño. Se me salieron un par de lágrimas y sabes que eso significa que tengo la nariz roja. Además, me duele un poco la cabeza.

—Está bien, te esperaré abajo. —Salió de la habitación y me comí el último trozo de pastel.

¿Y ahora qué hago con el plato?

La idea de estar en una fiesta comenzó a parecerme absurda, ya que mi corazón estaba destrozado. Llevaba meses así con Santiago y tenía que aceptar que ya no era lo mismo, que lo que teníamos en ese momento no era suficiente para mí. Pasaron cinco minutos y la puerta se abrió solo unos centímetros. Me quedé congelada ante la idea de que el dueño de la habitación entrara y me encontrara sentada con un plato y un tenedor. Los dejé debajo de la cama.

—¿Dónde están? —preguntó un chico desde detrás de la puerta.

—En el cajón de la cómoda. Puedes sacar la que quieras —respondió otro. Un chico entró y cerró la puerta tras él. Con la escasa luz pude notar su cabellera rubia y una gran mancha roja en su camiseta blanca. No me vio y quedamos sumergidos en la oscuridad. Sin darme tiempo para decir algo, se quitó la camiseta. Me quedé en un limbo sin saber qué hacer y sin respirar. La lanzó sobre la cama y solo pude divisar su abdomen definido y el borde de su bóxer gracias a la luz que entraba desde la calle. Si se desnudaba me iba a dar algo. Los segundos pasaban eternos y él seguía allí, sin camiseta. Y yo, sin habla.

Ya ha pasado mucho tiempo y aún no digo nada. Debo decir algo. Lo que sea. Cualquier cosa. O quizás podría huir y desaparecer. O... ay, mierda. Estas cosas solo me pasan a mí.

—Hola —murmuré con voz apenas audible.

O quizás simplemente debería haber salido corriendo.

El chico dio un respingo mientras yo me ponía de pie.

—¡Mierda! ¿Eres real o estoy muy borracho?

Solté una carcajada.

—Soy muy real. Perdón por entrar así en tu habitación, pero me dolía un poco la cabeza —murmuré en voz baja. Abrió un cajón y rápidamente se puso una camiseta.

—No creo que a Nico le importe que haya una chica en su habitación. Si quieres, puedes quedarte un rato más. De hecho... —Dudó por unos segundos antes de continuar—, te voy a acompañar.

Me quedé con un pie en el aire, indecisa entre quedarme o irme. La verdad es que aún no tenía ganas de bajar.

—¿Ya te aburriste abajo? —pregunté.

Bufó.

—Una chica me derramó un bloody mary en la camiseta a propósito —gruñó.

—Quizás le dijiste algo que no debías...

—Nada —respondió, caminando hacia la cama. Se sentó en el borde—. ¿Te vas o te quedas? Porque me vendría bien algo de ayuda.

Solté una carcajada.

—¿En qué quieres que te ayude?

—Voy a hablarte como si estuviera coqueteando contigo, y tú me dirás qué está mal —respondió como si nada. Me quedé quieta unos segundos esperando a que agregara algo más, pero no lo hizo.

Me acerqué a él, reprimiendo las ganas de reír. Tenía unos ojos azules que emitían un pequeño brillo en la oscuridad.

Carraspeé.

—Está bien. Seré muy severa, y te advierto que soy muy difícil de conquistar. —Me senté en la cama, cruzando las piernas, y tomé el vaso que estaba en el suelo.

—¿Me das? —preguntó después de que le di un sorbo.

—No sé si te gustará, parece que un osito cariñosito cayó dentro. —Luego del primer sorbo, frunció el ceño.

—¿No había más azúcar para añadir?

—Es un remedio para corazones rotos. —Abrió los ojos y, en lugar de entregarme el vaso, bebió hasta que se lo acabó.

—Para mi corazón, no el tuyo —murmuré como si estuviera decepcionada—. No puedes llegar y beberte los remedios de otras personas.

Encogió los hombros.

—Lo siento, a veces soy egoísta, pero te compensaré, ¿quieres salir de esta fiesta de mierda?

La propuesta era extremadamente tentadora. En primer lugar, no conocía a ese chico; de hecho, apenas podía verle la cara. En segundo lugar, mi corazón estaba hecho pedazos. Y en tercer lugar, era algo diferente.

No voy a hacer nada malo.

—¿Qué me propones?

—Mmm... te propongo caminar hasta que amanezca.

—Tengo que advertirte dos cosas: tengo novio y tendríamos que hacer algo realmente loco. Esa sería la única forma de que me vaya contigo.

Soltó una risa masculina que me encantó.

—¿Y por qué crees que voy a ir contigo después de decirme que tienes novio?

—Simple. Porque te ha encantado la idea de hacer algo loco —respondí, esbozando una sonrisa.

—Pero yo diré la locura.

—Te escucho.

Encendió su celular y miró la pantalla. Fue tiempo suficiente para que su perfil se iluminara y yo pudiera tener una mejor idea del tipo de chico con el que me estaba enfrentando. Mi vista se quedó pegada en esos labios carnosos y bellamente moldeados.

Hola dios, ¿qué se supone que tengo que hacer aquí?

—Son un poco más de las once. Nos iremos a otra fiesta, y solo por hoy, actuaremos como si

fuéramos mejores amigos desde hace mucho tiempo. Pero nunca nos diremos nuestros nombres.

—Vamos. Tengo muchas cosas que contarte —respondí, poniéndome de pie.

Salimos de la habitación. Me costó acostumbrar la vista a los focos encendidos de la casa. Bajamos las escaleras y caminamos entre las personas sin mirar hacia ninguna parte para evitar que nos detuvieran, hasta que finalmente logramos salir. Miré hacia atrás. Ari no me vio, así que le envié un mensaje.

Una vez afuera, me deshice rápidamente de las trenzas que me estaban torturando la cabeza.

—Hola —susurró mi nuevo amigo. Levanté la mirada, pero él ya me estaba mirando con una enorme sonrisa. Tenía la cara fina y el cabello rubio que hacía una combinación muy bonita con sus ojos azules. Sus labios tenían un color rojo natural precioso. Le devolví la sonrisa. Subió la cabeza hacia mi cabello, que se esponjaba cada vez que me quitaba las trenzas. Pasó la punta de la lengua por el borde de su boca, algo que me pareció muy sexy—. Te llamaré Bella.

Ahogué la risa y entrecerré los ojos, buscando el apodo adecuado.

—Muy gracioso —dije, sacándole la lengua. Me peiné el cabello con las manos y lo miré como si estuviera ofendida—. Hola Edward. —Ladeé la cabeza y extendí mis brazos para señalar ambos caminos. Él alzó las cejas, complacido con su nuevo nombre. Pareció entender la referencia, ya que mordió su labio con su colmillo—. ¿Hacia qué lado vamos?

Miró hacia la derecha.

—Hacia allá. —Comenzó a caminar y agitó la mano para que lo siguiera—. Ya que llevamos tanto tiempo siendo amigos, cuéntame qué hacías en la habitación de un desconocido en medio de una fiesta y comiendo un pastel robado.

Ups.

—Y después tú me cuentas la verdad detrás del vaso que te lanzaron encima. —Me detuve de golpe y lo miré fijamente—. No eres un psicópata o algo así, ¿verdad?

—Si lo fuera, no te lo diría, Bella.

Bufé y continué caminando a su lado. Le envié otro mensaje a Ari.

Maddie: Te compartiré mi ubicación en tiempo real. Este chico podría ser un psicópata.

—Bella.

—¿Sí?

—¿Cómo voy hasta ahora con eso de ligar contigo? —preguntó.

Me giré para observarlo. La camiseta que le habían prestado le quedaba apretada, pero no por eso se veía mal.

—Más o menos —repliqué riendo.

—Ok, lo acepto —respondió. Nuevamente, con la punta de la lengua se lamió el borde del labio—. ¿Si te digo en qué trabajo, gano puntos?

—Solo si tu trabajo involucra cuidar animalitos.

7. No soy yo, eres tú

Maddie

—Estoy lejos de mi casa —murmuré, girando sobre mi propio eje. Me senté en una banca del parque por el que estábamos caminando. Edward se sentó junto a mí y exhaló el aire lentamente mientras echaba la cabeza hacia atrás. Se quedó con la mirada perdida en las estrellas.

—¿Te quieres ir? —preguntó en voz baja.

Negué con la cabeza y me quedé mirando el cielo, igual que él.

—Creo que ya estoy convencida de que no eres un psicópata, así que no tengo apuro en irme. Mañana no trabajo.

—¿Te quedarías toda la noche conmigo? —quiso saber.

¿Qué me está proponiendo? ¿por qué siento que aquí hacen cien grados más?

Me giré hacia él, seguía con la vista en el cielo. Tragué saliva con dificultad.

—Yo no...

—Calma esa mente, no era una propuesta indecente —dijo riéndose. Ladeó la cabeza y sus ojos azules analizaron mi expresión, lo cual no me convenía porque mis pensamientos me traicionaron con imágenes inapropiadas, haciendo que mis mejillas se sonrojaran. Esbozó una sonrisa y estiró su brazo para tocarme la cara con su dedo pulgar. Tenía los dedos fríos y no me moví cuando hizo contacto con mi piel.

—No pensé que era una propuesta indecente —gruñí.

—Ah, yo diría que sí —replicó con cierto tono coqueto. Acercó lentamente su rostro al mío. Volví a lo que habíamos estado hablando.

—¿Por qué no quieres ir a la fiesta? —pregunté, con su rostro a escasos centímetros. Chasqueó la lengua antes de alejarse.

—Es el cumpleaños de mi hermana.

—¿Estás peleado con ella?

—No. Es la mejor amiga de mi ex. La misma ex que me fue infiel con uno de mis amigos. Probablemente los dos estén en esa fiesta.

—Auch... qué idiotas. Entiendo totalmente que no quieras ir, ¿todavía la quieres?

—No. Es solo que cuando eso sucedió, la mayoría de las personas que están en esa fiesta, incluyendo mi hermana, dijeron que fue mi culpa porque yo estaba trabajando muchos turnos en el hospital. Yo traté muy bien a mi ex. —Se reclinó en el asiento con las manos en la nuca—. Así que no estoy muy interesado en compartir con ellos, pero no quiero hacer sufrir a mi mamá si se entera de que no vine a ver a Alexa. —Arrugó la frente—. No quiero lastimar a mi mamá. —Golpeó sus rodillas con las manos, dando por terminado el tema—. Entonces, ¿qué le dirás a Santiago?

Suspiré ampliamente, decidí no seguir con el tema porque algo en su expresión me indicaba que no quería hablar de ello. Parecía que ambos teníamos preguntas sin respuesta que preferíamos evitar.

—No soy yo, eres tú —respondí con obviedad y me largué a reír.

Soltó una carcajada.

—Está perfecto. No es fácil terminar una relación y te apoyo. Él es un idiota. —Cogió los lados de mi cara y me miró profundamente, y yo aproveché para estudiar mejor sus enormes ojos, su nariz pequeña y respingada, y sus labios bonitamente dibujados—. Oye, y yo como novio soy mucho mejor.

—Seríamos pésimos novios, Edward.

Hizo una mueca y se desparramó en el asiento.

—Sí, seríamos un desastre.

—¿Ah, sí? —pregunté, alzando una ceja, aunque él ya no me miraba.

Apoyó su cabeza en mi hombro y se quedó allí.

—Tu cabello frondoso se llevaría todas las miradas y no estoy acostumbrado a eso —respondió. Soltó una carcajada y se incorporó sacudiendo su cabello. Lo llevaba más corto en los lados y eso le quedaba increíble.

—Qué pesado eres. El problema sería que me engañarías a las dos semanas. Además, eres muy guapo para mí.

Ay, Dios. ¿Qué estoy diciendo? ¿bebí mucho?

Edward soltó una carcajada y volvió a apoyarse en mi hombro.

—Te voy a explicar por qué seríamos un desastre: te encontré escondida en la habitación de alguien que no conocías después de robar un pastel, a mí una chica me derramó un vaso a propósito, estamos caminando sin un rumbo fijo para ir a esa fiesta a la que no quiero entrar, y ni siquiera sabemos nuestros nombres. —Levantó la mano y, tanteando mi cara, agarró mi nariz—. Nada bueno o bonito saldría de una noche así. Así que sí, seríamos un desastre. Aunque también tengo muchas razones para creer que podríamos ser asombrosos.

—No, porque está ese problema de que no puedes estar en una relación, eres infiel y te la pasas en aplicaciones de citas —murmuré rodando los ojos. Me miró como si estuviera profundamente ofendido.

—¡Hey! Te abrí mi corazón y estás usando eso en mi contra. —Fingió que se apuñalaba el pecho—. ¿Por qué me haces esto, Bella? Además no soy infiel, solo fue una vez.

Me puse de pie de un salto y lo obligué a hacer lo mismo. Me cogió las manos delicadamente. Las suyas seguían frías y sus dedos largos y finos, envolvieron los míos. Era tan alto que yo le llegaba a la mitad del pecho.

—Solo quiero dejar claro que nosotros juntos no funcionaríamos. Necesito a alguien más emocionalmente disponible. No podría salir de una tormenta para meterme en otra.

Abrió los ojos y la boca con expresión de sorpresa.

—¿Así que soy una tormenta? —Me cogió firmemente por la cintura—. Tal vez lo sea. Dejaré que mi próximo amor quede en manos del destino.

Me reí descaradamente, lo que hizo que me mirara seriamente hasta que terminé.

—¿Qué dices?

—Eso —respondió, soltándome—. Es por eso que no sabrás mi nombre y yo no sabré el tuyo. Si estamos destinados a encontrarnos, lo haremos.

Solté otra carcajada, divirtiéndome con sus ocurrencias.

¿Por qué la vida me trae esto?

De repente, me consideraba fan de los misterios. Tenía frente a mí a un chico que quería ser un misterio para mí. Me parecía que esa historia, corta y emocionante, era perfecta. Además, recordemos que mi corazón estaba roto y, aunque su nivel de belleza superaba la media de lo que normalmente veía, no me gustaba de esa manera.

—Me parece una buena idea. —Le di un golpecito en el hombro—. Gracias por ayudarme hoy. Mañana hablaré con Santiago y aclararé las cosas.

—Tú puedes. Eres vali... —Su celular comenzó a sonar y frunció el ceño al ver quién era—. Hola... sí, ya voy. Pero solo subiré unos minutos. Voy con una amiga... Bella... ¿qué te importa? —preguntó burlón. Colgó y me miró. Luego señaló un edificio frente al parque—. Es ahí. ¿Me acompañas?

Tenía ganas de hacerlo, pero los ojos ya se me cerraban. Eran más de la una de la madrugada y ya llevábamos dos horas paseando mientras conversábamos sobre la vida y buscábamos soluciones para nuestros problemas. Era hora de ir a dormir.

—Estoy cansada. Creo que me iré a casa. Llamaré a un taxi —murmuré.

Hizo un puchero adorable. Le sonreí. Me lo había pasado genial con Edward y había pasado mucho tiempo desde que me divertía así con Santiago. *¿Cuándo dejé de disfrutar y comencé a sufrir?* La presión en mi pecho y la angustia que aparecían cada vez que pensaba en que Santiago no me quería dificultaban mi respiración.

Edward, al parecer, notó que no me sentía bien y me tomó de la mano, atrayéndome hacia él. Me permití un momento de debilidad, no para lo que podrían pensar, sino para llorar. Ed me acarició el cabello mientras algunas lágrimas mojaban su camiseta.

—Llamaré al taxi por ti —murmuró. Sacudí la cabeza, no quería irme llorando en el taxi. Me aparté de él y me sequé las lágrimas.

—Te acompañaré. Quiero seguir distraída.

—¿Segura? —Asentí con una sonrisa, aunque Ed no parecía muy convencido—. Después nos vamos juntos, ¿te parece? —Batió las pestañas.

Caminamos unos diez minutos hasta llegar al edificio. Ed no dejaba de morderse el labio inferior. Lo agarré del brazo y lo detuve justo antes de que llamara al ascensor.

—¿Estás bien? —Parecía estar peor que yo. Me miró confundido y luego suspiró—. Saludaremos y estaremos diez minutos. Diré que me duele la cabeza y que quiero irme, ¿te parece? —pregunté.

—¿Harías eso por mí?

—Por mi mejor amigo, haría cualquier cosa. Vamos.

Rio por lo bajo. Edward tocó la puerta y una chica pelirroja nos recibió extendiendo los brazos. Se abalanzó sobre él.

—¡Pensé que no vendrías! Pasen. Tu hermana está por allá.

—¡Carla! —Alguien la llamó. La chica miró hacia el salón y me dio un abrazo apretado antes volver a la fiesta.

Mientras íbamos entrando, me quedé paralizada porque reconocí de inmediato a uno de los invitados. Quise creer que mis ojos me estaban engañando, porque no podía ser. Mi cuerpo por completo se aceleró y me acerqué con pasos nerviosos y torpes, confundida con el corazón a punto de abandonarme. No era posible que Santiago estuviese allí. Conversaba animadamente con una chica en el balcón, ella sacó su celular y se tomaron una foto juntos. Demasiado juntos.

Santiago la rodeó con su brazo y se quedó un momento así, incluso después de que se sacaran la foto.

Conocía a todos los amigos cercanos de él, pero ella no era alguien que hubiera visto antes. De hecho, nadie en esa fiesta me resultaba familiar. Mi corazón comenzó a latir rápidamente del espanto. Tomé a Edward del brazo y con la mirada señalé a mi novio. Retrocedimos hasta quedar fuera de la vista de los demás.

—Llámalo —dijo como una orden.

—¿Qué? —respondí, con la mirada perdida en mis zapatos.

Tenía mucho miedo de hacer lo que Edward me decía, porque si llamaba a Santiago y él decidía no contestar, mi corazón se rompería por completo. Cogí mi teléfono.

—Espera. —Edward tomó mis manos y me miró fijamente—. Tú puedes, mándalo a la mierda —dijo seriamente. Luego añadió—: Y después nos iremos juntos. Te invitaré a cualquier lugar que esté abierto a esta hora. Prométeme que aceptarás. —Solté una risita con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, claro que sí. Te lo prometo —respondí apenas. Me giré, pero Edward me obligó a mirarlo de nuevo.

—Bella, si es necesario, sacaré mi lado vampiro y le sacaré la sangre si me lo pides —dijo, sin ninguna expresión de broma. Tuve que contener la risa.

—Vaya giro oscuro que ha tomado esto —murmuré. Le di un golpe en el brazo—. Gracias, pero creo que no será necesario. Aunque... estate atento, tal vez te lo pida —dije mientras daba un paso adelante para tener a Santiago dentro de mi rango de visión. Comencé a llamarlo mientras lo observaba. Sacó su teléfono del bolsillo y, por un instante, pensé que me iba a contestar. Mi corazón estaba agitado por la desesperación y mis manos sudaban, pero miró la pantalla, me cortó y abrió la cámara para sacarse otra foto con la chica.

Moví lentamente mi cabeza hacia la entrada. Justo en ese momento llegaron algunas personas y aproveché que la puerta estaba abierta para salir corriendo. La cerré rápidamente y desaparecí antes de que Edward reaccionara.

Llegué abajo, agitada como si hubiera bajado corriendo los diez pisos en lugar de usar el ascensor. Me apoyé en mis rodillas. Mi respiración era irregular y sentía dolor en el pecho. Escuché unos pasos detrás de mí y me giré para decirle a Edward que tenía que irme, que no podía enfrentar eso. Pero me quedé congelada cuando vi a Santiago mirándome con expresión de culpa.

—Lo siento —dijo apenas. Metió las manos en los bolsillos de sus jeans. Encogí los hombros y tomé una respiración profunda y lenta. Quería contener las lágrimas, no tenía ganas de llorar en medio de la calle, lejos de casa y con él frente a mí.

—No voy a estar rogándote por tu atención, Santiago. Haz lo que quieras.

—¿Qué quieres decir? —Frunció el ceño. Dio un paso hacia adelante y yo retrocedí—. Si quieres, puedo estar contigo toda la semana, todos los días. —Su voz denotaba cierta desesperación. Negué con la cabeza.

—Ya es demasiado tarde.

—¿Hablas en serio? ¿a qué te refieres?

—Que hemos terminado —contesté con una calma que me sorprendió. Aunque me inundó una enorme tristeza, también me sentí aliviada. Había estado evitando decirlo desde hacía meses. Una palabra que me tenía el pecho apretado y me entristecía.

—¿Vas a tirar nuestra relación por la borda así no más?

Fruncí el ceño. ¿Así nomás?

—Yo no los estoy tirando por la borda. Regresa con la chica que te espera.

Así como yo te he estado esperando.

—Pero Maddie, no seas así. Sí... —Se rascó la nuca y miró a su alrededor—. Es verdad que te he descuidado un poco, pero no quiero separarme de ti.

Nos quedamos mirándonos durante unos instantes. Él tenía los ojos brillantes por las lágrimas que amenazaban con salir, pero yo llevaba demasiado tiempo en esa situación y ya le había explicado más veces de las necesarias lo que sucedía, sin que hubiera ningún cambio. Me di cuenta de cuatro cosas en ese momento: primero, él tenía miedo de estar solo; segundo, pensaba que me tenía segura por estar enamorada; tercero, yo ya no sentía lo mismo; y cuarto, no iba a esperarlo nunca más. Di un paso atrás.

—Santiago... —murmuré con voz quebrada.

—¿Qué? —Por un instante pareció creer que yo le iba a decir que lo perdonaba.

—Terminamos —dije lo más firme que pude. Exhaló resignado y fijó su mirada en el suelo. Ninguna palabra salió de su boca. Esperé a que dijera algo. Quería que me pidiera que me quedara con él, que me dijera que me amaba y que no podía perderme, pero él solo levantó la cabeza y me miró con cara de perrito abandonado. Asintió con la cabeza.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó.

—¿No tienes nada que decir sobre que terminamos?

Meneó la cabeza.

—No, ya tomaste la decisión.

Solté una carcajada que, a mi parecer, sonó algo diabólica.

—¡Vete a la mierda! —Miré a la calle y corrí hacia el único taxi que se acercaba. Me subí corriendo casi sin darle tiempo de frenar. Me asomé por la ventana y le mostré el dedo corazón a Santiago—. ¡Pero no soy yo, eres tú... pedazo de idiota!

Me fui llorando todo el camino y le avisé a Ari que ya iba de regreso a casa.

Entré a mi habitación y lamenté inmediatamente no haberle preguntado al menos el nombre a Edward. Eran casi las dos de la madrugada y me sorprendió que Santiago no hiciera ningún intento por llamarme, seguirme o algo. Probablemente había vuelto a la fiesta con la chica.

Me acosté en la cama con las lágrimas saliendo descontroladamente de mis ojos y así me quedé, intentando dormir durante más de veinte minutos sin éxito. Decidí ver una película sangrienta para satisfacer el anhelo de venganza en mi interior. Me limpié las lágrimas de la cara y fui a la cocina a buscar algo para comer y beber. Encontré varias botellas pequeñas de vodka con sabores. Yo no solía beber a menos que fuera en fiestas, y nunca en exceso, pero era sábado, tenía el corazón roto y simplemente quería hacerlo. Agarré cuatro botellitas que sabían más a zumo que a alcohol, lo cual no ayudó en nada, y encendí la computadora. Media hora después, con zombies devorando personas en la pantalla, ya había terminado tres de las botellas, y mi mente empezó a mezclar pensamientos correctos con incorrectos.

Fue entonces cuando la historia de Valentín apareció flotando frente a mis ojos. Fui a buscar el teléfono donde lo tenía guardado y lo encendí. Releí emocionada el único capítulo de su historia no publicada.

Se trataba de Phoebe, una chica que había vivido toda su vida en Nueva York. Sin embargo, en cuanto tuvo la oportunidad de estudiar lejos, se mudó a Los Ángeles porque estaba enamorada de

su mejor amigo, quien a su vez tenía una novia con la que llevaba años. Phoebe eligió perder a su amigo y comenzar una nueva vida lejos de él. Ahora, cuatro años después, Phoebe se había convertido en una chef muy popular y recibió una invitación de una importante empresa de publicidad en Nueva York para dar una clase de cocina exclusiva a sus empleados. Phoebe no sabía qué hacer, no se sentía preparada para volver a esa ciudad.

Apagué la pantalla y dejé que mi cabeza se inclinara hacia atrás. Algo comenzó a molestarme increíblemente.

¿Cómo diablos seguirá esta historia si lleva más de dos meses sin actualizarse? Quizás pueda ayudar un poco. Pero eso no es problema mío. Su hermano está enfermo…

Me gustaba escribir. Tenía muchos borradores de historias en alguna carpeta de mi computadora. Durante mis últimos años en la escuela, había escrito muchos cuentos para niños, por lo que no era difícil para mí escribir ni tener ideas para historias. La verdad es que la mayor parte de mis pensamientos durante el día eran aventuras que solo existían en mi cabeza. Y bueno, después de haber tomado la cuarta botella, ya tenía varias ideas de cómo continuar esa historia.

¿Cómo la continuaría yo?

Me limpié las lágrimas y empecé a escribir mis ideas.

El novio de Phoebe, Samuel, un reconocido chef de Los Ángeles, la convence de ir, a pesar de que ella no quiere. Sus aprehensiones no son tanto por dar una clase exclusiva, sino porque la imagen de Daniel, su ex amigo, y los recuerdos de su antigua vida comienzan a atormentarla. No puede contarle eso a Samuel, así que, sin excusas convincentes para rechazar una oportunidad así, decide ir.

A Phoebe le molesta pensar que quizás aún no ha superado a Daniel, pero se convence de que es inevitable extrañarlo, ya que fueron amigos durante la mayor parte de sus vidas. Phoebe comienza una nueva aventura, pero su mayor temor se hace realidad cuando quien la va a buscar al aeropuerto es el dueño de la empresa: Daniel, su ex amigo.

Cerré los ojos por un minuto mientras el mundo daba vueltas a mi alrededor y los límites de lo que podía y no debía hacer se volvían confusos. Fui a buscar una quinta botella que terminó por apagar mis últimas neuronas sensatas. Me quedé mirando la pantalla, encantada con el segundo capítulo escrito por mí. Lo envié al celular de Valentín y lo subí a la aplicación.

Las consecuencias de mis actos me parecieron lejanas.

¿Qué estoy a punto de hacer? Bueno, él no sabrá que fui yo.

Tomé una respiración profunda con el celular entre mis dedos y apreté publicar.

Capítulo uno: publicado. Capítulo dos: publicado. Oh, mierda.

Lancé el celular sobre la cama y levanté las piernas sobre la silla. Me quedé allí, congelada... hasta que me dormí. Desperté unas cuatro veces en un período de casi dos horas. A pesar de que el alcohol había nublado mi mente, en lo más profundo de mí sabía que lo que había hecho estaba mal.

Me llevó tiempo aceptarlo, y cuando finalmente lo hice, ya era demasiado tarde.

Demasiado tarde.

Valentín no tiene forma de saber que soy yo la culpable.

A menos que el detalle de que a Phoebe le guste el café de menta me delate.

Maldición.

Sabrá que fui yo.

8. Latte con un toque de menta

Valentín

El sábado, dos días después de mi llegada a París, mi hermano estaba feliz a pesar de sus fracturas en el brazo izquierdo y en la pierna del mismo lado: una fractura de radio y una fractura de tibia. Lo único que quería Camilo era estar conmigo, así que estaba emocionado por ver todas las películas animadas posibles y con ganas de comer mucho. Ese día también marcaba dos semanas sin ver a Fai. De todos modos, estar cerca de Cami me tranquilizaba, y me di cuenta de lo mucho que Adrien, el nuevo novio de mamá, se esforzaba por agradarle y consentirle. No lo culpaba por no darse cuenta de que Camilo no estaba preparado todavía.

Con Fai las cosas estaban un poco extrañas. Nos veíamos cada vez menos y, a veces, sentía su falta de tal manera que no podía pensar en otra cosa. Pero al parecer, tendríamos que acostumbrarnos a nuestras nuevas vidas. Ya habíamos estado juntos el tiempo suficiente como para que la distancia no fuera un gran problema. Superaríamos esa situación, al igual que todas las dificultades que se nos habían presentado hasta ese momento.

Hablábamos todos los días varias veces; veía los videos de ejercicio que ella hacía y compartía con sus seguidores, así me sentía más cerca. Además, me encantaba verla. Podía pasar horas viendo sus videos sin aburrirme. Llevábamos dos años juntos y la conocí porque es la mejor amiga de la ex novia de Félix. Ellos nos presentaron en un bar sin consultarnos, y desde ese día no nos separamos. Fai era deslumbrante en todos los aspectos, su belleza era incomparable y me fascinaba la determinación con la que perseguía sus metas. Eso mismo me impulsaba a mí, ya que a veces tendía a caer en el pesimismo; pero Fai rápidamente me hacía cambiar de actitud. Era increíble.

Tenía ganas de estar más conectado con mis seguidores y mi cuenta de escritor, sobre todo porque estaba a punto de lanzar una nueva novela y no podía hacerlo porque no tenía mi celular. Félix buscó por todo el departamento y no lo encontró. Pensé que ni siquiera había hecho el esfuerzo de buscarlo bien, pero no insistí porque así era él, un poco desordenado.

Era impresionante cómo había logrado tener tan buen desempeño en la universidad, incluso se graduó con honores y ya trabajaba como enfermero, y además, uno muy talentoso. Félix era apasionado por su trabajo, aunque fuera del hospital parecía desenfocado. Especialmente en lo que respecta a las relaciones con las chicas. No era capaz de mantener el interés en alguien por más de unas semanas. Félix era uno de esos hombres que lo daban todo al principio, hasta podías creer que estaba enamorado, al menos eso pensé las primeras veces. Pero tan rápido como llegaba el amor, también desaparecía.

Encendí mi computadora y justo en ese momento recibí un correo de Fai.

Fai: Te extrañoooooooooo, vuelve prontooo.

Valentín: Hola mi Fai. Es oficial, no puedo estar más de dos semanas separado de ti. Pronto volveré y no te soltaré :(Por cierto, ya escribí un segundo capítulo.

Fai: Aww, creo que tenías que ver a Camilo para inspirarte más. ¿Y cómo te quedó?

Valentín: Como la mierda :D En otros tiempos y menos desesperado, lo habría eliminado, pero no tengo otra opción que enviarlo... es todo lo que tengo.

Fai: Te apuesto a que está perfecto. Ya quiero leerlo.

Valentín: Probablemente, apenas se lo envíe a Ally, me pedirá que los suba. ¿Ya te vas a Santiago?

Fai: No, mañana :). Quieren sacar más fotos hoy. Hablamos después, bebé.

Levanté la vista y vi a Cami observándome con la frazada hasta la nariz. Había estado jugando en la tablet mientras yo escribía a su lado.

—¿Necesitas algo? —pregunté, desordenándole el cabello.

—¿Podemos ver una película?

Le guiñé un ojo y antes de ponerme de pie, recibí un correo de Ally. Me daba un día para enviar los primeros capítulos. Le respondí rápidamente que le enviaría dos. Dejé la computadora a un lado. Por fin iba a tener, al menos por un par de días, un poco de descanso. Y de todas formas, ya me sentía más inspirado. Solo necesitaba ir a sentarme en algún café.

Pero aquí no está mi café favorito. Ni tampoco Mads, que hace los mejores cafés.

Fruncí el ceño, un poco curioso hacia dónde me estaba llevando mi mente.

—Iré a buscar algo para comer. Mientras tanto, elige algo.

—¿Lo que yo quiera?

—Sí, lo que tú quieras.

—Entonces Shrek —dijo, dando un pequeño tiritón de felicidad.

Cuando regresé, decidí enviar los capítulos de inmediato. Necesitaba un poco de paz mental.

Camilo y yo pasamos la noche viendo las películas de Shrek, así que al día siguiente me desperté a las dos de la tarde con los golpes de mi mamá en la puerta, llamándonos para ir a comer. No me emocionaba mucho la idea de sentarnos los cuatro juntos en la mesa. De hecho, era incómodo porque quería decirle muchas cosas a mamá, pero parecía que siempre Adrien estaba al lado. Mamá se veía nerviosa, no sabía si era por lo sucedido con Camilo, mi padre o el hecho de que yo estuviera allí.

De todas formas, no quería que las cosas fueran más tensas para Cami de lo que ya eran, así que decidí llevar mi visita en paz con mamá y su nuevo novio. Además, Adrien era muy atento conmigo y con Cami. Incluso me preparó una habitación en su casa con una hermosa vista. Aunque tenía la intención de odiarlo, me resultaba difícil. Después de todo, no era un niño de ocho años como Camilo, y ni él lo odiaba. Mi hermano era pequeño pero bastante maduro. Aceptó a Adrien sin problemas.

Aproveché que Camilo todavía no llegaba para preguntarle algunas cosas a mamá.

—¿Cuándo volverás a Chile? —La miré sorprendido ante su reacción—. Lo digo por Camilo, él no quiere estar aquí. Se nota, y me preocupa dejarlo solo.

Mi mamá resopló y le lanzó una mirada de disculpa a Adrien, quien no entendía mucho español.

—¿Podemos hablar de eso en otro momento, Val? —preguntó entre dientes. Parecía más triste que enfadada, lo cual me impedía enojarme como yo quería. Fruncí el ceño y la observé fijamente.

—Está bien, pero Camilo no puede quedarse aquí por más de dos semanas —dije, como si la decisión dependiera de mí. Asintió ligeramente.

—Valentín, tu mamá me ha contado que eres escritor. Me encantaría leer algo tuyo —intervino Adrien, señalando a mi mamá—. Ella es tu mayor fan. Lo primero que me dijo cuando la conocí fue que tenía un hijo escritor. De hecho, creo que me contó toda una historia tuya desde el principio. —Soltó una risita mientras miraba con calidez a mi mamá, quien le devolvió la sonrisa feliz—. Escuché todo. Lo encontré interesante.

Forcé una sonrisa al darme cuenta de que mi mamá tenía un par de problemas por delante: cómo regresar a Chile y qué hacer con el amor que sentían el uno por el otro.

—Quizás pronto traduzcan mis libros a otros idiomas y podrás leerlos.

—Eso sucederá, hijo. Ahora que estás trabajando con una editorial importante, todo se dará como siempre has querido y por lo que tanto te has esforzado. —Mamá acarició mi brazo.

—¿Y estás escribiendo una nueva novela? —preguntó Adrien, abriendo los ojos como si quisiera escuchar todo de mí. Intenté sonreír y mi mamá dio un pequeño saltito, llevándose las manos a la boca.

—Se me olvidó decirte que me encantó —murmuró, acariciando mi brazo—. Ya quiero leer los siguientes.

Permanecí en silencio por unos segundos, mirándola fijamente. Sin entender.

—¿Qué te encantó? —pregunté.

—Tu nueva novela.

Me atraganté con un pedazo de pan y, mientras tosía sin parar, intentaba preguntarle a mamá de qué estaba hablando. ¿Ally había subido los capítulos a algún lugar? No podía ser posible, porque ella no tenía mis contraseñas, ¿o sí? Finalmente pude hablar y pregunté:

—Pero… no he publicado nada. —Sacudí la cabeza confundido y empecé a buscar desesperadamente mi celular en el bolsillo—. Ayer le envié un par de capítulos a Ally, pero no he visto su respuesta.

—¿Son dos? Sí, están en tu cuenta —respondió frunciendo el ceño, me miró como si estuviera loco—. El amor se escribe por capítulos —añadió, con una sonrisa enorme.

Me quedé paralizado. Ese título ni siquiera era oficial.

El nombre que planeaba ponerle a la novela nadie lo sabía, solo estaba en mi cuenta de escritor. Me levanté de golpe, pensando que necesitaba mi teléfono, pero me quedé allí plantado como un idiota. Le señalé a mamá su celular para que me lo pasara, apenas lograba articular palabras. Lo primero que pensé fue que alguien había hackeado mi cuenta con todas mis novelas y seguidores.

¿Qué iba a decir Ally sobre eso?

Me va a matar.

—¿A qué hora te llegó la notificación? —pregunté, creyendo ingenuamente que podía estar confundida. Era imposible, pero ¿cómo sabía el nombre del libro si no se lo había dicho a nadie?

—Hace como unas cuatro horas. —Mi mamá parecía asustada mientras respondía. Tomó su

celular y empezó a buscar algo en él. Me lo mostró—. Mira.

—Pero... yo... yo estaba durmiendo. —Miré desesperadamente el celular. Casi creí que me había vuelto loco y había publicado todo yo mismo. Lo primero que hice fue iniciar sesión en mi cuenta. Vi la cantidad de notificaciones, nuevos mensajes y seguidores—. ¿Pero qué? Esto tiene que ser un error...

Pero no era un error, mi libro había sido publicado hacía unas horas y tenía miles de comentarios. Me quedé atónito e incluso comencé a recordar la noche anterior. Pensé que me había vuelto loco porque no recordaba haber hecho nada más que ver películas con Camilo y hablar con Fai.

¿Y si en lugar de enviárselos a Ally, los publiqué?

Allí, de pie, con mi madre y Adrien sin entender nada, empecé a leer asustado, como si mis secretos estuvieran expuestos. Prácticamente no respiré hasta que terminé de leer el primer capítulo, pero me derrumbé en la silla cuando llegué al segundo.

Y eso fue por una razón que no había pasado por mi mente: eso no lo había escrito yo.

Y era mucho mejor que el mío. Mucho mejor.

9. Capítulos publicados

Valentín

—¿Valentín, estás bien? —Justo cuando terminé de leer, el celular de mamá comenzó a sonar. Se lo entregué para que contestara, sin saber qué hacer a continuación. Tenía que hablar con Ally y decirle que habían hackeado mi cuenta, que yo no había escrito eso.

¿Cómo voy a resolver esto? Muchas personas ya lo leyeron. ¿Qué les digo a mis lectoras? ¿qué le digo a Ally?

Y si el libro ya empezó a publicarse... no puedo dejar de subir capítulos. Puta madre.

Mi corazón empezó a latir más rápido y mis manos comenzaron a sudar. Me quedé mirando fijamente la mesa, hasta que alguien inesperado apareció en mi mente, flotando y mezclándose con mis pensamientos.

Quizás porque en el segundo capítulo la protagonista repentinamente se volvía adicta al café de menta, o tal vez porque recordé que la última vez que usé mi celular fue en la cafetería, se me ocurrió quién podría ser la mente creativa detrás de esto. Solamente pude soltar una carcajada por lo increíble que sonaba.

¿Podría haber sido ella? ¿fue Mads? Pero, ¿cómo es capaz de hacer algo así?

Y lo más extraño es que no me siento tan enojado con ella.

—Valentín, Val... Val. —Mi mamá tocó repetidamente mi hombro. La miré—. Es Ally. —Claramente, Ally se había asegurado de entablar una especie de amistad con mi mamá. Tomé el celular sin saber qué decir.

—Hola —dije apenas.

—Hola Val. Estoy un poco confundida. Primero, ¡felicidades! No dudo de que tu novela será un éxito total. ¿Has leído los cientos de comentarios que tienes en tan poco tiempo? ¡Hasta yo estoy alucinando! Pero no entiendo por qué los publicaste sin decirme nada y también me di cuenta de que no es exactamente lo mismo que me enviaste.

—Ally, sí... hubo una confusión... —Mi mamá se giró y me miró con las cejas fruncidas.

—En cualquier caso, los cambios que hiciste en comparación con lo que me enviaste son excelentes. Bueno, el segundo capítulo es completamente diferente y me gusta más. Tengo ganas de seguir leyendo. Así que quiero...

—Espera, Ally. —Me rasqué la frente y exhalé el aire sin saber cómo decirlo. Incluso se me pasó por la mente no decir absolutamente nada, pero mentir se me daba fatal y tampoco sabía cómo manejarlo—. Yo no publiqué eso.

—¿A qué te refieres?

—Lo que te envié ayer es lo que escribí. Lo que está publicado, no... no lo escribí yo. —Mi mamá me miró con una expresión de sorpresa y pánico.

—Valentín, ¿qué estás diciendo? No me hagas bromas ahora, por favor. Si no es una broma, cancelaré todo y aquí nos detendremos.

Respiré profundamente y la desesperación comenzó a apoderarse de mí. De repente, la imagen de mi mamá, Fai, Félix, Camilo y todas las personas que me tenían fe aparecieron frente a mí, diciéndome que lo había arruinado todo. Me froté la cara. Mi oportunidad de convertirme en un escritor exitoso se desvanecía en ese mismo instante.

—Sabes que suelo hacer muchas bromas. ¿Por qué me crees ahora? —Mi mamá sabía que mentía y negó con la cabeza, instándome a retractarme. Le respondí con un gesto que no lo haría y se encogió de hombros.

—Ay, Valentín. Casi me matas.

—¡Qué exagerada! Entonces, te gustaron. Eso es bueno. —Si Ally me hubiera visto en ese momento, no habría creído ni una palabra de lo que decía. Estaba desplomado en la silla como si hubiera tenido un ataque y lucía como la persona más desafortunada del mundo.

—Es maravilloso, Valentín. Quiero seguir leyendo, y puedo imaginar a todas tus lectoras desesperadas por los siguientes capítulos.

—Trabajaré en los siguientes...

—Sí, quiero dos más para el próximo fin de semana. No es negociable. Ya tuvimos que dar demasiadas explicaciones por el retraso en la publicación de los primeros capítulos, y ahora más que nunca no voy a hacer esperar a tus lectores.

—Pero dos capítulos son muchos para una semana, Ally.

—Subiremos dos capítulos y luego iremos publicando el resto poco a poco. Pero necesito más, ¿está claro? Sin excusas.

—Te enviaré uno —murmuré, sin siquiera saber si sería capaz de escribir algo decente. Porque lo que Mads había escrito cambiaba completamente mi historia. De repente, me encontraba en un aprieto por tener poca inspiración, y además tenía que adaptar mi idea original. Lo que tenía planeado para mi novela no encajaba con la forma en que Mads había decidido continuarla. Si es que era ella…

—Mira, Valentín —dijo, calmadamente pero con un tono grave—. Yo no soy dueña de la editorial, y me están exigiendo más de lo que yo te exijo a ti. Hemos invertido mucho en ti: tiempo, publicidad, todos los recursos necesarios para la publicación de tu libro anterior, incluso te hemos invitado a ferias. Todo esto para hacerte más conocido y acompañarte durante el proceso de escritura de tu nueva novela. Y recuerda que hay un contrato de por medio. No sé si puedes hacerte cargo de devolver todo lo que hemos invertido en ti.

—Te hablo más tarde. —Colgué y le devolví el teléfono a mi mamá. Subí a mi habitación y me senté frente a la computadora, cogiéndome la cabeza entre las manos. Permanecí así durante un tiempo, tratando de descubrir qué hacer. Mads me había convertido en un fraude.

—Estoy jodido. Gracias, Mads —murmuré, decidido a enfrentarla. Estaba enojado y furioso, aunque no tanto como debía estarlo. ¿Por qué había hecho algo así?

—¿Estás bien? —Adrien asomó la cabeza por la puerta.

—Sí, gracias.

—Si necesitas algo, avísame. —Se acercó y se quedó de pie a mi lado. No tenía la mente para hablar con él, pero tampoco quería ser irrespetuoso en su propia casa. Sabía que yo podía hablar francés, así que no podía fingir que no le entendía—. Sé que tal vez no quieras estar aquí, pero estoy feliz de recibirte cada vez que vengas.

—Gracias, Adrien. A mí solo me preocupa Camilo.

Se rascó la barbilla y asintió.

—Lo entiendo. Creo que tu madre pronto se irá a Chile —murmuró apenado.

—¿No podrías ir tú también? —pregunté, sin siquiera saber si mi madre querría eso. Me precipité al hablar sin pensar primero. Adrien esbozó una sonrisa.

—Cualquier cosa es posible. —Encogió los hombros y me dio una palmada en la espalda—. Nos vemos en la cena. —Lo llamé antes de que desapareciera por la puerta.

—Adrien, ¿me prestarías tu teléfono? Necesito hacer una llamada urgente.

—Claro, aquí lo tienes. —Me lo entregó—. Puedes usarlo todo el tiempo que necesites. Yo estaré en mi oficina.

Me quedé con el celular girando entre mis dedos. Así que la chica guapa de la cafetería escribía increíblemente bien. Desde antes, su personalidad, a pesar de haber interactuado poco, me había llamado la atención. Antes de llamarla, Mads se convirtió en una de las personas más interesantes que había conocido.

La forma en que complementó lo que yo había escrito y lo similar que era nuestra escritura me cautivó. No se notaba que los capítulos hubieran sido escritos por diferentes personas. ¿Por qué lo hizo? No tenía idea. Quizás pensó que nunca me enteraría de que había sido ella. Pero eso ya no importaba, porque Mads se había vuelto fascinante y eso no era bueno. No solo porque era una entrometida, sino porque me di cuenta de que la necesitaba.

Había hecho una locura, y a veces eso conducía a grandes aventuras. A punto de llamarla, ya había imaginado varias formas de continuar con el siguiente capítulo y todo gracias a ella. Necesitaba sus ideas, su creatividad, sus cafés…

Bueno, si ella se metió en esto, entonces tendrá que ayudarme a resolverlo.

Comencé a marcar mi propio número, esperando, en contra de mi voluntad y cordura, que no me hubiera equivocado y que fuera Mads quien respondiera, que ella hubiera encontrado mi teléfono.

Deseaba que fuera ella.

—Maldición —murmuré.

10. Las reglas del juego

Maddie

Ari se sentó de golpe y me observó con la boca abierta. Parpadeó rápidamente, esperando mi respuesta.

—Maddy, ¡reacciona! ¿De qué estás hablando?

—Ari, metí la pata —murmuré haciendo un mohín. Ella cerró la boca, esperando a que continuara—. Ayer encontré el celular de Valentín en la cafetería, y... bueno, conocí a un chico en la fiesta de anoche.

—¿Y eso qué tiene que ver con Valentín?

—Espera, déjame explicar. —Llevé la mano al pecho e intenté respirar pausadamente.

—¡Maddie!

—No me sé el nombre de Edward —murmuré más para mí misma que para ella. Ari rodó los ojos. Sacudí la cabeza para ordenar mis pensamientos—. El punto es que llegamos a una fiesta y adivina con quién nos encontramos.

—¿Valentín?

—No —gruñí—. Con Santiago.

—¿El mismo Santiago que no quiso verte? ¿y estaba con alguien?

—Con una chica —dije en voz baja, casi inaudible. Ari frunció el ceño.

—Qué desgraciado. —Golpeó la cama—. Dime que terminaste con él.

—Sí. —Hice un puchero—. Aunque pareció no importarle. —Empecé a sollozar y Ari me abrazó.

—¿Y luego qué hiciste?

—Luego me fui de allí. Tenías razón, Ari... Valentín es escritor. —Ella esperaba que continuara, sabía que eso no era todo—. ¿Sabes lo que hice?

Arrugó la cara, esperando que una tragedia saliera de mi boca. Ambas solíamos ser dramáticas y exageradas en nuestras historias.

—¿Le enviaste una foto de tus bragas? ¿le declaraste tu amor? ¿le dijiste que lo querías aquí y ahora? —Dio un pequeño salto emocionada—. ¡Le dijiste que extrañabas verlo en la cafetería! —Bajó la voz e imitó mi tono—: Valentín, nada es lo mismo desde que te fuiste.

—¡Ari! ¡No! Aunque eso habría sido mejor...

—¿Qué? Me estás asustando. Dime qué hiciste.

—Yo... —No me sentía capaz de decir en voz alta lo que había hecho. Me daba vergüenza, así que cogí el celular, abrí la aplicación y se lo mostré—. Esta es una aplicación donde los escritores suben sus novelas. Esta es la cuenta de Valentín. ¿Ves ese libro? Lo publiqué ayer. —Ari tenía una expresión de total desconcierto—. Valentín escribió el primer capítulo y yo el segundo. Es decir…

—Estás loca, Maddie. ¿Publicaste el libro de Valentín sin su autorización? ¿y añadiste tu parte?

Asentí. Llevó la mano que estaba sobre su rodilla hasta su frente y se la frotó de un lado a otro sin decir una palabra mientras leía. Cuando terminó, asintió con la cabeza, como si estuviera orgullosa y, al mismo tiempo, asustada.

—Supongo que él ya se enteró.

—Sí, y quiere... quiere que escriba esa novela con él. —Ari se lanzó sobre mí con tanta fuerza que me dejó inmovilizada debajo de ella.

—¿No es esta la oportunidad que has estado buscando?

Fruncí el ceño.

—¿Cuál exactamente? No recuerdo haber planeado pasar de querer preguntarle a Valentín qué hace... a trabajar con él, o para él. No estoy segura. —La aparté de encima. Sin su presión en mi pecho, ya tenía suficientes problemas para respirar con normalidad.

—La oportunidad de hacer algo con tu vida. Algo diferente que no tenga que ver con Santiago o con la cafetería. ¿Y si esto es lo que tenía que suceder?

—¿Crees que entrometerme en las cosas de Valentín es algo destinado a ocurrir?

—Puede ser. ¿Le dirás que sí?

—Le diré que sí, y no solo eso —murmuré, esbozando una sonrisa. Acababa de tener una idea.

—Quieres que diga que el libro será escrito por los dos —dijo como si leyera mi mente.

—Sí. Él necesita mi ayuda y me aprovecharé de eso. —Ante la mirada de Ari, negué con la cabeza—. Sé que lo que hice está mal, pero si esta es mi oportunidad, ¿por qué debería desperdiciarla? Él tendrá que aceptar que mi nombre esté junto al suyo, ya que escribiré la novela con él.

Nos quedamos mirándonos emocionadas. Era extraño porque me sentía muy triste por lo de Santiago, pero al mismo tiempo, esta oportunidad me emocionaba y asustaba. *¿Es esto a lo que se refieren cuando dicen que una puerta se cierra y otra se abre? Y me refiero al hecho de escribir, no al chico guapo relacionado con eso.*

—Estoy muy orgullosa de ti, bebé. —Ari tomó mi teléfono y escribió rápidamente durante unos segundos, mientras yo tenía la vista fija en el techo de la habitación. No tenía ningún mensaje de Santiago, y cada minuto que pasaba sin una notificación me hacía sentir miserable. Si él no me quería, ¿por qué no terminó conmigo antes? De repente, Ari exhaló fuertemente y me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué pasó?

—Hay un pequeño problema —murmuró. Levanté la cabeza y me encontré con su expresión de desdicha—. No debes enamorarte de él —advirtió.

Me dejé caer en la cama de nuevo y resoplé.

—¿Qué estás diciendo? Te recuerdo que acabo de terminar con Santiago. No estoy pensando en...

—Maddie. —Me interrumpió—. Su novia es como una Barbie de Malibú, una influencer de vida sana y ejercicios. —Me mostró el perfil de Instagram de la novia: Fabiana. La palabra *hermosa* se quedaba corta. Tenía algunas fotos con él, y me fui directamente al perfil de Valentín.

—Tranquila, no lo haré —gruñí, aunque estaba más interesada de lo que quería admitir en sus fotos.

Mi respiración se volvió irregular y un escalofrío me recorrió cuando vi una foto que él había subido del último día que fue a la cafetería: una imagen del café helado de frutillas con crema y

el cupido que le dibujé en referencia a su nombre. No pude evitar esbozar una sonrisa, lo cual hizo que Ari entornara los ojos.

Leí la descripción de la foto: *Este superó el latte de menta*.

Solté una carcajada y seguí revisando su perfil. Nunca antes había mirado a Valentín de esa manera, así que sentir cierta satisfacción al ver sus fotos era algo nuevo para mí. Era tan atractivo que me costó dejar de revisar sus fotos, y eso que sabía que Ari me estaba observando atentamente. Valentín no sonreía en ninguna de las fotos, pero yo conocía su sonrisa y era preciosa.

Pero todo se derrumbó cuando, sin querer, y en medio del minucioso análisis de su Instagram, intenté pasar de una foto a otra y se me escapó un *me gusta*.

Un maldito *me gusta*.

Allí estaba el corazón bajo su foto, y olvidé por completo respirar. Esa se había convertido en una de mis peores pesadillas: espiar a alguien y delatarme de esa forma. Con un estúpido *me gusta* en alguna foto tan antigua que parecía del siglo pasado. Me quedé quieta como una estatua y sentí cómo mi alma me abandonaba. No podía reaccionar.

—¿Qué has hecho ahora? —A Ari se le fue el color de la cara al igual que a mí.

—Le di *me gusta*... un *like*... a la foto con su novia... que subió... no puedo.

Negué con la cabeza.

—¿Qué subió cuándo?

—Hace más de un año. Quiero morir —respondí.

Ari comenzó a reír frenéticamente y lágrimas brotaron de sus ojos. Eso fue bueno, porque terminé contagiada por la risa. ¿Cómo podía tener tanta mala suerte? Ari ya no podía más y se calló al escuchar la notificación de mi celular.

—Oh, no... no puedo. —Negué con la cabeza, decidida a no mirar.

—Yo lo veré. Es una notificación de Instagram —dijo apenas entre risas—. Nuevo... nuevo... oh, Maddie, no puedo con esto. Te llegó un mensaje de Valentín. —La miré con los brazos cruzados mientras se reía a carcajadas de lo patética que era yo. Le lancé la almohada.

¿Cómo es posible que de entre los muchos me gusta que debe recibir a diario, haya identificado el mío de inmediato?

Le quité el celular y abrí la notificación.

Valentín: Así que ahora revisas mis fotos... ¿tan rápido llegaste un año atrás?

—¿Puedo desaparecer del planeta? Me retiro, renuncio. No puedo con esto.

—Dios, no me había reído tanto desde que te caíste en la entrada del edificio. —Ari se puso de pie mientras se limpiaba las lágrimas con el antebrazo.

Rodé los ojos.

—¿Y qué le respondo?

—Bebé, lo siento, ya estoy atrasada —murmuró mirando la hora—. Después quiero todos los detalles de tu intento de salir de esta. —Apretó los labios y luego me lanzó un beso—. Tengo una cita.

—¿Tan temprano? ¿es el mismo chico de anoche?

Negó con la cabeza mientras caminaba hacia la puerta. Se giró y extendió una sonrisa traviesa.

—Es... es... Javier.

—¿Qué Jav...? —Me costó asociar ese nombre al hermano de Santiago. Hasta que lo hice. Entrecerré los ojos—. Trato de deshacerme de un Marín, y tú apareces con el otro. ¿Por qué no te quedas con el de ayer? —refunfuñé. Me acaricié las sienes. Había sido suficiente drama para un día—. No te enamores de él —ordené, presintiendo que ya había perdido la batalla.

—¡Por supuesto que no! En la noche ya tengo otra cita. ¡Estoy fascinada con esta aplicación de citas! ¡Hombres, vengan a mí! —dijo alzando los brazos—. ¡Y gané la apuesta! —gritó desde el pasillo. Reí hasta que volví mi mirada al celular en mis manos. *Ah, sí... este mensaje.*

Maddie: Solo revisaba para asegurarme de que no fueras un psicópata salvaje.

Valentín: ¿O es que me encuentras muy interesante? :P

Maddie: O un ególatra. Me gustó tu última foto, al parecer mi café sí quedó maravilloso.Me sorprende que lo presumas así... lo digo porque lo dejaste casi entero encima de la mesa.

Valentín: ¿Dejé mi celular y te extraña que se me haya quedado el café?

Y luego hizo algo que me desconcertó: me envió una foto de él bebiendo café. Estaba completamente abrigado, con un gorro de lana incluido. Su cabello se asomaba desordenado. Tenía la punta de la nariz roja y las pestañas lucían largas y curvadas. Sonreía con los ojos mientras sostenía la taza en sus labios. Se veía guapo. Muy guapo.

Valentín: No he vuelto a encontrar el café con menta. Confiesa.

Maddie: ¿Qué quieres que confiese?

Valentín: Que inventaste el café con menta ese mismo día.

Maddie: No, nadie más que yo puede hacerlo.

Valentín: ¿Por eso hiciste que mi protagonista sea adicta a él? Te voy a llamar a mi celular.

En un segundo se me fue el aliento. No estaba preparada para hablar con él de nuevo. Mi corazón comenzó a latir rápidamente. Si seguía así con tantas emociones me iba a dar un ataque. *¿Pero por qué me pone tan nerviosa?*

Un segundo después, comenzó a llamar. Di unos pequeños saltitos con el teléfono en la mano, como si sostuviera algo ardiente. Respondí, estresada por perder el control. Yo no era así.

—Oye, Mads, ¿qué dices? —preguntó con voz ronca—. ¿Te animas a escribir un libro conmigo?

—¿Es eso lo que quieres? —pregunté.

Escuché su respiración pausada y se tomó un momento antes de responder.

—¿Quieres que sea honesto? —quiso saber.

—Sí.

—Está bien, te voy a confesar algo: llevo meses bloqueado. La presión de Ally, mi novia, mi familia... todos esperan que esta novela sea perfecta y eso me ha afectado. Me siento poco inspirado. —Exhaló fuertemente y sentí que se estaba desahogando, así que decidí no interrumpirlo—. Además de otras cosas... —Inmediatamente pensé en su hermano, pero no diría

nada al respecto a menos que él lo mencionara—. Y tú me has dado un poco de alivio. Ahora que esto está entre nosotros, siento que me he quitado un gran peso de encima.

—Valentín, he estado leyendo tus otras novelas. Eres un escritor increíble. Estoy dispuesta a ayudarte...

—Pero...

Sonreí.

—Pero quiero que el libro sea de los dos, que nuestros nombres aparezcan juntos. Si aceptas eso, pondré todo de mí para escribir algo increíble.

—¿Estás usando tus habilidades extrañas en mí?

Solté una carcajada.

—No sé, ¿lo estoy logrando?

—Maaaads, hablaré con Ally, pero hagamos algunos capítulos más. No le daremos la opción de rechazar esto. ¿Qué dices? Probablemente, después de mencionar tu nombre, nos hará hacer videos y fotos juntos. Y así todos te conocerán.

—¿Escribir un libro requiere mucho tiempo? —De repente recordé que tenía un empleo que me tenía ocupada hasta las siete de la tarde, y a veces incluso más.

Valentín chasqueó la lengua.

—Bastante, ¿hay alguna forma de que reduzcas tus horas en la cafetería? —Me quedé pensando. Si lo hacía, apenas me alcanzaría para pagar las cuentas.

Bueno, si quería comenzar a cambiar mi vida, tenía que tomar decisiones al respecto. Podía quedarme en el café durante el resto del año o embarcarme de inmediato en una nueva aventura escribiendo un libro con Valentín. Siempre había tenido el deseo de escribir una novela, pero el miedo al fracaso y la incertidumbre de cómo empezar para que la gente quisiera leerme me frenaban. No podía seguir evitando lo que realmente quería hacer por miedo a los cambios.

—Lo haré. Hablaré para reducir las horas.

—Vamos a escribir un libro juntos y apenas nos conocemos. Tendremos que conocer más el uno del otro y establecer algunas reglas —dijo con obviedad. Fruncí el ceño.

—¿Reglas?

¿Firmar un contrato para entrar en tu sala de juegos? Obviamente no, Maddie.

—Sí, serán como las reglas del juego —rio—, porque estaremos un tiempo escribiendo juntos. Mads, tengo que irme. Mi hermano necesita que lo ayude a pasar una etapa.

Primera regla. La anoté mentalmente: no enamorarse de él.

—Sí, está bien. Tenemos que conocernos mejor —dije con la voz temblorosa. Carraspeé.

—Te llamaré a las ocho, ¿te parece? Aquí ya será de madrugada, pero así mi hermano estará durmiendo.

—¿Cómo? ¿no estás en Chile? ¡Por eso estás tan abrigado!

—No, estoy en París. Es una larga historia, supongo. Te contaré esta noche. Haré una videollamada. Adiós, Mads. —Cortó sin darme tiempo de reaccionar.

¿Qué? ¿videollamada? ¿por qué la idea de verlo me revuelve el estómago? Ay, Valentín, ¿por qué me pones nerviosa?

Me quedé con la boca abierta. No nos conocíamos; no sabía si Valentín era un idiota, un psicópata, machista o algo que pudiera dificultar trabajar con él. Bueno, por mi parte, hablaba mucho y a veces decía cosas sin sentido, pero iba a esforzarme. ¿Podría ser amiga de Valentín? ¿quería él ser mi amigo? ¿y si su novia se oponía?

11. Yo no, pero tú… sí

Maddie

Valentín estaba a punto de llamarme y eso me tenía caminando de un lado a otro. Ya saben… que desde el primer momento en que lo vi entrar a la cafetería, sentí una conexión con él. Había estado pensando mucho en el chico misterioso, especialmente después de enterarme de que era escritor. Pero de repente me encontré en una posición que una semana atrás nunca hubiera imaginado: él y yo tendríamos que pasar tiempo juntos, ser amigos y trabajar en una historia de amor.

Mi celular comenzó a sonar y ya tenía la espalda cubierta de sudor. Tuve ganas de darme un cabezazo por mi reacción.

Maddie, cálmate. Es solo un ser humano común y corriente. No me gusta. ¿No terminé hace poco con mi novio a quien amaba mucho? ¿estoy nerviosa por él o por tener que trabajar con él?

Con todos los cambios repentinos en mi vida en tan solo unas horas, apenas había tenido tiempo de pensar en Santiago, quien, por cierto, brillaba por su ausencia. Solo tenía la tristeza instalada en mi pecho, pero no le estaba dando muchas vueltas al asunto. *Maldito estúpido.*

¿Podemos establecer una regla? Si ya no somos felices y no nos aman como deberíamos ser amadas, entonces deberíamos dar un paso al costado y buscar nuestra propia felicidad.

Abrí la computadora y acepté la llamada. Valentín estaba hablando con alguien cuando su imagen apareció, y por un instante me quedé observando su perfil. Noté de inmediato un tatuaje que tenía en el costado del cuello, uno que no había visto antes.

You are art. Tú eres arte.

Mi respiración se aceleró más, sobre todo cuando él volvió la cabeza y me regaló una sonrisa demasiado adorable. Subió una mano para peinarse el cabello, y la camiseta se ajustaba ligeramente en los bíceps.

—Hola, Mads. Lo siento, mi mamá vino a decirme algo. ¿Cómo estás? —preguntó con total naturalidad, mientras yo era un manojo de nervios.

Tú eres arte. Yo no, pero tú... sí.

—Hola, Valentín. Estoy bien, ¿y tú?

—Un poco agotado —dijo, frotándose la cara con las manos—. Pero por una buena razón. Pasé la mayor parte del día escribiendo el siguiente capítulo. Hace meses que no lograba fluir de esa manera, creo que ya lo tengo casi listo. —Se acomodó en la silla, con una sonrisa que le cruzaba la cara.

—¿Me lo enviarás para que lo lea?

—¿Acaso tienes que aprobarlo? —preguntó haciéndose el ofendido.

—Quizás.

Soltó una risita.

—Sí, claro. Te enviaré lo que quieras. —Carraspeó y luego me miró por un momento—. Oye, te ves muy bonita con esas trenzas. —Antes de que pudiera decir algo, continuó—: Quería establecer algunas cosas para aclarar nuestra relación laboral.

Crucé los brazos.

—¿A qué te refieres exactamente?

—¿Tienes novio? —preguntó, dejándome con el corazón en la mano. Me quedé un segundo con la boca abierta, tratando de comprender si había escuchado bien.

—No, no tengo novio. Yo...

—Yo sí —dijo, como si quisiera dejarlo muy claro.

Lo entendí de inmediato. Sus reglas tenían que ver con que yo no me enamorara de él. Maldito egocéntrico. Estaba decidida a no hacerlo. Después de todo, había terminado con mi novio apenas unos días atrás. Aún quería a Santiago, y la atracción que sentía por Valentín era algo diferente.

—¿Y tu novia qué piensa de esto? —pregunté.

—Oh... todo está bien. Ella es asombrosa. —Se pasó la mano por el cabello mientras me miraba—. Bueno, en cuanto a nosotros, vamos a pasar bastante tiempo juntos. —Se tomó unos segundos, creí notar cierta tensión en su rostro, aunque su expresión general parecía relajada y cómoda con la situación.

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunté, reprimiendo una risa nerviosa.

—Quiero que seamos amigos —murmuró, como si nos estuviera sentenciando a algo. Asentí con la cabeza, estaba de acuerdo con eso. Y luego agregó—: y nada más. No quiero ninguna clase de confusión entre nosotros y quiero que sea lo más profesional posible.

—Sí, está perfecto. En otras palabras, me estás diciendo que no me enamore de ti. ¿No estarás creyéndote demasiado? —Agregué en modo broma, para bajar la tensión del momento.

Y ya me di cuenta de que eres un idiota que crees que todas te persiguen. Bueno, quizás es así.

Valentín tragó saliva.

—Si hay alguna confusión, esto no funcionará —aclaró.

Quería golpearlo un poco. ¿Por qué me trataba como si fuera una chica babosa por él?

—Te aseguro que no hay posibilidad de que me enamore de ti —dije con convicción. No era posible después de salir de una relación que creí que sería para siempre. Y además, ¿qué se creía?

—Bueno, pero...

Negué con la cabeza.

—Valentin, acabo de salir de una relación. No estoy dispuesta a confundirme con nadie. Puedes estar tranquilo de que no caeré rendida a tus brazos.

Valentin se reclinó en la silla y me observó con una sonrisa de autosuficiencia. Alzó una ceja cuando terminé de hablar.

—¿Terminaste de hablar? —preguntó burlonamente.

—Sí.

—Sí, lo creo —dijo, cortando todas mis intenciones de minimizar la situación. Tragué saliva.

—¿Qué crees?

—Creo que sí puede haber confusiones —replicó con obviedad, dejándome sin aliento. Estaba a punto de decirle que el mundo no giraba en torno a él, cuando siguió hablando—: por supuesto

que sí. Eres guapa, entretenida, sabes escribir, lo que me atrae mucho, y no sé, creo que nos llevaremos bien.

No solo hablaba de que yo podría confundirme, sino que él también.

—Yo...

—Pero yo no arriesgaría mi relación con Fai. —Se rascó la frente y me sonrió—. Lo que quiero decir... realmente estoy dando muchas vueltas —dijo de forma adorable—. Es solo que si alguno de los dos siente atracción por el otro, entonces tendremos que encontrar una forma de trabajar para que eso no se interponga entre nosotros. Eso es lo que quería decir.

Alcé una ceja, no podía permitir que me viera debilitada por sus palabras.

—¿Te diste todas estas vueltas para eso? —Solté una carcajada, aún con la respiración agitada y probablemente sonrojada hasta las orejas—. Valentin, no arruinaría esto por un chico, y nunca, nunca estaría con alguien que tiene novia. No me lo permito, ni siquiera para confundirme o algo así —dejé escapar el aire—. Así que empecemos, quiero que me cuentes toda tu idea para el libro.

Me guiñó un ojo y esbozó una sonrisa coqueta.

Estaba segura de que no pretendía lucir tan atractivo, pero así era él. La forma en que se movía, expresaba y sonreía irradiaba sensualidad.

—Te contaré todo, y luego hablaremos del amor —dijo. Al ver mi expresión de sorpresa, agregó—: te lo dije, será difícil no confundirse —y como si eso no fuera suficiente, continuó—: hay otro pequeño detalle: este libro está clasificado para mayores de dieciocho años.

¿Qué?

—¿Mayores de dieciocho? —pregunté, tratando de entender a qué se refería. Hasta que lo comprendí. Escondí mi rostro entre las manos, deseando desaparecer del planeta. También entendí por qué para él era un tema esto de confundirse. Íbamos a pasar quizás mucho tiempo juntos, hablando del amor y escribiendo sobre sexo.

La saliva se me fue por el camino equivocado y mis ojos comenzaron a lagrimear mientras trataba de contener un ataque de tos.

Dios... soy yo de nuevo. Ya he aprendido la lección de no meterme en asuntos ajenos. ¿Podría retroceder algunos días atrás? En la que yo no me meto en cosas que no son mías, por favor.

—¿Qué? ¿te complica? —preguntó casi susurrando.

—No, solo me sorprende —respondí. Tomé una profunda bocanada de aire—. Está bien. Entonces hablemos del libro. Y cuando lea el capítulo que has escrito yo empezaré a escribir el siguiente —murmuré en voz baja. Mi mente estaba trabajando a toda velocidad tratando de descifrar cómo iba a escribir esas escenas que nunca antes había escrito.

Esto será más complicado de lo que pensé.

—Supongo que no te importa hablar de esas cosas conmigo. Me refiero al sexo —dijo con una sonrisa de labios cerrados. Se puso de pie—. Te llamaré en cinco minutos, voy a buscar algo para comer, esto llevará tiempo. ¿Está bien?

—Haré lo mismo —respondí. Bajé la pantalla de la computadora y apoyé la cabeza en el escritorio.

Señoras y señores, eso era trabajar en condiciones extremas: un ambiente tóxico de sensualidad, palabras candentes y un chico guapo.

Y soy honesta. Es difícil ser inmune a él o a cualquier chico guapo en situaciones como esa. De repente, no me sentía tan valiente ni tan segura de que no me gustara más allá de la obvia atracción que sentía por su belleza.

Esto parece ser el primer paso para que los pedazos de mi corazón roto se rompan en fragmentos aún más pequeños.

Escuché un ruido detrás de mí y me giré asustada. Ari estaba sentada en mi cama con los ojos y la boca abiertos.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Suficiente para saber que vas a escribir sobre amor y sexo con Valentin. —Se levantó y soltó una carcajada—. ¡La vida te ha absorbido y te ha escupido en un libro juvenil!

Suspiré profundamente, sintiéndome derrotada antes de entrar en la batalla.

—Simplemente lo encuentro atractivo.

—Sí, por ahora. Pero, ¿y dentro de unos meses?

—Sabes que dejé mi bola de cristal en casa de mis padres. Ya no puedo ver el futuro.

Me lanzó un cojín y justo en ese momento recibí un mensaje.

Santilove: Te quiero ver... te extraño.

Levanté la mirada y Ari supo de inmediato quién era.

—Creo que ya sé lo que debo hacer.

Ari entrecerró los ojos.

—¿Además de cambiarle el nombre a *bolsa de caca*? Prefiero que te embarques en una nueva aventura con el chico guapo que tiene novia que con el idiota que no sabe si su novia es su celular o tú.

—Voy a estar sola, necesito aprender a valorarme a mí misma. Puedo hacerlo.

—Me parece bien. Por cierto, ¿qué pasó con Edward? ¿te consigo su número o su nombre?

12. Chocolate caliente

Valentín

Volví a subir las escaleras sigilosamente para no despertar a nadie. Me preparé un sándwich y un chocolate caliente.

Me sentía más tranquilo después de abordar el tema de las reglas. Muchos podrían decir que no eran necesarias en absoluto, pero sinceramente sentía que debía dejar todo claro antes de pasar más tiempo juntos. Mi mente últimamente era un desastre. No sabía si a Mads le podría llegar a gustar realmente, o ella a mí, pero no quería dejar espacio para la duda, porque estaba enamorado de Fai y quería que ella lo supiera.

Mads apareció nuevamente en la pantalla, sosteniendo una taza humeante entre sus manos. Sus ojos se entrecerraron cuando me miró y sonrió. Mads era bonita, no había duda de eso, y debo admitir que en algún rincón de mi mente había cierta preocupación de que pudiera interesarme más de lo debido. Hacía mucho tiempo que no me relacionaba con una chica fuera de mi círculo, y me asustaba un poco lo interesante que me parecía ella. No deseaba más cambios en mi vida, y estaba feliz con Fai. El problema era que el tiempo con Fai cada vez era menor, y ya me imaginaba que el tiempo con Mads sería cada vez más.

Además... hola, soy humano.

Lo más importante era la novela que íbamos a escribir juntos, todo lo demás debía pasar a un segundo plano. Tenía que ser asombrosa, y para eso nosotros teníamos que llevarnos muy bien. Debíamos ser amigos.

Le conté sobre por qué me encontraba en París, y terminé contándole todo mi drama familiar, aunque esa no era mi intención. Simplemente me sentí cómodo y me gustó que ella no intentara resolver todos mis problemas como los demás, sino que simplemente me escuchara. Luego me contó su drama amoroso y cómo había estado trabajando en la cafetería porque no sabía qué estudiar en la universidad. Me dio la sensación de que no solo era que no sabía qué estudiar, sino que tampoco tenía idea de qué hacer con su vida, especialmente cuando ya no estaba con su novio de años.

¿Qué mejor manera de crear vínculos rápidamente que compartiendo nuestros dramas e inseguridades? Cuando terminamos de desahogarnos, casi una hora había pasado y recién ahí empezamos a hablar de la novela. Le conté todas las ideas que había armado antes de que ella se involucrara, y era necesario cambiar algunas de las principales, ya que el libro ya no era solo mío, sino nuestro. Sé que para muchos esto podría considerarse un gran pecado, y quizás debería haberme enfadado y no estar hablando con ella como si fuera mi mejor amiga. Pero, como ya le había dicho a Mads, estaba atascado. Y siendo sincero, al menos por un buen tiempo más, no podría seguir escribiendo ese libro solo.

Siempre había creído que el bloqueo de escritor era solo una excusa utilizada por escritores aburridos de sus propias historias, que buscaban tomarse unas vacaciones o que simplemente no se esforzaban lo suficiente. Sin embargo, estando en esa situación, me di cuenta de que no era nada parecido a eso. Podía pasar horas frente a la computadora sin que nada llegara a mi mente, como si mi creatividad cerrara la puerta por un tiempo, obligándome a detenerme. Era angustiante, agotador y estresante. Pero a medida que pasaban los días, también comprendí que no debía forzar mi mente y que tenía que dejar de criticarme y ser tan duro conmigo mismo.

Por eso no me enfadé con Mads. Sin saberlo, ella se convirtió en la clave para abrir la puerta de mi creatividad.

—Entonces, tu idea no era que Phoebe se fuera a Nueva York ni que tuviera un novio —murmuró pensativa. Se dio cuenta de que había cambiado bastante la historia y soltó una risa burlona—. ¿Y que su ex, Daniel, apareciera era tu idea?

Negué con la cabeza y solté una risa.

—Por supuesto que iba a hacerlo, pero no tan pronto. No pensaba hacerlo su jefe. En el segundo capítulo, ¡bum! Phoebe en Nueva York y Daniel esperándola en el aeropuerto. —Encogí los hombros—. Eres muy rápida.

Mads entrecerró los ojos, como si intentara descubrir el verdadero significado de mis palabras. Entonces, decidí adoptar una expresión de inocencia.

—Ha quedado asombroso —dijo alzando las cejas—. ¿Cómo continuarás en el siguiente?

—Él la llevará al hotel y la invitará a cenar para hablar sobre el trabajo. También querrá saber por qué ella se fue y nunca más le habló.

—No le dirá que ha estado enamorada de él todo este tiempo, supongo... —interrumpió, tratando de descifrar mis intenciones—. Obviamente, ellos tendrán una aventura. ¿Quieres que terminen juntos al final?

—No era mi idea inicial, pero podemos ir viendo mientras escribimos —respondí.

Frunció el ceño.

—¿No sabes si tus protagonistas acabarán juntos. —Se corrigió, aclarando su garganta—. Nuestros protagonistas.

—¿Tú crees que deberían? —pregunté inclinándome hacia adelante, ansioso por escuchar cada palabra suya. Nunca antes había discutido mis ideas con nadie y se sentía bien—. Yo creo que no. Ella se fue y nunca le dijo que lo quería.

—No lo dijo, pero lo sentía. ¿Y él? ¿no la quería?

—Él tiene a su novia —respondí rápidamente—. Quería a su novia y sigue queriéndola.

—Está bien... está bien —murmuró, haciendo una mueca—. ¿Y cómo quieres que tengan una aventura si él tiene novia?

—Su novia, Sara, lo va a engañar. Eso sucederá en algún capítulo próximo —dije, y Mads asintió con la cabeza como si estuviera de acuerdo—. ¿Y qué piensas escribir tú en el cuarto capítulo?

Abrió los ojos emocionada y se quedó pensando, mirando el techo. No quise interrumpirla, porque a veces yo hacía lo mismo, y era como si mi historia pasara frente a mí, tan vívida que podría tocarla, o mejor dicho, escribirla con claridad. Subí los brazos y puse mis manos detrás de mi nuca. Mads bajó la mirada y encontró mis ojos observándola. Ni siquiera intenté disimular que la miraba, pero ella deslizó su mirada por mis brazos y se detuvo en uno de mis tatuajes.

—*We are all broken* —murmuré.

—Todos estamos rotos —tradujo. Luego levantó la mirada hacia mis ojos—. Él le va a decir

que una vez se confundió con ella. Fue breve pero muy intenso. Y justo después ella desapareció... —agregó, admirada de sus propias ideas. Comencé a reír—. Entonces se separaron, pero hubo un instante. Un instante, unas semanas, días, momentos en los que ambos se amaron. —Sus ojos se tornaron llorosos y trató de sonreír. Se cubrió la cara—. Perdón, me emocioné.

—¿Estás bien?

—Sí, solo... estoy bien.

—¿Eres consciente de que estás a punto de escribir un libro con el corazón roto? —Ella se sobresaltó ante mi pregunta y sus labios se extendieron en una sonrisa.

—No todos somos tan afortunados como tú —respondió bromeando—. Pero sí, soy consciente.

Qué ganas de golpear a ese tipo por ser un imbécil.

—¿Tienes vino o algo para beber? —quise saber. Ella me dio una sonrisa cómplice.

—Sí, creo que Ari tiene algunas cosas.

Me levanté de un salto y acerqué mi cara a la pantalla.

—Nos encontramos en cinco minutos con alcohol. —No le di tiempo de responder y abandoné la habitación sin cortar la llamada. Cuando llegué al primer piso, recordé que esa no era mi casa y que no tenía alcohol, aunque había visto a Adrien beber vino. Así que busqué y encontré un pequeño bar con varias opciones. Elegí uno que no parecía muy caro. No quería abusar de la hospitalidad, omitiendo el hecho de que llevarme una botella de vino era un abuso en sí mismo.

Cuando regresé a la habitación, me quedé parado en la puerta. Camilo estaba sentado hablando con Mads.

—Y se llama Fabiana, pero ella no juega conmigo. ¿A ti te gusta jugar? ¿cómo se llama tu perrita? Es muy bonita. A mi mamá no le gustan los perritos, pero a Valentín sí. —Se acercó más a la pantalla y habló en voz baja—: A Fabiana tampoco le gustan.

Mads soltó una carcajada.

—Se llama Maya y le encantan los niños como tú. Me gusta armar legos, ¿y a ti?

Camilo dio un salto en su asiento.

—¡Siempre lo hacemos con Val! Yo tengo muchos, muchos... —De repente pareció desanimarse—, pero están todos en mi casa en Santiago —murmuró con tristeza.

—No te preocupes, Cami, recuperarás todos tus legos. Además, me dijeron por ahí que tendrás uno nuevo —dije. Cami se giró al escucharme, con los ojos abiertos y una enorme sonrisa.

—Ups, me tengo que ir, Maddie. Mi hermano me pilló. —Cami se levantó de un salto de la silla—. Cuando vuelva a mi casa, te voy a invitar para que armemos legos.

—Hecho —dijo Mads riendo.

—Pero no invitaremos a Fabia...

—¡Hey! Suficiente —gruñí, haciendo que se callara. Camilo se encogió de hombros—. ¿Por qué no estás durmiendo?

—Porque fui al baño. Ya me voy. —Se acercó y me hizo un gesto para que me agachara. Puso sus manos alrededor de su boca y susurró muy bajito—: Maddie me gusta mucho.

Espero que no le vaya a decir eso a Fai.

Salió corriendo, y coloqué la botella con la copa frente a Maddie. Ella levantó una botella de champán.

—¿Así que beberemos? —preguntó mientras abría su botella—. Supongo que esto es porque tenemos que conocernos en tiempo récord —bromeó—. Valentín, cuéntame un secreto.

Me quedé con la botella a medio abrir y giré mi cabeza hacia la pantalla.

—¿Un secreto?

Ella asintió lentamente.

—Algo que nadie sepa —susurró.

Me serví un vaso mientras pensaba.

—No tengo secretos —murmuré.

Chasqueó la lengua.

—Todo el mundo tiene secretos. Te diré uno. —Se llevó una mano a la barbilla y se puso a pensar—. Una vez tiré el pastel de cumpleaños de la mamá de Santiago. Se desparramó por todo el piso de la cocina y corrí. Literalmente, me fui de la casa. Era la primera vez que iba. —Estalló a carcajadas—. En la esquina me di cuenta de que no podía hacer eso y me devolví. Nunca confesé que fui yo quien tiró el pastel. Eres la única persona que lo sabe.

—¿Y quién pensaron que lo había hecho?

—Un sobrino pequeño —rio—. Y además, esto es un extra bonus: me sé todas las canciones de Disney. Todas —repitió, tapándose la cara. Bebió unos sorbos—. Ahora te toca a ti.

—¿Todas? —quise saber, sorprendido por su encantadora confesión.

No, detente. No te vayas por ese camino.

Recordé una de mis mayores vergüenzas.

—Una vez fui a una cita con una chica. Algo que comí me había hecho mal, pero fui de todas formas porque me gustaba mucho y ya le había cancelado una vez, así que terminé yendo. De repente me sentí horrible, me puse de pie y corrí hacia el baño. Vomité todo lo que un ser humano puede vomitar y me desmayé. Desperté con la camiseta y los pantalones salpicados de vómito. —Bajé la cabeza y hablé bajito—: Me escapé por la ventana del baño. No pude, no pude aparecer todo vomitado. Es que ella me gustaba harto. Tenía diecisiete años. Fue horrible.

Soltó una carcajada y meneó la cabeza en desaprobación por mi escape.

—Valentín, eres un desastre —soltó, riendo—. Tu historia es mejor que la mía. Mmm. —Se quedó pensando—. Me puedes hacerme una pregunta y te voy a responder con sinceridad.

—¿Cualquier pregunta? —Se quedó un momento en silencio, como si estuviera considerando su respuesta. Luego sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa y asintió. Bebí también, pensando en qué preguntar.

—¿De qué hablabas tanto con tu amiga cuando me miraban en la cafetería? —quise saber, consiente de lo que preguntaba.

Sí. Me di cuenta de todo lo que me mirabas.

13. Vino y champaña

Valentín

Se quedó helada. No se esperaba para nada esa pregunta, ni mucho menos que yo me hubiera dado cuenta. Su rostro se tiñó de un intenso rubor. Tragó lentamente el sorbo de champán en su boca y suspiró ampliamente cuando volvió a dejar la copa en el escritorio.

—Yo... —Bufó, y un mechón de cabello se levantó y revoloteó en su frente. Frunció el ceño—. Eso no te importa.

—¡Aja! Entonces lo admites —dije, levantando las cejas.

—No admito nada —replicó exhalando fuerte. Comenzó a abanicarse con un libro, y yo solté una carcajada por lo nerviosa que se puso.

—Mads...

—Uffff, Valentín. Es solo que queríamos saber qué hacías. Hicimos una apuesta. Creí que eras un fotógrafo, Ari dijo que eras un escritor. Ella ganó —gruñó—. Por eso te miraba... te mirábamos. Nada más.

—¿Nada más? —pregunté entornando los ojos, como si la hubiera pillado en algo. *Creo que es suficiente vino.*

—Solo eso.

—Entonces todo el tiempo que me observabas te preguntabas qué hacía yo... —dije como si no le creyera nada.

—Estábamos aburridas, no pasa mucho en la cafetería. No eras el único al que mirábamos —agregó con tono burlón.

—¿Y perdiste la apuesta? ¿qué tienes que hacer?

Abrió la boca y se quedó así, como si no supiera qué decir a continuación.

—Tengo que organizar una fiesta y... —Habló tan bajito que no alcancé a escuchar lo último. Bebió unos sorbos más.

—¿Y... qué?

—Que tengo que invitarte a ti y a un amigo tuyo —respondió, echando la cabeza hacia atrás, evitando completamente mi mirada. Me quedé en silencio para que volviera a levantar la cabeza, hasta que lo hizo—. ¿Por qué no me dices nada? —murmuró entre risas.

—Estoy esperando que me invites —repliqué con obviedad. Resopló e inclinó su copa hacia la cámara con una mirada cautivadora.

—Estás oficialmente invitado a una súper fiesta que voy a organizar. Tú y un amigo, ¿quieres venir? —Y como si lo pensara mejor, agregó—: Será pronto el cumpleaños de Ari.

—Obvio que iré. Tengo un amigo soltero, se llama Félix. Iré con él —dije meneando las cejas.

—¿Y qué importa si está soltero? —replicó encogiéndose de hombros, y luego con cara coqueta agregó—: ¿Es guapo?

Tú eres muy guapa. Ok, esto no lo debería estar pensando.

—No más que yo —respondí. Se rio—. ¿Hay algo más que me quieras preguntar?

Se apoyó en el respaldo de la silla.

—Mmmm... me voy a poner seria. ¿Puedo preguntar cualquier cosa? —Frunció el ceño para acompañar sus palabras. Asentí—. ¿Qué cambiarías de tu vida?

—Haber confiado en Ally —dije sin pensar, luego agregué—: lo que cambiaría ahora es la separación de mis padres, a Camilo se le ha hecho muy difícil. Por eso... —Justo en ese instante me llegó un mensaje—. Espérame un segundo, me llegó algo de Ally.

—¡Claro!

Ally: Valentín, necesito que te vengas a Chile lo más pronto posible. La editorial quiere hacer una promoción con el éxito de tu nueva novela... y necesito fotos y videos (el equipo publicitario ya lo está preparando). Quedo a la espera de una fecha tentativa de tu regreso.

Levanté la cabeza y me quedé mirando a Mads, quien revisaba su celular frente a la cámara. Se encontraba de perfil y se rio de algo que leyó. Me sorprendió observándola.

—¿Y bien? —preguntó. Le leí el mensaje en voz alta.

—Cuando le diga de ti, esas fotos y videos de los que habla serán de los dos.

Su cuerpo se tensó.

—¿Cuándo te vas a venir?

—No lo sé. La verdad es que aquí no estoy haciendo nada más que acompañar a Camilo, pero me preocupa que se ponga mal si me voy. No es un simple capricho de niño, lo noto distinto. Hablaré con mi madre y mañana le compraré unos legos —murmuré.

Soltó una risita.

—¿Escuchaste nuestra conversación?

—Sí, un poquito. ¿Quién diría que no somos mejores amigos? Hasta ya conoces parte de mi familia.

—Falta algo —refunfuñó.

—¿Qué cosa?

—¿Quieres ser oficialmente mi amigo? Espera, espera. —Se aclaró la garganta y puso la expresión del gato con botas en Shrek, demasiado adorable—. Perdón por lo que hice, en serio. Y sé que no es excusa, pero había bebido mucho y tenía el corazón roto. No lo pensé.

Me puse la mano en el pecho como si me estuvieran haciendo un gran honor. Bebí vino antes de contestar.

—Primero, te perdono y; segundo, sí, quiero ser tu amigo.

—Phoebe y Daniel tendrán una historia maravillosa. Quiero que se amen mucho —murmuró —. Me encargaré de eso.

—Y yo les daré los problemas para que sufran.

Frunció el ceño.

—No le des problemas a nuestra protagonista, Valentín. Apenas puedo resolver los míos como para tener que resolver los de Phoebe. —Fingió enojo que luego disipó con una sonrisa.

—¿Y qué cambiarías tú de tu vida?

Se reclinó en la silla.

—Bueno, ya que estamos siendo sinceros y somos amigos: retrocedería un poco en el tiempo y habría tratado de arreglar las cosas con Santiago. Cuando me di cuenta de lo que sucedía, ya era muy tarde. —Suspiró ampliamente y abrió la boca unos segundos antes de seguir—. ¿Tú crees en el amor? Me refiero al amor de pareja...

Me quedé quieto un momento, como si no lograra entender del todo la pregunta; o tal vez esperando a que ella hiciera otra. Nunca me habían preguntado eso, ni yo tampoco me lo había preguntado a mí mismo. Simplemente, el amor para mí era algo natural.

—Sí, claro que creo en él —respondí sonriente—. El amor llega, estés o no estés preparado. Invade cada aspecto de tu vida. Si no es correspondido, es un mal que te consume poco a poco hasta que lo superas; si es correspondido, entonces es como un nuevo ser que se aferra a tu corazón, que mueve tus piezas y no las vuelve a dejar igual. Tus pensamientos, acciones y latidos ya no son solo tuyos, sino de alguien más también. El amor es rico y es asombroso. Creo que nunca te conoces a ti mismo hasta que amas a alguien, porque recién allí eres capaz de mover las montañas que antes no sabías que podías mover. Por amor vas y las mueves, y que nadie te diga que no puedes. —Volví a llenar mi copa y la alcé—. Es culpa del alcohol.

Mads me observaba con los ojos enormes y parpadeando rápidamente. Se quedó quieta, escuchándome atentamente.

—Si hubo un amor correspondido pero ya no lo es... te quedas igual con eso aferrado a tu corazón. Eso de que fue y ya no lo será más. ¿Cómo nos podríamos deshacer de eso?

No pude evitar sonreírle, había entendido a la perfección lo que apenas yo podía comprender. Mads ya comenzaba a descifrarme, y eso que la gente a mi alrededor me consideraba una de las personas más misteriosas y poco abiertas.

—¿Sientes eso? —le pregunté.

—Sí, no sé. —Se sorprendió de sus propias palabras—. La verdad es que no lo sé.

—Bueno, yo empezaría a escribir un libro con un desconocido —repliqué con obviedad.

—Con un desconocido del que no puedo ni pensar en enamorarme —soltó como si nada. Comenzó a reírse descontroladamente—. Perdón, el alcohol —dijo apenas entre risas—. Oye, Valentín, ¿y cómo vamos a hacer eso de escribir...? —Dejó la pregunta en el aire.

—¿De sexo? —pregunté seriamente. Dio un respingo y asintió con la cabeza—. Si no te sientes cómoda escribiendo esas escenas las haré yo.

—No es eso, es que nunca he escrito sobre... sexo —murmuró en voz baja—. Me daría vergüenza escribir algo así. —Sus mejillas seguían sonrosadas y ahora tenía una sonrisa pegada en la cara.

Me dio risa. No sabía si me estaba diciendo que las escribiera todas yo, que le enseñara, o que lo hiciéramos juntos. Pero de repente me sentí igual de cohibido. Me llevé una mano a la frente para ocultar la risa idiota que amenazaba con salir.

—No te preocupes, ya lo resolveremos. No tenemos que hablar de eso ahora —dije, sintiendo que ya faltaba el aire en la habitación—. Te haré una última pregunta: ¿qué es para ti amar?

Recordemos que teníamos que escribir un libro al respecto, necesitaba saber qué era amar para ella.

Carraspeó y bebió unos cuantos sorbos más.

—Un salto sin cuerda.

—¿Un salto?

—Sí, un salto hacia un lugar desconocido y compartido con alguien más. Independientemente de si te has enamorado varias veces... siempre tienes que dar ese salto. A veces uno se queda en

la orilla y no se atreve a saltar, perdiendo su oportunidad. Otros se amarran a la orilla por una cuerda, entonces saltan, pero están asegurados y no pueden entregarse por completo.

—Entonces tú dices que hay que saltar y con todo. Sin quedarse amarrado o con miedo.

Asintió.

—Yo digo que si la otra persona te complementa, te apoya y te hace ser mejor, entonces salta. —Se rascó la frente—. Así como yo salté con Santiago y tú con tu novia. Yo me equivoqué. Pero no importa, siempre se puede volver a la orilla nadando —dijo alzando su vaso.

Me puse a aplaudir, sin recordar que estaba en una casa extraña y que eran altas horas de la madrugada. Mads comenzó a reírse y yo también.

—Si escribes así como hablas, creo que nuestra novela será exitosa.

¿Nuestra? ¿tan fácil entregaste tu libro?

—Lo será.

—Mads —comencé a decir, ya totalmente llevado por el alcohol, la hora, el ambiente, etc. Ella alzó las cejas—. No vuelvas con esa basura de novio que tenías.

Dio un respingo y rodó los ojos.

—No lo conoces, no sabes…

Sí, lo conozco.Y es una basura.

—No se habían visto hace más de una semana y él no quería verte. —Frunció el ceño y giró la cabeza.

—¿Qué hora es allá? —preguntó, cambiando de tema.

—Son las cuatro de la madrugada, ¿por qué?

—¿Ves la luna? —Me puse de pie con la computadora y caminé hacia la ventana. Me senté en el alféizar con un cojín en la espalda. Me deslicé hacia un lado y apoyé la cara en el frío vidrio. Sí, se veía la luna.

—Es luna llena, ¿quieres verla?

—Sí, por favor —murmuró suavemente. Giré la computadora y se la mostré. Ese día, la luna se veía increíblemente grande. Escuché un sonido de impresión—. ¿Me puedes enviar una foto? Colecciono fotos de la luna. A esta la llamaré... mmm... *Vino y Champaña*.

—Nombre perfecto. ¿También ves la luna desde tu ventana?

—Sí, te enviaré una foto a tu correo. Espérame unos segundos. Y cuando volvió, recibí un correo en ese instante. Asunto: *Luna de Vino y Champaña*. También recibí un mensaje.

Fai: ¿Estás despierto? Apareces como conectado en el chat del correo.

Mads bostezó y estiró los brazos.

—Ya debo ir a dormir. ¿Hablamos mañana?

—Sin falta. Te enviaré el capítulo para que lo leas y me des todos los comentarios que consideres necesarios.

—Sí, señor —dijo, llevándose la mano a la frente—. Muy buenas noches, Valentín. Que sueñes con lunas enormes. Adiós. —La imagen se cortó y así Mads desapareció.

Me quedé observando la pantalla negra en la que se reflejaba una sonrisa: mi sonrisa. *Idiota. ¿Qué estás haciendo?*

Quise llamar a Fai, pero me dijo que no podía conectarse porque estaba con más gente, así que le envié un mensaje contándole los nuevos acontecimientos, incluyendo a Mads.

Fai: Ok, no me parece. Hablamos mañana sobre eso. Te amo.

Y todavía no le he contado que Mads es la chica de la cafetería.

14. Romántico

Maddie

Dejé el celular sobre el mostrador y me acaricié las sienes. Había estado leyendo y escribiendo sin parar durante los últimos días, por lo que estaba agotada en la cafetería. Aunque ese día estaba emocionada porque debía enviar mis comentarios a Valentín y también un avance del capítulo que me correspondía escribir. Habíamos acordado alternar la escritura, uno él y uno yo. Así que pasé toda la noche sumergida en la novela y en la cafetería revisé los capítulos para asegurarme de que estuvieran perfectos.

—¿Y? —Me sobresalté. Ari apareció de la nada y se colocó a mi lado con una sonrisa que casi desfiguraba su rostro—, ¿es bueno? ¿pasa algo entre Phoebe y Daniel?

La miré con los ojos cansados. Desde que Ari leyó los primeros capítulos de la novela, solo quería saber más. Y eso que ella era de esas personas que nunca leían, ni siquiera los libros del colegio. Era más de resúmenes y de lo que le contaba yo minutos antes de una prueba. Así que cuando mostró interés en leer lo que había escrito, se los mostré de inmediato. Sentí como si hubiera sido testigo de un milagro: Ari emocionada por leer un libro.

Guardé apresuradamente el celular en mi bolsillo.

—Tendrás que esperar a que se publique, pero sí, Valentín es asombroso, solo tengo algunos comentarios. —Miré el reloj, eran las cinco de la tarde. Aún me quedaban dos horas más, aunque ya tenía ganas de ir a escribir en mi computadora.

Y de hablar con Valentín.

No, eso no está bien.

Habían pasado tres días desde la videollamada, y no fueron pocas las veces que había repasado mentalmente cómo fue y lo mucho que me divertí. Desde entonces, habíamos seguido comunicándonos por correo electrónico, ya que él aún no tenía celular.

Ari me sacudió.

—¡Cuéntameeeeee! Dime algo.

—No. —Solté una risita—. Ya lo sabrás todo. Tienes que aprender a ser paciente. Además, no sé si esta versión del capítulo es la definitiva, quizás Valentín hizo cambios.

Ari bufó.

—¿Yo, paciente? Dios mío, Maddy, ¿sabes con quién estás hablando? Hoy invité a salir a Javier porque él no se animaba. Y sé que hoy seré yo quien lo bese, porque él no da el primer paso. Así de paciente soy yo. —Frunció el ceño y se puso las manos en las caderas—. Dijo que me llamaría a las tres y ya son las cuatro, ¡las cuatro! Todos los cafés me han quedado mal porque paso mirando el celular.

—Eso es porque estás obsesionada. ¿Tanto te gusta Javier? —Arrugué la frente esperando su respuesta. Pensaba que salían solo para divertirse, nada más. No imaginé que entre ellos pudiera

haber algo más, sobre todo considerando que habían estado ignorándose durante mucho tiempo y porque Javier era hermano de Santiago. Me miró como si no supiera qué responder—. Podría haberte gustado cuando estaba con Santiago, así podríamos haber salido los cuatro.

—No, no me gusta, pero nos divertimos. A propósito... —comenzó a decir, como si quisiera cambiar de tema—. ¿Santiago no te ha dicho algo más?

—Dice que me extraña, que quiere verme... —gruñí—. Lo estoy evitando, pero siento que me arranca un pedazo de corazón cada vez que no le respondo. La miré con una expresión de lástima —. Parece arrepentido.

Ari rodó los ojos.

—Arrepentido, sí, claro. Yo sé que lo que te diga no lo harás, pero al menos, Madison Foster, hazlo sufrir. Un poquito. Tú estuviste meses sin que él te tomara en cuenta. —Exhaló frustrada —. Solo ha pasado... ¿qué? Una semana desde que rompieron. No —dijo sacudiendo la cabeza —. Me niego. Te prohíbo que lo perdones, especialmente tan rápido.

Solté una risita y agarré mi celular.

—Hablando del diablo.

—El diablo de los idiotas...

—Ese nombre le queda mejor.

Santilove: Hola Maddie. Quiero verte. ¿Salimos hoy?

Maddy: No puedo, tengo cosas que hacer.

Cambié el nombre de *Santilove* a *basura tóxica*. Le mostré el celular a Ari.

—No voy a volver con él, si eso es lo que te preocupa. Además, quiero concentrarme en escribir. Si estoy con Santiago, estaré estresada todo el tiempo y mi mente estará ocupada pensando que eventualmente volveremos a la misma situación por la que terminamos.

Ari comenzó a preparar el café de un cliente y yo me quedé en la caja esperando al próximo. Estábamos en ese momento del día en el que casi nadie entraba a la cafetería, así que volví a mirar mi celular y releí lo que Valentín me había enviado.

Daniel contrató a Phoebe sabiendo que era su ex mejor amiga, pero se aseguró de que ella no supiera que él estaba detrás de la idea de llevarla a Nueva York. La había extrañado, después de tantos años compartidos, pero sobre todo quería saber por qué. ¿Por qué se fue así sin más? Cuando le contó a Sara, su novia, acerca de las clases de Phoebe en la empresa, ella le soltó una frase que lo dejó consternado durante días: Phoebe siempre estuvo enamorada de ti, ¿cómo es que no lo sabías?

Sin darme cuenta, empecé a leer en voz baja:

—Daniel la miró y se preguntó qué habría sucedido si le hubiera confesado su amor cuando comenzaron su amistad. —Sacudí la cabeza—. Taché una parte y escribí otra:

Daniel la miró y se preguntó ~~qué habría sucedido si le hubiera confesado su amor cuando comenzaron su amistad~~. por qué no fue más valiente cuando se conocieron. En ese momento, estaba loco por ella. Sin embargo, ya era demasiado tarde. Por no perder a su amiga, se entregó a otros brazos que le dieron todo el cariño que buscaba y se permitió enamorarse por completo de alguien más.

—Ay, ¿quién diría que eres tan romántico, Valentín? —murmuré con el corazón acelerado solo de pensar en que ese chico tan guapo escribiera así.

¿Cómo sería que me dijera cosas así al oído? Oh, Maddie, no te dejes llevar por esos pensamientos. Es solo tu mente buscando contacto físico.

—Así que soy romántico. —Me quedé inmóvil, con la vista fija en el celular, preguntándome seriamente si alguien me había hablado o si era solo mi imaginación. Pero, desafortunadamente, no era mi mente jugando trucos. Alguien carraspeó y casi dejé caer mi celular—. ¿Sin palabras, Mads?

Levanté la vista ligeramente y vi unos codos apoyados frente a mí.

¿Por qué no puedo meterme dentro de la caja registradora?

Tomé aire, asumiendo mi destino y mala suerte. Valentín me observaba con expresión burlona mientras pasaba la lengua por el borde de su labio inferior. No podía creer la vergüenza. Levantó las cejas de manera coqueta, esperando que dijera algo.

—Llegaste a Chile —dije apenas. Puse mis manos frías en mis mejillas ardiendo y di un sorbo al café helado que tenía.

—Deberías estar más concentrada en los clientes, Mads. ¿Estás revisando mi capítulo?

En un movimiento rápido, me arrebató el celular de la mano y comenzó a leer como si estuviera muy concentrado.

—¡Devuélvemelo! ¡Aún no termino! —Estiré la mano para alcanzarlo, y cuando estaba a punto de treparme al mesón y Valentín sostenía el celular en alto con una sonrisa, sentí la presencia de alguien a mi lado: Martina, mi jefa, me observaba con las manos en las caderas. Valentín me devolvió rápidamente el celular. Tragué saliva y me dirigí a él—. ¿Entonces, qué café quieres? —pregunté con una sonrisa fingida.

—Dame lo mejor que tengas. —Martina se giró confundida al escucharlo, y yo me aclaré la garganta.

¿Juegas conmigo, Valentín?

—Ok, perfecto. Te haré un café premium, que cuesta el triple que los otros.

—Oye, pero...

—Ya lo estoy preparando —dije, echando café en la máquina. Me encogí de hombros y parpadeé rápidamente. Valentín me observó en silencio durante unos segundos, y me puse nerviosa al sentir sus ojos siguiendo mis movimientos. Caminó hasta ponerse frente a las máquinas de café.

—¿A qué hora sales? ¿te parece si revisamos lo que te envié hoy? —Era alto, así que me veía por encima de las máquinas.

Tragué saliva.

—No sé si puedo hoy —comencé a decir, mientras mi cerebro trabajaba a toda velocidad para inventar una excusa. Era demasiado repentino, tenía que prepararme para encontrarme a solas con el guapo y romántico escritor.

—¿Es porque soy demasiado romántico?

Rodé los ojos.

—Justamente por eso —respondí irónicamente—. No sé qué haré contigo.

Soltó una carcajada.

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro que no!

Valentín hizo algo que me estremeció: un puchero.

—Tenemos que tomar una foto —dijo, inclinando la cabeza y parpadeando rápidamente. Detuve todos mis movimientos.

—¿Qué foto? —pregunté confundida.

—La foto que la editorial querrá cuando digamos que trabajamos juntos. Quiero adelantarme para evitar problemas. Además, así podré mostrarles un ejemplo de nuestra amistad.

—¿Qué...?

—Solo se me ocurrió. Si no te parece bien, está bien, pero creo que a Ally le gustará recibir fotos nuestras cuando le cuente.

Cerré los ojos y los abrí de nuevo, enfrentándome a la atractiva cara de Valentín.

Vida, ¿por qué no me pones a prueba con chicos menos guapos?

—Salgo a las siete, quedan dos horas —dije, entregándole el café—. Después podemos ir a mi departamento.

Valentín abrió los ojos.

—Mads —susurró como si me estuviera reprendiendo—. ¿Cómo me haces una propuesta indecente tan rápido? —Soltó una carcajada y me contuve para no golpearlo—. Ya te dije que estoy ocupado. —Se burló.

—¿En serio? ¿acaso te sientes tentado? —pregunté, cortando su expresión burlona. Apreté los labios para reprimir la risa—. ¿Solo a ti te gusta actuar así?

Bufó.

—No, para nada.

—¿A las siete?

—Te esperaré. De todos modos, tengo que responder muchos correos. ¿Vives cerca?

—Sí, a unos minutos. ¿Vamos juntos?

—Sí, supongo que no estás con mi celular...

Negué con la cabeza. Cuando Valentín se fue a sentar, Ari se deslizó lentamente hasta que nuestros brazos chocaron.

—Tienes un desafío difícil —murmuró.

—¿Qué?

—Que ya te gusta.

—Estás loca.

—Sé reconocer tus miradas, además él coquetea contigo más de lo que Santiago solía hacerlo.

Pero no necesitaba que Ari me lo dijera, porque mi corazón ya lo sabía. No estaba enamorada de él, pero Valentín era demasiado atractivo e interesante como para no acelerar mi corazón.

¿Podría haber algo más atractivo para mí que un guapo escritor de romance? No, amigas y amigos. En ese momento, Valentín concentraba en un solo ser la mayoría de mis fantasías.

—¿A qué hora llegarás a casa? No me dejes sola tanto tiempo con él.

—Ojalá tarde. Si no logro darle un beso a Javier en la primera hora, renunciaré y me iré de vuelta al departamento.

Solté una carcajada.

Me concentré en el trabajo y las dos horas pasaron rápidamente. Cuando llegaron las siete, fui a quitarme el delantal y recoger mis cosas.

—Nos vemos, Ari. Llámame si necesitas algo. —Me acerqué a la mesa de Valentín, sintiéndome avergonzada por el olor a leche que tenía encima después de que se me derramara. Además, en mi mente seguía repitiéndose el hecho de que me había escuchado decir que era romántico.

Valentín levantó la mirada y sonrió. No sé por qué recordé que Santiago nunca me esperaba después del trabajo. Por el contrario, yo siempre tenía que esperarlo a pesar de que él salía antes.

—¿Lista?

—Sí, vamos.

—Prepárate para pasar algunas horas con este chico romántico —bromeó. Buscó mi mirada mientras sonreía—. Y eso que lo que leíste no es nada comparado con lo que puedo llegar a ser —añadió.

15. Parecían tenerlo todo

Maddie

Caminamos hacia el departamento mientras Valentín me contaba acerca de Francia. Nunca había estado allí y siempre había sido uno de mis sueños visitar París. Le pregunté sobre las atracciones turísticas y en el camino me mostró algunas fotos. También me habló de su hermano y de su madre, quien le había dicho que regresaría a Chile en dos semanas por la salud de Camilo. Esto le daba tranquilidad y por eso decidió volver para trabajar en nuestra novela.

—Espero que no te aburras de mí —dijo de repente.

—¿Por qué lo dices? —pregunté.

—Por todo el tiempo que tendremos que pasar juntos.

Ay, dios...

—No te preocupes, tengo paciencia. —Le di un leve golpecito en el brazo y él se rio—. ¿Por qué no me dijiste que venías?

Suspiró profundamente.

—Solo sabía Fai. Ally tampoco sabía. Quería llegar sin sentirme esperado. No es que estuviéses esperándome, pero quizás te habrías preparado para que llegara a trabajar contigo. No quería presionarte antes de tiempo, así que aquí estoy. —Extendió los brazos—. ¡Sorpresa!

Solté una carcajada y fingí emoción.

—¿Llegaste hoy?

—Anoche. Fui directo a ver a Fabiana y dormí hasta hace un rato porque casi no dormí anoche.

Ok. Gracias por la información no solicitada. ¿No quieres darme más detalles para hundirme más en mi soledad y soltería? Y también para que quede claro que no tienes que gustarme.

Alcé las cejas.

—Entonces supongo que llegas inspirado. Listo para escribir escenas de amor.

—Incluso podríamos practicar lo que hablamos el otro día.

Espera, ¿me está hablando de las escenas de sexo? ¿practicar qué? Obviamente se refiere a escribirlas. ¡Mi mente!

—¿A qué te refieres? —pregunté con voz temblorosa.

—A escribir escenas eróticas —respondió con obviedad. Me concentré en las tiendas a mi lado como si no hubiera escuchado su propuesta, aunque no pude evitar enfrentarla después de unos segundos de silencio.

—Podríamos hacerlo otro día. —Solté una risa nerviosa—. ¿Quieres que nos saquemos una foto hoy?

Asintió.

—Sí. Este es mi plan, dime qué opinas: le contaré a Ally que los dos escribimos un libro. Se asustará y tendrá un ataque, entonces le diré que somos amigos, que escribes increíble y que

confío en ti. Luego le enviaré la foto de los dos. En resumen, voy a vendernos a Ally.

—Véndenos bien, Valentín. El éxito del libro depende de eso, confío en tu plan —admití. Parpadeé rápidamente—. ¿Qué piensa tu novia sobre trabajar juntos? —Me había dicho que ella no tenía problemas con eso, pero tenía mis dudas. ¿Cómo no le iba a parecer extraño que de repente apareciera una chica para trabajar con su novio?

Arrugó la frente.

—No le gustó la idea. Menos le gustará cuando te vea —murmuró y suspiró largamente.

—¿Por qué cuando me vea? —pregunté inocentemente. Apenas lo dije, comprendí.

¿Me está diciendo que...?

—Porque eres... —Me señaló de pies a cabeza—, parecida a mí. Compartimos un poco el estilo —murmuró bajito—. Además, tenemos en común la escritura.

Ya estábamos llegando al departamento y él siguió caminando, así que lo detuve agarrándolo del brazo. Fue la primera vez que nos tocamos. A pesar del frío que hacía, él no llevaba chaqueta, así que mis dedos tocaron su piel. Una corriente pasó entre nosotros. No sé si él lo sintió, probablemente no, pero yo sí. Fue un poco desconcertante, me quedé quieta con la espalda perlada de sudor.

¿Acaso tengo un problema? ¿Me volví loca?

Valentín se quedó inmóvil con el brazo estirado y mis dedos alrededor de él.

—Es por aquí —susurré, con toda la naturalidad que pude. Como si sus palabras no hubieran significado nada. Lo solté y continué caminando hasta entrar al vestíbulo del edificio. Saludé al conserje y presioné el botón del ascensor.

Inmediatamente, Valentín comenzó a hablar por teléfono con su madre, así que lo hice entrar al departamento y le indiqué en señas que me iba a duchar. Tenía que hacerlo porque no quería seguir oliendo a leche, además llevaba varias horas de trabajo y sudor. Antes de desaparecer por el pasillo, vi que se quitó las zapatillas y se dejó caer en el sofá.

Siéntete cómodo.

Noté que teníamos las mismas zapatillas negras.

No me maquillaba desde el día que conocí a Edward, así que decidí hacerlo. Además, tenía los ojos algo hinchados. Me puse unos jeans y un top que tenía un dibujo de un libro en el pecho. Llegué a la sala y Valentín ya tenía encendido el calefactor. Se había puesto una sudadera de colores rosa, verde y amarillo.

—¿Listo? —murmuré.

Levantó la vista y me observó durante unos segundos. Poco a poco, una sonrisa comenzó a formarse en sus labios.

—Nunca te había visto sin el delantal de trabajo.

—Tengo una vida fuera de la cafetería —repliqué, haciendo caso omiso de su mirada un poco... ¿devoradora?

¿O estoy imaginando cosas?

—¿Hacemos las fotos ahora? Así ya podemos comenzar a revisar el capítulo.

Valentín parecía algo nervioso y empezó a morderse el labio inferior. Caminé lentamente hacia él, como si me estuviera acercando a la peor decisión de mi vida. El sofá era un buen lugar para tomarnos una selfie, ya que había una ventana detrás que pensé que se vería bonita. Él sacó su teléfono y me rodeó con su brazo.

Era la segunda vez que nos tocábamos. *¿Soy yo o la temperatura está subiendo?*

De reojo, miré el pequeño calefactor. No recordaba que tuviera tanta potencia.

—Ahora la saco.

—Espera, ¿sonreímos?

—Me cuesta sonreír en las fotos —dijo negando con la cabeza. Asentí—. Uno, dos, tr...

Con mi mano le hice cosquillas en la espalda y Valentín dio un respingo al mismo tiempo que tomaba la foto. Le quité el celular para verla.

—Dios, nos vemos...

No digas hermosos.

No lo digas.

—Está perfecta —dije mostrándosela. En verdad era muy bonita, porque Valentín salía sonriendo y yo lo miraba con expresión de risa—. Esta la podríamos enviar.

—¿Así de rápido? ¿nos sacamos una foto y ya? —Valentín parecía examinar cada centímetro de la imagen.

—Me veo hermosa —bromeé—. Tú te ves bien. Y salimos riendo. Es perfecta y natural.

—Yo... me... veo... bien —dijo, imitándome. Rodé los ojos—. Está bien, la guardaré. Pero saquemos algunas más. —Estuvimos unos minutos tomando fotos, lo cual me pareció muy íntimo para hacerlo con alguien que acababa de conocer. Cuando ya teníamos varias bonitas, Valentín sacó su computadora—. ¿Revisamos el capítulo?

Me acomodé en el sofá y él hizo lo mismo, de manera que quedamos frente a frente con nuestras computadoras sobre las rodillas. Revisamos el capítulo completo, leyéndolo en voz alta y discutiendo los cambios que considerábamos buenos. De repente, nuestros pies se tocaron y los retiramos rápidamente.

—¿Cómo quieres lograr que él esté con Phoebe si también quieres agregar que está completamente enamorado de su novia? Él no va a dejar a su novia de años por alguien que apareció recién. Pensé que eso es lo que querías tú —comentó, con la vista pegada a la pantalla de su computadora. Es muy probable que sus palabras no tuvieran que ver con nada más que el libro que estábamos escribiendo, pero me afectaron como flechas por todo el cuerpo.

—No la conoce de recién.

—La gente cambia mucho, ella se fue y apareció un par de años después. Es casi una desconocida.

—No lo es. Fue su amiga por años.

Valentín frunció el ceño.

—¿Quieres que él termine con la novia que ama por Phoebe? —Movió la cabeza—. Eso no va a pasar. Piensa que Phoebe es una desconocida ahora, y él ya está con una novia. El hecho de que pasen más tiempo juntos no significa que él vaya a considerar dejar a Sara. —Me miró fijamente durante unos segundos, como si estuviera buscando las palabras correctas—. Se llevarán bien, no hay dudas. —Se acomodó en el sofá—. Tú quieres que haya más amor entre ellos, ¿por qué crees que él va a dejar a su novia? Eso es algo que hay que desarrollar.

Comencé a enojarme porque sentía que sus palabras eran para mí. Como si tuviera que recordarme constantemente que nosotros no éramos una opción.

—Sí, hay que desarrollarlo. Quizás podamos agregar que tienen problemas —repliqué. Le mostré lo que había escrito—. ¿Qué tal así?

Daniel se quedó mirándola y se preguntó por qué no fue más valiente cuando se conocieron. En ese momento, estaba loco por ella, y ya era muy tarde. Por no querer perder a su amiga, se entregó a otros brazos que le dieron todo el cariño que necesitaba, y se enamoró de Sara.

Aunque de repente, todo lo que creía sentir sufrió un remezón al tener a Phoebe frente a él y escuchar esa voz en su mente que le repetía: ella estuvo enamorada de ti.

Valentín pareció satisfecho. Comenzó a teclear algo mientras lo observaba. Su cabello despeinado, su mirada deslizándose de un lado a otro, la forma en que se pasaba la lengua por el labio inferior cada vez que murmuraba una palabra, sus tatuajes decorando su piel, todo me llamaba la atención. Estaba analizando detenidamente uno de sus tatuajes en el brazo, que era visible porque tenía arremangada la sudadera, cuando él carraspeó.

Mierda. ¿Cuánto tiempo lleva observándome mientras yo estaba absorta en su tatuaje? Con razón cree que estoy babeando por él.

—Creo que te gustará —dijo. Me entregó la computadora—. Eliminé algunas frases y subrayé lo que agregué.

Daniel se quedó mirándola y se preguntó por qué no fue más valiente cuando se conocieron. En ese momento, estaba loco por ella, y ya era muy tarde. ~~Por no querer perder a su amiga.~~ Él, por no poder confesarle a Phoebe la verdad, se entregó a otros brazos que le dieron todo el cariño que quería y se enamoró de Sara. ~~Aunque de repente, todo lo que creía sentir sufrió un remezón al tener a Phoebe frente a él y escuchar esa~~ voz en su mente que le repetía una y otra vez: ella estuvo enamorada de ti.

De repente, Phoebe se giró de forma que sus miradas se cruzaron, y él se preguntó si invitarla había sido un error. Porque se sentía extraño y escuchaba una voz en su mente que le repetía una y otra vez: ella estuvo enamorada de ti.

Por ningún motivo se le cruzó la idea de dejar a su novia que amaba, ¿pero, qué tanto en común tenía con Sara? Porque con Phoebe parecían tenerlo todo.

Me quedé respirando lentamente mientras leía. Mi mente comenzaba a torturarme y sentí que me volvía loca. Tenía que empezar a separar la verdad de la historia que nosotros creábamos, pero de pronto la historia inventada me resonaba más de lo que debía.

No debía confundirme, pero mi corazón amenazaba con salir huyendo por la ventana.

No, Maddie. No te puedes romper el corazón así otra vez. Porque si dejas que tu mente avance en tus ideas, eres tú la culpable. Yo... yo sería la culpable.

Levanté la vista por sobre la computadora. Valentín me observaba con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá. Su mirada se había ensombrecido y tragó saliva cuando nada salía de mi boca.

—Está perfecto. Con esto... voy a pulir el siguiente capítulo que ya comencé a escribir.

¿Pero qué tanto en común tenía con Sara? Porque con Phoebe parecían tenerlo todo.

16. Guerra de salsas

Valentín

Tengo que esforzarme en sentir para el libro y no en la vida real.

—Voy a revisar el capítulo una última vez y luego lo publicaré —dije, mirando mi celular. Eran casi las diez. Levanté la vista y noté que Mads me observaba con una mezcla de curiosidad y enfado.

Era inevitable pensar en nosotros mientras escribía. Sentía que nuestras historias se entrelazaban de alguna manera, lo que hacía que mis palabras parecieran relacionarse tanto con Phoebe como con Mads. Eso era una señal para evitar cualquier tipo de complicación entre nosotros si queríamos seguir escribiendo juntos. Aunque me sentía atraído por Mads, tenía claro que mi trabajo y mi relación con Fai eran prioritarios.

De repente, soltó un suspiro más largo de lo habitual.

—¿Tienes hambre? —preguntó de repente—. Puedo hacer pasta, es mi especialidad. —Meneó las cejas.

Asentí con la cabeza.

—Así que Madison Foster me va a cocinar —murmuré, como si no pudiera creerlo. Mads entrecerró los ojos y me quedó mirando fijamente—. ¿Qué? Eso es lo que dice en tu Instagram.

—No me gusta que me llamen Madison —respondió fingiendo enfado—. Mis padres solo me llaman así cuando quieren decirme algo que sé que no me va a gustar.

—¿Y te gusta Mads?

—Sí —respondió mientras se recogía el cabello en un moño. Me puse de pie y me siguió con la mirada—. ¿Te vas?

—No, solo iré a comprar algo para beber. ¿Vino? —Pronuncié las palabras y deseé que me dijera que no, porque el vino podría romper los límites que debíamos mantener. *Soy demasiado impulsivo.*

Llevábamos apenas unos días hablando, y de repente sentí que mi estabilidad mental se veía amenazada. Temí perderme en algo más profundo que una simple atracción. Después de todo, Mads era hermosa y sería insensato no darse cuenta de ello. Además, la química entre nosotros era preocupante. Estábamos creando juntos una historia de amor. Eso no era común.

—Bueno, en la esquina hay un lugar para comprar —murmuró mientras se ponía de pie—. Voy a empezar a cocinar. Espero que te guste mi plato estrella. —Le guiñé un ojo y abrí la puerta del departamento, recordándome a mí mismo que lo que estaba haciendo en ese momento era un error. Pero ya estaba hecho. Tenía que asumir las consecuencias de mis ideas. Mientras bajaba en el ascensor, llamé a Fai.

—Hola, mi Faifai —dije, y su risita me hizo sonreír.

—¿Cómo va la inspiración? —preguntó.

—Dentro de un rato subiré el capítulo tres. Te avisaré cuando lo publique para que puedas leerlo.

—Lo leeré pronto. Cuando pueda. Por cierto, estoy grabando un video de una nueva rutina que hice temprano. Y Valentin... sé que será genial, aunque lo hayas escrito con una chica que no conozco —dijo entre dientes. Su respuesta me decepcionó un poco—. Y una chica entrometida —agregó con un suspiro de enfado—. Me cuesta entender que ella haya hecho eso y que tú... y que ahora estén así, como si nada hubiera pasado.

Suspiré. La entendía, porque aunque tuviera mis razones, sabía que la situación era extraña. Pero por el momento, no había tiempo para complacer a todos. Además, ella pasaba mucho tiempo con otros hombres por su trabajo, haciendo distintas campañas y eso era parte de su trabajo. Había días en los que apenas hablábamos y yo no le decía nada.

—A propósito de eso... mmm... quiero decirte dos cosas.

—Uyyy, no me va a gustar, lo presiento en tu voz —rio—. Dímelo de una vez.

—Primero, te amo y falta poco para nuestro aniversario. ¿Podríamos ir un par de días a la playa? Segundo…

—Aquí viene lo que no me va a gustar —gruñó—. Antes de que sigas, quiero decirte que también te amo y que felizmente me voy contigo a donde sea... tengo que ver si tengo algo agendado para ese día. Lo podría correr. Ahí vemos.

Trague saliva.

—La editorial va a subir una foto mía y de Mads. Van a seguir publicando cosas sobre nosotros para atraer más lectores —dije y me quedé en silencio.

—Así que... ¿ya se están tomando fotos?

—Fai...

Chasqueó la lengua.

—Está bien, lo entiendo. Perdón... estoy un poco estresada. ¿Cuándo me la presentarás?

No puedes evitarlo. Además... ¿cuál es el problema? De todas formas, deben conocerse para que las tensiones disminuyan.

—Su amiga cumple años pronto, podríamos ir juntos.

—Me encanta la idea. Avísame el día y me haré el espacio.

—¿Hacer espacio? —No podía acostumbrarme a la idea de que Fai pasaba la mayor parte de su tiempo ocupada. Incluso en momentos en los que no debería, como los fines de semana por la noche, todo por los eventos.

—Sí... las próximas semanas van a ser un poco intensas. No sé si podremos vernos tanto, pero te prometo que todo el tiempo que tenga disponible será para ti.

Sonreí.

—¿Por qué no vienes a dormir conmigo esta noche? Llegaré más tarde. Puedes venir a la hora que quieras porque tengo que trabajar en el capítulo antes de publicarlo. No importa si llegas de madrugada... quiero verte. —Entré al minimarket y cogí una botella de vino.

—Lo intentaré... Así nosotros... —De repente se quedó callada—, ¿y por qué llegarás más tarde?

—Porque todavía estoy trabajando con Mads. —*Mentira, vamos a comer*—. Y nos ha dado hambre, así que vamos a comer algo.

—Nos vemos más tarde entonces, te amo.

Apreté el timbre del departamento y Mads me abrió la puerta con salsa de tomate en la cara.

—¿Estás preparado para deleitar todos tus sentidos?

Solté una carcajada.

—Supongo que esta vez no has agregado brillo.

—Nah... pero es lo mejor que puedo hacer. Así que si te gusta... te gustará todo lo que cocino. —Soltó una risita y fue a servir la pasta mientras yo abría el vino.

—Valentin, ¿para cuándo tengo que...? —De repente, quedé con toda la camiseta llena de salsa. Me giré lentamente. Mads tenía la boca abierta mientras me miraba a mí y al enorme cucharón que tenía en la mano.

—¿Me acabas de atacar con salsa? —pregunté, impactado.

—Mierda... yo... —Su mirada recorrió desde mi mentón hasta mi cabeza. Empezó a reír cuando llegó a mi cabello. Supuse que la salsa también había llegado allí—. Me giré muy rápido y olvidé que tenía el cucharón lleno de salsa —dijo entre risas. Se apoyó en el mueble mientras me miraba con lágrimas saliendo de sus ojos. Apareció una perrita desde la habitación y empezó a lamer el suelo—. Ella es Maya.

Entrecerré los ojos tratando de contener la risa, aunque me resultó imposible. Incluso el suelo quedó cubierto de salsa. Pasé mi mano por mi cabello y sentí el líquido en mis dedos. Mads me acercó un paño para que me limpiara la cara.

—Esto no puede quedar así —murmuré, mirando la salsa de reojo.—Oh, no... no lo hagas —dijo retrocediendo asustada. Tomé el cucharón que había dejado en la encimera.

—Sí, lo voy a hacer —amenacé. Levanté la mano con toda la intención de hacerle lo mismo.

—¡Noooo! —exclamó tapándose la cara con las manos, pero no logró evitar que le llegara salsa en la frente. Empecé a reír por la expresión que puso al verse manchada—. ¿Acaso tienes diez años? —preguntó riendo. Cogió un frasco de sirope de chocolate que estaba cerca y me lo apuntó.

—¿Vas a echarme chocolate ahora? —Dije cruzando los brazos, sin creer que realmente lo haría. Fruncí el ceño mientras la observaba. Pareció ponerse nerviosa y no dejaba de mirarme—. No me mires así —murmuré.

—¿Así cómo?

—Como si quisieras comerme. —Solte sin pensar. Eran respuestas automáticas para mí. Mis palabras provocaron que un chorro de sirope me llegara directamente a la cara. Mads lanzó la botella de chocolate y salió corriendo. Lo atrapé y fui tras ella. Se quedó inmóvil frente al sofá.

—No puedes porque vas a llenar de chocolate el sofá —dijo señalando el envase. Se sentó y levantó una ceja—. Entrégame eso y podremos disfrutar de la deliciosa comida que preparé. —Extendió su mano.

—No voy a manchar el sofá —dije sentándome junto a ella, pero manteniendo el sirope alejado de ella.

—No pienses mal —comentó con expresión seria.

Fruncí el ceño.

—¿De qué?

—De esto. —Saltó sobre mí para quitarme el sirope. Terminé atrapando sus brazos con una mano. La escena no me pareció tan comprometida hasta que solté sus brazos y cayó de bruces sobre mi pecho. El chocolate nos salpicó a ambos.

Se levantó un poco y nos quedamos congelados, mirándonos con la respiración acelerada. Estaba atrapado debajo de su cuerpo, con sus piernas a los costados y tenía una de mis manos en

su cintura.

Nos miramos fijamente, como si todo lo demás hubiera desaparecido a nuestro alrededor. Sus manos estaban apoyadas a los lados de mi cabeza y su dulce respiración, mezclada con su perfume, me dejó hipnotizado por un momento. De repente, la imagen de nosotros en esa posición me perturbó. Pero ninguno de los dos podía moverse, como si el que se moviera primero fuera el cobarde. Y ese tenía que ser yo, porque tenía novia.

Bajé la mirada, sabiendo que esto era incorrecto, pero la atracción entre nosotros era abrumadora. Habría sido fácil dejarnos llevar en ese momento, y no me hubiera sorprendido en lo más mínimo. Y el hecho de que ella estuviera arriba y no se moviera indicaba que los mismos pensamientos cruzaban por su mente. Sus labios estaban manchados de chocolate.

Y de repente, todo lo que quería era chocolate.

Cerré los ojos y moví mi mano hacia sus muñecas para apartarla de encima de mí. Pero apenas nos movimos, nos dimos cuenta de que esa escena no se quedaría solo entre nosotros dos. Había alguien más con nosotros.

17. Tú, no él

Valentín

Mads exhaló y levantó la mirada lentamente, como si la hubiesen atrapado haciendo algo incorrecto. Aunque podríamos decir que lo que hacíamos sí era incorrecto. Se quedó congelada e incluso podría apostar a que dejó de respirar. Retrocedió y se apartó de encima de mí.

Santiago nos observaba, congelado en el lugar, con esa expresión que pondrías si el mundo se estuviera derrumbando ante tus ojos.

Pero se lo merece por ser un novio de mierda.

¿Y yo? ¿qué diría Fai de esto? Mierda.

—¿Qué... qué haces aquí? —balbuceó Mads. Yo solo quería salir corriendo, no pensaba tener problemas con el exnovio, mucho menos entrar en guerras en las que no debía. Santiago deslizó su mirada hacia mí.

—¿Dónde te he visto? —preguntó con voz molesta. Si hubiese sido una caricatura, habría visto el aire furioso salir por su nariz. No me gusta meterme en problemas, pero algo que odio es que me hablen de esa forma, como si yo tuviera que darle alguna explicación a ese imbécil.

—En la cafetería —repliqué. Me giré y me incliné a la mesa que tenía enfrente para coger mi celular.

Lo siento, Mads, pero no me gusta este tipo.

Ella me miró con el ceño fruncido. Me puse de pie; era momento de irme. Aunque algo dentro de mí quería que él se fuera, no yo. Porque teníamos que seguir trabajando y él era el que sobraba en ese momento. Ese imbécil.

—Estamos trabajando juntos —explicó—. Estamos escribiendo un libro. Con Vale...

—¿Y estar encima de él es parte del proceso de escritura? —La amargura en su voz era casi tangible—. No sé, ¿así fluyen mejor las ideas?

Me miró preocupada, como si yo tuviera que decir algo. Tenía ganas de decirle: *date cuenta de que es tu ex y no tiene derecho a venir a pedirte explicaciones de nada.* Pero a Mads no parecía importarle eso.

—Yo los dejo, me voy. Mads, yo...

—No, tú te quedas. —Santiago extendió un brazo intentando detenerme. Me detuve antes de que me tocara.

Bufé.

—¿Qué? ¿vas a obligarme? Me gustaría verte intentándolo —respondí. Di un paso al frente, Santiago no se movió ni un milímetro—. Avísame cuando se acabe tu show de imbécil para irme. —No me dijo nada—. ¿Ya terminó tu berrinche?

—Valentín, vete —murmuró Mads. Me giré en su dirección y la miré, consciente de que mi expresión no era nada amigable. Escuché esas palabras con rabia, porque si me iba, él se

quedaría.

Mads ya me había contado los detalles de su relación y ruptura, aunque yo ya conocía a Santiago y sabía que era una mierda. Y luego me decía que me fuera para que él se quedara. No solo me parecía injusto, sino que aunque nos habíamos desviado del asunto principal al estar jugando, estábamos trabajando. Mads, al menos, debería haber dicho que nosotros teníamos que trabajar. No pedirme que me fuera así como así. Le daba todas las facultades a él para enojarse y exigirle respuestas. Sin embargo, no dije nada y comencé a caminar hacia la puerta antes de que alguien más dijera algo. Cuando pasé junto a Santiago, me agarró del brazo.

—Te has aprovechado de ella —murmuró.

Me detuve. Arrugué la frente, esperando que lo repitiera.

¿Aprovechado?

—¿Qué dices? —quise saber, incrédulo de haber oído bien.

—La viste sola y te lanzaste sobre ella como si fuera un animal abandonado —respondió.

Solté una carcajada y señalé a Mads.

—¿A ti te parece que está como un animal abandonado? —pregunté irónicamente. Luego, con fuerza, saqué la mano de Santiago. Aunque no soy una persona peleadora y nunca había golpeado a alguien, estuve a un segundo de hacerlo, pero Mads habló.

—Santiago, ¿qué te pasa? ¿así me ves? ¿como alguien de quien la gente se aprovecha? —Resopló y se llevó la mano a la cintura—. Vete a la mierda.

Comencé a caminar hacia la puerta, recordándome a mí mismo que esa discusión no era mía y que no tenía nada que hacer allí.

—Él te va a hacer daño —gruñó Santiago. Ahí me detuve nuevamente y me giré, ignorando todas las advertencias de mi cerebro que me pedían que continuara mi camino. Avancé hacia él y lo empujé, totalmente fuera de mí.

—Oye, ¿de qué mierda estás hablando? ¿qué sabes tú de mí? —pregunté con la voz gélida, pasando una mano por mi cabello. No iba a permitir que inventara cosas sobre mí. Él se acercó y me empujó.

—De eso. Se nota qué tipo de persona eres —respondió con obviedad, lo que encendió aún más mi enojo. Miré a Mads y ella me hizo una seña para que siguiera hacia la puerta, pero no me moví. Cogí a Santiago por el cuello de su camisa, pero él logró soltarse con fuerza. Mads se puso entre nosotros.

—Mira, Santiago —comenzó a decir con tanta furia que pensé que lo iba a golpear—. A mí nadie me tiene que rescatar, ni aprovecharse de mí, ni hacerme daño. Soy fuerte y valiente; enfrento lo que venga. Así que no vengas a hablar mal de la gente que me rodea, porque no soy una niña indefensa sin voz. No vengas después de todo lo que has hecho a seguir siendo una mierda. Y él —dijo señalándome—. Va a seguir aquí, te guste o no. No me importa.

Santiago escuchó todo sin decir una palabra. Bajó la mirada y antes de responderle a Mads, se giró hacia mí.

—Perdón, me equivoqué. Es solo que te extraño mucho, Maddie —murmuró, con un nudo en la garganta—. Y verlos así... —Exhaló profundamente, y por un instante creí que iba a llorar. Esa escena parecía sacada de una novela y la anoté mentalmente para agregarla en algún momento—. Discúlpenme, he sido un imbécil, pero siento que perdí todo mi rumbo si no estamos juntos.

Sorprendentemente, Mads caminó hacia mí y me cogió de la mano, obligándome a caminar hasta quedar frente a Santiago. Y así, de manera sencilla, lo perdonó.

Seguía enojado, y de hecho, el enojo seguía aumentando. Estaba siendo egoísta porque yo creía

que él era una mierda, pero, ¿quién era yo para decir algo así? Apenas conocía a Mads y su historia con él. Además, tal vez realmente entendía que se había equivocado; la gente pasa por fases y momentos en los que se desvían del camino que han estado siguiendo durante un tiempo y todo se enreda en la vida que parecía estar bajo control.

Porque hay factores que de repente aparecen y ponen tu vida en un caos que no parece poder arreglarse fácilmente. Y comienzas a confundirte incluso con la chica que te hizo un café.

Puta madre.

—Santiago, él es Valentín. Tenemos un proyecto en conjunto, así que los dos estaremos trabajando juntos durante mucho tiempo. Somos amigos y tú eres mi exnovio. No tienes derecho a presentarte así en mi casa, ni mucho menos pedirme explicaciones. Y, por supuesto, mucho menos a él —dijo tan calmada que me sorprendió.

—Es que no me contestas mis mensajes —murmuró bajito. Incliné mi cabeza hacia él, notando que tenía los ojos llorosos. Me refregué la cara, hastiado con la escena.

No soporto esto.

—Hablamos después —dije repentinamente—. Te aviso cuando suba el capítulo. —Me despedí, consciente de que mi voz sonó amarga y molesta.

Cerré la puerta del departamento y me quedé allí, sintiendo que me faltaba el aire. ¿Cómo es posible que las cosas se mezclen de esa manera en tan poco tiempo? Me sentí como un imbécil, con el corazón acelerado y la mente confundida.

Sacudí la cabeza, como si eso pudiera ayudar a ordenar mis pensamientos, y corrí hacia el departamento. Llegué rápidamente y abrí la puerta con rabia. Pero como si lo que había sucedido antes no fuera suficiente, me encontré con Fai comiéndose un sándwich en el sofá. Y con solo una mirada, me di cuenta de que todavía tenía chocolate en el cabello.

Había salido tan rápido y molesto del departamento de Mads que ni siquiera tuve tiempo de limpiarme o cambiarme.

Fai se puso de pie lentamente justo cuando Félix salió de su habitación. Ambos me miraron de pies a cabeza.

Qué idiota soy. ¿Puede haber más drama en este día?

—¿Qué demonios te pasó? —Félix soltó una carcajada—. Tienes chocolate hasta en el cabello. Fabi, ¿qué le has hecho?

Sí, gracias Félix.

Fai me lanzó una mirada furiosa a mí y luego a él. Dejó el sándwich sobre la mesa y cogió su bolso.

—No, Fai. Espera. —Me interpuse en su camino.

—¿Qué? —preguntó con sequedad. Félix abrió los ojos y regresó a su habitación, sabiendo que había avivado aún más el fuego.

—Fue una estupidez —respondí.

—Sí, lo sé. Pero no esperes que este aquí para limpiarte después de que llegues de jugar con ella —dijo, cruzándose de brazos.

Exhalé lentamente y bajé la cabeza. Sentía que la estaba cagando y lo peor es que ya no podía retroceder. Seguiría viéndome y trabajando con Mads, durante varios meses más; no era alguien a quien podía dejar de ver y ya. No se podía trabajar separados.

—Lo sé, no volverá a suceder. —Le expliqué lo que había sucedido con el cucharón que soltó Mads y lo del chocolate, aunque omití lo del sofá—. Me iré a duchar. Tengo hambre, ¿cocino

algo para los dos? Al final no comí con Mads porque llegó su exnovio y ahí terminó nuestro trabajo de hoy.

—No, creo que me voy.

Hice un puchero.

—Quédate conmigo, nos hemos visto muy poco. —Parpadeé rápidamente y Fai esbozó una sonrisa molesta.

—Está bien, pero prepárame algo muy rico porque también tengo hambre.

—Hecho. —La abracé de repente, manchándola por completo. Ella comenzó a reír. La risa de Fai me volvía loco. Siempre era espontánea y le gustaba reír. Sí, también era un poco enojona, pero solía dejar de estar enojada fácilmente, así que rara vez nos quedábamos peleados por más de un par de horas. Tomé su rostro entre mis manos y la besé.

—Te amo —murmuró contra mis labios. Luego se alejó unos centímetros—. Oye, te ves muy guapo así, tomémonos una foto. Asentí y saqué mi celular del bolsillo, entregándoselo. Fai extendió la mano para tomar una selfie cuando apareció un nuevo mensaje de Mads.

Mads: Él debería haberse ido... no tú. Me equivoqué.

18. ¿Qué quieres de mí?

Maddie

—Tú también vete, tengo que trabajar. —Lo quedé mirando, enojada. ¿Cómo se atrevía a entrar así y armar todo ese escándalo? ¿pero qué hacía yo arriba de Valentín? Aunque una pregunta más impresionante comenzó a molestarme: ¿por qué le había dicho a Valentín que se fuera y no a Santiago?

La llegada de Santiago me enfrentó a una realidad que no quería afrontar: con Valentín estábamos caminando sobre la fina línea que se suponía que no podíamos cruzar. ¿Acaso yo tenía alguna intención de ser la chica con la que él engañaba a su novia? No, no, para nada. Yo podía ser varias cosas, pero estar con alguien que tenía pareja no era una de ellas, no si podía evitarlo. Y me encontraba segura de que sí era algo evitable; no era partidaria de ser parte de un engaño. Causar el sufrimiento de una chica que ni siquiera conocía no era de mi interés.

Maldición, maldición. ¿Qué me has hecho, Valentín? Soy una idiota. ¿Por qué siento que él también se está confundiendo?

Me rasqué la frente con la mirada perdida en los pies de Santiago. Reaccioné cuando él carraspeó y levanté la cabeza. Me observaba atentamente. Me conocía y sabía perfectamente que dentro de mi mente, mil ideas se encontraban fluyendo de un lado para otro. No se atrevía a interrumpirme porque también sabía que muchas ideas estaban en contra de él, al igual que otras estaban a favor. Mi mente se detuvo de divagar y tragué saliva.

—¿Estás bien? —preguntó, un poco asustado.

—Vete —murmuré. Dirigí mi mirada hacia la puerta.

—Maddie, yo... —Comenzó a decir con la voz quebrada. No sé por qué me quedé callada esperando a que lo dijera. Dentro de mí, quería que me dijera lo mucho que la había cagado y quería que rogara mi perdón—. Volvamos, por favor —murmuró, con los ojos llorosos. Nunca lo había visto así de afectado por algo, ni cuando su perrito murió lo vi tan acongojado como en ese momento. Aunque siendo sincera, no me afectó verlo así, porque él no debería haber estado allí, ni menos yo haberle dicho a Valentín, con quien trabajaba, que se fuera.

Sabía que Valentín estaba molesto conmigo, no tenía muy claro por qué. ¿Había algo más o solo porque le dije que se fuera? Me molestaba la presencia de Santiago, porque me recordaba que estaba haciendo las cosas mal.

—Nunca pensaste que te dejaría —dije con tanta frialdad que ni el calefactor encendido pudo mantener la temperatura de la habitación.

Meneó la cabeza.

—No. Maddie, ¿y todos nuestros planes? ¿los dejarás así?

—¿Qué planes?

—Nosotros, vivir juntos, viajar, tener un perrito...

Solté una carcajada, aunque sus palabras me hicieron un nudo en el corazón. Sí, teníamos muchos planes y me dejó sola con todos ellos.

—Ya tengo a Maya —refunfuñé—. Ya es muy tarde, Santiago. Lo siento —dije, perdiendo la fuerza de mi voz. No era fácil tenerlo así al frente—. Hablemos otro día.

—Maddie —dio un paso hacia mí. Me cogió por la barbilla y me obligó a mirarlo directamente a los ojos. Una lágrima se escapó desde el borde de su ojo y con eso sentí que mi mirada se nubló —. Dime que no está todo perdido.

¿Está todo perdido? No tengo idea. ¿Cómo no vamos a poder volver a lo de antes?

—No puedo decirte eso. —Chasqueé la lengua y evité su mirada. Escuché su respiración pausada.

—Dime que puedo lograrlo, que puedo estar contigo de nuevo. No seas así de estricta. Lo sé, sé que te dejé por otras personas. Te pido perdón. Me arrepiento de todo el daño que te hice. Sé que lo hice... —comenzó a sollozar, y las lágrimas salían de sus ojos sin control. Se las limpió con el antebrazo, y continuó—: No te he engañado nunca si eso es lo que crees. Maddie, entré a la universidad y me enfrenté a todo este nuevo mundo. No supe... no supe sobrellevarlo. Y en ese camino te perdí a ti.

Hasta ese momento, nunca había recibido una disculpa sincera de Santiago. De todos nuestros años de relación, ambos nos habíamos equivocado muchas veces, sin embargo, yo no tenía problemas con asumir cuando actuaba mal, en cambio, él nunca me había pedido perdón, ni mucho menos con esa angustia.

Me acerqué a él y lo abracé, sentí que debía contenerlo porque parecía a punto de desbordarse.

—Santiago, detente —murmuré con un hilo de voz. Limpié sus lágrimas que seguían saliendo de sus ojos—. Necesito tiempo para aclararme. No estés así. —Bajó su cabeza de forma que su frente quedó sobre la mía. Por primera vez en muchos días pude respirar bien. Por un instante estaba en mi lugar seguro. Desde hacía años, él era mi fortaleza, mi hogar. Me podía derrumbar y él estaba allí para sostenerme. Sin él, era solo yo... y eso me aterraba. Aunque sabía que no debía necesitar a nadie más y eso era lo que debía aprender.

—Déjame recuperarte. —Me alejé unos centímetros y me quedé mirándolo. Estaba vestido con la ropa de fútbol ya que jugaba en la universidad. El aumento de entrenamientos y exigencia comparado con la escuela lo tenían cada vez más atractivo. Nunca me había sentido insegura en mi vida, hasta que él comenzó a dejarme de lado.

Una prima de Ari que iba a la misma universidad que Santiago nos contó que él era popular entre las chicas. La verdad es que nunca pensé que Santiago me engañaba, sino que a él le gustaba llamar la atención. ¿Y qué mejor que rodearse de chicas que lo querían? De repente, recordé cuando lo vi sacándose fotos con otra.

—¿Quién era la chica de la fiesta?

Abrió la boca y la cerró de golpe, como si no tuviera idea de cómo responder una pregunta tan fácil. Me quedé esperando.

—Una chica de la universidad.

—¿Cómo la conociste?

Tragó saliva, y allí supe que lo que iba a salir de su boca no me iba a gustar.

—Me invitó a esa fiesta —dijo tan bajito que me costó entender.

—¿Cuándo? ¿el mismo día?

—Sí —respondió, sin apartar la vista de mis ojos—. Estoy siendo honesto. Y sigo siéndolo cuando te digo que me equivoqué. ¿Cómo es que no me vas a dar ni siquiera una oportunidad de

arreglar las cosas?

Solté el aire, porque la parte tóxica de mi alma se apoderó de mí. Quería decirle mil cosas infantiles como que mejor se fuera a buscar a la chica, pero lo que más le dolería a él era un poco de indiferencia. Ufff... no, no me encontraba preparada para dejarlo ir y me dije que si él realmente lo intentaba, yo podía estar con él. Además, sentía que si no tomaba esa oportunidad de arreglar las cosas con mi novio de años, era por Valentín. Y me negué rotundamente a esa idea, no quería cambiar todo por un chico que apenas conocía y que tenía novia.

—Tengo que trabajar. —Me giré y tomé una respiración profunda, conteniendo las ganas de llorar. Cogí mi computadora y me fui con ella hacia la mesa de centro de la salita. Me senté sobre la alfombra y comencé a trabajar como si Santiago no estuviese allí. Resopló y caminó arrastrando los pies hasta la salida.

—Te amo, Maddie.

—Santi —lo llamé. Alzó las cejas—. Si vuelves a ver a Valentín, no quiero que le digas nada. Nunca más. Es mi compañero de trabajo y no debería haberle pedido que se fuera —dije seria. Asintió pesaroso y se fue. Apenas cruzó la puerta, entró Ari espantada.

—¿Me devuelvo y lo golpeo? —preguntó. Sacudí la cabeza y la dejé caer sobre mis manos. Me quedé allí unos segundos hasta que Ari llegó a mi lado.

—Lo extraño —susurré.

—Lo sé. Yo te apoyo con todo lo que tú quieras, lo sabes. Pero si él quiere tenerte de vuelta, quiero ver que lo intente.

Solté una carcajada.

—Necesito concentrarme en escribir ahora. —Cerré los ojos y tomé una respiración profunda antes de abrirlos y volver la vista a mi computadora—. No me levantaré hasta que termine esto. A propósito, ¿cómo estuvo tu cita?

—Estoy enamorada —respondió como si nada. Se encogió de hombros ante mi expresión.

—¿Qué? ¿de Javier? ¿en qué momento?

Ari comenzó a reírse.

—No, es broma, pero me gusta mucho. Es interesante y la pasamos muy bien. Aunque...

—Aunque no lo suficiente como para querer eliminar esa aplicación de citas —insinué, señalando con la cabeza su celular en la mano.

—No, porque no le creo todo ese discurso de querer tener algo serio. Dice que yo le he gustado siempre, y ahora comenzamos a salir gracias a esta aplicación. ¿Cómo no me dijo nada antes? Mmm, no lo sé.

—En su defensa, también a ti te gustaba y tampoco hiciste nada —repliqué. Ari abrió la boca, haciéndose la ofendida.

—¡Mentira! ¡Calumnias! —comenzó a decir mientras corría a su habitación. Antes de cerrar la puerta, se asomó—. Bueno, un poquito.

Rodé los ojos y volví a la pantalla del computador. Valentín me había enviado el nuevo capítulo hace algunos minutos y me quedé pegada en la última frase: pero, ¿qué tanto en común tenía con Sara? Porque con Phoebe parecían tenerlo todo.

Ay, Valentín. ¿Qué quieres de mí? Hay alguna posibilidad mínima de que él esté pensando en mí?

Cogí mi celular. Quería escribirle a Valentín y decirle que él no se debía haber ido. Más que nada porque él trabajaba conmigo y porque deseaba que se hubiese quedado. Me atreví a

escribirle, sin ningún objetivo más que dejarle en claro que me arrepentía de cómo había actuado y que ojalá hubiésemos seguido trabajando.

Maddie: Se debería haber ido él... no tú. Me equivoqué.

> Valentín: Está bien, aunque me costó explicarle a Fai por qué llegué todo manchado :P

Maddie a la realidad.

A las tres de la mañana, justo cuando ya terminaba el capítulo, la pantalla de mi celular se encendió en la oscuridad de mi habitación.

Valentín: ¿Estás despierta?

19. Es la hora

Maddie

Me quedé con el celular en la mano, tratando de identificar mis emociones. Se acercaba bastante al pánico: corazón acelerado, boca seca, falta de aire y ganas de salir corriendo. Pero ya habrán adivinado que de pánico no había nada. Era nada más que mis hormonas reaccionando a un mensaje de él a esas horas de la madrugada.

Ay, dios. Estoy hasta la mierda. ¿Por qué me habla a esta hora?

Me encogí en el lugar y solté el suspiro más largo de los últimos tiempos. Era oficial: me estaba confundiendo con el chico equivocado.

No. No y no. Él tiene novia. Y yo quiero a Santiago. Tengo que intentarlo de nuevo, ¿cómo puedo cambiar de sentimientos así de rápido?

A pesar de que ya no sentía lo mismo que antes por Santi, seguía queriéndolo mucho, lo suficiente como para querer volver, y sabía que me podía enamorar de él una y otra vez. Tener eso en mente me relajó un poco. Me costó responder algo tan simple.

Maddie: Sí... he estado escribiendo. No puedo dormir.

> Valentín: Yo tampoco puedo dormir. Estoy pensando mucho en el libro. Me levanté y ahora miro la luna... me acordé de París.

Maddie: Está llena, ya le saqué una foto.

> Valentín: ¿Le pusiste nombre también?

Maddie: Sí, Phoebe. Se la dedico a nuestra protagonista. ¿Qué no te deja dormir?

> Valentín: Me preocupa Ally. Y quiero que todo salga bien. Además, quería hablar contigo.

Arrugué la cara. No quería hablar de toda la escena con Santiago. Me puse roja sin poder evitarlo.

Maddie: ¿Sobre lo de antes? Lo siento... ya hablé con Santiago. Tú te deberías haber quedado, no probaste mi mejor comida :(

> Valentín: No es sobre eso.

Maddie: ¿Sobre qué?

Que no diga nada sobre nosotros en el sillón.

Cerré los ojos. Para mí, se demoró una hora en responder.

> Valentín: Me gusta mucho escribir contigo. Siento que todo fluye más fácil, pero tuve que explicarle a Fai por qué llegué lleno de chocolate, y sentí que había hecho algo incorrecto...

Cogí mi computadora y me fui a mi habitación. Con las luces apagadas, recosté la cabeza en mi almohada. Respondí tratando de bajarle la intensidad al tema.

Maddie: Esconderé todos los chocolates para la próxima vez que vengas :)

> Valentín: Ese es el problema. ¿Y si no es eso lo que realmente quiero?

Tragué saliva.

Maddie: ¿Qué quieres decir?

> Valentín: Que son las 3 am. y te estoy escribiendo sin saber por qué. ¿Me envías lo que escribiste? Quiero leerlo ahora, sigo sin tener sueño. Al menos así hago algo productivo.

Escribí sin tomar en cuenta sus palabras. No tenía que decirme más para entender que se estaba confundiendo conmigo. No quería entrar en ese terreno peligroso.

Maddie: ¿No prefieres leerlo mañana?

> Valentín: No creo que mañana tenga tanto tiempo, estaré con Fai casi todo el día.

Maddie: Te lo envío ahora :)

Un poco nerviosa se lo envié, no sabía si esa sensación de nerviosismo iba a desaparecer en algún momento, pero era la dosis perfecta para que me dieran ganas de seguir escribiendo. Además, ya cada vez quedaba menos para que Ally supiese la verdad, y necesitaba que los capítulos fueran perfectos para que quisieran que el libro siguiera.

La presión de la fama igual me tenía nerviosa. Pocos sabían que yo existía, pero una vez que se supiese la verdad, inevitablemente iba a tener más atención en mí. El nombre de Valentín se repetía a cada minuto en los grupos de lecturas juveniles y las fotos de él también. Lo amaban.

Es que es tan atractivo... sus tatuajes… detente. Pensamientos no saludables, Maddie.

Mientras esperaba a que leyera el capítulo, me metí en su perfil de Instagram. Había subido una foto esa misma tarde en mi casa. Se veía su computadora sobre la mesa y la mía un poco más lejos. Escribió: “café de menta <3”.

De repente, me sobresalté con la vibración del celular en mis manos. Me gustaría decir que no se me cayó en la cara, pero así fue.

—Ah, mierda. —Me acaricié la nariz, esperando que no me quedara roja para el otro día.

Valentín me envió uno de los párrafos que escribí.

Phoebe pensó en que ojalá su novio estuviese allí, así quizás no estaría tan nerviosa de tenerlo frente a ella. Daniel podría haber sido hasta un desconocido, pero la química que tenían, era tan palpable como la silla en la que se encontraba sentada, o como el pulso acelerado que amenazaba con desesperarla. Entendió que no importaba en qué circunstancias se encontraban: si tenían novios, vivían en lugares distintos o tenían planes de vida distintos... nada de eso tenía

relevancia, porque de todas formas la llama que había entre ellos era real, y quemaba con cada mirada

Me quedé mirando la pantalla, congelada en el acto. Así como Phoebe, tenía mi pulso acelerado y el corazón desbocado. Me mordí las uñas de los dedos en los minutos siguientes en que ninguno dijo nada, lo que lo hacía más sospechoso. Por mi mente sí pasaba todo eso, pero admito que me costaba diferenciar si era solo lo que la protagonista de nuestra novela sentía o si yo también lo sentía.

Maddie: ¿No te gusta?

Llamada entrante. Me senté de golpe en la cama.

Mierda. No puedo no contestar, literalmente le escribí segundos atrás.

—Hola —susurré.

—Hola —respondió de vuelta, también susurrando—. Me gustó mucho. Les encantará a todos.

—Escribí sin parar desde que te fuiste, me sentí inspirada.

—¿Cómo? ¿y Santiago?

—Se fue unos minutos después que tú. Estaba enojada. —Solté una risita.

—Oye Mads... —Se detuvo, dejando que el silencio se interpusiera en la llamada. Tragué saliva.

—¿Qué?

—En lo que escribiste, ¿hablas un poco de nosotros?

Dios, ¿cómo podía ser tan directo? Esa pregunta podía arruinar todo o más bien la respuesta. ¿Por qué pensaba que era por nosotros si no teníamos nada? ¿por nuestra escena en el sillón?

Sentí un hormigueo al recordar el instante en que estaba sobre él, en que nos miramos, y las piernas me temblaron al volver a sentir su respiración agitada tan cerca de mi cara. Ufff lo que escribí tenía toda relación con la historia de Phoebe y Daniel, pero también podía aplicar a nosotros.

Porque... de todas formas la llama que había entre nosotros era real, y quemaba con cada mirada.

¿Tenía que ser valiente y decir que quizás sí hablaba de los dos o huir como cobarde y negarlo todo? Cobarde sonaba como la idea más sensata también.

Él tiene novia, Maddie. Y tú, aún no te recuperas de tu ruptura.

—¿Por...por qué dices eso?

Soltó un suspiro.

—No sé, es que...

—Creo que tú pusiste las reglas muy claras. No sé por qué...

—Que existan reglas no significa que alguien no se vea tentado a romperlas —me interrumpió.

Levanté la vista y miré hacia los lados como si me estuviesen haciendo una broma, ¿por qué me decía esas cosas? ¿era una prueba? Una gota de sudor comenzó a avanzar por mi espalda. Aunque no me quedaba claro si lo decía por él o por mí. Porque yo fui la que se subió arriba de él.

Ay, Maddie. A controlar esas hormonas.

De todas formas, no me iba a permitir ser la otra chica. Porque él ya me había dejado muy claro que no iba a terminar con su novia.

—¿Te refieres a mí o a ti?

—Yo sí creo que nuestra química es así, pero también está claro que sería imposible y que nunca arriesgaría el libro de esa forma. Menos a Fai.

Menos a Fai. Ya lo sé, Valentín. ¡Ya lo sé!

—¿Te pegaste en la cabeza que dices esas cosas?

—Que pesada. Te digo la verdad —replicó con cierto tono de risa.

—Es bueno que tengamos química así podemos trabajar mejor. —En mi voz apenas se percibió la ironía.

—Mads, hoy por primera vez en años me vi nervioso frente a una chica. Y no me gustó —confesó. Sentí su respiración pausada.

Valentín se sentía terrible por siquiera pensar en otra chica que no fuera Fabiana. En cierta parte lo entendía. Incluso a mí, que ya no estaba con Santiago, me torturaba la idea de que alguien más llegara de la nada a remover todo. Me imaginaba que para Valentín podía ser lo mismo, quizás se estaba confundiendo conmigo, pero eso no significaba que me quisiera o me fuera a querer de la forma como para echar a la basura su relación de años y bastante bonita por lo demás.

Pero la gente cambia. Los sentimientos cambian. Somos un mundo que a veces ni nosotros mismos entendemos. Una mezcla entre lo que quiere la cabeza, el corazón y el estómago. Y una persona puede llegar de la nada y cambiarlo todo.

—Fue solo un momento, no se volverá a repetir. Y sobre lo otro, no estaba escribiendo sobre nosotros. Espero que lo veas así, porque si no me sentiría incómoda de escribir tanto romance entre Phoebe y Daniel.

Mentirosa, mentirosa. Date cuenta de que lo que escribes es gracias al fuego que Valentín te provoca. Te sientes como Phoebe, no lo niegues.

—Tienes razón, Mads. El capítulo está perfecto. Te voy a cortar porque creo que desperté a Félix.

Me puse el pijama. Cuando volví a la cama, tenía otro mensaje de él.

Valentín: Yo agregaría una cosa más.

Maddie: ¿Qué cosa?

Valentín: Que ella sepa que él está comprometido.

Fruncí el ceño. Valentín me daba mensajes completamente distintos y opuestos. Sentía que era: *Mads, me gustas o estoy confundido contigo, pero... ¡Hey! No te emociones. Yo tengo novia y no me gustas tanto como para dejarla*. Con sus mensajes mixtos me confundía por completo y no era justo.

Maddie: ¿Y que le diga que es un imbécil también? ¿por qué la va a buscar y mezclarlo todo?

Lo envié y me arrepentí de inmediato. En mi intento de eliminar el mensaje, terminé enviando un emoji de corazón.

Por dios, Madison. ¿Qué rayos te sucede?

Solté un grito de frustración. Resoplé. Con ese mensaje decía cosas de las que ni siquiera me sentía tan segura.

Al menos el emoji alcancé a eliminarlo. Lo iba a matar.

Valentín: ¿Eso piensas?

Maddie: Buenas noches, Valentín. Hablamos mañana.

Valentín: hay muchas cosas de ti que me confunden en estos momentos, pero no quiero que las cosas se pongan extrañas.

Sí, sé. Porque tienes novia y porque tenemos que trabajar.

Maddie: Nada se pondrá extraño, tenemos un libro que escribir juntos y será genial.

Valentín: No es solo un libro. Es uno de amor.

Dejé el celular a un lado. Me apoyé en el respaldo y cerré los ojos. Me sentía mal, y me dio rabia que Valentín fuese el culpable. Quería creer que su intención no era confundirme sino aclarar las cosas, pero sí me confundía. Porque desde que él entró a la cafetería por primera vez, algo en mí se removió. No me quería permitir sentir eso, pero en ese momento, la confusión podría haber sido mi nombre.

Parecía ilógico lo que podía cambiar todo en poco tiempo. No me recuperaba de perder a Santiago cuando apareció otro chico. Y no, no me lo iba a permitir. Sabía que uno no manda al corazón, de eso estamos todos claros, pero al menos lo iba a intentar. Sí, asumía que Valentín me atraía, pero yo a Santiago lo... ¿amaba? ¿quería?

Ya ni sé qué siento.

Esa conversación era una bola de nieve que se hacía cada vez más grande, y si alguno de los dos no la detenía, no sabía cómo iba a terminar.

Probablemente conmigo yendo a asesinar a Valentín por confundirme, y luego por decirme que no lo hiciera. *Idiota.*

Valentín: ¿Podemos hacer como que esta conversación nunca existió?

Maddie: Sí. ¿Entonces te gustó el capítulo?

Valentín: Está perfecto. Así que Phoebe confundida y Daniel confundido. ¿Qué hacemos? Asumo que no quieres que él se case.

Quería decirle que no. Que yo quería que él se quedara con ella, pero mis palabras serían demasiado sospechosas. Resoplé. *Esto va a ser más difícil de lo que pensé.*

Valentín: Agregaría esto también. *Daniel acompañó a Phoebe a la recepción del hotel. Se les hizo tarde. La cena se había extendido más de lo que correspondía, pero tanto recordar sus aventuras de adolescencia había hecho que el tiempo volara y las copas también*.

Maddie: Me gusta. *Los silencios mientras se miraban comenzaron a extenderse, y parecía que decían más así, que hablando.*

Valentín: ¿Y si le agregas que la reserva de ella no está hecha? El hotel no tiene cupo, ni tampoco los que están alrededor. Que Daniel le ofrezca su departamento.

Cien grados más en mi habitación.

Maddie: ¿Y eso?

Valentín: Es la hora.

A la mañana siguiente, desperté con un mensaje.

Valentín: Ya envié los dos capítulos a Ally. El próximo lo tengo que enviar la próxima semana.

Pasó una semana hasta que volví a ver a Valentín: a la una de la mañana en la puerta de mi departamento, mojado de pies a cabeza.

20. Mensajes equivocados

Valentín

Una semana había pasado desde que envié los capítulos a Ally. Apenas fueron publicados, el éxito de la novela se disparó. Con Mads estábamos impactados y no lo podíamos creer. Sí, es verdad que mis últimas novelas tenían muchas lecturas de inmediato. Pero esta vez, con la promoción de la editorial y mi imagen dando vueltas por las redes sociales, era increíble la atención que se estaba llevando el libro con tan solo algunos capítulos publicados.

Eso también me ponía más nervioso por el hecho de que aún tenía que hablar con Ally sobre Mads. Al menos desde mi punto de vista, no existía forma de que el trato con la editorial se cancelara. Era imposible que quisiesen cortar las relaciones conmigo cuando el libro llamaba tanto la atención, más que el resto de los que estaban promocionando.

El viernes por la mañana le había enviado el nuevo capítulo a Ally para su revisión y con Mads no nos vimos desde que llegó Santiago a su departamento. Esa misma noche nos habíamos enviado mensajes luego de que no pudiera dormir. En ese momento no podía dejar de pensar en nosotros en el sillón, mis ganas de besarla; y a la vez, ver a Fai durmiendo a mi lado. No era justo, sin embargo, a pesar de la atracción fuerte e innegable hacia Mads, me encontraba seguro de que era solo eso: una fuerte atracción y nada más. La chica que amaba, estaba acostada junto a mí.

Esa semana solo hicimos llamadas y nos enviamos correos electrónicos para hablar sobre cómo continuar el siguiente capítulo. Las cosas se encontraban algo extrañas. Al menos yo necesitaba el espacio para pensar, espacio que aproveché y pasé más tiempo con Fai, y se sintió muy bien.

No paraba de pensar en que a Mads le dije cosas que quizás no debí, ya que prácticamente le dije que me confundía, para luego decirle que eso tampoco significaba algo, sino que debíamos mantener nuestra relación laboral lo mejor posible. Sabía que ella quería ser mi amiga, y ese también había sido mi plan. Nos divertíamos juntos, pero de repente la idea de ser su amigo comenzó a molestarme, porque ya era inevitable la atracción. Ya estaba demasiado instalada entre nosotros como para hacer que nada sucedía.

Si no me hubiese alejado un poco, habría estado escribiendo con ella todos los días. Nuestro proceso de escritura es mucho más fluido y mejor si estamos juntos… Y creo que no debería estar pensando en todo esto mientras estoy al lado de Fai

Ally comenzó a llamarme, así que me alejé para escuchar mejor porque me encontraba cerca del parlante de la música y además el agua de la lluvia me salpicaba donde estaba. Con una seña le dije a Fai que hablaría por teléfono.

—Hola Ally, ¿todo bien?

—Valentín, perdón por la hora pero hoy he estado sin parar. Leí el capítulo que me enviaste ayer, y también llegaron los comentarios del otro editor, Mike. Ya te he hablado de él. Bueno,

ambos coincidimos en que queremos un poco más de complicidad entre los personajes, que suceda algo más.

—¿Complicidad? ¿qué tipo de complicidad? —pregunté, rodando los ojos. No estaba acostumbrado a que me hicieran alcances sobre lo que escribía.

—Es tu libro, si lo quieres dejar así está perfecto de todas formas. Es solo que nosotros creemos que le falta un poquito de intimidad entre ellos. —Ally se aclaró la garganta—. Al menos dame un beso. —Soltó una carcajada—. Dios mío, cómo ha sonado eso —dijo entre risas. Yo también comencé a reír, me imaginé a Ally roja como un tomate. Ella era muy formal para sus cosas—. Quiero decir entre Phoebe y Daniel.

—Lo voy a releer y te comento si creo que debemos agregarle algo más... ¿Ally?

—¿Qué?

—¿Estás bebiendo? —pregunté, como si estuviese impactado.

—Valentín Fortier, yo soy una profesional, ¿cómo crees que estoy bebiendo? —Solté una carcajada.

—Te estoy molestando...

—Ufff, Valentín, si me sale una arruga más en los próximos meses, será por tu culpa —gruñó —. Además, una copa de vino no hace mal. ¿Entonces espero ese capítulo para mañana por la mañana?

Lancé una mirada rápida a mi alrededor, me encontraba en pleno evento al que fue invitada Fai. Arrugué la frente justo cuando miró en mi dirección.

—¿A qué hora es esa? —pregunté.

—A las nueve a más tardar.

—Pero...

—Lo sé, pero Mike me acaba de enviar sus comentarios y, para ser sincera, estoy de acuerdo con sus palabras. Si no lo puedes agregar ahora, lo agregas al próximo capítulo. Sin embargo, creo que es una buena opción mejorarlo ahora, después de todo, es lo primero que pide Mike.

Resoplé.

Y eso que aún no les digo de Mads. Debo mantenerlos contentos antes de lanzar la bomba.

Me quedé pensando con el celular en la mano, debía hacer los cambios con Mads. Abrí el chat que tenía con ella y, al verla en línea, se me revolvió el estómago.

Esto no es bueno.

Valentín: Te tengo que confesar algo.

Mads: Aún no has terminado el capítulo...

Valentín: ¿Cómo lo supiste?

Mads: Porque leo mentes. Pensé que ya lo sabías.

Valentín: Mads, ¿puedo ir a verte después? Me gustaría que revisemos lo que Ally quiere que agreguemos.

Mads: Está lloviendo, te esperaré con chocolate caliente. Dormiré ahora, me llamas cuando llegues. Mañana no trabajo, así que podemos quedarnos hasta la hora que sea :)

Valentín: Creo que será una noche larga.

> Félix: ¿Vas a llegar al departamento o estarás teniendo sexo salvaje en algún lugar lejos de aquí? Y necesito una frase romántica de las tuyas.

Valentín: Estaré teniendo sexo salvaje como siempre. Llego tarde. Escríbele esto: Ni la lluvia te mojará tanto como yo. ¿Algo más?

Enviado a Mads. Mierda. Mads escribiendo...

—Val, te presento a Edgar. Él es el genio detrás de la idea de las barritas energéticas saludables. —Levanté mi mirada, desesperado. Fai lucía deslumbrante junto a un chico que debía tener nuestra misma edad. Le estiré la mano para saludarlo apresuradamente.

—Soy adicto a tus barritas —confesé—. Me disculpan un momento. —Regresé la vista a mi celular. Félix comenzó a enviarme mensajes y, con las notificaciones, no lograba abrir la conversación de Mads.

—Fabiana me contó —agregó Edgar, y comenzó a hablar ante mi expresión de desesperación —. El otro día se llevó una caja de la sesión de fotos y me dijo que ya te las comiste todas.

—Sí, estaban muy buenas. —Mi celular vibraba y vibraba en mi mano, y sentía el sudor avanzar por mi espalda.

—¿Cuáles te gustan más? —quiso saber, se quedó esperando mi respuesta.

Tragué saliva.

—Las... las de chocolate. —Carraspeé. Mostré mi teléfono—. Tengo que contestar esta llamada, ya vuelvo. —No le di ni la opción de responderle y me giré.

—Chicos, los dejo. Debo ir a saludar a unos socios que acaban de llegar. Un gusto conocerte, Valentín. —Oí que Edgar decía a mi espalda.

—Val, ¿puedes dejar el celular un momento? —Fai tapó la pantalla del celular con sus dedos. Me hice a un lado y por fin logré abrir la conversación de Mads.

—¿Le escribes a Mads? —preguntó, diciendo su nombre en tono de burla.

Mads: Asumo que te equivocaste... pero... ¿whatsssss? ¿sexo salvaje?

Mads: ¿Así de pervertido quieres escribir el libro? Dios mío, lo que le espera a Phoebe.

Mads: No te dejo entrar si vienes con esos pensamientos cochinos. Aléjate, satanás.

—¡Valentín! —Di un respingo y miré a Fai tratando de reprimir la risa, aunque mi expresión era evidente. Estaba aliviado de que Mads lo haya tomado como una broma. Fai frunció el ceño y miró de reojo el celular en mis manos—. ¿Qué haces?

—¿Por qué lo dices?

—Llevas veinte minutos aquí pegado al celular.

Resoplé. Con Fai siempre me divertía, el problema era que yo no quería involucrarme tanto en su mundo de eventos, donde comenzaron a invitarla continuamente para lanzamientos de nuevos productos. Sentía que me quitaban mucho tiempo que yo necesitaba.

—Lo sé, perdón. Ally me llamó y me pidió cambios en el capítulo. Debo enviárselo mañana temprano.

—¿Te avisó a esta hora? Qué poco profesional —gruñó haciendo una mueca—, ¿Y por qué te estás mandando mensajes tan sonriente?

Suspiré, cansado. Apenas me estaba recuperando de haber enviado esos mensajes tan indecentes a Mads.

—Es tarde, pero tú también estás trabajando. —Sonreí para tranquilizar su enojo—. Me debo ir pronto, tengo que termin...

—¿Te quieres ir a trabajar? —preguntó con cierto tono que presentí que si decía que sí, sería mi fin. Sus cejas se unieron en la mitad de la frente—. ¿Y la fiesta? —Meneé la cabeza.

—Lo siento, no podré. —Le pasé el brazo por la cintura y la atraje hacia mí—. He estado cuatro horas aquí, creo que irme no me convertiría en el peor novio del mundo.

Fai se llevó las manos a la cabeza y se alejó un paso disimuladamente. Habló sin mirarme.

—Perdón por creer que ibas a tener toda la noche para mí. Para la próxima te doy toda la agenda del día para que no hagas ningún plan a las once de la noche.

—¿Por qué estás enojada?

—Me enojo porque es la primera vez que vienes a algo conmigo y no lo pasas bien. Se supone que deberías estar disfrutando conmigo, y no con la cara plantada en la pantalla de tu teléfono. Si no querías venir, entonces no venías. Ándate con Mads.

Guardé el teléfono en mi bolsillo y rodé los ojos. Cosa que no me ayudó en nada.

—Me quedaré hasta que termine el evento, luego me iré a terminar el capítulo, ¿está bien?

Hizo una mueca y fingió una sonrisa.

El evento continuó por una hora más, que por cierto se me hizo eterna. Quería creer que era porque sentía que desencajaba en ese lugar, pero no estaba tan seguro de que era eso.

Estaba feliz de apoyar a Fai; además, le habían pedido que ojalá fuera conmigo, ya que sus seguidores querían fotos de nosotros. Sin embargo, me sentía un poco incómodo. Ese no era mi ambiente y, sinceramente, prefería estar bebiendo un café mientras escribía en mi escritorio.

Cuando el evento se dio por terminado, le envié un mensaje a Mads diciéndole que llegaría en unos veinte minutos más. Guardé el teléfono y me di cuenta de lo que estaba haciendo: yendo a ver a Mads después de las doce de la noche. ¿Era necesario? ¿podía hacerlo solo? ¿por qué de repente ella era tan necesaria para introducir cambios en el capítulo? Esas preguntas comenzaron a invadirme y a atormentarme.

¿Qué estoy haciendo?

Meneé la cabeza.

Es trabajo. Nada más que trabajo.

Me acerqué a Fai, que se encontraba rodeada de un grupo de chicas. Me miró feliz y luego su sonrisa se desvaneció poco a poco.

—¿Vienes a decirme que te vas?

—Debo enviar el capítulo —murmuré, poniendo un mechón de cabello tras su oreja. La abracé y me quedé respirando su aroma—. Me divertí mucho aquí —agregué. Era verdad, aunque tuviera el ochenta por ciento de mi cerebro concentrado en que debía ir a escribir.

—Sí, entiendo —murmuró, cambiando de actitud. Hizo un puchero—. Yo iré a la fiesta en casa de Raquel. Si no termino tan tarde, podría ir a dormir contigo.

Sonreí.

—Me avisas, yo me quedaré despierto hasta que terminemos con el capítulo, no sé a qué hora llegaré a mi casa. —Las últimas palabras de mi frase las fui diciendo cada vez con la voz más bajita. Solté una carcajada al ver la expresión de Fai.

—¿Trabajas con ella los viernes después de las doce de la noche?

—Si es necesario, sí. Basta ya, Fai. Estoy aquí para estar más tiempo contigo y estás tan guapa que no te he quitado un ojo de encima.

Bufó.

—¿Es una broma? —preguntó con aspereza.

—Llamaré al taxi. ¿Vas a mi departamento más tarde? —Cogí mi celular, tenía la notificación de un mensaje.

Mads: Que no te moje tanto la lluvia en el camino.

Mads: Retiro lo dicho... tú mojas más que la lluvia.

—¿Y si llego y me la encuentro a ella? —Soltó una carcajada irónica—. ¿No te pudiste juntar con ella en la tarde?

—Fai, Ally me llamó hace poco diciéndome que quiere que revisemos el capítulo —respondí cansado. Estaba aburrido de tener que explicar todos mis pasos con respecto a Mads, y Fai ya había comenzado a sacar a Mads en la mayoría de las conversaciones que teníamos.

—No iré a tu departamento, me quedaré en casa de Raquel. Pero tú no vayas a juntarte con Mads —dijo como una exigencia más que como una petición.

Entorné los ojos.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente? —En ese mismo instante el taxi llegó. Se demoró menos de un minuto—. Mi taxi llegó. —Le di un beso—. Diviértete.

Llegué a la casa de Mads veinte minutos más tarde. De la puerta del taxi al edificio, me mojé por completo. Me pregunté qué iba a hacer, no llevaba más ropa. Toqué el timbre, tiritando de frío.

Me abrió y me quedó mirando de pies a cabeza. Me encogí de hombros.

—Créeme que no me gustaría decir esto —comenzó a decir—, pero para entrar, te tendrás que sacar toda esa ropa. —Sonrió—. Quizás te saque una foto y la filtre.

21. Agreguemos un beso

Valentín

No les voy a mentir, cuando Mads me pidió que me sacara la ropa, varias imágenes indecentes cruzaron por mi mente, estimulando de inmediato a mi corazón para que bombeara más fuerte y mi sangre comenzara a hervir.

Maldición. Tengo que controlarme.

—¿Quieres que quede desnudo en la entrada de tu casa? —pregunté, alzando las cejas.

Soltó una risita y trató de poner una expresión seria.

—Pues... sí. —Puso su mano en mi hombro y meneó la cabeza—. Ven, entra. Creo que tengo ropa de Santiago en alguna parte —murmuró alejándose, mientras me hacía señas para que no me moviera. Cerré la puerta tras de mí—. Te traeré una toalla.

—¡No me quiero poner ropa de Santiago! ¡Me rehuso!

—¡Mala suerte! —exclamó desde su habitación—. ¡Pero no te quiero sin ropa en mi casa!

A regañadientes comencé a sacarme la ropa, esperando que Ariel no apareciese o Santiago porque ahí sí no sabría cómo escapar del problema.

Me saqué todo y quedé en ropa interior: unos bóxer negros. Mads apareció distraída con una toalla en la mano, y apenas me vio se detuvo de golpe. Abrió la boca como si no entendiese lo que sucedía. Sus ojos deslizándose de forma casi imperceptible por mi cuerpo, no fueron un aporte a mi estabilidad mental.

—¿Qué?

—Pensé... pensé que ibas a esperar a que te trajera la toalla —murmuró, sonrojándose.

—¿Te sonrojaste por verme en ropa interior? —bromeé. Bufó y rodó los ojos. Aunque intentó reprimir su expresión, sonreía—. Siéntete afortunada, Madison Foster. Estás ante todo un acontecimiento.

—No eres el primer chico guapo que veo en bóxer, Valentín. No te creas tanto —replicó, echándose el pelo hacia atrás.

—Y además me encuentras guapo. —Comencé a acercarme a ella con la intención de coger la toalla y envolverme por el frío. Sin embargo, apenas toqué la toalla, la luz del departamento se cortó. Nos quedamos unos instantes en silencio, cada uno con la mano en el trozo de tela, esperando a que la luz volviese en cualquier momento.

Pasó un minuto y no volvió. Todo se encontraba en completo silencio, interrumpido nada más que por nuestras respiraciones acompasadas. Comencé a reírme porque... ¿cómo era posible que me encontrara en esa situación? No nos costó darnos cuenta de que el corte de luz había sido en el sector porque no entraba ni luz por la ventana. Éramos dos personas en medio de una cueva y yo casi desnudo.

¿Tenía que pasar justo esto? ¿con ella?

—No encontré ropa de Santiago —susurró.

—No me la iba a poner de todas formas —repliqué—. Mads...

—¿Qué?

—Suelta la toalla, tengo frío. Además ya no me puedes ver así que déjame taparme. —La soltó y me envolví en ella.

—Te traeré una manta, ya no podré secarte la ropa hasta que vuelva la electricidad —dijo con disgusto—. Lo siento.

—Está bien, puedo esperar.

Me senté en el sofá mientras ella iba a buscar la manta. Chocó con todo lo que pudo a medida que se iba acercando a mí, como si hubiese olvidado cómo se encontraban las cosas dispuestas en su propia casa.

—¿Valentín?

—Polo.

—¿Marco?

—Polo —murmuré, cuando ya se encontraba a centímetros de mí. Estiré la mano sin pensarlo para que supiese exactamente dónde estaba; y sin querer rosé sus dedos. Mi piel fría contrastó con lo caliente de la de ella. Saqué la mano, alejándola solo un poco, de modo que ella con intención logró encontrarla de nuevo.

—Estás frío. —Apretó mis dedos.

—Me tienes casi sin ropa, ¿te acuerdas? Porque querías verme y todo eso.

—¡Valentín! —exclamó, dándome un golpe en la mano. Me extendió la manta encima. Buscó algo sobre la mesa de centro, y de repente tres velas se encendieron, dando la perfecta imagen de una cita romántica.

Ladeé mi cabeza hacia ella. La luz cálida en su rostro, mientras bebía de una taza de café, hizo que me removiese incómodo en el sillón. Dejé de mirarla.

—Tengo mi computadora cargada, así que podremos arreglar el capítulo sin problemas —explicó—. ¡Ah! Se me olvidaba. —Cogió otra taza de la mesa y me la entregó—. Te hice un café, me he bebido cuatro esperándote. No pude dormir, así que estoy un poco acelerada. Sé que has estado extrañando mis cafés. También...

—Digamos que he extrañado al café en general, gracias —respondí, tratando de no reírme—. Dime que no tiene menta. —Di un sorbo y sentí el calor bajar por mi garganta—. ¿También...?

—Si quieres, está el vino que trajiste el otro día. No lo tomamos.

—¿Qué día? ¿el que apareció el novio celoso? —pregunté, burlándome.

Soltó una carcajada.

—Ex novio. Y sí, ¿quieres? —preguntó, como si se hubiese arrepentido de la propuesta—. Mejor no...

Soltó una carcajada y por poco botó el café que tenía en la boca. Se quedó mirándome con los ojos entornados.

Creo que el hecho de que yo estuviese casi desnudo, los dos solos y la luz cortada nos debería haber enviado alguna señal para decir que no de inmediato y quizás huir. Cogió la computadora de la mesita y se sentó en el sofá. El brillo de la pantalla volvió a iluminar su cara, y de repente me di cuenta de que todo lo que iban a ver mis ojos durante las siguientes horas era a ella, a Mads. Nada más que a Mads.

Puta madre, ¿es esta la señal para huir? ¿debería irme? No, hay que trabajar.

Carraspeé.

—Ally me llamó y me dijo que el capítulo necesita... más intensidad.

Mads ahogó un grito y se quedó esperando a que dijese que era broma.

—¿Sexo? —quiso saber. Sus ojos destellaron.

Reprimí la risa y eso hizo que hiciera una mueca en mi dirección.

—No, eso sería muy rápido. Pero quizás algún roce o un beso. —Me llevé la mano a la barbilla, no estaba muy seguro de qué debíamos agregar.

Se mordió el labio inferior con la vista pegada a la pantalla. Noté su pecho bajar y subir aceleradamente y me quedé escudriñándola con la mirada. Mientras cada uno se mantuviese en su lugar del sofá no habría ningún problema, pero tenía que controlar lo que sentía. Mi cerebro me decía que debía arrancar pero no podía hacerlo así como así, sino el libro escrito por los dos resultaría una mierda.

Me distraje mirando por la ventana.

—Te ves un poco cansado —murmuró. Ladeé la cabeza y apoyé mi mano sobre mi brazo.

—Lo estoy. Estuve en un evento con Fai como cuatro horas y anoche me quedé hasta tarde editando el capítulo.

Hizo un puchero.

—El café te ayudará, está cargadísimo. —Suspiró profundamente y dio un pequeño salto en el lugar—. ¡Manos a la obra! ¿Me lees el capítulo? —Pidió, con una voz que le salió adorable.

—¿Quieres que te lea todo el capítulo?

Asintió.

—Sí, quiero escucharlo de ti —confesó.

No sabía muy bien qué quería decir con eso, pero me agradó que lo dijese. Nunca había leído para nadie y de repente, en ese mismo instante, se transformó en algo muy valioso. No me habían pedido algo así, nunca. En sus ojos se veía el entusiasmo de escucharme y en mi interior eso significaba una emoción extraña... nueva.

—Está bien, no te quedes dormida.

—¡Ay!, ¿cómo lo haría? A mí me encanta lo que escribes. Te escucho. —Se acomodó en el sofá y me entregó su computadora.

Leí todo el capítulo en voz alta y cuando terminé, alcé la vista hacia ella. Poco se veía en la oscuridad, pero noté sus ojos atentos en mí. Se encontraba apoyada en una de sus manos.

—Me encantó. ¿Qué tan afortunada soy de que me leas? —dijo en voz bajita, aunque noté la burla en sus palabras—. Así que Ally dijo que quería ponerle un poco más de condimentos.

—¿Condimentos?

—Ay, Valentín. Acción, quiere acción. ¿Qué le damos? Yo también quiero... —Cerró la boca y abrió los ojos.

—¿Qué quieres exactamente?

—También quiero que entre Phoebe y Daniel pase algo. Un beso.

—Quieres que engañen a sus novios.

—Mira, hagamos que Phoebe lo bese, que sea más valiente. Ella huyó e incluso se cambió de ciudad por cobarde. Que le dé un beso. Te leeré dónde lo pondría yo.

—Soy todo oídos —respondí, y le entregué la computadora.

—Mmm...

—¿Qué?

—Es que...

—¿Es que...? —En el capítulo, Phoebe y Daniel bebían café en el sofá de la oficina de él, casi

que era una réplica de la misma posición en la que nos encontrábamos en ese momento—. ¿Cómo quedaría?

—Esto lo narra Phoebe —explicó antes de comenzar a leer. Se aclaró la garganta y se puso el cabello tras las orejas—: Escuchaba atentamente a Daniel mientras él me contaba sobre cómo habían sido sus últimas vacaciones en la casa de sus padres. Temía que nombrara a Sara, y esa sensación comenzó a molestarme. ¿Cómo es que después de tantos años aún no podía olvidarlo? Sentí que mi corazón me había estafado. Me hizo creer que mi amor por él era pasado, pero allí, con él frente a mí, de repente de pasado no había nada. Y solo éramos él y yo en el presente, ¿estaba loca o nunca iba a poder superarlo?.

La forma en como Mads leía lo que yo escribí me tenía embelesado y atento a cada una de sus palabras. No había notado que la observaba atentamente hasta que subió la mirada, y caí en cuenta de que ya no hablaba. Sus ojos brillaban y tragó saliva antes de llevar nuevamente la vista a la computadora.

—¿Ahí quieres añadirlo?

—Aquí va lo que yo agregaría —musitó, en voz bajita. La noté nerviosa, evitando mi mirada.

Me rasqué la frente, tratando de concentrarme en otra cosa que no fuese nosotros allí. La temperatura había aumentado. Noté mi sangre irrigando lugares que no correspondían. Me cogí el puente de la nariz, ¿cómo tan solo escucharla me provocaba tanto?

Debería irme. Dejarlo como está.

Asintió con la cabeza y tomó aire. Continuó leyendo:

—Daniel seguía hablando, pero yo había dejado de escuchar. De pronto, me vi mirándole los labios y preguntándome si debía simplemente acercarme y besarlo. No me siento bien al admitir que mi novio no se cruzó por mi mente. Es como si todo lo que había hecho hasta ese instante no hubiese tenido sentido alguno. Huir de un amor, y de alguna forma años después llegar nuevamente a él. ¿Por qué en las novelas que usualmente leía siempre era él hombre quien robaba un beso? ¿por qué no podía…?

Carraspeé.

—¿Ser yo? —Mads subió la cabeza y se quedó atenta a mí. Continué con su mirada quemando mi piel. Seguí relatando lo que yo creía que debíamos añadir—: Suspiré de tal forma que Daniel se quedó en silencio observándome, ¿sabía él lo que cruzaba por mi mente? ¿sospechaba de mis ganas de besarlo? —Hice una pausa. Sentí los labios secos y tuve que humedecerlos con mi lengua. Mi sangre hervía y de repente lo único que quería era sacarme la maldita manta que tenía encima porque ya no la necesitaba. Tenía calor. Hablar de besos en una situación así con Mads, era lo más parecido a una tortura. Me hizo un gesto para que continuara. Se llevó una mano a la frente y perdió su mirada en la ventana. Continué—: Él tragó saliva. Y cuando abrió la boca para continuar contándome sobre sus vacaciones, estiré la mano y lo hice callar. —Sacudí la cabeza —. No, así no.

—Sí, me gusta así —dijo Mads. Luego, como pensándolo mejor, agregó—: O que simplemente le dé un beso —recomendó, con la voz un poco acelerada.

Esta es la peor idea de todas las ideas malas que he tenido en mi vida.

Mi espalda se encontraba perlada por el sudor, y me comencé a peinar el cabello con los dedos, como si así fuese a bajar la energía que sentía que recorría mi cuerpo.

—O quizás que ella le dé la mano —añadí—. Tenemos tres opciones: que lo haga callar poniendo su mano sobre su boca, que le coja la mano y no lo bese, o que le dé el beso y ya.

Nos quedamos discutiendo las tres opciones unos veinte minutos; y algo tan simple nos tenía

en un callejón sin salida. Yo prefería que fuera lento, no un beso, solo un contacto por el momento. Ella quería el beso y ya. Como el libro era de ambos, acordamos en que debíamos convencernos y teníamos que estar completamente de acuerdo.

—¡Qué le dé el beso! Un besito pequeñito. Así, Daniel sentirá más que con solo un toque.

—No, que le toque la mano y que él se ponga muy nervioso. No quiero que pase algo taaaaaan pronto. Creo que generará más impacto que se toquen.

Mads rodó los ojos.

—No me parece.

—Si te convenzo, ¿qué gano? —quise saber.

—Te voy a responder con toda honestidad a una pregunta que me hagas —replicó, muy segura de sí misma.

Solté una carcajada.

—Bueno, si logras convencerme, obtendrás lo mismo.

—Ok, te convenceré. —La pantalla de la computadora ya se había apagado y estaba en la mesita, así que solo noté que Mads se acercaba a mí cuando se encontraba a escasos centímetros.

—¿Qué estás hac...?

Puso su mano en mi boca, haciéndome callar mientras sus ojos brillaban y no dejaban de analizarme. Su respiración se hallaba notoriamente agitada. Tragué saliva y me quedé quieto. Su acto producía demasiadas sensaciones en mi cuerpo. Quería decirle que no, que se detuviera, pero justo se alejó un poco y sacó su mano.

—Espera —susurró.

—Mads... —Puso una de sus manos sobre la mía, confundiéndome. Confundiendo todo. Era más poderoso que su mano en mi boca; no era solo la energía fluyendo entre los dos, sino también el calor, fuego, excitación, deseo.

Mierda.

Recién allí me di cuenta de que Mads estaba recreando las escenas del libro para saber cuál iba mejor. Con su mano aún sobre la mía, recordé que aún faltaba una opción.

—Valentín, te voy a demostrar por qué esto es lo mejor para Phoebe y Daniel, y les gustará mucho más a nuestras lectoras. —Cogió mi cara entre sus manos. No sé en qué momento la manta se había caído, pero lo noté cuando sentí sus piernas rozando las mías. Se quedó mirándome, no tenía el panorama de toda la escena, solo veía sus ojos y sentía su respiración sobre mi boca. Inevitablemente humedecí mis labios.

—¿Acaso me vas a besar? —pregunté, deseándola por completo. Tragó saliva y me sentía imposibilitado de huir de ahí. Cogí sus manos para decirle que no era correcto pero sin hacerla sentir incómoda. No podía permitir que la incomodidad se interpusiera entre nosotros.

—¿Para qué, para que salgas huyendo? —preguntó, sin moverse ningún centímetro. Saqué sus manos de mi cara y ella se alejó un poco, pero no lo suficiente. Apenas podía hablar por la excitación que sentía del momento y no quería que se me notase—. Creo que ya sabemos que la opción del beso ya ganó.

—No. —respondí, creyendo que sí. Eso provocaba mucho más e iba mejor con el libro. Fui consciente del sonido de los autos en la calle, del calor del cuerpo de Mads, su respiración y sus manos que se movían en algún lugar cercano a mí. Fui consciente de muchas cosas en ese momento, pero no pensé que ella me besaría.

—Sí —gruñó.

—No.

—Sí —musitó en voz bajita.

—Pero yo creo que...

Se abalanzó hacia mí y sentí sus labios sobre los míos, a la vez que sus manos sujetaban mi cara. No era un beso tímido, arrepentido o a medias. Era un beso completo, ansioso y apasionado.

22. Un beso ansiado y arrepentido

Maddie

No puedo ni tampoco me creerían si digo que no era consciente de lo que estaba haciendo. Porque lo sabía. Podría echarle un poco la culpa a todas las tazas de café que me tenían igual que a un niño pequeño después de comer mucha azúcar. Aunque la verdad no sé si tiene mucho que ver una cosa con la otra.

En mi defensa podría decir que era todo por el libro, ¿qué mejor que recrear la escena si teníamos dudas?

¿Y ahora dirás que si tienen dudas sobre escenas sexuales te vas a tirar arriba por el bien del libro? Ok, no. ¿O quizás...?

Sin embargo, me crean o no, en ese momento no lo medité mucho, simplemente lo hice porque me dieron ganas. Me di cuenta de que allí, creando los dos, nos transportamos a otro lugar en el que solo nos encontrábamos él y yo. Me podría haber quedado así muchas horas, más de las necesarias, porque con él me sentía no solo cómoda, sino que me sentía yo.

La luz cortada, su piel tan expuesta, su voz relatando sobre el amor que él mismo había escrito, su mirada oscilando una y otra vez entre la pantalla frente a él y yo que me hacía la distraída, su mano tambaleando en el borde del sillón, la manta que se cayó sin que él se diese cuenta, las velas... era mucho.

Valentín me gustaba. Quería besarlo y a la vez no quería ser la chica que besaba a alguien con novio. Yo no era así.

No miento cuando digo que nunca había pertenecido tanto a un momento como ese, y era la primera vez que compartía lo que tenía dentro de mí con alguien más. Un mes antes, si le hubiesen preguntado a cualquier persona cercana a mí sobre qué era lo que más me gustaba hacer, apuesto un brazo a que nadie hubiese dicho escribir. De repente, sentí que la Maddie que había vivido hasta los diecinueve años era una impostora, porque no podía ser que nunca me hubiese sentido así. Tan real, tan auténtica. Tan yo.

No había entrado a la universidad porque no sabía qué hacer con mi vida. Siempre pensé en estudiar alguna ingeniería ya que las matemáticas me gustaban, o quizás medicina porque me atraía esa área. Sin embargo, cada vez que sopesé esas posibilidades con seriedad, en ninguna yo era feliz. Pronto me di cuenta de que ningún posible camino universitario me hacía feliz, porque mi felicidad se hallaba escondida en el arte. Y la única vez que intenté decirles a mis papás que quería dedicarme a escribir historias para niños, consideraron que era mejor que me tomara un año sabático y un poco más.

Mis historias llevaban meses y años guardadas, y no me atrevía a decirle a la gente que yo lo hacía. Era como si sintiese que una vez confesada esa área de mi vida, ya sería imposible ocultarla, incluso de mí.

Pero allí, con Valentín a mi lado, la creación de nuestra historia era una experiencia que me llenaba más de lo soñado. Era una sensación maravillosa. El único problema era que esa nueva experiencia venía adosada a él. Y él era demasiado interesante como para obligar a mi corazón a no agitarse por él. Y sí, recordémoslo una vez más: él tenía novia.

Pero quería saber, con cada fibra de mi ser, y espero que no me juzguen por eso, si la confusión también lo atacaba a él. No me importaba si me alejaba, lanzándome lejos. Quería saber a qué me enfrentaba exactamente.

¿Era mi mente inventando algo que no había?

Me acerqué sin la intención de besarlo, quería acercarme, sentir la satisfacción rozar su piel. Yo estaba en llamas y cuando cogí su cara, nada más me importó. Los reproches de mi mente se extinguieron de forma automática, guardándose y quedando presos detrás de una pared.

En sus ojos vi la confusión, el deseo y el desafío. Él no creía que me atrevería. Más bien se quedó allí, desafiándome a que hiciese algún movimiento. Alzó una ceja con expresión de autosuficiencia, y es que eso me atraía más aún de él. Era un chico entretenido, creativo, y un poco loco. Pero a la vez consideraba que tenía un lado salvaje, con su cabello revuelto, su forma de vestir, sus tatuajes y su mirada. Esa mirada de: sé que me quieres comer.

Humedeció sus labios e hice lo mismo. Lo besé con tantas ganas que temí que el corazón se me fuese a salir del pecho, y por un instante, un milisegundo, pensé que él no me iba a devolver el beso, sin embargo, sus manos tibias rodearon mi cintura y en un movimiento inesperado me atrajo hacia él. Terminé recostada sobre su cuerpo, con nuestros corazones bombeando aceleradamente, casi haciéndose uno.

No había nada calmado en nuestros besos, como si lo hubiésemos estado esperando desde hace mucho. Su lengua entró en mi boca de forma juguetona, llenándome de su sabor. Sus besos superaban lo que en mi mente imaginé, superaban los de Santiago, los de cualquier otro novio o chico que conocí. Tenía los labios suaves, con un delicioso sabor a vino que probablemente había bebido antes de llegar.

Fuego corría por nuestra sangre. Lo percibía, porque a pesar del frío, entre nosotros reinaba el calor. Sus manos comenzaron a deslizarse por mi espalda y sus dedos firmes arrastrándose sobre mi ropa, dejaban una estela de corriente. Me sentía a punto de ser desarmada por una ola de excitación.

Las respiraciones aceleradas iban de acuerdo con la poca intención de frenar lo que sucedía. Comencé a tocarlo. Su cara, sus brazos, su cuello, quería tocar todo de él. Y mientras lo hacía, más sentía la efervescencia que lo embargaba. Me tenía sobre él. Continuamos besándonos ardientemente durante los siguientes minutos. Era mejor de lo que esperaba.

Esto no está bien.

Sus manos bajaron a mi espalda baja, acercándose peligrosamente a mi trasero. Me acomodé sobre su entrepierna.

Esto no está bien.

Mis pensamientos comenzaron a atravesar la pared que había erigido para que nada frenara el momento.

Esto no está bien. Él tiene novia.

Nos separamos al mismo tiempo, como si los dos hubiésemos identificado el límite entre besarnos y que sucediera algo más. Un límite invisible, tentador de cruzar, aunque un error. Enterró sus dedos en mi cintura, la corriente que circulaba por mi cuerpo se concentró allí.

—No... —murmuré, mientras él me ayudaba a levantarme. Me senté junto a él. Seguía todo

oscuro y apenas divisé sus manos restregándose la cara. No podía calmar la respiración, y la de él se encontraba en las mismas condiciones.

Éramos dos personas agitadas como si estuviésemos terminando un triatlón, pero solo habían sido unos besos. Noté el sudor en mi espalda y el calor desesperante que me hacía querer sacarme la ropa. Necesitaba aire y me puse de pie. Él no dijo nada cuando caminé a tientas a mi habitación.

Me senté en el borde de la cama, y justo en ese instante sentí a Valentín chocar con las cosas en la oscuridad. Me imaginé que había decidido irse, hasta que sentí un golpe en la pared cerca de mi habitación.

—¿Dónde estás? Hablemos. —Su voz cargada de culpabilidad me afectó, porque yo también era culpable. Yo había iniciado ese beso.

Me había convertido, con tan solo una decisión absurda, en lo que no quería ser. Me llevé la mano al pecho, controlando mi respiración.

—Estoy aquí —murmuré. Logró entrar a la habitación.

—¿Mads?

—Polo. —Sus manos tocaron mi cara torpemente y me revolvió el cabello. Se sentó junto a mí —. Me molesta que estés casi sin ropa —bromeé.

Soltó una risa.

—¿Por eso me besaste? —preguntó burlándose. Mi respuesta fue un gruñido—. ¿Aún no se puede bromear por lo que pasó? Está bien —agregó, riéndose. Me aclaré la garganta.

—¿Para ti es una broma lo que acaba de suceder?

—No, para nada. —Se removió en su lugar y soltó un suspiro largo—. No es una broma porque me gustó. Me gustó mucho —agregó con un dejo de melancolía—, pero no debió haber sucedido.

—Y yo lo inicié —dije, como si necesitara ponerme más en evidencia.

—Sí, y yo no lo detuve... de inmediato. Mads...

—¿Humm?

—Olvidémoslo. Olvidemos que sucedió. —Sus palabras chocaron en las paredes de mi cerebro, dolorosamente, una y otra vez.

Sí, hay que olvidarlo. Nada bueno saldrá de esto.

—Olvidemos lo que pasó. —Chasqueé la lengua y sentí la necesidad de seguir explicándome —. Valentín no pude controlarme. Quise dártelo. —Golpeé mis rodillas con las manos y me puse de pie de un salto—. Dicho eso, ¿podemos olvidar todo apenas salgamos de esta habitación y terminar ese maldito capítulo?

—Sí —musitó. Se puso de pie—. Yo me dejé llevar. No se volverá a repetir.

Cómo si fuese posible olvidar un beso así.

Llegamos nuevamente al sofá y me senté lo más lejos posible.

—Entonces, si tú fueras Daniel...

—Que le dé el beso —gruñó—. Creo que eso causaría más impacto en Daniel.

¿Qué impacto? ¿dudas? ¿confusión?

Tragué saliva y me sentí más lejos que nunca de él.

—Y allí terminará el capítulo —dije con seguridad—. Con Phoebe dándole un beso a Daniel. —Ladeé la cabeza, un poco complicada de hacer la pregunta que quería hacer—, ¿él se lo responderá?

—¿Qué dices tú?

Meneé la cabeza.

—Creo que debería responderle, y que... ¿él se arrepienta?

Valentín se quedó en silencio. Percibí el movimiento de su mano desordenándose el cabello. Exhaló.

—Sí, que se arrepienta —afirmó, y a pesar de que yo sabía que él sentía arrepentimiento, escuchar esa palabra de su boca me atravesó el corazón. El silencio se interpuso entre nosotros por un momento—. Escribiré eso y se lo enviaré a Ally. —Cogió mi computadora y comenzó a teclear.

Eran casi las tres de la madrugada. De pronto, el efecto del café comenzó a desaparecer y ya era tarde, así que me dio sueño. No quería decirle a Valentín que se fuera, y con eso me di cuenta de otra cosa, me sentía sola.

Santiago últimamente no había estado para mí, pero eso no fue siempre así. Muchas veces estuvimos los dos en algún sofá tardes enteras viendo películas y comiendo pizzas. Ese era mi panorama favorito, sobre todo cuando hacía mucho frío como para querer salir. Me gustaba acurrucarme y quedarme allí, sintiéndome tranquila. Ya no tenía eso y el frío se estaba instalando en la ciudad. Me sentía sola y no me daba vergüenza admitirlo, así que no quería que Valentín se fuera.

La luz volvió y me quedé mirándolo mientras tecleaba. Un hormigueo atacó mis extremidades, era tan guapo que solo imaginarme arriba de él, me aceleró nuevamente.

—Debería irme —murmuró. Recordé su ropa. Seguía tirada en la entrada así que corrí a recogerla. Se encontraba empapada.

—No te puedes ir así. Lo meteré en la secadora y te vas cuando se seque. Te vas a enfermar si te pones esto con el frío. —Me cerró un ojo y llevé su ropa a la secadora. Al volver, fui por una manta y me quedé junto a él mirando el celular, mientras continuaba tecleando en la computadora.

El sonido de las teclas comenzó a relajarme y apoyé mi cabeza sobre mis manos, esperando a que Valentín terminara para irme a la cama.

No sé si desperté por el rayo de sol en mi cara o porque había tres personas observándome: Ariel, Santiago y Javier. Me incorporé apoyándome con la mano esperando tocar el sofá, pero no era el sofá sobre el que yo dormía, sino sobre Valentín, ambos envueltos en una misma manta. Y él aún no se enteraba de la situación.

23. No le cuentes a nadie

Maddie

¿Nos quedamos dormidos y abrazados? Dios mío... aquí nadie creería que no pasó nada.

Hasta Maya se unió al palco de los espectadores. Mi perrita saltaba alrededor de Santiago, tratando de llamar su atención, pero él estaba en shock.

Nunca había visto a Santiago con esa cara de espanto y enojo. Ari no lograba cerrar la boca y Javier se veía incómodo. Y es que no era solo que estábamos allí en el sofá bajo una misma manta después de todas las veces que le repetí a Ari y a Santiago que nosotros solo éramos amigos y más que todo, compañeros de trabajo, sino que habíamos pasado juntos la noche. Pero aseguro que nadie se imaginó lo que iba a venir después. Yo sabía que bajo esa manta había un Valentín en nada más que ropa interior. Tragué saliva y no sé cuánto tiempo estuvimos mirándonos en silencio sin que nadie dijera una sola palabra.

Bueno, tengo que enfrentar esto.

Con Santiago no estábamos juntos, pero eso no significaba que él al poco tiempo tenía que verme en una situación tan comprometedora, y tampoco significaba que él podía llegar y entrar a mi apartamento porque sí.

—¿Ahora me vas a decir que estaban trabajando? —preguntó Santiago, con la voz cargada de rabia. Carraspeé y moví a Valentín con el brazo. Este se despertó y abrió un ojo en mi dirección. Me dieron ganas de acurrucarme a su lado, se veía tan sexy despertando que parecía irreal.

—¿Pero... qué? —Valentín miró hacia nuestros espectadores, y su mirada osciló entre ellos y yo, buscando alguna explicación o preguntándose si seguía soñando. Apreté los labios tratando de reprimir la risa nerviosa y Valentín hizo lo mismo—. ¿Nos van a quedar mirando así cuánto tiempo? —preguntó de forma burlesca.

—Cállate, imbécil. Maddie, ¿de verdad? ¿cuánto ha pasado como para que saltes a cualquier persona así de rápido?

Alcé una ceja.

¿Y por qué crees que me puedes pedir explicaciones?

—Hey, ¿cualquier persona? —Valentín de pronto hizo como que se iba a parar y creo que recordó que no estaba con ropa así que no lo hizo. Y yo lo único que quería era estallar de risa. Me miró de reojo y se tapó la boca con la mano. El enojo hacia Santiago se desvaneció al mirarme.

¡Cuánto drama, dios mío!

—Bueno, solo nos quedamos dormidos —respondí, temiendo ponerme de pie para no añadirle más leña al fuego o más sal a la herida porque así se iba a caer la manta. Sin embargo, Santiago exasperado por la risa contenida de Valentín, lo cogió de un brazo y lo obligó a pararse. La manta cayó al piso en cámara lenta.

Ahogué un grito al igual que Ari, y la mirada de Santiago y Javier se distorsionó. Valentín arrugó la frente y sacó su brazo con fuerza. Esa imagen la había visto antes: ellos dos enfrentándose, pero con más ropa. Y quizás con Valentín luciendo menos sexy.

—Ándate a la mierda, Santiago. ¿Ahora lloras por lo que perdiste? —dijo Valentín inesperadamente. Avivando el odio de mi ex. Le golpeó el hombro.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó Santiago. Rodé los ojos—, ¿y en el mismo sillón en el que nosotros...?

—¿Qué? —Ari pegó un salto. Me cogí el puente de la nariz.

—¿Y por qué vienes a pedirme explicaciones? —Emití un sonido de frustración y me puse de pie. Valentín resopló y caminó hacia la isla de la cocina—. La lluvia lo mojó, nos quedamos trabajando hasta tarde y nos quedamos dormidos en el sofá, ¿algún problema? ¿algo más que deba explicarle a alguien? —Ladeé la cabeza hacia Ari, que no entendía por qué seguía allí parada con Javier, ni menos por qué llegó con Santiago.

De reojo vi a Valentín mirando su celular. Se llevó la mano a la frente y se apoyó en la mesa, como si fuese el ser más desdichado del mundo.

—Maddie no sabía que estabas aquí en la sala. —Ari arrugó la nariz—. Invité a Javier a tomar desayuno. —Ladeó la cabeza hacia Santiago—. No sé por qué vino con él.

—Ari, igual deberías avisarme... —Bufé, ya no importaba.

—Mads, ¿dónde está mi ropa?

Santiago cerró los ojos, conteniendo las ganas de lanzarlo por la ventana.

—Vete —gruñó Santiago.

—¿Por qué? ¿me vas a echar tú? Ven, inténtalo. —Miré a Valentín y entorné los ojos.

Santiago comenzó a avanzar furioso hacia él, pero me puse entre los dos. Maya ladraba, Javier cogió a su hermano de la camiseta, Valentín al dejar el celular sobre la mesa sin mirar, terminó por botar un vaso que se hizo trizas.

Un desastre.

—Ari, ¿me puedes ayudar? La ropa está en una de las secadoras —pregunté, aunque fue más como una súplica de auxilio.

—Sí, claro. Yo voy. —Ari caminó hacia la entrada del departamento, las secadoras se encontraban unos pisos abajo. Javier corrió tras Ari, escapando del problema.

De pronto, el celular de Valentín comenzó a vibrar sobre la mesa. Lo cogió y arrugó la frente. Santiago se giró y me quedó mirando.

—Mierda —murmuró Valentín. Resopló y se apoyó en una pared. Comenzó a teclear aceleradamente.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, harta de la situación. Me desplomé en el sofá.

—Yo... —Santiago bajó la cabeza y allí recién noté que tenía una caja de zapatos en su mano. Me la entregó con las manos temblorosas—. Te traje esto para que no te sientas tan sola. Por si Maya no era suficiente compañía. —Hasta Valentín se interesó y se quedó mirando la escena.

Casi suelto la caja cuando sentí movimiento dentro. Saqué la tapa con miedo y me encontré con una bola peluda. Alcé la mirada sin entender nada y conteniendo el impulso de salir corriendo.

—¿Qué es esto?

—Un... un cuy.

Ari le entregó la ropa a Valentín y comenzó a ponérsela allí mismo, mientras tenía la cara marcada por la risa.

—¿Un cuy? —pregunté, mirándola la bola peluda de nuevo. Alguien carraspeó.

—Me encantaría quedarme y ver todo este show pero debo irme porque creo que tengo que ir a apagar mi propio incendio —gruñó Valentín, antes de salir por la puerta que se encontraba abierta—. Hablamos, Mads. ¡Felicidades por tu nuevo hijo! —gritó desde fuera.

Debe haber ido a ver a su novia. ¿Y qué? No me tiene que importar.

—¿En serio? —Javier se quedó mirando a Santiago—. ¿Un ratón? ¿es lo más romántico que se te ocurrió?

—No es un ratón, es un cuy —respondió Santiago, exasperado. Quedó mirando al cuy con los ojos entornados.

—¿Y quién lo va a cuidar? —Ari arrugó la frente y se acercó a la caja.

Solté una carcajada al ver la expresión de Ari, apenas había aceptado a Maya viviendo con nosotras. Lo saqué de la caja y lo puse frente a mis ojos. Lo primero que pensé fue que era hermoso, pero no tenía tiempo para cuidar a nadie más que a mí misma. Bueno, y a Maya.

¿Qué hago con otro ser que debo cuidar?

—Gracias... creo. —Miré a Santiago que se veía miserable, y me dio pena. Ese era un intento de hacer algo bueno. De llegar a mí. Resoplé—. Está muy bonito, ¿es niña o niño?

—¿Te gusta? No sé, ¿y si le ponemos Gaspar?

—¿Le ponemos? —Ari comenzó a reírse y Javier la imitó. Los miré seria, no tenían por qué ser malos con Santiago. Lo que había hecho, aunque no lo consideré una jugada asertiva, lo hizo con toda la intención de que fuese un acto de cariño porque sabía que yo amaba a los animales casi más que a los humanos.

—Gasparin —murmuré. Es blanquito, le queda perfecto.

—¡Maravilloso! Ya hay tres animales en esta casa. —Ari extendió los brazos, fingiendo alegría.

—Pensé que solo eran dos —respondió Javier.

—Se refiere a mí —repliqué.

—¿Javier, vamos a desayunar afuera? Así dejamos que Maddie apague su propio incendio —murmuró, repitiendo las palabras de Valentín.

Sí, un incendio gracias a ti, amiga.

Cuando quedamos solos, Santiago se sentó en el mismo lugar donde unos minutos antes había estado Valentín, lo que me produjo cierto escalofríos.

Estoy loca. Pero... allí es dónde le toqué la mano. Donde le cogí la cara. Nos besamos... dormimos juntos.

Casi que me sentí extraña con Santi allí. Bajó la mirada hacia Gasparin reposando en su regazo.

—¿Qué puedo hacer para que me des otra oportunidad? Me portaré increíble, seré el mejor novio. Te lo prometo —dijo batiendo sus pestañas, lo que hizo que me riera. Me gustaba Santiago. Aunque no era comparable con Valentín, porque Valentín aparte de ser alguien guapo, era extremadamente sexy, pero Santiago me conocía... yo lo conocía.

¿Por qué rayos estás pensando en Valentín? No hay que comparar, Maddie.

Me quedé en silencio, discutiendo con el caos de mi mente y mi corazón. Pero allí no era como que tenía que escoger entre un chico y el otro, sino entre mi ex novio y nada más. Valentín no era una opción viable y probablemente en ese mismo instante estaba con su novia. O bueno, siempre se podía estar sola, tampoco era que necesitaba a alguien.

No necesito a nadie.

De repente mi cerebro y corazón dejaron de enviar señales confusas.

La noche anterior había besado a un chico con novia, y no quería admitirlo, pero sentía una

herida en mi corazón.

Miré a Gasparin y una ola de nostalgia me invadió. Nostalgia por los tiempos donde no había todo ese drama, donde era fácil y las cosas se encontraban estables. Tenía ganas de que me abrazaran y quedarme allí. Ganas de ir a desayunar como Ari y Javier, de ir a fiestas como Valentín y su novia; o de despertar un día con alguien y que no fuese un problema. Suspiré y me quedé mirando a Santiago con los ojos llorosos. Se arrimó y me abrazó. Cerré los ojos con la cabeza apoyada en su pecho.

—Dormí pésimo anoche —murmuré. Y apenas salió de mi boca noté lo desconsiderado que había sido mi comentario, porque la razón de haber dormido mal era Valentín. Santi suspiró.

—¿Quieres dormir? Te puedo ir a comprar desayuno.

—No, gracias, no es necesario.

—Déjame hacer algo por ti. Ari me comentó que no has parado de trabajar entre que vas a la cafetería y escribes. Por favor, te quiero cuidar.

—Pero yo...

—Te cuidas sola, lo sé. Pero por hoy déjame cuidarte. Además, sabes que me gusta hacerlo. —Sonreí y asentí con la cabeza. Dejó a Gasparin al lado y se puso de pie. Se acercó peligrosamente y me envolvió en sus brazos y me levantó. Le iba a decir que me bajara, pero él siempre hacia eso. Me llevó a mi habitación como si yo fuera una niña pequeña. Incluso abrió la cama y me tapó hasta la nariz.

Solté una carcajada. Maya se subió a la cama y se acostó al lado mío. Recordé que ahora tenía otro animal.

—Trae a Gasparin —pedí entre dientes. Volvió al minuto con el cuy dentro de la caja—. No tengo idea cómo cuidarlo.

—En la mochila tengo comida para él. Voy a comprar, ya vuelvo.

—¿No tienes que estudiar? —pregunté extrañada. Se encogió de hombros.

—¿Puedo estudiar aquí? Tú puedes escribir y yo estudio al lado tuyo. —Batió sus pestañas nuevamente.

¿Ahora? ¿no será un poco tarde?

—Está bien —murmuré no muy segura, pero sin la fuerza de decirle que no. Cerró un ojo y salió corriendo. Justo mi celular comenzó a sonar. Era de un número desconocido—. ¿Hola?

—¿Tú eres Mads? —preguntó una chica. Cerré los ojos, sorprendida de mi mala suerte. No tenía dudas de quién era ella.

24. Distancia

Maddie

—Sí, soy Maddie. ¿Y tú? —Mi voz salió un poco temblorosa.

¿Por qué a mí?

—Soy la novia de Valentín —dijo, como si estuviese soltando una información secreta. Ni siquiera estaba al frente mío pero tenía ganas de salir huyendo—. ¿Así que Valentín durmió contigo ayer?

Esto es una trampa. Me aclaré la garganta.

—Durmió aquí, pero no conmigo —mentí. Me sentí fatal. Hasta ese día, o la noche anterior, pensé que llevaba la bandera de la sororidad pegada en la frente.

Cometí un error, no debo torturarme por esto. Fue un error.

—Ah... te llamo porque pronto será su cumpleaños y tengo que ser sincera, creo que he comenzado mal las cosas contigo a pesar de que nunca hemos hablado. —Rodé los ojos. Una parte de mi corazón quería que fuese una de esas novias locas, y que me gritara por haber estado con Valentín, pero no, era amistosa—. No me gustó cómo las cosas entre Valentín y tú comenzaron, pero creo que es momento de que nos conozcamos, ya que ustedes están trabajando juntos.

Tragué saliva, sintiéndome culpable por lo sucedido en la noche. Incluso mis ojos se llenaron de lágrimas.

Tengo que dejar ir a Valentín.

—Sí, obvio. ¿Cuándo es?

—Es el próximo fin de semana. El sábado te voy a enviar todos los detalles. Por cierto, será una fiesta sorpresa, para que no le digas. Si quieres vas con alguna amiga o novio.

—Gracias por invitarme, tengo muchas ganas de conocerte —respondí, dudando seriamente de mis palabras.

¿Tengo muchas ganas de conocerte? ¿en serio?

Corté con sensaciones encontradas. En todo caso no tenía mucho que hacer, era la novia de Valentín así que lo mejor era que nos lleváramos bien para no tener problemas. Después de todo, con Valentín en algún momento íbamos a tener que comenzar a publicitar más nuestra novela y yo no quería que ella me viera como una amenaza o algo parecido.

Aunque quizás sí lo soy. Soy la peor.

Me acomodé en la cama, sintiéndome como una persona de ochenta años por el dolor de espalda.

Todo por haber dormido casi arriba de Valentín. Pecadora.

Desperté porque escuché a Ari riendo en la cocina. Me habían cerrado las cortinas de la habitación y apagado la luz, así que prácticamente estaba a oscuras. Cogí el celular, había dormido menos de media hora. Tenía un mensaje.

Valentín: Ally quedó feliz con el capítulo. Estará arriba el viernes. Así que cuando sea un éxito voy a soltar la bomba.

Esbocé una sonrisa.

Maddie: ¿Yo soy la bomba?

Valentín: Síp.

Maddie: ¿Tuviste problemas por haber llegado en la mañana?

Valentín: Sí, me están haciendo la ley del hielo :(pero ya se le pasará. Lo siento por quedarme, anoche envié el correo y...

Maddie: ¿Y...?

Valentín: Y te quedaste dormida, y cerré los ojos un segundo o esa era mi intención.

Maddie: Te deberías haber ido Valentín. ¿Y qué le dijiste a Fabiana?

Valentín: La verdad. Que me quedé dormido en el sillón. Mads, en verdad quería hablar contigo sobre algo...

Mi cuerpo pasó del frío al calor sofocante en un segundo, aterrada de lo que me podía decir. No sé por qué presentí sus siguientes palabras y no quería que las dijera. Las imágenes de mí tocándolo, y acercándome a él comenzaron a aparecer en mi mente, acompañadas de un hormigueo en mi vientre casi desesperante.

La atracción entre nosotros era innegable. Y no podía ser.

Yo lo sabía, él lo sabía. No podía ser.

Maddie: ¿Quieres hablar ahora?

Valentín: Te lo voy a decir cuando nos veamos mejor.

Maddie: ¿Me vas a decir que quieres que escribamos más separados?

Valentín: No, quiero decirte que gracias por la ayuda ayer. Nunca había compartido ideas para escribir algo. Tampoco pensé que me gustaría, siempre he preferido escribir solo. El problema es que me gustó y mucho.

—Me gustó y mucho —murmuré.

No debí haberlo besado. Mi corazón comenzó a latir desbocado. Escuché la voz de Santiago tras la puerta, mientras conversaba con su hermano. ¿Por qué Valentín hacía eso?

Maddie: Eso es un problema.

Valentín: Sí. Quiero seguir escribiendo contigo, pero voy a tomar un poco de distancia. No quiero que las cosas entre nosotros se echen a perder.

Maddie: Estoy de acuerdo. Hablamos después :)

Valentín: ¿Estás con Santiago?

Maddie: Sí. Más tarde me pondré a escribir... ya tengo algunas ideas :)

Valentín: ¿Nos vemos mañana para discutir el capítulo?

Santiago abrió la puerta lentamente y entró con un pastel.

—Te escuché. —Se rascó la nuca—. ¿Puedo pasar? —Se subió a la cama y se recostó a mi lado mientras yo observaba atentamente sus movimientos. El último tiempo había ejercitado y mucho. ¿Siempre había tenido esas piernas y ese trasero?—. ¿Qué estás mirando? —preguntó riendo.

—¿Has estado ejercitando más?

—Sí, desde hace algún tiempo —respondió sonriendo. Apoyó una rodilla en la cama y se subió la camiseta un poco, lo suficiente para ver su abdomen definido. Tragué saliva—. No te habías dado cuenta.

—¿Será porque no te veía? —repliqué, cogiendo el plato con el pastel. Necesitaba concentrar la atención en algo más. Santi resopló.

—Pero ahora aquí estoy —dijo lanzándome una mirada sospechosa.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, dándome el primer indicio de que no me iba a poder controlar o que más bien no quería controlarme. Hace tiempo que tenía una llama encendida en mí, y tenía ganas de hacer algo por eso. Su dedo comenzó a deslizarse por mi brazo y sentí el aire abandonando mi cuerpo.

Qué débil que eres, Maddie.

Dejé el pastel a un lado y Santiago ocupó esa señal para sentarme sobre él.

Eso era algo conocido. Ese era un lugar seguro. En ese instante pensé en que podía entregarme a esos brazos y que todo iba a estar bien.

Sí, porque no está prohibido. No es incorrecto.

Desperté porque mi celular comenzó a vibrar. Santiago, gruñendo, lo cogió.

—Tu mamá te está llamando —murmuró soñoliento.

—Córtale, después la llamaré —respondí, con la cabeza enterrada en la almohada.

—¿Maddie?

—¿Qué?

—¿Por qué Valentín te escribe que no le cuentes a nadie lo que pasó anoche?

¡Alerta! ¡Alerta!.

Me incorporé enojada.

—¿Por qué estás leyendo mis mensajes?

—¡Apareció mientras le cortaba a tu mamá! ¿Dos chicos en menos de 24 horas? Bravo, Maddie. Te superaste a ti misma.

—¡Vete! ¡Ahora! —Chillé.

Santiago se vistió en un segundo, abrió la puerta y se giró para mirarme con desprecio.

—¿Qué diría la modelito fitness de todo esto? —Dio un portazo y la habitación vibró por completo.

Oh... no te atreverías. ¿O sí?

25. Vamos con la verdad

Valentín

Toqué la puerta varias veces antes de que Ally me hiciera pasar. Entré con la mejor de mis sonrisas. Tanto que fue sospechoso, y en vez de saludarme, frunció el ceño y comenzó a golpear sus dedos sobre la mesa.

—¿Qué pasó? —preguntó, sin dejar de seguir cada uno de mis movimientos.

—¿Por qué crees que algo pasó?

Suspiró profundamente y bajó la pantalla de su computadora. Entrelazó sus dedos frente a ella. Parecía como si lo supiese todo, aunque eso no era posible.

—Siéntate —dijo calmadamente señalando la silla frente a su escritorio—. Lo sé porque a pesar de que llevamos poco tiempo trabajando juntos, sé que esa es la cara de que algo has hecho y que vienes a decírmelo. Además, no eres de venir a verme porque sí.

—Pero escúchame y no te enojes —pedí, refregándome la cara con mi mano. En ese momento pensé que debería haber ido con algún tipo de discurso hecho, no llegar así como así, no sabía cómo empezar. Para escribir podía ser muy organizado, pero para el resto de las cosas parecía que apenas pensaba.

—¿Y bien? —preguntó secamente. Tragué saliva y me aclaré la garganta.

—Ya llevamos varios capítulos publicados. —Comencé a decir con seguridad—. Los que han sido un éxito. —Ally arrugó la frente, poco impresionada de mis palabras—. Se habla de la novela en prácticamente todos los grupos juveniles de lectura en las distintas redes sociales...

Ally agitó la mano.

—Valentín, si me vas a decir...

—He visto que la editorial se ha comenzado a hacer conocida. Y a pesar de que se ha anunciado desde un comienzo que no es un libro gratuito y que habrá que pagar para leer a partir del capítulo diez, eso no ha afectado mis lecturas.

—Yo lo sé, estamos muy felices. —Forzó una sonrisa, y se rascó la frente desesperadamente —. Ahora dime ya lo que viniste a decirme porque no sé si lo que está pasando por mi mente es peor. Dilo ya.

Tomé aire y la quedé mirando con las palabras atoradas en la punta de la lengua. Ally cerró los ojos esperando la noticia.

—No he escrito el libro yo solo —confesé. Lo dije tan rápido que no supe si Ally me entendió. Como no dijo nada, comencé a repetirlo—. No he escrito el...

—Te entendí. —Puso sus manos en la frente y pareció derrumbarse sobre su escritorio. Ni siquiera me miraba—. Explícame —ordenó con frialdad.

Arrugué la frente, igual como si me hubiese comido un pomelo amargo. Por unos segundos solo escuché la respiración pausada de Ally y el miedo recorriéndome. A pocas cosas les tenía

miedo en la vida, y en ese instante, Ally se convirtió en una de ellas.

Me aclaré la garganta.

—Tengo una amiga, Madison. Le conté que estaba teniendo problemas para escribir y decidió ayudarme. —Eso no era del todo mentira, en cierta forma así había sucedido—. Me ayudó a escribir el segundo capítulo. ¿Te acuerdas que primero te envié uno distinto al que finalmente publiqué?

—Sí, lo recuerdo —replicó apenas. Aún tenía la cabeza entre las manos.

—El de ella era mejor, así que decidí subir ese. Estaba teniendo problemas para concentrarme, pensar y lograr escribir algo bueno. Simplemente me encontraba bloqueado.

—Simplemente —murmuró Ally. Pareció expulsar todo el aire de su cuerpo lentamente, por un instante pensé que me iba a echar de su oficina. Cuando volvió a abrir los ojos, se veía más calmada—. De todas las cosas que podían salir mal, esta es la peor —agregó con voz gélida. No me considero alguien cobarde, pero allí por poco salgo corriendo—. Y nunca se me habría ocurrido que fueses tan poco profesional —añadió, haciéndome sentir terrible. Tenía toda la razón.

—Ally, perdón. No lo pensé bien. —Sabía que si le decía que Mads se había entrometido en mis cosas, iba a ser peor. No iba a querer trabajar con ella—. Con Mads nos complementamos muy bien, escribe genial y he decidido que escribiremos juntos la novela.

Soltó una carcajada irónica.

—¿Has decidido? ¿tú? ¿sí? Cuéntame qué más has decidido. —Esta vez se acomodó en la silla y me quedó mirando.

—Creo que a mis lectoras les parecerá bien la idea. Yo...

—Te he dicho todo lo que hemos invertido por ti. Esto podría costarme mi trabajo —gruñó. De repente sacudió la cabeza y resopló. Me quedó observando de forma que sabía que debía quedarme callado—. Ok, ya está hecho. No sirve que me vuelva loca por esto.

—¿Quieres que deje de escribir el libro con ella? —quise saber.

—No, ¿qué pasaría si ella se da cuenta de que es un éxito y no está recibiendo nada por lo que ella escribió? Nos meteríamos en un problema mucho mayor, y Valentín, ya estoy superada con esto. —Me hizo una seña para que no la interrumpiera—. Sí, muchas ganancias estamos teniendo y visualizo muchas más, pero te soy sincera al decir que no ha sido fácil trabajar contigo.

No ha sido fácil trabajar contigo.

Me costó escuchar esas palabras y me llegaron profundamente. No quería ser el escritor con el que les costara trabajar y que después no quisieran ni ver. A pesar de que dentro de mi corazón sabía que todo lo podía hacer solo y no necesitaba ayuda, la voz de Fabiana y mi mamá aparecieron en ese instante diciéndome que ellas esperaban esto de mí.

—Lo siento, de verdad.

—Quiero conocerla.

Tragué saliva. Eso era bueno, al menos en mi plan si todo salía bien, Ally me iba a pedir conocerla y eso era perfecto porque había ido con Mads.

—Está abajo —murmuré—. Le enviaré un mensaje para que suba. Ally asintió con la cabeza y se puso de pie para ir a servirse una taza de café. Se quedó en silencio mirando por la ventana.

Había ido con ella porque estaba convencido de que cuando Ally la conociera, la idea de la novela juntos no le iba a parecer tan perturbadora. Y eso era por una simple razón: ella y yo parecíamos pertenecer al mismo mundo.

¿Les ha pasado alguna vez que se encuentran con personas que parecen pertenecer al mismo

mundo que ustedes? No me refiero a clases económicas, ni estudios, ni lugar de residencia, nada de eso. Sino que dos personas, por la forma en cómo son, simplemente pertenecen. Y con Mads pertenecíamos; por más que yo tratara de ocultarlo, así lo sentía, así era. Congeniábamos al punto de que podíamos estar horas creando como si estuviéramos los dos en una misma cabeza, y eso era asombroso. También estaba seguro de que eso no significaba que teníamos que ser pareja. Aunque nuestra amistad ya se encontraba afectada por el beso.

Una semana había pasado desde ese beso y con Mads no nos habíamos visto. Cada vez que su imagen aparecía en mi mente, me obligué a pensar en otra cosa. Estaba negado a pensar en ella y mucho más... en ese beso. Porque cada vez que lo hacía, era como si dentro de mí algo se encendiese. Me oponía profundamente a analizar lo que sucedía, no quería descubrir que la atracción que sentía era algo más.

Diversas preguntas me atacaron esa semana: ¿Me gustaba? ¿era atracción? ¿calentura? ¿o una simple confusión? ¿le gustaba yo a ella? No lo sabía. ¿Amaba a Fai? Sí. ¿Estaba bien nuetra relación?

No sé si en búsqueda de no pensar en Mads o de pasar más tiempo con mi novia, decidí entonces enfocarme en esa semana en mi relación y pasar más tiempo con Fai. Sacar, casi a la fuerza, la imagen de ese beso. Por supuesto, con Mads seguimos hablando todos los días, aunque no nos vimos. Y me enfoqué en escribir, en ir a eventos con Fai, salir a fiestas, e hice una vida sin Mads. Quería ver si así mis sentimientos por ella cambiaban, porque estaba seguro de que no era amor, yo amaba a mi novia, pero tampoco lograba entender qué era. Y no me iba a permitir dejar una relación larga por un solo beso.

Un beso que no logras olvidar.

Entró, y Ally se giró para mirarla de pies a cabeza. Mads hizo esa sonrisa característica que hacía cuando estaba nerviosa. Ally parecía estar al borde del colapso y se mordía el labio constantemente.

—Tú eres Madison. —Se acercó con la mano estirada. Mads se la estrechó.

—Me puedes decir Maddy, Ally. —Ally le señaló la silla junto a la mía.

—Por más ganas que tenga de echar este edificio abajo, prefiero tratar de arreglar esto. —Carraspeó, abrió una ventana y encendió un cigarrillo—. Sé que esto no se debe hacer, pero supongo que ninguno de ustedes dos me lo va a impedir. —Alzó las cejas y esbozó una sonrisa algo forzada—. Tengo que admitir que esto no era algo que esperaba, pero ustedes se complementan a la perfección en la escritura de capítulos. Estoy... estoy fascinada con lo que están creando. El problema ya está, los errores ya se cometieron. El punto ahora es: ¿cómo resolveremos esto? No sé cómo venderlo, ¿cómo meto a una chica de la nada? —preguntó, y extrañamente en su voz ya no identifiqué ningún ápice de enfado.

—Yo había pensado en...

—¿Podrían decir que son novios? —preguntó. Lo primero que apareció en mi mente fue Fai. Meneé la cabeza.

—No —repliqué—. ¿Quieres que Fai me mate? Además, ella es bastante conocida. Hacemos algo así y todos sus seguidores estarían tratando de derrumbar a la editorial —comenté no muy asertivamente por la expresión de Ally—. Yo propongo que simplemente lo digamos y ya.

—Esto habría sido más fácil si me lo hubieses dicho al inicio,

—No porque así no habrías aceptado nada.

Ally se quedó observándonos mientras fumaba, de repente chasqueó los dedos.

—Esto lo publicaremos mañana mismo. No quiero ni imaginar las consecuencias si se enteran

de que no escribes el libro solo, sin que nosotros lo hayamos dicho primero. —Ally cogió su celular—. Maddy, me das tu Instagram, por favor.

—Sí, es Maddifos.

Ally se quedó observando la pantalla del celular. Con Mads nos quedamos mirando, y sin hablar, me dijo que estaba nerviosa. Le sonreí.

—Bueno, su historia me la contarán después. Maddie, tienes bastantes seguidores en Instagram.

—Sí, es que he estado subiendo videos y fotos de cómo hacer cafés.

Ally alzó una ceja.

—¿Por eso Phoebe es adicta al café de menta?

Mads se encogió de hombros.

—Sí.

—¿Pero cómo haremos que seas alguien interesante para la gente? Lo siento, pero has salido de la nada y esto generará más preguntas que expectación. —Se quedó con las cejas alzadas esperando nuestras propuestas.

Con Mads nos miramos, Ally tenía razón.

—Quizás...

—Creo que haré lo mismo como si fueran a protagonizar una película juvenil. Tú serás el protagonista famoso, Maddie será la coprotagonista... una actriz desconocida, pero comprometedora. —Agitó las manos y puso una expresión como si las ideas le estuvieran lloviendo. Hablaba más para ella que para nosotros.

Recordé la publicidad de una película juvenil: los actores hicieron videos juntos y estos se difundieron por las distintas redes sociales.

Pensé en Fai cuando viera el resultado de mis palabras.

Alerta. Valentín en problemas.

—Podríamos hacer un video, quizás...

Ally plantó su mano en la mesa. Mads se sobresaltó y yo cerré la boca.

—¡Eso! Sí, me gusta. Algo como preguntas y respuestas. Necesito fotos también. Quiero una lo antes posible, se la mostraré a mis jefes. —Cogí mi celular y le envié las fotos que nos habíamos sacado con Mads. Ally las miró de inmediato—. Perfecto. Lo siento, pero hacen una maravillosa pareja. Si se dan esas mismas miradas en los videos que pretendo hacer, las chicas se volverán locas con lo que están escribiendo.

Mads se removió en la silla.

—¿Entonces quieres que hagamos un video? —pregunté, admitiendo la realidad.

—Visualizo esto... invertiré todo en ustedes, mi tiempo y el presupuesto que me han dado. Tengo la esperanza de tener el permiso de la editorial, después de todo, ellos se contactaron con Valentín, y bueno —dijo con una risita—, el dueño es mi amigo. Necesito que ambos sean profesionales. Hoy mismo informaré de esto a las personas correspondientes. —Miró su reloj—. Son las nueve. Perfecto.

—Entonces la novela es ahora de los dos —murmuré. Me sentí con un peso menos, y a la vez presentí cómo la vida se me complicaba. Era oficial: con Mads estábamos amarrados hasta que la novela terminara.

Y sinceramente, cada día era más difícil.

—Sí. Maddie te voy a llamar en la tarde para que veamos el contrato. Quiero que te quedes unos minutos ahora para que conversemos sobre los términos que te ofreceré. Si todo sale bien,

mañana la foto de ustedes estará en el Instagram de la editorial. Y ustedes oficialmente se convertirán en los escritores de la novela juvenil del momento. ¿Están listos para eso? Y necesito que mañana a primera hora estén aquí para grabar un video.

Mañana es mi cumpleaños. Fai me va a matar si me paso todo el día con Mads.

—¿Tan rápido? Yo...

—Valentín... —Ally ladeó la cabeza. Me encogí de hombros.

—¿Qué tipo de video quieres grabar? —preguntó Mads.

—No lo sé, lo planeará el equipo de marketing. —Se puso de pie y cogió su celular—. Todos tendremos mucho trabajo hoy... —agregó con emoción—, ¿están listos para lo que se viene?

Con Mads nos miramos.

—Yo estoy lista —murmuró ella.

Le cerré un ojo a Ally.

—Todo listo —afirmé, con la imagen de Fai cruzándose por mi mente. Me puse de pie para dejarlas solas, pero antes de salir, Ally me llamó.

—Despejen sus agendas para el último fin de semana del mes.

Eso es en dos semanas.

—¿Por qué? —pregunté, temiendo la respuesta.

—Porque irán de viaje. —Al ver que ambos teníamos una expresión de estupefacción en la cara, Ally arrugó la frente—. Por supuesto, Valentín, ¿ya se te había olvidado que irías? Claro, ahora son ustedes dos. Mañana haré la agenda de esos días. Probablemente iremos al sur de Chile.

Tragué saliva.

Bajé por el ascensor con la adrenalina corriendo por mi cuerpo y los pensamientos atacándome. Me permití por primera vez en una semana pensar realmente en Mads y ese beso. Y saqué la primera conclusión: lo que sentía por ella no podía tomarlo a la ligera porque desde que se había subido al coche en la mañana, mi pecho se había acelerado.

Tomé una decisión: preguntarle si ella sentía lo mismo.

Tenía sensaciones encontradas, me sentía mal por Fai, pero a la vez, tenía que asumir de una vez por todas que Mads me gustaba. Y eso era un claro indicio de que algo tenía que hacer con mi relación. La idea me revolvió el estómago.

26. Solo eres tú

Maddie

—¿Estás de acuerdo con las condiciones del contrato que te ofrezco? —Ally preguntó con la mirada fija en los papeles que hojeaba una y otra vez. Se subió los lentes que se deslizaban hasta la punta de su nariz.

Asentí. Apenas podía creer que lo que estaba ocurriendo fuera real.

—Sí, estoy de acuerdo —respondí nerviosa. Ya era oficial, el libro lo escribiríamos los dos. Mis ganancias iban a ser considerablemente menores que las de Valentín porque, después de todo, si el libro se vendía, era debido a lo conocido que era él con sus novelas. Así que lo entendí sin problemas. Además, según la proyección de ventas que manejaba Ally, dada la popularidad que ya tenían los primeros capítulos, iba a ganar lo suficiente como para dejar de trabajar en la cafetería, pagar todo lo que tenía que pagar al llegar a fin de mes y más.

—Perfecto. Primero, por supuesto, debo hablar de esto con mis superiores. Tengo fe en que lo van a aceptar, porque si no lo hacen, significa que el libro se cancela y yo quedaré sin trabajo. —Carraspeó e hizo una mueca de desagrado—. Uno de ellos es un amigo cercano, espero que no haya problemas.

Exhalé, sintiéndome culpable. Había una mínima posibilidad de que todos nos quedáramos sin nada por mi culpa, por entrometida.

—Ally, perdón por...

Agitó la cabeza.

—No te preocupes, Valentín no estaba escribiendo y ya se me caía el cabello del estrés. Veía más probable que cancelaran el libro antes que ahora. —Apoyó el codo en el escritorio y se rascó la frente—. Fue mi idea, esto de comenzar a publicar un libro sin tener el manuscrito primero. Defendí tanto la idea, confiando en Valentín, que cuando comenzó a demorarse... —Exhaló lentamente mientras me observaba y se pasó los dedos por su cabello negro que llevaba pulcramente amarrado en un tomate. Lo vi tan apretado que pensé que le dolía—. Claramente, este no es el escenario ideal, pero has ayudado mucho y estoy contenta con el resultado. Ahora, ¿el siguiente capítulo?

Tragué saliva.

—Lo tenemos listo. Te lo enviaremos hoy.

Esbozó la primera sonrisa que parecía realmente sincera.

—Maravilloso, perfecto. Me lo envían lo antes posible. —Ally se puso de pie y me estiró la mano—. Muchas gracias, Maddie. Les aviso apenas tenga novedades.

Salí de la oficina de Ally sintiéndome tan bien que el caos que rodeaba mi vida en ese instante se me hizo diminuto.

Una semana había pasado desde el beso con Valentín y desde que Santi me había insinuado que podía decirle algo a Fabiana. Eso no se lo comenté a nadie, ni tampoco mi ex volvió a aparecer, lo que me tenía más o menos tranquila. Sospechaba que Javier, apareciendo tantas veces en el departamento, me seguía los pasos, y como Valentín no apareció, la bomba llamada Santiago se mantuvo sin estallar. Sin ninguno de ellos, ni el drama que acompañaba sus presencias, estuve obligada a pensar en mí y mis sentimientos.

¿Por qué las cosas entre nosotros se complicaban cada vez más? Podía apostar que cada uno hacía su esfuerzo, pero parecía que cuando nos juntábamos, nuestras neuronas, pensamientos y hormonas se mezclaban de tal forma que terminábamos haciendo exactamente lo que no debíamos.

Pensé más en Valentín de lo que debía y procuré no meterme tanto en sus redes sociales, porque pareció que el beso entre nosotros había provocado en él un amor incondicional por su novia. Y si hubiesen escogido a la pareja más feliz de la semana, ellos habrían ganado sin dudas. Eventos, comidas, fiestas, etc. Incluso la mayoría de las veces que hablábamos respecto a la novela, se escuchaba la voz de Fabiana por detrás.

Yo sola me rompí el corazón, ¿cuántas veces me dijo que no dejaría a su novia?

Di ese beso sabiendo las consecuencias y ya llevaba una semana viviendo con ellas: culpabilidad, corazón un poco roto, dignidad en el bote de basura, deseo y ganas de otro beso.

Se abrieron las puertas del ascensor, y suspiré profundamente, deseando que Valentín se hubiese ido, aunque me parecía imposible, dado que él me había ido a buscar al departamento. Sin embargo, lo vi de inmediato. Revisaba su celular y se bebía un café.

Mis pies se pegaron al piso y mi corazón comenzó a bombear con más fuerza, advirtiéndome y confirmándome que sufría de una terrible enfermedad: la locura. La locura de querer besarlo otra vez.

Me acerqué a paso lento, y él no levantó la cabeza hasta que puse la mano sobre su teléfono.

—Bonitas uñas —murmuró. Ladeó la cabeza—, ¿todo bien?

—Todo bien. Si Ally convence a sus jefes, lo nuestro será oficial. —Moví las cejas provocando una sonrisa coqueta en él.

—¿Lo nuestro? —preguntó.

Rodé los ojos.

—Nuestra novela —susurré, como si le estuviese contando un secreto.

—Entonces hay que esperar su llamada para celebrar.

Celebrar.

Abrí los ojos de golpe y me llevé las manos a la boca. De repente, recordé algo que no debía haber olvidado: el cumpleaños de Ari. Había quedado tan perturbada con el beso y con la llamada de Fabiana, que olvidé el cumpleaños de Ariel. Si no se lo celebraba, hasta ahí llegaba nuestra amistad.

Rayos.

—¿Te pasa algo? Pareces como si te hubieses acord...

—¿Te acuerdas que te invité al cumpleaños de Ari? —pregunté, con mi mejor expresión de drama y telenovela.

—Sí... —respondió sin entender nada.

—Es hoy —respondí, apenas.

Soltó una carcajada y comenzamos a reírnos a la salida de la editorial.

—¿Y te acabas de acordar? Pésima amiga.

Hice una mueca y me llevé la mano a la frente, pensando en todo lo que tenía que comprar y además tenía que invitar gente. *¿Dónde anda mi cabeza?*

—Soy la peor. Debo irme, tengo que comprar. —Emití un pequeño gruñido de frustración. Valentín arrugó la frente ante mi cara de culpabilidad.

—¿Necesitas ayuda? Estoy libre...

—¿Me acompañarías a comprar?

—Te acompaño a donde quieras. —Comenzó a caminar hacia el coche y lo seguí. Con sus palabras flotando a mi alrededor. Era adorable y no podía ser mío.

—Gracias. —Me acerqué a él y pregunté en voz bajita—, ¿esto es porque soy asombrosa?

Soltó una risita y pasó su brazo por sobre mi hombro. Me atrajo hacia él y me apretó contra su cuerpo. Olía tan delicioso que me podría haber quedado allí durante un día completo.

—Puede ser. —Me soltó, y alzó las cejas. Y para cortar todo el momento que al parecer me había creado en mi cabeza, agregó—: A propósito, iré con Félix.

Lo quedé mirando, sin entender nada.

¿Quién rayos es Félix?

—¿Eh?

—¿Félix? ¿el amigo soltero que me dijiste que debía llevar?

¿Soltero para mí?

—No recuerdo haber dicho que tenía que ser soltero, solo un amigo —comenté, riendo—. Pero qué bueno que sea soltero.

Así quizás Ari olvide a Javier para no tener nada más que ver con los hermanitos.

Rayos... tengo que invitar a Javier. Ojalá no se le ocurra ir con Santiago. Dios mío. ¿Y si me gusta Félix? Me estoy dando demasiadas vueltas.

Me sacó de mis pensamientos con una pregunta inesperada. Así, como si no me hubiese quedado claro con lo de Félix que él no pensaba en mí, al igual que yo en él.

—¿Puede ir Fai, cierto?

No. Ok, te entrego mi corazón confundido. Bótalo por allí.

—Sí, claro. Será... será un buen momento para conocerla. —Mi voz salió menos natural de lo que quería.

—Yo también creo lo mismo —replicó, buscando mi mirada, aunque me hice la interesada en unas personas que pasaban por mi lado—. Ya tengo ganas de que compartan.

Suspiré y me rendí ante la idea. Esbocé una sonrisa sincera. Quizás era bueno. Valentín me había comentado de algunos roces con Fabiana por el hecho de que nosotros trabajamos juntos y yo no quería ningún problema. Aparte, así Barbie Malibú me conocía de una vez por todas. En una de esas le daba un beso a Félix para que las películas en su cabeza se desvanecieran.

Dos horas nos demoramos en comprar comidas y bebidas para la fiesta. Además, le compré esos globos gigantes a Ari con su edad: 19. Valentín se quedó con la vista pegada en los números y pareció sorprendido. Arrugó el entrecejo.

—¿Cumple diecinueve? Mads, ¿qué edad tienes?

No nos habíamos preguntado nuestras edades. Pero yo sí me sabía la de él, porque lo había googleado con Ari.

—Diecinueve —respondí, como si estuviese diciendo algo incorrecto. Me encogí de hombros.

—Soy cinco años mayor que tú. Tengo 24 —dijo riendo y como si apenas lo pudiese creer—. No sé por qué nunca te pregunté la edad. Ufff, si hubieses sido un poco menor, lo del otro día habría estado bordeando lo ilegal —soltó como si nada.

Me atoré con mi propia saliva y la cajera comenzó a mirarme igual de impactada que yo. Había oído toda la conversación. Valentín estalló en carcajadas, sobre todo cuando vio el color que se apoderó de mi cara.

—¡Valentín!

—¿Qué? —preguntó, con expresión de burla. Tocó mis mejillas con el dorso de su mano—. ¿Cómo tienes la capacidad de ponerte tan roja tan rápido?

—No pasó nada —gruñí. Pagué las cosas rápidamente y cogí las bolsas.

—Mads... —Valentín rozó mi mano, lo que hizo que mi corazón diese un vuelco dejándome sin aire. Me quitó todas las bolsas de la mano. Descubrí que había perdido el control de mi cuerpo, porque la agitación se apoderó de mí.

—¿Son amigos desde hace muchos años? Tú y Félix —comencé a decir para cambiar el tema. Valentín rodó los ojos ante lo evidente de mi intención.

—Sí, desde que tenía como ocho años. Cuando llegó el primer día de clases mi mamá me lo presentó. No nos separamos más. Es mi mejor amigo.

—¿Y qué hace él? ¿en qué trabaja? —Me detuve de golpe porque recordé que no le había comprado la comida a Gasparin—. ¿Me esperas? Se me olvidó algo.

Me cerró un ojo.

—Te espero en el coche.

Volví unos minutos más tarde. Me subí con una bolsa de comida para Cuy.

—¿Tienes un ratón?

Exhalé el aire lentamente. Todavía me costaba asumir la idea de que tenía que cuidar de otro ser.

—Es un cuy. Sí, un ratón, pero mucho más grande y bonito. ¿No te acuerdas que...?

—Ah, verdad —murmuró secamente. Encendió el coche—. Santiago te lo regaló. ¿Volvieron?

—No...

—¿No quieres volver con él? —Me interrumpió.

Tragué saliva.

—No, siento que ya... ya no lo conozco.

Es más, puede que sea un imbécil que le diga a tu novia sobre nuestro beso.

Valentín alzó las cejas.

—No me gusta él —refunfuñó. Y ante mi expresión de incredulidad, agregó—: Sé que no tengo nada que decir ni debo meterme, pero Santiago es un idiota.

Solté una carcajada.

—Quizás tu amigo me guste —bromeé. Valentín hizo una mueca de desagrado.

—Sería extraño que tú y él... —Sacudió la cabeza ante la idea, como si no se le hubiese cruzado esa opción por la mente—. Creo que lo prefiero para Ariel.

—Ariel ya tiene novio.

El semáforo dio verde y aprovechó para sacarse la sudadera. Quedó en camiseta con sus tatuajes maravillosos expuestos.

¿Les ha pasado que tienen unas ganas, o mejor dicho, necesidad de tocar algo que no deberían? Mis dedos hormigueaban de las ganas de tocar su piel y deslizar mis dedos por esos tatuajes tan sexys.

De repente, dobló por una calle que no debía y se hizo a un lado para estacionar.

—¿Qué haces?

No me respondió. Apagó el coche y se echó hacia atrás con los ojos cerrados. El silencio se

apoderó del momento y no sé por qué, simplemente me quedé mirándolo hasta que él decidiese contarme qué sucedía. Sus labios rosados y los tatuajes que avanzaban por su cuello eran arte. Así como él lo tenía escrito en la piel.

Qué hermoso que eres, Valentín, y qué mal que nos conocimos cuando no puede suceder algo más que amistad entre nosotros.

Por un instante, se me ocurrió que podía estar teniendo problemas nuevamente con su hermano y su madre. Le iba a preguntar, pero él suspiró profundamente y ladeó la cabeza hacia mí con los ojos abiertos.

—Oye Mads... —dejó la frase inconclusa. Tragó saliva.

—¿Pasa algo? —pregunté, con el aire faltándome. El coche por completo olía a él, y cada uno de mis sentidos se puso alerta ante las palabras que él estaba a punto de decir.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó, desconcertándome. Se quedó escudriñándome con la mirada. Y yo, la verdad, no sabía exactamente a qué se refería, así que me incliné por el trabajo.

—¿Por el capítulo? ¿lo envío yo?

Esbozó una pequeña sonrisa, y sus dientes se asomaron. Deslicé mi mirada a sus labios, y mi cuerpo por completo recordó nuestro beso.

—No me refiero a eso —respondió serio.

—¿A qué te refieres? —quise saber, nerviosa por su mirada quemando mi piel.

El deseo se respiraba en el aire, y de a poco comenzaba a intoxicarme con pensamientos que implicaban lanzarme arriba de él en el coche a plena luz del día.

—A que... —carraspeó—, creo... mmm... ¿te acuerdas de eso de las reglas que pusimos?

Sí, cómo olvidarlas.

—¿Qué quieres decir?

Parecía que estaba a punto de tener un colapso.

—Que creo que tendremos que hacer unas reglas más estrictas.

—¿Por qué dices eso?

Resopló y me pareció que su mirada se cargaba de culpabilidad.

—¿Tienes que saberlo? —preguntó, tragando saliva.

—Supongo que sí...

Asintió con la cabeza.

—Me cuesta estar cerca de ti y no pensar en lo mucho que me atraes.

—Valen... —Quería decirle que no me dijera nada más; no quería seguir oyendo porque, en ninguna de las posibles formas de continuar esa frase, él me estaba diciendo que íbamos a intentar algo.

—Espera, he pensado mucho en ti, más de lo que debería. Estoy aquí porque quiero estar contigo, porque extrañaba tu cara, tu risa... no está bien que te extrañe —murmuró, se miró las manos.

—Estás confundido. —Tomé aire disimuladamente.

—Sí, muy confundido. —Alzó la mirada y sus ojos brillaban—. Yo...

Por un instante sentí felicidad. Pero de pronto recordé lo que me había dicho unos momentos antes: de su amigo soltero y llevar a Fabiana a la fiesta. Además, toda la semana después del beso, no se había despegado de su novia y nosotros no nos habíamos visto.

Nada de esto es una declaración de amor. No había que ser un genio para darse cuenta de que lo que intentaba hacer era fijar límites.

—No dejarías nunca a Fabiana —repliqué. Si me lo decía otra vez lo iba a golpear. Arrugó el

entrecejo, y me harté de esa conversación. Tenía ganas de saltar, abrazarlo y besarlo desesperadamente. Él también estaba confundido, yo le gustaba, sin embargo, a pesar de que admitía sentir cosas por mí, volvíamos a lo de antes: no te confundas porque yo tengo novia.

—No te iba a decir eso —respondió, pero me pareció que era una mentira. Rodé los ojos.

Se veía culpable y desdichado. Con la mente en tal magnitud de caos, nada bueno podía salir. Decidí alivianarle la carga de la culpabilidad por quererme; y también la carga del miedo —que yo compartía—, de que las cosas salieran mal y arruinase nuestro trabajo. No me podía permitir algo así cuando por fin estaba logrando mis sueños.

—Quizás yo intente volver con Santiago —mentí. Se quedó con la expresión congelada y pareció desconcertado. Claro, minutos antes le había dicho que no haría eso.

Mantente firme. Si todo esto termina mal, ¿cómo finalizaríamos nuestra novela? Eso es lo más importante.

—¿Entonces soy solo yo? ¿solo yo estoy confundido? —preguntó, quitando la vista de mí. Se quedó mirando hacia el frente.

Lo hago por nuestra novela.

—Sí, solo... eres tú —mentí.

27. La indecisión

Valentín

—Sí, solo... eres tú —dijo con la voz algo temblorosa. No me atrevía a mirarla, pero luego de unos momentos lo hice. Mads me observaba con los labios apretados, como si temiera decir algo que no debía.

En cierta forma, quería escuchar esa respuesta que me obligara a alejarla de mis pensamientos y concentrarme mejor en nuestro trabajo. Sus palabras me decían que un *nosotros* no era una opción. La pura idea de que Mads y yo fuera una posibilidad me tenía estresado y de mal humor. Pero admito que nunca pensé que eso saldría de su boca.

Me costaba entender por qué me había besado si no estaba al menos confundida conmigo. ¿Por qué ese beso fue nada para ella y para mí fue tanto?

Entorné los ojos.

—No entiendo. —Me atreví a decir. En mi mente tenía una señal de alerta, de que debía quedarme con sus palabras y no seguir preguntando más. No correspondía, pero a la vez el Valentín, siempre seguro de sí mismo, no podía entender por qué yo la quería a ella, y ella no a mí—. Tú me besaste.

Despegó sus labios levemente, y desvió su mirada hacia sus dedos que no dejaban de raspar el esmalte de sus uñas.

—Lo sé, no tienes que repetirlo. Pero... —dejó las palabras en el aire un segundo—, fue eso. Un beso. —Suspiró—. Valentín, eres entretenido, interesante y me gusta mucho tu cara de concentración cuando escribes...

—Pero...

—Eso. Te quise besar y lo hice sin pensar. Me arrepiento. —Terminó por decir. Se rascó la frente, bajando un poco la cabeza. Sentí que la dureza de sus palabras era innecesaria.

—Ok, te arrepientes. Me queda claro. —Encendí el coche.

—Sí. Tú tienes a tu novia. Tú quieres reglas más estrictas. —Puso su mano en mi brazo, obligándome a detener el coche, la miré sin comprender—. Me tienes aburrida con tu indecisión. No sabes todo lo que me arrepiento por haberte besado. —Alzó las manos—. ¡Me arrepiento! ¿Sabes por qué? Porque durante ese beso fui la otra chica, y yo no quiero ser esa. Así que no, no estoy confundida. Fui la otra chica.

Sentí el dolor en sus palabras, y me entristeció haber sido en parte culpable por haberla hecho sentir así.

Y ahora llego a decirle que me gusta. Sin ningún plan en mente.

—Yo solo quería ser honesto con lo que sentía —murmuré, sin tener idea qué decir a continuación. Me sentí un estúpido, nunca me había sucedido algo así. Siempre se me había hecho fácil el tema con las chicas.

—¿Para qué? ¿me vas a decir que después de nuestro beso y de toda esta semana de amor que tuviste con tu novia, eres capaz de dejarla?

Mi mente se quedó en blanco. Me enfrentaba a una pregunta que apenas me había hecho yo mismo. Seguía amando a Fai, pero no podía hacer nada con la imagen de Mads que aparecía revoloteando en mi mente como si fuese una tortura. No me había pasado antes, pero así comprobé el tema principal de muchas novelas: podías amar a una persona, y sentirte aún así, fuertemente atraído por otra.

Me demoré tanto en responder que chasqueó la lengua y rodó los ojos.

—No estoy confundida, Valentín. Escribes muy bonito de relaciones, amor; y hombres y mujeres seguros de lo que quieren. Pero parece que no sabes nada y yo... —Cogió mi mentón delicadamente y me obligó a mirarla. En su expresión había tristeza—. Yo no quiero arruinar nuestro trabajo. En este momento, el libro es lo más importante para mí.

—No lo sé —respondí.

—¿Qué no sabes?

—Creo que... no sé si dejaría a Fai. No lo sé. —Pareció sorprendida de mi respuesta, como si no esperase que yo dudara de algo así.

Tragó saliva y arrugó el entrecejo.

—No lo hagas —pidió.

—¿Qué cosa? —pregunté, confundido.

—Eso no es verdad, Valentín. Te la has pasado repitiéndome sobre su existencia, poniendo reglas, invitándola al cumpleaños de Ari, pasando toda una semana con ella. —Resopló y emitió un pequeño gruñido de frustración—. Y todo eso está perfecto porque es tu novia. Nosotros solo nos dimos un beso. Somos amigos y eso quiero. Ser tu amiga. Y yo quizás vuelva con Santiago, no lo sé —agregó, para terminar de dejar en claro su punto.

Asentí en silencio y volví a encender el coche. Ella tenía razón, había pasado toda la semana con Fai.

Con las palabras de Mads, comprendí que era solo mi mente y que yo vi cosas donde no las había. Me sentí un idiota, principalmente por no ser capaz de arriesgarme. Me consideraba alguien jugado y persistente con lo que quería, con todo. Pero allí, cuando se trataba de amor, de dejar a una persona, de comenzar a querer a otra, de repente toda la valentía se evaporó. Dejándome a mí, pensando y abrumándome con indecisiones. Me vi enfrentado a uno de los mayores dilemas que había tenido en mi vida hasta ese momento: ¿era capaz de dejar a Fai atrás y aventurarme a amar a alguien más?

Y soy sincero al decir que no sabía. No tenía la más mínima idea y no podía arrastrar a Mads a esa incertidumbre.

—¿Necesitas algo más para hoy en la noche? Ya que ando en coche. —Cambié el tema bruscamente. Ya no había nada más que decir. Ella dijo que no estaba confundida, y yo no era capaz de decirle con seguridad que dejaría a Fai.

Soy un imbécil.

De reojo vi cómo meneó la cabeza. Movía su pierna aceleradamente y no paraba de morderse el borde del labio.

—No, ya tengo lo que necesito. Muchas gracias, Val. —Encendió la radio y se fue cantando todo el camino, mientras observaba distraídamente por la ventana. Estacioné fuera de su departamento—, ¿te espero como a las nueve?

Le cerré un ojo.

—A esa hora vendré.

—Con Félix y Fai —murmuró. De a poco iba comprendiendo mis errores. Intenté declararme, pero a la vez le dije que iba a llevar a mi novia a su departamento. ¿Cómo iba a reaccionar de una forma distinta a como lo hizo?

Pero ya está hecho, quizás así es como tiene que ser.

—Sí. —Carraspeé—. ¿Te parece si mañana nos juntamos para seguir con la novela? No funciona mucho eso de trabajar a la distancia. No es lo mismo. No me evites más —bromeé—. Phoebe y Daniel nos esperan, sobre todo después del beso que se dieron.

Bufó.

—No te evito —dijo, sacándome la lengua—. Sí, mañana seguimos. Aunque...

Comenzó a sonar mi teléfono. Era Ally, así que contesté con el altavoz del coche.

—Hola Ally.

—Val, ¿estás con Maddie? —preguntó, algo agitada.

—Sí, está conmigo, escuchando. ¿Pasó algo?

—Bien. Ya está todo arreglado. Maddie, bienvenida a la editorial Hamil. Tengo que decirles que me costó, pero ya estoy preparando la publicación con la foto de ustedes y daremos la noticia en unas horas. Voy a abrir una caja de preguntas en Instagram para que hagan sus lectoras. El video que tienen que hacer ya se está organizando, mañana tendrán que venir. —Habló tan rápido que apenas procesé sus palabras.

Miré a Mads, que tenía cara de terror, no pude evitar soltar una carcajada.

—Gracias, Ally —respondió Mads—, ¿mañana?

—Sí, los quiero a las 11 a.m. en la editorial. ¿Pueden hacerlo?

—Sí, podemos —repliqué.

—Y el viaje también está conversado. En dos semanas se van por un fin de semana a la ciudad de Temuco. —Mads comenzó a toser torpemente.

Parecía como si hubiese pasado mucho desde que le avisamos a Ally que trabajábamos juntos, pero eso solo había sido horas atrás y ya teníamos oficialmente un viaje que hacer. Y cada día todo complicándose más. Al parecer, lo mismo pasaba por la cabeza de Mads, quien arrugó la nariz en mi dirección. Y luego se encogió de hombros.

—Está bien —dijo.

—Perfecto. Será solo un fin de semana. Además, es parte del contrato. —Ally suspiró—. Pronto les enviaré toda la información sobre el viaje. Ahora debo preparar la publicación, sigan escribiendo chicos que lo hacen fenomenal. Adiós.

Nos despedimos de Ally, y Mads se quedó mirando fijamente al frente mientras se mordía la uña del pulgar.

—Te veo preocupada.

—¿A ti no te preocupa?

Sí, me preocupa mucho.

—Hay algo que no te he contado... —comencé a decir para bajar la tensión del momento.

—¿Qué?

—Mañana es mi cumpleaños.

Entornó los ojos y me dio un golpecito en el hombro.

—¿¡Cómo no me lo habías dicho!?

Solté una carcajada.

—¿La verdad? Lo olvidé. —Eso era cierto. Fai no me había dicho nada y como mi mamá

todavía no llegaba de París tampoco me lo había mencionado. Y para recordar fechas yo era terrible, aunque fuese mi propio cumpleaños. Además, agreguemos que mi cabeza era un desastre.

—¿Cómo que lo olvidaste?

—Sí, me acordé ahora que fuimos a comprar las cosas para Ari —reí—. Además, tampoco me gusta hacer fiesta ni nada, tengo un poco de ansiedad cuando se trata de mi cumpleaños —confesé y solté una carcajada. Amaba ir a fiestas, pero cuando se trataba de mi cumpleaños, lo odiaba.

—¿De verdad? ¿no te gusta celebrar tu cumpleaños?

Meneé la cabeza.

—Solo algo muy tranquilo, pero no soy de organizar fiestas.

Mads hizo un puchero, y por milésima vez en mi cerebro pensé que se veía hermosa.

—¿Es porque no te gusta ser el centro de atención? —preguntó, como si no lo creyera.

Enarqué las cejas. Ella lo había comprendido.

—Es... exactamente eso. Ya suficiente tengo con que se espere mucho de mí como escritor como para esperar más de mí el día de mi cumpleaños. ¿Es raro?

Sacudió la cabeza.

—Te entiendo, solo poquitos saben cuando estoy de cumpleaños. —Soltó una risita—. Aunque sí me gusta ser el centro de atención.

Cuando llegué al departamento, Fai corría de un lado a otro buscando algo.

—¿Pasó algo?

—¡Ay! Valentín, te demoraste mucho. Me tengo que ir. —Miró su reloj—. En quince minutos y no encuentro mi zapatilla. —Puso una expresión de horror—. No puedo irme sin la zapatilla. —Cerca de la entrada había una valija pequeña.

—¿Te vas?

Resopló y me miró haciendo un puchero.

—Sí, pero vuelvo mañana. A David le robaron la cámara y su computadora. Todas las fotos que hicimos para la última campaña de Tubarrita que tiene que salir en dos días, se eliminaron. Así que las repetiremos hoy. —Me abrazó efusivamente y se alejó—. Perdón, yo sé que íbamos a salir hoy. Te lo compensaré.

—Está bien, no te preocupes. Llevaré a Félix como mi pareja entonces. —Separó su cara de mi pecho y noté que tenía los ojos llorosos—. Hey, ¿por qué lloras?

—Es que... he estado pensando mucho. —Se alejó y siguió buscando su zapatilla. Comencé a ayudarla—. Por fin estoy haciendo lo que más quiero hacer. —Levantó la cabeza mientras buscaba bajo el sofá. La quedé mirando—. Soy feliz con esto: hacer fotos, viajar, mis videos y todo. Pero, ¿no me está alejando de ti? No quiero eso.

Encontró la zapatilla y la alzó con una sonrisa triunfal.

—Fai, las relaciones van cambiando. En este momento estamos más concentrados en nuestras carreras, que están creciendo mucho. Eso no significa... —Las palabras se me comenzaron a atorar en la boca porque nada de lo que decía o quería decir lo tenía claro. Fai notó que algo raro sucedía.

—Me voy a quedar —dijo decidida.

—¿Qué? No, tienes que ir. Ese contrato es muy importante. —La abracé y escondí la cabeza en su cabello—. Te amo —dije sinceramente. En mi mente le pedía perdón.

—Te amo mucho. —Las lágrimas corrían por sus mejillas. No me gustaba verla así.

—Ahora ve, y sé la más bonita en esas fotos.

Asintió, enjuagándose las lágrimas con el puño de su suéter. Me besó.

—Pórtate bien, Valentín Fortier.

Cogió su valija, y en ese instante, apareció Félix por la puerta del departamento con cara de cansancio.

—¿Por qué lloras? ¿estás bien?

Fai asintió.

—Serás la cita de mi novio esta noche, y tú le alejarás a todas las chicas.

Félix alzó las cejas.

—¿Dónde iremos?

—Al departamento de Mads.

—Estoy cansado —respondió, refregándose la cara.

—Pero ya me habías dicho que irías.

—¿Hay chicas guapas?

—Sí —respondió Fai—. La amiga de Val se ve muy bonita en sus fotos.

Félix soltó una carcajada.

—Sí sé, amigo. No te fallaría, solo bromeaba. Ahora voy a dormir. Nos vemos, Fabi—. Caminó arrastrando los pies hasta su habitación.

Fai me abrazó.

—Nos vemos mañana, corazón.

Félix se apoyó en la pared para esperar el ascensor.

—¿Sigues cansado?

Se encogió de hombros.

—Sí, un poco. Y mañana debo trabajar temprano. Estos horarios me están matando.

—Podemos estar solo un rato y después nos vamos.

Me cerró un ojo y se quedó mirándome como si sospechara algo. Noté que no paraba de morderme el labio.

—¿Te veo nervioso?

Bufé y negué con la cabeza.

—No, nada. ¿Por qué voy a estar nervioso?

Félix abrió los ojos y se puso a reír. El ascensor se abrió.

—No sé, dímelo tú. Es raro que me hayas insistido tanto en venir. —Se acarició el mentón, como si estuviera sacando miles de conclusiones—, ¿te gusta Mads? ¿o su amiga? —Abrió la boca burlándose.

—Oye, que andas creativo, te voy a llamar la próxima vez que necesite ideas para un libro.

Soltó una carcajada.

—¿Viste la foto de la editorial? Publicaron una mía y de Mads. —Saqué mi teléfono y comencé a buscarla—. Salió mejor de lo esperado, ya hay miles de comentarios felicitándonos y pidiendo más fotos de los dos.

—Ufff, lo que se le viene a Fabiana.

Encontré la foto y se la mostré. Toqué el timbre del departamento de Mads. Se escuchaba la música y el murmullo de las personas.

—¿Ella es Mads? —preguntó Félix, impactado con la foto. Me miró—. ¿Ella es la chica con la que has estado escribiendo todo este tiempo?

Arrugué el entrecejo.

—Sí, ¿por qué…?

—¿De verdad?

—Sí…

—Me encanta —murmuró—. Yo a ella la he visto antes.

La puerta comenzó a abrirse, pero yo estaba sorprendido con la actitud de Félix. La cara de cansancio se le fue en un segundo y ahora él se veía nervioso. ¿Dónde la había visto?

Pasaron dos cosas: primero, Mads apareció con una sonrisa enorme y viéndose más deslumbrante que nunca. Llevaba un vestido corto y apretado; los labios rojos y el cabello suelto cayendo sobre sus hombros. La respiración se me fue de un momento a otro y me odié por la aceleración de mi corazón, sin embargo, eso no fue lo más terrible, porque lo segundo que sucedió fue que su mirada se deslizó de mí hacia Félix y abrió la boca como si se hubiese encontrado al amor de su vida.

Miré a Félix. Tenía la misma expresión de desconcierto.

—¡Tú! —exclamó Mads con una sonrisa preciosa y una expresión de felicidad inesperada. Dio un paso hacia Félix.

—¿Bella? —preguntó él. Se acercó y envolvió sus brazos alrededor de ella. Mads soltó una risita—. Sabía que te volvería a encontrar.

¿Qué?

—¡Edward! —dijo ella con una risita coqueta. Cogió su cara y emocionada le dio un beso en la mejilla.

28. Anochecer

Maddie

Nunca habría imaginado que el amigo de Valentín era Edward, el chico misterioso con el que había escapado de una fiesta días atrás. Menos aún que iba a llegar a mi departamento. Me pasé toda la tarde pensando en la conversación con Valentín y en cómo no le dije lo que sentía, a pesar de que él sí confesó que estaba confundido, pero en ese instante parecía que toda esa conversación era lejana.

Me pregunté una y otra vez si había hecho lo correcto, y cada vez aparecía en mi mente él diciéndome que no iba a terminar con su novia, y luego él diciéndome que, en realidad, no sabía si lo haría o no. Pero finalmente, todo eran puras palabras y si terminaría o no, eran solo suposiciones. No me iba a sentar al lado a esperar a que él se decidiera por ella o por mí. Incluso con él confesándome su confusión, no lograba ser claro, era evidente que realmente no sabía lo que quería. Y yo, en ese instante de mi vida, no estaba dispuesta a luchar por un chico que no era mío y donde tenía altas posibilidades de terminar perdiendo, con el corazón roto y en una posición muy incómoda para trabajar juntos.

Así que me convencí de que era lo correcto. Me dolía el corazón, pero me sentía tranquila con esa decisión. Decisión que reafirmé al abrir la puerta nerviosa por verlo a él y luego con el corazón colapsando de emoción por ver a Edward. A pesar de que no necesitaba que nadie me rescatara, lo vi tan hermoso, como si fuese un príncipe tocando mi puerta para llevarme a un lugar mejor. Sin complicaciones.

Las palabras de Edward vinieron a mi mente apenas nuestros ojos se encontraron: *si debemos encontrarnos, lo haremos de nuevo.*

Y ahí estábamos los dos, frente a frente. Encontrándonos de nuevo.

Entonces, ¿debíamos encontrarnos? ¿esto tenía que pasar?

Tragué saliva y él me quedó mirando con una sonrisa traviesa, como si por su mente estuviesen pasando las mismas ideas que a mí: el destino así lo quería.

—¡Tú! —Me acerqué a él con ganas de abrazarlo. Ya me había bebido un par de copas, así que estaba más desinhibida de lo normal.

—¿Bella? —preguntó, como si no se lo pudiese creer. Me sonrió bonito y me abrazó—. Sabía que te volvería a encontrar —susurró cariñosamente.

¿Cómo se pueden tener tantas emociones en un mismo día?

—Edward. —Lo besé en la mejilla, con muchas ganas de hacerlo en sus labios. Sí, me había pasado toda la tarde y toda la semana lamentándome por Valentín, pero ¿qué era eso sino obra propia del destino? ¿un regalo ante tan caos y drama de mi corazón?

Con gusto lo acepto. Además, no es que hubiese llegado cualquier chico. Era Edward... o Félix.

Deslicé mi mirada a Valentín, quien parecía no entender nada y, a la vez, no gustarle lo que fuese que estaba sucediendo.

—¿Se conocen?

—Sí, nos conocemos —respondí. Seguía pegada a Edward. El vientre me hormigueó y me dio un escalofrío al pronunciar las siguientes palabras, tan comunes pero en ese instante cargadas de emoción—: Me llamo Madison, me puedes decir Maddie.

Ed chasqueó la lengua y revoloteó su cabello. Dios, no lo había visto con tanta luz. Era hermoso. Generalmente no me sentía atraída por los chicos rubios de ojos claros, pero él tenía un aire europeo encantador.

—Félix —respondió él—. Así que tú eres la famosa escritora de la que tanto me ha hablado Valentín. De repente recordé nuevamente la existencia de Valentín.

—¿Por qué se conocen? —gruñó Valentín, aunque tratando de ocultar, sin éxito, su molestia.

—La conozco porque un día la encontré escondida en una fiesta luego de que se robó un pastel.

Solté una carcajada.

—Esa fue Ariel, aunque admito que comí un poquito.

Seguíamos en la puerta, así que vi de inmediato cuando Santiago apareció tras ellos. Resoplé, no lo había visto desde que amenazó con decirle algo a Fabiana. No pensé que llegaría a la fiesta.

—Santiago —murmuré impactada por su insistencia. Félix se giró con el ceño fruncido y Valentín rodó los ojos, como si estuviese aburrido de verlo.

¡Dios mío, cuánto drama! Ni las telenovelas se han atrevido a tanto.

Félix me miró como queriendo saber si yo estaba o no con Santiago.

—¿Tú, de nuevo? —inquirió Santiago, con la vista pegada en Félix. Arrugó la frente.

—No entiendo nada. ¿Por qué lo conoces? —preguntó Valentín a Félix. Félix se encogió de hombros y de repente los tres me observaron a mí.

Exhalé y le señalé a Valentín y a Félix la sala del departamento.

—Estaré con ustedes en un momento. —Al pasar junto a mí, Félix me tocó el hombro. Me giré para encontrar su mirada con la mía. *¿En qué momento llegaron chicos guapos a mi vida? Y yo tan débil.*

—Estoy feliz de haberte encontrado —murmuró, con toda la confianza y no intentó bajar su voz. Ni por Valentín ni por Santiago. Un temblor en mis piernas me recorrió. Ese chico sabía lo que era.

Valentín frunció el ceño, lo cogió del brazo y se lo llevó. Me giré para enfrentarme a Santiago.

Cogí aire profundamente y comencé a hablar de forma calmada para no hacer una escena en el cumpleaños de Ari.

—Santiago. Nosotros terminamos —comencé a decir como si le estuviese explicando a un niño pequeño.

—¿No quieres volver conmigo por Valentín? —preguntó, secamente.

—No, no quiero volver contigo porque lo de nosotros ya no funcionó y porque te recuerdo que amenazaste con decirle algo a la novia —murmuré bajito. Me arrepentí de haber dicho eso. Me cogí el puente de la nariz.

—No te creo. —Se apoyó en el marco de la puerta, con actitud decidida a no moverse de allí.

—No me importa que no me creas. Lo siento, pero te voy a pedir que te vayas porque no quiero más drama. Valentín es mi compañero de trabajo. Es el cumpleaños de Ari y no quiero amargarle su día. —Justo miré por sobre mi hombro y Ari con Javier nos observaban preocupados.

—¿Me estás diciendo que lo prefieres a él que a mí? —Señaló a Valentín.

Suspiré profundamente.

—Sí —respondí sinceramente—. Lo más importante para mí en este momento es el trabajo, por eso quiero que él esté aquí —agregué—. Así que sí, lo prefiero a él.

—¿Sabes qué creo? —preguntó, con la voz cargada de rabia. Pensé que debía cambiar de estrategia, ya me había insinuado que podía ir a decirle cosas a Fabiana.

—¿Qué, Santi?

—Que si él no existiera, nosotros ya habríamos vuelto.

—¿Sabes qué creo yo?

—¿Qué?

—Que si no te hubieses comportado como un idiota en primer lugar, no habríamos terminado. Adiós. —Retrocedí un paso y cerré la puerta en su cara.

Me giré. Félix me observaba conteniendo la risa y caminé hacia él. Valentín no se veía por ninguna parte.

—¿Estás bien? —preguntó, ladeando la cabeza. Sonrió y sus dientes se asomaron de forma adorable. Me extendió su vaso y bebí un sorbo—. ¿Te traigo algo para beber?

Señalé su vaso.

—Ahora este es mío. Te haré otro —murmuré. Lo cogí de la mano y caminamos hacia donde estaban las bebidas. Comencé a prepararle un vodka ante su mirada atenta; me tenía nerviosa—. ¿Cómo es que nos volvemos a ver?

—Te dije que si teníamos que vernos de nuevo, lo haríamos —respondió, encogiéndose de hombros—. Así que tienes que aceptar.

—¿Aceptar qué? —pregunté, sin saber muy bien hacia dónde iban sus palabras.

—A salir conmigo —respondió con obviedad. Tanta seguridad en un solo ser me provocaba mucho y no tenía idea de que eso fuese posible. Valentín era más del estilo desinteresado y orgulloso. En cambio, Félix era el chico seguro de sí mismo y con una confianza que traspasaba sus palabras.

—¿Salir quién con quién? —Valentín apareció con el celular en la mano. Félix rodó los ojos.

—Maddie y yo vamos a salir, ¿cierto? —Me preguntó. Valentín me miró confundido.

—No, ustedes no saldrán —soltó como si nada.

Félix soltó una carcajada.

—¿Y por qué? —quise saber, me crucé de brazos y esperé la respuesta de Valentín.

¿Celoso? ¿qué diría tu novia de esto?

Ese pensamiento me molestó. ¿Quién era él para impedir que yo y Félix saliésemos?

—Porque... porque nosotros trabajamos juntos —replicó.

—¿Y?

—Y que si esto termina mal se pondrá todo raro —agregó, señalándonos a Félix y a mí.

—¿Qué...? —Félix entrecerró los ojos. Yo sabía lo que realmente le sucedía a Valentín, eran celos. Pero eso no debía pasar. Por más que yo estuviese confundiéndome de la misma forma.

Valentín buscó mi mirada como pidiendo ayuda. Resoplé.

—Tranquilo, que somos amigos —murmuré, fingiendo seriedad. Félix me sonrió cálidamente y asintió—. No va a arruinar nuestro trabajo.

—Solo vamos a salir, no le estoy pidiendo matrimonio. —Félix soltó una carcajada y me envolvió con su brazo, estrechándome hacia él. Olía delicioso—. ¿Y cómo llegó Fai?

Valentín se rascó la nuca y evitó mi mirada.

—Bien…

—Igual te tienes que portar bien porque como que ya estás en la cuerda floja.

Valentín entornó los ojos. Al parecer, Félix también se había dado cuenta de la desfachatez de Valentín: celos, teniendo novia.

Qué obvio que eres, Valentín.

—¿Por qué no pudo venir? —pregunté, echándole más sal a la herida.

Valentín se aclaró la garganta.

—Tuvo que viajar a un evento. Pero llega mañana en la mañana. —Valentín se veía igual de incómodo como si tuviese una piedra en el zapato.

—¿Y aquí te quedaste la otra vez? Fai casi da vuelta el departamento enojada —murmuró Félix. Se miraron fijamente con Valentín, y me parecía una escena digna de película adolescente. Admito que estaba a unos cuantos sorbos de sentarme a observarlos. Me encantaba lo que sucedía. Los celos de Valentín y Félix enroscándole en la cara la existencia de Fabiana.

—Sí, aquí Santiago igual hizo una escena de celos, ¿verdad? —Valentín alzó una ceja en mi dirección.

¿Me estás jodiendo?

—Sí, pero es mi ex. Que él no lo entienda es otra cosa.

—Pero igual quieres volver con él, eso me dijiste hoy, ¿o no?

¿Qué intentas hacer, idiota?

—¿A ti te pareció ahora cuando le dije que se fuera que quería volver con él? —pregunté, enojada.

Félix carraspeó y Valentín arrugó la frente.

—¿Cómo va el libro? —preguntó Félix, tratando de liberar la tensión del momento.

—¡Muy bien! Deberías leerlo. Es muy entreteni…

—Sobre eso, necesito hablar algo sobre el libro —interrumpió Valentín con una seriedad sospechosa.

—¿Qué? ¿es sobre el video de mañana?

Valentín desvió la mirada a Félix.

—¿Me tengo que ir? —preguntó él confundido.

—¡No, claro que no! Puedes escuchar, es sobre trabajo, nada privado —respondí rápidamente.

La verdad es que no quería a Félix ningún centímetro lejos de mí. Esa noche me sentía bonita, sexy, y con ganas de pasarla bien. Sabía perfectamente que Félix tenía la misma idea en su mente: divertirse. Yo quería lo mismo, sobre todo olvidar el drama de mi alrededor. Que fuese amigo de Valentín era un punto desfavorable pero tampoco me iba a reprimir por eso. Tenía muchas ganas de besar a alguien. No podía hacerlo con Santiago porque sería cruel darle esperanzas, ni tampoco a Valentín por razones obvias.

¿Así que por qué no con el chico guapo que tengo frente a mí? Alerta de pérdida de control

Sentía el calor recorrer mi cuerpo. Es esa electricidad de saber que, al menos, besaría a ese chico esa noche. Félix me decía con la pura mirada que quería quedarse a solas conmigo y me sentía extasiada. Quizás ayudada por el alcohol o por las ganas insatisfechas de besar más a Valentín.

Tenía varias llamas encendidas a lo largo de mi cuerpo, en ciertos puntos que me tenían acalorada y un poco desesperada.

Si Edward me quiere morder, no me molestaría. Al menos por hoy, sería Bella.

—Es privado porque es sobre capítulos futuros y nadie debe saber. Eso da mala suerte —replicó Valentín con toda la seguridad del mundo. Lo quedé mirando de la misma forma como si

hubiese hablado en ruso. No sé si Félix se creyó esa estupidez, pero asintió con la cabeza.

—¿Les traigo algo para beber? —Félix meneó su vaso vacío frente a nosotros. A mí me quedaba la mitad aún, pero me lo bebí y asentí rápidamente—. ¿Y tú, Val?

—Una cerveza —pidió. Félix se alejó de nosotros y lo seguí con la mirada.

Giré mi cabeza y Valentín me observaba atentamente de brazos cruzados. Y me di cuenta de que mi sonrisa por poco daba vuelta mi cara. Carraspeé.

Me encantas Valentín, pero eres un idiota y yo no te voy a esperar.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Cómo que qué?

—¿Qué? No entiendo. —Y ante su mirada sospechosa, resoplé—. Estoy soltera, él también. Es guapo y quiero divertirme. ¿Algún problema?

Abrió la boca y luego la cerró de golpe.

—No, pero...

—Pero nada, Valentín —repliqué con una sonrisa fingida. Se refregó la cara con las manos.

—Es que no sé Mads, Félix es mi mejor amigo y lo conozco. No me gustaría que...

—Ay, Valentín. Estás exagerando, no sé qué te pasa. Lo he visto dos veces, y ya hablas como si fuésemos novios.

Apretó los labios y tragó saliva.

—¿Te gusta? —quiso saber, mirando de reojo a su amigo que abría una cerveza.

—Sí, me gusta —respondí, ¿qué clase de loca no le gustaría él?—. ¿Hay algún problema?

—Sí.

—¿Cuál?

—Que estás siendo cruel —dijo en voz bajita.

Solté una carcajada, pero él ni se inmutó.

—Ah, lo decías en serio —murmuré molesta.

—Mads, hoy mismo te dije que estaba confundido contigo y ahora quieres estar con mi amigo.

Me cogí el puente de la nariz.

—¿En serio me estás haciendo una escena de celos? —pregunté, entre dientes.

—No, quiero saber por qué lo haces.

—¿No te acuerdas?

Arrugó el entrecejo.

—¿De qué?

—¿De que tienes novia? —pregunté con seriedad—. Y a ver qué más... ¿y que estoy soltera?

—¿Y si te rompe el corazón? —preguntó, con una expresión de tristeza que me pareció genuina.

En ese momento, el único pensamiento que llegó a mi mente fue que si alguien me rompía el corazón, sería él.

—¿Qué te importa?

—¿A ti no te molestaría que de repente me ponga a mirar a Ari de otra forma?

—Valentín, yo... —Resoplé, ¿a quién quería engañar?—. Si me molestaría, pero no es el mismo caso, ¿no lo ves?

—No. Para mí es igual.

—Porque yo no tengo novio —gruñí, golpeándole ligeramente el pecho—. ¿Así que no te parece que estás metiéndote donde no debes? —Me quedó mirando como si se estuviese dando cuenta de lo que yo decía y me estuviese encontrando toda la razón.

—Tienes razón —murmuró y perdió la vista en sus zapatos—. Es demasiado egoísta lo que te estoy pidiendo.

—Sí, lo es. Además... —Le iba a decir que solo quería divertirme, pero justo Félix comenzó a acercarse y le sonreí. Cogí el vaso que me trajo. Valentín miró su celular y se alejó resoplando como si no quisiese contestar.

—Está molesto. —Félix lo siguió con la mirada y luego se giró hacia mí. Se acercó dejándome atrapada en la pared. Mi respiración de inmediato se volvió inconstante, estaba atrapada por su cuerpo y sus enormes ojos azules. Bajó su cara lentamente y me besó en la mejilla. Tomé aire lo más disimuladamente que pude—. No me importa que a él le moleste que nosotros nos conozcamos, ¿y a ti?

Ayuda.

Estaba enfadada, frustrada y con ganas de besar a alguien. Todo eso era una mala combinación para mi vida, pero excelente para esa noche, porque lo tenía a él frente a mí.

—No me importa. ¿De verdad crees que está enojado?

Que se vaya con su novia.

—Lo conozco, está molesto. No le gusta mezclar trabajo con amistades. —Resopló—. Probablemente cree que te romperé el corazón y que eso impedirá que escriban tan bonito. —Cogió mi barbilla y con su índice acarició mi cara—. Pero te encontré y aunque te parezca extraño todo esto, me gustaría decirte que no te he olvidado y he pensado más en ti de lo que debía.

Miré de reojo hacia la sala y vi a Valentín salir por la puerta principal. Se fue.

Alguien apagó las luces y recordé de inmediato esa noche en que con Valentín nos besamos. Trasladé ese recuerdo a la zona de pensamientos indebidos de mi cerebro. Félix bajó la mano y cogió la mía. Me guió hasta el balcón donde, para mi mala suerte, estaba Ari con Javier.

Ahora le contará esto a Santiago y probablemente aparezca de nuevo en la mañana.

Ari soltó una carcajada y entró con Javier de la mano. Él no dejó pasar el momento para lanzarme la mirada más asesina que pudo.

—¿En qué piensas? —preguntó Félix, apoyándose en el balcón junto a mí.

—En que me gusta que estés aquí y que la luna está muy bonita. A esta luna le voy a poner anochecer —murmuré, pensando que era acorde con Edward y Bella. No sé si Félix entendió, pero cuando desvié mi mirada hacia él, parecía hipnotizado conmigo.

—Me arrepentí la otra vez de no haberte preguntado tu nombre o tu número. Pero... —Se puso frente a mí, con las manos apoyadas en el balcón a mis costados. Quedé atrapada nuevamente por él. Tenía una expresión juguetona—, pero de lo que más me arrepentí fue de no haberte besado. No entiendo por qué no lo hice. —Sentí mis mejillas coloradas y bajé la cabeza, reprimiendo una sonrisa. Félix, con su mano, subió mi cara. Sus ojos celestes estaban intensos—. Y quiero hacerlo ahora —susurró.

¿Y qué tengo que perder? No estoy dispuesta a dejar pasar esto.

No me pude negar. Me lancé a sus labios suaves y él cogió los costados de mi cara. Poco habíamos hablado esa noche, pero daba lo mismo. Me dejé llevar por un beso lento. Más romántico y profundo de lo que hubiese esperado. Su sabor era delicioso, y sentí que todo ese beso había sido perfecto.

Quizás lo que sucedía nunca más se iba a repetir, y no me importaba. Me liberé en un beso. Era un beso libre de culpabilidad.

Hasta que nos separamos, y en ese mismo instante, Valentín apareció por el balcón. No se

había ido. Me quedó mirando sorprendido y me sentí extraña de inmediato. Se giró torpemente y chocó con alguien, haciendo que la botella que tenía en la mano se cayera.

Félix se giró y frunció el ceño al enfrentar su mirada con la de Valentín.

—¿Maddie? —preguntó Félix, buscando mi mirada.

—¿Qué?

—¿Estás así conmigo para olvidarlo a él? —quiso saber. Tragué saliva. Valentín comenzó a recoger los trozos de vidrio.

—¿Por qué dices eso?

Félix ladeó la cabeza y me dio una sonrisa pequeña. Se acercó y susurró en mi oído:

—Porque puedo ser lo que tú quieras, pero quiero saber en qué me estoy metiendo.

29. Te mentí

Valentín

Y así, todo había cambiado de nuevo. Mads y Félix se conocían y además se gustaban. Me parecía una broma, y también era absurdo el hecho de que esa misma mañana yo me había declarado —quitando lo torpe que fui al hacerlo—. Me sentí dolido, pero sabía que estaba mal; no podía decirle ni recriminarle nada. Mads me miró con enfado desde que entré a su departamento. La noté distinta, no solo por reencontrarse con Félix, sino que me dio esa sensación de que quería olvidarlo todo y, a la vez, se sentía triste.

Recogí los trozos de vidrio, sintiéndome perturbado y avergonzado. Casi se me olvidó cómo moverme cuando me di cuenta de que se habían besado. Me dolía y no lo podía negar. Félix comenzó a ayudarme.

—¿Todo bien?

—Sí, es que Fabiana me llamó llorando y me dejó un poco perturbado.

—¿Qué le pasó?

—Algo de que no había comido y estaba cansada. —Meneé la cabeza—. Nada grave. Ya tomó el avión de vuelta.

Félix arrugó la frente y me quedó mirando.

—Si no come va a desaparecer.

—Sí, me dijo que era porque a veces estaba todo el día con las fotos y grabaciones, pero ahora empezó a comer más y también las famosas barritas, así que debería recuperarse luego.

Mads llegó con una escoba y algo para recoger los vidrios. Nos apartó a los dos como si solo estuviésemos molestando y limpió todo ella.

—Oh, no —murmuró Félix, con la vista pegada a su celular. Miró a Mads haciendo una mueca de tristeza.

—¿Qué pasó?

—Me están llamando del hospital.

—Pero no podrías ir, has bebido —dije, señalando el vaso en su mano.

—Sí, ese es el problema. Me dijeron que había una posibilidad mínima de que me llamaran. Y lo olvidé.

Eso nunca le pasaba a Félix. Era el enfermero más responsable que podía tener ese hospital. Entorné los ojos, lo había hecho a propósito para no irse.

—Puedes hablar en mi habitación. Allí puede que no se escuche tanto la música. —Mads le señaló su puerta y Félix fue rápido a contestar. Lo seguí con la mirada y cuando volví mi vista al frente, Mads me observaba fijamente con las manos en las caderas.

—No empieces —gruñó.

—¿Con qué?

—Con caras. Sé que esto no te gusta, pero podrías ocultarlo un poquito.

—Te dejaré tranquila con Félix —dije, no muy convencido pero seguro de que eso era lo correcto. Mads rodó los ojos.

—Es que tú no tienes que dejarme tranquila, tú no tienes nada que hacer entre nosotros —siseó irritada. No tenía ningún interés en ocultar que estaba enojada conmigo. Di un respingo ante la intensidad de sus palabras y a la vez me impresionó lo hermosa que se veía así.

—¿Por qué estás enojada?

—Porque eres un indeciso y cobarde —bramó entre dientes.

—No soy cobarde por no escogerte a ti, Mads —gruñí dolido. Me arrepentí de eso porque no era lo que sentía realmente. Es decir, es verdad que hasta ese momento estaba con Fai, pero tampoco me encontraba seguro de esa decisión. Es solo que necesitaba tiempo para aclararme. Agitó las manos frente a mí.

—No digas nada más. Ya llevamos demasiado con el mismo tema, ¿acaso no nos cansamos? —Preguntó, de forma que no sabía si se estaba riendo o preguntándome en serio.

—Es verdad —musité—, ¿por qué?

—¿Por qué, qué?

—Que no podemos dejar ir el tema. —Mads se encogió de hombros. Nos quedamos unos segundos en silencio y de repente abrió la boca.

—Estoy un poco ebria.

—Lo sé.

—Y es por eso que te voy a preguntar algo hoy y mañana haré como que nunca lo hice —musitó, con la mirada perdida en la puerta cerrada de su habitación. Se mordió el interior del labio.

—No lo hagas —dije, meneando la cabeza. Tenía sospechas de lo que podía preguntar y me sentí estresado de un momento a otro.

—¿Te acuerdas que me gané una respuesta honesta a cualquier cosa que te pregunte? Cuando estábamos escogiendo la escena de Phoebe y Daniel —comenzó a decir, ignorando mi petición.

—Sí... —respondí apenas. Tragué saliva.

—Sé honesto. ¿De verdad terminarías con Fai? —quiso saber. Noté el temblor en sus labios y su pecho subía y bajaba con la misma intensidad que el mío.

—Yo... Mads... —Ella me había dicho que no se sentía confundida conmigo, ¿por qué luego me hacía esta pregunta? Además, en esa fiesta estaba con Félix. No sabía qué decir, no la entendía. Tampoco me entendía a mí, así que podríamos decir que en ese instante me sentía con la misma capacidad intelectual que una planta.

—Responde, Valentín —pidió, y comenzó a darle hipo.

—Es una posibilidad, pero no lo sé. Realmente no lo sé —repliqué, encogiéndome de hombros. Me apoyé en una pared cercana con las piernas cruzadas y me quedé mirando al resto de la gente. No podía mirarla a ella—. Realmente no lo sé. No me siento capaz de hacer sufrir a Fai.

—Quiero que la próxima vez que empieces a decir cosas que no corresponden porque te confundo, te acuerdes bien de este instante. Ahora mírame —pidió con calma, pero sentía la furia detrás de sus palabras. La miré y sentí que una bola de aire se instalaba en mi garganta—. ¿Está claro?

Asentí, pesaroso. Y así fue como me convencí de que era lo correcto. Era gracioso que últimamente me tenía que estar recordando a mí mismo qué era lo correcto o no. Esa vez, me iba

a hacer a un lado para que Mads y Félix intentaran algo o salieran o lo que sea que quisiesen hacer o no hacer. Yo era un idiota indeciso y no podía pedir nada.

—Me tienes paciencia, Mads. Gracias. No... —Me mordí el labio, en mi vida había sido tan honesto y abierto con mis sentimientos, pero con ella era distinto porque ella sabía mucho de lo que tenía en mi cerebro y conocía una parte de mí que nadie más conocía, esa que solo salía cuando escribíamos juntos—. No te quiero perder.

Exhaló aire, mirando el suelo.

—No es que te tengo paciencia. Es que te quiero —soltó, dejándome anonadado y confundido. Me cogió las manos de forma inesperada y me miró directamente a los ojos—. Estamos creando algo increíble. Sé que hemos hablado de esto muchas veces y parece que tenemos que estar recordándonoslo constantemente —agregó, seguido de una risita espontánea—. Pero tienes tu historia con tu novia, y nosotros debemos trabajar juntos. No lo vamos a arruinar por nada.

Tragué saliva. Eso era exactamente lo que sucedía: nada. Las confusiones no llevaban a nada concreto.

—No lo arruinaremos. —Vi a Félix aparecer por la puerta de su habitación—. Y deja de beber porque mañana tenemos que estar presentables para el video.

—Sí... —dijo, y dejó flotando la palabra unos instantes—, ¿después nos juntamos a escribir en un café? Necesitamos editar el capítulo y agregarle más cosas —murmuró un poco avergonzada. Desde el beso que habíamos agregado a la novela, la locura por los protagonistas había aumentado increíblemente y Ally quería más.

Sonrió de forma preciosa, y mi estómago hormigueando ante su presencia, en vez de producirme felicidad, me daba náuseas.

Estás muy bonita, Mads.

—Por fin tomaré un café decente —bromeé, quitando la vista de su cara. Me golpeó el brazo y dejó su mano allí. Exhaló.

—Te mentí —dijo de repente. Me giré hacia ella confundido.

—¿Qué dices?

—Que te mentí hoy en la tarde —confesó, un poco contrariada. Sentí que mis manos comenzaban a sudar y que mi pecho comenzaba a agitarse—. También me confundes —susurró y pareció que se sacó un peso de encima, peso que me cayó a mí—. Te mentí hoy cuando me preguntaste si solo eras tú. Eso, yo no quería quedarme con eso. Ya me dijiste que no sabías si no la dejarías, y está bien. Y yo no me meto con chicos con novias, esa no soy yo. No quiero ser yo. —Y me gusta Félix. —Félix estaba muy cerca de nosotros, aunque eso no lo oyó. Cambió el tema—. Asume que hago los cafés más ricos, dignos de una foto en tu Instagram.

Seguía impactado con las palabras de Mads, sentí que me había hecho una prueba en la que fallé. Ella esperaba que le dijera que sí dejaría a Fai, ¿para estar conmigo? ¿ya era tarde? Sacudí la cabeza.

Soy un desastre.

—¿Y cómo es que yo no he probado ninguno de esos cafés? —preguntó Félix.

Mads soltó una risita.

—Te prepararía uno ahora, pero no creo que sea una buena mezcla con vodka, ¿está todo bien?

Félix asintió, feliz.

—Todo bien. Mañana tengo que ir temprano al hospital. Más temprano de lo esperado. No me puedo quedar hasta muy tarde. —Dejó el vaso sobre el mueble—. Y no más alcohol para mí.

—Y para mí tampoco —murmuró Mads. Abrió los ojos, mirando su celular—. Woow, ¿has

visto todos los *me gusta* que tiene nuestra foto? Nos vemos guapos.

—Que no la vea Fabiana —bromeó Félix.

—Cómo si se fuera a poner celosa —replicó Mads, distraída.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Félix.

—Porque... no sé. ¿Es muy hermosa? —dijo riendo.

Resoplé.

—Dos cosas: primero, tú también eres hermosa y me molesta que insinúes que no; y segundo, ella sí está celosa de ti.

Abrió los ojos impactada. Félix pareció algo perturbado, apenas se me salió la palabra *hermosa*. Justo comenzó una nueva canción y él tomó de la mano a Mads. Comenzaron a bailar y a mí me llegó un mensaje de Fai. Casi como un recuerdo de que no debía pensar nada indebido.

Fai: Estoy lista, ¿dónde queda el departamento de Mads? Ya me siento mucho mejor.
Voy <3

Me dolió el estómago. En verdad ya quería salir de allí. Sobraba y no sabía qué pensar de toda esa conversación. Subí la cabeza, Mads y Félix reían por algo. Ella me miró de reojo y por un momento me sentí agradecido de Félix, de que apareciese así. Quizás él iba a ser finalmente la razón del por qué con Mads nada iba a pasar. Él parecía sacado de mis novelas, y si bien sabía que él no era un príncipe azul, era un buen chico. Y yo me tenía que ir con Fai. Después de todo ella era mi novia.

Resoplé.

Somos humanos y somos complejos. Me fastidiaba la idea de que ni yo mismo estaba seguro de lo que sentía, simplemente porque apareció alguien más. Me molestaba pensar que el amor que le tenía a Fai se sintiese como falso. No era así. Las cosas habían cambiado y estaba averiguando de qué forma. El problema era que no tenía tiempo para pensar.

Valentín: ¿Y si nos juntamos en mi departamento? Félix está aquí con Mads.

> Fai: ¿Quéééé? ¿y eso? Creo que me encanta la idea... jiji Podríamos salir los cuatro...

Esa idea me provocó una puntada en el cerebro.

Valentín: ¿Entonces...?

Solo quería que me dijera que sí, aunque quizás por la razón equivocada: necesitaba salir de allí.

> Fai: ¡Me encanta! En otra ocasión conoceré a Mads. Además, así pasamos las doce los dos solos (he estado rodeada de gente todo el día)

Valentín: ¿Me vas a cantar cumpleaños feliz?

> Fai: Puede ser :P

Me acerqué para despedirme de mis amigos. Seguían hablando de cafés.

—Vayamos a la cafetería donde trabaja, y te podrá hacer uno de sus cafés con brillos y dibujitos en el vaso.

—¿Brillos y dibujitos? —Félix alzó una ceja hacia Mads—, ¿Qué me dibujarías a mí?

Mads se mordió el labio inferior mientras pensaba, mirando al cielo.

—Unos colmillos —dijo emocionada. No sé qué significaba eso, pero Félix pareció entenderlo de inmediato por su expresión. Me molestó que de repente ellos, que apenas se conocían, hablaban en clave.

—Yo... debo irme —murmuré. Mads arrugó la frente.

—¿Por qué?

—Porque Fai llegó a Santiago.

—Pero... —Mads no sabía qué decir, tragó saliva antes de seguir hablando—, ¿por qué no le dices que venga?

—Maddie —murmuró Félix entre dientes—. Van a aprovechar que yo estoy aquí para ser ruidosos —agregó, entornando los ojos. Lo quedé mirando con las palabras atoradas en la boca —, ¿Por qué me miras así?

—No, es solo que... nada. —Esbocé una sonrisa fingida. Me dirigí a Mads, quien lucía un bello tinte rosado en sus mejillas—. ¿Nos vemos mañana temprano?

Se aclaró la garganta.

—Sí, mañana temprano. —Me abrazó y me habló al oído—. Te quiero mucho, Valentín. Estoy feliz con tener tu amistad, no quiero perderte —dijo inesperadamente.

Se separó antes de que pudiese responderle, aunque yo no sabía si eso era lo que yo prefería.

—¡No más alcohol! Tenemos que estar perfectos para esa grabación.

Asintió.

—Nada más.

Al salir del departamento, le escribí un mensaje a Mads.

Valentín: Yo también.

Caminé hacia el departamento pateando todas las piedras que encontré. Incluso me demoré más de lo normal. Estaba tratando de tragar que Félix y Mads, en ese mismo instante, estaban ligando y que yo no podía ni tenía el derecho a protestar. Emití un gruñido de desesperación.

¿Qué mierda me pasa? ¿la quiero? ¿acaso me tengo que devolver y decirle que sí me atrevo a dejar a Fai antes de que sea demasiado tarde? No, porque no estoy seguro. ¿O sí estoy seguro? ¿soy capaz?

Justo llegué a la entrada del edificio y de lejos vi a Fabiana cerrando la puerta de un coche, enojada. Sacó la pequeña maleta del asiento trasero y se dirigió ofuscada hacia el conductor. Era un auto deportivo, así que no era un taxi. Cuando se giró, se llevó las manos a la frente y se limpió una lágrima. Encontramos nuestras miradas.

En ese mismo instante, tuve ganas de girarme y correr de vuelta a la casa de Mads. Lo pensé seriamente durante los segundos en que se demoró Fai en llegar a donde yo estaba. Miré en la dirección por la que yo había llegado y luego deslicé mi mirada a Fai.

¿Y si después es muy tarde?

Menos de una hora atrás me había dicho que era un indeciso y cobarde. ¿Lo era?

Creo que... debo devolverme. Ella me quiere... yo la quiero...

Di un paso atrás.

De repente, una sensación de euforia me invadió. Una sensación de que lo que fuese que hiciese estaba mal y bien a la vez. Abrí la boca, y Fai puso una mano en mi pecho. No alcancé a

decir nada.

—Te necesito, Valentín —musitó, como si hubiese sabido lo que yo estaba a punto hacer.

30. No todo fue coincidencia

Maddie

—¿Estás bien? —Félix ladeó la cabeza y me escudriñó con sus hermosos ojos azules. Le sonreí, porque era un sacrilegio no hacerlo con un chico tan guapo como él. Ladeé mi cabeza hacia Valentín, que justo en ese instante salía por la puerta. Sentí que un pequeño peso me abandonó, y me sentía tranquila de haberle dicho que lo quería y que no tenía intenciones de perderlo.

Valentín me podía confundir, gustar y todo lo que quieran, pero yo no estaba dispuesta a perderlo por eso. No me importaba si nos conocíamos hace poco tiempo, pero para mí, él se había convertido en una de las personas más importantes de mi vida. Con él, yo era realmente... yo. Eso era nuevo para mí.

—Sí, es que estamos un poco nerviosos con esto del libro... —Sacudí la cabeza y exhalé—. Pero bueno... no importa. No te voy a aburrir con eso.

—Maddie —comenzó a decir, serio. Temí que me hubiese leído la mente—. Ven —pidió. De la mano me llevó nuevamente al balcón. El aire fresco después de estar bailando se sintió bien. Se afirmó en el balcón junto a mí—. Si quieres hablar de eso, no me molestaría estar toda la noche hablando de eso. —Se encogió de hombros y percibí un brillo en sus ojos.

—¿No te molestaría hablar toda la noche del libro que escribo con Valentín? —pregunté riendo, como si no le creyese.

—¡Por supuesto que no! ¿Cuántas personas existen? ¿cuáles eran las posibilidades de que nosotros nos fuéramos a encontrar dos veces? —Me tocó la mejilla brevemente con su dedo índice—. La verdad es que si me quieres hablar toda la noche sobre los tipos de piedras que existen en la tierra, te escucharía atentamente. Vamos, háblame de piedras.

Entrecerré los ojos bastante sorprendida de Félix. No tenía idea si solo trataba de ligar o estaba siendo sincero. Sus palabras eran felicidad para mi corazón.

—¿Y si quiero hablar sobre mi perrita y lo linda que es? —pregunté, entrecerrando los ojos.

Félix se encogió de hombros y me dio una sonrisa con la boca cerrada.

—Soy todo oídos. Me tengo que servir alcohol entonces... —bromeó, haciendo como que iba a entrar a la sala. Solté una carcajada. Se quedó con la mirada fija en mis ojos—. ¿Muy impertinente si te pregunto qué sucedió después de la fiesta en la que te fuiste como cenicienta? Tengo que ser honesto —comenzó a decir casi susurrando—, esperaría que me dijeras que no hay más Santiago.

Solté una carcajada.

—No hay más Santiago —afirmé, y me encogí de hombros—. Aunque... —dije, alargando la palabra—, el problema es que a él no le queda claro. Está celoso de Valentín, aparece aquí cuando quiere... me regaló un cuy. ¡Un cuy! que a propósito se lleva pésimo con Maya, mi

perrita, y no sé qué hacer. —Resoplé—. No más Santiago. Creo que es momento de seguir adelante.

—¿Crees?

—No, estoy segura. —Félix suspiró y elevó su mirada—. Me alegro, Maddie, no solo porque no me gusta él. Sino que tú me contaste que no eras feliz. Me gusta que no quieras volver a donde ya no eras feliz.

Me sorprendí de la verdad de sus palabras.

—Tienes razón, espero no hacerlo nunca. La vida es muy corta para eso, ¿no crees?

—Demasiado, además hay millones de personas en el mundo, ¿cómo es posible dejar que uno te rompa el corazón una y otra vez?

Solté una risita.

—¿Te han roto el corazón? —pregunté en voz bajita.

Me sonrió y se quedó mirando hacia la calle.

—Un poco, pero eso fue hace tiempo. —Carraspeó y se movió de forma que pareció incómodo con la pregunta—. Maddie, dime la verdad —pidió.

Sabía a qué se refería. Cuando luego de besarnos apareció Valentín y botó la botella, sé que mi cara expresó lo que sentía: culpabilidad por ser vistos.

—Somos parecidos —murmuré—. Eso ha confundido un poco las cosas. Además pasamos mucho tiempo juntos. —Ante la expresión de Félix, agité la mano—. No estamos juntos ni mucho menos. Él está bien con su novia. Pero es eso... a veces la línea de la amistad se difumina por lo bien que nos hemos complementado últimamente. Nuestro trabajo y el libro son más importantes.

Félix asintió lentamente con la cabeza.

—Yo ya te dije... puedo ser lo que tú quieres que sea. ¿Qué quieres que sea?

El efecto del alcohol se había evaporado hace rato, pero me sentía hipnotizada por él.

—Quiero conocerte más. Solo te he visto dos veces... y en fiestas. —Félix entornó los ojos y añadí algo que me pareció debía aclarar—. Aunque yo... no estoy... mmm... preparada para una relación o algo.

—¿Me estás diciendo que quieres salir conmigo... a una cita que no sea una fiesta? ¿y que quieres solo divertirte conmigo? —preguntó con expresión burlona y fingiendo estar ofendido. Chasqueé la lengua—. Me encanta lo directa que eres. Yo también quiero lo mismo, Maddie. Hay algo que te quiero pedir y espero que no sea... —Se rascó la nuca y bajó la mirada—, espero que no sea un impedimento para que esto suceda. —Nos señaló a ambos.

—¿Esto? —pregunté bromeando.

—Creo que estoy hablando demasiado... —Soltó una carcajada y luego quitó la vista de mí.

—¿Qué es lo que me quieres pedir? —Se aclaró la garganta y se acercó a mi oído para decirme algo como si fuese un secreto. Cinco palabras salieron de su boca, y cuando se separó... dejó la vista perdida al frente y sus palabras flotando a mí alrededor. Me quedé un poco estupefacta, sin saber exactamente qué sentía al respecto.

—¿Y bien? —dijo, luego de algunos segundos—. ¿Aún crees que es buena idea eso de... seguir conociéndonos? —Me miró haciendo un puchero y yo le sonreí.

—Está bien —respondí. Le cerré un ojo. Honestamente no sabía bien qué pensaba al respecto.

—¿No te pasa a veces que miras la luna y te sorprendes? —inquirió, cambiando el tema por completo—. Toda la vida ha estado allí, pero siempre que la miro es como que tomo consciencia de la inmensidad y la maravilla de lo que está sobre nosotros. —Ladeó la cabeza, buscando una

respuesta mía—. Generalmente trabajo de noche, y a veces salgo del hospital a tomar aire. La luna me relaja.

—A mí también. A veces... —Señalé el lugar donde estábamos—, si no puedo dormir salgo a mirarla y le saco fotos. Tengo muchas fotos de la luna... y le pongo nombres también —confesé casi en voz baja.

—¿De verdad? —Se rascó la barbilla y yo asentí con la cabeza un poco avergonzada—. Eso sí que no se me habría ocurrido. ¿Por eso le pusiste anochecer? —preguntó riendo—. Tiene sentido con Edward y Bella. —Me miró con el ceño fruncido—. Sé de esto por mi hermana... Me hizo ver todas las películas en su momento.

—Mmm, ¿o sea que no eres un fanático de Crepúsculo? —pregunté fingiendo estar sorprendida.

—Nooo, para nada —replicó, riendo—. ¿Me darías tu número? —Sacó su celular del bolsillo y me lo entregó.

Lo cogí sintiendo hilos de agitación recorriendo mi cuerpo. Estaba feliz en ese momento con un chico como él, y que quisiera mi número para salir conmigo. Parecía ilógico que entre Santiago y Valentín, de repente apareció Félix. Quizás había pensado en Valentín como un escape por lo de Santiago, y por eso me había dejado llevar tan fácil... pero con Félix, a pesar de apenas conocerlo, no podía dejar de pensar que era obra del destino que él y yo estuviésemos en mi departamento. Y lo más importante: él no tenía novia.

¿Me quería casar con él? No.

¿Quería tener una relación con él? No.

¿Quería pasarlo bien? Sí, por favor.

Anoté mi número y le devolví el celular con un remolino en el estómago. ¿Y si Félix era el chico con el que me iba a olvidar de Valentín? Estaba consciente de que no necesitaba a ningún hombre para nada, pero en ese momento de mi vida quería pasarlo bien. Besar chicos porque sí, y no había ningún problema con eso. Después de años en una relación, ¿por qué no?

—Supongo que me vas a escribir —dije tratando de poner una expresión seria.

—Obvio, ¿vas a aceptar una salida conmigo?

—Ya acepté una y ni siquiera sabía tu nombre ni quién eras. —Me rasqué la barbilla y fruncí el ceño—. Ahora que lo pienso bien, podrías haber sido un psicópata.

Soltó una carcajada.

—¡Hey! Tú también podrías haber sido una loca. Lo pasé bien ese día. —Apoyó los antebrazos en el balcón y se quedó mirando la calle—. No sé si te lo dije esa vez... pero gracias. Creo que sin ti, no habría entrado a ese cumpleaños, y con eso quizás, con lo exagerada que es mi hermana, podría haberla perdido. —Noté en su voz un tinte de tristeza que hizo que quisiera abrazarlo, aunque me contuve. Me apoyé de la misma forma que él, y nuestros brazos se rozaron.

—Tú también me ayudaste mucho esa noche.

—¿De verdad? A mí me parece que gracias a mí, tu corazón se rompió un poquito... —Exhaló —. Me he acordado mucho de tu cara cuando te dirigiste hacia el ascensor, y me he sentido culpable por eso. Si no me hubieses acomp... —Agité la cabeza y puse mi mano sobre su antebrazo. Se quedó en silencio.

—Félix, nada de lo que sucedió en ese lugar es por tu culpa —lo interrumpí—. Sí, es verdad que me sentí mal, pero gracias a lo que sucedió en ese cumpleaños, pude... pude dar el paso para cortar con Santiago. Debía hacerlo. Así que gracias.

Suspiró ampliamente.

—Yo le dije que tú lo habías visto —murmuró, con la vista pegada en sus manos.

—¿Cómo?

—Yo... me acerqué a él y le dije que tú lo habías visto. En verdad, me dio mucha rabia de que hiciese eso con todo lo que ya me habías contado. —Ladeó la cabeza y me quedó mirando—. Sentí que era lo mejor, pero creo que no debí meterme.

Le sonreí y me encogí de hombros. Si no hubiese cortado allí mismo con Santiago, no sé si lo habría hecho después.

—Fue perfecto —susurré—. ¿Y te quedaste en el cumpleaños de tu hermana?

—Sí, pero poco rato. Estaba Leslie allí —mi ex—, se embriagó y no se quería despegar de mí. Así que mi hermana entendió que debía irme. —Extendió una sonrisa de oreja a oreja—. Así que eso fue perfecto. Aunque...

—Aunque...

Que no me diga que extraña a la ex.

Me quedó mirando a los ojos y apretó los labios de forma que reprimía la sonrisa. Sus ojos celestes brillaban, analizando cada centímetro de los míos.

—Aunque eso no fue lo mejor de esa noche —dijo mordiéndose la punta de la lengua, a la vez que me sonreía. Se quedó esperando mi reacción. Mis mejillas se sonrojaron, y volví la vista al frente.

—¿Ah, sí? ¿qué fue lo mejor de esa noche? —pregunté, con el corazón queriendo saltar por el balcón y correr calle abajo. Porque ya demasiada agitación para un mismo día. Puso su mano sobre la mía.

—Voy a sonar muy cursi —dijo riéndose. Eso me pareció adorable. Tenía muchas ganas de cursilerías en mi vida. Carraspeó y se inclinó—: Tú.

Chico guapo. Muuuy guapo. Música sonando. Solos en el balcón. Luz apagada.

¿Es acaso la vida una prueba constante de mi capacidad para comportarme en momentos como este?

Apoyé mi cabeza en su brazo.

—¿De verdad crees que debíamos encontrarnos?

—Mi mamá es muy creyente de estas cosas... Siempre dijo que entre ella y mi padre hubo un lazo en el primer momento que se vieron. Mi papá recién llegaba de Dinamarca —comentó, y se rascó la barbilla como si estuviese recordando la historia. Allí me entendí por qué Félix lucía así, era su ascendencia danesa—. Él se acercó y le dijo en inglés que estaba perdido. Mi mamá no tenía idea del idioma, pero de todas formas pasaron la tarde juntos. El papá de mi mamá era muy estricto, y cuando lo vio con un chico, la subió al coche y no alcanzaron ni a despedirse.

—Me imagino que ahí sí sabían los nombres.

—Sí, pero nada más.

Sentí las piernas languidecer cuando él entrelazó sus dedos con los míos. Recibimos una ráfaga de aire tibio, y cerré los ojos. Sentí algo muy parecido a la tranquilidad, a pesar de la fiesta que sucedía a pasos de nosotros. Al menos en ese balcón éramos solo los dos.

—¿Y cómo se encontraron después?

—No fue tan rápido como nosotros... fue meses después. Mi mamá trabajaba en una heladería y él entró a comprar un helado. Y no se separaron más.

—Qué bonita historia —musité, pensando si era posible tener una historia así de romántica.

—¿Vamos a bailar? Ven —dijo, llevándome hacia la sala donde estaba el resto de gente. Ari, al verme, alzó las cejas, impactada del chico que me acompañaba esa noche.

En sus ojos vi que me decía que era mucho más guapo que Valentín. Lo era, ¿pero podíamos conectar realmente? Apenas lo conocía... y sabía... del día en que lo conocí, que le gustaba mucho andar con chicas. Félix sabía lo que era, pero no te lo refregaba en la cara. Podríamos decir que llevaba su belleza con humildad.

Soltó mi mano y se paró en medio de la sala y comenzó a moverse frente a mí.

Oh, ¿además baila bien?

Imité sus movimientos acercándome a él, mientras cantaba la canción. Puse una expresión cautivadora en modo de broma, y me pegué a su cuerpo a la vez que me rodeó con sus brazos, mientras ambos reíamos. Bailamos pegados y locamente. Cantamos las canciones que nos sabíamos con seriedad fingida o con escándalo; bromeamos y así, parecíamos que nos conocíamos desde hace mucho. Entre todo el escándalo que teníamos, de repente recordé el pastel.

Lo cogí de la mano y me acompañó a la cocina a buscarlo. Cuando encontré el encendedor, él ya tenía todas las velas puestas en el pastel.

—Gracias —susurré.

—De nada, Bella. ¿Te ayudo?

Félix prendió las luces cuando llegué a la sala para que me vieran llegar con el pastel. Así todos se pusieron en su lugar para cantarle a Ari, quien parecía que iba por su quinta copa. Javier la abrazó por la cintura, y noté que hacían una bonita pareja. Le hice una seña a Félix y apagó las luces.

Le cantamos a Ari cuando eran casi las tres de la madrugada, y el día de su cumpleaños ya había pasado. Todos tenían hambre, así que Félix me acompañó de vuelta a la cocina a cortar el pastel. Mientras yo lo iba partiendo, Félix le ofrecía a los invitados. Dejé los dos últimos trozos para nosotros dos.

—¿Queda más? —preguntó cuando llegó después de dejar los últimos que le había entregado. Apareció con Maya entre los brazos, y lo único que quería era sacarles una foto.

—Lo siento —murmuré.

—¿Por qué? —preguntó, sin entender. Dejé que avanzara más hacia mí. Le di un beso a Maya, y él la dejó a nuestros pies.

—Por esto. —Le manché la boca con un poco de crema—. Y por esto. —agregué dándole un beso corto, quedando yo con crema. Nos quedamos mirando, y él cogió un mechón de cabello y lo puso tras mi oreja. La música cambió a una más lenta, y su mano se deslizó desde el costado de mi cara hasta mi barbilla.

—¿Es muy loco si te digo que me gustas? —dijo con los labios manchados con crema. Se los lamió. Asentí con la cabeza, reprimiendo la risa.

—Un poquito.

—¿Y si te digo que me gustas desde que te vi en la habitación en esa fiesta?

—No te lo creería —dije riendo.

Apoyó sus manos en el mueble a mis costados, y quedé atrapada entre sus brazos.

—¿Y si te dijera que yo sabía que tú estabas allí en esa habitación? ¿y que entré buscándote a ti?

¿Qué?

Se acercó y me besó.

31. ¿Debería importarme?

Valentín

—Te necesito, Valentín —dijo ella con palabras que me impactaron profundamente. ¿Se notaba lo que estaba a punto de hacer? Aunque me dijo eso, en vez de responderle, miré por encima de mi hombro hacia el camino por el que yo venía.

¿Qué estoy haciendo?

Con mi novia enfrente y pensando en otra persona. Eso era injusto para Fai y para mí también. La observé, y por un instante, deseé no quererla. *Sería más fácil alejarla de mí. Pero no siempre todo sucede como uno quiere.*

Tragué saliva.

—¿Qué sucedió? Pensé que estaba todo bien. —dije con la vista en el coche que la había ido a dejar. Recién allí partió, Fai también se giró a ver—, ¿ese era Edgar?

—Estoy cansadísima. No nos gustaron tanto las fotos, las primeras eran mucho mejores. Discutí con el fotógrafo de las barritas, ¿cómo no las tenía guardadas en otra parte? Y también con Edgar. ¿Cómo no las pidió antes? —Hizo un gruñido de frustración.

—¿Y por eso me necesitas? Me asustaste. —No pude evitar fruncir el ceño.

Arrugó el entrecejo y chasqueó la lengua.

—Pues sí, estoy triste. ¡Malditas fotos! ¡Maldito Edgar! —exclamó fuerte—. Te necesito para que me hagas olvidar todo lo mal que me fue hoy. —Soltó un enorme suspiro, se notaba que había llorado—. ¡Ah!, a propósito, vi la foto que subieron de ustedes dos en Instagram. Está bonita, aunque Mads... no es su mejor ángulo la verdad, se ve aburrida. —Y como si se hubiese caído una cortina que nos separaba, me di cuenta de que no, no quería oír nada de eso. Que no me interesaba subir al departamento a oír sobre su día. ¿Qué significaba eso?

Está claro. Sí que estoy dispuesto a dejar a Fai. La amo, pero no de la forma en que debería. No quiero verla sufrir, sin embargo, no puedo seguir engañándome ni a mí ni a ella. No es justo.

Tuve todas las intenciones de intentarlo, de olvidar a Mads, y ya tenía que asumir que no lo había logrado. Pensarlo así tan firmemente y fríamente me hizo sentir mal, que mi pecho se apretara al igual que mi garganta. No soy insensible, seguía amando a Fai y el hecho de hacerle daño me dolía profundamente.

—¡Hey! —Fai agitaba su mano frente a mis ojos—. ¿Por qué te ves como si quisieras lanzarte a la calle? —preguntó, abrazándome. La envolví con los brazos, más que nada, sintiéndome mal por lo que estaba a punto de hacer.

—¿Cambiaste de perfume? —pregunté, tratando de alargar el asunto lo más posible.

—Sí, hace un par de semanas. No te habías dado cuenta. —Me hizo cariño en la parte trasera de la cabeza—, ¿pasa algo, Valentín?

—Fai, yo...

Tragó saliva.

—¿Tiene que ver con que Félix esté con Maddie? —quiso saber. Su voz sonó cargada de amargura.

—¿Por qué dices eso? —Iba a terminar con ella, pero tampoco le iba a decir que era por otra chica, ni yo tenía la intención de empezar algo con Mads de inmediato. No iba a ser así. Es más, ni siquiera sabía si Mads se encontraba dispuesta a algo. Era yo el que debía terminar porque no estaba siendo honesto con mis sentimientos.

Chasqueó la lengua y se miró los pies.

—Solo me parece extraño que te hayas querido venir tan temprano. Después de todo, ustedes trabajan juntos. —Subió la mirada y buscó en mí cualquier cambio de expresión que le dijera algo—. No me gusta todo esto que está pasando. Ahora fotos con ella.

Tú te sacas fotos con modelos, y Edgar te viene a dejar a estar horas de la noche en su coche, ¿acaso hasta esta hora se estuvieron sacando las fotos?

Carraspeé.

—Fai, quiero hablar contigo.

—Val, te tengo preparado un cumpleaños para mañana. Todo el día juntos. Ya sé qué prepararte de desayuno, y después...

Siguió hablando aceleradamente y sin parar para respirar, pero yo dejé de escuchar. Frente a mí estaba la que había sido mi compañera de vida durante años. No sabía cómo romperle el corazón, pero era inevitable. Lo veía en sus ojos: el miedo y la desesperación por lo que le iba a decir. Era obvio para ambos, pero ni yo me atrevía a hacerlo ni ella a aceptarlo.

Era un cobarde, y no era la primera vez que me daba cuenta de eso en los últimos días. Me froté la cara con las manos. Ella seguía hablando del día asombroso que tenía preparado para mí. Pero en mi mente solo había una persona: Mads. Y tenía que enfrentar lo que eso significaba.

A mí también me dolía.

—Mañana temprano tengo que ir a la editorial. —Terminé por decir. Fai bajó la mirada y se veía muy triste.

—Valentín si esto del libro te tiene preocupado o estresado, déjame ayudarte. ¿Subamos? Te puedo cocinar algo. Lo que tú quieras. Ya casi serán las doce —agregó en voz bajita, abrazándome—. ¿Está tu mente en esa fiesta? —inquirió. Parecía entender todo aunque no se atrevía a preguntarlo directamente.

—No...

Fai abrió la boca pero no dijo nada.

—¿Tú me amas? —preguntó, casi en un susurro.

—Te amo, Fai, mucho. Pero siento que estamos yendo por caminos distintos —confesé. Sentí un dolor profundo en mi pecho.

Asintió pesarosamente.

—A ti te gusta Maddie —gruñó—. ¡Qué idiota soy! Me lo advirtieron. —Los ojos se le empañaron por las lágrimas. Mi corazón se dividió entre decirle que no, que nada que ver, y decirle que sí.

—¿Te lo advirtieron? —pregunté, incrédulo.

—¡Su puto ex novio, Val! Santiago me contactó y me dijo que tú y Maddie tenían algo. No lo tomé en cuenta porque pensé que era un celoso, o más bien no quise, no quise creerle y ahora me entero de esto. —Subió la cabeza y se quedó mirando el cielo, mientras se mordía el labio—. No lo puedo creer.

Me cogí el puente de la nariz, además de ser idiota, era una mierda de persona. ¿Cuál era el fin de hacerle algo así a quien ni siquiera conocía?

—Por supuesto que él está celoso. Tú también lo estás, Fai. Yo...

—Sé honesto.

Honesto.

Honesto.

¿Dejo ir mi relación de años?

Miré nuevamente por sobre mi hombro y quizás era la cobardía, pero sentí que ya era tarde.

—¿Podemos hablarlo mañana?

—Arreglemos esto, Valentín. Reencontrémonos. Ya nos amamos y eso es suficiente como para mantenernos juntos. —Fai cogió mis manos con los dedos temblorosos, sus ojos brillaban por las lágrimas que amenazaban con salir y me miró fijamente a los ojos—. Soy yo. Tu novia de años. Nunca te he pedido esto, pero juégatela por nosotros. Quédate conmigo.

Bajó la cabeza y yo miré por sobre mi hombro una última vez. Quizás con Mads, a pesar del poco tiempo que llevábamos conociéndonos, las cosas ya estaban siendo demasiado tormentosas y difíciles.

—Creo que quiero estar solo. El libro me tiene muy ocupado, me desesperan los celos que tienes por Mads, y yo...

—¿Quieres terminar conmigo? —preguntó, llevándose la mano al pecho. Comenzó a dar pasos erráticos hacia atrás y su respiración empezó a agitarse—. No, no me hagas esto ahora, Val. Necesito tu apoyo. Necesito... —Se sentó en el suelo y se llevó la cabeza a las manos. Empezó a llorar desconsoladamente. Esa imagen me rompió el corazón.

Nada de esto está bien.

Me agaché junto a ella y puse mi mano en su rodilla. Ella sacó su celular.

—Solo quiero espacio. Vamos, Fai. Tranquilízate.

Ladeó la cabeza y me miró con la cara mojada por las lágrimas.

—Es que ella te gusta. Es bonita —musitó.

—Tú eres mucho más bonita —La conversación me tenía cansado, pero ya me encontraba aburrido y quería terminar con el drama. Mi cabeza estaba a punto de explotar, y no venía feliz desde la fiesta de Ariel. En ese instante, podría haber dicho cualquier cosa con tal de que Fai no siguiese llorando. Físicamente a mí me parecía que Fai era más bonita que Mads, y eso no era algo que me importase—. Mads y Félix hacen una buena pareja. Los dos están solos.

Quizás todo lo que ha pasado es una señal de que ellos dos deben estar juntos. No te encuentras con alguien así al azar porque sí.

—Es que no entiendo cómo una chica que se metió en tus cosas, de repente es tu compañera de trabajo y ahora escriben un libro juntos. Un puto libro de amor, Valentín. ¿Sabes cuántas personas me han preguntado si seguimos juntos?

Quería que dejara tranquila a Mads y se me ocurrió una pésima idea.

—Y eso te debería decir algo, yo no estaría con la chica que se metió en mis cosas. Si hace algo así, sin siquiera conocerme. Además, a mí me gustan las personas que tienen más claro qué quieren hacer con su vida. Mads ahora sigue este camino de escribir, pero fue porque literalmente le cayó mi libro en sus manos. —Dije todo eso y me sentí terrible, no lo pensaba. Sin embargo, ya era suficiente drama por una noche.

—Tienes razón. De novia debe ser esas psicópatas que te revisan todo.

Me encogí de hombros. Mads ni se acercaba a ser ese tipo de persona, y la verdad era que ella

me había salvado entrometiéndose. Yo más bien consideraba que Mads había llegado como un regalo a ayudarme, y nunca le iba a reprochar haber hecho eso. Tampoco tenía nada en contra de que recién parecía haber encontrado su camino. Mads era tan apasionada con nuestro libro que la admiraba. Admiraba todo el tiempo que estuvo sin escribir teniendo esa mente tan creativa.

Me encanta.

—Puede ser —dije, cogiéndola del brazo.

—Entonces no me vas a dejar por ella —preguntó, poniéndose de pie.

Arrugué el entrecejo.

—A mí me parece que está muy bien con Félix.

—Es que Valentín, apenas ella hizo lo que hizo, tú deberías haber rechazado su ayuda. No sé. —Chasqueó la lengua—. Es verdad que necesitabas ayuda en todo caso. Uffff, pero ella está loca. Aunque escriba bien, hizo algo que alguien con estabilidad mental no haría.

Solté una carcajada por las ocurrencias de Fai.

—Que graciosa eres a veces.

—Prométemelo —musitó.

—¿Qué?

—Que no terminarás conmigo. —Hizo un puchero y sus ojos se volvieron a llenar de lágrimas. Me sentí manipulado, pero también entendí que ese momento no era el indicado para una conversación así. Las palabras se me atoraron en la garganta, no quería hacerle más daño y no sabía cómo.

—No, no te puedo prometer eso —murmuré honestamente. Fai comenzó a llorar desconsoladamente, apenas se había puesto de pie y pensé que se iba a caer al piso de lo angustiada que se puso. Me asusté—. No lo haré. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan mal? —El mentón le tiritaba de la angustia y todo su cuerpo vibraba—. ¿Vamos a dormir? Estoy cansado.

Fai asintió; y como si algo, una fuerza inexplicable me tuviese amarrado a la casa de Mads, miré otra vez en su dirección.

En ese instante, probablemente Mads y Félix ya se habían puesto de acuerdo para verse de nuevo, y quizás ya se habían besado también. Por la forma en que se miraron, sabía que entre ellos las cosas no quedarían en solo una noche y ya. En esa ecuación yo sobraba porque me demoré mucho en tomar la decisión.

—Mañana será todo un día para ti —murmuró Fai, apretándose contra mi cuerpo. Abrí la puerta—. ¿Qué tienes que hacer en la editorial? Te podría acompañar si va a ser algo corto.

Meneé la cabeza.

—No tengo idea cuánto nos demoraremos. Tenemos que grabar un video con Mads. —Hizo una mueca apenas dije su nombre.

—¿Un video? ¿Ustedes dos? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Sí, para promocionar más la novela y que los lectores se encanten con ella.

—Claro, eso lo harán fácilmente —replicó. Decidí guardarme el tema del viaje.

Cada uno venía tan cansado del día que nos dormimos rápidamente. Desperté pasadas las cinco de la madrugada y no logré volver a dormir. Tuve una pesadilla con Fai diciéndome que se moría si la dejaba y con Mads diciéndome que la había perdido por ser cobarde.

Cogí mi computadora y me fui a escribir a la sala, no tenía idea de si Félix había llegado o no, pero deseaba que sí. Me puse los audífonos y la música a todo volumen. Pasaron quizás un par de horas cuando de repente me sobresalté al ver movimiento por el rabillo del ojo. Me costó

asociar a la chica que salía de la habitación de Félix, con Mads. Y no sé por cuánto tiempo nos quedamos mirando frente a frente.

Fue terrible porque sentí como si una parte del mundo en la que solo nosotros dos pertenecíamos se hubiese caído frente a mí. Mads resopló, tenía el plan de escabullirse en silencio y sin ser vista, pero le arruiné todo. Me saqué los audífonos y ella me observaba con las mejillas coloradas y una expresión de culpabilidad.

—Hola —murmuró, levantando la mano.

—Hola, ¿quieres una taza de té o café?

—No... yo... iré a prepararme para el video. Me quedé aquí porque...

Sacudí la cabeza.

—No tienes que darme explicaciones. ¿Está Félix? —pregunté más que nada para decir algo. Tenía un enorme nudo en la garganta.

—Está... está a punto de salir.

Apreté los labios y dirigí mi mirada a la puerta cerrada de su habitación. Mads resopló y se dejó caer junto a mí en el sofá.

—No pasó nada... —musitó.

Me puse de pie. No quería estar cerca de ella... no porque ella hubiese hecho algo malo, sino porque ese momento era un recordatorio de todo lo que no había hecho yo.

—¿Debería importarme? —No pude evitar que la voz saliera más amarga de lo esperado. Por supuesto que me importaba, y demasiado.

Seguía firme con mi decisión, el problema era que quizás sí era... demasiado tarde.

32. Soy una vampira

Maddie

—¿Y si te dijera que yo sabía que tú estabas allí en esa habitación? ¿y que entré buscándote a ti? —dijo Félix a escasos centímetros de mi boca. Iba a preguntarle a qué se refería, pero sus labios rozaron los míos y me derretí en ese mismo instante.

Me dejé llevar en cuanto sentí sus labios y llevé mis manos a los costados de su cara. No era el primer beso que nos dábamos, pero no quería más en ese momento que besarlo nuevamente.

Me besó lentamente y mis hormonas se revolucionaron. Ansiaba sus besos. Ahora no había problemas alrededor, y no había nada ni nadie en ese instante que pudiese arruinar lo que sucedía. Me entregué por completo a ese beso. Era delicioso. Su sabor estaba mezclado con crema, alcohol y deseo. No quería que se interrumpiera ese momento y me terminé apoyando en el mueble detrás de mí, sin despegar nuestras bocas. Félix era sexy y tierno a la vez; y no paraba de acariciar mi nuca con una mano, y agarrar mi cintura con la otra. Nos separamos para tomar aire, y me dio una sonrisa capaz de derretir a cualquier persona.

¿Quién se podría resistir a él?

Ni mi desastre en la cabeza ni el del corazón me importaron en ese momento. Últimamente parecía que me dejaba llevar por lo que sucediera, pero eso significaba más bien que estaba dejando que mi corazón fluyera. Félix apareció como ese chico casi destinado para que me acompañase esa noche, el que me iba a sacar esa confusión que sentía por Valentín.

Mi respiración se encontraba acelerada y mi cuerpo extasiado. Siendo sincera, lo habría llevado a mi habitación sin pensarlo; buscando más de esa dosis de libertad que él me daba. No sé por qué me sentía así con él.

Sacó un trozo de pastel con el dedo y se lo echó a la boca, sin dejar de mirarme, de una forma tan sexy que no pude aguantarme; cogí su cara entre mis manos nuevamente y lo atraje para seguir besándolo. Seguía lleno de crema y eso incluso le dio un toque salvaje. Como si de repente no pudiésemos hacer nada más que besarnos. No se puede ocultar una pasión sincera, y nosotros dos éramos dos chicos con ganas de más. Había fuego a nuestro alrededor. ¿Quién diría que un beso en la cocina podía provocar tanto?

Con un impulso rápido y de forma inesperada me subió al mueble de la cocina. ¿Qué importaba que hubiese gente bailando y bebiendo en la sala a tan solo metros de nosotros? La fiesta se alejó de nuestro mundo, aunque tengo que admitir que por un instante la imagen de Valentín abandonando el cumpleaños apareció en mi mente. Eso hizo que mi beso aumentara de intensidad, porque el enojo y el deseo prohibido invadieron mi cuerpo. Ya quería todo de Félix. Enterró sus dedos en mis piernas y desde allí mismo la corriente avanzó hasta mi entrepierna. Me gustaba, me encantaba Félix. ¿Cuánto me iba a durar eso? No importaba, porque allí en la cocina, a esa hora, él era todo lo que yo deseaba. Quizás una hora más tarde, iba a pensar en

Valentín. Podía notar por sus movimientos, sus dedos, caricias, labios y su lengua envolviendo la mía que él sentía las mismas ganas por mí. Se separó, quedando a tan solo milímetros de mi boca. Mis manos viajaron a su pecho para sentir su corazón acelerado. Félix exhaló lentamente, invadiendo mi aire con su olor tan delicioso. Se alejó un poco más, sin sacar sus dedos de mis muslos. De repente, lamió su labio inferior. Tenía una pequeña mancha roja en el borde de su boca.

Se llevó el dedo pulgar al labio, lo miró y luego me lo mostró a mí: tenía sangre.

Dios mío, lo mordí. ¿En qué me convertí? ¿en un vampiro?

—Parece que sí te convertiste en un vampiro después de todo —rio, limpiándose con la lengua la herida, como si hubiese leído mis pensamientos.

—Lo siento, me dejé llevar. —Tenía que controlar mi respiración y mi ser; así que cogí el plato de pastel y lo puse entre los dos—. ¿Cómo es que no fue coincidencia que tú hayas entrado en la habitación en esa fiesta?

Soltó una risita y ladeó la cabeza poniendo una expresión encantadora. Luego, arrugó la nariz como si no quisiese confesarme la verdad, así que entorné los ojos.

—Te voy a contar, pero no te rías —dijo finalmente.

—No me reiré. —Cerré mis labios con un gesto.

—Te vi cuando llegaste. Se notaba que venías enojada y me sorprendió que llegaras así a una fiesta. Y luego te vi cuando sacaste el pastel de Tomás. Intenté hablarte, pero literalmente pasaste por al lado mío como si yo no estuviese allí. —Hizo un mohín y llevé mi mano a su mejilla.

Dejé ir a un chico así porque estaba enojada por la basura de Santiago. ¿Cuántas otras oportunidades asombrosas me habré perdido solo por andar con la cabeza ocupada en cosas que no merecían ni un minuto de mi tiempo?

—¿Qué me ibas a decir?

—No te comas el pastel de Tomás. —Me reí—. Mentira, te quería saludar. Y luego de que pasaste por al lado mío ignorándome por completo, como un mueble más, te fuiste con Ariel hacia el piso de arriba.

Solté una carcajada.

—¿Ah, sí? —Alcé una ceja, y lo miré de forma sospechosa—, ¿y después subiste?

Se rascó la nuca.

—Estaba hablando con una chica, pero la verdad es que tenía la mirada pegada en la escalera, apenas la escuchaba.

—Y por eso te lanzaron el vaso encima. —Solté una carcajada; yo también había tenido que ver con que él llegase con su camiseta mojada a la habitación.

—Justo vi a Ariel bajar sola, y bueno, así es como llegué adonde estabas tú. Aunque es verdad que no te vi al principio, te iba a ir a buscar en cada habitación hasta encontrarte. Pero que hubiese quedado con la camiseta llena de alcohol fue una buena excusa para subir.

—¿Por qué? —pregunté, casi en un susurro. Félix me tenía derretida.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué necesitabas una excusa para subir?

Se apoyó con el codo en el mueble y descansó su cabeza en mi brazo.

—Porque me gustaste —respondió sin mirarme—. Soy cursi, ya lo sé. —Resopló y luego levantó la cabeza para darme un besito. No pensé que algún día me gustaría lo cursi.

Justo en ese mismo instante entró Ari, y al vernos levantó los brazos.

—No se acepta sexo en la cocina —dijo como si estuviese enojada, y se largó a reír.

Rodé los ojos.

—¿Y Javier? No estamos teniendo sexo en la cocina.

Le lancé un limón pequeño que atrapó en el aire.

—¡Ay! Javier está en la sala. Ya se fueron todos, y…

—¿Y…?

—Te quiero pedir algo. A los dos —murmuró, mirando a Félix. Por su expresión de maldad, ya sabía lo que iba a decir, y quería ahorcarla antes de que lo hiciera.

—No —repliqué. Félix dio un respingo ante lo decidida que fui sin que Ari me dijese la pregunta.

—¿Qué cosa? —quiso saber.

—¿Me dejas el departamento para mí sola? Por favorrrrr. —Juntó las manos en el centro de su pecho y me miró con sus ojos enormes.

Eso no tenía ningún sentido, a menos que estuviese pensando en correr desnuda por la casa con Javier. Ella quería nada más ni nada menos que me fuera con Félix. Aunque obviamente no lo pensó bien, ¿por qué a dónde me iba a meter?

Amiga, te recuerdo que vive con Valentín. Intenté decirle eso con la mirada, pero no me entendió.

—No. Y ya me iré a dormir…

—Maddie, es mi cumpleaños —dijo, más seria de lo esperado. Alcé una ceja y ella me imitó.

¿Así que juegas esa carta?

—¿Y adónde quieres que me meta? Ya tengo sueño, me voy a mi habitación y te juro que me voy a quedar dormida en cinco minutos.

Ariel meneó la cabeza. Me estaba lanzando al departamento de Félix... y Valentín.

—Es mi cumpleaños —repitió, como si lo hubiese olvidado. Y me puse incómoda.

—Ari...

—Mi departamento queda a unas cuadras de aquí, podríamos ir juntos. Yo tengo que trabajar en... —Félix miró su reloj—. En cuatro horas. De hecho, ya debería irme.

—¡Perfecto! —Ari me lanzó esa mirada de éxito que yo bien conocía. Ya habíamos hablado durante largas horas de la tarde sobre lo sucedido con Valentín, y en Félix vio una solución maravillosa al problema. Además, con todo el alcohol que había bebido, no la podía culpar por querer lanzarme a los brazos de alguien tan guapo como Félix.

Cuando Ari desapareció de la cocina, me quedé observándolo. Sí, muy ricos sus besos; pero ya era tarde, y estaba algo molesta con Ari. Me parecía una mala idea irme a dormir con Félix después de la conversación con Valentín. En fin, ya solo quería dormir. Él pareció comprender todo con mi mirada.

Sonrió y me abrazó.

—Vamos a dormir... solo a dormir —susurró en mi oído. Me estremecí con sus palabras, eran tan simples pero me sonaron románticas y consideradas. Quería eso en mi vida. Me quedé un poco más en sus brazos antes de decir algo.

—Solo a dormir. Además, tienes que descansar para trabajar.

—¿Debería importarme? —La pregunta de Valentín quedó suspendida en el aire. El departamento combinaba la cocina y la sala en un mismo espacio, así que lo observé mientras se acercaba a la cafetera.

No había ocurrido nada con Félix, pero no sé por qué sentí la necesidad de contárselo. *Tonta, Maddie*.

33. Conociendo a Fabiana

Maddie

—¿Me preparas uno? —pregunté, tratando de disimular el dolor que sus palabras me causaron. No debíamos permitirnos eso, ni enojo ni resentimiento. Ni nuestra relación profesional ni nuestra amistad podían tolerarlo. En el fondo, él tenía razón, ¿debería importarle?

No. No debería.

—¿Le agrego menta? —preguntó con un tono burlesco, intentando cambiar de tema.

—No, gracias —reí, tratando de volver a la normalidad. De repente, recordé que era su cumpleaños y me levanté de un salto—. ¡Espera!

Con una taza vacía en la mano, él se quedó observándome. Me apresuré y corrí hacia él, arrebatándole la taza.

—Es tu cumpleaños, permíteme prepararte el café más delicioso que hayas probado.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en su rostro mientras alzaba las manos en señal de rendición.

—No puedo negarme a la mejor barista que conozco —dijo en tono juguetón. Le hice una reverencia y le hice señas para que me diera espacio—. Iré a ducharme entonces.

—Ponte elegante para nuestra grabación.

Alzó las cejas y señaló su aspecto.

—Siempre estoy guapo. ¿Y tú? ¿vas a quedarte así? Parece que has salido de una larga noche de fiesta.

Sacudí la cabeza y saqué la lengua en tono de broma.

—Prepararé los cafés y luego me iré al apartamento. —Era consciente de que llevaba el maquillaje corrido y vestía ropa de fiesta—. Me arreglaré un poco y, ¿nos encontramos allí?

—Te recogeré —murmuró, dirigiéndose al baño sin esperar mi respuesta.

Comencé a preparar dos cafés helados. De repente, Félix apareció corriendo desde su habitación.

—Se me hizo tarde —anunció, dándome un breve beso en los labios antes de salir por la puerta. Volvió corriendo un momento después y asomó la cabeza—. Te ves muy bonita. Te llamaré.

—Tú también te ves muy bien —respondí. Mis ojos captaron la herida en su labio.

Parece que oficialmente soy un vampiro.

Él pareció darse cuenta de lo que cruzó por mi mente.

—Soy una víctima. —Me lanzó un beso y salió corriendo.

Me siento orgullosa de que él haya sido mi primera víctima.

Terminé de preparar los cafés y justo cuando alcé la mirada vi a una chica con un pijama diminuto apoyada en el marco de la puerta: Fabiana.

Ay, siempre termino metiéndome en problemas. Que alguien me ayude.

Era aún más hermosa en persona que en las fotos, incluso sin una gota de maquillaje y sin peinar. Parecía que había estado observándome durante un rato. Mi estómago se revolvió y me sentí mareada; no esperaba encontrarme con ella de esa manera.

Y yo besé a su novio.

—¿Quién eres tú? —preguntó con cierto amargor en su voz. En parte, tenía razón; había una chica desconocida con ropa de fiesta en la cocina de su novio. Me acerqué a ella con una de las tazas en la mano y se la ofrecí.

—Soy Maddie. Y tú debes ser Fabiana. Un placer conocerte.

Ella aceptó la taza a regañadientes, pero enseguida su expresión cambió y esbozó una sonrisa. Al aparecer por la mañana después de haber dormido con Félix, todas sus dudas, si las tenía, se desvanecieron.

—¡Muchas gracias, Maddie! —Me abrazó como si fuéramos amigas cercanas—. Estaba deseando conocerte. No pude ir a la fiesta de tu amiga anoche, tuve otros compromisos —añadió con un puchero—. Pero sabía que te vería hoy —dijo en voz baja—. ¿Vas a venir esta noche, verdad?

—Sí, por supuesto. —respondí con su misma sonrisa encantadora. Debía irme.

—¿Pasaste la noche con Félix? —preguntó casualmente, tomando un sorbo de su café—. ¡Vaya! Está delicioso. Valentín me dijo que eres experta en preparar cafés. ¿Podrías enseñarme a preparar café? Puedo intercambiar tus conocimientos por... mmm... ¡muchas barritas de cereales! —añadió riendo y hasta dio un pequeño salto de emoción.

—¡Claro! Yo feliz con barritas de cereal.

—Puedes llamarme Fabi, ¿Valentín habla mucho de mí? —preguntó. ¿Por qué me hacía esa pregunta?

—Todo el tiempo.

Emitió un suspiro extenso, parecía completamente enamorada de él. Imaginé que en cualquier momento una nube rosa aparecería de la nada y la llevaría volando.

Valentín nunca la dejaría.

—Mínimo. La semana pasada ni siquiera se despegó, así que esperaría que también hable mucho de mí —rio. Y como si no fuese suficiente, agregó—: Entre que nos vemos menos debido a mis compromisos y porque él pasa mucho tiempo contigo, cuando estamos juntos es como si no pudiéramos separarnos.

Tierra, ábrete y trágame a mí o a ella. Por favor.

—¿Yo qué? —Valentín apareció con el cabello húmedo y una camiseta de color rosa oscuro, casi a juego con sus labios. Fabiana se acercó y le dio un beso corto.

—Nada, estoy contenta de finalmente conocer a Mads. Y además... —dijo, moviendo las cejas —. Se quedó con Félix.

Carraspeé y fui por la otra taza de café. Se la pasé a Valentín, quien parecía querer esconderse debajo del sofá. Su veía molesto y eso me inquietó. Era hora de irme. Y rápido.

—¡Feliz cumpleaños! Mi mejor café para ti. —Incliné la cabeza y le sonreí—. Debo irme, nos vemos en un…

—Está muy bueno, Val. —Fabiana sacó su teléfono—. Quiero tomarles una foto juntos. La subiré a mi Instagram y pondré que Val está de cumpleaños. —Tomó la foto sin preguntar.

Vale la pena recordar que me encontraba en un estado desastroso después de la fiesta. Y recién levantada. Evidentemente, quería que todos nos vieran como amigos y hecha un desastre. No la culpaba.

Era obvio que se había dado cuenta de cuánto nuestros seguidores querían que Valentín y yo estuviéramos juntos. De la noche a la mañana, nos convertimos en una pareja deseada. Y no eran pocos los que lo pedían, como si fuera tan sencillo.

—Debo haber salido fatal…

—Estás preciosa, y además tu maquillaje de anoche sigue intacto —me interrumpió Fabiana.

Valentín me miró y yo hice una mueca de disgusto.

—Me tengo que ir. Necesito ducharme y cambiarme para ir a la editorial…

—¡Espera! —Fai dio otro saltito—, ¿puedes tomar una foto de nosotros?

¡Por favor, déjame ir!

Asentí y tomé su celular.

—No, Fai, no tengo ganas de fotos. Mejor después —Valentín parecía agobiado.

Fabiana cruzó los brazos.

—Está bien. —Le devolví el teléfono y lo miró con ceño fruncido—. Ufff Valentín, como esta semana no me soltaste, ahora tengo un montón de trabajo acumulado. Aprovecharé mientras ustedes hacen su video para avanzar en eso.

¿Lo hace a propósito o qué?

Valentín no se atrevió a mirarme.

Me despedí apresuradamente y salí en el ascensor. ¿Cuándo dejaría de afectarme cualquier cosa relacionada con él y su novia? La había pasado genial con Félix y quería seguir viéndolo. Sin embargo, es lo que no tenemos lo que nos atrae más. Y eso me enfadaba.

Estaba enojada conmigo misma. Me fui refunfuñando en el ascensor, con los brazos cruzados. Pero cuando llegué abajo, ya había decidido que ese día sería estupendo, sin importar lo que sucediera. Las puertas del ascensor se abrieron y di un paso adelante antes de quedarme inmovilizada. Valentín estaba allí, con la respiración agitada. Había bajado corriendo por las escaleras para alcanzarme.

34. Escribir de amor

Valentín

Apenas se abrieron las puertas del ascensor, ya lo había decidido. Bueno, en realidad había tomado esa decisión la noche anterior y todo había resultado en un torpe intento de poner fin a mi relación con Fai. Sin embargo, no solo no había cambiado de opinión, sino que mi determinación era más intensa que nunca.

La desesperación que sentí al ver a Mads salir de la habitación de Félix era más de lo que podía soportar. Ella, y yo... eso es lo que quería. Al mirarla, de repente me di cuenta de que desde que la conocí en el café, sabía que iba a trastornar mi vida.

¿Estoy seguro?

Me miró sorprendida y luego pareció leer mis pensamientos. Suspiró mientras me observaba y encogió los hombros con esa expresión de: *¿qué vamos a hacer?*

Sí, estoy seguro. ¿Cómo fui tan tonto y dejé que las cosas llegaran a este punto?

Con Fai, pasábamos cada vez menos tiempo juntos, nuestros intereses ya no eran tan compatibles. Nos habíamos alejado hace tiempo. La amaba, pero no estaba enamorado de ella.

¿Cuánto me costó darme cuenta de que todo el amor que sentía no tenía nada que ver con el amor romántico? En realidad, la quería cuidar como a una niña pequeña, preocupándome por su bienestar y emocionándome por sus logros. Pero no, no la quería a mi lado. Quería a la chica que estaba frente a mí.

Mads llegó como una tormenta y, si hubiera mantenido mi firmeza, no me habría dejado llevar. Pero ella llegó y revolvió mi mundo. Quizás lo había evitado por miedo. La comodidad me proporcionaba estabilidad, pero Mads me había dado vida. Ella era vida. Mi corazón latía más rápido de lo que pensaba que era normal.

¿Era demasiado tarde? ¿cómo le explicaría a Félix lo que sentía?

No sabía qué había pasado la noche anterior, pero no hacía falta ser un genio para darme cuenta de que entre ellos había algo más. Sentían atracción mutua, eso estaba claro. Conocía a ambos y podía pensar que formarían una bonita pareja, y no estaba seguro de poder lidiar con eso. Ni mucho menos sabía cómo iba a interponerme en medio.

Soy un tonto. ¿Habré perdido mi oportunidad por no ser lo suficientemente valiente?

Mads resopló y pasó a mi lado. Comenzó a caminar hacia la entrada del edificio. Sostuve la puerta para ella.

—Gracias —murmuró, sin atreverse a mirarme.

—Mads... —Extendí la mano, mis dedos rozaron los suyos antes de que los retirara.

—Estoy retrasada, tenemos que ir a la editorial y necesito ducharme. —Forzó una sonrisa. Parecía estresada y poco dispuesta a escucharme. Probablemente, por todo lo que había hablado Fai—. Soy un desastre.

Te ves increíble.

—¿Llegué tarde? —pregunté con voz suave. Deseaba abrazarla. Detuvo todos sus movimientos y me miró fijamente a los ojos. Tenía tantas cosas que decir, pero no sabía por dónde empezar, y de repente, me asaltó la duda de si debía hablar primero con Fai.

Creo que es lo obvio.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a terminar con ella —dije después de unos segundos. Me oí tan seguro que hasta me sorprendí. Sentí como si veinte kilos de peso se me hubieran quitado de encima. Mads frunció el ceño. Me la imaginé diciéndome: *¿qué pasó con todo lo que hablamos anoche?*

—¿Dices esto solo porque te pusiste celoso de Félix? ¿tenías que verme con otro chico para tomar una decisión así? —Miró hacia la calle, respirando pausadamente. Se rascó la frente con el dedo índice antes de volver a posar su mirada en mí—. No te creo.

—Sí, me puse celoso —admití. Ya no tenía motivos para ocultar más mis sentimientos—. No puedo dejar de pensar en ti, Mads. Soy un idiota, lo sé. ¿Quieres que lo admita? Lo haré. Puedo gritarlo en medio de la calle si lo prefieres. Intenté no sentir esto, pero lo siento. —Di un paso hacia adelante—. Siento que si no hago esto ahora, entonces no estoy luchando por esto. Félix es mi amigo e independientemente de lo que haya pasado entre ustedes, creo que este es el momento para frenarlo.

Inclinó la cabeza como si no hubiera entendido mis palabras.

—¿Frenar qué?

—Lo de ustedes.

Soltó una carcajada irónica y echó una mirada fugaz hacia arriba, como si estuviera observando mi departamento. En su mente, lo único que existía era Fai.

—No, no puedes frenar nada. No tienes ese poder.

—Quiero que estés conmigo. Quiero que estemos juntos —dije en voz baja, pero sin apartar la mirada de ella. Incluso yo me sorprendí por mis propias palabras. Desde que había admitido lo que sentía por Mads, la intensidad de esos sentimientos crecía con cada segundo. Era como si hubiera abierto una puerta que ahora era imposible cerrar.

Y mi novia está arriba. ¿En qué lío te has metido, Valentín?

Arrugó el ceño.

—Lo dice alguien que tiene a su novia esperándolo en el departamento, justo encima de nuestras cabezas. —Meneó la cabeza y resopló—. Yo no quiero esto. Además, sé que estás haciendo esto porque te pusiste celoso por Félix. ¿Realmente te molesta que esté con él? ¿o es que nunca una chica te había dicho que no? —preguntó, visiblemente molesta.

—Mads, ya te dije lo que siento…

—Sí, lo sé. Y al día siguiente conocí a tu novia en tu departamento. —Levantó la mano para que no respondiera y tomó una profunda inspiración—. Me voy. No sigas. Somos amigos —dijo, dando por terminada la conversación.

—Quiero que seas feliz. Si es con Félix, entonces lo aceptaré. Pero yo quiero... —Tenía tantas ideas en la cabeza que me dificultaba pensar con claridad. Así que lo único que pude hacer fue abrazarla—. Quédate conmigo —pedí. De repente, me sentí abrumado, sin control sobre mis emociones, acciones ni nada. Vulnerable.

Era por ella, ella era un amor posible pero al mismo tiempo imposible. Le estaba pidiendo a mi amiga y compañera de trabajo que me escogiera a mí por encima de mi mejor amigo, mientras mi novia me esperaba en el departamento. Parecía una especie de broma.

—Valentín, yo... yo me quedaría contigo siempre —confesó en voz baja, apenas audible. Se alejó unos pasos de mí—. Pero no de esta manera y te pido que no vuelvas a hablar de esto. Me duele que quieras que sea la otra.

Arrugué el entrecejo.

—Yo no quiero eso, Mads. Voy a terminar con ella.

Meneó la cabeza.

—¿Ya no estás enamorado de ella?

Negué ligeramente con la cabeza. *Estoy enamorado de ti.*

—No lo estoy. —Me rasqué la frente. Necesitaba hablar con Fai—. Voy a hablar con ella ahora.

—Entonces hazlo. —Se giró y comenzó a caminar rápidamente. Corrí tras ella y le corté el paso—. ¿Qué?

—No me crees —musité. Me sentí herido aunque tenía razón en no creerme.

—No te creo porque me has repetido todos los días que no dejarás a Fai. Me ves con tu amigo y de repente quieres terminar con ella. Me lo vienes a decir mientras ella sigue arriba esperando por ti. No quiero ser esa chica, ¿no lo entiendes? En este momento, de nuevo, me estás forzando a ser la otra. No quiero esto para mí.

Bajé la cabeza y miré la hora. No tenía tiempo para hablar con Fai porque tenía que prepararme para grabar el video.

—Cuando regrese de la editorial, lo haré. Perdóname por ponerte en esta situación y por no haberlo dicho antes. Por no haberme decidido. No quiero que sea demasiado tarde —dije, con la respiración agitada. Una brisa cálida sopló entre nosotros, estiré mi mano y acaricié su brazo desnudo.

Ni siquiera la estaba besando, pero sentía todo. Ella no se apartó y humedeció sus labios. ¿Podría haber evitado sentir eso por Mads? Quizás. La agitación y emoción que sentía, de pie frente a ella y apenas rozando su piel, era completamente diferente de la frustración y el estrés de tener que hablar con Fai.

Mads apretó los labios.

—Tengo que ir a cambiarme. ¿Me recoges? —Rozó mi pecho con delicadeza—. Nos vemos —dijo, con una expresión que parecía reflejar una tormenta de pensamientos.

—¡Valentín! —Fai apareció corriendo detrás de mí. Me volteé.

—¿Qué sucede?

—Necesito... necesito hablar contigo. —Me agarró del brazo y le lanzó una mirada a Mads.

—Nos vemos más tarde. Adiós. —Mads se giró y siguió caminando. Una vez que se alejó, Fai resopló.

—¿Por qué me dejas sola para estar con ella? Yo...

—¿Subamos? Necesito tomarme ese café y hablar contigo —dije sin pensar. Sí, tenía que hablar con ella, pero no había tiempo suficiente ya que debía ir a la editorial. Noté que tenía una expresión de horror. Cuando Mads ya estaba lo suficientemente lejos, Fai ocultó su rostro entre las manos. Pensé que se había dado cuenta de todo—. ¿Qué sucede?

Meneó la cabeza.

—Me tengo que ir a la clínica, mi mamá tuvo un accidente. No sé qué le sucedió —murmuró temblando. La sostuve por los hombros ya que no dejaba de moverse de un lado a otro. Parecía desorientada, sin saber hacia dónde dirigirse.

—¿Qué? ¿quién te avisó?

—Me llamó Catalina —dijo apenas. Tragó saliva y negó con la cabeza—. No es nada terrible. Me dijo... me dijo que no era grave.

La sujeté del brazo porque tenía la sensación de que iba a desmayarse en el lugar.

—Quédate aquí. —La guié y la hice sentarse en el borde de la acera—. Voy a buscar las llaves del coche.

—Pero —sollozó—, Val, es tu cumpleaños —dijo con profunda tristeza.

—Espera, vuelvo enseguida. Voy por el coche.

Llegamos a la clínica en treinta minutos debido al tráfico, y Fai pasó todo el trayecto llorando. Intenté llamar a Cata pero no respondió, así que empecé a llamar a la clínica, y tampoco respondieron. Yo también estaba preocupado por su mamá, la conocía y le tenía cariño.

Apenas llegamos, Fai corrió a abrazar a su hermana, quien tenía los ojos tan hinchados como ella. Estaba sola.

—¿Cómo está mi mamá?

Cata se secó las lágrimas con las manos y señaló hacia el mostrador de la planta.

—Está bien, pero aún no ha despertado. Un taxi la atropelló. Es... —Cata apenas podía hablar. Se dejó caer en un asiento y quedó mirando sus manos manchadas de sangre—. Pero no es grave, se rompió un fémur y un hueso del brazo, ¿el radio? —Resopló—. Dicen que no es nada más. Es solo que vi todo. Le dije que no cruzara, lo hizo de todos modos y había sangre. Pensé que estaba muerta. —Llevó la mano al pecho y comenzó a hiperventilar—. Había tanta sangre.

—¿Necesitas algo? Hablaré con la enfermera para ver si te pueden dar algo para relajarte. Voy a pedir algo para que puedas limpiarte también.

Fai se dejó caer junto a ella y comenzó a llorar inconsolablemente por la angustia. Minutos después, apareció el médico y nos informó que solo debíamos esperar a que despertara y que no corría riesgo vital. Cuando las dos parecían estar más tranquilas después de hacer todas las preguntas al médico, decidí ir a comprarles algo para comer. Y por todo el ajetreo, olvidé por completo el video. Miré el reloj. Había dejado plantada a Mads.

Y así es como volví a arruinarlo todo. Justo en ese momento, me llamó Ally. Contesté de inmediato.

—Ally.

—¿Dónde estás? Maddy está aquí. Te he llamado veinte veces.

—Ally, perdón. Estoy en la clínica. La…

—¿Qué? ¿sucedió algo?

—La mamá de Fai tuvo un accidente. Lo siento, vine rápido y llegué hace poco. Debería haber avisado, pero…

Ally exhaló con fuerza.

—Es completamente comprensible. ¿Cómo está tu suegra?

—Tiene algunas fracturas, pero no es nada grave —respondí—. Pensamos que era peor…

—Menos mal. —Ally chasqueó la lengua—. Por cierto, feliz cumpleaños, Valentín. Disculpa por reprenderte antes de desearte feliz cumpleaños.

—Gracias. Llamaré a Mads y le explicaré.

—Sí, eso sería bueno porque parece molesta —murmuró en voz baja—. De todas formas, vamos a grabar un video con ella. Los lectores hicieron muchas preguntas dirigidas solo a ella, así que... va a ser genial.

Marqué el número de Mads.

—Escuché que algo le pasó a la mamá de Fabiana, ¿está todo bien? —preguntó preocupada.

Apoyé la cabeza en la ventana del hospital. Estaba frío y había sudado por todo el trajín.

—Está bien —respondí. Como siempre, no sabía qué más decir. La había decepcionado una vez más—. Lo siento.

Permanecimos en silencio durante unos segundos y Mads dejó escapar un largo suspiro.

—Lo lamento, espero que salga pronto de allí.

Me deslicé por la fría pared y me senté en el suelo. ¿Qué me estaba pasando? Llevé las manos al puente de mi nariz.

—Perdóname por no ir a buscarte —dije, con la voz apenas—. En lugar de llegar tarde, esta vez ni siquiera llegué.

Mads se rio.

—Esto no era lo que debía suceder.

—¿Qué?

—Nosotros no debíamos ser así. —Tragó saliva y su respiración se volvió agitada. Mis ojos ardían y no podía creer que estuviera a punto de llorar—. No puedes dejarla a ella, especialmente cuando está tan angustiada por su mamá.

Lo sé. Y no puedo retenerte. ¿Cómo terminaré con Fai si su mamá está en el hospital? No puedo.

—Esto es una mierda —resoplé. Puse mi cara sobre mis rodillas—. Anoche decidí que iba a terminar con ella.

Lo único que oía era la respiración pausada de Mads a través del teléfono.

—A veces las personas no se conocen en el momento correcto.

—¿Y cuándo será nuestro momento? ¿voy a perderte por Félix?

—Valentín, me haces parecer como si saltara de chico en chico. Lo que siento por ti no se compara con lo que siento por Félix. Pero…

—¿Pero…?

—No quiero verte más como una opción. Y sé que con él estaré bien. No sé, lo presiento.

—No sé por qué no me puedes esperar.

—Porque no quiero quedarme esperando para siempre. Yo... debo irme. Hablamos más tarde.

Permanecí sentado allí, no sé cuánto tiempo. Más de lo debido.

Valentín: Sí, soy una opción. Soy todas las opciones. Es el momento correcto porque de otra forma no nos habríamos conocido. Quiero retroceder. Volver a la cafetería y pedir un café hecho por ti. Te diría que te ves increíble... y que gracias por acelerar mi mundo. Te diría que contigo soy realmente yo. Y que nadie me conoce tan vulnerable como tú.

Abrí la puerta del departamento. Mads y Félix dormían en la alfombra, aprovechando los últimos rayos de sol que caían sobre ellos. Si no me hubiese gustado tanto ella, hasta les habría sacado una foto. Por un momento, consideré simplemente dejarlos. Pero eso se desvaneció rápidamente. Venía agotado y había estado escribiendo durante toda la tarde. Dejé la mochila en la entrada del departamento, la botella de vino sonó cuando chocó contra el suelo. Me acerqué a Mads y puse una mano en su hombro.

—Mads... Mads. —Abrió un ojo y me sonrió—. ¿Vamos? Quiero mostrarte algo. —Miró a Félix y se puso de pie.

—¿Cómo estás? ¿cómo está Fabiana?

—Bien, operaron a la mamá, despertó y está fuera de peligro. Solo necesita descansar.

—Qué bueno. —Su mirada se deslizó hacia el pastel picoteado sobre el mostrador. Fruncí el ceño—. Fue Félix.

—No me importa, ¿me acompañas? —susurré.

—¿A dónde?

—A la azotea del edificio. Hoy estuve escribiendo. —Me siguió, cogí la mochila y salimos del departamento.

—Te ves cansado.

—Lo estoy, pero es mi cumpleaños. Y tenemos que enviar un capítulo mañana temprano. Lo escribí esta tarde, ¿te gustaría que lo revisáramos?

—Por supuesto —respondió—. Llegamos a la azotea y no pude evitar sonreír al ver su expresión. La ciudad se veía increíble desde el piso treinta. Apreté los labios y pateé una botella que estaba en el suelo.

—¿Estás molesto?

—Estoy celoso —confesé. Ella intentó reprimir una sonrisa.

—No deberías haberme encontrado durmiendo así, pensé que no ibas a llegar. Félix me fue a buscar…

—Está bien —respondí, interrumpiéndola—. No tienes que darme explicaciones.

—Es que me siento como una insensible, porque después de lo que hablamos, llegas y me ves así. —La miré con una ceja levantada—. No sé, simplemente lo hice, quizás egoístamente. Quería…

—Tener un buen día. —Félix es muy bueno para eso. Es ese amigo que te hace moverte, probar cosas nuevas e impulsa a hacer locuras. Es el amigo perfecto para cuando tienes malos días.

Ella encogió los hombros.

—No nos hemos ganado el premio a las personas más sensatas del mundo —dijo, haciendo una mueca divertida.

Hice una expresión ofendida y luego solté una carcajada.

—No es nuestra mejor cualidad, la verdad. Pero, ¿sabes cuál es la mejor?

—¿Cuál sería? —preguntó, abriendo los ojos grandes.

—Escribir sobre el amor.

35. Tócame más

Maddie

Terminé de grabar el video sintiéndome triste y casi desdichada por lo que había sucedido con Valentín. No era solo lamentable lo que le pasaba a Fabiana con su mamá, sino que, sin que Valentín me lo dijera, él se iba a quedar con ella quizás por cuánto tiempo más. Y tenía toda la razón. No podía recriminarle algo así. Lo entendía, pero eso no significaba que esperaría a que el mundo se decidiese a darnos una oportunidad.

No era nuestro momento y quizás nunca llegaría. Probablemente lo que sentíamos era solo la atracción obvia de dos personas que tienen los mismos intereses. O eso quería creer. Ally se acercó y me abrazó repentinamente.

—Está maravilloso, Maddie. La gente ya te ama, con esto te amarán mucho más. ¿Cómo es que con una simple foto de ustedes dos revolucionamos a todas las lectoras? No lo habría imaginado así. —Se dirigió a un chico que estaba detrás de nosotras—. ¿Cuándo saldrá este video?

—En algunos días —replicó él. Me miró a mí—. Un gusto conocerte, Maddie, el video quedó muy gracioso.

—Gracias. —Miré mi camiseta llena de crema. El video incluía comer pasteles y contar anécdotas del proceso de escritura con Valentín. De nervios, terminé ensuciándome con un cupcake con crema. Le sonreí a Ally—. Ya debo irme. Apenas dormí anoche.

—Sí, claro, no te retengo más. ¿Necesitas algo para limpiarte?

Negué con la cabeza.

—No, está bien. Llevo otra camiseta en la mochila. —La chica encargada de la decoración del set del video se acercó rápidamente.

—Maddie, hay un chico esperándote en la entrada. Se llama... —Se quedó pensando.

Que no diga Santiago. Que no diga Santiago.

—¿Quién?

—Mmm, es bastante guapo. ¿Félix?, creo. —Encogió los hombros—. Lleva media hora abajo. Podrías traerlo para el próximo video, quedaría perfecto de decoración.

Ally soltó una carcajada.

—Dios santo, Clara, los hombres no son objetos —respondió, como sintiéndose culpable de haberse reído. También reí. No culpaba a Clara, Félix combinaba y quedaba bien en todas partes.

¿Conmigo también?

Sentí nervios en mi estómago. Me despedí de todos, cogí mi mochila y me apresuré hacia la entrada del edificio. Allí estaba Félix, sentado en uno de los sofás mientras revisaba su celular. Me vio de inmediato.

—¿Vienes por mí?

—Nop, vine a conocer la editorial. Está bonita —bromeó, mirando alrededor—. Así como tú. ¿Tienes hambre? —Me envolvió en sus brazos. Olía igual de espectacular que la noche anterior.

Así como tú.

—Mucho. ¿Supiste lo que le pasó a Fabiana? ¿has sabido algo más? —También lo abracé y levanté la mirada, apoyando mi mentón en su pecho.

—Sí, acabo de hablar con ella. Su mamá despertó, está bien, pero tendrán que operarla por los huesos rotos. Así que seguirán allí toda la tarde. El peor cumpleaños para Valentín. —Hizo una mueca de desagrado y yo lo imité.

—Ufff qué mal, supongo que estarán allí incluso hasta la noche. —Félix asintió—. ¿Y dónde vamos a comer? —pregunté.

Me observó, se separó de mí y cogió mi mano. Me impresionaba lo rápido que iba Félix pero no me molestaba en absoluto sentirme así con alguien.

¿Qué haces, Maddie? Llorando por un chico y, cinco minutos después... de la mano con otro.

Miró mi camiseta llena de pastel. Con la emoción de ir a verlo, se me olvidó cambiarme. Luego trasladó su mirada a su sudadera. También tenía crema.

—Parece que el pastel sigue en nuestras vidas, y esto también —agregó, señalándose el labio roto. Me sonrojé y rodé los ojos.

—¿No lo dejarás ir?

—No. Nadie me había dado un beso tan intenso.

Puse la cara entre mis manos, completamente avergonzada. Sacó mis manos y me obligó a mirarlo. Se lamió los labios y se acercó a mi boca. Me sentí extraña al principio porque con Santiago no éramos de los que se andaban besando en la calle.

Félix no era un huracán; era quizás un desastre —aunque eso todavía no lo sabía—, pero de los que te avisan que vienen, tocando la puerta. Era cariñoso y tierno, y sus besos hacían que me elevara unos centímetros del suelo. Se separó dejándome sin aire y me dio un beso corto en la nariz.

—Tenía que hacerlo, llevo pensando en tus besos toda la mañana.

Maddie, vuelve a tierra.

—Pero ya no te volveré a morder —dije, fingiendo tristeza.

—Haz lo que quieras. Muérdeme y yo seré feliz. —Me cogió de nuevo de la mano y siguió caminando—. Te doy dos opciones: un picnic en un parque o algo cocinado por mí.

—Me veo tentada al picnic, peeeeeerooo algo cocinado por ti suena mejor.

Alzó las cejas haciéndose el sorprendido.

—¿Estás segura? No acepto quejas después.

Solté una carcajada.

—No creo que me ofrecerías cocinar si lo hicieras mal.

—Te voy a sorprender, Madison Foster.

Ya lo haces, Félix.

Había estacionado el coche cerca de la editorial, así que no nos demoramos en llegar a su departamento. Se sentía extraño volver después de haber dormido ahí antes, y más aún después de la conversación con Valentín. Pero acepté ir solo porque sabía que él no estaría. Quería pasarlo bien. No lo iba a esperar. Me había dejado en evidencia con Valentín; sabía que a mí me encantaba y no me importaba que lo supiera. Que nosotros no estuviéramos juntos era obra del destino.

Félix abrió la puerta del departamento, se sacó la sudadera y la dejó colgada en la entrada. Se

refregó las manos y me miró.

—¿Qué quieres comer? Creo que tengo lo necesario para hacer... —Abrió el refrigerador mientras yo pensaba lo adorable que era—. ¿Una pizza?

Alcé una ceja.

—¿Eso incluye hacer la masa?

—Sí, y también comer el pastel de Valentín que le compró Fabiana. A ti te gusta robar pasteles, así que supongo que no te molestaría —dijo, tratando de reprimir la risa. Sacó un hermoso pastel del refrigerador.

—¿Lo decías en serio? —pregunté sorprendida.

—Estoy seguro de que no van a venir…

—¿Y cómo...? —La idea de Félix me parecía mala e infantil, pero graciosa. Sacó la tapa que cubría la torta—. Oh, no Félix, no lo hagas. Se van a enojar. No comeré.

—Maddie, no hagas como si te importara una torta olvidada. ¿Sabías que el pastel que te robaste la otra vez había sido comprado por la abuela de mi amigo? Se lo había regalado después de no verlo durante un año.

Me llevé la mano a la boca sintiéndome un poco culpable. Félix soltó una carcajada.

—Mentiroso.

—Puede ser. Yo creo que es de chocolate y lúcuma —murmuró, mirándolo detenidamente. Se veía delicioso, pero no me lo iba a comer. No quería darle otro problema a Fabiana. Suficiente le di con besar a su novio. —Si es de ese sabor, ¿sales conmigo hoy en la noche?

Miré el pastel. No tenía aspecto de ser de chocolate. Sonreí. Tenía ganas de salir con él, pero quizás era mucho por dos días seguidos.

—Está bien, pero no lo vamos a averiguar porque no…

Felix hundió el dedo en el pastel. Ahogué un grito de impresión. Luego, con un cuchillo, y ante mi atenta mirada de impacto, sacó un trozo enorme, mientras me preguntaba cómo íbamos a reponerlo. Alzó el trozo. Lo probó.

—Chocolate y lúcuma. Gané. —Me extendió el tenedor y se encogió de hombros—. Ya está hecho.

—Sabías que era de ese sabor —gruñí. Suspiré, rendida ante la idea de que el pastel ya estaba arruinado. Traté de ponerme seria, pero era imposible con él observándome de forma tan divertida y viéndose tan guapo. Cogí el tenedor, sintiéndome culpable y a la vez con un poco de adrenalina.

—Ya te puedes considerar oficialmente una ladrona de pasteles de cumpleaños.

Suspiré, eso era algo que él nunca iba a dejar ir. Le saqué la lengua y me acomodé en una de las sillas de la cocina americana.

—Ok, entonces esto ya está hecho —musité, con los ojos brillando por el pastel. La probé y luego saqué otro trozo ante la atenta mirada de Félix. Parecía encantado con mirarme, le extendí un trocito que se comió y se sentó junto a mí—. No podemos dejar evidencias de esto.

—Nadie se va a enterar —susurró—. Y si alguien pregunta, diré que fuiste tú.

Entorné los ojos.

—Si caigo, caes conmigo. No me hundiré sola en este barco.

Bufó.

—Si caemos, caemos juntos. —Se quedó pensando un segundo—. Esto me recuerda a anoche —murmuró.

—Esto no saciará mis ganas de comida —dije, rodando los ojos. Se puso de pie de un salto.

—Ya te dije que yo sería lo que quieras que sea. Hoy un cocinero y ladrón de pasteles. —Comenzó a sacar cosas de la alacena mientras yo picoteaba el pastel. La culpabilidad me duró los primeros dos bocados. Decidí que más tarde iba a comprar otro y le iba a echar toda la culpa a Félix—. En la noche... ¿bailarín?

Asentí.

Stripper si quieres también.

—Bailarín —repetí—. ¿Dos noches seguidas bailando juntos? —Hice una expresión de incredulidad—. ¡Qué afortunada que soy!

Cocinamos juntos mientras conversábamos sobre nuestras vidas. En una hora, Félix ya sabía mucho más de mí y yo de él. Terminamos cubiertos de harina, bailando en el centro de la sala con la música a todo volumen. Era extraño lo que sentía, porque Félix era como un niño, y no lo digo de mala manera, sino como un chico lleno de vida. Con ganas de sacar el pastel del cumpleaños de su amigo, lanzarme harina porque sí, encender la música y ponerse a bailar conmigo. El mundo podría haberse estado cayendo alrededor y nosotros ni nos habríamos dado cuenta. En un momento me vi sin zapatos, intentando enseñarle algunas posiciones de yoga que Ari me había mostrado. Luego de un rato, nos encontrábamos los dos recostados en la alfombra.

Cuando la pizza estaba lista, me dolían los músculos de la cara de tanto reír. No sé de dónde sacó un gorro de chef y apareció con la pizza frente a mis ojos. Yo seguía acostada en la alfombra.

—Se me había olvidado un elemento esencial en mi papel de chef —dijo señalando el gorro.

—Te ves bonito así.

Ladeó la cabeza, como si el halago le hubiera llegado profundamente. Entorné los ojos, preguntándome cuántas veces le habrán dicho lo mismo.

—Gracias —dijo, sacando un trozo de pizza y entregándomelo—. Lo he pasado muy bien hoy, Maddie. Sé que ya te lo dije, pero estoy feliz de haberte encontrado de nuevo. Quiero seguir pasando tiempo contigo —agregó, acomodándose en la alfombra junto a mí.

—Yo también —dije con honestidad. Necesitaba su aire en mi vida. Sentados en el piso, nos llegaba directo el sol por la ventana. Terminamos de comer y nos quedamos hablando, sobre lo que queríamos hacer en un futuro próximo.

—¿Qué tan próximo? Porque quiero ir de fiesta contigo. —Le puse la mano en su cara, y él la quitó riéndose—. Me gustaría especializarme, quiero seguir estudiando —confesó. Y luego dijo bajito, casi como intentando que yo no escuchara—: Nadie sabe eso.

—¿Y por qué es un secreto? —susurré.

—Porque a veces creo que nadie cree las cosas que digo. Y bueno, estudiar más es algo que nadie creería.

—Yo sí te creo. Creo todo lo que me digas.

—¿Y si he estado mintiendo todo el día? ¿y si yo no soy lo que crees?

Me apoyé en un codo y lo miré directamente a los ojos.

—Tú me dijiste que podías ser lo que yo quisiera, y no te he pedido que seas un mentiroso. —Sacó la lengua y se inclinó para darme un beso corto en los labios. Me sentía a punto de derretirme frente a él.

—Lo sé, quieres usarme —bromeó.

—Oh... no digas eso, Félix.

—Déjame ver si lo entiendo bien. —Se aclaró la garganta y pareció meditar sus palabras unos segundos—. Quieres que nos conozcamos, que salgamos, que hagamos cosas juntos, pero eso. Divertirse. Nada más.

—Lo dices como si te lo hubiera impuesto. Además, tú me dijiste que querías lo mismo. Y según recuerdo, fuiste tú quien me dijo que podías ser lo que yo quisiera, excepto por una cosa.

Se encogió de hombros y se desplomó en la alfombra con la mirada perdida en el techo.

—Es verdad —musitó. Comencé a comer otro trozo de pizza. De repente, agregó—: es que me gustas y no quiero arruinarlo. Soy muy bueno en arruinar todo lo que tenga que ver con esto. —Alargó la mano y puso un dedo sobre mi corazón.

—Está bien, lo entiendo —afirmé, recordando la única cosa que Félix me había pedido en la fiesta: *No te enamores de mí*. Me sentía tan incapaz de enamorarme de alguien con la cabeza perdida en Valentín, que acepté con gusto. También me venía perfecto eso de pasarla bien sin ningún tipo de compromiso mayor. ¿Me estaba lanzando a días de diversión o a un corazón roto? Que él y yo, casi por acuerdo, fuéramos más que amigos, aunque sin derecho a confundirse, me daba la libertad de pensar en Valentín sin sentirme culpable.

El calorcito por la ventana, el estómago lleno y el cansancio de haber dormido tan poco durante la noche, hizo que nos quedáramos dormidos allí mismo. Antes de quedarme dormida, un pensamiento rápido pasó por mi mente: *¿Y si termino enamorándome de Félix? Es lo único que me pidió que no hiciera. ¿Y si él hace que me olvide de Valentín?*

También pensé que toda la idea de estar con Félix para divertirme era para no darle la impresión a Valentín de que yo lo esperaba. *¿Qué desastre tengo en mi mente?*

—Mads... Mads. —Abrí un ojo, Valentín me observaba con los últimos rayos de sol sobre su rostro. Se veía cansado. A mi lado, Félix dormía profundamente—, ¿Vamos? Quiero mostrarte algo. —Me hizo un gesto para que me levantara en silencio.

Le envié un mensaje a Félix diciéndole que había ido a la azotea para que lo viera cuando despertara, y me fui tras Valentín con el corazón acelerado. Me repetí en cada paso que él no era una opción, pero tampoco podía evitar estar lejos de él.

¿Quién soy? ¿acaso no puedo estar sin un chico al lado todo el tiempo? ¿o es solo que las cosas se dieron para que fuese así?

—Escribir sobre amor —dijo cuando ya estábamos arriba, lanzándome una flecha de emoción.

—¿Eso es lo que sabemos hacer mejor? —pregunté. Tomó una respiración profunda y repentinamente me cogió del brazo, atrayéndome hacia él. Me estrechó entre sus brazos. Dejé mi cabeza en su pecho. Él así, era algo nuevo para mí.

—Puedo oír tu corazón —musité.

—¿Qué dice?

—¿Quién es esta? ¿y qué hace aquí? —reí. Quería sacarle el romanticismo y la intensidad al momento, aunque era imposible. Rodó los ojos, evidentemente divertido.

—¿Qué hago con mi mundo ahora? Ya no lo reconozco. Me quedaría aquí siempre.

Tragué saliva.

—Pero es un mundo en el que no podemos quedarnos. No nos pertenece, ni tampoco deberíamos visitarlo —musité. Estaba un poco enojada, aunque creo que él no lo notó. Me molestaba que no se hubiera decidido antes. Debería haber terminado antes con Fabiana, pero no podía culparlo de que quisiera pensarlo.

Se sentó en el suelo, con la maravillosa ciudad frente a nosotros. Me senté junto a él y sacó una botella de vino de su mochila. Tomó unos sorbos directamente de la botella. Me la entregó e hice

lo mismo. Luego, sacó su computadora.

—Hoy escribí mucho. Toma —dijo, pasándome la computadora. No la recibí.

—¿Me lo lees?

—¿Por qué me haces esto? —preguntó, a modo de broma. Se pasó la mano por el cabello y esbozó una sonrisa coqueta—. No le leería a nadie más.

¿Por qué era tan difícil estar allí con él? Cada movimiento y palabra era algo que no correspondía. ¿Por qué no podía ser fácil como cuando estaba con Félix?

—Nadie se va a enterar —dije en voz baja. Valentín estiró la mano y tocó mi cara—. Léeme. Quiero escucharte. —Me acomodé en su regazo y él puso su mano en mi abdomen. Todo hormigueaba desde allí. Sentí cada fibra de mi cuerpo emanando electricidad desde ese lugar. Dejó su computadora a un costado.

—Nadie se va a enterar —repitió. Por sus ojos pasó un brillo cautivador y cargado de misterio. *¿Me está insinuando lo que creo?*—. Mads, tú sabes que lo mío con Fai se terminó. No he estado con ella como novio. Te juro por nuestro libro que hoy le iba a decir que ya no la amo más. Y que ella ya lo sabe. —No esperó a que dijera nada y comenzó a leerme. Su mano se movía ligera, pero peligrosamente por mi piel.

Pero aún no puedes ser mío, Valentín. No así.

Mientras él leía, deseaba que me tocara más. Llevé mi mano sobre la suya. Se quedó en silencio. Debió haber notado por el movimiento de mi pecho, y por el color de mi cara, lo que él me estaba provocando.

No, ¿qué estoy a punto de hacer?

Retiré mi mano. Eso decía dos cosas: Deja de mover la tuya o muévela hacia donde quieras. Te doy permiso.

Sacó su mano, y por un instante, me alegré de que no tomara la decisión de tocarme más, pero la posó en mi cuello. Nos quedamos mirando y él empezó a acariciarme. De arriba abajo; desde mi mentón, pasando por mi clavícula y llegando casi al borde de mi escote; para luego subir arrastrando sus dedos. La sangre comenzó a hervirme; y él continuó leyendo de amor. Sin dejar de tocarme.

Tócame más, que ya nada me importa.

De todos los momentos de excitación que había tenido en mi vida, ninguno se comparaba a ese instante.

Y de repente, cogió mi mano y entrelazó sus dedos con los míos. El lugar ardía, nosotros ardíamos. La excitación avanzaba por mi cuerpo como si fuese la sangre misma. En cualquier momento podía aparecer el chico con el que había pasado la tarde, o su novia con su madre en el hospital. Ladeé la cabeza hacia él.

—Pasa la noche conmigo. Donde quieras, pero conmigo —dijo, más como una orden que como una petición.

Se abrió la puerta que daba a la azotea, y ambos dimos un respingo. Entró Félix y Fai.

—¡Nos vamos de fiesta! —dijo ella apenas nos vio.

¿Nos vamos... todos juntos?

36. Un cumpleaños de mierda

Valentín

Nos quedamos los cuatro mirando. La botella de vino abierta que tenía en mi mano en ese instante podría haber sido considerada como un quinto integrante de la escena.

Más que un cumpleaños, era mi pesadilla. Ese día había tenido muchas cosas malas: despertar con Mads saliendo de la habitación de Félix; ir a terminar con Fai y que su madre tuviese un accidente; volver a casa y encontrar a Mads y Félix durmiendo en la alfombra, con un pastel a medio comer; ir con ella a escribir a la azotea. Aunque eso fue lo bueno del día, pero luego mi emoción se desplomó cuando llegó Fai con ganas de que saliéramos los cuatro.

—¡Mi amoooooor! —Fai corrió a abrazarme.

—¿Y tu mamá? —pregunté, un poco reacio a su contacto.

—Está durmiendo, despertará por la mañana y no corre ningún peligro. Lloré tanto todo el día que necesito despejarme aunque sea un poco. Además, es tu cumpleaños. Félix me dijo que iría a bailar con Maddie, así que vamos —dijo, dando saltitos de emoción y hablando sin respirar.

¿Iban a ir a bailar ellos dos?

—No, Fai. —Los tres me quedaron mirando. Resoplé. Alcohol y música en mi cumpleaños tampoco sonaba tan mal. No quise admitir en ese momento que la razón por la que me atraía un poco la idea era que no quería que Mads y Félix fueran solos—. Está bien.

Bajé al departamento repitiéndome constantemente que debía quedarme en casa y dejar que mis amigos fueran solos, y que debía decirle a Fai que se fuera porque necesitaba descansar. Me sentía sofocado.

—¿Y este pastel a medio comer? ¿comieron sin mí? —Fai fue lo primero que dijo al entrar al departamento. Vi cómo Félix y Maddie se rieron y contuvieron la risa.

—Yo tampoco comí. Fueron ellos —dije, señalándolos. Mads abrió la boca con la intención de excusarse, pero en ese instante, Fai sacó un pequeño pastel del refrigerador.

—Menos mal que no se comieron el que le compré a Valentín, porque en vez de ir a la fiesta tendríamos que haber ido a comprar otro tan bonito como este —dijo, levantándolo. Mads soltó una carcajada aunque estoy seguro de que no fue por nada de lo que dijo Fai.

Félix le sacó la lengua.

Están coqueteando frente a mí.

Eran tantas las miradas y risitas entre ellos que me sentí enfermo de inmediato. Sabía muy bien que esa salida era una pésima idea. Al menos por la tortura de tener que ver a Félix y a Mads juntos. Era mi cumpleaños y a pesar del momento mágico que había tenido, volvía a ser una verdadera mierda.

Fai me miraba con el pastel y una vela encendida en el centro. En ese instante llegaron Ariel con Javier. Mads los había invitado, creo que para hacer menos incómoda la situación. Javier no

se veía nada contento de estar allí, pero no le quedó más remedio.

—Feliz cumpleaños, amor. Otro más juntos, ¿este es ya el quinto? ¡Wow! —Fai hizo un sonido de impresión—. Te deseo todo el éxito para este año, que el libro que escriben ustedes alcance fama mundial, y que nosotros dos nos amemos cada vez más.

Sentí lástima en ese momento. Fai sabía que yo no quería estar con ella. Y no lo aceptaba. Y además, ¿qué pasó con eso de que no me gusta celebrar mi cumpleaños con fiestas? *Gracias, Fai.*

—Gracias —respondí, con una falsedad que seguramente se notó. No me malinterpreten, no es que de un momento a otro ya odiara a Fai y quisiera que Mads saltara a mis brazos, sino que estaba molesto por toda la situación. Era realmente frustrante. Era un día incómodo.

—¿Quieres ir a bailar? —Me preguntó Mads, confundida. Probablemente recordó que no me gustaban las fiestas en mi cumpleaños. La quedé mirando.

No, pero no quiero que vayas sola con Félix.

Estaba seguro de que Mads supo lo que pensaba con solo la forma en que la miré.

—¿Y por qué no querrías ir? ¡Es tu cumpleaños y hay que celebrar! —Fai comenzó a partir el pastel, poniendo una mueca de desagrado ante la pregunta de Mads.

—Ah, solo decía porque como no te gustan las fiestas en tu cumpleaños. —Mads fue bajando la voz con cada palabra. Fai se quedó con el cuchillo quieto en el pastel; y por un instante, en mi mente todo se convirtió en una historia sangrienta y de terror.

—¿Desde cuándo no te gustan las fiestas en tu cumpleaños? —preguntó Fai, molesta. Como si nunca le hubiese dicho eso a ella.

—Fabiana, ¿no te has dado cuenta de que en todos los cumpleaños de Valentín no vamos a fiestas? —Félix se acercó a ella y le quitó el cuchillo—, ¿quién quiere pastel?

Fai quedó estupefacta. Incluso se lo había dicho durante la semana, pero en su mente nunca lo asumió.

—Yo no, ya comí demasiado. —Mads señaló el otro pastel.

—¿Se lo comieron unos animales? —preguntó Fai burlonamente.

—Algo así —replicó Mads, como si no hubiera notado el tono de Fai. Me reí—. Félix es medio animal —agregó. Y de repente mi sonrisa ya no era tan feliz.

—¿Y tú? ¡Se la comió con la mano! —Félix buscó una respuesta mía.

—¡Ay! Maddie siempre hace eso —respondió Ariel. Le sacó la lengua a su amiga. Mads le revolvió el cabello que parecía haberse esmerado en alisar. Javier era lo más parecido a una estatua—. Fabiana, soy muy fan de tus videos de ejercicios.

Fabiana le sonrió evidentemente molesta. El ambiente estaba tenso.

Esto es mala idea. Debería decir que me siento mal.

—¿Vamos? —pregunté—. Llamaré un taxi.

—¡Esperen! —Ariel sacó una botella de champaña de su cartera. Al mismo tiempo, Félix sacó otra del mueble—. Primero... lo primero.

Nos bebimos las dos botellas de champaña rápidamente y nos subimos al taxi mucho más felices y relajados de lo que estábamos minutos antes. No me gusta decir que el alcohol ayudó, pero lo hizo. Incluso en el taxi, Fai quedó sentada al lado de Mads y se fueron todo el camino hablando sobre una película que habían visto. Ni me metí para mantener la calma.

Ya no me sentía tan tenso y reacio a esa fiesta y me sorprendí al darme cuenta de que quería divertirme y no correr al departamento a lamentarme sobre mi mala suerte.

El taxi nos dejó frente al club, y por estar de cumpleaños nos saltamos la larga fila que había

para entrar. La música retumbó en mis oídos de inmediato, y alguien, no sé cómo tan rápido, me puso un vaso en la mano. Nos dirigimos al centro de la pista, y los demás compraron bebidas de unos chicos y chicas del mismo club que pasaban vendiendo con unas bandejas ajustadas a sus cinturones. Así que de pronto estábamos todos bailando y bebiendo más.

Durante al menos una hora, cada uno fue feliz y olvidamos los problemas. Pero nada es eterno.

De repente, Fai cogió a Mads del brazo y comenzó a bailar pegada a ella. Ambas empezaron a saltar, reír y beber más; como si fueran amigas. Fai se cayó en un instante, Mads la recogió apenas conteniendo la risa, y al parecer Ariel se puso celosa y lanzó a Javier lejos para separar tanta cercanía entre su amiga y Fai. O quizás ella sabía toda nuestra historia y la imagen la tenía tan perturbada como a mí.

Pero todas las risas, los bailes, el frenesí que sentíamos de pronto quedó en cero. No solo cuando vi que Félix se acercaba a besar a Mads frente a mí, sino que en un segundo, Félix estaba en el suelo con el labio ensangrentado.

Pensé que había sido yo. Como cuando dicen que ciertas personas sufren de lapsus en los que hacen cosas que luego no recuerdan. Además, estaba completamente ebrio, así que pensé seriamente que había golpeado a mi amigo. Porque las ganas estaban.

Al principio, la gente seguía bailando y moviéndose de un lado a otro como si nada hubiera sucedido, pero pronto se formó un círculo alrededor de Félix, que ya se ponía de pie. Miré a todas partes. Mads no estaba y Fai corrió a ayudar a Félix. Me acerqué a él.

—¡¿Qué pasó?! —grité lo más fuerte que pude.

—¡Santiago! —exclamó, furioso. Me apartó para dirigirse hacia la salida. Justo Ariel y Javier habían ido a comprar bebidas. Con Fai seguimos a Félix, y afuera estaban Mads y Santiago discutiendo. Él la tenía sujeta por el brazo, mientras ella trataba de zafarse sin éxito.

—¡Suéltala! —Ordené. Santiago me dirigió una mirada llena de odio y la soltó.

—¿Qué mierda haces? ¡No puedes llegar y golpear a alguien así! —Mads se llevó las manos a la cabeza.

Félix avanzó hacia Santiago y lo empujó, haciendo que este trastabillara hacia atrás. Santiago intentó golpearlo de nuevo, pero Félix se apartó a tiempo y lo agarró de la camiseta. Mads comenzó a gritar y se interpuso entre ellos para separarlos. Corrí para sacarla de allí. Santiago le dio un último empujón a Félix antes de dirigirse hacia Fai.

—No me hiciste caso —gruñó. Los miré sin entender. Fai movió rápidamente la cabeza y frunció el ceño en mi dirección. Sus ojos oscilaron hacia mi mano. Tenía a Mads de la mano y la solté—. Te dije que ellos dos están juntos. ¿Por qué no me creíste?

—¡No lo están! —Fai le lanzó el vaso de plástico que tenía en la mano. Santiago quedó con la camiseta llena de vodka—. ¡No digas mentiras! Ella está con Félix —gritó furiosa. Señaló a Mads. Fai lo decía como si no lo creyera realmente. Avanzó hacia mí y me empujó.

Había demasiado alcohol en nuestros cuerpos como para que pudiéramos actuar correctamente.

—Santiago, desaparece de mi vida. Por favor. —Mads estaba angustiada y tenía los ojos llorosos. Se separó de mí, aunque no sé por qué sentía que no era lo que quería hacer y se fue a ver a Félix.

—Y ahora estás con su amigo. —Soltó, seguido de una risa irónica—, ¿No ves que eres solo para sacarle celos a él? —agregó, dirigiéndose a Félix y luego señalándome a mí.

—Deja de tirar mierda. Estamos todos bien, y estás quedando como un imbécil. No tienes nada que hacer aquí —dije con firmeza. Pero creo que se notó el nerviosismo en mi piel porque Fai no dejaba de mirarme como si el cielo se le estuviera cayendo encima.

Santiago asintió en su dirección. Mierda, era como si se estuvieran comunicando telepáticamente.

De repente, sacó su celular y comenzó a buscar algo. Empecé a pensar si le había enviado a Mads algo inapropiado.

Y rápidamente se me vino a la mente el mensaje que le había enviado mientras estaba en el hospital con Fai. Ella no me había respondido, pero sí lo había leído. Encontró su mirada con la mía. Pareció entender lo que pensaba y abrió la boca buscando aire. Se acercó corriendo a Santiago, pero ya era tarde. Santiago comenzó a leer en voz alta el mensaje con el celular en alto.

—Sí, soy una opción. Soy todas las opciones. Es el momento correcto porque de otra forma no nos habríamos conocido. Quiero volver atrás. Ir a la cafetería y pedir un café hecho por ti. Te diría que... —Mads lo empujó y de un salto le arrebató el celular de las manos. Santiago miró a Fai—. Se lo envió hoy por la tarde. ¿Vi en tu Instagram que estuviste todo el día en el hospital con tu madre enferma?

Puso una sonrisa estúpida que hizo que me abalanzara sobre él. No me importó que nunca me hubiera metido en una pelea y que no tuviera idea de cómo hacerlo, pero allí estaba yo: golpeando a Santiago y él a mí. ¿Por qué quería lastimar más a Fai? Yo ya le había causado suficiente dolor, y además tenía a su madre en el hospital. Félix trató de separarnos y se llevó varios golpes. Reaccioné cuando Félix me agarró por los hombros y Javier apareció para retener a su hermano.

—Fai se ha ido —murmuró Félix, como para hacerme entrar en razón—. No olvides que ustedes han estado juntos por años. Independientemente de lo que sientas ahora, tienes que ir a buscarla —agregó. Yo lo sabía, le había roto el corazón de una forma casi traumática. Me imaginé si me pasara lo mismo.

Mads estaba de pie, mirando el suelo, mientras se mordía una uña insistentemente. Alzó la mirada en el instante en que comencé a buscar a Fai desesperadamente. Sentí su desesperación, su tristeza. Apretó los labios fuertemente con los ojos llorosos. Estábamos más distantes que nunca. Me quería a mí, podía verlo. De repente, alzó el brazo y me señaló el camino a su derecha.

Mierda, me sentí fatal. Por Fai y por Mads. Toda culpa mía, y cuando me giré en la dirección indicada para ir a buscar a mi novia, sentí dos cosas: una, que perdía a Mads, y la otra, que a pesar de que había sido como la mierda, mi relación finalmente había terminado.

Me dolía el alma; y por no hacerla sufrir y por demorar las cosas buscando el momento perfecto, lo hice peor. Corrí en su dirección. Sin mirar atrás. Me angustié tanto corriendo que empecé a llorar y el aire comenzó a faltarme.

Vi a Fai parada en una esquina esperando el semáforo. Se giró cuando me iba acercando. No solo vi a la persona de la que había estado enamorado, sino también a mi compañera de años, sufriendo por mi culpa. Fai me había acompañado en cada paso, decisión y aventura durante cinco años. Y yo la lastimé terriblemente.

No digo que esté mal enamorarse de alguien más, eso ocurre, pero hay maneras y maneras. Y definitivamente, así no era cómo debía enterarse. Llegué donde estaba ella.

—Perdón, perdóname Fai. No quise... no quería hacerte sufrir.

—Pero lo hiciste de todas formas. Soy una idiota, ¿sabes qué me perturba más? Que ese imbécil intentó decirme la verdad días atrás. —Me miró con lágrimas avanzando rápidamente por su rostro—. He sido tu amiga todo este tiempo. He sido tu amiga y compañera en cada paso durante años. Y ahora llegas y me haces daño como si no te importara nada. Como si yo fuera

cualquier persona. ¿Me conociste ayer acaso? Sabías lo que me haría daño y aún así lo hiciste. Eso no se le hace a nadie a quien ames. Mírame. ¿No me ves a mí?

Habló con tanta intensidad y dolor que apenas podía responderle.

—Yo no supe cómo enfrentarme a esto —dije con la voz fallándome—. Perdóname, no debería haber sido así. Me equivoqué.

—¿Enfrentarte a esto de enamorarte de alguien más?

—No estoy enamorado de ella —repliqué de inmediato. Eso no lo sabía.

—Pero tampoco estás enamorado de mí. —Tomó aire y lo exhaló lentamente—. Dime la verdad, ¿quieres estar conmigo?

Miré hacia los lados.

—No quiero, no quiero estar contigo —dije por fin. Tragué saliva—. No sabía cómo decírtelo. Porque yo te amo, Fai, lo hago. Aunque no estoy enamorado de ti. Intenté decírtelo ayer. No puedo seguir negándolo, ya no siento lo mismo —confesé, sin dejar de mirarla a los ojos.

Tomó aire profundamente. El odio que sentía ella por mí en ese momento parecía llenar todo el espacio. Me odiaba y me despreciaba; y no sabía cómo lidiar con el odio de mi novia de tantos años. Se limpió las lágrimas e inesperadamente sacó su celular y le dio play a una grabación. Me costó demasiado entender que era yo, diciendo cosas de Mads.

Era todo lo que le había dicho el día anterior, cosas que no sentía. Todo para que dejara a Mads.

Tú eres mucho más bonita.

Yo no estaría con la chica que se metió en mis cosas.

A mí me gustan las personas que tienen más claro qué quieren hacer con su vida.

Me quedé helado. No solo por lo que yo había dicho sino porque Fabiana hacía eso.

—Cuando Santiago me dijo que había algo entre ustedes dos, no quise creerlo, pero de todas formas me aseguré de llevarte al punto en el que dijeras estas cosas. —Comenzó a decir, más tranquila, como si se hubiera quitado la máscara de la novia sufriendo.

—¿Por qué?

—Porque a mí no me cambian así como así. Está bien. Ya no me amas y sabía que llegaríamos al punto en que terminarías conmigo. Y lo acepto con todo lo que eso implica: el corazón destrozado y un dolor que no sé cómo superaré. Soy sincera y te digo que me costará salir adelante sin ti. —Meneó la cabeza—. Pero tampoco te iba a dejar ir tranquilo, como si nada. Armando una relación con Mads mientras yo apenas podré comer. Así que tampoco estarás con ella —aseguró. Se puso el cabello detrás de la oreja, las manos le temblaban.

No podía hablar, era como si el aire se hubiera congelado en mi garganta, impidiéndome hablar e incluso respirar.

—¿Qué haces?

—Y te voy a decir algo más, Valentín. Si insistes en estar con ella, entonces voy a decirle a todos mis seguidores lo horrible que has sido conmigo y cómo me engañaste con ella. ¿Qué crees que pasará?

La destruirían. Mads ya tenía muchos seguidores, sin embargo, Fabiana tenía toda una comunidad formada desde hacía tiempo. La cantidad no era comparable.

—No hagas eso. Fai... —Estaba más herido que enojado. No podía creerlo, nunca pensé que haría algo así.

—Mira. Te ofrezco un trato. Quédate un mes más conmigo. Hasta que se haga el lanzamiento de los nuevos sabores de Tubarrita. Si no logro que me ames nuevamente en este tiempo,

entonces te dejo ir. Y nunca publicaré nada.

Me froté la cara con las manos.

—¿Realmente crees que me voy a enamorar de nuevo después de lo que acabas de hacer? —pregunté furioso.

—Un mes. Es todo lo que te pido.

—¿Por qué lo haces? —Ya no podía ni mirarla.

—Porque mi mamá está enferma, Valentín, y puede morir. Si además de pasar este tiempo sufriendo por ella, lo tengo que hacer por ti también, entonces no quiero vivir. ¿Puedes acompañarme?

—¿Qué dices de tu mamá? Ella está bien.

Meneó la cabeza.

—Le encontraron unas células cancerígenas. Quiero estar con ella todo este tiempo, pero tengo que organizar mi vida, el trabajo, tu partida. Necesito tiempo. Después del lanzamiento de Tubarrita, tomaré menos compromisos, estaré más con mamá. Y tú podrás hacer lo que quieras. Aunque... —Tragó saliva y esperó a que la mirara.

—¿Aunque?

—No podrás estar con ella. Eso nunca pasará. Deja que esté con Félix. Hoy, cuando lo llamé, me dijo que le gustaba Maddie.

—Fai, no puedes hacer algo así. No te reconozco, no creo que seas capaz. Mads no tiene la culpa de nada. Yo soy el único culpable aquí.

Se encogió de hombros.

—No me importa quién sea el culpable. Pero no quiero que tú seas feliz ahora, Valentín. No mientras yo sufro.

De repente, una idea perturbadora cruzó por mi mente.

—¿Le dijiste a Félix que saliera con Mads?

—Resulta que le gusta de verdad. Y sí, hoy le dije que Mads estaría sola en la editorial. Le dije que íbamos a ir a bailar y que la convenciera de que fuera. Aunque desde antes de que la conociera, él estaba dispuesto a conquistarla solo para alejarla de ti, para que yo no sufriera. —Se encogió de hombros—, pero bueno, finalmente ya se conocían y se gustan realmente. Así que no es como si él estuviera siendo falso o algo. Puedes verlo tú mismo.

Moví la cabeza.

—Adiós, Fabiana.

—Dime de inmediato si me acompañarás este mes. Si no, prepararé mi declaración para mañana.

—Estaré contigo como amigo. Tú y yo, ya terminamos. Me decepcionaste.

—Gracias. —Es todo lo que dijo. Se fue.

—Que cumpleaños de mierda —murmuré. Me senté en una escalera cercana y me quedé con la cabeza entre mis manos.

Si estoy con Mads, Fai intentará arruinarle su carrera.

Creo que hasta aquí llegó todo. Muy bien, Valentín.

37. Te quiero decir qué pasó

Maddie

—¿Estás contento con esto? —exclamé enfurecida. Tenía ganas de lanzarme sobre Santiago y golpearlo.

Javier se acercó a su hermano y le sujetó el mentón con fuerza

—¿Qué estás haciendo? Eres un imbécil. ¿Cómo supiste que estábamos aquí?

—Así que ahora sales con Maddie y su nuevo novio. ¿Cómo se siente ser una basura? ¿realmente vienes al cumpleaños del idiota que me quitó a mi novia?

Él estaba allí por Ari, pero no porque quisiera estar conmigo, Valentín, o Félix. Javier bajó la mirada, como si no tuviera nada que decir.

—No es así, Santiago...

—¿Ah, no? —Señaló a Félix—. Y el otro ya se fue corriendo tras su novia.

Ari frunció el ceño al mirarme. Me encogí de hombros mientras ella se acercaba.

—¿Estás bien?

—No mucho —susurré—. Valentín fue tras Fabiana.

—Quizás es algo bueno —dijo, acariciando mi cabello.

—¿Sí?

Miré a Félix, que hablaba por teléfono. Justo me miró y me sonrió.

—Quizás después de esto su relación se acabará.

—¿Qué estoy haciendo, Ari? —Hice una seña discreta hacia Félix. Ari lo miró descaradamente y luego puso una mano en mi pecho.

—Creo que estás tratando de olvidar a alguien con otra persona. Sé que te gusta él. Es simpático, adorable y muy guapo —agregó—. Pero no es de quien estás enamorada.

Exhalé profundamente.

—Es que la paso bien con él. Me hace olvidar a Valentín y él sabe que no quiero nada serio, y él tampoco lo quiere.

Ari meneó la cabeza.

—Lo sé, pero esas cosas no las pueden manejar —murmuró—, igual es difícil no enamorarse de él. ¿Y si luego lo haces?

Le di un pequeño empujón con el hombro.

—Además, siento que dejar algo que me hace bien por alguien que no va a estar conmigo, es injusto.

Ari me abrazó.

—No lo sé —murmuró—. También tienes razón en eso. Espera, tenemos que ver qué pasa hoy entre Valentín y Fabiana. —Félix se acercó a nosotros, y Ari se dirigió a él—, ¿la acompañas a casa? Creo que ayudaré a Javier con ese idiota. Me parece que está completamente ebrio.

Félix soltó una carcajada.

—Por supuesto que sí. La llevaré hasta la puerta del departamento. —Le guiñó un ojo a Ari.

Mi amiga me besó en la mejilla y se acercó a Javier, quien seguía discutiendo con Santiago. Revisé la cara de Félix. Tenía un pequeño corte debajo del labio.

—Ahora mi mordida de vampiro pasa más desapercibida —murmuré—. Lo siento.

—Tu vida es emocionante. ¿Alguna vez te aburres? Nunca sabes qué pasará —bromeó, atrayéndome hacia su cuerpo—. No es tu culpa, no me digas lo siento. Es ese idiota que está allí. ¿Nos vamos?

Asentí e hice detener un taxi que pasaba por allí.

—Soy impredecible —dije. Frunció el ceño, aunque con una expresión divertida. De repente, resopló.

—Así que Valentín realmente quiere estar contigo —dijo inesperadamente. Tragué saliva y me tomé más tiempo del normal para subir al taxi—. Creo que debería retirarme.

Le di mi dirección al taxista y me acurruqué en el pecho de Félix. Me envolvió con su brazo. No quería que me dijera nada, pero tampoco quería dejar sus palabras en el aire.

—¿Eso es lo que quieres hacer? —pregunté.

—No. ¿Y tú qué quieres hacer? No quiero interponerme entre tú y mi mejor amigo —explicó. Su voz era tranquila, como si cualquiera de las opciones fuera buena. Cerré los ojos y respiré profundamente. El aroma de Félix era agradable y me calmaba ante tanta agitación.

Cuando estoy contigo, no pienso tanto en él. No quiero pensar en él.

—Tienes un aroma muy agradable. —Se movió en el asiento y levantó mi mentón para mirarme. Resoplé—. Ya sé, debería estar sola, pero no quiero —confesé.

—¿Por qué no quieres? Tuviste una relación larga. Quizás es lo que necesitas.

—No quiero porque me gustas y también Valentín. —Félix comenzó a reír ante mi honestidad e inevitablemente, me contagió su risa—, ¿soy una mala persona?

Meneó la cabeza y me dio un beso en la frente.

—Creo que tendrás que decidir con quién quieres estar ahora. —Tomó un mechón de mi cabello y lo colocó detrás de mi oreja—. No quiero ser parte de tu sufrimiento, más bien quiero ser todo lo contrario. Si yo puedo lograrlo, entonces sigamos con esto. Pero lo nuestro, Maddie, es solo esto. No sé si con Valentín existe la opción de ser algo más, y tampoco sé si él te ofrece la opción de ser el ahora.

¿A qué le tienes miedo? ¿al amor?

—No eres parte de mi sufrimiento, sino todo lo contrario. Eres asombroso y diferente al resto. —Me incorporé y nuestras narices quedaron rozando. Debería haberle dicho que necesitaba estar sola. Calmar mi corazón. Además, no era como si tuviera que estar con uno u otro, pero simplemente no quería dejar pasar las oportunidades que me daba la vida.

Mi celular vibró.

Valentín: Quizás no... no es el momento.

Me dieron ganas de llorar. Volvíamos al mismo punto de siempre. ¡Qué día tan confuso! Sí, no, sí, no. Lo encontraba injusto para mí.

¿Qué había pasado? ¿Fabiana lo había convencido un poco y él había decidido quedarse con ella? Supuestamente, no la amaba, pero parecía que eso no era tan cierto.

—No soy asombroso eso lo sabes. —Félix interrumpió mis pensamientos. Volví a recostarme en su pecho.

—No sé nada —murmuré.

—Maddie. —Levanté la cabeza, me había quedado dormida—. Llegamos a tu departamento.

Nos bajamos del taxi, y comencé a caminar hacia la entrada del edificio. Decidí que por esa noche, guardaría a Valentín y su mensaje en algún rincón de mi mente, al menos hasta el día siguiente. Me di cuenta de que estaba caminando sola. Me giré y Félix me miraba con las manos en los bolsillos.

—¿No vienes? —Extendí mi mano. Pareció que le costó trabajo decidirlo y luego de unos segundos, caminó hacia mí—. Voy a curarte esas heridas. —Soltó una risita y me miró sorprendido—. Está bien. En realidad, lo harás tú y yo miraré cómo lo haces. Apuesto a que te ves genial haciéndolo.

¿Por qué estaba siendo tan sincera?

—Está bien —respondió, meneando las cejas. Tomó mi mano y subimos al departamento. Apenas entramos, lo llevé al baño. Con la luz fuerte, noté lo morado que tenía cerca de uno de sus ojos y la sangre debajo del labio. La herida era bastante fea. Frunció el ceño—. Esto fuiste tú.

—¡Mentira! No estaba así antes. Además, esta herida no es en el labio, es cerca.

Rodó los ojos y me dio un beso corto y rápido.

—¡Ay! Mala idea, mala idea. Pero es que te ves muy bonita, ¿cómo es posible que viviendo tan cerca no nos hayamos encontrado antes?

Le entregué la pequeña caja de primeros auxilios y sacó la gasa.

—¿Me enseñas? ¿puedo hacerlo yo? —Alzó la mirada y el celeste de sus ojos me envolvió. Le pasé la mano delicadamente por el cabello.

—Solo... —Cogió un botecito y me lo entregó—. Hay que aplicar esto y luego poner la gasa. Es una herida pequeña.

Asentí e hice que se sentara. Maya, que estaba atenta a todos nuestros movimientos como si estuviera en guardia, saltó sobre sus piernas y se quedó allí, analizando la situación. Me imaginé que se preguntaba: ¿es este otro hombre o el mismo de siempre?

Levanté su rostro con cuidado y pestañeó varias veces mientras yo no hacía nada. Solo quería mirarlo y guardar ese momento en una botellita para llevarlo siempre conmigo.

Me demoré bastante aunque él esperó pacientemente. Sé que él podría haberlo hecho todo en un minuto, pero asumo que también me tomé más tiempo a propósito. Solo para tenerlo allí un rato más. Le di un beso en la comisura del labio, en el lado no herido.

—Creo que tú lo habrías hecho mejor.

Se puso de pie y se miró en el espejo. Comenzó a reírse.

—Probablemente —respondió.

Ay, así era estar con Félix. Mi ex lo había golpeado, su mejor amigo me enviaba mensajes románticos, le dije que me gustaba Valentín, pero él estaba en mi baño riéndose como un niño pequeño por mi intento de curación.

¿Qué hay de malo en disfrutar? Nada. La vida es demasiado corta para no aprovechar los momentos felices. Y ese era un momento muy feliz, a pesar de que sentía mi corazón roto. Sí, otra vez.

¿Serás tú el tercero en romper mi corazón?

—¿Por qué pones esa cara? —preguntó, imitando mi expresión de enojo.

—Porque hice un pésimo trabajo —mentí.

—La próxima vez que tu ex me golpee, podrás hacerlo mejor. —Meneé la cabeza reprimiendo la risa—. Debería irme.

Pronunció esas palabras y el lugar se hizo inmenso. Mi departamento creció kilómetros y, lo más importante, no quería que la noche terminara.

Me observó, y en un segundo me sonrojé.

Ok, ¿es el momento de divertirse? Oh, sí. Claro que sí.

Diversión, Maddie. Esto es solo diversión. Disfruta del momento, olvida todo lo demás.

—¿Quieres quedarte? —pregunté. Mi voz salió temblorosa—. Es muy tarde para que vayas a casa solo. O sea, si qui... —Carraspeé y no fue necesario que me mirara al espejo para ver lo roja que estaba.

—¿Es esto una propuesta indecente? —preguntó en tono de broma.

Me encogí de hombros.

—Puede ser —respondí. No esperaba esa respuesta de mi parte. Alzó las cejas.

—¿Estás segura?

Asentí con la cabeza.

Sentía que apenas me sostenía del nerviosismo por haberlo invitado a pasar la noche conmigo. Tenía tantas ganas de sentir otra piel junto a la mía, de tocar, que me tocaran, que se me hizo imposible dejarlo ir. Con cada segundo, el control de mi cuerpo se hacía más complicado.

Aquí soy consciente de que no me encontraba en mi mejor estado. En realidad, buscaba la aventura de una noche para no sentirme tan vacía después de la huida de Valentín.

—Voy a beber agua —murmuré.

¿Qué me pasa? Me siento como una niña. ¡Contrólate!

Le di comida a Gasparín que estaba en la sala, y me dirigí a mi habitación. Vi una de las imágenes más adorables que había presenciado en mi vida: Félix acostado sobre la cobija con los ojos cerrados, Maya arriba de él en su abdomen, y él haciéndole cariño.

—¿Estorbo aquí? —pregunté bromeando. Ladeó la cabeza y abrió un ojo.

En ese instante, me vino a la mente Valentín, y pensé que tener esa imagen con él como protagonista era algo lejano y probablemente utópico. Nunca pasaría. Menos con la tranquilidad y felicidad que tenía Félix en el rostro. Con tanta libertad. Alejé ese pensamiento de mí.

Valentín tenía un lado seductor, romántico, cautivador y hasta sus movimientos me parecían excitantes. Félix era dulce, así, sin más ni menos. ¿Y a quién no le gusta lo dulce? Quizás en exceso sea malo para tu salud —y yo ya llevaba dos días comiendo dulces—, pero en ese instante, nada me importaba menos. Esa noche quería eso. En la vida, en general, quizás deseaba otra cosa. Quizás deseaba la pasión de Valentín cuando me hablaba, y ver si me tocaba de la misma forma apasionada que las palabras románticas emanaban de su boca y mente. ¿Estaba mal querer tantas cosas a la vez?

Félix se puso de pie y caminó hacia mí. Se detuvo a escasos centímetros de mi cuerpo.

—¿Cómo vas a sobrar? Eres la única razón por la que estoy aquí.

Me debo lanzar por este chico. Llevo mucho tiempo con demasiada agitación y poca acción. ¿Qué combinación menos adecuada que esa?

Puse mi mano en su pecho y lo presioné para que se sentara en la cama. Me subí sobre él y le sujeté la cara. Nos quedamos mirando. No había tenido en cuenta que llevaba puesto un vestido,

pero fue una grata sorpresa que se elevara y al mismo tiempo llevara sus manos a mis muslos, que rápidamente avanzaron hasta mi trasero.

No dejábamos de mirarnos y absorber cada sensación de este momento. Bajé mis labios para besarlo, pero él apartó la cara para darme besos en el costado. Mi mentón, mi cuello... y así siguió, dejando una estela de humedad excitante en mi piel. Besos cortos y suaves. Mi clavícula, mi pecho, mi escote lo llamaba, pero él se negaba a ir allí. Probablemente para aumentar mi deseo, y vaya que lo lograba. Tenía mucho calor. Era como una hoguera.

Mis manos sostenían su cabello y se movían según él dirigía su cabeza. Quería. No, necesitaba besarlo. Así que lo forcé a mirarme y, de nuevo, él esquivó mi beso. Retrocedió.

Inesperadamente, una de las manos que tenía en mi trasero se desplazó hacia la parte posterior de mi cuello y me atrajo hacia él lentamente. Sentía su respiración agitada y pasé mis brazos por sus hombros para acercarme más. Nos empezamos a besar. Sus besos tenían un ligero sabor a sangre y pensé que eso formaba parte de nuestro destino de ser Edward y Bella. Eso me excitó aún más y quizás él también lo sintió así porque de pronto nuestros besos se volvieron intensos y un poco salvajes.

Su lengua invadía todo mi ser y ocupaba todos mis pensamientos. Empezó a bajar lentamente la cremallera de mi vestido. Cuando llegó al final, cogió el borde del vestido que estaba en la mitad de mi trasero y, arrastrando sus dedos, lo subió para sacármelo por la cabeza. Ese contacto generó una desesperación que me hizo separarme por un segundo para tomar aire. Quedé en ropa interior sobre él y le quité la camiseta.

Su complexión atlética y su rostro esculpido por los mejores artistas estaban allí, a escasos centímetros de mi cuerpo. Félix ya me tenía completamente cautivada. No fue hacia mi boca, sino que se dirigió directo a mi pecho. Con sus manos, y apretando con firmeza, me acomodó sobre él, de forma que sentí lo excitado que estaba.

Quizás fue la emoción del momento, nuestras respiraciones agitadas, nuestros besos sonoros o las pequeñas exhalaciones que hacíamos de placer; que no notamos que Ari había llegado y que yo tenía la puerta abierta.

—¿Por qué me sigues, Javier? ¿para qué vienes? —preguntó Ari llorando. Félix y yo nos separamos de inmediato—. ¡Ya terminaste conmigo! Ahora, vete con tu hermano.

—¡Pero no quiero que llores!

—¡Ah, mierda! Maddie. No avances, Javier.

Ya iba a medio camino de cerrar mi puerta, pero alcancé a ver a mi amiga con los ojos hinchados. Me cerró la puerta.

—¡Vete! —gritó. Se escuchó la puerta de su habitación y unos segundos más tarde, la de la entrada.

Miré a Félix con angustia. Hicimos un puchero al mismo tiempo. Me puse el vestido y él me ayudó a abrocharlo. Salí de la habitación. Ari iba saliendo de la suya. Al verme, hizo una mueca.

—¿Qué pasó?

—Aparte de que te interrumpí con Félix y no puedo sacarme esa imagen de la mente. Javier terminó conmigo —murmuró. Pasó junto a mí y caminó hacia la cocina. La seguí—. No, Maddie, tú... sigue con lo tuyo. Mañana podemos hablar.

—¿Estás loca? Tú eres más importante —respondí. Fui a abrazarla y empezó a llorar desconsoladamente.

—Santiago empezó a hablar mal de ti. Lo encaré y él se enojó. Me dijo cosas feas. Y Javier no me defendió. Al decirle eso, se molestó y terminó conmigo —dijo, sin tomar aire—. Soy una

imbécil.

—Ellos son los imbéciles, eso está claro. Ahora los odiamos a ambos.

Félix apareció vestido detrás de nosotras. Me dio un beso y se fue.

En las siguientes dos semanas, comprobé que no, no se podía morir de desamor. Más bien mantuve mi mente ocupada en Félix y el trabajo. Fueron días de puro trabajo con Valentín en la cafetería, y no hablamos de nada que no tuviera que ver con nuestro libro. La feria del libro se atrasó semanas debido a problemas con la editorial. Lo cual era bueno, porque así tenía más tiempo para asimilar lo que había ocurrido: Valentín finalmente eligiendo a Fabiana y luego actuado como si nada.

No hablamos de lo que sucedió en su cumpleaños. Fue mucho amor ese día, y todo terminó tan abruptamente como había comenzado: él corriendo tras Fabiana y yo yéndome con Félix al departamento. Me sentía triste y en parte traicionada, pero no podía hacer nada. Verlo cada día no hacía las cosas más fáciles, más bien me llenaba de angustia, sin embargo, yo me había metido solita en eso, y ese era precisamente el riesgo principal. De todas formas, sabía separar al Valentín por el que tenía sentimientos y al Valentín con el que tenía que hablar y escribir todos los días. Así que nuestras jornadas de trabajo fluían maravillosamente.

Entendía el problema con Fabiana, pero me hubiera gustado que al menos intentara explicármelo una vez más. O que admitiera que se había equivocado y que lo que sentía por mí no era tan real después de todo. Me tocaba vivirlo y superarlo.

Dado que Ari se fue a visitar a su hermana, quien también había terminado con su novio, con Félix nos vimos muchas veces en esos días. Era extraño lo que pasaba entre nosotros, como si nos hubiéramos saltado meses de amistad. Sentía que él sabía que estaba triste y la razón, aunque no dijo nada, más bien se esforzó para que cada momento que compartíamos fuera increíble. Con él me sentía cómoda, libre y nada de lo que hacía me daba vergüenza. Era como estar con alguien con quien sabes que todo estará bien. Las salidas con Félix, su romanticismo y la diversión me sacaban de la cabeza a Valentín,a veces casi por completo. Besos iban y venían, ¿qué tipo de locura había que padecer para no querer besarlo?

Valentín sabía de mis salidas con Félix, aunque no sabía que con Félix éramos solo amigos con algunos beneficios, pero no estábamos armando ninguna relación. Es más, se me metió en la cabeza que el rechazo de Félix al amor era porque también sufría por amor por alguien más.

Valentín escribía frente a mí con una expresión preciosa de concentración. Mis ojos lo espiaban constantemente, esperando a que levantara la mirada y se encontrara con la mía. De repente dejó de escribir y me miró seriamente.

—Me aburrí de la cafetería. —Señaló alrededor—. Quiero que escribamos solos, Mads. Ya he aguantado esto dos semanas y ya no puedo más. Tengo que hablar contigo.

—¿Vas a repetir lo mismo que antes? —pregunté, dirigiendo mi vista hacia la computadora.

—Quiero decirte qué pasó en mi cumpleaños.

—¿Después de dos semanas?

—Sí. Puede sonar egoísta, pero no puedo sentirte tan lejos.

Alcé la vista.

—¿Qué quieres decir?

—No he estado con Fabiana en todo este tiempo. Quiero explicarte por qué no te lo había dicho.

38. Escoge: él o tu libro

Valentín

Y de repente, mi vida se redujo al momento en que acepté que había perdido a Mads, sin haberla tenido realmente. Tenía que asumir que las cosas eran así, que entre nosotros no funcionaría y por más que lo intentáramos, no resultaría, ya que cualquier error podría ser aprovechado por Fabiana para arruinarlo todo.

La puerta del departamento se abrió. No esperaba que Félix llegara, pensé que se había quedado con Mads. Por eso seguía en la sala, lamentándome por mi vida y mis decisiones desacertadas.

—¿Vas a tomar un café ahora? —Fue lo primero que dijo. No quería mirarlo, estaba molesto con él; aunque nunca fui sincero acerca de lo que sentía porque él también era amigo de Fai. Se quedó observándome—. ¿No vas a decir nada?

—No puedo dormir —respondí. Mi voz apenas salió; estaba exhausto, pero sabía que por más que intentara dormir, no lo conseguiría.

—Sabes que eres más importante —dijo de repente, sirviéndose un vaso de agua. Colocó el vaso junto a mi café. Intercambiamos una sonrisa—. Me refiero a que si me dices que estás enamorado de ella, me apartaré.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? —pregunté, apartando la mirada.

—Eres mi mejor amigo, Valentín. Maddie es asombrosa, pero sigo prefiriendo tener tu amistad. Amigos antes que chicas. —Suspiró ampliamente y se sentó en el sofá. Yo me quedé donde estaba, apoyado en la mesa larga que separaba la cocina de la sala—. No soy tonto y no voy a decir que no sabía que te gustaba. Aunque pensé que eso era todo. Como cuando trabajo con gente que me atrae y hay coqueteos y miradas, nada más. ¿Estás enamorado de Maddie?

Levanté la mirada. Le creí a mi amigo que si le contaba sobre mis sentimientos hacia Maddie, él se alejaría de ella; ¿a cambio de qué? No podía estar con ella en ese momento y quizás el momento nunca llegaría. Tal vez lo único que lograría al contarle la verdad a Félix era alejarla de alguien que tal vez podría hacerla feliz.

Pensé seriamente en decirle la verdad: que estaba enamorado, solo para que se alejara de ella y yo no tuviera que sufrir al verlos juntos. Pero mi egoísmo tenía límites y había sido egoísta durante demasiado tiempo.

Además, me imaginé a Mads descubriendo que yo era el responsable de alejar a Félix de ella. ¿Qué significaría eso para mí? ¿podría siquiera considerarme su amigo?

—¿Te importa mucho? —pregunté. Él sonrió.

—Sí, me importa mucho. Aunque cuando te dije en la fiesta que no nos íbamos a casar y todo eso, lo decía en serio. No estoy enamorado de ella, por eso te digo que puedo ceder. Aunque no

es lo que quiero.

—Me gusta Mads, pero no tengo nada que ofrecerle.

—¿Terminar con Fabiana no es una opción? —Me miró con culpa. Él conocía a Fabiana desde antes que yo. Dudé unos momentos si contarle toda la verdad. Suspiré.

—Amenazó con arruinar la carrera de Mads si terminaba con ella. —Félix me miró como si no lo creyera—. Y no solo eso, su mamá tiene cáncer. Me pidió que no la dejara sola.

—Val, entiendo que quieras apoyarla, pero si ya está amenazando a Maddie, ha cruzado una línea. —Frunció el ceño y se llevó la mano a la barbilla—. No sé por qué hace esto. Quiero decir, entiendo que te odie porque te gusta alguien más ahora, pero de ahí a amenazar a Maddie, me parece completamente irracional. Hablaré con ella. La llamaré.

—No creo que sea lo mejor, al menos no por ahora. Está furiosa como si fuera otra persona. No la reconozco. —Caminé hacia el sofá y me dejé caer junto a él—. La acompañaré un poco más con lo de su mamá, pero no como su novio. Terminamos, pero no puedo arriesgar a Mads. —Mis ojos se humedecieron y me enfoqué en la taza de café en mis manos. ¿Desde cuándo me volví tan sensible?—. Y sí, está mal. Nunca pensé que fuera así o capaz de amenazar con algo así. De todas formas, ha sido mi compañera durante años y no puedo dejarla sola con esto.

—Me siento mal por decir esto, pero ya no descarto nada. ¿Estás seguro de que lo de su mamá es real?

—¿La verdad? No tengo idea de nada, solo esperaré unos días para calmar un poco la situación.

Félix asintió lentamente.

—Creo que haría lo mismo en tu lugar. Acompañarla con lo de su mamá está bien. Fabiana está rodeada de gente y aún así no tiene amigos, solo su hermana. —Se pasó las manos por las rodillas—. Ahora sobre Maddie. Dejaré de verla.

—No. —Negué con la cabeza—. No quiero interferir en lo que ustedes tengan.

—¿Qué quieres que haga?

—Nada, sigan en lo que están. —Esbocé una sonrisa, aunque me costaba—. ¿Y si es el amor de tu vida y no el mío? —pregunté, con una expresión de duda. Apenas dije eso, me sentí como el ser más desdichado del planeta. Del mundo. De la existencia.

Soltó una carcajada.

—Ay, no empieces con tus frases románticas. No existe eso del amor de la vida, Valentín. Más bien existen los amores en general. Amores de un instante, un momento, un tiempo, etc. Me gusta ella y nos divertimos juntos, pero es eso —agregó. Entendía lo que quería decir Félix. No estaba listo para tener algo serio después de que su ex lo engañara. Aunque enamorarse o no de Mads, o de alguien en general, no es algo que escojamos—. ¿Será esto un problema para nosotros?

Negué con la cabeza.

No puede ser un problema. No puedo interponerme en algo así.

—No lo será.

Después de dos semanas trabajando con Mads, no habíamos hablado de esa fatídica noche de mi cumpleaños. Fue como si todo hubiera quedado claro desde el momento en que me fui tras Fai.

Nos reunimos casi todos los días para escribir en una cafetería. Así que la intimidad que se generaba entre nosotros cuando escribíamos solos no se repitió. Pero las reuniones no eran

menos intensas por eso. Las palabras que ansiábamos decir trascendían nuestras miradas; y cuánto deseábamos estar a solas se sentía con cada roce ocasional de manos cuando intercambiábamos computadoras o libretas.

Los sentimientos, al menos los que yo sentía, eran iguales a los de Daniel. Lo que quemaba mi corazón también quemaba el suyo. Y ella parecía dar señales de lo mismo cada vez que escribía.

Estuve a punto, o quizás demasiadas veces, de decirle la verdad sobre Fai. Podría haberle contado que Fai me amenazó con destruir su imagen, pero, ¿y luego qué? Finalmente, la pondría en una posición terrible. Me parecía más sensato que creyera que no iba a dejar a Fai, que la acompañaría. Era mejor eliminar cualquier rastro de sentimientos románticos.

También estaba la posibilidad de que quisiera estar conmigo de todas formas, pero si Fai hacía algo, no me perdonaría ser el culpable de arruinar todo lo que Mads había logrado en tan poco tiempo de escritura. Recién la estaban conociendo y queriendo, sería como lanzarla al vacío antes de que ganara altura. No lo podía permitir, porque sabía que ella tenía un gran potencial.

Por otro lado, Mads y Félix parecían pasar cada vez más tiempo juntos. Era extraño, como si los dos se necesitaran. Desde el día que se conocieron, no se separaron. Y yo no podía hacer nada. Usé eso como excusa para dejarlos ser, aunque mi corazón ardiera cada día al ver a Mads. Nuestro momento en la azotea parecía tan lejano, no solo en términos de tiempo, sino distante entre nosotros. Nosotros escribiendo en una cafetería. ¿Dónde quedó el mundo en el que entrábamos solos los dos?

—Estos cafés no son como los que preparas tú —le dije un día. Arrugó la cara al probar el primer sorbo. Me sonrió, aunque no dijo nada. Estaba enojada conmigo y no la culpaba en absoluto. Si le hablaba del libro, podíamos hablar durante horas e incluso bromear al respecto, pero hablar de otras cosas era como hablar con otra persona.

—No le digas nada de mis cafés a Ari que después de que renuncié ha tenido que trabajar el doble —murmuró, mirando la computadora—. ¿Terminaste de revisar el capítulo?

—Me falta un poquito —respondí.

—Muy bien. ¿Llegó tu mamá de Francia?

—No, aún no. Está mi papá. Me he quedado con él estos días. —Mads alzó las cejas, como si hubiese entendido por qué no me veía cuando iba con Félix a la casa, aunque en realidad no tenía idea de si ellos lo hacían o no.

En esas dos semanas, vi poco a Fai, pero sí me preocupé de preguntarle por su mamá. Ya no éramos una pareja, eso estaba claro. Ni tampoco ella intentaba serlo, parecía alguien totalmente distinta y eso me preocupaba igual. Intenté hablar con ella para que dijéramos públicamente que no estábamos juntos, pero Mads y las amenazas salieron a la conversación. Era un desastre. Odiaba ser parte de eso.

—Valentín... —Mads me observaba con el ceño fruncido.

—¿Pasa algo?

—Llevo mucho rato hablándote y estabas como en otro mundo. —Se encogió de hombros—, ¿estás bien? —Me observó fijamente. No sabía qué expresión tenía en mi rostro, pero ella resopló—, ¿estás bien? —Repitió la pregunta.

Dos semanas, era todo lo que podía soportar. No podía más. Lo que tenía que pasar, pasaría.

—Me aburrí de la cafetería. —Señalé a nuestro alrededor—. Quiero que escribamos solos. Ya he aguantado esto dos semanas y ya no puedo más. Tengo que hablar contigo.

—¿Vas a decirme lo mismo de antes? —preguntó a la defensiva.

—Voy a contarte lo que sucedió en mi cumpleaños.

Esbozó una sonrisa como si no creyera lo que decía. Parecía más enfadada de lo que yo creía, o tal vez herida.

—¿Dos semanas después?

—Sí. Puede sonar egoísta, pero no puedo sentirte tan lejos.

—¿Qué quieres decir?

—No he estado con Fabiana en todo este tiempo. Quiero explicarte por qué no te lo había dicho.

—¿Qué estás...? —Agitó la mano—. No, no quiero saber.

—¿Por qué?

—Sabes por qué —musitó, volviendo la vista a la computadora. Cerré la computadora con la mano. Resopló y miró alrededor—. Tú sabes por qué.

—¿Qué quieres que haga?

—Nada. —Se rascó la frente y ladeó la cabeza con los ojos brillantes, como si estuviera a punto de llorar. Puse mi mano sobre la suya y no la apartó, luego la posé en su mejilla para que me mirara.

—No me digas que no haga nada —pedí, olvidando por completo que no estábamos solos—. La razón por la que he estado tan distante no es porque haya cambiado de opinión, todo lo contrario, cada día que hemos pasado aquí ha sido una tortura. Quiero que escribamos solos. No puedo seguir así, es mucho ruido, mucha gente, muy poco de nosotros. Y yo quiero mucho más de nosotros. —Llevaba días con palabras, frases e incluso poemas atascados en la garganta. Eran mis sentimientos desbordándose como nunca antes.

Tragó saliva y apartó la vista de mí.

—Estoy con Félix —replicó, obviando cada una de mis palabras. Me dolió tanto su indiferencia. Dos semanas antes, estaba dispuesta a estar conmigo, pero ahora ya no. ¿Había sido tan fácil para ella? ¿por qué para mí era como morir cada día ante la desesperación de tenerla cerca y lejos al mismo tiempo?

—Eso no es cierto —repliqué de inmediato. Frunció el ceño.

—¿Y cómo puedes saberlo?

—Porque estás con él para hacer más fácil que nosotros no estemos juntos.

Respiró profundamente y luego esbozó una sonrisa fingida.

—¿Por qué no te bajas de la nube? El mundo no gira a tu alrededor —respondió, fríamente.

—Es la verdad. —Estaba seguro de que era la verdad, porque la otra opción, que realmente quisieran estar juntos, no me la permitía creer. No era una opción para mí.

—Como quieras. —Resopló—, ¿Nos vemos mañana? Estoy cansada.

—¿No vas a dejarme explicarte qué pasó?

—No me interesa. —Me sostuvo la mirada, pero seguía con los ojos llorosos.

—Entonces no voy a escribir más si no me escuchas.

—¿Y me vas a acusar con tu mamá también?

—Sí.

No pudo evitar reírse y rodó los ojos.

—Eres una pesadilla, Valentín. Vamos a tu departamento, ese capítulo no se va a terminar con tanta gente alrededor.

Me senté en el sofá. Mads se desplomó junto a mí y se apoyó con el codo en el reposabrazos. Me miraba sin decir palabra.

—Dime la verdad —dijo con calma, lo que me dejó sin palabras—. Te creo que estás apoyandola. No quiero estar con alguien que sigue acompañando a su ex novia —murmuró, haciendo una mueca—. No me malinterpretes, creo que es lindo lo que haces, pero prefiero algo más simple.

—Como Félix.

—No, Valentín. Como tú, pero sin novia. ¿Podemos seguir escribiendo? Tenemos que enviar este capítulo hoy y ya está haciéndose tarde. —Elevó la mirada, y al ver que yo no decía nada, frunció el ceño—. Deberíamos habernos quedado en la cafetería. —Me pegó con un cojín en la cara—. Deja de mirarme.

Solté una carcajada.

—¿Por qué? ¿te pongo nerviosa? —pregunté, bromeando. Luego suspiré frustrado—. Terminé con ella el mismo día de mi cumpleaños —musité. Apoyé mi cabeza en el respaldo del sofá.

Mads me acercó su celular a la cara. Era la cuenta de Instagram de Fabiana. Había subido una foto antigua de los dos por la mañana. En la descripción escribió sobre lo mucho que nos amábamos.

—¿Me estás mintiendo?

—Me dijo que destruiría tu carrera —confesé, finalmente. No me había sentido tan liberado desde que le confesé que la quería. No me atreví a mirarla de inmediato, sino que dejé que procesara la información. Luego añadí—: Me dijo que si yo estaba contigo y no la apoyaba en la enfermedad de su mamá, entonces publicaría que la engañé contigo. Me dijo que era capaz de subir un video en el que ella llorara y dijera lo necesario para poner a la gente en tu contra. —Ahí incliné la cabeza hacia Mads. Tenía los ojos llorosos.

—¿Has estado todo este tiempo con ella por temor a que sus fans me hagan la vida imposible? —preguntó, a media voz. Se quedó con la boca semiabierta.

—No, no he estado con ella. Solo la he apoyado con lo de su mamá. ¿Lo entiendes ahora? —Me incorporé y la miré fijamente—. Quería hacerte creer que había sido un idiota y que me había quedado con ella. No quería ser egoísta, y meterme entre tú y Félix cuando en este momento no tengo nada que hacer, nada que ofrecer más que las amenazas de mi ex.

Ella parecía notablemente perturbada.

—Valentín, no sé qué decir. —Movió la cabeza—. ¿No has cambiado de opinión sobre nosotros?

—Ni por un minuto. Pero no te voy a poner en riesgo, solo quería que lo supieras porque sé que estás molesta conmigo por no decirte nada. No me atrevía a decirte la verdad, pero tampoco quería mentirte.

—Entonces, ¿realmente no podemos estar juntos? —musitó, interrumpiéndome. Bajé la mirada. Me dolió mucho escuchar esas palabras salir de su boca. No podía creer que algo tan real fuera imposible.

—No soportaría si ella arruinara tu carrera. Preferiría morir antes que eso.

—¿Crees que lo haría? ¿de verdad? —Quiso saber. Por un instante pareció que quería que le dijera que no, que estuviéramos juntos, que nada iba a pasar.

Me encogí de hombros. No podía asegurarlo.

—No lo sé. Solo la he estado acompañando por lo de su mamá, más bien me he mantenido en contacto. Estamos oficialmente separados, Mads. Pero ella está obsesionada contigo.

Resopló.

—La odio. La odio. —Se quedó en silencio, pensando. Una lágrima rodó por su mejilla—. La odio porque te quiero mucho —dijo de repente. Inclinó la cabeza y me miró—. Me gustaría decirte que no importa, que arruine todo, pero...

—No tienes que decirlo. Lo entiendo perfectamente. No te lo había dicho porque eso lo convertiría en realidad, haría real que nosotros no podemos estar juntos. —Me distraje por la vibración constante de mi celular. Tenía muchos mensajes de Ally y diez llamadas perdidas de Fabiana.

Ally: ¿Por qué no han enviado el nuevo capítulo?

—¿Debemos enviar el capítulo? —preguntó, arrugando la nariz.

Fai comenzó a llamarme de nuevo, respondí de mala gana.

—Hola... —Fabiana no decía nada—. ¿Estás bien?

—Sí, solo quería saber si estás en tu departamento.

—¿Para qué? —pregunté, brusco—. Estoy trabajando. No puedo hablar.

—Ah, ¿no?

Miré a Mads; se mordía el interior del labio con la mirada perdida en sus manos. De pronto, la puerta del departamento se abrió de golpe. Fabiana entró con el celular en la mano. Ni siquiera me miró a mí. Se dirigió a Mads.

—Maddie, ¿sabes cuánta gente me sigue? —preguntó, con la voz temblorosa. Me señaló—. Bravo, me lo quitaste. Pero, ¿sabes qué? Nunca vas a poder estar con él. A menos que decidas ser una inútil para siempre y recibir tanto odio que no quieras salir ni a la calle. —Tragó saliva y le mostró sus redes sociales—. Cuatro millones de seguidores. Cuatro. ¿Con cuántos te podría hacer la vida imposible?

—Yo... Fabiana, no... —Mads dio un paso atrás.

—Fai, sal del departamento. Ahora. No tienes derecho a es...

—Escoge ahora —bramó, sin tomarme en cuenta—. Tienes treinta segundos para que escojas antes de que esta publicación que tengo preparada sobre ti esté arriba: él o el libro. ¿Qué es más importante para ti? Él o el maldito libro. Créeme que no puedes tener a los dos.

39. ¿Es esa tu elección?

Maddie

No suelo tener estos pensamientos, pero, ¿podría alguien hacer desaparecer a Fabiana?

—Me voy —murmuré. Llevé la mano a mi garganta, sintiendo un ligero ardor. Valentín sacudió la cabeza.

—No, Mads. No te vayas. —Se dirigió a Fabiana—. ¿Sigues amenazando con lo mismo? ¿quieres que no te hable nunca más? —Comenzó a caminar con ella hacia la puerta—. Tú y yo no estamos juntos. Podemos ser amigos, pero nada más.

Fabiana ladeó la cabeza hacia mí.

—¿Sabes cuántos años estuve con él? —Inhaló profundamente con la mirada en el techo—. No estoy diciendo que sea tu culpa, es la culpa de él, lo sé. —Quería llorar, pero no iba a dar otro espectáculo, con Fabiana llorando era suficiente. Tenía que alejarme de allí, ya no podía aguantar más—. Ustedes me llevaron a esto, y ya que decidieron seguir adelante con algo que no correspondía, entonces yo también haré algo que no corresponde. ¿O eso es solo para ti, Valentín?

—No es...

—Así que se sorprenden y creen que soy la peor por hacer esto, pero tú me engañaste con ella —dijo señalándome—. ¿En serio soy la villana de esta historia?

La observé y sentí el dolor en sus ojos. Me dio lástima que yo en parte fuera la causante de que estuviera así. La vi capaz de cualquier cosa, incluso de destruirme a mí y a Valentín. Comprendí que ella era del tipo que, si caía ella, todos caíamos.

—Haz lo que quieras. Lo que tú hagas, es lo que eres. Si quieres hacerme la vida imposible yo no te voy a detener. No puedo poner mi vida en manos de tus decisiones, así no es como funciona. —Salió más frío de lo que quería, pero era la única forma de decirlo sin llorar.

Porque sí, soy de esas chicas que lloran cuando se enojan.

Al ver mi expresión, Valentín puso una mirada de lástima. Fabiana chasqueó la lengua y alzó una ceja con desprecio.

—Vamos, Fabiana. No hagas esto, te lo pido por todos los años. Somos amigos, ella no tiene nada que ver.

¿Por qué tengo que estar en esta situación? No es justo. Estoy enamorada de ti, Valentín. Pero no voy a arriesgar mi futuro ni mi vida por ti.

—Yo me voy —dije, pasando por su lado hacia la puerta.

—Mads, espera.

—Entonces eliges tu libro —murmuró ella. Me detuve de espaldas y tomé una respiración profunda para no perder la calma.

—Te dije que no voy a elegir porque tú me lo digas. Apenas sé quién eres. —Me giré y la enfrenté—. Dame mil opciones si quieres, pero tú no controlas ningún aspecto de mi vida.

—Eso crees tú.

—Ya, detente. —Valentín resopló enfurecido. Nunca lo había visto con esa expresión—. Vete ahora, y olvídate de mí. Me aburriste. No sé qué te pasó. No eres la misma; y la verdad es que no quiero saber más de ti. Me tienes aburrido. Me equivoqué, sí. Lo admito. ¿Soy una porquería? Sí, también lo creo. Haz lo que quieras conmigo, pero no con Mads.

Ella dio un respingo y tragó saliva, sin dejar de mirarlo a los ojos. Estaba a punto de matarlo con la mirada; menos mal que eso no era posible.

—Muy bien —dijo, tomando su celular.

Quise lanzarme sobre ella o quizás tomarla del cabello y arrastrarla por el departamento. Pero pensé que eso era lo que quería: tener material para publicar sobre mí. Imaginé el desastre que resultaría si decía que la había golpeado. Aun así, la decisión de no tirarla por la ventana me llevó más tiempo del necesario. No dije nada más y me dirigí hacia la puerta nuevamente. Me sentía cada vez peor.

—Maddie —dijo en voz alta. No me giré y seguí caminando—. Maddie, voy a publicar algo tuyo. Date vuelta. —Quería correr, que publicara lo que quisiera, pero mi valentía fluctuaba; y en un instante vi todo lo que habíamos logrado con Valentín, en la basura. Me giré, apretando la mandíbula con fuerza. Valentín parecía desolado—. Así me gusta, obediente como eres, ¿eso es lo que te atrajo de ella? Entrometida y obediente —rio, burlándose.

En ese momento me di cuenta de dos cosas: primero, que ni Valentín ni yo teníamos ni siquiera un rastro de instinto asesino, porque habría aflorado inmediatamente; segundo, que aunque sentía que estaba hasta el tope de sentimientos por Valentín, tampoco podía decir que estaba perdiendo al amor de mi vida. Nuestra relación se basaba en nuestro libro y en los momentos prohibidos que habíamos compartido. ¿Y si en libertad no nos gustábamos tanto? No lo sabía. ¿Podía arriesgar mi carrera por algo de lo que no estaba segura? No.

—Fabiana —empecé a decir, sintiéndome terrible y hasta un poco mareada—. Yo estoy con Félix. Estoy... estoy enamorada de Félix —mentí—. Sí, es cierto que me confundí con Valentín, pero no estaría con su amigo si todavía sintiera algo por él. —Me atreví a mirarlo. Parecía como si todas las emociones lo hubieran abandonado. ¿Me miraba con odio? ¿desprecio? ¿realmente me creía? ¿tan fácil, Valentín?

—¿Lo ves ahora? No estoy contigo —le dijo a Fabiana, exhausto—. Y tampoco estoy con ella. Ella está con Félix.

—Bien —respondió, guardando su celular en el bolsillo como si fuera un arma que estuvo a punto de disparar.

Apenas crucé la puerta, comencé a llorar. Valentín salió detrás de mí y bloqueó mi camino.

—Lo siento —susurró—. Y quiero dejar de decirlo, pero ya no sé qué hacer.

Negué con la cabeza, no podía hablar. Él intentó abrazarme, pero me aparté porque Fabiana nos podía ver. Ese pensamiento me irritó aún más.

—Me duele mucho la garganta, déjame ir. —Ni yo sabía si lo decía por el momento o para siempre. Mi celular vibró en mi mano y temí que Fabiana hubiera publicado algo.

Ally: Chicos, no puedo esperar mucho más para el capítulo. ¡Ah! Y finalmente el viaje será el viernes, no el sábado. Me costó encontrar boletos.

Lo que faltaba.

—Terminaré yo —murmuró, apartando un mechón de cabello de mi oreja. Negué con la cabeza.

—Ven a mi departamento en un rato —musité.

—Vamos ahora, tengo que buscar...

—No —pedí—. Quiero estar sola aunque sea unos minutos.

Cuando llegué al departamento, encontré a Ari comiendo un enorme pote de helado mientras veía una película romántica.

—Odio a los hombres —dijo en cuanto me vio. Me dejé caer junto a ella y le quité el helado.

—Yo también. —Se giró sorprendida—. ¿Pasó algo con el chico?

—No, es Valentín.

Resopló y frunció el ceño.

—¿Por qué te interesas en el inalcanzable?

Me acurruqué y le conté todo, incluyendo que él no estaba con Fabiana y que ella estaba loca. Cuando terminé de hablar, me di cuenta de que me había comido todo el helado que quedaba.

—Perdón. Te compraré otro.

—Esa chica... la voy a matar —murmuró, entrecerrando los ojos—. Y parecía tan amigable. Si la veo, no la dejaré en condiciones de hacer otra de sus rutinas de ejercicios por un buen tiempo —gruñó. Me reí.

—Tiene el corazón roto.

—No la justifiques. Yo también lo tengo roto, pero no ando desquiciada por el mundo. —Me dio un golpe en la cabeza—. ¿Y Félix?

—Es un amor —resoplé y dejé caer la cabeza hacia atrás—. Creo que somos la vía de escape del otro para enfrentar esto que llaman vida y el amor no correspondido.

Ari bufó.

—¿Y...?

Solté una risita.

—No, no ha pasado nada de eso desde que nos interrumpiste. Oye —dije, frunciendo el ceño —. No me dejes sola otra vez.

—Sí, perdón, necesitaba cambiar de aire. Sabía que Javier no me iba a enviar ni siquiera un mensaje. No quería esperar a que llamara a la puerta —musitó, con la cabeza baja.

—¿No te dijo nada más? —Rodé los ojos—. Típico de esa familia. Luego vendrá llorando, cuando estés mucho mejor. —Su celular empezó a sonar escandalosamente—. ¿Volviste a instalar la aplicación para conocer chicos?

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tú crees que pierdo el tiempo? —respondió riendo—. Sí, corazón roto y todo, pero no voy a estar llorando ni pensando en lo miserable de mi vida. —Se levantó de un salto—. Me voy a arreglar, que ya tengo una cita.

Media hora después, Valentín llegó. Se había duchado, tenía el cabello húmedo y olía exquisito. También llevaba otras ropas, más deportivas. Nunca lo había visto así, y me pareció que se veía increíblemente atractivo.

—Manos a la obra —murmuré. Abrió la boca con todas las intenciones de hablar sobre el tema, por la expresión que hizo—. No, no. Primero el capítulo. Ally me ha enviado como diez

mensajes. Sonrió con los labios cerrados y asintió.

Nos acomodamos en el sofá, y Valentín empezó a leer lo que llevábamos escrito.

—Las clases de cocina en la empresa han ido mejor de lo esperado. Incluso los empleados han pedido que se hagan durante dos semanas más. Eso significaría tener a Phoebe cerca de mí por más tiempo. Después del beso que nos dimos, las cosas se volvieron más incómodas, pero eso no significa que me arrepienta. De hecho, no podía sacármela de la cabeza. Nunca lo hubiera esperado, y al besarla me di cuenta de los sentimientos que había mantenido ocultos. ¿Habré estado enamorado de Phoebe desde siempre? —leyó Valentín en voz alta. Me miró con las cejas en alto.

—Mmm... que Phoebe se quede preparando el menú del día siguiente en la cocina de la empresa. Es tarde y está cansada, pero no quiere irse al hotel. Su novio apenas la ha llamado, y siente que Daniel está más distante que cuando vivían en diferentes ciudades. Parece que él la evita. —Me encogí de hombros—, ¿deberíamos agregar eso?

Valentín me escuchó atentamente. Se veía fatigado y sentía el impulso de abrazarlo. Me guiñó un ojo y empezó a escribir.

—Se me hizo tarde revisando los contratos, y tampoco me apetecía llegar a casa. Sara llevaba varios días haciéndome escenas de celos por Phoebe. Lo que al principio no le importó, de repente se convirtió en un gran problema. Sobre todo cuando vio a Phoebe en mi oficina. Apagué la computadora y apoyé mi cabeza en mis manos. Mis ojos ardían. De pronto, escuché unos pasos fuera de mi oficina. Levanté la vista, pensé que estaban limpiando, pero era Phoebe a punto de tocar mi puerta. —Valentín ladeó la cabeza hacia mí—. Hasta ahí llegué.

—Mmm... Dame la computadora. —Me la entregó y comencé a escribir sin pausa. Cuando terminé el capítulo y me sentí satisfecha con lo escrito, lo miré. Valentín se había quedado dormido. Se veía hermoso. Tuve ganas de apoyar mi cabeza en su pecho y que me dijera que todo iba a estar bien. También tenía ganas de compartir en voz alta frases de amor que solo decía en mi mente—. Valentín —susurré. Giró la cabeza y abrió los ojos con dificultad.

—Oh, soy un mal compañero de trabajo. —Se frotó las manos en la cara.

—Cuando no me miras, avanzo más rápido —reí—. Lo terminé, revísalo.

—¿De verdad? ¿cuánto dormí?

—Alrededor de una hora, supongo. —Le entregué la computadora, y le costó unos segundos despertarse. Somnoliento, comenzó a leer el capítulo. Cuando terminó, levantó la mirada y me sonrió. Se veía muy atractivo, y era difícil resistir las ganas de tocarlo.

—Eres asombrosa —afirmó con confianza. Abrí la boca para decirle que estaba exagerando, pero alzó la mano para que no hablara y comenzó a leer una parte de lo que había escrito con una emoción que me erizó la piel—: Comencé a caminar tras Phoebe, como si ella fuera la dueña del lugar y yo no supiera dónde estaba parado. Hechizado, extasiado e incluso emocionado. No había ni un rastro de culpabilidad o remordimiento, porque sentí que todo lo que había ocurrido me llevó a ese momento. Llevaba el cabello recogido en un moño, y mi mirada estaba perdida en su cuello descubierto.

Bajamos en el ascensor sin pronunciar una palabra, porque decir algo habría significado que debía irme, así que no me atreví. Entramos a la cocina, especialmente diseñada para ella y para las clases. La vista de Nueva York desde allí era impresionante, y comprendí por qué le costaba irse al hotel. Al frío hotel. —Valentín apretó los labios y me miró nuevamente. Me sentí avergonzada de inmediato y ladeé la cabeza, reprimiendo una risa.

—¿Te gustó?

—Mads, ¿podrías leer el último párrafo? Quiero escucharte —dijo, acercándose más a mí. Fijó sus ojos en los míos y, sin apartar la mirada, me entregó la computadora.

—Me da vergüenza —confesé, ocultando mi rostro tras la computadora. Valentín estiró el brazo y me obligó a bajarla. No me creía—. Es verdad.

—Por favor —suplicó. Solté una carcajada y, a regañadientes, empecé a leer.

—No me había atrevido a mirar a Phoebe cuando daba sus clases, como si hacerlo me hubiera condenado definitivamente a caer rendido a sus pies. Pero ya no tenía opciones si la seguía a la cocina. Cada uno de sus movimientos era suave, rítmico y perfecto. Picar, cortar, ordenar, cocinar y servir. Dejó un plato de pasta frente a mis ojos y culminó con una hoja de albahaca en el centro. No dejé de mirarla ni un solo segundo. Lo que pasó por mi mente lo terminé diciendo en voz alta. —Me quedé en silencio y sonreí. Valentín meneó las cejas.

—¿Por qué te fuiste, Phoebe? ¿por qué te fuiste? —prosiguió Valentín, con un toque de drama que me hizo reír—. Complementaste perfectamente lo que yo había escrito —contestó. Tomó la computadora—. Me siento inspirado. Voy a escribir y te voy leyendo.

—Soy toda oídos. Ahora narrado desde la perspectiva de Phoebe.

—No sabía cómo responder a su pregunta. Me había ido por él, pero no me atrevía a decirlo en voz alta, ni mucho menos a él. No sé si lo notaba, pero mis manos temblaban todo el tiempo, a pesar de lo cómoda que me sentía. Abrió una botella de vino y nos sirvió a ambos. —Valentín alzó la vista, como si quisiera asegurarse de que lo estaba escuchando.

Dios mío, esto es demasiada emoción. Yo también tiemblo como Phoebe y no sé si él se ha dado cuenta de lo nerviosa que me pone.

—Vino. Muy buena elección de Daniel —comenté.

Valentín entrecerró los ojos y comenzó a escribir nuevamente.

—Sentí una gota de sudor resbalar por mi espalda, provocada por el calor de la cocina y por el calor que él desprendía. Me propuse comer rápido y finalizar la cita que estábamos teniendo porque no era adecuado. —Hizo una pausa. Tragué saliva, y noté cómo mi corazón latía con fuerza en mi pecho, con tanta intensidad que me desesperaba. Se puso de pie con la computadora entre sus manos, y yo me recosté en el sofá. Siguió leyendo en voz alta, y empecé a cuestionarme seriamente qué estaba haciendo con mi vida—. Daniel me observó fijamente, sin decir una sola palabra, y yo tampoco sabía qué decir. Esa misma noche habíamos alcanzado un nivel de intimidad profundo. A pesar de haber sido mejores amigos durante mucho tiempo, nunca había sentido que el aire estuviera tan cargado a nuestro alrededor, saturado de nada más y nada menos que deseo. —Valentín guardó silencio y me miró fijamente.

El aire, cargado de deseo. Dios, ayúdame. ¿Está el aire cargado de deseo? ¿me estoy volviendo loca?

Tragué saliva notablemente.

—Muy intenso —dije finalmente. Eso era lo que sentía. Mucha intensidad. Rayos, no sabía si lo que me tenía tan extasiada era lo que contenía el escrito de Valentín o que lo hubiera escrito él mismo y que luego me lo leyera. No sé, era un conjunto de factores que me tenían al borde de la locura.

—¿Intenso? ¿es lo único que tienes para decir? —Dejó la computadora en la mesita. Se veía precioso desde donde estaba yo. Bueno, siendo sincera, ese chico era guapo desde cualquier ángulo. Alzó una ceja.

—¿Qué?

—¿A qué te refieres con eso?

Solté una risita.

—Está perfecto, ¿qué quieres que te diga? ¿qué sigue?

—Dímelo tú. —Extendió la mano para que me pusiera de pie. No sabría cómo describir la forma en que mis extremidades vibraban y hormigueaban. Además del obvio caos en mi mente.

¿Me pongo de pie? ¿no me pongo de pie?

Decidí no tomar su mano.

—Que Phoebe le diga que debe volver a su casa —respondí. Valentín se metió la mano en el bolsillo y resopló.

—Está bien. Voy a escribir eso. ¿Y por qué?

—Porque su vida está allá y en Nueva York no está logrando nada más que un posible corazón roto —repliqué con obviedad.

—¿Crees que Daniel le romperá el corazón?

—Sí.

—¿Crees que yo te romperé el corazón? —preguntó, contra todo pronóstico. Se quedó esperando mi respuesta con atención.

—No lo sé —respondí casi en un susurro. Valentín emitió un gruñido de exasperación.

—Ahhhhhhhh, ¿quieres que muera aquí mismo, Mads? —preguntó, fingiendo enojo.

Me salió una carcajada.

—No juegues conmigo —murmuré.

—¿Yo? ¿jugando? Me encantaría jugar contigo, pero no de esa forma —replicó.

De inmediato sentí el hormigueo concentrándose en mi vientre. Tragué saliva y él notó lo nerviosa que me puse.

—¿Cómo te gustaría jugar? —pregunté, con todas las alarmas de lo incorrecto encendidas.

Abrió la boca un poco y se humedeció los labios.

—Besarte hasta que te aburras de mí.

Sentí el impulso de decirle que se acercara al sofá conmigo, sin embargo, no me atreví. Nos quedamos mirando fijamente, devorándonos con la mirada.

—No podemos...

—¿Por Fabiana o por Félix?

—No quiero que se arruine lo que hemos logrado.

Mi celular comenzó a sonar y decidí ignorarlo. Asintió con la cabeza. Se sentó en el sofá y se recostó junto a mí, con su rostro a escasos centímetros del mío. Acarició mi nariz con la suya de forma excitante. Sentía su respiración, su calor, su olor. Todo de él. Me encantaba cada detalle. Deslizó una mano sobre mi cintura. Tuve que tomar una inhalación profunda, lo cual hizo que él sonriera.

—Quiero tocarte —susurró—. Y quiero mucho más que eso, quiero estar contigo. —Su mano comenzó a deslizarse por mi espalda hacia mi nuca.

Mi celular empezó a sonar nuevamente. No podía concentrarme en Valentín si el celular seguía sonando. Me incorporé y me estiré sobre su cuerpo para alcanzar el teléfono en la mesita. Era Ari.

—¿¡Por qué no contestas?! —preguntó, acelerada—. Te he llamado como quince veces.

—¿Qué pasa? No me di cuenta.

—Han hecho una cuenta de Instagram que ha comenzado a seguir a casi todas las cuentas relacionadas con libros, y dice que van a revelar quién eres realmente tú.

—Te hablo después. —Corté la llamada y revisé mi Instagram. Estaba a punto de explotar de

mensajes. Me tomó un momento encontrar la página. Solo había una foto mía con Valentín, más cercanos de lo que debía, tomada en ¿la fiesta de Ari? Le mostré la foto.

—¿Y esto? —Cogió el celular y examinó la publicación—. ¿Félix? —preguntó, más para sí mismo que para mí. Mi corazón se detuvo.

—¿Qué estás diciendo?

—Que él es amigo de Fab... —Alzó la mirada y se asustó con mi expresión—. No lo sé.

—No puede ser Félix, él no haría eso —respondí algo desconcertada de que él pensara en Félix.

—Ven aquí —pidió, extendiendo el brazo. Me acosté junto a él, pero de espaldas. Me abrazó y pegó su cara a mi cuello. No pude evitar que las lágrimas salieran, además la garganta me dolía mucho. Me sentía pésimo.

—No voy a arruinar nuestro libro —murmuré. Sentí su aliento caliente en mi cuello. Mi cuerpo se estremeció.

Mi celular vibró sobre la mesita. Valentín intentó evitar que lo cogiera, como si supiera qué era. No quería que me soltara; y durante algunos minutos, nos quedamos en silencio, él apretándome cada vez más hacia él, y yo tratando de absorber ese momento lo más posible. Besó mi espalda y sentí su aliento acariciando mi piel.

Golpearon la puerta. Me puse de pie contra mi voluntad, y pensé que si era Fabiana, entonces le iba a dar un puñetazo en la cara. Leí el mensaje que me había llegado mientras caminaba para abrir.

Fabiana: Si él no sale de tu departamento en diez minutos, entonces voy a arruinar la feria del libro. No le digas nada.

Me dolió el corazón. Abrí la puerta, sintiéndome miserable. Era Félix.

—Hola, preciosa. ¿Te pasa algo? —preguntó, llevando mi mano a la frente—. Tienes fiebre, Maddie.

—Me duele un poco la garganta y la cabeza. Me siento mal.

—Bueno, estás de suerte porque llegó tu enfermero favorito —dijo, meneando las cejas. Me causó gracia. Valentín se acercó a su amigo, y se saludaron de la mano—. ¿Ya terminaron?

—Sí... —comenzó a decir Valentín, sin saber qué hacer. Ya no teníamos nada pendiente, no tenía ninguna razón para quedarse. Me miró para que yo tomara la decisión, y a pesar de que no podía haber repetido más que no tenía por qué tomar una, allí ya lo estaba haciendo. No podía arriesgar nuestra feria.

—Nos vemos el viernes —murmuré. El viernes nos íbamos con Ally a la feria. Quedaban seis días. No quería que nada arruinara ese viaje, porque allí nos conocería mucha más gente. Me convencí de que si lográbamos que nos fuera excelente, entonces Fabiana podía lanzar una bomba, hacer explotar todo y no importaría.

—Nos vemos el viernes —dijo, visiblemente ofendido.

40. Nosotros pertenecemos

Valentín

—Nos vemos el viernes —respondí, cerrando la puerta tras de mí. Me molestó que Mads hiciera eso y se quedara con Félix como si nada. No tenía por qué haberlo hecho, menos después de que parecíamos estar tan cerca. ¿O eran solo imaginaciones mías? Me iba a volver loco.

Me dejó en claro que no nos veríamos hasta el día del viaje. ¿Cómo vamos a seguir escribiendo si no quiere verme? ¿por qué todo es tan complicado?

Resoplé y llegué a la conclusión de que Mads quería alejarse de mí. Casi pareció que Félix llegó a rescatarla. Frené en seco. ¿Cómo sabía Félix que estábamos allí? Porque las últimas semanas a esa hora siempre nos encontrábamos en el café. ¿Ella lo había llamado? Pateé una piedra. Fabiana ponía todo más difícil.

Si quiere una semana sin mí, no la voy a molestar. No puedo obligarla a estar conmigo con todos los riesgos.

Caminé al departamento con un nudo en la garganta. Cuando llegué, entré a mi habitación directo a dormir y no desperté hasta el otro día. Félix no había dormido en casa. Y después de tantas idas y venidas, parecía que no había nada más que decir al respecto. Al menos no por el momento.

Ally se acercó rápidamente en cuanto me vio.

—¡Valentín! ¡Por aquí! —Me hizo seguirla unos minutos hasta que llegamos a donde estaban las dos personas que había evitado la última semana: Mads y Félix. Sonrientes y más cercanos que nunca.

—¿Ya te sientes mejor? —le pregunté a Mads. Estaba radiante, hermosa y con dos trencitas a cada lado. Tuve ganas de abrazarla, así como todos los días desde que me dijo que me fuera de su casa.

Habíamos hablado poco porque estuvo enferma, apenas respondía mis mensajes y para que todo fuese una tortura aún más terrible, Félix no se despegó de ella en ningún día. Literalmente se pidió vacaciones para no dejarla sola. Y yo no lo vi porque pasé la mayor parte del tiempo con papá. Entonces, cada día que pasaba yo me sentía más imbécil, más solo, y menos capaz de hacer algo. La verdad es que sentía que ya había hecho todo lo posible para que estuviéramos juntos. Y ella no quería más dramas.

Asintió con la cabeza.

—Ya estoy perfecta.

—Fue mi paciente favorita —agregó innecesariamente Félix.

¿Pasamos de ser mejores amigos a restregarme en la cara que estás con quien me gusta? Le sonreí.

—Me alegro.

—¿Y Fai no vino? —preguntó él. Miró hacia mi espalda como si Fabiana fuese a aparecer en cualquier segundo.

Fruncí el ceño, sin entenderlo. *¿Estás bromeando?*

—Sabes que no estamos juntos —repliqué. Ally se llevó la mano a la boca, impactada con la noticia.

—¿Qué? ¿desde cuándo? Ayer vi una foto de ustedes dos en su Instagram.

Resoplé, hastiado del tema.

—Terminamos hace como tres semanas, pero ella no lo entiende —respondí, como si fuera lo más normal del mundo. Omití lo de que tenía amenazada a Mads con arruinar todo para ella y nuestro libro. A Ally le daría un ataque.

Félix me miró confundido, como si se enterara de la noticia en ese momento. Mads puso la misma expresión.

—Pero Fabiana me dijo que había estado contigo todos estos días. No te vi en el departamento. —Félix se llevó la mano a la barbilla—. Y me dijo que vendría a dejarte en el aeropuerto.

—Estaba con mi papá —respondí, seco—. A Fabiana no la veo desde la semana pasada. ¿Por qué dices eso?

—Porque eso me dijo ella, que ustedes habían pasado todos los días juntos —dijo, con voz quedada.

Rodé los ojos y miré a Mads, se veía tan sorprendida que me molesté de que se creyera algo así. Chasqueé la lengua y me puse a mirar el celular. Fabiana nos manejaba a todos tan fácil que parecía una broma.

—Te voy a extrañar estos dos días —murmuró Félix a Mads.

—Yo también. Gracias por cuidarme, Edward. —No quería mirarlos, pero sentí el sonido de un beso pequeño. No supe si fue en los labios, cara, frente o mano. Me alejé un poco—. Iré a comprar algo para comer.

—Yo te acompaño —dijo Ally, y las dos se fueron a una tienda cercana.

Levanté la cabeza y me quedé mirando a Félix.

—Estás molesto y celoso —soltó, como si fuera la verdad absoluta.

—No entiendo por qué mencionas a Fabiana. Sabes que terminamos, ¿de verdad tienes que estar diciendo esas cosas para que Mads crea que estuve con ella? —Me crucé de brazos, sin entender qué le sucedía a mi mejor amigo. No soy estúpido, sabía que a él le gustaba mucho, sin embargo, de ahí a hacer ese tipo de cosas, no me lo esperaba de él.

—Valentín, perdón. Debí preguntarte, pero he estado hablando con ella y me dijo que estaban juntos. Creí que le habías dado otra oportunidad. —Hice una mueca, sin creer sus palabras—. Y la verdad me pareció una locura, tampoco quise decirte algo. —Desvió la mirada hacia donde se había ido Mads.

—Te enamoraste de Mads —murmuré—. Por supuesto que no estaba con Fabiana, Félix. Tú lo sabías.

—No, no lo sabía. Valentín, mira. —Buscó algo en su celular y me mostró el chat con Fabiana. Ella incluso le había enviado fotos como si estuviera conmigo. Fotos antiguas de nosotros cocinando, viendo televisión, y haciendo cosas cotidianas. Era bastante creíble.

Di un paso atrás. ¿Cómo iba a deshacerme de Fabiana?

—¿Por qué justo llegaste ese día al departamento de Mads?

Félix se quedó pensando y de repente alzó las cejas.

—Ese día habíamos estado hablando con Fabiana por su mamá. Después me dijo que discutió contigo y con Maddie. Y que ella había quedado mal, que quizás yo debía ir a verla. —Fue bajando la voz como si se diera cuenta recién de los planes de Fabiana—. Me preocupé y la fui a ver de inmediato. —Carraspeó y frunció el ceño—. Ahora entiendo todo, me manipuló toda esta semana.

—Lo logró bastante bien.

—Quizás fue porque tampoco le quise dar más vueltas. Me gusta estar con Maddie, me gusta mucho —terminó por decir. Exhaló lentamente—. Lo siento, amigo.

—Era innecesario esto, Félix. —Mi voz salió cargada de reproche. Él arrugó el entrecejo.

—¿Por qué lo dices?

—Tu papá me habló el otro día para saber cómo estaba —comencé a decir. Félix abrió los ojos, supo de inmediato a qué me refería—. No me lo habías contado.

Suspiró ampliamente.

—Tenía miedo de que si lo contaba no sucediera.

—Ok, pero soy tu mejor amigo. Vivimos juntos, me deberías haber dicho. —Las palabras salieron cortantes y frías. Estaba muy molesto con Félix, y no solo por Mads—. Supongo que ella tampoco lo sabe.

Félix me quedó mirando como si hubiera lanzado una bomba en mitad del aeropuerto.

—No, no le he dicho.

—Esto se te escapó de las manos. Y aun así, te quedaste con ella toda la semana. Por supuesto que le dijiste que estaba con Fai.

—Yo te pregunté si te molestaba que estuviera con ella. No hagas como que no lo hice. Además, no vengas con esto, no es como si yo la obligara. Estuvo enferma toda la semana y la cuidé. No andábamos de paseo por la ciudad, y tú apenas le preguntabas cómo estaba. Después, tú mismo te das cabezazos por las paredes preguntándote qué pasa, cuando todo lo que ha pasado, todo este tiempo, Valentín has sido tú tomando malas decisiones; tú, quedándote callado; tú, haciendo las cosas mal.

—Sí, lo sé, pero si me hice a un lado es por la mierda que quiere tirar Fabiana, y porque creí que tú la ibas a hacer feliz. Ahora me doy cuenta de que eso no es real.

Félix arrugó la frente y rodó los ojos.

—No es que estamos enamorados, Valentín.

Le puse una expresión de no creerle nada.

—¿Qué harás ahora?

Se encogió de hombros.

—No sé cómo voy a arreglar este desastre. —No había visto a Félix tan perturbado desde que su ex lo engañó y decidió no enamorarse de nuevo. Y así lo había cumplido, Félix conocía chicas todas las semanas, hasta que llegó Mads.

—¿Estás enamorado de ella? —pregunté, tan alto que las personas que iban pasando junto a nosotros nos quedaron mirando—. ¿Desde cuándo te enamoras de alguien?

Suspiró profundamente.

—La cagué, ¿cierto?

Me cogí el puente de la nariz. Justo Mads comenzó a acercarse con Ally. Nos despedimos de Félix, y una hora más tarde, estábamos esperando para abordar el avión. Con Mads hablamos solo del libro, ya que Ally estaba al lado de nosotros. En todo caso desde antes de la última

semana ya habíamos estado distantes. ¿Estaba ella enamorada de Félix? Debía preguntarle en algún momento. No podía quedarme con la duda.

—Chicos, iré a comprar agua. Vuelvo enseguida. —Ally se puso de pie y se alejó de nosotros. Aún no había comenzado el embarque al avión.

Mads leía distraídamente, cuando de repente cerró el libro, molesta.

—Apenas supe de ti esta semana —dijo fríamente.

Me recliné en el asiento y no pude evitar mirarla con el ceño fruncido. Se creyó tan fácilmente que estuve con Fabiana que igual estaba molesto con ella. Además, los mensajes que le envié me los respondió apenas.

—Hablamos todos los días.

—Ya.

—¿Qué quieres decir con eso?

Hizo un ademán con la mano, como si le quitara importancia.

—Que ya déjalo.

—No quería interrumpirte mientras estabas con Félix —murmuré infantilmente. Me sentí como de quince años.

—Bueno.

—¿Por qué estás molesta? ¿porque no anduve detrás de ti? Ya sabes todo lo que siento y todo lo que quiero. Tú me dejaste clara tu postura cuando me dijiste: nos vemos el viernes —agregué, imitando su voz.

Entornó los ojos y me quedó mirando detenidamente.

—Creo que ya te había dicho esto: escribes muy bonito de amor. A veces incluso dices cosas que me sacan del mundo. Pero aquí en la vida real, no entiendes nada.

—¿Qué tengo que entender? —repliqué, dolido.

—Nada.

—Val, ¿y esa cara? —Ally apareció en mi rango de visión—, ¿estaban discutiendo?

—Cosas del libro y cómo Daniel es a veces un imbécil —respondió Mads.

—Al menos Phoebe no se va corriendo con otro porque con Daniel hay algunas dificultades —dije, de forma burlesca.

Mads abrió la boca y me dirigió una mirada que hizo que me estremeciera.

—Ojalá lo hiciera, así se daría cuenta de que Daniel es un idiota que no se atreve a despegarse de Sara porque —fingió que se ponía a llorar—, porque lo va a ir a acusar con su mamá.

Solté un bufido.

—Chicos, ¿qué...? —Comenzó a decir Ally.

—¿Entonces que Sara arruine todo?

—Creo que Daniel ni lo ha intentado. Está muy cómodo.

—Bueno, tampoco a Phoebe le importó mucho. Pongámosle otro chico en el libro. —Di una palmada como si se me hubiese ocurrido la mejor idea de todas—. Y que sea el mejor amigo de Daniel.

Si Ally no había entendido lo que sucedía, lo hizo en ese instante. Con un gruñido de desesperación, se puso de pie y se fue.

—¿En serio me estás recriminando que esté con Félix? En la semana estuve enferma, ¿y quién estuvo a mi lado todo ese tiempo? Él.

—Tú me dijiste que no querías verme hasta hoy, Mads. ¿Qué querías? ¿qué te obligara?

—¡Eso lo dije porque Fai me tenía amenazada de que si no te ibas, iba a publicar algo de mí!

Pero tú te lo creíste y después Félix habló con Fai por teléfono y escuché cómo ella hablaba de que ustedes.

Resoplé.

—Lo creíste súper fácil. ¿De verdad así crees que soy? ¿qué después de todo lo que te dijo ella, yo iba a hacer como si nada? ¿de verdad? —Me puse de pie para alejarme. Ya no quería seguir discutiendo. Primero; porque lo único en lo que podía pensar era lo mucho que quería besarla; y segundo, porque no íbamos a llegar a ninguna parte. Me dolía que ella hubiese creído eso de mí.

—Pero...

—En vez de preguntar, te encerraste con Félix en tu departamento —solté, haciendo una sonrisa irónica.

Al volver del baño, ya nos teníamos que subir al avión. No hablamos durante el viaje, que duró una hora. Tampoco lo hicimos en el taxi que nos llevó al hotel, ni cuando ambos entramos a nuestros cuartos, que estaban uno al lado del otro. Solo hablamos en la cena sobre la feria del día siguiente con Ally.

Me acosté a ver televisión. El enojo no me abandonaba cuando recibí un nuevo mensaje:

Mads: Mañana vamos a estar todo el día ocupados, tenemos que revisar el capítulo ahora.

Valentín: Bueno, ven.

Mads: ¿No puedes venir tú? ¿o bajar y buscar algún espacio?

Valentín: ¿Cuál es el problema de venir? Me siento en el otro extremo de la habitación si quieres :)

Mads: Qué pesado. Actúas como un niño de cinco años.

Valentín: ¿Y tú estás actuando muy madura?

Cinco minutos más tarde golpearon la puerta. Pensé que era Ally que venía a decirme algo, no esperaba que Mads finalmente hubiese decidido ir a mi habitación. Se veía nerviosa y molesta a la vez.

Se sentó en el borde de la cama y abrió su computadora. Me senté igual en la cama, pero con mi espalda apoyada en el respaldo, así que la veía de perfil. Carraspeó.

—¿Pasa algo?

—Me da vergüenza. Esto lo escribiste tú, y además siento que no hay suficiente ruido ni gente alrededor como para enfrentarme a esto, como en el café. —Me miró tratando de contener la risa.

—Si quieres lo reviso yo solo, no es nec...

—No, Valentín. Nada que ver. Me da vergüenza, pero no es que no pueda hacerlo.

Rodé los ojos, notoriamente divertido por su actitud.

—Ok. ¿Vas a hacer el honor de leer la primera relación sexual entre Phoebe y Daniel?

Mads carraspeó y comenzó a leer.

—Sus labios comenzaron a deslizarse sobre mi piel desnuda. Estaba tan emocionada que...

—Excitada —la interrumpí—. Que sea excitada en vez de emocionada. Suena mejor, ¿o no?

Mads asintió. Se lamió los labios antes de volver a la computadora. El aire ya se encontraba cargado de nuestras emociones. No dejaba de mirarla mientras leía, observando cada uno de sus

movimientos como si estuviera obsesionado.

—Estaba tan excitada que sentía que mi cuerpo tiritaba bajo sus manos. Él no dejaba de besarme y yo comencé a enterrar mis dedos en su espalda. Quería que me besara y tocara más. —Me miró, apretando fuertemente los labios entre sí—, ¿Y si agregamos algún diálogo?

—¿Quieres que le hable sucio? —pregunté riendo. Mads resopló.

—No, que le diga que la quiere. Que la ama.

—Sí, está bien. Y luego que le saque las bragas.

—¡Valentín!

—¿Qué? Ahora puedo decir esas cosas en voz alta. —Comenzó a teclear evitando mi mirada. Se notaba que se estaba riendo.

—Creo que podemos revisarlo sin leerlo en voz alta.

—La mejor forma de saber si lo que escribimos está bien es leyéndolo en voz alta. —Me quedó mirando como si no me creyera nada—, ¿Quieres que lo lea yo?

Meneó la cabeza y, rodando los ojos, volvió la vista a la computadora.

—Lanzó mis bragas por los aires y de inmediato abrió mis piernas. —Mads siguió leyendo, pero noté su incomodidad en cómo se rascaba el cuello y por el tinte rosado de sus mejillas—. Comenzó a avanzar por mis piernas. ¿Podía ser esa una de las escenas favoritas de la película de mi vida? No importaba que estuviéramos en mi hotel, escabullidos del resto, era perfecto. Llevaba años deseando que me tocara, de sentirlo y besarlo. Me incorporé cuando él llegaba a mi entrepierna y me giré para quedar sobre él. Mi cara se encontraba a poca distancia de su... —Mads cerró la boca. Su respiración agitada no pasaba desapercibida. Se humedeció los labios.

—¿Y el resto?

—Yo agregaría un poco más de romanticismo.

—¿Tú crees? Han esperado por ese momento desde que se conocieron. Me sorprende que le hayas dado tiempo a él para que le dijera que la quería.

Mads soltó una carcajada.

—Se lo enviaré a Ally. —Cerró la computadora y me quedó mirando—. ¿Cómo se te ocurren tantas cosas para escribir este tipo de escenas? Tú...

—¿Me preguntas si he hecho todo lo que escribo?

—Sí. Si no me quieres responder está bien, solo tengo curiosidad. —Se encogió de hombros.

—Sí. He hecho todo lo que he escrito.

Mads me lanzó una mirada coqueta y penetrante. Solté una pequeña carcajada.

—Ya es tarde. Iré a dormir, mañana tenemos mucho que hacer —dijo, sin moverse.

Me bajé de la cama y la rodeé hasta que llegué frente a ella. Me agaché para poner nuestras caras una frente a la otra.

—¿Estás enojada conmigo? —pregunté, pensando en nuestra discusión anterior. Para ser sincero, a mí ya se me había pasado todo atisbo de enojo.

Negó con la cabeza lentamente.

—Contigo no, con la vida.

—¿Porque no nos quiere juntos?

Sonrió y puso su mano sobre mi cara.

—Somos unos idiotas —respondió, riendo.

—Mads...

—¿Qué?

—¿Y si estamos juntos en secreto? —pregunté, serio. Se quedó unos segundos escudriñando

mi mirada.

—¿Qué dices? Se van a terminar enterando todos. Fabiana igual.

Me encogí de hombros.

—Para cuando se enteren, nuestro libro ya estará publicado por completo. Y nosotros podemos dar nuestra versión de la historia —dije acelerado. Recordé el audio que Fai tenía—. Nada nos va a poder separar, incluso podría ser bueno. Podemos escribir juntos otro lib... —Me puso su mano en la boca, obligándome a callar.

—¿Estás loco? Fabiana va a decir que la dejaste por otra mientras su mamá estaba enferma. Te van a odiar.

Me dejé caer hasta quedar tirado en el piso, ladeé mi cabeza hacia ella.

—Sí, estoy loco. No me importa. Tampoco es que esté alcanzando la felicidad en mi vida actualmente. Al menos así lo intento y después no ando pensando en que no hice nada.

—No estás pensando esto bien. Aunque no entiendo cómo ella va a tener el control sobre nosotros, Valentín. Lo encuentro irreal, nunca pensé que pudiera suceder algo así.

—¿Qué más tengo que pensar? Mira. —Me senté con las piernas cruzadas frente a ella—. Te veo ahora y pienso que quiero estar contigo. Me refiero a estar realmente: quiero estar contigo. Y lo he pensado así todos los días desde hace semanas. No estoy cambiando de parecer, Mads, ni porque existe Félix, ni por la locura de Fai, ni por las mil cosas que han pasado en estos últimos días que me han instado a pensarlo. Y sí, lo he pensado. Llego a la misma conclusión una y otra vez: tú y yo, tenemos que estar juntos. Pertenecemos.

—Pertenecemos —repitió en voz baja—. ¿Y Félix? —preguntó, como si se lo estuviese cuestionando de verdad.

—¿No se supone que son solo amigos? —repliqué, alzando una ceja. Mads arrugó la nariz.

—Mmm...

—Duerme conmigo esta noche.

41. Eres arte

Maddie

¡Qué desastre! ¡qy!, ¿qué pasa por mi cabeza?

Félix se había portado muy amable conmigo como para ser inmune a sus encantos. Él era encantador por sí mismo, y yo en esa etapa de mi vida llevaba un par de decepciones respecto a hombres, incluyendo a Valentín, por supuesto. Así que que llegara un chico tan perfecto como Félix fue un regalo que acepté sin dudar.

Cuando estuve enferma, me cuidó como si fuera una niña pequeña. Nunca me había sentido así tan cuidada. Mis padres son bastante fríos en cuanto a muestras de cariño, y cuando le conté a mi mamá que me sentía mal, solo vino a verme durante media hora con una bolsa de medicinas. Y eso fue todo. Anhelaba cariño y Félix me lo dio. Cambió sus turnos de trabajo y estuvo a mi lado todos los días. Aunque no era necesario porque solo tenía amigdalitis, pero disfrutaba de su compañía.

Valentín se fue molesto el día en que Fabiana me dijo que él debía dejar mi departamento. Tenía todas las intenciones de decirle que lo de no vernos durante la semana no lo decía en serio; sin embargo, al día siguiente me enteré de que estaba con Fabiana. Félix me comentó lo extraño que le parecía. Yo también quedé impactada y al principio no le creí, pero luego me mostró conversaciones y fotos de Fabiana. Por supuesto, todo eso hizo que mi corazón ardiera. Entre los malestares y la fiebre, no tuve la energía para preguntarle a Valentín qué estaba pasando, aunque pronto me di cuenta de que eso había sido un error. No pensé que Fabiana también le mentiría a Félix. Así que le creí. Esto me hizo estar cada día más molesta con él, y respondí sus mensajes de manera escueta. Él tampoco hizo algún esfuerzo en ir a visitarme.

Al tercer día de estar en cama, llamaron a mi puerta. Escondí mi cara enferma bajo la frazada.

—Adelante —musité, apenas.

—¿Te estás escondiendo de mí?

—Sí, me veo terrible.

Félix resopló y tiró de la manta. Se acostó a mi lado y me miró.

—Tú crees que te ves terrible, pero yo te encuentro bonita de todos modos. Además, ya llevo tres días viniendo a verte. ¿Cómo es que aún no te has dado cuenta de que quiero verte en cualquier estado?

No pude evitar sonreír. Y por primera vez, en serio, pensé que Félix era uno de esos chicos a los que uno no debería dejar escapar. ¿Era la fiebre? ¿estaba alucinando? Sin importar el caos en mi interior, Félix era el chico que te decía que no lo amaras, aunque después de todo, parecía que él era el que realmente valía la pena.

Extendió su mano, tocó mi frente y luego mi garganta. Su aliento dulce me envolvió y como siempre, me relajé con él. Sabía que me veía mal, y él quería estar allí de todas formas.

Él está aquí.

—Gracias —musité—, ¿estás cansado? —Le tomé la cara; tenía ojeras. Venía del turno de noche, así que no había dormido nada—. Puedes dormir aquí si quieres.

Me miró con una expresión sospechosa.

—¿Puedo?

Acomodé la almohada a mi lado y la acaricié para que apoyara su cabeza. Quería abrazarlo y tenerlo allí conmigo. Cerró los ojos casi de inmediato y luego de unos segundos de observarlo detenidamente, los volvió a abrir.

—¿Qué clase de pacto con el diablo hiciste para ser tan guapo? —dije sin pensar.

Fiebre, Maddie. Es la fiebre.

Soltó una risita silenciosa. Parpadeó rápidamente para resaltar sus grandes ojos azules. Era hermoso.

—Maddie... —Comenzó a hablar. Parecía que le costaba—. Te voy a decir algo, pero no quiero que lo discutamos —murmuró. Me dolió el estómago; ¿me diría que ya no quería verme más?

—¿Vas a decirme que me veo horrible enferma? —Alzó una ceja y exhaló lentamente—. ¿Por qué no quieres hablar de eso?

—Prométeme que, sin importar lo que te diga, seguiremos como siempre. Seguiremos siendo amigos.

—Está bien, amigos —repetí.

—Sé que siempre te he dicho que me gustas. Desde que nos reencontramos, pero... —Carraspeó y tragó saliva. Parecía que lo que me iba a decir era peor de lo esperado—. Pero quiero que sepas que realmente me gustas. Y mucho. —Abrí la boca, sin saber muy bien qué responder. Me la tapó con la mano—. Y dijimos que no íbamos a comentar este asunto. Se giró en la cama y quedó de espaldas a mí.

—Félix...

—Estoy durmiendo —dijo con voz somnolienta. Esbocé una sonrisa, completamente confundida. Yo también estaba cansada; había dormido mal la noche anterior debido a las molestias en la garganta, así que me acomodé y lo abracé.

Que me dijera que le gustaba de verdad me sorprendió, porque no me había permitido considerarlo como una opción real. Lo veía como diversión, un consuelo sin compromiso, una compañía para mi corazón herido, pero no amor. Los pensamientos que mantenía en un rincón de mi mente se liberaron de golpe. *¿Es Félix una posibilidad?*

No compartíamos cama desde el cumpleaños de Ari, cuando fui a su casa, porque después del cumpleaños de Valentín, cuando llegó Ari, Félix se fue. Por lo tanto, ese fue el momento más íntimo que habíamos tenido. Me quedé dormida de inmediato. *¿Por qué insiste en ser solo amigos?*

Pensé que era porque había salido muy lastimado en su última relación, así me lo contó la primera vez que nos vimos. Con la confusión abrumándome, pasé todos los días con él. No hablamos del tema, pero sí era evidente que él sentía algo por mí. Se notaba en sus ojos y en la forma en que se comportaba conmigo, era mucho más de lo que Santiago hizo en años. No tenía ninguna obligación de estar allí, pero aún así lo estaba. No me sentía bien como para pensar, así que decidí que analizaría todo durante el viaje.

Y ahí estaba frente a Valentín. Me hice muchas ideas que resultaron ser falsas. Por ejemplo, creí que él seguía con Fai. Cuando en realidad, estaban lejos de estar juntos. También pensé que lo odiaba, pero en cuanto apareció en el aeropuerto, todas las barreras que había levantado durante esa semana se desvanecieron como si fueran polvo.

—Duerme conmigo esta noche —pidió.

Su propuesta llegó como una bola de fuego directamente a mi cuerpo. Mantuvo su mirada en mí. El aire se volvió pesado al respirar y un calor insoportable se apoderó de mí. No solo por las escenas candentes que habíamos estado leyendo —que por cierto, me tenían completamente excitada—, sino también porque él estaba tan cerca que podría haberlo besado sin dificultad. Quería hacerlo. Quería dormir con él, pero, ¿y luego qué?

Juntos éramos dueños de un mundo creado por nosotros. Nadie podría quitarnos eso, ni siquiera con amenazas. Sin obtener respuesta de mi parte, apartó la mirada. Coloqué mi mano en su rostro y lo obligué a mirarme.

—Valentín, lo que siento por ti es algo que... —Tragué saliva. Ahí estaba, exponiéndome nuevamente. Sin tapujos ni vergüenza—. Algo que no había sentido antes.

—Yo... entiendo —murmuró. Pensé que no había entendido el verdadero sentido de mis palabras, hasta que añadió—: Lo entiendo porque me pasa lo mismo. Y... —Hizo un gesto hacia nuestro entorno—. Todo es un desastre.

Solté una risita.

—¿Qué vamos a hacer?

Suspiré.

—¿Estás confundida con Félix?

—Eso es lo que creo cuando no estoy contigo. He pasado mucho tiempo tratando de no considerarte como una opción y de suprimir mis sentimientos, pero te veo y...

—Mads...

—Pero cuando estoy aquí, hablando contigo, todo cambia —dije, algo molesta con mi propio corazón. Valentín sonrió.

—¿No crees que nos estamos autodestruyendo? —preguntó de repente.

—¿No crees que nos queremos tanto que no podemos separarnos? —respondí, sin pensarlo. Me sonrojé de inmediato.

Valentín se puso de pie y se inclinó hacia mí. Me dio un beso de boca cerrada durante unos segundos y luego se alejó lentamente.

Tocaron la puerta y nos apartamos como si nos hubieran pillado haciendo algo indebido. Era Ally, al verme allí, se sorprendió

—Lo siento, Maddie. Quería saber si estabas aquí, fui a tu habitación y nadie respondía al teléfono, estaba preocupada. Lo siento, buenas noches, chicos.

—Sí, estamos revisando el capítulo —respondí, sonrojándome. Ally nos guiñó un ojo y se fue rápidamente. Valentín se volvió hacia mí y me miró fijamente.

—Mads, no digas nada —ordenó, aunque con una expresión divertida. Cerró la puerta detrás de Ally y un millón de ideas candentes empezaron a cruzar mi mente. Admito que desde hace rato que tenía la llamita encendida.

Había pasado mucho tiempo sin estar con alguien de verdad, y solo escribir esas escenas me ponía en un estado poco saludable para mi soltería.

Así que no hablé, porque sabía que cualquier cosa que dijera arruinaría todo. Aunque mi cuerpo quisiera una cosa, mi mente inmediatamente me lanzó señales de advertencia. Valentín se

paró frente a mí, apoyado en la pared al lado del estrecho pasillo de entrada de la habitación.

¿No se supone que esto no era lo que quería? ¡Fai podría arruinar mi carrera! ¿Debería volver a mi habitación?

—¿Vas a quedarte ahí mirándome toda la noche? —pregunté.

—Claro que no, solo quiero mirarte un poco más. Estás muy guapa. En realidad, sí podría mirarte toda la noche, pero no es por eso que estamos aquí.

Fruncí el ceño.

—¿No deberíamos estar revisando el capítulo nuevamente? —pregunté. Mi voz sonó patética, apenas audible.

Valentín resopló y rodó los ojos.

—Te quiero —dijo de repente, sin dejar de mirarme directamente a los ojos. Esto ya lo sabía, aunque él aún no me lo había dicho. Mi corazón, que ya latía acelerado, comenzó a hacerlo como si estuviera en medio de una carrera.

Quizás solo estaba un poco confundida porque Félix no era un problema y juntos lo pasábamos genial. Sin embargo, necesitaba ser honesta conmigo misma, y el chico que tenía frente a mí era el que me desarmaba por completo. Aunque mi mente me frenaba, podían seguir llegándome mil señales de alerta, pero nada serviría. En ese momento, mi corazón latía desbocado por él.

—Yo también —respondí, y bajé la mirada a mis manos.

—¿Tú también qué?

—Yo también te quiero —dije, seguido de una risa nerviosa.

Levanté la vista. Valentín me seguía observando. Noté que estaba intranquilo. Tomó aire profundamente.

—Tengo que decirte algo —dijo, como si fuera a contarme algo terrible. Su expresión cambió. La alerta número cien de la noche se activó.

—¿Lo que me digas va a arruinar este momento?

Asintió lentamente con la cabeza. Cerró los ojos y se llevó los dedos al puente de la nariz. Se quedó así unos instantes. Pero no quería que nada arruinara ese momento, ya había demasiados problemas afuera. Así que me acerqué a él.

Se veía hermoso. Llevaba unos jeans negros y una camisa abierta y arremangada hasta los codos. Sus tatuajes eran lo que más resaltaba de su presencia, especialmente aquellos que emergían de su cuello. *Eres como una obra de arte.*

Pasé mis dedos sobre su piel tatuada y podía sentir su corazón acelerado.

—¿Cuál es la historia detrás de este tatuaje?

—Eres arte —murmuró—. Fue uno de los primeros tatuajes que me hice cuando tenía dieciocho años. Ya escribía libros de amor y el protagonista le decía eso a la chica que amaba. Me lo hice con la esperanza de que algún día lo sentiría y se lo diría a alguien. Nunca se lo he dicho a nadie. —Llevó sus dedos a mi mejilla y su mirada recorrió mi rostro—. Era para ti y no lo sabía. Eres arte.

Mi corazón pareció detenerse. Me alejé un paso y lo miré con los ojos entrecerrados. *¿Me está diciendo que nunca se lo dijo a Fabiana?*

Soltó una carcajada.

—¡Es verdad! Sé lo que estás pensando. Eres la primera chica con la que he sido tan sincero en lo que hago. Eso no hace que lo que tuve antes sea menos válido, eso fue diferente, y sinceramente, nunca pensé que esto. —Nos señaló y sonrió—. Podría llegar a pasarme alguna vez. Y voy a arruinarlo. —Terminó por decir.

—Tú también eres como una obra de arte, Valentín. —Di un paso hacia adelante y pasé mis brazos por sus hombros. Nuestros labios se humedecieron al mismo tiempo. Podría haberme quedado así, a escasos centímetros de su boca, sintiendo el momento, su aroma, su aliento.

Lo besé y luego se alejó. Me miró fijamente a los ojos.

—Mads...

—Dímelo mañana. Hoy no me importa, nada me importa. ¿Me quieres?

—Demasiado —susurró.

Sabía que tenía miedo de Fai, de que me hiciera daño y de que arruinara todo, pero en ese momento me sentí invencible. Si lo nuestro era real, entonces todo funcionaría. Fai no podría detenerlo. Volví a besarlo. Sus labios, suaves y perfectamente encajados con los míos, me dejaron con las piernas temblando. Sus manos comenzaron a deslizarse por mi espalda y se detuvieron en mi cierre. Sentí que él estaba indeciso, así que me acerqué más a él, sin soltar nuestros labios.

Me levantó en brazos y me llevó hasta la cama, dejándome suavemente sobre ella.

—¿Estás segura de esto? —preguntó, quitándose la camisa y la camiseta que llevaba debajo. Su abdomen desnudo me invitaba a tocarlo. Sus tatuajes decorando su piel de manera tan asombrosa me incitaban a besar cada uno de ellos.

¿Estaba segura? Mmm, no lo sabía. ¿Era él lo único que quería en ese momento de mi vida? Sí.

—Sí, estoy segura —respondí.

42. Eres arte II

Maddie

Valentín estaba de pie ante mí, su pecho subiendo y bajando notablemente. Le sonreí y avancé hasta el centro de la cama. No podía creer que estuviéramos allí después de todo lo que habíamos pasado. Éramos como los protagonistas de nuestro propio libro, y eso me excitaba aún más. Me devolvió la sonrisa y sacudió el cabello. Exhaló lentamente mientras recorría mi cuerpo con la mirada.

—¿Eres real? —pregunté, admirándolo. Hundió una rodilla en la cama, me tomó por los tobillos y me atrajo hacia él rápidamente. Sentí que mi alma se quedaba atrás. La sensatez también, pero eso era otro tema. Desde mis pies, sus dedos comenzaron a ascender, apretando y trazando un camino impaciente sobre mi piel—. No deberíamos hacer esto —murmuré riendo y sin hacer ningún esfuerzo por detenerlo.

Cada pizca de deseo que él sentía se reflejaba en sus movimientos, su respiración y su mirada. Éramos algo que había sido prohibido durante mucho tiempo, y de cierto modo seguía siendo prohibido, pero rompiéramos lo que rompiéramos: reglas, corazones o límites; ninguno de nosotros deseaba estar en otro lugar más que en ese momento.

—¿Sabes cuánto he pensado en esto? —preguntó, fijando su mirada en mis muslos. Mi vestido se alzaba mientras su mano continuaba su trayecto hacia mi pelvis. Mi sangre ardía con cada segundo que pasaba con él tocándome y mirándome de esa manera.

—Lo mismo que yo —respondí, sin dejar de observarlo. Sus dedos acariciaban mi piel lentamente.

Me senté para quitarme el vestido y levanté ligeramente el trasero para que sus dedos guiaran la tela. Bajó la cremallera y me lo sacó por la cabeza. Él se desabrochó el pantalón y se lo quitó.

Durante medio segundo, nos quedamos mirando, como si nos preguntáramos si lo que estaba ocurriendo era real o un sueño de esos que solo atormentan nuestras mentes perturbadas, y luego, nuestras bocas se unieron como si estuvieran magnetizadas, con besos ardientes y llenos de deseo. Nos estábamos devorando, tal como había imaginado antes.

Con la intensidad de sus besos, me incliné apoyando los codos en la cama. Nuestras lenguas se encontraron de inmediato, jugueteando y rehusándose a separarse ni siquiera para tomar aliento. Sin romper el contacto, lo tomé por los hombros y lo hice recostarse. Tenía un deseo ardiente de tenerlo encima de la cama. Me moví hasta quedar sobre él, buscando sentir la presión en mi entrepierna y su cuerpo debajo del mío. Bajo mi control. Exhaló lentamente cuando mis bragas rozaron su erección, soltando un sonido delicioso proveniente de su garganta. Mi excitación me haría desmayar.

Apoyó un codo para levantarse. Su mano libre acarició mi espalda mientras, presionando con mis manos, intenté hacer que se recostara nuevamente. Sin embargo, en lugar de hacerlo, me giró

hasta quedar debajo de él. Fue entonces cuando me di cuenta de que ya no llevaba mi sostén puesto.

Después de una competencia de triatlón, no habría estado tan agitada como lo estaba en ese momento. Mi respiración ardía como un fuego intenso. El mundo giraba.

Comenzó a besarme suavemente desde mi cuello, dejando una huella húmeda tras su paso, generando un estremecimiento constante en mi cuerpo. Mi entrepierna no dejaba de palpitar y cosquillear, pidiendo más de él.

Continuó descendiendo recto, pasando por el centro de mis pechos con sus labios y acariciándolos con sus manos. Arqueé mi espalda buscando más contacto. Valentín siguió con besos húmedos y ansiosos. Había pasado mucho tiempo desde que me había sentido así. En realidad, nunca había experimentado un nivel de excitación similar.

Mi cuerpo estaba sumido en una corriente eléctrica que convergía en mi vientre. Me sentía como si estuviera descendiendo en una montaña rusa. Solo que él era la montaña rusa, y yo, un simple pasajero entregándome a la sorpresa.

Se incorporó. Estaba entre mis piernas y agarró mis bragas por los costados, comenzando a deslizarlas. Cuando pasaron por mis pies, las arrojó a un lado con una sonrisa coqueta. Se sacó el bóxer frente a mis ojos.

Quedamos completamente desnudos, nuestra piel perlada por el sudor. Si antes pensaba que verlo con sus tatuajes sería excitante, eso no se comparaba con lo que sentía en ese momento. Se veía como un chico malo y rebelde. Y se movía como tal, travieso por mi piel, con besos húmedos y llenos de deseo; sus dedos deslizándose por cada centímetro. Me mordí el labio inferior al verlo y él imitó mi gesto. Con sus manos en mis rodillas, abrió mis piernas un poco más y avanzó entre ellas rápidamente, hasta que su boca se posó sobre la mía. Extendió su lengua y la deslizó por mi labio.

Nos entregamos a besos apasionados, mientras lo envolvía con mis piernas, queriendo sentirlo todo de una vez. ¿Qué más podríamos esperar? La excitación estaba en su punto máximo, incluso antes de que nos besáramos. Mi impaciencia provocó una risa juguetona en él, que yo imité y aproveché para darle unos besos cortos sobre sus hermosos dientes.

Y de repente, lo sentí: caliente, duro... suave.

Al principio fue lento, pero las ansias que teníamos superaban cualquier ritmo. Apoyó una mano en la cama y levantó levemente una de mis piernas. El chico guapo que una vez entró a la cafetería y me fascinó, tiempo después estaba en la habitación de un hotel conmigo. Y sí, desnudo. Con su piel tatuada completamente expuesta para mí.

Todo comenzó a acelerarse: los besos, las caricias y las respiraciones. Me llevó encima de él y besé los tatuajes en su cuello mientras sostenía mi trasero, dirigiendo cada movimiento. No tenía idea de cuánto tiempo pasamos así, pero cada parte de mi ser ardía y vibraba. Nunca había sentido algo parecido con Santiago. ¿Era simplemente por lo mucho que había ansiado ese momento? No lo sabía. No obstante, Valentín era alguien que sabía lo que hacía y yo, sin estar segura de lo que me gustaba, me sorprendí por sus movimientos firmes y seguros.

Cada vez que leía un libro erótico, me asombraba lo intensamente que sentían los protagonistas. En ese instante, lo comprendí todo.

Dentro y fuera.

Gemidos.

Dedos enterrados en mi trasero o en su espalda.

Rápido.

Y más rápido.

Movimientos fuertes, llenándome de él.

Finalmente, ninguno de los dos pudo resistir más, y dejé escapar mis gemidos sobre sus labios. Sus dedos se hundieron firmemente en mi trasero. Rodó hacia un lado y nos quedamos mirando el techo, cada uno con una mano en el pecho, tratando de calmar nuestros latidos desbocados.

—Quédate a dormir conmigo —pidió, sin mirarme. Luego, se acomodó y apoyó su cabeza en mi abdomen—. Eres todo lo que quiero, ¿por qué hueles tan bien?

Solté una risa nerviosa, sintiéndome pegajosa por el sudor. Acaricié su cabello húmedo con los dedos.

—Con una condición —murmuré.

—¿Cuál? —Levantó la cabeza, sus cabellos desordenados y sus labios húmedos e inflamados.

—Que me abraces cuando duerma. —Lo dije y me sonrojé, como si nada de lo anterior hubiera ocurrido.

—Trato hecho. —Se puso de pie y caminó hacia el baño.

Al escuchar el sonido de la ducha encendiéndose, fui a unirme a él. Abrí la puerta transparente y entré mientras estaba de espaldas. Se duchaba con agua fría, lo que me hizo dar un pequeño grito cuando las gotas heladas tocaron mi piel. Se sobresaltó y riendo me abrazó. El agua se volvió más templada, y nos quedamos bajo el chorro durante unos momentos. No necesitábamos ni siquiera un beso para que ese momento se volviera más romántico. Ya lo era todo.

Aun así, de repente me empujó contra la fría pared y me besó con la misma intensidad de antes. Mis dedos se clavaron en su espalda mientras su firme cuerpo presionaba contra el mío, reavivando las chispas de excitación que se suponía habían sido saciadas. ¿No había sido suficiente? Bajó su cuerpo y besó mi abdomen cariñosamente. Sus manos agarraron mis muslos y siguieron su camino hasta llegar a mi entrepierna.

Apoyé mi cabeza en la pared, algunas gotas de agua salpicaban en mi rostro mientras él besaba cada punto excitante de mi cuerpo. Me dejé llevar. Valentín me fascinaba.

Minutos más tarde, nos secamos y me puse su camiseta que seguía en el suelo de la habitación. Fui por mis bragas y me acosté. Estaba exhausta, y él se tumbó a mi lado, rodeándome con su brazo. Ese momento en mi vida, estar allí con él, era uno de los más felices que había experimentado.

—Me encantaría que pudiéramos estar así todos los días —confesé. Tomó unos segundos para responder y escondió su nariz en mi cabello.

—Eres única.

En mi corazón, sabía que eso no duraría mucho. Valentín me lo había insinuado. Tenía algo que contarme.

Cuando me levanté al día siguiente para regresar a mi habitación, lo hice sigilosamente. Todavía no quería enfrentar lo que tanto lo atormentaba y que él quería decirme, pero, ¿qué podría ser? Me pasó por la mente que Fabiana lo tenía amenazado con algo horrible. Tenía mil ideas bombardeando mi mente. Decidí que intentaría prolongar la felicidad y la magia de la noche que habíamos compartido todo el tiempo posible, al menos durante el viaje. Aunque también pensé que nada me impediría estar con él, que lo quería demasiado como para dejarlo ir, incluso si fuera por las amenazas de su desquiciada ex pareja.

Ese pensamiento me acompañó hasta que salí de la ducha y finalmente logré encender mi celular que ya había cargado. Me di cuenta inmediatamente de que algo había sucedido debido a

la cantidad de mensajes que tenía en todas mis redes sociales. Me senté en el borde de la cama, preparándome para lo que vendría.

La verdad sobre Madison Foster: ella roba teléfonos y también se apropia de historias.

¿Saben ustedes que la co-escritora del nuevo éxito de Valentín Fortier escribió y publicó un capítulo de la novela sin su consentimiento cuando ella encontró su celular? Debido al éxito de la publicación y las amenazas que hizo para reclamar la autoría, Madison Foster forzó a la editorial a incluirla en la novela. No es la chica que todos creen. Ha mantenido a la editorial en tensión, mediante amenazas sobre dinero, derechos de autor y publicidad.

No queremos que esté cerca de Valentín ni debemos leer algo escrito por ella.

Terminé de leer con lágrimas en los ojos. Aunque sabía que en algún momento eso iba a suceder, pensé que estaría más preparada, y también creí que el ataque sería por estar con Valentín, pero no esperaba que inventaran algo como que yo amenazaba a la editorial.

Leí solo unos cuantos comentarios para darme cuenta de que algunos tomaron la publicación como una verdad absoluta y que me odiaban. Tocaron la puerta y la abrí arrastrando los pies. Era Valentín con la mirada baja.

—Lo siento, voy a desmentir todo de inmediato.

Me giré y me dejé caer de espaldas en la cama.

—El mundo me odia.

—Mads, eso cambiará en cuanto lo desmienta. De hecho, ya estoy escribiendo la publicación y mira. —Me mostró su celular, tenía una foto de ambos escribiendo—. Nadie creerá que me tienes amenazado. Aunque sí me robaste el celular —añadió con duda. Luego se rio.

—¡Mentira! Tú lo dejaste olvidado, aunque sí publiqué ese capítulo. —Valentín se sentó en la cama y se concentró escribiendo durante varios minutos.

—¿Y si añado que nosotros...?

Le lancé un cojín.

—No exageremos en la declaración, ¿quieres que me odien por eso también?

—Ya está listo. —Me pasó su celular y leí lo que había escrito. Incluyó fotos nuestras, ninguna comprometedora, e incluso una con Ally. Comencé a leer en voz alta.

—Madison o Mads, como yo la llamo, ha sido la única persona con la que me he sentido lo suficientemente cómodo como para sentarme a escribir un libro. Ha sido un proceso muy divertido y hermoso escribir para ustedes, y estoy encantado de que les esté gustando. Estoy seguro de que sin ella, *El amor se escribe por capítulos* no sería tan genial. Lo que han dicho es falso, y si ella fuera capaz de hacer alguna amenaza, no podríamos escribir juntos ni ser amigos como lo somos. De hecho, en este momento estamos de viaje para la feria del libro y vinimos con nuestra editora. Pueden ver una foto de los tres siendo felices. ¿Realmente podríamos estar así si todo lo que dijeron fuera cierto? Quiero mucho a Mads, y seguiremos trabajando para que el resultado completo de nuestro libro sea tan bueno como ustedes se merecen. Muchas gracias. Los apreciamos mucho. —Levanté la vista, Valentín me miraba emocionado como un niño pequeño.

—¿Está bien? Puedo editarlo y decir que en realidad te quiero mucho más que como amiga. —El sonrió de manera perfecta—. Es cierto. Puedo decir que quiero besarte todo el tiempo y cosas así. —Alzó las cejas repetidamente, y sentí mis mejillas arder—. Mads...

Lo miré, reprimiendo la risa.

—¿Qué pasa?

—Te quiero —dijo con total seguridad—. Y lo que acaba de pasar es una verdadera mierda, me duele que estés pasando por esto, por mi culpa.

Avancé hacia la cama y me acosté a su lado. Lo abracé.

—También te quiero. —Lágrimas escaparon de mis ojos por la injusticia. Además, tenía la sensación de que no sería el último ataque que recibiría.

Tocaron la puerta nuevamente y fui a abrir sin preguntar quién era. No sé por qué lo hice, ya que Valentín estaba en pijama en mi habitación, en mi cama. En cualquier caso, nunca esperé que la persona detrás de la puerta fuera Fabiana. Pasó junto a mí empujándome y se dirigió hacia la cama. Valentín suspiró frustrado, parecía no poder creer su mala suerte. Se puso de pie con disgusto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó. Fabiana se acercaba a él, no sabía con qué intención, pero él tuvo que estirar los brazos y sujetarla por los hombros. Ella comenzó a dar manotazos—. ¿No es suficiente con la publicación que ya hiciste?

—¿Suficiente? ¿estás bromeando? Eso es nada comparado con todo lo que puedo hacer. Quiero que todo el mundo vea cómo la defiendes, y luego, vean qué tan basura eres.

—Fabiana... —comencé a decir. Ella se giró furiosa. Di un paso atrás. ¿Debería huir?

—Tú no me hables. Nunca. ¿Queda claro? Cada vez que me dirijas la palabra, lo que publique sobre ti será peor.

Tragué saliva.

—Fai, detente. Vete ahora. —Valentín señalaba la puerta.

—¡No! —gritó ella, llorando—. ¡Eres una basura, Valentín! Me dijiste que no estarías con ella y ahora te encuentro durmiendo en su habitación.

—Vine a mostrarle la publicación que hice. Pero lo que haga o deje de hacer no es asunto tuyo. Ya te pedí disculpas, te dije cómo me sentía. Tú decidiste convertir todo esto en un desastre y un espectáculo. Las cosas no deberían haber llegado a esto. —Valentín cerró los ojos. Por un momento, pensé que iba a romper a llorar.

La impotencia que él sentía, también la sentía yo. Me dirigí hacia Fabiana.

—Sal de mi habitación —dije, con toda la frialdad que pude reunir—. Haz lo que quieras. Publica una foto mía desnuda si así lo deseas. Vete —gruñí, furiosa. Fabiana ladeó la cabeza; Valentín aún la tenía sujeta por los hombros. Vi el dolor en su rostro, la rabia, el miedo y muchas emociones que podían leerse únicamente en los ojos de Fabiana.

—Te lo advertí —replicó, mirando a Valentín. Se zafó de su agarre y avanzó furiosa hacia la puerta. Antes de salir, se giró y sacó una foto con su celular—. Y a ti también te lo advertí —añadió, lanzándome una mirada de odio.

—No hagas esto porque me voy de Chile. Me voy a París con mi madre por un año.

Me giré hacia Valentín, igual de sorprendida que Fabiana.

¿Era verdad o lo decía solo para tranquilizarla a ella? La sola posibilidad de que fuera cierto nubló mi corazón.

Fabiana gruñó y cerró la puerta tras ella de forma enérgica.

Valentín y yo nos quedamos mirando sin decir nada. En menos de un minuto, nuestros celulares comenzaron a vibrar nuevamente. Al parecer, Fabiana tenía lista la publicación.

—¿De verdad te vas? —pregunté.

43. Una bola de nieve

Valentín

—¿De verdad te vas? —preguntó Mads, como si no se lo creyera. Tenía los ojos brillantes, aunque no sabía si era por la noticia de que me iba o por el escándalo reciente—. ¿Es eso lo que me querías contar? ¿qué te vas después de todo esto? —agregó, señalándonos. Agitó las manos como si no quisiera saber mi respuesta por el momento.

Caminó hasta sentarse en la cama y cogió su celular. De repente, se puso a llorar desconsoladamente. Revisé el nuevo ataque de Fai.

Fabiana había publicado en su propio Instagram una declaración confirmando que ya no estábamos juntos, insinuando que los rumores eran reales, y que se dio cuenta al viajar para darme una sorpresa, ya que se encontró con *algo completamente sorprendente e impactante*. Además, escribió que recibió videos íntimos míos y de Mads. Obviamente, eso implicaba que Mads misma se los había enviado. Su publicación terminó con un pedido de respeto a su privacidad en estos momentos difíciles, ya que todo ocurría mientras su mamá estaba enferma.

La verdad es que la publicación era un desastre. Pura basura, pero bastante creíble. Me enviaron otra publicación con unas fotos donde salíamos Mads y yo abrazados, ni siquiera sabía de cuándo eran. Lo de esta mañana había sido una broma pesada en comparación con eso.

Era un ataque directo a los dos. Aunque yo ya había hecho una declaración, con las nuevas fotos y lo que dijo Fabiana, no tenía nada más que decir. Transpiraba completamente solo por el hecho de que sabía que lo próximo que publicaría Fabiana sería la grabación. Sentí de repente que estaba en medio de una pesadilla. Mis movimientos me parecieron extraños y me mareé un poco. Me senté junto a Mads.

La abracé y ella lloró en mi pecho durante largos minutos. No decía nada, y yo tampoco. Sabía que se cuestionaba todo, desde que encontró mi celular hasta incluso haber estado conmigo. Yo también comencé a cuestionarme a mí mismo, no por haberme enamorado de ella, porque eso estaba fuera de mi control, sino por cómo actué al respecto. De pronto, le sostuve la cara y la levanté para que me mirara directamente. Nunca la había visto tan triste; parecía como si el mundo se le hubiera venido encima. Me dolía verla así, tanto que mi propio pecho se apretó por la impotencia de no poder hacer nada.

Nuestros celulares sonaban y vibraban sin cesar. Al ver la publicación, le eché un vistazo rápido a los comentarios. Era un desastre y no tenía idea de cómo íbamos a arreglarlo. Parecía que la única forma de hacerlo era que Fabiana misma desmintiera todo, y creo que era más probable que se cortara su propio brazo antes de contradecir la publicación.

Si yo fuera seguidor de Fai, también me odiaría. ¿Cómo es que engañé a mi novia mientras sufría por su mamá enferma?

Mads llevaba un rato sin sollozar, aunque aún no me soltaba.

—¿De verdad te vas? —volvió a preguntar con la voz entrecortada. Levantó la cabeza para mirarme.

—Sí —respondí, como si me costara gran esfuerzo decir esa palabra tan corta. Mads apretó los párpados y las lágrimas salieron rápidamente—. Me voy porque no te quiero ver más así. No lo tenía tan decidido hasta ahora. —La voz apenas me salió. Tragué saliva y apreté la mandíbula, no quería ponerme a llorar.

Subió la mano y la dejó a un lado de mi cara. Mi vista se volvió borrosa y ella comenzó a besarme la cara. La rodeé nuevamente con mis brazos.

—No quiero que te vayas —musitó, secándose los ojos—. ¿Qué va a pasar con nosotros? ¿y nuestro libro? —El miedo cruzó por su expresión.

—No te preocupes por el libro. Lo terminaremos en las próximas semanas. Podemos hacerlo. Y... —Cerré la boca. Anoche había estado decidido a hablarle sobre esa maldita grabación. Tenía que hacerlo y explicarle, pero me aferré a la opción de que Fai nunca la publicaría si yo me alejaba por un tiempo. Mads ya estaba destrozada, no podía seguir haciéndole daño. Tenía que irme. Si me quedaba, todo empeoraría, y no solo me refería a la grabación, sino a su carrera—. No tengo ninguna duda de que nuestro libro será un éxito. Ya lo es. Imagina cuando esté terminado y luego en las librerías. Después nada nos detendrá, ni Fai ni nadie, pero en este momento, creo que continuar así nos perjudicará demasiado. Quería... quiero que estemos juntos. Ahora tendremos mil ojos sobre nosotros, esperando que nos equivoquemos.

Esperando a que yo me equivoque.

—No te vayas.

—¿Qué quieres que haga? Fai destruirá todo.

—¿Y si lo hace?

Negué con la cabeza.

—Terminarías por odiarme eventualmente. El odio, las burlas y cada paso que demos en las redes sociales estarán llenos de sus seguidoras. Esto no es sano. No para mí, que no dejo de pensar en cómo llegué a este punto en el que no puedo estar con quien quiero; ni para ti, que tienes una flecha apuntándote.

Asintió levemente. Ella sabía que tenía razón.

—¿Por qué no lo tenías decidido aún?

—Porque sentía que estaba arrancando y no quiero. No quiero hacerlo. Quiero mostrarle al mundo lo que sentimos, besarte y caminar de la mano. —Una sonrisa hermosa apareció en su rostro, sus ojos luchaban por contener las lágrimas—. Quiero estar así como anoche, tocarte...

—No continúes —pidió. Apoyó su frente en mi pecho—. ¿Tu mamá te dijo que te fueras?

—No, fue Camilo. Mi mamá ha tenido muchas dudas sobre regresar a Chile, ahora que mi papá está en Santiago, ella no quiere venir. Es absurdo, como si fueran a vivir juntos. Además, Camilo también necesita a papá. —Resoplé. Ese era otro problema en mi vida—. Pensé que, de todas formas, puedo trabajar a distancia. No necesito estar aquí una vez que terminemos el libro y mi hermano me necesita.

Mads pasó sus dedos por mi cabello. Sentí su cálido aliento en mi rostro. Presionó sus labios.

—No puedo creer que nos vayamos a separar —dijo repentinamente—. No después de todo lo que hemos pasado.

—Yo no te voy a dejar. Solo serán unos meses, hasta que las cosas se calmen y el libro esté en las librerías. Los rumores se desmentirán por sí solos. —Tomé su barbilla y levanté su rostro para besarla. Correspondió al beso de inmediato. Sus labios estaban salados por las lágrimas.

Con nuestros besos, los sonidos y vibraciones de los celulares quedaron en segundo plano. Ansiaba su sabor, su lengua entrelazada con la mía, y deseaba tocarla. Tocarla por completo, porque sabía que llegaría el momento en que no podría hacerlo, al menos por un tiempo. La acomodé sobre mí a horcajadas y, con un leve gemido, se acomodó. Nos separamos para tomar aire, y nos quedamos mirándonos unos segundos, o quizás más. Mis manos exploraban su espalda lentamente, como si quisiera recorrer cada centímetro y no dejar nada fuera. Mads me sonrió.

—¿En qué estás pensando? —preguntó, seguido de una risita coqueta.

Lancé una mirada rápida al cielo.

—¿En este momento? Pienso en que quiero tocarte más. En besarte, en quitarte la ropa, y que el resto del mundo se joda.

—¿Al menos por un ratito? Porque creo que al salir de aquí encontraremos a Ally hecha un ovillo junto a la puerta.

—Al menos por un ratito —respondí, llevando mi rostro a su pecho. Inhalé profundamente, quería retener su aroma en mi nariz—. Me encanta tu olor.

Me hizo mirarla.

—A mí me encantas tú. Pase lo que pase fuera de estas puertas, quiero que sepas que me quedaría mil noches contigo, pero entiendo que tengas que irte. Tu hermano te necesita y aquí, en estos momentos, nuestro amor no podría prosperar. Nos desgastaríamos ocultándonos y con el temor de que nos odien. Nos arriesgamos a que nuestro libro se vea empañado por publicaciones de odio.

Inclinó su cuerpo y comenzó a besarme de nuevo. Mis manos se posaron en su trasero y ejercí presión sobre mi entrepierna.

—Nunca dudes de cuánto te quiero, por favor —murmuré, sintiendo la presión de la grabación en mi mente—. He cometido muchos errores, pero en cuanto a ti, a esto, estoy seguro. Te pertenezco.

No alcanzamos a desayunar y Ally parecía haber sido atropellada por un camión. Se veía destrozada y devastada. Apenas nos vio, vino corriendo hacia nosotros, desesperada.

—Pensé que no iban a bajar. Casi... —Se rascó la frente con frustración—. Casi hago que boten la puerta de tu habitación. Vi a Fabiana salir, discutiendo con alguien por teléfono. Vi las publicaciones. —Apoyó la mano en la pared y tomó aire profundamente—. No sé.

—Estamos bien. Iremos a la feria y todo saldrá perfecto.

—Oh, Valentín. No entiendo cómo puedes estar tan optimista con lo que está sucediendo.

—¿Vendrán por nosotros? —preguntó Mads, como si no fuera parte del caos que había. Ally la miró y suspiró.

—Sí, denme unos diez minutos. Iré a arreglarme un poco.

La feria del libro resultó mejor de lo esperado. Estábamos nerviosos, todo era un caos y no teníamos idea de qué iba a pasar. Sin embargo, durante la feria, nos comportamos de manera profesional y no mostramos ninguna cercanía excesiva con Mads. Sí, como amigos, pero nada que sugiriera otra cosa. Las chicas y chicos que nos visitaron eran nuestros seguidores, así que ninguno se acercó con intenciones distintas a conocernos. Mads se veía feliz, aunque a veces

notaba su preocupación. Era como si temiera disfrutar tanto del momento porque al día siguiente o unas horas después, todo podría cambiar. Las verdaderas consecuencias de las publicaciones de Fabiana aún eran desconocidas; solo habían pasado algunas horas.

Mads conoció a muchas personas y firmó numerosas fotos de la portada de nuestro libro, al cabo de un par de horas ya apenas podía mover su mano. Nos tomamos fotos, grabamos videos y recibimos regalos. Me emocionaba verla tan involucrada allí. Y al mismo tiempo, sentía miedo de que las cosas se derrumbaran para ella. Se veía como una niña pequeña, disfrutando del mejor día de su vida.

Quienes asistieron a la feria querían fotos con los dos. Nos dijeron que nos veíamos perfectos juntos, y con la emoción, deseé poder besarla allí frente a todos.

—Tenemos que celebrar, hoy fue un éxito —dije al regresar al hotel.

—Está bien —respondió Ally. Mads estaba absorta en su celular con una expresión de preocupación y tristeza cada vez más evidente. Puse la mano delante de la pantalla.

—¿Vamos?

—¿A dónde? —preguntó, con la voz entrecortada.

—A celebrar lo de hoy. —Tomé su celular y lo guardé en mi bolsillo—. Tu primera feria del libro debe celebrarse.

—Iré a reservar una mesa, los espero —dijo Ally, encaminándose hacia el restaurante del hotel.

—Pero Valentín, ¿y Fabiana?

Me encogí de hombros.

—No podemos dejar de celebrar por su culpa. Además, estaremos con Ally.

Asintió insegura.

Comimos y empezamos a beber. Desde ahí, las decisiones sobre lo que hacíamos comenzaron a tomarse con menos prudencia de lo habitual.

—Ufff, ya no más. Aún debemos enviarle el capítulo a Ally —murmuré, poniendo el vaso sobre la mesa. Mads abrió los ojos asustada. Ally frunció el ceño.

—¿Todavía no me lo han enviado? —preguntó, con la voz apenas audible—. Pensé que ya habían revisado uno anoche.

—Uno sí, pero aún falta revisar el otro. Está hecho, solo falta darle un último retoque —respondí. Miré de reojo a Mads—. ¿O lo enviamos tal cual?

—Creo que está perfecto, aunque igual podemos leerlo una vez más —murmuró.

Una sonrisa traviesa se asomó en mi rostro.

—¿Por qué me miras así? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—¡Ya sé! —exclamó Ally, notoriamente bebida. Comenzó a señalarnos con el índice—. ¿Tienen que escribir escenas de amor?

Mads soltó una risa.

—¿De qué hablas? —Rio Mads. Se aclaró la garganta y miró el reloj—. Ya son las nueve. Deberíamos subir.

—No entiendo por qué simplemente no están juntos. Los jóvenes se complican tanto y no se dan cuenta de que en un abrir y cerrar de ojos, ya son mayores y no disfrutaron de la vida. —Suspiró profundamente, mirando a su alrededor. Mads y yo permanecimos inmóviles en nuestros

asientos—. ¿Qué podría ser tan importante como para detenerlos? Nada. El amor no se detiene, cuando se resisten a el es como una bola de nieve que comienza a bajar desde una enorme montaña. Mientras más pasa el tiempo, más grande se vuelve, y luego ya no hay forma de detenerla. —Levantó un dedo para enfatizar su punto—. Ahí es cuando aparecen los dramas. Por no arreglar problemas desde el principo, después, con una bola de nieve tan grande, es difícil.

—Ally, ¿tienes un amor?

—Ay, por Dios, Valentín, ¿de qué hablas? Yo no tengo tiempo para esas cosas. En cambio, ustedes sí lo tienen.

Mads empezó a toser de manera exagerada.

—El vino te está haciendo ver cosas que no existen —replicó divertido.

Ally soltó una carcajada y se puso de pie con cierta dificultad.

—Seré mayor, pero no soy tonta. —Sonrió. Nunca la había visto tan relajada—. Nos vemos mañana, chicos. Descansen. Gracias por hoy. —Se dirigió tambaleante hacia el ascensor. Mads y yo nos miramos y estallamos en risas.

—¿Subimos? —bostezó.

—¿Estás cansada?

—Un poco. ¿El capítulo está listo?

—Sí, está listo —respondí con una sonrisa—. Solo buscaba una excusa para que subiéramos.

Mads bajó la cabeza, tratando de ocultar la risa.

—Lo sabía. Eres un loquito.

Nos dirigimos a la habitación sin mirarnos. Como si no estuviéramos juntos, o como si en cualquier momento, detrás de una cortina o una puerta, fuera a aparecer alguien para tomar una foto y confirmar los rumores. Así que, en cuanto entramos a mi habitación, Mads se abalanzó sobre mí.

Una vez en la habitación, solo teníamos un objetivo en mente. Empezamos a besarnos con desesperación, como si el oxígeno para respirar se encontrara en nuestras bocas, y separarnos significara el fin de todo.

Hacía tanto tiempo que no sentía la emoción y excitación de estar con alguien, sin contar la noche anterior, que ya no quería detenerme.

Dejé en un rincón las preocupaciones acerca de lo que ocurría en las redes sociales. Los problemas serían del día siguiente. El viaje estaba llegando a su fin y debíamos aprovechar cada momento, aunque hubiera un incendio más allá de las cuatro paredes de la habitación.

Me quitó la camiseta y la lanzó lejos. Entre besos, se quitó la suya. Todavía estábamos junto a la puerta, en la entrada de la habitación. De repente, comenzaron a golpear la puerta con urgencia.

—Deberíamos abrir —murmuró Mads, llevándome hacia la cama. Solté una risa que atrapó con sus labios.

—Nooo, no quiero.

—¡Chicos! ¿Están aquí? Es urgente —dijo Ally golpeando con desesperación—. ¡Es urgente! Tenemos un problema grave.

Nos separamos de golpe y nos miramos fijamente.

44. Nuevas condiciones

Maddie

Nos manteníamos en la entrada de la habitación, junto a la puerta. Sin embargo, todo se estropeó con los golpes de Ally. Quise ignorarlos, pero resultó imposible.

—¡Chicos! ¿Están aquí? Es urgente.

Nos alejamos y con un gesto le indiqué que esperara para abrir la puerta. Rápidamente busqué mi camiseta y la suya. Apenas Ally atravesó la puerta, ya tenía dos uñas menos debido al estrés. Esos golpes, claramente, no indicaban nada bueno, pero, ¿qué tan malo podía ser?

—¿Algo ha pasado? —Valentín preguntó con total calma. Llegué incluso a mirarlo. Por un momento, pensé que mis conclusiones sobre el caos tras la puerta eran exageradas. Hasta que vi los ojos de Ally. Su expresión parecía sacada de una telenovela. Pura angustia.

Mi respiración, que ya estaba agitada, se aceleró aún más. Y de repente, empecé a sudar. Ally tenía el celular en alto y estaba tan agitada que las palabras apenas le salían de la boca.

—¿Qué pasó? —pregunté, frunciendo el ceño.

Exhaló lentamente.

—Malas noticias. Terribles. ¿Vieron sus teléfonos?

Valentín y yo nos miramos y luego negamos con la cabeza.

N*o, Ally, la verdad es que queríamos tener sexo antes de ver el desastre que había.*

—No...

—Bueno, las consecuencias de lo que hizo Fabiana son peores de lo que esperaba. —Se sentó en la silla de la habitación. Valentín y yo la seguimos con la mirada y ninguno de nosotros dijo nada. Tragué saliva—. No quería decirles nada todavía, para no arruinar la feria ni luego la celebración, pero la editorial se ha puesto en contacto conmigo. Mi jefe me ha llamado. A esta hora en un día sábado. —Se frotó la cara con las manos—. Eso significa que esto es importante y debemos tratarlo como tal.

—¿Qué te han dicho? —pregunté de nuevo, con la voz apenas audible. Sentía que estaba a punto de salir corriendo y huir del problema.

—¿Qué pasó? —Valentín tomó su celular y comenzó a revisarlo. Yo no me atreví a siquiera tocar el mío.

Ally pasó sus dedos temblorosos por su frente.

—Están furiosos —murmuró con voz cansada—. Furiosos con ustedes y conmigo. Los seguidores de Fabiana han estado atacando a la editorial, subiendo imágenes y textos horribles sobre cómo la editorial apoya a personas... —Nos miró con tristeza y hizo una mueca—. Falsas, infieles y más cosas que pueden imaginarse. La editorial no quiere verse envuelta en esto. Sus redes sociales están inundadas de mensajes de odio.

Di un paso atrás y me llevé las manos al pecho. Estaba sucediendo. Mi carrera, que apenas comenzaba, estaba a un paso de ser destruida. Era lo que tanto temía. No podía permitir que lo que me hacía feliz se desvaneciera.

—¿Qué te han dicho exactamente? —Noté la preocupación en la voz de Valentín.

—Mañana tenemos una reunión con los directores de la editorial. No estoy segura de lo que dirán.

—¿Podrían cancelar la publicación del libro? —pregunté, aterrada.

Ally negó con la cabeza.

—No, eso lo veo improbable. El libro es un éxito, incluso ahora, con la mala publicidad. Estoy segura de que irá aún mejor. Pero...

—¿Pero? —Valentín parecía captar mejor las palabras de Ally que yo.

—Tendremos que encontrar una manera de demostrar que lo que dice Fabiana es falso, aunque no lo sea —añadió con sequedad, como si no tuviera dudas acerca de nosotros y que no debíamos ni intentar negarlo.

Valentín se apoyó en la pared y quedó mirando el techo.

—Me iré en un mes, Ally. Me voy a Francia para estar con mi mamá y mi hermano —murmuró como si estuviera dictando su propia sentencia. Ally asintió con la cabeza, poco sorprendida—. ¿Qué crees que nos dirán en la reunión?

Ally frunció el ceño y me miró a mí, preocupada.

—La verdad, creo que te pedirán, Maddie, que dejes la novela.

Valentín se separó de la pared abruptamente y mi vista se nubló enseguida. No quería comportarme como una niña, pero la idea me llenó de angustia.

—No, no pueden hacer eso. ¡Hay un contrato! Y ella ha escrito lo mismo que yo. —Valentín se acercó a Ally—. Ally, si a ella la sacan, yo también me retiro.

No podía creerlo. No me parecía posible. ¿Cómo podrían expulsarme de mi propio libro? Suena extraño, pero si Ally lo decía, era algo que podría suceder.

—¿Cómo podrían hacer eso? —pregunté apenas.

Ally suspiró profundamente y exhaló. Se tomó unos segundos antes de retomar la conversación.

—Está bien, les contaré lo que sé. Damián me contactó y compartió una idea que los socios de la editorial estuvieron discutiendo hoy. Pero tengan en cuenta que esto no es la última palabra —aclaró—. Probablemente les propondrán terminar el libro en tiempo récord y que ustedes dos emitan algún comunicado. No tendrán que mostrarse juntos y...

Valentín negó con la cabeza.

—Ally, comprendo que Mads y yo trabajemos para la editorial, pero no pueden entrometerse en cuestiones personales como nuestra relación. El contrato es para el libro, no para nuestra situación personal.

—¿Cómo podrían forzarnos a no estar juntos? —pregunté, sin poder creerlo.

—Les ofrecerán algo difícil de rechazar —dijo, aliviándose un poco. Se dejó caer en la silla, como si hubiera estado haciendo un gran esfuerzo para no decirlo.

—¿Qué cosa? —quiso saber.

—Miren, lo único que quieren es detener el ataque en su contra. Y al mismo tiempo no desean provocar un gran escándalo. No querrán, por ejemplo, anunciar que alguno de ustedes fue desvinculado de la editorial o algo por el estilo. Al contrario, probablemente suban algún video mañana mostrando cómo les fue en la feria. Además, expresarán su satisfacción por el éxito del

libro. La opción más sensata es silenciar los rumores, demostrando que son infundados para que todo se tranquilice —explicó. Mi mente era un caos, no lograba comprenderlo todo.

—¿Entonces? —Valentín frunció el ceño—, ¿podrían pedirle a Mads que se retire del libro?

—Creo que sí, pero ofrecerán algo a cambio. —Sacudió la cabeza y las manos—. No lo sé, no lo sé, chicos. He estado divagando mucho. Se me han cruzado muchas ideas por la mente y ninguna se acerca quizás a la realidad. Esperemos a mañana. Solo quería que estuvieran preparados. Piensen hoy en las posibilidades y en lo que están dispuestos a aceptar y... —Apretó sus labios en una fina línea y miró hacia la puerta—, lo que están dispuestos a sacrificar.

—¿Qué piensas que podrían ofrecerme? —pregunté. Sentía que ella sabía más de lo que nos decía y quería evaluar mis reales opciones antes de enfrentar esa reunión.

—Son solo suposiciones o ideas, no sé si se convertirán en realidad. Quizás a ti, Maddie, te ofrezcan escribir un nuevo libro y publicarlo con nosotros, asegurando el éxito mediante la publicidad.

—¿A cambio de...?

—A cambio de que renuncies a este libro para calmar la situación. O tal vez pedirán que no mantengan una relación pública. Eso se lograría. Bueno, Valentín, si te vas a Francia, eso podría ser útil —dijo, murmurando para sí misma.

Valentín suspiró con molestia. Me miró y negó con la cabeza. Su expresión tensa me hizo ver que yo estaba igual: apretando los dientes.

—Todo esto por Fabiana —murmuré, cerrando los ojos—. Qué desastre. —Mis ojos se llenaron de lágrimas y mi visión se nubló al instante.

—Lo sé, aunque en mi opinión, si deciden quedarse juntos y enfrentar los ataques a la editorial no solo tendrán problemas, porque imagino que no será sencillo, sino que más adelante será complicado que otra editorial los acepte. Incluso si tienen éxito. En este momento, son un riesgo demasiado grande, y además, el padre de Fabiana es director de una de las editoriales más influyentes. Si él decide intervenir, ustedes dos quedarán fuera en un abrir y cerrar de ojos.

¿Me están tomando el pelo? No tenía idea de eso. Es un pequeño detalle que me hubiese gustado saber desde antes.

Cerré los ojos durante unos instantes y apoyé mi mano en mi frente.

—¿Incluso con el éxito que está teniendo *El amor se escribe por capítulos*? —pregunté, atemorizada.

Ally asintió.

—Sí. Las personas con influencia pueden hacer mucho.

Fue como si el techo de la habitación se desplomara sobre mí. Me sentía abrumada y confundida. Nada parecía real, pero lo era. Casi solté una risa pensando que sería una historia interesante de escribir. Volví mi mirada hacia Valentín. Él también parecía como si la vida se le estuviera desmoronando ante sus ojos.

En parte, podríamos decir que sí era así. Ambos éramos escritores y eso estaba siendo amenazado. Y ambos nos queríamos. Algo que nos decían explícitamente que no podíamos sentir.

Casi deseé mandar todo a la mierda. Sí, mandarlo todo al diablo. Pero no es tan fácil dejar lo que te hace feliz por otra persona. Así no funciona el amor, ni siquiera el nuestro. No, no podía renunciar a lo que era: una escritora. Sabía que Valentín tenía los mismos pensamientos que yo.

Ally estaba tendida en la silla, seguramente cuestionándose por qué accedió a una colaboración tan peculiar como que yo escribiera con Valentín.

—Así que mañana tenemos una reunión —murmuré. Ally levantó la mirada y asintió ligeramente.

—Una reunión de emergencia. —Se levantó y arregló su falda—. Piensen bien en lo que van a hacer. Yo les sugeriría... —Suspiró profundamente, se veía igualmente afectada que nosotros. ¿Estaba su trabajo siendo amenazado debido a nuestra culpa?—, quizás ponderar lo que es importante para ustedes. El libro ya está hecho y es un éxito. Eso nadie se los quitará. Ahora la cuestión es: ¿qué piensan hacer a continuación? —Alzó una ceja hacia Valentín—. No actúes precipitadamente, por supuesto, pero creo que hablar con el padre de Fabiana es una buena idea. —Agitó las manos frente a ella—. No, en realidad no lo sé. Pensemos bien en esto mañana, necesito descansar. Siento que mi cabeza va a explotar.

Se despidió abrazándonos a ambos con fuerza y nos dejó a solas. Con Valentín nos quedamos mirando. Él comenzó a reír, y al principio quise golpearlo, pero luego su risa me contagió.

—¿Podría empeorar esto? —preguntó riendo—. Solo falta que entre Fabiana de nuevo.

Fruncí los ojos y le di un pequeño golpe en el brazo.

—¡Deja de decir tonterías!

—¡Ay! ¿Ya no me quieres? —dijo en tono burlón.

—Te quiero todos los días. —Puse mis manos en su pecho y le di un breve beso en los labios —. Me iré a dormir.

Todas las ganas que tenía de repetir la noche anterior se redujeron al tamaño de una mota de polvo. Di un paso hacia la puerta, sin ganas de hablar. Necesitaba estar sola con mis pensamientos. Valentín me abrazó por la espalda de repente. Me apretó con fuerza y apoyó su mentón en mi cabeza. Mis manos envolvieron sus brazos.

—Quédate conmigo, no sabemos cuándo podremos estar así otra vez. Déjame abrazarte esta noche. Déjame creer que todo estará bien y que nada ni nadie podrá arruinar lo nuestro. —Me soltó y me giró. Sostuvo mi rostro con delicadeza—. Que sigan lanzando sus bombas. Yo te quiero más cada segundo.

Me incliné hacia él y lo rodeé con los brazos alrededor de su cuello.

—Por hoy, que todo se desmorone.

—Mañana volveremos a ser los adultos responsables —bromeó. Parecía imposible sonreír en un momento así, pero ahí estaba mi sonrisa. No podía evitarla.

Con Valentín, mi corazón estaba en una constante carrera por latir más rápido cada vez.

—¿Crees que no hay forma de hablar con Fabiana?

Suspiró y su expresión derrotada regresó.

—Lo intenté. Lo volveré a intentar, pero es tan terca que, aunque se dé cuenta de que esto está mal, seguirá adelante. Aunque... —Se tocó la barbilla y frunció el ceño—. Podría hablar con su hermana. Quizás Cata pueda ayudarme.

—Problema para mañana —musité, sacudiendo la cabeza—. No podemos hacer nada ahora. Iré a buscar mi pijama.

Cuando regresé, Valentín salía del baño con una toalla alrededor de las caderas y el pecho húmedo. Me quedé inmóvil como si estuviera ante una divinidad. Bueno, él era todo lo que deseaba en el mundo. Así que bien podía ser una divinidad descendiendo del mejor de los cielos.

—¿Por qué me miras así? —rio, poniendo una expresión coqueta—. No es la primera vez que me ves.

—No estoy acostumbrada —respondí. Me metí en la cama y él hizo lo mismo poco después. Me abrazó por la espalda y escondió su cara en mi cabello—. No me sueltes.

—¿Esta noche o nunca?

—Al menos por esta noche.

—No lo haré.

45. Nuevas oportunidades

Maddie

El viaje en avión se me hizo eterno, a pesar de que fue menos de una hora. Principalmente, porque me dediqué a torturarme al ver el impacto real de lo que hizo Fabiana. No era saludable lo que estaba haciendo, pero necesitaba conocer la realidad para tomar una decisión informada ante lo que la editorial nos dijera. Quería considerar todas las aristas del asunto.

Mis seguidores aumentaron significativamente, pero en mis fotos los mensajes de odio contrarrestaban los de amor. Me llamaban de todas las formas horribles posibles. Se referían a mi forma de hablar, escribir, moverme y a mi cuerpo. Comentarios sobre mi cabello, nariz y hasta sobre mi peso.

¿Por qué algunas chicas se sienten con derecho a opinar despectivamente sobre el cuerpo de otras? Estamos todas en el mismo barco llamado: el mundo nos ha tratado de minimizar durante demasiado tiempo como para que entre nosotras mismas nos ataquemos.

Resoplé.

Agradecí a mi madre que, desde que tengo memoria, me hizo repetir cada día que yo era hermosa, que nadie podía contradecirlo y que lograría todo lo que me propusiera. Así que los mensajes, especialmente de chicas, que se referían a lo horrible que les parecía que yo era, no me afectaron. Pero sí me afectaron aquellos que decían que yo era la causa del sufrimiento de Fabiana y que solo estaba con Valentín para hacerme famosa.

Las lágrimas solo pararon cuando Valentín me quitó el celular de la misma manera que el día anterior y lo guardó en su bolsillo.

—Creo que ya es suficiente, ¿no crees?

—No soy una mala persona —murmuré.

—¿Qué? Mads, por favor, eres una de las chicas más geniales que he conocido. —Alzó una mano para evitar que lo contradijera—. Y no lo digo porque te quiera. Es la verdad. Así me pareciste el primer día que te vi en la cafetería y me hiciste ese asqueroso café de menta.

Empecé a reír.

—Entonces, era asqueroso —dije, fingiendo seriedad. Él frunció el ceño y encogió los hombros.

—Parecía pasta de dientes —confesó. Lo miré con los brazos cruzados y esbocé una sonrisa. Tenía ganas de besarlo, pero, ¿qué pasaría si en el mismo vuelo había alguna seguidora de Fabiana?

Qué patética se había vuelto mi existencia.

Bajamos del avión y nos dirigimos directamente a la reunión con la editorial. Ally insistió en que no perdiéramos tiempo, y estaba tan intrigada por lo que nos iban a decir que acepté de

inmediato.

Llegamos a la famosa reunión de emergencia y una chica nos abrió la puerta de una sala con una larga mesa y cinco personas sentadas con sus computadoras abiertas. Lucían tan concentradas como yo cuando tenía que revisar un capítulo.

Al entrar, levantaron la cabeza, nos saludaron amigablemente y señalaron nuestros asientos.

—Qué gusto tenerlos aquí tan rápido, ¿cómo estuvo el viaje? —dijo uno de los hombres. Tenía alrededor de cuarenta años, vestía de manera impecable y tenía una sonrisa enorme. Se dirigió a mí—. Madison, mi nombre es Enrique Méndez. Soy el director de la editorial. Encantado de conocerte. —Extendió su sonrisa a los demás. Me puso un poco nerviosa que él estuviera allí. Después de todo, era el jefe máximo—. Sé que fue con poco tiempo de anticipación, sin embargo, esta reunión es necesaria dadas las circunstancias en las redes sociales. Supongo que todos estamos al tanto del ataque al que se han enfrentado no solo Valentín y Madison, sino también nosotros como editorial. Nuestras redes sociales son muy valiosas para nosotros y las publicaciones relacionadas con otros autores se han llenado de mensajes de odio. —Enrique miró a una de las chicas en la mesa. Ella asintió.

—Permítanme presentarme, soy Dani Rose. —Carraspeó y acomodó sus anteojos antes de continuar—. Hemos redactado un comunicado en su apoyo, tanto para ustedes dos como para el éxito de su novela. Tienen nuestro total respaldo, queremos que lo sepan, pero necesitamos poner fin a lo que está sucediendo. He estado trabajando incansablemente desde ayer revisando el alcance que ha tenido todo esto. Nos hemos dado cuenta de que Fabiana tiene un gran poder sobre sus seguidores que la idolatran. Sus videos tienen cientos de comentarios y miles de *me gusta* en cuestión de segundos. —Tomó aire y encontró la mirada de Enrique—. Y este caos continuará hasta que ella decida ponerle fin, y, por lo que he visto, no apostaría a que cambie de opinión.

—Aunque no somos novios desde hace semanas, nunca pensé que reaccionaría de esta manera —comenzó a decir Valentín.

Dani se aclaró la garganta y asintió. Otra chica tomó la palabra.

—Por supuesto, no podemos obligarlos a hacer nada. Tienen un contrato que los respalda, pero queremos poner fin a esto.

Se me escapó el aliento, ¿qué implicaba realmente *poner fin a esto*? Miré a Valentín y parecía estar preguntándose lo mismo. La misma chica tomó nuevamente la palabra.

—Su novela es un éxito y estamos muy contentos con ambos. Su forma de escribir es maravillosa. Sin rodeos. Tenemos una propuesta para ustedes. —Hizo sonar los dedos sobre la mesa. Estaba hecha un manojo de nervios, sentía el sudor perlado en mi espalda y mi corazón latía a toda velocidad. Y no precisamente por una razón que me gustara—. Madison, te ofrecemos la oportunidad de publicar otro libro con nosotros. Sería una obra de tu autoría y contarías con nuestro respaldo total. Te ayudaremos a crecer y a establecerte como una escritora reconocida en Chile y en los países de habla hispana.

Ally ya había insinuado algo similar, pero al escucharlo de manera oficial por parte de ellos, comprendí lo significativo que era. Las palabras se me quedaron atascadas en la boca. Aún faltaba saber cuál sería el precio a pagar. Esa oferta no era tan simple. ¿El costo sería renunciar a Valentín? Él había sido quien me ayudó a encontrar mi camino. Gracias a él, todo había cambiado. Mis ojos se llenaron de lágrimas rápidamente. La chica continuó hablando.

—Valentín, para ti, te extendemos un contrato con una de las editoriales más prestigiosas de España. Ellos se encargarán de que tu próxima novela no solo esté disponible en Chile y

Latinoamérica, sino que también buscaremos posicionarla en Europa y Estados Unidos. Además, será traducida a al menos cinco idiomas.

¡Dios mío!

Lo que le estaban ofreciendo era asombroso para alguien tan joven y con una carrera tan breve como la suya. La expresión de Valentín no cambió como yo esperaba.

—¿Y qué es lo que se espera de nosotros? —preguntó en tono seco. Enrique soltó una pequeña risa.

—Para empezar, deberán hacer un video hablando sobre su novela de manera amigable. Destacarán su felicidad y agradecerán el apoyo de sus seguidores. Anunciarán un concurso para encontrarse con ustedes en una firma de libros especial dentro de un par de semanas. —Elevó las cejas, como esperando nuestra respuesta.

Ambos asentimos, aunque Valentín seguía mostrando escepticismo.

—¿Eso es todo?

—No. Deberán terminar el libro en un plazo máximo de un mes. Quiero el borrador completo. Lo lanzaremos gradualmente tal como lo hemos hecho hasta ahora, pero esta vez, quiero el desenlace en nuestras manos.

Enrique miró a Dani.

—No queremos que aparezcan juntos en público —agregó ella como si fuera algo normal. Como si ambos fuéramos estrellas de cine seguidas por paparazzis. La miré con cierta incredulidad—. Eviten cafés, salidas, paseos, o cualquier cosa que no sea estrictamente profesional, como una feria de libros. Un solo seguidor de Fabiana, una simple foto y no sabremos cómo controlar lo que sucederá. No confirmaremos si hay algo entre ustedes.

—¿Cómo suponen que podremos terminar el libro si no podemos vernos? —pregunté, confundida.

—Deberán encontrarse en alguno de sus departamentos o escribir aquí.

—¿Y después del mes? ¿no podemos estar juntos entonces? —inquirió Valentín, sin temor a lo que los demás pudieran pensar. Tragué saliva.

Dani movió la cabeza ligeramente.

—Lo siento, Valentín. Debes estar en España para que tu parte sea efectiva. O al menos, cerca de allí. Quieren impulsar tu imagen y que seas parte de los eventos de la editorial.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que termines tu libro. Calculamos al menos seis meses. Después de eso, habrá pasado suficiente tiempo. Ustedes podrán hacer lo que quieran con sus vidas. Solo que, por ahora, queremos disipar los rumores y evitar que otros autores se vean afectados. Y... —Se giró hacia mí—. Si aceptas esta oferta, no podrás ir a Europa. No podrías acompañar a Valentín. Quiero decir que aceptar estos nuevos contratos implica una separación de al menos seis meses.

Seis meses.

Ally tomó la palabra.

—Voy a discutirlo con ellos. ¿Cuándo necesitan una respuesta?

—Mañana —respondió Enrique como si fuera algo sencillo. Bueno, quizás para cualquier otra persona lo era, pero para nosotros, significaba separarnos.

Nuestra separación no se había vuelto real hasta ese momento, ni siquiera con la idea de Valentín de pasar tiempo con su madre. En ese escenario, una parte de mí pensaba que podría visitarlo. Con esas nuevas condiciones, eso era imposible.

Nos estaban ofreciendo oportunidades que no podíamos rechazar.

Qué injusta era la vida. Unir a dos personas que pertenecían juntas, solo para separarlas como si fuera una broma cruel o un giro dramático de una telenovela.

Un silencio incómodo se apoderó del ambiente. Enrique se puso de pie.

—Otra opción sería que Fabiana se retracte. Tienes hasta mañana para lograrlo, Valentín. —Sonrió ampliamente como si no estuviera ocurriendo nada grave y, con un ligero saludo, salió de la sala.

46. Tu lado de la historia

Valentín

Valentín: ¿Podemos hablar?

Fabiana: No.

Valentín: ¿Qué estás haciendo? No te reconozco.

Fabiana: Yo tampoco te reconocí cuando me cambiaste por Madison.

Valentín: ¿Qué puedo hacer?

Fabiana: ¿Tienes miedo de que tu audio le llegue a tu novia? Lo va a oír alguna vez. La pregunta es: ¿cuándo? No vas a estar tranquilo porque sabes que en algún momento lo va a escuchar.

Soy un imbécil.

Me quedé unos segundos observando el celular, anonadado por su mensaje. Lo dejé a un lado lentamente, como si mi cuerpo no supiera cómo reaccionar a lo que sucedía. Era imposible razonar con Fabiana y eso tenía que aceptarlo. Me refregué la cara con las manos. Después de la reunión con la editorial, Mads se fue a su departamento y yo al mío. No quería separarme de ella, sin embargo, entendí que necesitaba su espacio para pensar. Igual que yo.

Era injusto. Eso ya lo había estado repitiendo demasiados días seguidos. Así que las cosas eran así: nos debíamos separar por todo el tiempo que yo estuviera escribiendo en Europa. La separación tan abrupta con Mads aclararía todos los rumores con Fabiana y desmentiría su versión, pero, ¿era lo que teníamos que hacer?

Me ofrecían algo espectacular, que no debía rechazar. No era la única editorial que tenía intenciones de hacer grandes cosas conmigo, sin embargo, era verdad que si el padre de Fabiana se metía en el tema, me iba a perjudicar al punto de dejarme en el catálogo de escritores olvidados. Así que más que aceptar o no la opción de Europa, tenía que tener en cuenta que no había más. ¿O sí? Podía rechazarla e irme de todos modos, aunque sin la cláusula de no poder ver a Mads, así ella podría viajar a Europa y estar juntos.

Siempre pensé que esa era una opción y por la que me encontraba tan dispuesto a ir a París. Aunque, que yo rechazara mi oferta, no valía de nada si Mads aceptaba la de ella. ¿La aceptaría sin más? No me atreví a preguntarle antes de separarnos en la editorial.

Mi madre comenzó a llamarme.

—Hola mamá —respondí con voz cansada.

—Hijo, ¿qué es todo eso que dice Fabiana? ¿estás bien?

—Sí mamá, no te preocupes, ¿cómo es eso de que aún no te vienes a Chile? Ya no doy más con las llamadas de Camilo sufriendo.

—No sufre —replicó al vuelo.

—¿Le has preguntado? Porque a mí me parece que sí.

Mi mamá resopló y se tomó su tiempo para responder.

—De eso te quería hablar. No volveremos por ahora. Ya lo matriculé en un colegio y se ve feliz con la idea.

Sus palabras no me sorprendieron, ya sospechaba que no se vendría a Chile. Llevaba retrasando el viaje más de lo normal.

—¿Y qué dice papá de esto?

—No me puede obligar a estar en Chile —replicó.

—Creo que él debería autorizar que Camilo esté allá.

—Lo autoriza. Val, tengo que contarte algo. Debí hacerlo antes y no sabía cómo.

Suspiré ampliamente.

—Mamá, sé que papá tiene otra pareja. Sé que por eso se separaron, estuve con él la semana pasada. —Me senté y cerré los ojos. No es que no me interesara los dramas de mis padres, pero no tenía cabeza para eso.

—Bueno —respondió mi mamá, como si se estuviese aguantando las lágrimas—. Hemos hablado y él accedió a que Camilo esté aquí durante un año, quizás menos, seis meses. Con Adrien nos estableceremos en Chile. Ya lo hablamos y dejará a alguien a cargo de sus negocios acá.

—Es probable que me vaya para allá. Me ofrecieron algo muy bueno para un nuevo libro.

—¿Qué?

—Iré a vivir allá si no te molesta.

—¡Molestarme! —Mi mamá emitió un pequeño grito de felicidad—. ¿Cuándo llegas? —De repente se quedó en silencio—. Val, Camilo me está llamando. Te llamo más tarde. Te amo. ¿Cuándo te vendrías?

—En un mes —respondí, tratando de sentirme tan feliz como ella, aunque sin lograrlo.

Me quedé dormido después de hablar con ella.

La noche anterior me había dedicado a abrazar a Mads y a pensar en alguna forma de despertar y que las cosas fueran distintas. No sé si se habrá dado cuenta de lo poco que dormí y de los muchos besos que le di en la parte trasera de su cuello.

Tocaron la puerta.

A esas alturas ya debería haber sabido que debía preguntar antes de abrir la puerta así como así porque al parecer cada vez que abría una puerta, Fabiana aparecía tras ella. Esa vez no fue la excepción.

Entró como si estuviese huyendo de alguien y pasó por mi lado para quedarse plantada en el centro del departamento. No le dije nada, más bien me quedé observándola esperando a que dijera lo que quisiera.

—Valentín —dijo fríamente. Me escudriñó de arriba abajo como si apenas me reconociera—. ¿Te vas a ir? ¿de verdad?

—Sí —respondí, agotado de tener que dar explicaciones.

—¿Cuándo?

—En un mes. Fai, ¿puedes i...

—¿Es por mi culpa?

—No, es porque quiero estar con Camilo. —No podía contarle algo que en el pasado la habría alegrado mucho: que me habían ofrecido trabajar con una importante editorial española. Ya no podía confiar en que quizás su padre hiciera una llamada y cancelara todo para mí. Además, lo de Camilo era una realidad de todas formas.

—¿Cómo está él?

—Quiere que esté allá. Así que ya que nada me amarra aquí. Me voy.

—¿Y Maddie? —preguntó, como si no se lo creyera.

—¿Qué hay de ella?

—¿La dejas?

Suspiré profundamente.

—¿Qué quieres? ¿quieres destruirla si se acerca a mí? Con Mads no tenemos nada —mentí, tratando de apelar a lo último de humanidad de Fabiana y que se retractara de todo.

—Ah —murmuró, con la mirada baja. Por un momento, pensé que se iba a retractar de todo. Luego levantó la cabeza y me miró a los ojos—. Bien —Esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Bien?

—Sí, perfecto.

—¿Eso viniste a decirme?

Extendió una enorme sonrisa. Pensé por un momento que Fai no era ella, sino que algún demonio se había apoderado de su cuerpo y la hacía decir cualquier tipo de estupideces.

—¿La verdad? Sí.

—Ok, ¿te puedes ir ahora? Tengo que escribir.

—¿Con Maddie? —preguntó, riéndose. Le sonreí irónicamente y no respondí nada. Pasó por mi lado—. Se debe estar divirtiendo mucho con Félix. Gracias a mí, él la cuidó cuando se enfermó —agregó, poniendo cara de lástima.

—Le dijiste a Félix que nosotros dos seguíamos juntos.

—Ah, ¿sí? Yo recuerdo que dije otra cosa —murmuró, y dejó la frase flotando. Sabía que me estaba insinuando algo. Alcé una ceja, esperando a que continuara—. Le dije algo así como: Maddie tuvo un problema con Valentín. Ve y quédate con ella.

—¿Ahora Félix hace todo lo que tú le dices?

—Quizás también le dije que tú estabas con ella y que tenía que ir a sacarte de allí. —Soltó una risita—. Y quizás le dije a Maddie que si tú no salías en minutos de su departamento, iba a publicar algo. ¿Qué tan fácil te dejó ir y se quedó con Félix?

—¿Por qué metiste a Félix en todo esto?

—Porque él era perfecto para que Maddie se confundiera y así deshacerse de ti. Y porque ya sabes, mi madre tiene grandes influencias en algunas universidades de Europa.

Abrí la boca, sorprendido.

—¿Le ofreciste a Félix, estudiar a cambio de que enamorara a Mads? —Meneé la cabeza. No lo podía creer. No esperaba nada de Fai y aun así me seguía sorprendiendo, pero Félix... no, no podía ser—. ¿Y por qué me lo dices?

—Él aceptó.

—Por eso no quería enamorarse de Mads.

Fai se encogió de hombros.

—No dominamos nuestros sentimientos, eso lo debes saber tú muy bien.

—Tú le ibas diciendo que se acercara a ella —murmuré, más para mí que para ella.

—Él siempre está ocupado en el hospital. Si no le decía yo, ¿cómo se iba a enterar? ¿hoy quién

crees que la esperó luego de la reunión que tuvieron?

—¿Cómo supiste de esa reunión?

—Papá —respondió como si nada. Hasta el momento, Fai se había abstenido de involucrar a su padre en el asunto. Eso ya era un asunto serio. La miré fijamente, casi esperando que fuera una broma.

—¿Metiste a tu papá en esto? ¿en serio quieres arruinar mi carrera solo porque lo nuestro no funcionó?

Meneó la cabeza.

—Él solo llamó a la editorial. —Bajó la mirada y por un momento vi una expresión de pena—, para averiguar. Yo no haré nada si tú te vas. No me crees, pero quiero que tengas éxito, verte feliz. Es solo que no con ella.

Ya sabía muy bien que discutir ese punto no iba a llevar a ninguna parte.

—¿Sabes? —dije con la voz apenas saliendo del enojo.

—¿Qué?

—No quiero verte más. Te deseo lo mejor. De verdad. Eres asombrosa cuando quieres serlo. Has llegado lejos y estoy orgulloso de ti, de lo que has logrado y de haberte acompañado en tu camino. —Fai me miró con los ojos llorosos. Sentí como si acabara de darse cuenta de que nosotros nunca estaríamos juntos de nuevo. Se quedó con los labios apretados, firmes. Tragó saliva antes de abrir la boca.

—Quiero que seas feliz, pero... —Meneó la cabeza—. Yo no te perdono. No me importa si eso me quema solo a mí. Quiero que sepas que aunque pasen años, no te perdono. No lo haré. Y sé que eso te dolerá. Vas a tener ochenta años y te vas a acordar de tu primer amor y a la vez, piensa en cómo te equivocaste, en cómo me hiciste llorar y en que nunca te perdoné.

Había estado furioso con Fai las últimas semanas. Todo eso no me había permitido ver que su odio sí me dolía. Y se me apretó el pecho al pensar que —independientemente de sus locuras—, ella no me perdonaba. Yo sí le perdonaba todo. No quería verla mal, ni tampoco quería verla haciendo las estupideces que hacía últimamente. Y yo tan con mi cabeza en alguien más.

Ojalá el desamor fuese más fácil. A mí me pasó que me enamoré de alguien más, y no sufrí la separación de Fai. *No me siento orgulloso al decirlo, pero soy honesto.*

Quería abrazarla y decirle que gracias por todo. Que la quería mucho y que deseaba verla feliz logrando todos sus sueños.

—Tienes razón —musité, con una mueca de tristeza.

—¿Con qué?

—Que sí me duele que no me perdones.

—Lo sé —respondió con la mirada baja. Se mordió el labio, pensativa—. Adiós, Valentín. Que te vaya bien en Europa. Compraré y leeré todos tus libros.

—Fai...

Sacudió la cabeza.

—No he cambiado de opinión con respecto a Maddie. Haré todo lo que he dicho que haré si se quedan juntos. —Me dio la espalda y salió del departamento rápidamente.

Desperté más tarde. Había dormido casi dos horas más. Me fui a duchar y decidí ir al departamento de Mads; necesitaba verla.

Caminé lentamente y, cuando llegué a su edificio, entré rápido. No sabía quién podía estar mirando. Era absurdo, lo sé. Pero no quería que nada me siguiese arruinando el día. Quería aprovechar cada momento con ella, no sabía cuándo la vería de nuevo después de irme a París.

Toqué la puerta y me abrió Ariel. Tenía cara de preocupación.

—¿Pasó algo?

Se cogió la cabeza.

—Es que había perdido a Gasparín —dijo, rodando los ojos—. Lo encontramos con unos vecinos. Maldito ratón mal agradecido. Lo dejan dos días conmigo y se escapa de mí. Ni Maya es tan valiente.

Tuve que reprimir la risa.

—¿Pero está bien?

—Sí, perfecto. —Se acercó y me habló en voz baja—: Siendo sincero, el hijo pequeño de los vecinos lo tenía mucho mejor cuidado. En un día ya le tenían una jaula enorme y dormía en la habitación con el niño. —Arrugó la frente y resopló—. Ahora se llama Copito. Por copo de nieve.

—¿Y lo dejaron allí?

Ariel se encogió de hombros.

—Yo no se los pude quitar, Maddie tampoco. Además... —dejó la frase en el aire y luego continuó—, recibe mucho más amor allí. Maya no dejaba de mirarlo como si se lo fuese a comer. —Dio un respingo cuando su celular comenzó a sonar—. Ohhhh me tengo que ir. Creo que Maddie está en su habitación, no la he visto.

—¿Puedo ir a verla?

—Sí, claro. Si no está, cuando te vayas, cierra bien la puerta, por favor. Si se escapa Maya me muero. —Me cerró un ojo y se fue.

Caminé hasta la habitación de Mads y toqué la puerta varias veces, pero nadie respondió. Pensé que podía estar durmiendo, así que abrí la puerta lentamente para no despertarla. Me quedé sin aliento de repente. Había alguien durmiendo, pero no era Mads, era Félix. Me quedé parado como un idiota, sin entender qué estaba pasando.

Félix ni se inmutó y siguió durmiendo. Probablemente había tenido turno de noche y se pasó directo al departamento de Mads, ¿pero encontrarlo durmiendo en su cama? Cerré la puerta y retrocedí sin hacer ruido. Tenía que hablar con él y preguntarle sobre todo eso de salir con Mads por estudiar en Europa.

Que desastre es esto.

—Valentín... —murmuró Mads. Me giré, venía llegando con dos cafés en la mano—. Mmm, ¿pasó algo?

Ladeé la cabeza y la quedé mirando con cara de: *dímelo tú.*

—No nada, solo venía a verte, pero me encontré con Félix —repliqué. No tenía intenciones de quedarme allí. Resopló.

—Solo le dije que durmiera, estaba cansado.

—Lo sé —respondí. Sinceramente no me importaba en qué estado se encontraba Félix, pero verlo allí en la cama de Mads me superaba. Además yo nunca había dormido allí.

Me extendió uno de los cafés. Recién allí me di cuenta del aspecto hinchado de sus ojos. ¿Había estado llorando?

—No es de menta —rio. Entorné los ojos.

—¿Me das el café de Félix? —Alcé una ceja a modo de broma. No quería abrumarla más.

—Era para Ariel pero se fue. —Se encogió de hombros y entornó los ojos—. ¿Qué quieres que haga?

Meneé la cabeza.

—Es solo que... no importa. —Cogí el café—. Gracias. Me iré a mi departamento. —Le di un beso en la frente y seguí caminando hacia la puerta.

—Val, espera.

Me giré y la miré un poco divertido.

—Nunca me habías dicho así —dije, reprimiendo la risa.

—¿No te gusta?

—Sí, me gusta.

—Val...

—Solo quería que aprovecháramos el tiempo que nos queda.

Se acercó, me acarició la cara y me escudriñó con la mirada. Se veía tan hermosa que tuve que contenerme para no interrumpir el momento sacando el celular para tomarle una foto y guardar esa imagen para siempre.

—No lo digas así que me muero —murmuró. Y luego, bajó la mirada un poco nerviosa—. Tengo algo que decirte y no te gustará.

Cogí su barbilla. Pensé que me iba a decir que se había arrepentido de lo sucedido y que no quería estar conmigo.

—¿Pasa algo? —pregunté asustado. Sentía tanto por ella que no podía controlar mi corazón.

—Voy a irme un par de días con Félix a la playa —dijo, con toda la decisión en su voz.

Di un paso atrás y me quedé esperando a que me dijera que era una broma. ¿En serio después de lo que habíamos pasado se iba con él a la playa? ¿cómo si nada? ¿y cómo le decía que además de todo lo que sufría por mi culpa, Félix al parecer salía con ella por una beca?

—No entiendo. ¿Lo dices de verdad?

Me dio una sonrisa de boca cerrada.

—Sí, pero no es lo que piensas. Es una estrategia. Mira, me están llegando muchos ataques. Muchos, demasiados —agregó, agitando las manos—. He tenido que desactivar los comentarios de todas mis últimas fotos. —Fue disminuyendo el tono de voz con cada palabra y sus ojos se pusieron brillantes—. Necesito desmentir todo de la mejor forma posible.

—¿Y eso es irte con otro chico a la playa?

—De amigos. —Me abrazó fuertemente y escondió su cara en mi pecho—. No se me ocurre nada más. Yo le conté lo de nosotros a Félix y él quiere ayudarme. Me dijo que tiene una amiga con una casa en la playa a dos horas de aquí. Entonces... —Se rascó la frente con desesperación y miró alrededor—. Y ahora está durmiendo porque llegó después del turno y estuvo dos horas conmigo buscando a Gasparín.

La abracé de vuelta. ¿Qué le iba a decir? Todo lo que sufría en ese momento era mi culpa. Apoyé mi mentón en su cabeza. Más que los celos que tenía de que ellos se fueran juntos, lo que sentía era temor. ¿Cuáles eran las intenciones reales de Félix? No podía creer que dudaba de mi mejor amigo.

—¿Solo de amigos?

—¡Por supuesto, Valentín! Tú me dijiste que hiciéramos esto en secreto. Ok, lo acepto porque no nos queda de otra y porque no soporto tenerte lejos. Haré esto y luego vuelvo en dos días y nos ponemos a escribir para terminar nuestro bebé.

Solté una carcajada.

—No puedo explicarte lo mucho que odio tu idea, pero entiendo. A menos que... ¿puedo dejarte amarrada a tu cama?

—Bueno, de que puedes, puedes. Pero en otro contexto, no para impedir que me vaya a la

playa.

Alcé las cejas, sorprendido de su respuesta. Le desordené el cabello.

—Estás loca. —Hice un mohín y fruncí el ceño—. ¿Cuándo se van?

Félix justo apareció en el marco de la puerta. Me quedó mirando sonriente. Era extraño porque cuando lo miré, no vi a mi mejor amigo.

—Vaya mierda que quedó —murmuró, haciendo una mueca—. Le dije a Maddie que nos fuésemos dos días a la playa. Espero que no te moleste, amigo.

—No soy el más feliz con la idea —respondí honestamente. Me encogí de hombros.

—Nos vamos hoy —agregó Mads. Arrugué el entrecejo.

—Intentaremos que los rumores se detengan. Maddie va a subir una foto de los dos.

Mads iba a presentar a Félix como su novio.

—Iré por mis cosas al departamento, ¿te espero allá? —Félix se quedó mirando a Mads. Ella asintió levemente.

—Voy contigo —le dije. Le di un beso a Mads y seguí a Félix.

Apenas entramos al ascensor, él carraspeó.

—¿Qué te dijo Fabiana?

—Prefiero escuchar tu lado de la historia primero.

47. Novio falso, y… ¿amigo falso?

Maddie

Caminé hacia el departamento de Valentín y Félix, cuestionándome lo que iba a hacer. ¿Era necesario? Probablemente la respuesta sería: no. Una opción era quedarme callada, pero creo que nadie me podría culpar por tratar de que la gente dejase de tirarme odio.

Toqué el timbre y de inmediato apareció la sonrisa de Valentín, que se convirtió rápidamente en un puchero y una cara de lástima exagerada. Cogió mi mano y me hizo entrar.

—¿Ya me extrañabas? —preguntó, envolviendo sus brazos a mí alrededor.

Alejé mi cara unos centímetros y puse una expresión seria.

—Obvio, te extraño cada vez que no estás a mi lado —respondí con seguridad.

Un segundo más tarde ardía de lo roja, es que decir esas cosas era algo nuevo para mí, sobre todo con Valentín, que me tenía con los sentimientos desbordándose por mi corazón. Me dio un beso corto y me guiñó un ojo cuando se alejó.

Quería más, mucho más, sin embargo, tampoco tenía intenciones de estar así con Félix en el mismo departamento. Sí, le había contado lo de mi relación con Valentín. Sabía que Félix me quería, y no era mi intención hacerlo sufrir. Además, ya me estaba ayudando demasiado con acompañarme a la playa y fingir en algunas fotos para las redes sociales.

Me encantaba Félix, y sí, me gustaba, pero como amigo. Las confusiones anteriores fueron más porque mi corazón trataba de engañarme con que no quería a Valentín. Ya nada podía hacer contra eso, a Valentín lo quería con todo.

—Yo también te extraño siempre.

—¿Entiendes por qué me voy, cierto?

Asintió con la cabeza.

—Lo entiendo, aunque preferiría que te fueras conmigo. —Me sonrió—. Creo que va a funcionar lo que quieres hacer. —Se rascó la parte trasera de la cabeza—. Tengo que admitir que a las lectoras les gusta shippear no solo a los personajes del libro, sino a los escritores. Y Félix es mucho más guapo que yo. Lo admito —agregó riendo—. A propósito, fue a buscar las llaves de la casa de la playa. Salió hace poco.

¿Aquí es donde salto a sus brazos y me lo como?

Nos quedamos mirando en silencio. Por mi mente pasaban muchas imágenes poco decentes, parece que él pensó lo mismo porque me cogió de la mano y comenzó a caminar hacia su habitación. De reojo miré la puerta de Félix.

Un día entrando a una, después entrando a la otra. Maddie, ¿en qué te has convertido?

Mi abuelita habría rezado tres ave marías al verme en esa situación.

Nunca había entrado a la habitación de Valentín. Tenía un librero en una esquina repleto de libros y sin ningún orden en particular. Es más, pensé que si sacaba uno, iban a salir todos

volando. Sobre su escritorio estaba su computadora, más libros, y en la pared de enfrente, estaban impresas las portadas de todas sus novelas. Me pareció una excelente idea para motivarse. Qué mejor que tus propios logros para demostrarte que sí puedes. Si pudiste una vez, podrás siempre.

—Me encanta —murmuré, pasando el dedo por un cúmulo de libros que parecía una torre a punto de caer. Un movimiento en falso y todos caían del escritorio. Chasqueé la lengua y meneé la cabeza—. Aunque pensé que iba a encontrar una gigantografía tuya. Mostrando tus tatuajes.

Soltó una carcajada.

—Lamento decepcionarte, pero si quieres te hago una y la ponemos en tu habitación. O ya sé, voy a imprimir mi cara en una camiseta y la andas trayendo. Como camiseta de buena suerte.

—Sí, así las fans de Fabiana me linchan de una vez por todas en la calle. Y terminas el libro tú solo —bromeé.

Hizo como que lo pensaba.

—Entonces, ¿de qué color te gustaría?

—Estás loco. —Salté a sus brazos y comencé a darle besos por toda su cara. Cerró los ojos y se dejó. Su expresión de felicidad era todo.

—Me gustas —dijo de la nada, sin abrir los ojos.

—Lo sé.

—Mucho —murmuró en voz baja. Mi corazón parecía que se encontraba a punto de dar un salto hacia su pecho para unirse con el suyo.

—Lo sé —respondí, igual de bajito. Quedé con mi boca a centímetros de la suya.

Suspiré profundamente de lo encantada que estaba con él. Me sorprendí allí mismo de lo que me producía su presencia. Allí encerrados en esas cuatro paredes, me permití relajarme otra vez y emocionarme como una niña pequeña de que ese chico me quería a mí. Me dio otro beso, aunque esta vez no fue corto. Enterré mis dedos en su cabello y me subí a él de un salto, como si en verdad yo perteneciese a su cuerpo y que solo me había separado por un poco de tiempo. Me atrapó en el aire.

Sí, definitivamente pertenecía a ese chico.

—¿Cuánto me vas a extrañar, Valentín Fortier?

—Será como si cerráramos la puerta de nuestro mundo, pero tú te llevas la llave —dijo sobre mis labios. Me dio un repentino dolor de estómago. Así iba a pasar cuando se fuera por meses. Eliminé ese pensamiento, y más bien le saqué la camiseta para hacer una de mis cosas favoritas del último tiempo: acariciar con mis dedos sus tatuajes, me detuve en mi favorito.

—Eres arte, Valentín. Lo sabes, ¿cierto?

—¿Todo listo y preparado? —Félix movió las llaves frente a mí.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

—No quiero verte llorar más —replicó, sin pensárselo. Luego de que encontráramos a Gasparín, cogí mi celular para contarle a mamá que ya estaba bien, y al ver las notificaciones de mensajes de odio me largué a llorar con Ari a un lado y Félix al otro.

—Sí, pero ¿estás dispuesto a fingir ser mi novio?

—¿Aunque estés enamorada de mi amigo? Sí, Bella. Estoy dispuesto, ya te lo dije. Soy lo suficientemente maduro para entender, y a la vez para decidir ayudarte. Además, hay algo que te quiero contar —dijo bajando la voz. Corrió su mirada y arrugó la frente.

—¿Pasa algo?

—No, es solo algo que no te he dicho —respondió. Vi en sus ojos la confusión y lo complicado que se encontraba.

—¿Es algo que me hará odiarte? —pregunté a modo de broma.

Soltó una carcajada.

—No sé. —Me sacudió el cabello, y fruncí el ceño para que me dijera—. Deja de preguntar, ya te voy a contar cuando lleguemos. —Y luego en una voz apenas audible, agregó—: así no puedes enojarte conmigo porque estarás lejos de casa.

Le golpeé el brazo.

—¿Valentín sabe?

—¿Qué cosa?

—¿Lo que me vas a contar?

Carraspeó y trató de relajar su expresión aunque sin mucho éxito.

—Sí, sabe. ¿Estás lista? —Miró el reloj y luego hacia el baño donde estaba Valentín duchándose—. Se nos está haciendo tarde.

—Sí, iré a despedirme. —Corrí hacia el baño y toqué la puerta insistentemente. Se escuchaba la ducha, así que entré—. Valentín, me tengo que ir.

Corrió la cortina con el agua corriendo por todo su cuerpo.

Dios. Gracias. Gracias por esta situación.

—No te vayas —pidió con carita triste. Hizo un gesto para que me acercara y obedecí. Me abrazó y me mojó.

—No vale si me lo pides así —reí. Me llenó de besos la cara.

—Cuando vuelvas te voy a secuestrar —dijo, como si fuese algo que ya tenía planeado.

—Tendrás que secuestrarme en este departamento porque tenemos un libro que terminar, ¿lo recuerdas?

—Chao bonita, me avisas cuando llegues, ¿ya?

Salí del baño y Félix me esperaba sentado en el sofá. Levantó la vista y me sonrió.

¿Qué es lo que me tiene que contar?

—¿Lista para ser mi novia de mentira?

—Lista —respondí riendo. Sonaba tan absurda la idea que no podía creer que yo era parte de ella. Asumo que en un momento creí que era el mejor plan, aunque luego me pareció que había sido pensado por niños de cinco años. Todo gracias a la desesperación y Fabiana.

Gracias Fabiana por hacer mi vida tan fácil.

Félix manejó todo el camino. Dos horas a la playa y fui la peor copiloto. Dormí prácticamente desde que me subí al coche. Había llorado tanto durante el día que los ojos me ardían. Me sentí mal al darme cuenta de mi poca consideración, pero a él pareció no importarle cuando intenté disculparme. Desperté cuando nos encontrábamos en la puerta de la casa.

—Me gusta mucho manejar, me relaja. Además todo esto es para que tú estés bien. Te ves mejor ahora —dijo, mientras se bajaba del coche—. ¿Cómo te sientes?

—Bien, creo que necesitaba dormir. Gracias y perdón de nuevo.

—¿Te parece si nos sacamos una foto aquí? Mira, para ese lado se ve la playa.

—Pero con un filtro porque...

—Te ves bonita así, Maddie.

Tragué saliva y cogí mi celular. Saqué una selfie de los dos, y se alcanzaba a ver el mar detrás de nosotros. La subí y en la publicación agregué un corazón. Nada más. Félix parecía un

supermodelo y yo con cara de recién despertando, lo que creo le dio un toque más real a la foto.

La casa era pequeña y muy acogedora. Félix había pasado a comprar comida mientras dormía. Allí me di cuenta de lo cansada que venía. ¿Cómo es que se bajó a comprar y ni siquiera lo noté?

—Como dormí todo el camino y reconozco que soy la peor copiloto del mundo, te voy a cocinar algo.

Félix soltó una carcajada.

—¿Qué maravillosa comida me harás?

—¿Pasta?

Resopló.

—Estoy seguro de que es todo lo que sabes hacer.

Abrí la boca haciéndome la ofendida.

—Bueeeeno. Puede ser, aunque son las mejores —afirmé. Comencé a sacar los ingredientes de las bolsas ante la atenta mirada de Félix. Más bien sentía que sus ojos me absorbían y me seguían en cada movimiento. Puse las manos de golpe sobre la mesa y lo quedé mirando fijamente. Se sobresaltó y por poco lanza lejos el celular que tenía en la mano—. Dime, ¿qué es lo que pasa?

Frunció el ceño y avanzó hasta apoyarse en el mueble de la cocina, frente a mí. Su expresión cambió. No lograba identificar qué pasaba por su mente. Exhaló el aire lentamente.

—No pasa nada... —Comenzó a decir, alejándose nuevamente.

—A mí no me engañas, Edward. Así que, dime.

Resopló.

—Son dos cosas —murmuró en voz bajita. Se quedó en silencio y yo no dije nada para que continuara cuando se sintiese preparado. Comencé a picar los ingredientes para la salsa. Debieron haber pasado unos cinco minutos, y habló de nuevo—: me voy.

Levanté la cabeza, por un instante pensé que se iba de la casa y me iba a dejar allí sola con la pasta a medio cocinar.

—¿Para dónde? ¿por qué? —pregunté, sin entender nada.

—Maddie... —dijo haciendo un mohín de disgusto—. Me voy a Dinamarca a estudiar.

—¿Te vas? ¿cuándo?

—En un mes. Pero... —Apoyó su mentón en sus manos y me miró de forma encantadora. Podría haberle sacado una foto en ese momento y subirla.

—Pero...

—Me gustaría saber si había algún escenario en que nosotros dos funcionábamos.

Me quedé congelada en el acto y lo quedé mirando. Meneé la cabeza y me dio lástima la situación, lo de nosotros podría haber sido. Quizás si Valentín no existiera. Me reservé lo último.

—Creo que estábamos destinados a conocernos y a ser amigos. No algo más.

Chasqueó la lengua y miró el techo, derrotado.

—¿Arruiné todo con decirte que no nos debíamos enamorar? Siempre supe que esto iba a suceder. Con esto me refiero a yo, alucinando contigo. Pero no quería que tú te permitieras pensar que era una opción porque después de todo yo igual me iba a ir. El problema es que muchas veces me imaginé qué sucedería si tú me pedías que me quedara y la respuesta no estaba clara. No me gusta sentir esto porque Valentín es mi mejor amigo y estoy arrepentido de haberme mezclado en algo que supe desde el principio para dónde iba. Aunque... —Se rascó la barbilla y se encogió de hombros—. Nunca pensé que Valentín dejaría a Fai. Por eso seguí adelante saliendo contigo. —Comenzó a reírse y escondió la cabeza entre sus manos—. Soy un idiota.

—¿Siempre supiste que te ibas a ir? —pregunté anonadada. ¿Casi me enamoro de él, y se iba a ir?

—Sí...

—Eres un idiota —gruñí. Le lancé un puñado de champiñones en la cara—, ¿y si me enamoraba de ti? Me habrías dejado. Tú sabías lo que había sufrido por Santiago, y me hiciste creer que...

—Lo sé, me equivoqué. Probablemente me habría quedado. —Meneó la cabeza, apenado—. No lo sé.

Bufé.

—Por supuesto que no te habrías quedado, no te lo habría permitido. Si tienes la oportunidad de ir a estudiar, hacer lo que quieres, una persona no te debe detener. —Volví a cortar las verduras con más furia de la necesaria.

—No te vayas a cortar un dedo.

Lo miré seria. Me sentía como si hubiese sido parte de un engaño, aunque para ser sincera...

—¿Por eso me dijiste que no debía enamorarme?

—Sí…

Resoplé.

—Bueno, en parte me lo advertiste.

—De todas formas, lo siento.

—Pero no entiendo por qué simplemente no me lo dijiste.

—Quizás no te habrías acercado tanto a mí —respondió, con la mirada perdida sobre las verduras picadas—. Es que me gustabas.

El último beso que nos habíamos dado fue antes de ir al aeropuerto, tan solo unos días atrás.

¡Qué desastre! ¿Cómo es eso de que beso a uno, me voy por dos días y llego casi de novia del amigo?

—Maddie, era obvio lo que iba a suceder. Somos amigos y nunca fuimos algo distinto. Así lo dejamos claro desde el principio. Yo sí me confundí, pero está bien. Nada de lo que yo no me vaya a recuperar. —Ladeó la cabeza y estiró la mano para tocarme la barbilla—. De verdad. Ahora... —Se puso de pie de golpe—. ¿Una foto cocinando? Espera, no me quedó muy claro, ¿era con besos o no este noviazgo falso?

Solté una carcajada y le lancé un fideo.

—Saquémonos una foto, la voy a subir de inmediato. —Rodeó el mueble de la cocina y con mi celular sacó una selfie. Arrugué la frente—. Me opacas, Félix.

—Sí, admito que salgo hermoso —murmuró, observando la foto detenidamente—. No entiendo cómo no te enamoraste de mí —bromeó—, ¿otra foto?

—Qué pesado que eres, Edward. No, esa está perfecta. —Cogí el celular y escribí.

Gracias por todo el apoyo que me han dado. Estoy muy feliz de la feria que fue un éxito y del libro que estamos escribiendo con Valentín. Tengo que ser honesta... no ha sido fácil lo que ha sucedido. Espero que todos estén muy bien y que no crean todo lo que leen... que las redes sociales dan para mucho, pero la vida real no se muestra por completo. Bueno, aquí les muestro un poco de mi vida real. Ahora estoy muy feliz. Besos, los quiero mucho.

—¿Estás muy feliz?

No estaba segura de lo que iba a provocar la publicación, aunque ya me sentía más tranquila.

—Lo estaría más si tú no te fueras, si Valentín no se fuera. —Resoplé y apoyé los codos, sintiéndome devastada—. Llegaron como un huracán: removieron, desordenaron y cambiaron mi vida. Ahora me dejan sola y abandonada limpiando el paso de ustedes. Voy a sufrir.

Félix soltó una risita, luego arrugó la frente y fingió seriedad.

—¿Me podrías decir el momento exacto en que entré en la friendzone? ¿fue cuando me mordiste? ¿acaso mi sangre no era como la esperabas?

No pude evitar soltar una carcajada. Por más que yo quisiera dejar el tema atrás, él lo sacaba a flote para bromear.

—No te lo quería decir, pero ya que lo dices tú. Es exactamente eso.

Félix le dio un golpe a la mesa, decepcionado.

—Lo sabía.

Su celular comenzó a sonar. Se alejó para contestar mientras yo terminaba de preparar la comida. De repente, salió rápidamente de la casa. Me acerqué a la ventana al escuchar un sonido extraño. Discutía con alguien por teléfono. Nunca lo había visto enfadado, o molesto, ni nada que se le pareciera, parecía que se encontraba a punto de lanzar el teléfono lejos. Negó con la cabeza enojado; y pateó una piedra con furia.

Me alejé de la ventana y seguí cocinando. Félix entró. Se veía totalmente distinto a la versión de él que había visto minutos antes. Exhaló el aire lentamente cuando nuestros ojos se encontraron.

—¿Todo bien?

Arrugó el entrecejo.

—Sí... —Se tocó el abdomen—. Tengo hambre.

Entorné los ojos, parecía como si nada hubiese sucedido.

—¿Estás listo para la mejor comida?

Soltó una risa como si no me creyera nada y me ayudó a servir en los platos. Apenas nos sentamos en la mesa, mi celular comenzó a sonar. Me iba a poner de pie, pero Félix me ganó y cogió mi teléfono y el de él.

—Una cena sin celulares y publicaciones ni comentarios de gente que no nos importa —dijo, pestañeando repetidas veces.

Resoplé, tenía razón. Cada vez que cogía mi celular, aunque fuese para contestar un mensaje de Ari, mamá o Valentín, entre medio había mensajes de otras personas que conocía preguntándome si era cierto lo que decían de mí, o incluso de fans de Fabiana que lograron conseguirse mi número. Un desastre.

—Me parece perfecto, ¿me sacas una foto primero con este hermoso plato de pastas? —pregunté, tratando de poner una cara adorable.

Félix cogió mi celular y sacó una selfie, luego dejó los celulares lejos de nosotros. Se sentó igual de emocionado que un niño pequeño, aunque de repente sentía que estaba preocupado. Algo había sucedido y no me quería contar, quizás para no arruinar el momento. Y yo quería tranquilidad, honestamente no quería saber.

—Esto huele muy bien, Maddie. Gracias. Yo casi nunca como comidas así caseras. Siempre es algo rápido de los restaurantes que hay alrededor del hospital: comida basura o ensalada. —Se encogió de hombros y se lamió el labio inferior—. Como ensaladas todos los días a menos que Valentín nos cocine. —Se acarició la barbilla—. Es como una vez a la semana.

—¿Valentín cocina?

Abrió los ojos, sorprendido.

—¿No sabías? —Arrugó la frente y luego sonrió—. Y lo hace muy bien. Más que nada me cocina a mí porque siempre me quejo de que como ensaladas. —Resopló y dejó ver por algunos segundos su cara de tristeza que cambió rápidamente por una sonrisa adorable—. Te quedó exquisito, Maddie. Tengo que ser honesto contigo —soltó, como si le costase gran trabajo.

Ok, ¿ahora es dónde me cuentas qué pasó?

—Félix —dije seria. Dio un sobresalto como si lo hubiese atrapado en algo—. ¿Me vas a confesar que en verdad eres un asesino en serie y que esto es un secuestro?

Su cara pasó de la preocupación a la felicidad. Apretó los labios, tratando de reprimir su risa, y sus ojos emitieron un pequeño destello.

—No quiero perderte. ¿Podemos seguir siendo amigos cuando me vaya? —inquirió preocupado.

Arrugué la frente, ¿por qué me preguntaba algo así?

—Obvio que sí, ¿por qué lo dices? ¿esto es por la segunda cosa?

—¿Qué segunda cosa?

—Me dijiste que tenías que decirme dos cosas y solo dijiste una: que te ibas.

Chasqueó la lengua.

—Maddie, hace tiempo no conocía a alguien con quien congeniara tanto. Todo este tiempo me lo he pasado genial contigo. Lograste que me aislara del trabajo que me tenía obsesionado, que me olvidara de algunos problemas que tenía. Estoy agradecido de haberte mirado en esa fiesta y haberte buscado. —Bajó la mirada y dejó el tenedor a un costado—. Aunque esto no terminara como quería. Siento que creamos un vínculo especial, Bella.

Me reí, un poco avergonzada de sus palabras.

—El chico que quería ser un misterio terminó develándome intimidades de su corazón. Seguiremos siendo amigos, y además te iré a ver a Dinamarca o a donde sea que vayas. Pero, ¿qué es lo que te preocupa?

Miró hacia los lados, tratando de evitar mi mirada.

—Es solo eso —respondió. Sabía que me estaba mintiendo—. Te quiero mucho Maddie, nos conocemos desde hace poquito, pero no quiero que dudes de lo mucho que te quiero y de lo feliz que estaré esperándolos en Dinamarca.

Le cerré un ojo. Me alegraba que él hubiese aceptado tan bien el tema de que yo estuviese con Valentín. Si aún no se sentía preparado para contarme lo otro, podía esperar.

—¿Quieres más? Yo iré a servirme más, creo que tenía hambre. —Se puso de pie de un salto y meneé la cabeza.

—Iré yo.

—Ok, yo voy al baño y vengo —replicó.

Comencé a servir el resto de pasta en los platos, pero me distraje con uno de los celulares que no paraba de vibrar. Lo cogí, pensado que era el mío. Ambos tenían la carcasa negra y eran de un tamaño parecido. Me costó cinco segundos darme cuenta de que todos los mensajes de Fabiana no eran para mí. Me quedé con el teléfono quieto entre mis dedos, con los mensajes apareciendo en la pantalla sin parar.

Fabiana: ¡Contéstame!

Fabiana: ¿Me ignoras porque estás con ella?

Fabiana: Esto no era parte del trato.

Fabiana: ¿Quieres que le diga a Maddie la razón de por qué saliste con ella?

Fabiana: ¿Qué pensará Leslie?

Fabiana: Estoy cansada de mentirle por ti.

Fabiana: Y por la misma tipa que me tiene enferma.

—¿Qué... qué pasa? —A Félix el color de su cara lo había abandonado por completo.
—¿Qué trato? ¿de qué trato habla Fabiana?

48. Tenemos un mes

Valentín

—Hola, ¿pasa algo? ¿dónde está Mads? —Su respiración estaba acelerada y hubo unos segundos de silencio que me pusieron nervioso—, ¿qué sucedió?

—¿Te acuerdas de lo que hablamos? —preguntó.

—Félix hablamos de muchas cosas. ¿A qué te refieres?

Resopló.

—Maddie se fue. Vio mensajes de Fabiana —dijo derrotado. Las palabras apenas le salían.

Cerré los ojos. Otro punto para Fabiana.

—¿Antes de que tú le dijeras? —Eso era muy malo, yo sabía lo de Félix, pero se suponía que Maddie tenía que saber por él y no por Fabiana. Además, ¿a dónde me dejaba eso si yo sabía también?

—Sí...

—¿Y qué leyó exactamente?

—La palabra *trato*..

—Qué imbécil eres. ¿Qué sucedió?

Exhaló lentamente. Sentía su frustración tras el teléfono.

—Fabiana me llamó hace un par de horas. Estaba furiosa porque... —Se detuvo de golpe y resopló—. ¿Fue al departamento?

—Sí, tocaron el timbre varias veces y me llamó, pero no le quise abrir. Le diré al conserje que no la deje subir más.

Félix se largó a reír, pero luego volvió a su estado depresivo.

—Bueno, ella creyó que quien estaba en el departamento era yo y no tú. Que tú te habías venido a la playa con Maddie, así que empezó con lo mismo de siempre —agregó cansado. Respiró hondo—. Dijo que podía hablar con no sé quién para cancelar mi beca. Que iba a llamar a Leslie. ¡A Leslie! —Resopló frustrado—. ¿En qué momento Fai se puso en mi contra?

—Ya no entiendo nada de lo que hace, no me preguntes por sus actitudes. Entonces se enojó y le dijo a Mads.

—Me amenazó con decirle a Maddie que ella me había ayudado a estar con ella. Empezó a mandar mensajes y mensajes. Y Maddie los vio, así se enteró de Leslie. Obvio que Maddie no sabía que yo estuve saliendo con mi ex. Y... —Exhaló con fastidio—. Soy una mierda. Hablé con Fabiana y le dirá todo a Leslie.

—Ya, pero tampoco es que ibas a volver con ella.

—Mmm... —dijo, como si eso no fuese cierto. Arrugué el entrecejo—. Quizás no se lo dejé claro. Ella sabe que me voy, pero sé que no pensó que había otra chica.

—No sé qué decirte, yo también he hecho todo mal.

Suspiró.

—Lo que más me preocupa es la parte del trato. Maddie apenas me dejó explicarle, se fue de inmediato.

—¿Y viene para acá?

—Sí, cogió mi auto y se fue.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¿Te dejó varado allá?

—Sí, no te rías, estoy hasta la mierda con esto.

—Bueno, te lo merecías igual.

—Y tú lo sabías.

Di un paso atrás como si él estuviese frente a mí. Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿acaso le vas a decir que me enteré antes?

—¿En serio crees eso? —preguntó enfadado—. Por supuesto que no, pero ¿y Fabiana?

Rodé los ojos.

—Ahggg qué fastidio. ¿Te vienes por la mañana?

—Sí —gruñó—. Cuando pase el primer bus, creo que es a las 7. Val, explícale. Dile que...

—Tú deberías haberle dicho Félix, me dijiste que querías aprovechar esta ida a la playa para decirle la verdad. Por eso no le dije nada.

—Mierda, Valentín. ¿A ti te parece que tuve tiempo? Le iba a contar esta noche, pero llegamos y solo alcanzamos a cenar.

—Fai está descontrolada. Tengo que hacer algo. Hablamos después.

—Val...

—Dime.

—Trata de explicarle que no hice nada malo.

—Pero sí lo hiciste. Te acercaste a ella...

—No digas que por interés. Yo estoy interesado en ella desde el momento en que la vi en esa fiesta. Que después llegara Fai proponiendo algo que me ayudaba a acercarme más, es diferente.

—Lo sé, pero se ve mal. Se ve como si te hubieses acercado a ella solo por la beca.

—Lo sé.

—Hablamos después. —Corté, decidido a deshacerme de esa grabación. No me la podía quitar de la cabeza. Fui a ducharme para ir a ver a Fabiana.

Félix la había cagado. Luego de que salimos de la casa de Mads esa mañana, le pedí explicaciones por lo que Fabiana me dijo. Y sí, era verdad que Fai le ofreció mover un poco los hilos para estudiar en Dinamarca a cambio de acercarse a Mads de forma que se enamorara de él para alejarla de mí.

Me sentí contrariado cuando me lo contó, tenía la esperanza de que no fuese verdad.

—¿Y aceptaste así de fácil? —pregunté, apenas me confesó lo del trato.

Félix rodó los ojos.

—Val, Fabiana me dijo que ustedes estaban perfecto, ¿qué sabía yo que sentías cosas por Maddie? Además a mí sí me gustaba, ya la conocía. No es como que me acerqué a alguien sin ningún interés. Quiero decir que me habría acercado a ella de una u otra forma. Sí, resultó que Fai también me ofrecía lo de la beca. Acepté, sin pensar que algún día se podía enterar.

—Si hay algo que he aprendido, Félix. Es que todo, todo de alguna u otra forma se sabe —murmuré, amargado por el estúpido audio—. ¿Y hay algo más?

Respiró profundamente.

—Esto te va a molestar. Es Leslie.

Frené en seco y él se giró. Me quedó mirando con su mejor expresión de culpabilidad, pero no por Mads, sino porque no me había contado.

—¿Leslie? ¿por qué existe todavía?

Se llevó las manos al cabello e hizo una mueca.

—Porque no te conté.

—¿Has estado viéndola?

—Sí —dijo, como si se sacara un gran peso de encima.

—¿Estuviste saliendo con las dos?

—Sí, me gustan las dos. Gustaban, quiero decir. Terminé todo con Leslie la semana pasada.

Si había alguien que pasaba con problemas con chicas era Félix. Y no podía ser solo una, siempre eran dos o más. Sí, mi mejor amigo y todo, pero con el corazón era un tiro al aire.

—¿Terminaste con ella porque te enamoraste de Mads? —pregunté, deseando que la respuesta fuese no.

Ladeó la cabeza y apretó los labios en una sola línea fina. Ya ni siquiera tenía que decírmelo, lo sabía desde hace tiempo.

—Con Maddie no teníamos ninguna relación, así que no debería molestarse porque estaba viendo a otra chica. Si no que, no sé, todo luce como si yo fuese una farsa. Lo de Leslie lo hace parecer aún más. Una completa farsa.

Me llevé la mano a la frente.

—Félix, yo creo lo que tú me digas. ¿Es verdad?

—Sí —respondió, con un hilo de voz. Bajó la cabeza.

—Últimamente todo parece como la mierda, te lo digo yo. Se ve terrible, pero... —La maldita grabación me impedía pensar mal de él—. Te creo y también creo que deberías decirle todo esto a Mads porque si estamos hablando de Fabiana, se va a enterar de todas formas. —Me rasqué la barbilla y fruncí el ceño—. Incluso me parece raro que aún no se lo haya dicho.

Se rascó la parte trasera de la cabeza. Se veía desdichado. Nunca lo había visto así. Le palmeé la espalda.

—Le diré hoy. Amigo, Maddie me dijo que ustedes están juntos. No te voy a mentir, me gusta, pero sé que no soy yo el chico para ella. Y además ella siempre ha estado enamorada de ti, me di cuenta que le gustabas en el cumpleaños de Ariel, aunque hablo en serio cuando te digo que nunca pensé que dejarías a Fabiana por Maddie. —Se encogió de hombros—. Por favor, no pienses mal de esta salida. Realmente quiero ayudarla y aprovechar de decirle la verdad.

No podía culpar a Félix por creer que nunca dejaría a Fabiana, yo tampoco lo creí por mucho tiempo.

—Simplemente pasó. También me equivoqué, no supe cómo manejarlo. Nunca pensé que algo así sucedería. Estaba tan metido en la relación con Fabiana que no me había dado cuenta de que ya no éramos los mismos de antes. Solo lo supe cuando apareció Mads y comenzamos a escribir juntos.

—Lo entiendo. Me imagino que debe ser alucinante compartir algo tan tuyo como la escritura, y todo lo que eso conlleva, con alguien más. Es como compartir tu mente. Ustedes deben haber generado un lazo muy fuerte. Solo que se negaron a aceptarlo: ella engañando sus sentimientos conmigo, y tú con Fabiana.

—Quizás si hubiese sido más fácil, no sería tan intenso lo que siento.

—Yo creo que habría sido intenso de todas formas. No lo quería ver o aceptar, pero ustedes

deben ser a lo que la mayoría aspiramos cuando buscamos a alguien.

—Complicidad en un universo distinto —respondí, con una sonrisa que no pude ocultar. Félix se rio.

—Iba a decir que se ven bonitos, pero sí. No lo podría haber dicho mejor. En todo caso, aspiro a eso que tienen ustedes, aunque no por ahora. Aún me queda conocer a las chicas de Europa.

Entorné los ojos.

—Entonces, ¿le dirás todo hoy?

—Sí, y también intentaré que no la molesten más. Obviamente sé que no es lo ideal. A mí como novio real no me gustaría, pero, ¿se te ocurre algo mejor a que los fans de Fabiana piensen que está con alguien más?

Arrugué la nariz.

—Créeme que he estado pensando todo este rato en otras opciones. —Chasqueé la lengua y exhalé frustrado—. Lo que podemos hacer con Mads es desmentirlo —que ya lo hemos hecho—, sin embargo, si no es Fabiana quien lo desmienta, no sirve de nada. Falta una prueba, y ustedes dos en la playa es una prueba.

—Qué loco esto. Me cuesta creerlo. —Me palmeó la espalda y negó levemente con la cabeza.

Tomé una respiración profunda y toqué el timbre de su departamento. Tenía la espalda perlada por el sudor y las manos también. Parecía que me iba a reunir con alguien importantísimo y que no lo podía arruinar más. Ella me estaba esperando, aun así se tomó sus minutos para abrirme. Me abrazó de forma repentina y eso me hizo tambalear hacia atrás. Pero así tan rápido como se abalanzó, se soltó con una risita y cogió mi mano para hacerme entrar al departamento.

No era estúpido y entendí de inmediato qué había sucedido. Sobre todo cuando cerró la puerta tras de mí y cambió su actitud por completo.

—¿Grabaste toda esa escena de mentira? —pregunté. Casi como por un acto reflejo abrió la boca y contuvo su respiración unos segundos. No pensó que me iba a dar cuenta de algo así—. ¿Quieres tener más material para tus mentiras?

—Tú estás aquí, Val —respondió como si nada—. Dime qué quieres.

Qué imbécil que soy.

La puerta de entrada se abrió y Cata se quedó quieta observándonos, para luego lanzarme una mirada de furia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sin entender nada. Deslizó su mirada entre su hermana y yo, varias veces.

—Trato de arreglar las cosas —repliqué.

—¿Y tú quieres que Fabi te perdone? —preguntó, irónicamente—. Eso no sucederá, Val. No después de todo lo que hiciste.

Entorné los ojos.

—¿Qué hice, Cata? Terminé con tu hermana y no lo aceptó. En cambio me tiene amenazado con destruirme, tiene amenazada a Mads con arruinarle su carrera. Literalmente, me ha obligado a irme del país gracias a las influencias de tu papá. Solo para que no esté con Mads. Así que dime, ¿qué es lo tan terrible que hice?

Cata arrugó la frente y trasladó su mirada hacia su hermana.

—¿Qué está diciendo?

—¿Has visto las publicaciones que han hecho de Mads? Todas las ha hecho Fai —agregué—. Le ofreció a Félix ayuda para estudiar en Europa a cambio de que se acercara a ella.

Cata agitó las manos. No lo podía creer.

—Fabi, dime que está mintiendo. —Al pasar los segundos y que Fai no decía nada, agregó—: por favor.

Fai rodó los ojos y emitió un gruñido de frustración. Se giró y caminó hasta su habitación. Cerró de golpe. Con Cata nos quedamos pegados mirando la puerta.

—¿Y a qué viniste? —preguntó, molesta. Aunque luego resopló y ladeó la cabeza con una sonrisa—. Lo intenté, y no me puedo enojar contigo.

—¿La verdad? Tu hermana tiene una grabación mía. —Me rasqué la nuca y me sentí avergonzado de contarle a Cata—. Un día Fai comenzó a hacerme una escena de celos por Mads. Fue cuando yo iba a terminar con ella. Dijo cosas feas de Mads, y para que no siguiera porque se estaba alterando, digamos que le seguí la corriente.

Entornó los ojos y me miró de forma desaprobatoria.

—Hablaste mal de la otra chica y Fai te grabó —dijo, entendiendo todo.

—Sí, sé que la idea de venir aquí es estúpida, aunque tenía que intentarlo.

—Muy feo lo que hiciste Valentín, no pensé que tú hablarías mal de una chica. ¿Y qué ibas a hacer? ¿lanzar el celular al excusado?

Solté una carcajada.

—No lo pensé.

—Ay, Val. Lo siento por tratarte mal. —Se acercó, bajando la voz poco a poco—. Voy a borrar esa grabación de su teléfono.

—¿Harías eso?

Me dio una sonrisa cómplice.

—Sí. Será nuestra última interacción como ex cuñados. Te quiero mucho. Ese será mi regalo de despedida, ¿te parece? —Alzó las cejas, esperando mi respuesta.

—Gracias, de verdad que esa grabación me tiene desesperado. Con Mads trabajamos juntos, no puedo arruinar nuestra novela por algo tan mierda. Si sale a la luz algo así, creo que todo mi trabajo quedaría hasta aquí.

—Lo sé, también sé que no eres una mala persona. —Se rio y encogió de hombros—. Estas cosas pasan, Val. Es difícil aceptar que el amor ya no es el indicado. ¿Te acuerdas todo lo que lloré cuando Andrés me dejó? Pensé que moría.

—Sí, recuerdo haberte traído un helado distinto cada día por como dos semanas.

Soltó el aire disgustada.

—Espero que mi próximo cuñado sea así de atento como tú. —Oímos los cajones cerrarse con fuerza desde la habitación de Fai. Cata se volteó—. Iré a verla.

La abracé y la estreché entre mis brazos.

—Gracias, Cata.

—Ya vete, que me pondré sentimental. —Me golpeó el pecho delicadamente.

—Creo que Fai me grabó entrando al departamento.

Me cerró un ojo y chasqueó la lengua.

—Déjamelo a mí. Lo tengo todo controlado.

La abracé una última vez y salí del departamento corriendo y con un peso enorme menos sobre mí. Me sentí más ligero de inmediato y casi que floté caminando a casa. Mads se encontraba sentada en una banca frente al edificio de mi departamento. Me senté junto a ella.

—No es tan malo como se ve —murmuré. Se sobresaltó. Tenía los ojos brillantes. Arrugó su expresión.

—Entonces tú sabías.

—Me enteré. Pero no era yo quien debía decírtelo.

Resopló molesta.

—Me siento una estúpida. —Se puso de pie y se quedó escudriñándome con la mirada. No lograba identificar qué sentía exactamente, hasta que habló—: Quiero estar sola.

Quería abrazarla y no se podía allí.

—Le ofrecieron algo, por algo que iba a hacer de todas formas: acercarse a ti.

Asintió como si lo comprendiera, con la mirada fija en sus pies.

—Es que... —La voz le salió apenas. Tragó saliva y llevó su mirada al cielo. Estaba tratando de contener las lágrimas—. Es que siento que estoy viviendo una vida falsa. Y más allá —agregó, con la voz temblorosa. Mi garganta se apretó—. Estoy viviendo una vida que parece que en cualquier momento se va a derrumbar. Mi libro amenazado, mi relación contigo amenazada, incluso mis amistades. Ya no sé qué es real, tengo miedo de ser feliz por algo que de un segundo a otro se puede arruinar.

La rodeé con mis brazos y le di un beso en la frente. Me separó de golpe ya había olvidado que no debíamos hacer eso. No debíamos estar allí tan expuestos.

—Vamos, entremos al departamento.

Seguí caminando, sin esperar su respuesta, aunque atento a sus pisadas siguiéndome. Cuando entramos se dejó caer sobre el sofá.

—No puedo creer que Félix me utilizó así. Lo odio —gruñó. Lo más obvio que debía decirle era: Félix se enamoró de ti, ¿no lo ves? No me atreví a decirle eso. Aun así mi silencio al parecer dio pistas de lo que pasaba por mi cabeza—. Oh, no, no me mires así. Que se enamoró después bla, bla. ¡Una mierda! Eso está más cliché que nuestra novela. —Se rascó la frente y se llevó los dedos al puente de la nariz—. Debió haberme dicho, o de partida haber rechazado lo que le ofrecieron. No sé. Imaginate él no se hubiese enamorado de mí, pero yo sí de él, ¿En qué película de terror se convertiría todo esto? —Meneó la cabeza—. No, no. Mi corazón me dijo que ya no aceptaba que lo rompieran de nuevo. Y aquí se sintió en un precipicio al borde de lanzarse.

—¿Cómo eso? —pregunté, olvidando todo lo que había dicho antes y concentrándome en su última frase. ¿Acaso se enamoró de Félix?

—Siempre has sido tú, Valentín. Pero Félix me mostró una salida bastante atractiva en su momento. En todo caso eso no es lo peor, si no que siempre se iba a ir. Entonces me alejaba de ti y no era para quedarse conmigo. —Soltó una carcajada—. Oh, cada minuto que pasa quiero asesinarlo.

Me senté junto a ella y la rodeé con un brazo.

—Digamos que le diste un buen castigo al dejarlo varado en la playa y sin su coche.

Comenzó a reírse y pareció comprender en ese mismo instante lo que había hecho. Se rio tan fuerte que me contagió a mí. De pronto se detuvo y me miró con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Te amo —soltó. Abrí la boca, pero puso su mano sobre mis labios, impidiéndome hablar. Mi corazón dio un vuelco repentino y se agitó desesperado en mi pecho—. Perdón, no digas nada. Sé que es demasiado rápido. E incluso la semana pasada no sabía qué iba a suceder. Pero eras tú. Siempre tú. —Alzó su índice en modo de amenaza—. No digas nada.

—Yo también te amo —dije con mi boca tapada por su mano. Aun así se entendió lo que dije.

Entornó los ojos.

—No lo digas, Valentín. Solo quería decirlo, no quiero presionarte —murmuró, retirando su mano.

—Te amo —repetí, pero esta vez se escuchó claramente.

Esbozó una sonrisa.

—¿De verdad?

—Sí. Nos queda tan poco tiempo que no quiero quedarme con nada pendiente. Con ningún te amo menos de los que te podría haber dicho. Aunque sea dentro de estas cuatro paredes. Quiero decirte todo lo que siento, incluso si para alguien le parece mucho. ¿Qué me importa? Si para nosotros está perfecto, entonces que digan que estamos locos. —Me encogí de hombros—. Lo acepto feliz si me dicen que estoy loco por enamorarme de ti.

Escondió su cara entre sus manos. Luego se destapó un ojo y me quedó mirando. Sonreía. Se acercó para abrazarme y se quedó con su cabeza apoyada en mi pecho mientras yo acariciaba su cabello.

—Firmé el contrato —dijo de forma lenta. No entendí a qué se refería—. Firmé lo que me ofreció la editorial —repitió—. Un libro a cambio de que terminemos en un mes de escribir el nuestro y que luego no nos veamos más mientras yo escribo mi libro y tú el tuyo.

Seguí acariciándole el cabello para que no se notara lo mucho que me dolió. Incluso por unos segundos dejé de respirar. Sí, era obvio que era lo que teníamos que hacer, sin embargo, firmó tan rápido y yo con tantas dudas.

—Está bien —respondí. Le di un beso en la cabeza.

—Sí. Así que solo nos queda un mes. Luego de eso me iré a Los Ángeles con Ariel.

Arrugué la frente.

—¿Todo eso lo decidiste en la tarde? —pregunté, sorprendido.

—Sí, Ariel quiere ir a estudiar actuación allá. Sus papás están felices de que haya escogido un camino. Así que iré con ella. Allí escribiré mi libro. —Subió la cabeza y traté de esbozar una sonrisa—. No me pongas esas caras, Valentín, que tú también te vas. Nos reencontraremos en algunos meses.

No me atreví a decirle que por varios momentos en el día, se me había pasado por la cabeza no irme realmente. Simplemente seguir publicando yo solo y continuar así como lo hacía antes. Ya me iba bien, ya tenía miles de lectores que exigían mis libros. Y con Mads tenía toda la fe en que podía hacer lo mismo, sin embargo, con el contrato firmado no teníamos mucho que hacer.

—Tenemos un mes —murmuré.

49. Escribiendo un final

Maddie

Pareció sorprendido de que yo firmara el contrato tan pronto. ¿En algún momento pensó en no irse? Me estrechó entre sus brazos, pero sentí que era más para ocultar su expresión. Me sentí mal, yo lo decidí tan rápido, y al parecer él no.

Las oportunidades estaban allí y mi carrera pendía de un hilo. Solo debíamos estar unos meses separados. Claro que eso no era lo que quería, pero las condiciones eran esas. Cuando Ally me llamó temprano ese día para comunicarme que el contrato se encontraba listo, fui y lo firmé.

No me atreví a preguntarle qué era lo que pasaba por su mente, ni menos por qué me dio la sensación de que él no quería que firmáramos.

Se alejó y me quedó mirando con los ojos llorosos.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó, poniendo un mechón de cabello tras mi oreja. Valentín me miraba profundamente, como si quisiera retener mi imagen en su cerebro.

—Bien. Sigo con ganas de golpear a Félix. —Expulsé el aire e hice un mohín—. Fue una estupidez lo que hizo, pero... —Eché la cabeza hacia atrás, cansada—. No quiero que se vaya y sigamos enojados. Además, sé que Fabiana puede ser muy persuasiva.

Se dejó caer en el sofá.

—No hablemos de ella —gruñó, acariciándose el puente de la nariz. Más que cansado se veía, ¿triste?

—¿Pasó algo con ella?

—Pasan muchas cosas cuando se trata de ella —respondió, casi de forma inmediata. Se quedó en silencio y entendí que no quería decir más, pero yo sí quería saber.

—¿Quieres hablarlo?

Meneó la cabeza y se puso de pie.

—¿Quieres que me quede? —pregunté, un poco confundida. Sus expresiones me tenían dudosa.

¿Qué es lo que no me estás contando?

—Por favor —pidió en voz bajita. Había visto a Valentín afectado muchas veces, pero ahora la tristeza lo invadía. Me acerqué y lo abracé fuerte. Él hizo lo mismo.

—Lo lograremos —susurré—. No dudes que lo vamos a lograr. Estaremos juntos y nada ni nadie va a poder impedir eso. Solo tenemos que pasar esto.

—Lo sé —respondió apenas, con la voz cargada de tristeza. Me hizo a un lado y se fue al baño. No alcancé a verle la cara, pero no tenía dudas de que estaba a punto de llorar.

Fui a su habitación y me puse una camiseta larga de él como pijama. Hasta que no me metí en la cama, no me había dado cuenta de lo cansada que me encontraba. Los párpados me pesaron de inmediato.

Mi celular comenzó a sonar, era Félix. Dudé en responderle.

—Hola, maldito idiota.

Soltó una carcajada.

—Veo que, ¿ya me perdonaste?

—No, solo quiero dejar en claro que ya no planeo asesinarte. Puedes caminar libremente por Santiago sin miedo.

—Eso mismo era lo que quería saber. No sabía si podía volver o no, sin temer por mi vida. Gracias por sacarle el precio a mi cabeza.

—De nada.

—Perdóname. Me siento horrible, Maddie. No me dejaste explicarte nada y de verdad me siento mal.

—Me usaste, Félix ¿qué esperabas? ¿qué te dijera que no me importaba realmente?

Resopló.

—Te iba a contar todo hoy. ¿No es castigo suficiente haberme dejado aquí solo? Además, ¿has visto las respuestas a la foto que subiste?

Abrí la boca; se me había olvidado por completo el motivo principal de esa idea de ir a la playa.

—No, revisaré ahora.

—Hazlo, creo que funcionó.

—Félix...

—Dime.

—¿Cuándo te vas?

—En dos semanas.

—¿Tan pronto? —pregunté, sintiendo un nudo en el corazón.

—Acabo de cambiar los pasajes. Me iba en dos meses, pero creo que debo irme —respondió.

—¿Es por mí y Valentín? —pregunté sin pensar, me arrepentí de inmediato. ¿Acaso cambiaba en algo su respuesta? No, era innecesaria.

—Sí —replicó. Luego soltó una risita—. Me prometí no mentirte más. Está bien, Maddie. Todo estará bien.

Asentí con la cabeza, aunque él no me pudiese ver. Corté la llamada y de inmediato me puse a ver los comentarios de la publicación. En promedio tenía muchos más me gusta que mis otras fotos. La diferencia era abismal.

El plan fue para mí un éxito. Los comentarios de apoyo y felicidad por la noticia de que tenía novio —o al menos un chico con el que iba a la playa—, eran muy bonitos. Me sentí mal por mentirle así a las personas que me leían, sin embargo, si no lo hacía quizás nunca más podrían haber leído algo mío. Era solo para alejar los malos rumores y los ataques. Los casi dos mil seguidores que había perdido los últimos días, ya los tenía recuperados.

También la editorial había emitido un comunicado sobre nosotros, dándonos su apoyo:

Que los rumores no afecten el cariño y apoyo que tienen los escritores del momento de nuestra editorial. Los respaldamos por completo, tanto así, que les hemos ofrecido quedarse con nosotros por mucho tiempo más. Queremos leer más de ellos y que nos muestren las maravillas que pueden crear. Madison y Valentín, estamos felices de que sean parte de nuestro gran equipo.

Dejé el celular a un lado, sintiéndome tranquila aunque menos feliz de lo que hubiese esperado. Sí, el plan había funcionado, pero eso no cambiaba el hecho de que Val se debía ir.

Desperté cuando Valentín se metió en la cama y me abrazó por la espalda. Se pegó a mi cuerpo y me dio un beso en el cuello.

—Te demoraste —murmuré. Olía delicioso a jabón. Tenía la piel fría y el cabello húmedo.

—Sí, me duché y luego hablé con mi mamá y Camilo. Está demasiado feliz por mi ida a París. —Se tomó unos segundos antes de continuar—: Me gustaría estar igual de emocionado que él —agregó pesaroso.

Me giré y quedamos con nuestras narices tocándose. Su mano comenzó a deslizarse por mi espalda.

—¿No estás emocionado?

—Sí, lo estoy. Aunque no tanto como debería, no sé cómo me voy a concentrar estando tú tan lejos. Creo que me va a costar mucho escribir ese libro, lo que es lo contrario a lo que debería suceder. Mientras más rápido lo escriba, más rápido nos veremos. —Solté una risa y le di un beso—. ¿De qué te ríes?

—Quizás algún día podamos escribir esto mismo que está sucediendo.

—Podría ser tu próxima historia.

—A cierta persona la voy a hacer como un demonio —dije, entremedio de un bostezo—. Estoy muy cansada.

Valentín se rio.

—¿Mañana comenzamos a escribir la última parte de nuestra historia?

Se me apretó el pecho, y estoy segura de que se me pusieron los ojos brillantes, aunque él no se dio cuenta.

Ya se acerca el final.

—Nos levantaremos temprano, prepararé un café muy rico y nos pondremos manos a la obra. Le daremos el mejor final a Phoebe y Daniel —dije, como si eso no implicase nada, como si el final de nuestra novela no significase nuestra separación.

—Me gusta ese plan, vamos a aprovechar el tiempo que tengamos. No nos preocupemos de lo que pasará después.

Me giré para que me abrazara. Me sentía en paz entre sus brazos, no quería nada más que estar allí.

Desperté al día siguiente por el olor a pastel a escasos centímetros de mi cara. Arrugué el entrecejo y subí la mirada. Valentín tenía una cajita pequeña abierta frente a mí.

—Buenos días, dormilona.

Me senté de golpe, desorientada.

—¿Qué hora es? Oh, buenos días.

—Son las diez. Te dejé dormir y te fui a comprar un pastelito y café. —Comenzó a caminar hacia la puerta—. ¡Manos a la obra!

Me levanté muy cansada, y eso que había dormido más que nunca. Caminé arrastrando los pies hacia el baño, sin embargo, apenas puse un pie fuera de la puerta, me encontré con Félix sentado en el sofá y un café en la mano. Arrugué el entrecejo.

—Hola, Bella. —Ladeó la cabeza y me quedó mirando con sus enormes ojos celestes.

¿Cómo es que este chico no es modelo? Me crucé de brazos y alcé una ceja.

—¿Cómo estuvo la vuelta a Santiago?

—Genial, no podría haber sido mejor. El asiento del bus, muy cómodo. El niño que lloró las dos horas. —Puso expresión de felicidad—. Hizo mi viaje más entretenido.

—Qué bueno —repliqué. Me giré para ir al baño a ducharme. Le oculté la gracia que me hizo su comentario.

Había pasado muy poco tiempo como para hacer que no me molestaba lo que hizo. A pesar de entenderlo, no quería ser parte de ninguna jugarreta, menos si Fabiana estaba involucrada. Caímos todos perfecto en sus planes, y yo sin tener ganas de jugar.

Cuando volví a la sala, Félix ya se había ido. Cogí uno de los cafés y me senté en el sofá. Valentín apareció con su computadora bajo el brazo.

—Qué bonita te ves. —Se acercó, me saludó con un beso corto en la boca y se sentó junto a mí. Lo quedé mirando. ¿En qué momento ya éramos prácticamente novios?—. ¿Por qué me miras así?

Meneé la cabeza sin poder contener la sonrisa.

—Me gusta estar así. —Volví mi cara a la pantalla y me aclaré la garganta—. ¿A trabajar?

Cuatro semanas. Ese era todo el tiempo que teníamos para vivir nuestro amor. Desde el primer día acordamos no decirnos nada al respecto de nuestra separación, porque eso inevitablemente arruinaba los ánimos. Me daba tristeza pensar en que nos debíamos separar, era como si el vacío invadiera de inmediato mi corazón. A veces cuando iba a dormir, cerraba los ojos y repasaba el día junto a Valentín; y no veía cómo podría ser feliz de otra forma. Pero si de pronto la idea de que se iba a ir aparecía revoloteando, entonces no podía evitar que algunas lágrimas se escabulleran, entristeciendo mi corazón.

Durante un mes, poco nos separamos. Dormíamos en mi departamento o en el de él. No todo era escribir el libro, sino que hicimos lo que dos personas podían hacer dentro de un espacio cerrado: cocinamos, bailamos, bebimos, reímos, jugamos y nos amamos. Si ahora miro hacia atrás, podría apostar que ese es uno de los mejores meses de toda mi vida. Con Valentín compartimos tanto de nosotros que era como si el tiempo en ambos departamentos hubiese ido de distinta forma, y eran años de nuestro amor. Nadie podría decir que no aprovechamos ese tiempo juntos.

Félix se fue en la primera semana. Antes de irse al aeropuerto me pidió hablar a solas en el balcón. Esa semana hablamos poco, porque con Valentín nos la habíamos pasado todos los días en mi departamento, escribiendo sin parar.

—Cada vez que te miro, veo que no crees en mí. No quiero que te quedes con esa imagen —pidió, y le dio un pequeño golpecito con el puño a la baranda. Suspiró ampliamente.

—¿Qué es lo que supuestamente no te creo?

Se encogió de hombros, derrotado.

—No lo sé, ¿qué no quería hacerte daño?

—Es solo que, pensé que te conocía y me equivoqué. Eso es lo que me molesta. Yo sí te quiero mucho, Félix.

—Me dices eso por decir —murmuró, mirándome fijamente—, no es lo que sientes. Me odias.

Rodé los ojos y sonreí.

—¡Qué dramático! Sí, estoy molesta, pero no te odio. Es que...

—¿Es que...?

Lo señalé.

—El motivo por el que te vas es porque te acercaste a mí. Y no puedo echarle toda la culpa a Fabiana de este plan macabro, si tú aceptaste ser parte. —Alcé la mano para que no dijera nada —. Para el cumpleaños de Ari —la segunda vez que nos vimos—, tú ya sabías que debías tratar de conquistar a la chica que escribía con Valentín. —Chasqueé la lengua y exhalé—. A veces me pregunto qué hubieses hecho si la chica hubiese sido otra y que no te gustase. ¿Le habrías dicho que no a Fabiana? ¿o habrías seguido adelante en conquistar una chica que ni siquiera te gustaba?

Apretó los labios entre sí, y desvió su mirada hacia los edificios de al frente. Su silencio decía lo suficiente.

—No lo sé —confesó, finalmente. Bajó la cabeza—. También me he preguntado eso, y quiero creer que no, pero no lo sé. —Alzó las cejas en mi dirección—, ¿crees que soy una mala persona?

—Creo que te equivocaste, ¿y si yo me hubiese enamorado de ti? ¿cómo sería la historia ahora? Yo estaría aquí con el corazón roto, sufriendo porque me rompiste el corazón.

Meneó la cabeza, se mordió el interior del labio, pensativo y abrumado.

—No lo sé. Maddie, yo no pensé más allá. Solo recibí una oferta atractiva, y vi que tenía que acercarme a ti, que lo iba a hacer incluso si me hubiesen dicho que no lo hiciera. Y acepté. No hubo ningún análisis ni me puse en posibles escenarios. No soy tan elaborado.

—Lo sé —resoplé. Me acerqué y puse una mano en el costado de su cara—. Estoy molesta, pero se me va a pasar. Después seremos viejitos y nos reiremos de esto, te lo aseguro.

—Te iba a decir del plan de Fabiana. Te quise contar, pero tenía miedo de cómo ibas a reaccionar si te decía que era para alejarte de Valentín. Y yo desde ese día de la fiesta que quedé alucinando contigo. Simplemente quise ver como se daban las cosas entre nosotros. Aunque intenté que no me gustaras tanto.

—Por eso todo eso de no te enamores de mí.

Se encogió de hombros y se rio avergonzado.

—Eso fue una estupidez. Creo que lo vi en alguna película.

Solté una carcajada.

—Quizás yo te habría ayudado en tu plan —confesé, en voz bajita—, al menos así no habría sentido como que te acercaste a mí por interés.

—Maddie no te podrás deshacer de mí tan fácil. Sigo siendo el mejor amigo de Valentín, así que nos seguiremos viendo. Probablemente si se casan seré el padrino, así que tienes que perdonarme. —Extendió una sonrisa enorme y abrió sus brazos.

—Te perdono todo. Nadie más me cuidó cuando estaba enferma —murmuré, abrazándolo. Apoyó su mentón en mi cabeza. Olía delicioso.

—Yo también te perdono que te hayas enamorado de Valentín y no de mí —susurró en una voz apenas audible. Se me apretó el pecho. Él había actuado mal, aunque yo le rompí un poco el corazón, ¿le hice creer que me quedaría con él?

—¿Amigos? —pregunté, alejándome de él. Tenía una sonrisa muy bonita marcada. Revoloteé mis pestañas.

—Amigos, y... —Levantó la mano como si fuese a hacer un juramento—. Yo, Félix me comprometo a ser uno de tus mejores fans. Leeré cada publicación, libro, nota que escribas. Y prometo nunca más mentirte. —Se abalanzó sobre mí y me abrazó apretado—. Llegó el taxi, chao Bella.

—Chao Edward. Estaré atenta a tus movimientos en Dinamarca y mínimo tienes que ser el mejor en ese curso. ¡Buen viaje!

—Claro que sí.

50. Reproducir audio

Maddie

La segunda semana nos llevamos a Maya a la casa de Valentín y allí estuvimos los tres. Félix había dejado su habitación completamente vacía, sin embargo, el resto de la casa se encontraba llena de cosas. Con Valentín acordamos que se fuera a vivir conmigo la última semana porque tenía que entregar el departamento. Así que comenzamos a pasar nuestros días entre escritura y orden. Ninguno dijo nada, pero el hecho de meter las cosas en cajas, significaba que nos acercábamos cada día a nuestro destino.

—¿Y dónde meterás todo esto?

—Mi papá me dijo que podía dejar las cajas en su bodega, cuando tengamos nuestro departamento las iré a buscar. —Puso una expresión divertida.

—Ah, ¿sí? ¿nuestro departamento? —pregunté riendo. Corrió hacia mí y me envolvió en sus brazos.

—¿Tú crees que después no viviremos juntos? —Me quedó mirando a escasos centímetros de mi cara. No dije nada y me quedé disfrutando el momento. Sentí que la mirada se me nubló.

Recordé a Santiago. Nunca quiso vivir conmigo. Las veces que se lo planteé me hizo creer que era una idea descabellada por lo jóvenes que éramos. Con Valentín no era así. Le acaricié el costado de la cara con mi pulgar.

—Mmm... —Me puse de puntillas para darle un beso.

—¿Eso es un sí viviremos juntos? —preguntó, sin despegarse de mis labios. Asentí con la cabeza y me separé de él.

—Y Maya. —Me llevé las manos a la boca—. Ari me va a matar por dejarla. Bueno... —agregué, agitando las manos frente a mí—. Aún queda para eso. Problema de la Maddie del futuro.

Valentín soltó una carcajada.

—¿Tendré que luchar por ti con Ariel? Estoy dispuesto a hacerlo.

—Quizás, y ella puede ser bien fiera. —Palmeé su pecho—. Nos queda muy poco con estas cajas. Dejémoslas selladas y ordenadas para que te las lleves mañana, ya después solo quedaría una con las últimas cosas de tu habi...

Valentín resopló.

—¿Por qué interrumpes un momento tan romántico? —bromeó. Hizo una mueca de desagrado y luego un puchero.

—Porque si terminamos hoy, mañana no habrá más orden. Y podemos ¿dormir siestas?

—Sí, claro. Siestas —murmuró por lo bajo, y arrastrando los pies fue a buscar las cajas para sellarlas.

—Y se acercó a mí, observando mis labios con detención. Retrocedí un paso más porque era lo que debía hacer que por lo que quería hacer. ¿Qué habría hecho? Lanzarme a sus labios, como ya lo había hecho antes. Sin embargo, no era lo correcto. Sara lo esperaba en su departamento y yo no quería ser la otra chica —leí en voz alta. Valentín me observaba detenidamente con la cabeza descansando sobre su brazo, y con una de sus manos trazaba círculos en mi pierna.

Ya era la tercera semana y cada vez escribíamos más horas al día. Escribir los capítulos finales nos estaba costando más de lo esperado.

Valentín se refregó los ojos y vio la hora.

—Son las una de la madrugada —murmuró bostezando. Estiré mi brazo y le saqué unos mechones de cabello que tenía sobre su cara.

—Nos queda poquitoooo.

—¿Para qué? —preguntó, poniendo cara triste. Solo nos quedaba una semana juntos, y a esas alturas era imposible hacer como si no fuera a suceder. Dejé la computadora a un lado y me acurruqué junto a él en el sofá. Me abrazó y nos quedamos en silencio. Me acomodé de forma que quedé con la cabeza sobre su regazo.

—Para que terminemos el libro —respondí. Cogí su mano y la llevé sobre mi vientre—. Rompamos el compromiso con Sara —murmuré.

—¿Qué?

—Que así siga el capítulo. Phoebe da un paso atrás, y él le dice que ya no está con Sara.

Me senté de golpe y Valentín abrió la boca.

—Y el siguiente capítulo comienza cuando Sara le dice a Daniel que está embarazada.

Alcé la mano y Valentín la chocó con la suya.

—Que asombrosos que somos —bromeé. Y luego hice un mohín—, ¿cómo voy a escribir un libro sin ti?

Hizo que volviera a acostarme en su regazo.

—No hablemos de eso —murmuró con un poco de seriedad.

—Pero quizás ya tenemos que hablarlo, ¿para cuándo tienes el pasaje? —Había evitado esa pregunta tres semanas.

—Para el 12 —respondió con desagrado. No quería tocar el tema. Conté mentalmente.

—Quedan ocho días —susurré, sorprendida. Sentí un peso enorme en el pecho. Ocho días no era nada.

Me llevé una mano a la boca y Valentín se atrevió a mirarme.

—Quedan ocho días, preciosa; y serán solo seis meses.

Cerré los ojos. La realidad como un balde de agua fría. No, agua congelada en mi cara.

—¿Crees que terminarás de escribir una novela en seis meses?

—Para verte de nuevo, la terminaría en dos —bromeó. —¿Has hablado con Félix? —preguntó, cambiando el tema.

—Sí, ayer. Me dijo que sus clases empiezan en dos semanas, así que se la ha pasado saliendo y tratando de aprender el idioma. Dice que no sabe decir nada en danés —reí—, ¿Tú no has hablado con él?

—Sí, pero a ti te cuenta las cosas serias, a mí me ha hablado de fiestas y chicas. Se ha adaptado rápido.

—Creo que él se adaptaría rápido en cualquier lugar. Oh, no te conté, ¿te acuerdas de Javier?

—¿El ex de Ariel? ¿el hermano de Santiago? —gruñó.

Solté una carcajada.

—Sí, apareció después de todo este tiempo. Justo ayer que fuiste a la casa de tu papá, estábamos en el departamento con Ari y comenzamos a oír una serenata. Nos acercamos al balcón para ver y era para Ari —conté, sin contener la risa—. Es que no viste su cara, se puso tan roja que pensé que había dejado de respirar.

—¿Una serenata?

—Sí, en la calle, mirando hacia nuestro balcón. Y de repente apareció Javier con un ramo de rosas gigantes.

—Supongo que él no sabía que Ariel ya está con otra persona.

—No habían hablado desde que terminaron la otra vez. Ariel lo tiene bloqueado de todas las formas posibles de comunicación, pero él en vez de aparecer por la puerta para hablar con ella, llegó con una serenata. Hay otro chico, pero solo salen. Cómo nosotras nos vamos, no quiere enamorarse de nadie, ni tener nada serio. Por un instante pensé que iba a aceptar a Javier de vuelta, allí los planes de viajar quizás se hubiesen quedado en nada. Ari estaba enamorada de él. Luego él fue un estúpido y la perdió.

Puso su mejor expresión de tragedia.

—Dime que yo no soy un estúpido y que no te perderé —pidió, con carita triste.

—No me perderás.

—Y qué paso con eso de que no soy un estup…

—No sé de qué hablas. —Lo atraje hacia mí y lo besé.

De pronto las lágrimas comenzaron a salir, aun así no dejamos de besarnos. Su mano me acariciaban el cuello y atrapaban las lágrimas que iban cayendo. Cogió los costados de mi cara y me obligó a mirarlo.

—Mads, escúchame: ninguna distancia nos va a separar. Vamos a seguir hablando todos los días hasta que por fin nos juntemos y podamos ser felices en nuestro departamento.

—Buenooooos días. —Valentín abrió la cortina de mi habitación, ya había entregado su departamento así que se estaba quedando conmigo y Ariel. Abrí los ojos y fruncí el ceño.

—Aún está oscuro, ¿qué hora es?

—Las cinco de la mañana —respondió como si nada. Señaló el calendario. Nos quedaban dos días. Sí, como si necesitaras recordármelo—. Nuestros días comienzan antes.

No pude evitar reírme.

—¿Y no nos dormimos como a las dos de la madrugada?

—Sí. —Se acercó y me sacó la frazada de encima—. Nos queda nada para terminar el último capítulo.

Me refregué la cara con las manos.

—A sus órdenes. —De pronto puso un plato lleno de fruta picada frente a mis ojos—. ¿Y esto? ¿a qué hora te levantaste?

—No dormí —replicó, haciendo un puchero—. No puedo.

Mi pecho se apretó y me levanté de un salto con una sonrisa que lo desconcertó.

—Estoy preparada para nuestro día. Aunque es muy temprano para el desayuno.

Resopló y dejó el plato de fruta sobre la mesita de noche con una sonrisa preciosa. Me acarició la cara.

—Tienes razón, pero quiero que todo sea perfecto. —Se sentó sobre en la cama, me acerqué y apoyé mi mentón en su hombro.

—¿Por qué no nos quedamos en la cama un poco más? Escribamos el último capítulo aquí.

—Me encanta esa idea. —Estiró el brazo para coger la computadora y la abrió—. ¿En dónde quedamos? —Me quedó mirando—. Espérame —dijo cogiendo su celular. Me sacó una foto—. Tu carita recién despertando. La voy a imprimir y la pondré en mi escritorio para tenerla de inspiración.

—Salgo horrib... —Me quedé callada porque Valentín miraba su celular. El color había abandonado su cara—. ¿Qué pasa? —pregunté, presintiendo algo horrible.

Se puso de pie y miró hacia todas partes menos a mí. El sonido de una nueva notificación se escuchó en mi celular. Valentín lo miró sobre el escritorio, pero no hice ni el intento de ir por él. Algo había pasado y creo que no quería saber. Eran las cinco de la madrugada, ningún mensaje podía ser bueno.

—Mads, yo...

—Te voy a dar la oportunidad de que tú me expliques —dije, con la voz temblorosa, sin saber qué era lo que sucedía, pero su cara era de tal horror que me daba miedo averiguarlo por mí misma.

Comenzó a caminar de un lado a otro, buscando las palabras.

—Hay... hay una grabación —dijo apenas, como si de repente se hubiese olvidado de cómo hablar—. Una con Fabiana. Es decir, es un audio —aclaró—. Estamos hablando en ese audio.

—¿Qué le dijiste?

Meneó la cabeza. Cogí mi celular.

—No lo decía en serio.

Tenía dos nuevos mensajes. Una foto de unas semanas atrás en donde Fabiana abrazaba a Valentín fuera de un departamento, y un archivo de audio. Sentí que me encontraba al borde de un precipicio.

Reproducir audio.

51. Otra propuesta irrechazable

Maddie

El audio se reprodujo por completo. Y luego lo oí de nuevo. Y de nuevo. En ningún momento Valentín me frenó.

Tú eres mucho más bonita. Mads y Félix hacen una buena pareja. No estaría con la chica que se metió en mis cosas. Me gustan las personas que tienen claro qué hacer con sus vidas. Debe ser una novia psicópata.

Fabiana tratándome de loca y Valentín riéndose.

—¿Cuándo fue esto? —Ya existía Félix en la historia así que no fue en los primeros días de habernos conocido con Valentín.

—Fue... —Carraspeó luego de que la voz apenas le salió—. Después del cumpleaños de Ari.

Me quedé observándolo fijamente unos segundos, hasta que hablé:

—Ese día fuimos a la editorial, me dijiste que te sentías confundido. Que pensabas mucho en mí y que me extrañabas cuando no estabas conmigo. —Me llevé la mano a la boca, no podía creer que quien había dicho lo de la grabación era el mismo Valentín de ese día.

—Me fui de ese cumpleaños porque te quedaste con Félix, aunque después me arrepentí e iba a terminar con Fabiana y devolverme a tu departamento, pero ella se puso histérica y empezó a llorar...

Alcé una ceja.

—Así que no encontraste nada mejor que decir esas cosas de mí, ¿lo pensabas? ¿que yo no tengo claro qué hacer con mi vida?

—No...

—¿Y te ríes cuando ella me trata de loca?

—Me reí porque estaba nervioso. No sé, además me sentía enojado y confundido. —Se acercó y se sentó en el suelo frente a mí. Puso sus manos en mis rodillas.

Yo me sentía en shock y no sabía qué decir ni cómo reaccionar. Me parecía que todas mis reacciones eran incorrectas: enojarme tanto porque ya se iba o no enojarme nada a pesar de que me dolió.

—¿Eso es una excusa? ¿porque apareció Félix hablaste así de mí?

—No, yo solo quería que Fabiana no hiciese un escándalo en la calle —replicó, como si eso explicara todo. Me quedé esperando a que agregara algo, pero no dijo nada más.

—¿Y la foto? ¿esto no fue..? —Me quedé pensando en la fecha—. ¿cuándo fui con Félix a la playa?

—Fui a pedirle que borrara la grabación, me abrió la puerta y me saltó arriba. —Frunció el ceño, como si él se estuviese enojando—. No creerás... no me he despegado de ti.

Me puse de pie para alejarme de él. Eso sí se lo creía.

—Se supone que al momento de la grabación, estabas confundido conmigo, pero hablaste mal de mí con tu novia. Sé que ese día me dijiste que no te encontrabas seguro de si terminarías con ella. Aunque a mí me suenas muy seguro de no hacerlo.

Mi celular volvió a sonar en mis manos. Miré la notificación: otra grabación. La reproduje sin pensar.

—¿Tú me amas? —preguntó Fabiana.

—Te amo Fai, mucho.

Levanté la cabeza. Si a Valentín parecía que antes se le había caído el mundo, luego de la segunda grabación, el universo entero lo aplastaba.

—No Mads, eso...

Qué confundido estabas y sí, se nota que querías terminar con ella.

—¿Esto es de la misma noche?

Valentín parecía que estaba a punto de salir corriendo. Me dio la impresión que no tenía idea de que ese segundo audio siquiera existía.

—No lo sé. Supongo. Ese audio está cortado, esa noche intenté terminar con ella.

Solté una carcajada.

—¿Es una broma? ¿intentaste terminar con ella? —Me rasqué la frente y comencé a caminar de un lado a otro, igual que Valentín había hecho unos momentos atrás. Me detuve y lo quedé mirando—, ¿y qué mierda es eso de intentar terminar con alguien? Me creí todo eso. Y luego vas y le dices que con Félix hacemos una buena pareja. Ella en ningún momento te obligó a decir eso.

—No fue fácil. Terminar con ella no fue f...

—Vete —gruñí, con el llanto atorado en la garganta. Apenas me salían las palabras. Se puso de pie de un salto y corrió frente a mí. Me intentó tocar, pero me alejé—. Ahora, Valentín. —Sacudí las manos—. No, me iré a la habitación de Ari. Quiero que me dejes sola.

Valentín me miró incrédulo.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Quieres que haga como que no dijiste estas cosas? ¿cómo que no hablaste mal de mí el mismo día que me confesaste que estabas confundido conmigo? —Resoplé, furiosa—. ¿Sabes qué? Estoy cansada de tratar de entenderlos a todos. Me hace mal eso. Ahora, sí entiendo que ella está loca y hasta te creo que lo dijiste por... por decir, pero estoy cansada de esto.

—Sí, fue una estupidez. Aunque en ese momento tú tampoco es que estabas sufriendo por mí —murmuró, haciendo referencia a Félix, y luego agregó—: te quedaste muy feliz con él.

Me llevé las manos a la cabeza y tomé aire profundamente. A mí ese día no se me había olvidado, sin embargo, parece que a él sí.

—Esa misma noche te dije que yo también me sentía confundida, ¿lo recuerdas? Y también te dije que no podía estar contigo si tenías novia. —Agité mis manos frente a mí, se venían a mi mente las imágenes de ese día, las palabras y las miradas—. No te dije lo que sentía por ti, ¿porque de qué servía? Llevabas no sé cuánto tiempo repitiéndome que nunca terminarías con ella. Así que sí, me quedé con Félix porque quería divertirme. Porque ya me habían roto el corazón y tenía que olvidarme de ti. No vengas a reprocharme eso, ni menos a tratar de hacerlo pasar como una excusa.

Se quedó en silencio analizando mis palabras. Tragó grueso.

—Es verdad. —Echó su cabeza hacia atrás y después volvió a mirarme con los ojos llorosos—.

Se ve todo mal, pero no es así, o sea, dije eso de la grabación, aunque solo porque Fai se puso tan mal que me dio lástima. Yo no quería, no quiero verla mal. Estuve años con ella y luego lo hice de todas formas, terminé con ella, por eso está pasando todo esto.

Mi cabeza era un caos, no sabía qué creer. Sinceramente nunca había imaginado a Valentín hablar mal de alguien o burlándose. Menos que ese alguien fuese yo. Era como si una cortina hubiese caído, porque en cierta parte él sí dijo esas cosas y yo no habría dicho algo así de él. Me impactaba que se hubiese referido a mí de esa forma.

¿Y luego quién podía culpar a Fabiana de sentirse así de traicionada?

Llevaba semanas lidiando con el ataque por redes sociales y a pesar de que creí que era fuerte en todos los aspectos de mi vida, tuve que asumir que lo que dijeran los demás de mí, me afectaba.

—Vete, no te quiero ver —dije, con la voz temblorosa. Asumo que no estaba nada segura, pero quería que desapareciera de mi vista, al menos por algunas horas.

Valentín meneó la cabeza. No lo podía creer.

—No. Esto no puede quedar así. Me voy en menos de dos días, el vuelo es para mañana en la noche. —Se intentó acercar y di un paso atrás.

—Tengo que admitir que esto fue una muy buena jugada de Fabiana. Lo hizo justo en el momento en que te vas.

Las lágrimas corriendo por la cara de Valentín, no me conmovieron en ese minuto. Tenía mucha rabia y me sentía engañada. No solo Félix había actuado mal, sino Valentín también. ¿Cuál era su excusa ahora? ¿qué luego de decir esas cosas se enamoró de mí? No.

Mi mente fue demasiado cruel en ese instante. Me lanzaba bombas con las palabras de Valentín, y las posibles interpretaciones eran todas malas. Ninguna parte de mi ser —a excepción de mi corazón—, lo quería entender. Sin embargo, ya estamos más que advertidas en que hay que tener cuidado con no escuchar al cerebro y que hay que tener prudencia cuando es el corazón el único que te dice que te quedes.

—Te amo. Piensa en estas semanas juntos. En nuestro libro.

No quería seguir escuchándolo, tenía que procesar lo sucedido. De repente recordé más. ¿Ya había dicho que mi cerebro estaba siendo de lo más cruel?

—Al otro día fue tu cumpleaños, ¿te acuerdas que en la azotea me dijiste que hacía días que no estaban juntos y que ella sabía que querías terminar con ella? —pregunté, casi soltando una carcajada—. ¡Al otro día de ese audio! —Ni siquiera me quedé para escuchar su respuesta y caminé hacia la pieza de Ariel. Justo ella abrió la puerta.

—Lo voy a golpear —murmuró, tratando de salir de su habitación. La obligué a entrar conmigo y cerré la puerta de golpe.

—Mads, por favor, solo me quedan dos días —murmuró, detrás de la puerta.

—Necesito espacio, vete.

—Valentín, te agradecería que te fueras. Por favor, nada se va a arreglar ahora. Conversen más tarde —respondió Ari. La miré meneando la cabeza, y ella me hizo un gesto para que la dejara tranquila. Comenzó a hablar bajito—: si no le digo nada, se va a quedar todo el día tras esa puerta, ¿eso quieres?

—No —susurré.

Oímos los pasos de Valentín alejarse y sentí cada uno de sus movimientos por el departamento mientras recogía sus cosas. Cuando cerró la puerta principal, mis piernas dejaron de responder y hubiera caído al suelo si Ariel no me hubiese afirmado. Las lágrimas comenzaron a salir sin

control, y el llanto proveniente desde mi estómago me desgarraba. Ariel me abrazó y me obligó a caminar hasta su cama. Sinceramente era un llanto que tenía atorado del último mes, ni siquiera podría asegurar que era por esos putos audios, sino porque él se iba. Me dejaba con el corazón apretado, extrañándolo.

Valentín se va.

Quizás mi mente quería convencerme de lo malo que era él, para no sufrir tanto la separación.

—Calma, Maddie. ¿Qué sucede? —preguntó Ari, con la voz entre cortada. Eso era algo que nos sucedía siempre: si una lloraba, la otra apenas podía contenerse. Sin decir nada le reproduje los audios. Respiró ampliamente—. ¿Cuándo dijo todo esto? —agregó con fastidio.

—Luego de tu cumpleaños.

—¿Cuándo apareció Félix?

—Sí, y ese mismo día me dijo que se sentía confundido.

Ari resopló.

—Muy confundido —murmuró—. Maddie, ¿y si solo lo dijo de molesto? Porque te quedaste con Félix esa noche.

¿Acaso tenía derecho a molestarse si tenía novia?

—Al otro día me contó que ya no estaba con Fabiana. Fue su cumpleaños, ¿te acuerdas? Él salió tras ella y luego la mamá de Fabiana estaba enferma —resoplé, con mi mente en una carrera por buscar el recuerdo o palabra más dolorosa—. Me dijo tantas veces que quería estar conmigo, y luego no hizo absolutamente nada. Sí, es verdad, se decidió finalmente por mí, pero dijo que yo me veía bien con Félix.

Ariel se dejó caer junto a mí.

—Vaya mierda, Maddie piénsalo bien.

—Sí, una mierda que esto haya sucedido justo cuando se va. —La miré apretando los labios. Mi mentón temblaba—. No puedo estar lejos de él y enojada. Pero tampoco puedo hacer como que nada pasó, me duele.

—Lo sé. Sé que duele. Te voy a traer un té de Melissa, necesitas relajarte. —Cogió mi mano y me miró preocupada—. Estás temblando. Esto del libro, y todo lo que ha traído, no sé si ha sido lo mejor para ti.

—Sí ha sido lo mejor. Estoy segura.Nnunca había sentido que pertenecía tanto a algo. Es solo que tengo que aprender a manejar que siempre habrá personas que no les gustará lo que yo haga y me criticarán por eso.

—Dejemos que las personas que no tienen nada mejor que hacer que criticar al resto se intoxiquen solas con sus malas energías.

Ariel lo dijo con tanta furia que hizo que me riera. Me abrazó y salió de la habitación.

A las siete de la mañana, llegó con un café y mi celular sonando. Seguía en su cama y llevaba todo el rato pensando qué hacer, sin tener ninguna claridad aún.

—Te llama un número desconocido.

—No quiero contestar —repliqué, creyendo que podía ser Fabiana. Pero luego pensé que podía ser la editorial, así que reticente cogí el celular y contesté—. ¿Hola?

—¿Madison Foster? —preguntó un hombre. Su voz dura me produjo escalofríos.

—Sí, ¿con quién hablo? —Me aclaré la garganta porque la voz me salió entre cortada.

—Hablas con Thomas. Soy el padre de Fabiana —respondió con aspereza. Ariel comenzó a preguntarme asustada quién era. Estoy segura de que la cara se me cayó.

Se sentó junto a mí y pegó la oreja al celular.

—¿Sucede algo? —pregunté, tratando de sonar calmada.

—Sí, me he enterado de lo que te envió mi hija y quería pedirte disculpas personalmente por lo ocurrido. Me cercioraré de que nadie se entere de la existencia de esos audios. Realmente lo siento. —Su voz intimidante no permitía que me calmase. Me quedé esperando que continuara, sabía que algo más venía—. Sin embargo, te llamo por algo más.

Ariel se despegó de mí y me quedó mirando con cara de espanto. Con señas me dijo que cortara la llamada, pero es que ella no sabía todo el poder que tenía Thomas. A mí ya me habían informado muy bien quién era el padre de Fabiana.

—Sí, yo igual lamento lo sucedido. Ya Valentín se va a París, así que todo esto pronto quedará atrás —repliqué rápidamente, intentando dar por terminada la conversación.

—Tengo que decirte algo que te puede interesar —agregó con voz sombría. O quizás yo lo percibí así porque estaba segura de que nada de lo que saliese de esa boca, iba a ser bueno para mí o Valentín. Ariel continuaba haciéndome señas para que cortara y no lograba concentrarme bien en la conversación, así que le pedí que se fuera. Lo hizo enojada.

—Agradezco la llamada y la preocupación porque el audio no salga a la luz. Yo estoy con los preparativos para irme del país por algunos meses. Y creo... —Me aclaré la garganta—. Creo que con eso dejo en claro mi posición.

—Sin embargo me gustaría comentarte un par de cosas que creo son muy importantes.

—¿Para dónde vas? —Ariel ladeó la cabeza y me escudriñó con la mirada. Me había bañado y vestido en tiempo récord. Miró la mochila en mi espalda.

—Necesito pensar —repliqué caminando hacia la puerta.

—¿No puedes pensar acá? Maddie te ves terrible. —Intentó acercarse a mí, pero la rodeé camino a la puerta.

—No puedo porque Valentín se va a aparecer en cualquier momento y no quiero verlo. —No quería que me detuviese.

Ari arrugó la frente y me quedó mirando con los ojos entornados.

—¿Qué te dijo ese hombre?

—Nada, nada interesante.

—¿Tú crees que me puedes mentir? —preguntó incrédula.

Resoplé y me llevé los dedos al puente de la nariz.

—Está bien, está bien. Te lo contaré todo, pero pasado mañana.

Alzó una ceja.

—Pasado mañana Valentín no va a estar —replicó con obviedad. Una bola de aire se instaló en mi garganta, amenazando con quitarme la tranquilidad que me obligaba a tener. Se iba en dos días. Mi amor se iba a ir y yo no le iba a hablar en esos dos días.

—Si te lo digo ahora quizás me detengas. Y yo no quiero que nadie me detenga —respondí con voz temblorosa. Miré la puerta pensando seriamente en salir corriendo.

Ariel se acercó a mí dando grandes zancadas y me cogió por ambos brazos para mirarme directamente a los ojos. Con eso también calmó un poco la agitación que sentía. Deslizó una mano hacia mi pecho.

—Te ofreció algo que no podías rechazar —susurró apenada. Sabía lo que sucedía sin siquiera yo decirle.

—Parece que mi vida se basa en cosas que me ofrecen y no puedo rechazar —repliqué, con la voz temblorosa y cargada del llanto. Sentía que contenía tantas cosas: palabras, sentimientos, lágrimas; que en cualquier momento iba a estallar. Necesitaba alejarme un poco, tomar distancia —. Entre otras cosas —agregué, al notar que Ariel esperaba que siguiese hablando.

Tomó una respiración profunda.

—No te detendré, pero cuéntame. Yo te apoyo en lo que quieras hacer. Solo quiero entender por qué te estás yendo con una mochila y muy dispuesta a no ver a Valentín a pesar de que él se va tan pronto.

—No aquí. —Temía que Valentín volviese en cualquier minuto.

—Está bien, ¿a dónde vamos?

—Tengo una dirección. Ariel... —Comencé a decir seria—. No puedes decirle a Valentín donde estaré. Prométemelo.

—Te lo prometo —replicó asustada.

—Sé que él va a venir y cuando lo haga le dirás que me fui a la casa de mi papá.

—Me estás asustando, Maddie —murmuró, cogiendo su cartera—. Vamos, quiero saberlo todo.

52. La desaparición de Mads

Valentín

Fui a la casa de papá luego de que Mads se encerró en la habitación con Ariel. Sí, lo sucedido era horrible y ya mucho me había torturado con eso. Aunque admito que me sentía un poco liberado de que la grabación por fin saliese a la luz. A pesar de que pensé que Cata me ayudaría, siempre tuve la sensación de que Mads lo escucharía alguna vez. Y si bien, entendía que ella se hubiese molestado, tenía toda la seguridad de que me perdonaría. Después de todo, ya llevábamos un mes viviendo juntos y, por al menos, los próximos seis meses, estaríamos separados. Fueron palabras estúpidas y ella lo sabía.

Estar lejos, a tan solo dos días de irme, se me hacía ridículo, aunque también correspondía que visitara a mi papá. Arrugó la frente apenas me abrió la puerta.

—¿Discutiste con Mads? —preguntó al verme. Me abrazó y lo seguí. Me senté junto a él en el sofá.

—Sí —refunfuñé.

—¿Fabiana?

—Sí y no. Creo que yo tengo más la culpa. —Arrugué la nariz y lo quedé mirando. Se veía cansado—, ¿has estado durmiendo bien?

Mi padre resopló y miró hacia los lados, como esperando que alguien apareciese a salvarlo de mi pregunta.

—Anoche no dormí casi nada. El perro de la vecina no dejó de ladrar —dijo enfadado. No le creí nada—, ¿tan mal me veo?

—Pues sí, parece como si el perro de la vecina te hubiese estado ladrando en el oído toda la noche —bromeé. Me encogí de hombros—. Creo que te he visto peor. —Recordé cuando se enteró de que mamá andaba con un nuevo novio francés, probablemente su aspecto tenía que ver con lo mismo.

—Sí, he estado peor. —Soltó entre medio de risas—. Hablando de eso, ¿cómo está tu mamá?

—Mmm... ya sabes. Igual.

Chasqueó la lengua.

—¿Igual de feliz con Adrien?

Rodé los ojos.

—¿De verdad no te molesta que viva con ellos? Podría conseguir mi propio apartamento, es solo que quiero pasar más tiempo con Camilo.

—¡Qué hablas Valentín! Ni esperes que yo sea el culpable de que estés solo en París. Suficiente ya tienes con alejarte de Mads —agregó, bajando la voz. Puso cara de lástima—, lo siento, ¿qué ha sucedido hoy?

—No quiero hablar de eso. ¿Estarás bien solo? Asumo que ya no estás con quién te estabas viendo.

Meneó la cabeza.

—Creo que para empezar algo nuevo, primero hay que sanar —dijo, tocándose el corazón—. Me alegro de que tu madre esté feliz, aunque me gustaría que fuese feliz en Chile así yo estaría cerca de Camilo.

—¿Por qué autorizaste que él se quedara allá?

—Porque él está bien y tu madre está muy bien. Además sé que Adrien está organizando todo para venir a vivir aquí, no quería ser yo el culpable de entorpecer ese proceso. —Sonrió sinceramente, aunque pude notar el dolor detrás—. Me alegro de no haber dicho que no, ahora que tú te vas, nadie me lo habría perdonado. Imagínate Camilo enterándose de que vas para allá, y él devolviéndose.

Puse una mano en su hombro.

—Todo saldrá bien, papá. No te preocupes. —Le sonreí, y también se me vino a la mente Mads. Había pasado poco tiempo como para ir de nuevo a tocarle la puerta.

—Digo lo mismo respecto a ti y Maddie. El tiempo pasará rápido. —Hizo una mueca de desagrado—. Me cuesta entender a Fabiana. Quise hablar con Thomas. De hecho lo estuve llamando.

Abrí los ojos y se me fue el aire repentinamente.

—¿Qué? ¿Thomas? —Meneé la cabeza y fruncí el ceño—. No, no necesito que mi papá trate de resolver los problemas por mí. Entiendo que quieras...

—Quería saber qué opinaba de todo esto —replicó, y luego suavizó su expresión—. No intentaba resolver tus problemas. No han sido pocas las veces en las que me he sentado a beber con Thomas. Quería saber más. Pero bueno, no me contestó. Tampoco lo intentaré de nuevo. No te preocupes.

—Por favor —pedí, con el aire volviendo a mi cuerpo—. Hay que considerar que ya todo está así y que nada tiene sentido —agregué seguido de una carcajada. Ya me parecía absurdo.

Se encogió de hombros.

—¿Cuándo se va Mads a Los Ángeles?

—El próximo mes

—¿Y no hay forma de que se vean en este tiempo?

Meneé la cabeza.

—Es complicado. Yo tendré reuniones todas las semanas, además hay un contrato de por medio. Y ella también tiene intenciones de estudiar algún curso corto para mejorar las habilidades con la escritura.

—¿Qué dice ese contrato? ¿qué no se pueden ver?

—No, dice que yo no puedo salir de Europa. El contrato de ella tiene una cláusula, que queda inválido si aparece algo de nosotros que afecte a la editorial. Algo nuevo, quiero decir. Como una foto. —Sacudí la cabeza—. Es mucho riesgo.

—Entiendo. Sí, sería muy riesgoso. —Apretó mi hombro y me dio una sonrisa cálida—. No te preocupes. Son solo interrupciones en el camino. Nadie dijo que sería fácil. Disfruta lo que te da el momento, lo maravilloso que te ha ofrecido la editorial. Espero que en ningún instante dejes de disfrutar la maravillosa oportunidad que tienes y a la que pocas personas pueden aspirar. Eres afortunado y solo te están pidiendo que esperes para estar con ella.

—Sí, lo entiendo —respondí cansado. Me masajeé los lados de la cabeza.

—Es una porquería, pero no se puede tener todo en bandeja. —Arrugó su expresión—. Bueno, yo últimamente no tengo nada —se lamentó.

—¿Cómo que nada? Me tienes a mí, tu hijo favorito.

Me quedó mirando con los ojos entornados.

—No hay hijos favoritos, eso lo sabes. —Suspiró ampliamente y se reclinó en el sofá—. ¿Te preparo desayuno?

—No tengo hambre, aunque tampoco me perdería un desayuno contigo, papá.

—Perfecto. —Se puso de pie y lo seguí a la cocina.

Pasadas las siete, y cuando ya me disponía a volver a casa de Mads, el nombre del papá de Fabiana apareció en mi celular. Por poco no contesté, sin embargo, no quería tener ningún problema con él. Lo mejor era ser cortés y llevar la fiesta en paz al tratarse de esa familia.

—Hola, Thomas, ¿Cómo va todo?

—Valentín, ¡qué bueno encontrarte tan rápido! Todo muy bien por aquí, ¿y tú? Me enteré que mañana te vas.

—Sí, por la noche.

—¿Te importaría venir a mi oficina para que conversemos? —Arrugué la cara ante esa propuesta. Lo que menos quería hacer en mis últimas horas antes del viaje, era ir a la oficina de Thomas. Además él era de esas personas que hablan sin parar y no hay forma de frenarlos.

—Me gustaría, pero lamentablemente no puedo. Me falta aún por escribir parte del último capítulo —respondí, siendo sincero en lo último.

—Es que tengo que hablar de algo importante contigo —dijo, cambiando un poco su tono a uno más serio. Tragué saliva. Y me di cuenta de que había una parte diminuta de mi cerebro que tenía ganas de irse a París para no saber más de ellos.

—Disculpa, Thomas. Lo que me pides es imposible. No tengo tiempo y ya tuve un contratiempo en la mañana que retrasó mi jornada de escritura, ahora si termino temprano, puedo comunicarme contigo —mentí.

—Fabiana está embarazada —soltó inesperadamente. Frené en seco mi caminata hacia el coche.

—¿Qué? —pregunté confundido.

—Lo que te acabo de decir. Te espero en mi oficina —respondió y colgó, sin darme opción de decir algo. Lo llamé de nuevo y no contestó.

Llamé a Mads, pero su teléfono sonaba apagado, y le dejé un mensaje diciéndole que iría a verla más tarde. Llamé a Ariel y tampoco contestó, así que para cuando llegué a la oficina de Thomas me había convertido oficialmente en un novio psicópata, porque las dos tenían muchas llamadas perdidas mías.

Quería creer que Thomas me había mentido, que dijo eso solo para hacerme ir y decirme alguna otra cosa. Es que Fabiana embarazada, significaba que nunca me iba a poder separar de ella. Me sentía como un niño de cinco años a punto de tener una pataleta fuera de la oficina de Thomas.

Su secretaria me hizo pasar enseguida, y él levantó la cabeza apenas entré.

—Oh, no pensé que vendrías tan pronto —comentó, cerrando su computadora.

—¿Es verdad? —inquirí, con un hilo de voz.

—¿Qué cosa?

—Que Fabiana está embarazada.

—¡Claro que es verdad! ¿Cómo te voy a mentir con algo así? —preguntó, frunciendo el ceño.

Se molestó de inmediato y yo apenas iba llegando. Disgustado, me señaló la silla frente a él—. Hay bastante de lo que tenemos que hablar.

Lo peor pasó por mi mente. Y es que a esas instancias ni a ustedes ni a mí, les sorprendería que me dijera que me tenía que casar con Fabiana.

—¿Cuántos meses tiene?

—Casi cinco.

—¿Y lo supo todo el tiempo? No entiendo por qué...

—No, se enteró para el día de tu cumpleaños.

—No tenía idea —resolví por decir. De repente se me olvidaron todas las palabras. Era una noticia inesperada y desafortunada.

—Yo me enteré ayer y fue porque la encontré llorando. Mañana tiene una ecografía a primera hora y no quiere ir sola. Pero... —dijo, dejando la última palabra flotando—, tampoco quiere ir conmigo, ni con nadie que no seas tú. No se atreve a pedírtelo.

Me quedé unos segundos procesando la información. Fabiana me odiaba, ¿cómo era que quería que la acompañara al doctor? Lo otro que se me vino a la cabeza fue Mads, y en que cómo iba a meter todo eso dentro del escándalo que ya había quedado en la mañana.

Me aclaré la garganta.

—Thomas, Fabiana se ha comportado muy mal conmigo. Yo sé que me equivoqué, pero ha sido mucho lo que ella ha hecho. Yo no tengo problemas en hacerme cargo, por supuesto, e incluso la acompañaría si es que creyera que ella me quiere allí, o si tuviésemos buena relación. —Sacudí la cabeza—. Desde mi cumpleaños que entre nosotros todo han sido peleas y amenazas.

—No te odia, Valentín. Eso tú lo sabes.

Ladeé la cabeza.

—Es que creo que no te has enterado de todo lo que ha hecho —comencé a decir, pensando en si decirle o no los actos de su hija.

—¿Cómo los audios de esta mañana que le llegaron a Madison? —preguntó serio—. Sé bastante, y por cierto, hablé con Maddie.

—¿Ya lo sabe? —Tragué saliva.

—Sí —replicó, como si nada. Se sorprendió ante mi expresión de enfado. ¿Por qué él tenía que hablar con mi novia y decirle las cosas que yo debía decir? No me pareció correcta esa intromisión. Cogió el teléfono—. Carla, ¿me envías el contrato?

Oí la palabra contrato, y casi que por reflejo me hice hacia atrás. Comenzó a teclear algo en su celular.

—¿Qué contrato?

—El que firmó Madison.

Se me fue al aire y meneé la cabeza.

—No entiendo, ¿el de la editorial?

—No. Necesito que estos últimos días estés con mi hija.

—¿Qué? No, yo no puedo.

Estiró su mano con su celular para que lo cogiera. Lo hice y apareció el famoso contrato. En pocas palabras eran los estudios pagados de literatura y escritura en una reconocida universidad de Estados Unidos para Mads. Yo sabía que la familia de Fabiana tenía poder, pero nunca tanto. Bueno eso implicaba más de seis meses fuera. ¿Y qué tenía que cumplir Mads? Viajar antes.

—¿Dice aquí que se va hoy? —Me puse de pie de un salto.

—En tres horas. Siéntate Valentín, no alcanzas a llegar.

—¿Tú hiciste todo esto?

—Sí. Te vas en casi dos días y solo quiero que acompañes a Fabiana ahora. No te pido nada más, está muy delicada.

Me cogí la cabeza y miré repetidamente la puerta y a Thomas. Ni aunque me fuese de inmediato al aeropuerto llegaba. Cogí mi celular, el de ella seguía apagado. Llamé a Ariel caminando de un lado para otro.

—¿A qué te refieres con delicada?

—Creo que está pasando por un cuadro depresivo.

No le creía.

—¿No te cansas de manipular a la gente?

—No si es por mi hija. Ustedes se iban a separar de todas formas. Está tan enojada con lo de los audios, que aceptó de inmediato. Además la oportunidad que le ofrecí era irrechazable.

—¿Y dentro de la letra chica asumo que está no hablar conmigo?

Se encogió de hombros.

—Al menos hasta que tú estés en París y ella en Los Ángeles.

—Me estás diciendo que ella no me va a hablar en dos días.

Me sostuve el puente de la nariz y pateé la silla, haciendo que se tambaleara y luego cayera.

—Sí.

—¿Y ahora me dirás que si no voy a ver a Fabiana destruirás mi carrera? Porque parece que con cada persona que me encuentro me dice eso.

Meneó la cabeza.

—La verdad, Fabiana no tiene idea de esto. Y yo no haría eso que estás diciendo, sin embargo, te agradecería que si bien estás enojado conmigo, hagas el esfuerzo en hacerte presente con Fabiana y que así mejore. Temo por ella y su salud. Está muy deprimida.

Que mierda. Que mierda

—¿No fue ella la de los audios?

—No. Cata me comentó lo que sucedió y yo tomé otro camino. Ninguna de mis hijas sabe de esto.

Exhalé lentamente.

—Me voy —dije girándome.

—Valentín, Fabiana está sola en la casa. Te pido que vayas a verla. No seas rencoroso, y además espera a tu hija. Madison no te contestará hasta dos días. No sacas nada con llenarte de odio en estos momentos.

Hija. Me giré con lágrimas en mis ojos.

¿Por qué Mads aceptó ese trato? ¿decide no hablarme por ir a estudiar años afuera? No creo que me cambió tan rápido. ¿Tan mal le hice con esos audios? ¿Una hija?

—No te metas más en mi vida —dije con aspereza—. No quiero saber más de ti.

Asintió, como si se esperase cada palabra. Alzó ambas manos.

—Está bien, lo merezco. Te pido perdón porque yo te sigo queriendo mucho, solo es una medida desesperada de un padre desesperado.

—Me lo podrías haber pedido.

—No te habrías separado de Madison los últimos días, eso era imposible. Y mi hija apenas se levanta de la cama. —Se le quebró la voz. No quería oír más así que salí de su despacho. Me subí al coche y manejé directo al departamento de Mads. Ariel me abrió de inmediato.

—¿Es verdad? —pregunté.

—¿Qué cosa? Val, ¿estás bien? ¿Estuviste llorando?

—Ariel... —Se me fue la voz.

—¿Qué cosa? —Volvió a preguntar.

—¿Es verdad que Mads se fue a Los Ángeles hoy... ahora?

Arrugó la frente, como si no entendiese nada.

—¿Qué? —Me hizo entrar al departamento—. Noo, ella no se fue —agregó, aunque no muy convencida.

—No entiendo, ¿cómo es que no se fue? —Fui corriendo a su habitación. Estaban todas sus cosas allí.

—Ay no sé. —Ariel se apoyó en la puerta. Comenzó a morderse las uñas, pensativa—. Maddie no se fue. —Volvió a decir.

—¿Dónde está?

—No lo sé —dijo, exasperada—. O sea...

—¿O sea?

—Es imposible que se haya ido, a menos que... —Parecía estar hablando más para ella misma que para mí. Alzó la cabeza y me quedó mirando—. Cuando te vayas, ella te va a hablar —agregó, como si me estuviese diciendo algo prohibido. Hasta le dio un escalofrío después de hablar.

Entorné los ojos.

—Ariel, tú sabes dónde está.

—No me lo dijo. Sé que se fue, pero va a volver en un par de días. ¿Hablaste con Thomas?

—Sí, supongo que ya sabes que Fabiana está embarazada. —Resoplé y me fui a beber un vaso de agua porque sentía la garganta seca—. ¿Mads me odia?

Ariel meneó la cabeza lentamente.

—Valentín. Todo va a estar bien, deberías ver a Fabiana.

La quedé mirando si entender. ¿Ver a Fabiana?

—Thomas me mostró un contrato firmado por Mads, dice que sus estudios en Estados Unidos están pagados a cambio de que se fuera antes. Está firmado.

—No entiendo, ¿estudios? Mads me dijo que iba a ir a firmar algo —comentó en voz bajita—, pero habría venido a buscar algo. —Apareció Maya corriendo por el pasillo. Ari la señaló—. No me habría dejado con Maya así de la nada.

—¿Y si irse ahora era la condición?

—Valentín, me habría llamado. Maddie no haría algo así, al contrario, ella quería arreglar las cosas.

—¿Conmigo? —resoplé—. ¿Cómo se supone que quiere arreglar las cosas si desaparece antes de que me vaya? ¿Y si firma por estudiar años en otro país?

—Valentín no te puedo ayudar, solo que todo estará bien.

Exhalé frustrado.

—¿Todo estará bien? —inquirí, enojado—. ¿Por qué a mí me parece que no? ¿Me das la dirección de la casa de sus padres?

—Sí, te la doy. Pero sé que no está allá. —Buscó algo en su celular y de repente se detuvo—. No, los preocuparás. Te aseguro que no está allá —dijo, casi en un susurro y evitando mi mirada.

Exhalé el aire lentamente. Entonces, ¿qué debía hacer? ¿Quedarme esperando? ¿Ariel me decía eso solo para que me quedara tranquilo?

—¿Qué hago Ariel? Siento que voy a empezar a dar vueltas en círculos. —Meneé la cabeza, sin poder creer el día que tenía—. Si la ves o hablas con ella, ¿le puedes decir que necesito hablarle?

Ariel tenía los ojos llorosos y tragó saliva antes de hablar.

—Le diré, estará todo bien.

¿Por qué está pasando esto?

—¿Me lo prometes? —pregunté, sabiendo que había algo que no me estaba diciendo.

—Te lo prometo.

La chica que abrió la puerta no se parecía a Fabiana. Más bien parecía una versión de ella oscura y como nunca la había visto: ropa holgada, cabello despeinado, nada de maquillaje, y una sonrisa inexistente. Sus ojos no tenían brillo, aunque lo que más llamaba la atención era su abdomen que, a pesar de llevar una sudadera, se notaba.

—Hola, Valentín —murmuró desganada. Dejó la puerta abierta y comenzó a caminar hacia el sofá—. Supongo que papá no se pudo aguantar con la noticia. —Se sentó y suspiró. Me senté frente a ella.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Papá cree que me puede sacar de esto —dijo, alzando sus manos para señalar alrededor—, pero la verdad es que ahora solo me interesa que Violeta esté bien.

Se me revolvió todo al oírla.

—Para que ella esté bien, tú deberías estar bien. Y no luces bien.

Frunció el ceño. *Demasiado sincero.*

—Bonitas palabras para una embarazada —gruñó, y luego se largó a reír—. Ya, me he comportado muy mal. —Se encogió de hombros y cogió un batido que tenía en una mesa cercana—. ¿Ya te vas a París?

—No, me voy mañana por la noche. Quería ver cómo estabas, no tenía idea que...

—¿Soy una bola gigante? —Soltó otra carcajada. Hace tiempo que no la veía como antes, allí parecía nuevamente la Fabiana con la que estuve tantos años—. ¿Qué hizo mi padre? ¿Te amenazó con desterrarte de la tierra de los escritores si no venías?

—Puede ser, pero aunque no lo hubiese hecho igual te habría venido a ver, después de todo seremos padres —dije, tratando de no sonar aterrorizado. Aún no asimilaba la información.

Hizo un mohín.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —preguntó, acomodándose en el sofá—. Estoy a punto de ver Shrek.

No, no tenía nada que hacer. Nadie me iba a decir dónde se encontraba Mads y yo necesitaba creer en Ariel, en que todo estaría bien así que me agarré de esa esperanza.

—Me puedo quedar a ver Shrek.

—Súper, pero siéntate en el otro sofá que allí dónde estás ahora, me tapas la vista. —Me sonrió —. Quizás esta sea la única actividad que tendremos los tres en mucho tiempo. Gracias por quedarte —agregó, con un brillo en los ojos. De repente no se veía tan apagada.

—Iré a buscar un vaso de agua.

—¿Me traes algo para comer? No he comido en todo el día —comentó. La quedé mirando extrañado.

—¿Cómo es que no has comido?

Chasqueó la lengua.

—Se me olvidó. Ahora... —bajó la voz y se miró las manos—, ahora me dará hambre viendo la película.

Fui a la cocina y llamé nuevamente a Mads. Su teléfono seguía apagado y Ariel seguía sin saber de su ubicación.

—Creo que no hablará conmigo tampoco —comentó.

—Es que no entiendo, ¿está muy enojada conmigo?

—No, tienes que estar tranquilo. ¿Dónde estás ahora?

—Vine a ver a Fabiana.

—Bien.

53. Una nueva oportunidad

Maddie

—Para ser sincero, son dos cosas. Lo primero es que Fabiana tiene cinco meses de embarazo. —Thomas se quedó en silencio para que procesara la información, aunque en mi mente había un gran signo de interrogación.

Me costó más de lo debido asociar el embarazo con Valentín; y una vez que lo hice, no podía decir nada. Parecía que cualquier palabra o frase era incorrecta.

—¿Ella lo ha sabido todo el tiempo? —Fue lo primero que salió de mi boca.

—Sí. Por supuesto ella no sabe que te estoy contando a ti, sin embargo, lo estoy haciendo. No para justificar los actos de mi hija, para al menos tratar de apelar a un poco de comprensión. No hay que ser un genio para darse cuenta de que Valentín la dejó a ella por ti.

Tragué saliva. Pensé que luego de la mañana nada nuevo podría sorprenderme. Estaba equivocada.

—¿Él sabe? —Eso era lo que realmente quería saber, y con todo el miedo le pregunté. No sé si fue tan así, pero sentí que se demoró largos minutos en contestar.

—No, él no lo sabe. Lo sabrá cuando lo llame después de que te corte a ti. No pretendo que Valentín se haga cargo, la verdad es que si bien yo lo tengo en gran estima, lo quiero lejos de mi hija. Le rompió el corazón. —Se aclaró la garganta, y me pareció que aquel hombre que no conocía, y del que todos hablaban con respeto y temor; se desmoronaba tras el teléfono—. He visto tantas lágrimas que estoy cansado. Y sé que ustedes dos están viviendo la mejor parte de una relación. Valentín, quiero creer que sin querer, arrasó con muchas cosas, con Fabiana también.

Se me hizo un nudito en la garganta. Me imaginé si yo hubiese sido la Fabiana de mi relación con Santiago. Que él me hubiese dejado por otra chica. Qué dolor, sobre todo estando embarazada. Sin embargo, ¿cómo frenar lo que realmente quiere el corazón?

—Lo siento. Yo por supuesto no me interpondré en nada con Valentín y su hijo —murmuré apenas. No podía creer que iba a tener un hijo con Fabiana y menos que eso implicaba que ella iba a seguir en nuestras vidas por siempre. Cerré los ojos y pegué la frente al vidrio, aceptando lo inevitable e inesperado de la situación.

—Hoy hablaré con él, y esperaría que en unas horas más se presente a mi casa para hablar con Fabiana. Mañana ella tiene su tercera ecografía y ojalá él la acompañe antes de irse.

—Pero Valentín va a tener que volver a Chile cuando nazca —agregué, un poco confundida. Después de todo era su hijo. Ningún contrato se podía anteponer a eso.

—Y aquí entra la segunda cosa que te quería decir, Madison —replicó. Por el cambio en el tono de voz, supe que no era algo agradable—. Que a Valentín le hayan ofrecido lo de su viaje, en parte es gracias a mí. Digo en parte, porque no le quiero quitar mérito a su trabajo. Él por sí

solo puede lograr grandes cosas. Es una oportunidad que no puede desperdiciar, sin embargo, él si va a estar yendo y viniendo. Y saber que tú te vas es un gran alivio porque necesito que Fabiana esté bien estos meses.

—Perdón, no estoy entendiendo qué tengo que...

—Sí, lo siento, estoy divagando. Sé que ya tienen mucha presión por sus nuevos contratos, pero quiero decirte que si Fabiana se entera de algo, de una mínima cosa que la haga sentir mal respecto a ustedes dos hasta que nazca el bebé, voy a cancelar el contrato de Valentín.

Tragué saliva.

—¿Esto no se lo tendrías que estar diciendo a él?

—No, él es impulsivo y es capaz de decir que no vale la pena. Es un niño. Y sé que tú no. Tú no dejarías que él pierda una oportunidad así. Piensa que después de que saque su nuevo libro y que esté en diferentes idiomas, nadie lo va a frenar, ni siquiera yo.

—No me voy a alejar de Valentín el último día que estará en Chile. No podría, no me lo perdonaría. Entiendo lo que quieres, de verdad, pero yo no le haré esto. Y él va a saber que algo sucede. Además el contrato está hecho, mientras no lo rompamos…

—Es que tengo uno nuevo.

—¿Y si no lo acepto?

—Entonces lamentablemente la grabación saldrá a la luz ¿Qué dirán las seguidoras de Valentín, del romántico escritor al escucharlo hablar mal de ti? Tengo un artículo ya redactado al respecto, está bastante convincente. No creo que la editorial esté feliz. Y por supuesto, está el hecho de que la traducción de los libros demore más de lo esperado. Años por ejemplo.

¿Qué? ¡años! Dios mío, toda esta familia está loca.

—¿Le harías eso a Valentín?

—En parte tú se lo harías, Madison. Solo te pido lo siguiente: que apagues tu teléfono por los próximos dos días y te quedes en un hotel hasta que salga el vuelo de Valentín. Después puedes decirle que te enojaste mucho y que lamentas haber desaparecido. Lo que se te ocurra sin mencionar esta conversación, claro.

Me llevé la mano a la boca. Miré el cielo para que las lágrimas no se salieran y boté el aire lentamente.

—Todo esto es innecesario. Yo me voy a Los Ángeles.

—Y te ofrezco un curso de escritura allá. Un curso que no te lo podrías permitir pagar —agregó como si nada.

—No quiero nada tuyo —respondí desesperada. No tenía intenciones de ser parte de algo así, ¿cómo iba a desaparecer? ¿qué iba a pensar Valentín?

—Bueno, el curso estará pagado. Tú decides si vas o no.

—Estoy cansada de todo esto. Renuncio. —Escribir libros podría ser mi sueño y era feliz haciéndolo, aunque no así. No con tantas trabas, no con personas manejando mi vida porque sí.

—Entonces que el audio salga al aire. Esa es tu decisión.

—No, esa no es mi decisión —respondí apenas.

—Solo dos días. Mi asistente te espera con un pequeño acuerdo. Allí firmas que te quedarás en el hotel escogido y en dos días todo rastro de ese audio va a desaparecer. Te lo prometo. Es más, pondré que si ese audio se filtra de una u otra forma, deberé pagarte 50.000 dólares.

—No, quiero más. Quiero que en ese acuerdo esté escrito que no buscarás como perjudicar ni a Valentín ni a mí. Yo cumplo mi parte y desaparezco dos días, tú cumples la tuya.

—Claro, no tengo problemas en agregar eso. Esto es aparte del contrato que ustedes tienen con

su editorial, es decir, tampoco se podrían ver mientras Valentín escriba su novela.

—Sí —repliqué, pensando en que por fin podía terminar todo en algún momento—. Hay algo más que quiero agregar. No quiero que Fabiana me amenace más, ni que publique mentiras sobre mí. Eso es ciberacoso y tengo pruebas de que ella ha estado haciéndolo conmigo.

—Pondré una cláusula al respecto. Se acaban las amenazas para ti y Valentín; y también todo lo que podría hacer Fabiana en contra de ustedes. Después de esto quedarán a la merced de la editorial para la que trabajen y yo no intervendré en nada —dijo con total calma.

¿Hay alguna trampa en esto? Me parecía perfecto tener por escrito que ya no podrían meterse en nuestras vidas.

—Ok —respondí, y dejé escapar una lágrima. Si esta era nuestra salida, entonces había que hacerlo.

—Y Madison, está claro que me enteraría si te comunicas con Valentín en estos dos días.

—Sí —dije, nada convencida. Ni idea cómo podría saberlo, pero tampoco me iba a arriesgar. Bueno, después vería cómo explicarle a Valentín el desastre.

—Dime que toda esta historia es una broma muy aburrida que me has hecho —dijo Ari, apenas terminé de contarle.

—Ojalá —refunfuñé.

—¿No es broma? —preguntó otra vez.

—Ari, piensa que firmo eso y ya nadie nos podrá molestar. Todo acabaría aquí. ¿Y qué puede pasar en dos días? Tú le dirás a Valentín que estoy muy enojada y que no lo quiero ver, pero que sabes que yo lo voy a perdonar.

Resopló, exasperada.

—¡Qué enredo! ¿Y si le dices la verdad?

Meneé la cabeza.

—Es verdad que Valentín a veces no piensa las cosas. Si se va en contra de Thomas, perdemos esta oportunidad. —Meneé la cabeza—. No sé cómo reaccionaría él.

Ariel se llevó los dedos al puente de la nariz.

—¿Le romperás el corazón?

Rodé los ojos.

—Primero, él me rompió el corazón antes; y segundo, debe saber que lo voy a perdonar —resoplé, haciendo una mueca de enojo—. Ojalá no hubiese sido tan estricta en la mañana.

—¿Dices cuando lo echaste de la casa? —Soltó una carcajada y ante mi expresión de enfado, resopló—. Está bien, también creo que es lo que debes hacer. Por favor, lee bien lo que estés firmando y pide una copia.

—Sí, lo tengo claro. Si no están todos los puntos que pedí, no firmaré nada.

—Muy bien. —Miró la hora—. Debo ir a casa de mi mamá a entregarle un pastel que le compré, luego volveré al departamento. —Hizo un mohín de disgusto—. Obvio que irá Valentín, ¿y si mejor no voy?

—No, allí se va a desesperar. Tú le dirás que esté tranquilo, que todo saldrá bien. Y ojalá que vaya a ver a Fabiana. —Resoplé—. No puedo creer que va a tener un hijo con ella.

—Le diré que no sé dónde estás, pero que esté tranquilo —dijo, más para ella que para mí. Como si se estuviese preparando para una presentación. Alzó un dedo—. Y también le diré que

todo saldrá bien, que no puedo decirle más. De alguna forma tendrá que entender que no te volverá a ver en estos dos días.

La quedé mirando.

—¿Y si decide quedarse más tiempo en Chile? —La idea me desesperó, no podía ocultarme más de dos días.

—¿No tienen por contrato la fecha de su llegada a París?

—Ah, sí. —respondí aliviada. Me froté las manos. Sentía que mi cabeza estaba a punto de explotar y aún tenía que ir al hotel a firmar el famoso contrato—. Estoy agotada. ¿Sabes? Creo que apagaré el teléfono hasta que él se vaya. Le avisaré a mis padres.

Ariel me abrazó fuerte.

—Te mereces que todo te salga perfecto, Maddie. Y así será, no lo dudo. Solo una piedra en el camino.

—Solo una piedra en el camino.

Estaba todo allí en el papel en mis manos: no más amenazas ni jugadas de parte de Thomas o Fabiana, ni siquiera podían mover un dedo en nuestra contra. Con eso Fabiana se encontraba obligada a hablar bien de Valentín y de mí si es que alguna vez se refería a mí. Lo que yo veía imposible.

Finalmente lo que me tenía obligada a separarme de Valentín por al menos seis meses era el contrato con la editorial, porque las mentiras de Fabiana hicieron que sus fans los atacaran, perjudicándolos. Ahora, ¿y si pedía que Fabiana se retractara?

—Es imposible, Madison. Lo que estamos haciendo ahora es justamente para acabar con todo esto, pero para que Fabiana esté bien los últimos meses de su embarazo. Hacer que se retracte ahora, estando tan delicada, le generará un estrés que ni siquiera me atrevo a mencionar. —La mujer se estremeció.

Me mordí el labio.

—¿Y si desmiente los hechos después de que nazca?

Meneó la cabeza.

—Fabiana no va a desmentir nada, ¿dónde quedaría con sus fans? No, no y no. Lo que puedo agregar es que emita un comunicado diciendo que todo ha quedado atrás y que no tiene nada en contra de ustedes. Una petición a sus seguidores para que dejen de escribirles. Una publicación de paz y amistad.

—Pero...

—Madison, no vas a lograr que tú y Valentín estén en el mismo lugar por los próximos meses —resopló, exasperada. Como si le estuviese pidiendo algo absurdo.

Si mi desesperación se hubiese podido materializar, lo habría hecho en ese momento y se habría lanzado directo a esa mujer.

—¿Puedes agregar lo del comunicado de Fabiana? —pregunté, con un nudo en la garganta. Lo agregó en su computadora y me hizo firmarlo de forma electrónica. Antes lo leí de nuevo, y si bien iba a ser difícil, era lo mejor.

—Tu celular debe permanecer apagado —murmuró, cerrando la computadora. Iba a protestar, aunque yo había tomado la decisión de hacerlo—. Se te hará más fácil, Madison. Puedes pedir toda la comida que quieras, el hotel tiene tres piscinas, y en la habitación hay un hermoso

escritorio con vista al cerro. —Asentí con la cabeza. No quería volver a hablar con ella—. Te dejé una mochila con cosas que se te podrían hacer útiles, como un bañador.

—¿Y si alguien rompe el contrato?

—Tú sabes qué pasará si tú rompes el contrato.

—Sí, pero ¿y si ustedes no cumplen su parte? ¿qué hay además de que paguen dinero? —A mí el dinero no me importaba.

De repente frunció el ceño y comenzó a buscar algo en sus bolsillos. Sacó su celular y contestó preocupada. Se alejó de mí para hablar y volvió a los minutos.

—Te tengo una propuesta más.

54. Distanciamiento

Valentín

Cogí mi celular.

Mads: Mi escritor favorito. Perdón por desaparecer, pero tengo una explicación razonable. Háblame apenas llegues, por favor. Te extraño y te amo!.

—¿Puede poner el teléfono en modo avión? —preguntó la azafata. Acababa de leer el mensaje de Mads y me había quedado congelado en el acto.

—Sí —respondí, sorprendido de que me llegase ese mensaje justo antes de volar. La azafata carraspeó.

—Ahora.

Dos meses después.

—Despierta, despierta, despierta.

Abrí un ojo. Camilo se encontraba a un centímetro de mi cara, con una sonrisa que bordeaba lo diabólico.

—¿Qué hora es? —pregunté, estirando el brazo para coger mi teléfono de la mesita de noche.

—Son las siete.

—Camilo, llegué hace dos horas. —Me giré con más dificultad de la que me gustaría admitir y me tapé con el cobertor, cubriéndome la cabeza—. Muy temprano, vuelve como en seis horas —gruñí. Comenzó a tirar la frazada de una punta. Mi cabeza iba a explotar.

—Pero tú lo prometiste —lloriqueó.

—¿Qué prometí?

—Que hoy le haríamos el desayuno a mamá —susurró, bajito en mi oído—. Es su cumpleaños, ¿no te acuerdas?

Me giré nuevamente, sintiéndome desdichado. La noche anterior había ido de fiesta con los amigos que conocí en el gimnasio. Y a pesar de que intentaba llevar una vida sana en París, justo esa noche me emborraché, y mi cabeza se iba a partir en varias partes.

—¿Es hoy? —pregunté a media voz.

Quiero morir.

—Sí, ¿por qué hueles a lo que bebe Adrien? —Se tapó la nariz y se alejó de mí con expresión de asco.

—Porque le robé a Adrien sus botellas —mentí. Ni siquiera me había dado para sacarme la ropa de la noche. Me reproché a mí mismo por estar tan denigrante para el cumpleaños de mamá.

Se llevó las manos a la boca y comenzó a menear la cabeza.

—Noooo, eso no se hace. Mamá te va a castigar.

Solté una carcajada que hizo que mi cerebro protestara.

—No, porque es un secreto que solo nosotros dos sabemos y no les vamos a decir.

—Para que yo no diga nada, te tienes que levantar ahora. Tú lo prometiste.

Rodé los ojos. No podía no ayudarlo a preparar el desayuno de mamá que llevaba una semana pidiendo que hiciésemos. La irresponsabilidad de salir la noche anterior fue mía o quizás del cumpleañero. Pero bueno, al menos la responsabilidad de beber como si no hubiese un mañana, fue completamente mía. Me senté en la cama con ambas manos en la cabeza.

Nunca más tequila.

—Me levantaré si me traes un vaso con agua. El más grande que encuentres.

—Hecho, hecho —dijo, y salió corriendo de la habitación.

Miré mi celular.

No tenía ningún mensaje de Mads, aunque tampoco me podía quejar, yo no le había enviado nada el día anterior. Ya habían transcurrido dos meses desde que tomé el avión a París, ese mismo día pude hablar con ella y me explicó lo que pasó con Thomas. Estaba cansado y agotado de todo lo sucedido: el embarazo de Fabiana, la conversación densa con Thomas, sentir que mi carrera era amenazada, la desaparición de Mads justo antes de irme, era mucho que procesar.

De todas maneras, había confiado en Ariel —más porque no me quedó de otra—, y esperé a que Mads se comunicase conmigo. Recibí su mensaje antes de mi vuelo y yo la llamé apenas pisé París.

Entendí sus razones a la perfección y yo habría hecho lo mismo si me hubiesen prometido que no la iban a dañar más. Ya era demasiado drama. También, por más que lo intenté negar, me molestaba que hubiese accedido tan rápido a las condiciones de la editorial que nos tenían separados. Costó un poco sobrepasar lo sucedido y es que ella no entendía las razones de mi molestia. Hablábamos todos los días por videollamadas, aunque a medida que ya los dos nos instalábamos mejor en nuestras nuevas ciudades, el tiempo se hacía más escaso. Las últimas semanas nuestras llamadas eran menos intensas y más cortas. Mads pronto comenzó un curso de escritura intensivo. Yo, a la vez, me pasaba horas avanzando en la nueva novela. Además, la editorial me organizaba eventos todas las semanas que me quitaban más tiempo del que tenía.

Aunque el tiempo escaso no era lo peor de todo, sino que pasado un poco más de un mes, me di cuenta de algo que me costó aceptar y procesar: mi nueva novela me iba a tomar más de lo esperado. Seis meses no serían suficientes, y eso me generó una preocupación que me perseguía para todas partes. Me aterraba perder a Mads. No era fácil fluir, estando tan lejos de ella, ni con una hija a punto de nacer. Y en general, la presión de escribir rápido tampoco ayudaba.

Por esa razón, las videollamadas comenzaron a dejarme con una sensación de vacío que me impedía escribir con tanta fluidez, y es que me tenía aterrado confesarle a Mads que de alguna u otra forma le iba a fallar, porque no volvería en los meses acordados. Que me demorase más en escribir la maldita novela implicaba más tiempo separados.

Así que sí, no le había escrito el día anterior. Emití un gruñido de frustración y salí de la ducha. A los minutos bajé para hacer el desayuno de mamá. Camilo me esperaba con todo lo que consideró que era necesario sobre la mesa: prácticamente toda la despensa.

—Buenos días —saludé a la figura que vi de reojo apoyada cerca de la puerta. Pensé que era Adrien, pero cuando lo miré de frente me di cuenta de que era Félix—. ¿Y tú?

—¿Qué hago aquí? Te preguntarás.

Solté una carcajada.

—Sí, estoy intrigado —repliqué, palmeándole la espalda—. Te extrañaba, amigo.

—Yo también. El tipo con el que vivo es la mitad de hincha pelotas que tú, pero creo que ya me acostumbré a tu presencia. A veces sueño con el sonido de las teclas de tu computadora.

—Mal eso, deberías buscarte una chica.

Chasqueó la lengua.

—Noo, ¿y si después vuelvo a Chile y quedo enamorado de una chica de por acá? —Meneó la cabeza—. Estoy viejo para soportar tanto —rio, poniendo los ojos en blanco.

—¿Y si no vuelves?

—Buen punto —dijo, haciendo una mueca de desagrado—. Pero no vengo a hablar de mí, amigo.

—¡Val! ¡El desayuno! —Camilo golpeó la mesa, nervioso.

—Ya, ya. Vamos a hacer pancakes que es todo lo que sé hacer. Tú los decoras. —Camilo asintió efusivamente—. ¿Entonces a qué vienes?

—Vengo a sacarte de tu miseria.

Lo miré con los ojos entornados.

—¿Qué miseria? Estoy perfecto —dije, burlándome de mí mismo. Sabía que, al menos, me veía terrible debido a la noche anterior.

—Es que no creo que las fiestas con la gente de París, sean tan buenas como las que podríamos tener nosotros.

—La gente de París son los parisinos —aclaré riendo—. ¿Y qué tienes planeado?

—Tú y yo... y tres amigos nos vamos a España —soltó, como si fuese un plan muy común.

Fruncí el ceño sin entender.

—¿Viniste desde Dinamarca para llevarme a España?

—Sí y no. Los chicos querían conocer la ciudad y yo que ya la conozco, aproveché de venir a buscarte.

—¿Por qué no me habías dicho nada? Hablamos casi todos los días.

Se sentó en uno de los taburetes y comenzó a comerse las frambuesas con cierta despreocupación. Chasqueó la lengua.

—Ah, porque me habrías dicho que no y ahora que estoy aquí no me podrás decir que no.

—Sí puedo decírtelo. No. —Me reí y le palmeé la espalda. Lo manché de harina, así que lo sacudí disimuladamente—. Tengo que escribir, Félix.

Me quedó mirando con los ojos entrecerrados, como si no se esperase esa respuesta.

—¿Cómo que no? Literalmente vengo desde otro país a buscarte —me reprochó con tono de burla. Ambos sabíamos que todo eso terminaría de una forma: ambos en España. Me sonrió—. Nos iremos de fiesta.

—Hoy es el cumple de mi mamá, no me puedo ir.

—Sí, lo sé. Por eso nos vamos mañana —respondió cansado. Luego meneó la cabeza y me miró enfadado—. Y no me vengas con eso de escribir porque te la pasaste todos estos días escribiendo sin parar. A excepción de ayer, claro, que por tu aspecto parece que te pasó un camión de tequila encima.

Él tenía razón, necesitaba unos días libres.

—Unos cuantos camiones —repliqué. Se me revolvió el estómago.

—¿Te duchaste?

—Sí.

—Estoy seguro de que si salgo de la casa y camino hasta la esquina, aún podría oler el alcohol

de ti.

Me giré hacia Camilo que ya decoraba el primer pancake.

—¿Es verdad?

—Un poquito —susurró—. Quizás me habría bañado con más jabón.

Alcé una ceja.

—Tu hermano tiene razón. Y el vuelo sale mañana a las tres. —Félix esbozó una sonrisa enorme.

Resoplé.

—Está bien, está bien. ¿Y dónde están tus amigos ahora?

—Conociendo la Torre Eiffel como buenos turistas. Yo me vine directo para acá. ¿Me puedo quedar aquí hoy?

—¿Te quedas a comer pancakes? —A Camilo le brillaron los ojos y fue corriendo a buscar otro plato.

—Le diré a mi mamá que eres su regalo —reí—. Quizás así me perdona por estar así de indecente en su cumpleaños.

—¿Y qué dice Mads de este viaje? No he hablado con ella la última semana, parece que ese curso la tiene ocupada —comentó Félix.

Me rasqué la nuca, bastante sorprendido de la respuesta que le iba a dar.

—Mmm, no le conté que venía. —Apenas lo dije comprendí que eso era malo, ¿cómo no le contaba a mi novia que había viajado a España? ¿qué tan malo era eso?

Félix puso expresión de no entender nada.

—¿Cómo? ¿discutieron? ¿tan pronto?

—¿Quiénes discutieron? —preguntó Rebeca, una de las amigas de Félix. Según él, ella estaba obsesionada conmigo.

—Valentín con su novia —replicó.

Rebeca chasqueó la lengua.

—Pero ella está lejos.

—Y sigue siendo mi...

—¡Ah! Estos dos días lo vamos a pasar espectacular, así que no acepto caras largas. —Me interrumpió. Se acercó y con sus dedos formó una sonrisa en mi boca—. Precioso —dijo, antes de girarse e ir corriendo con el resto del grupo: Paulina y Martín.

Félix soltó una carcajada.

—Me encanta ella. Es tan... ¿libre? —La siguió con la mirada y luego volvió a mí—. No sabía que las cosas estaban mal con Maddie.

—No están mal, pero me vine a España y no le conté. No lo hice por ocultárselo, sino que —resoplé—. No sé, la extraño mucho y la distancia me afecta más de lo que esperaba. Y es una mierda que ni siquiera sé cuánto tiempo tengo que esperar para verla. Para serte sincero hablar menos con ella me hace mejor que hablar con ella.

—¿Y qué pensará Mads? Ya se enteró que estamos aquí.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Subí la foto de cuando estábamos comiendo a Instagram —replicó, haciendo una mueca.

—Oh mierda, la cagué. —Me rasqué la barbilla—. La llamaré ahora.

—Tienes que contarle, Val. Cuéntale de una vez que no volverás tan pronto.

—Es que hablarlo puede implicar que terminemos, lo que me mataría, porque la vida sin Mads se me hace imposible. Ella es, Félix. Es solo que la necesito conmigo. La extraño más de lo que pensé que podía extrañar a alguien.

—¿Ella es...?

—Mi partner, pero juntos no así separados. Con ella lejos, me falta una parte que creo es imprescindible en mi vida.

—No la vayas a perder por alejarte este tiempo. Además solo quedan meses.

—Es que ese es el problema, Félix. No sé cuántos meses —refunfuñé y luego respiré hondo—. No quiero hablar más del tema.

—Es porque estás dejando el problema en un sótano oscuro y corriendo lo más lejos posible —replicó—. No entiendo.

—Es que la otra opción es asumir que falta mucho y quizás demasiado para que nos veamos —murmuré, ya cansado—. Hay días en que ella tiene clases cuando yo estoy libre. Ella está libre y yo estoy sin parar yendo de un lado a otro: me invitan a librerías, lecturas, me reúno con gente que quiere conocerme, tengo reuniones con escritores —resoplé—. Sin contar lo que tengo que escribir, concentrarme, y mostrar a la editorial. Te juro que cuando coincidimos es mi día más feliz,y después cortamos la llamada y siento que no avanzo. Me cuesta todo, pero siento que va más allá del solo no tenerla cerca; me siento enojado de que estemos separados por culpa de otras personas y que además nos demoremos más en vernos por mi culpa.

—¿Y cuándo fue la última vez que hablaron?

Me quedé pensando unos instantes.

—Hace tres días hablamos harto —respondí, algo avergonzado—. Me quedé hasta las cuatro de la mañana hablando con ella. —Sonreí—. Me perdí el cumpleaños de un amigo, pero valió la pena. —Me encogí de hombros—. Luego de eso, solo han sido algunos mensajes sueltos porque ha estado todo el tiempo preparando una entrega importante que tiene mañana.

Félix soltó una carcajada. Arrugué la frente y justo mi celular vibró en mi bolsillo. Félix fue a sacarse una foto con las chicas, y yo me quedé un poco más atrás.

Mads: Quiero hablar contigo, ¿te puedo llamar ahora?

Tragué saliva. Conocía a Mads. Ese mensaje venía directo del polo norte. Lo que me tenía que decir era algo serio, y serio en ese caso, era malo.

Marqué su número.

—¿Era un mensaje para asustarme? Porque creo que el corazón se me detuvo unos segundos —dije apenas contestó—. Me dio frío.

—Ah, ¿sí? Yo pensaría que en Barcelona hace calor —respondió seria.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Bueno no, hace un poco de frío ahora. —Al presentir que no me iba a decir nada más, suspiré—. Perdón por no contarte, la verd...

—¡Valentín! ¡Te estoy esperando! Ya vamos a ent... —Félix le tapó la boca a Rebeca e hizo una mueca de perdón. Rebeca me cerró un ojo antes de seguir caminando. ¿Lo había hecho a propósito?

—¿Te estoy esperando? —La voz de Mads atravesó mi cuerpo. De repente todo era malo y un segundo después, era peor. Abrí los ojos tan grandes que Félix justo me vio y me preguntó por

señas si estaba bien.

—Es la amiga de Félix. —Carraspeé. Era raro no haberle contado del viaje, pero más raro que anduviese con una chica que me apurara.

—¿Por qué no me contaste? —replicó enojada—. Val, ¿qué sucede?

—Es solo que no quería interrumpirte con tu entrega, ¿cómo vas con eso?

—No me cambies el tema. No entiendo por qué no me dijiste nada y apenas me has hablado. Te escribí ayer y no me contestaste.

—¿Podemos hablar mañana? —Tenía que contarle todo, aunque no allí, parado en mitad de la calle.

—¿Por qué? ¿Rebeca necesita que te apures? Si quieres que terminemos, dímelo Valentín, pero no te vayas de viaje con otra chica y que yo tenga que enterarme por la foto que subió Félix —gruñó molesta.

¿Cómo sabe que se llama Rebeca?

—¿Terminar? Mads, preferiría cortarme las manos antes que terminar contigo.

—A mí me parece que lo que estás haciendo es alejarte cada vez más de mí. Y ya no soporto esto. Siempre dicen que si en las relaciones hay amor, entonces la distancia no importa y siento que mientras más trato de acercarme a ti, me alejas. Así que quiero que lo pienses y decidas qué quieres, pero yo no voy a estar así. —Lo dijo con tanta frialdad y seguridad que me dio escalofríos.

Meneé la cabeza.

—Yo sé lo que quiero. Quiero estar contigo, allá. Y no yo solo aquí —respondí sincero—. Y porque hay algo que tengo que contarte —murmuré en voz bajita como deseando que no escuchase, pero ya tenía que decirlo.

—¿Qué pasa?

—Es que me di cuenta de que no terminaré en cuatro meses —susurré, porque se me atoraron las palabras en la garganta. Me refregué los ojos que rápidamente comenzaron a arder—. Perdóname.

Se quedó unos instantes en silencio.

—¿Eso es lo que pasa? ¿por eso estás más distante?

—Es que Mads. Estoy haciendo lo posible, y sé que no voy a terminar en el tiempo acordado. Te fallé y los planes que teníamos tendremos que seguir postergándolos. Me siento frustrado. No quiero fallarte.

—No te creo —respondió ofuscada.

Di un respingo.

—¿Qué cosa?

—Me dices que no puedes terminar a tiempo. Ok, eso puede ser verdad, sin embargo, no estás sentado tratando de escribir, estás con Félix y sus amigas en España. Ayer sé que te fuiste de fiesta. Tampoco escribías.

Carraspeé. Por un momento hasta yo me confundí de mis propias acciones.

—Los días anteriores no he parado de escribir. Tampoco escribo más si me paso los siete días de la semana frente a la computadora, así no es como funciona y tú lo sabes. Mañana llego a París y volveré a lo mismo —expliqué, bastante derrotado. No me gustaban esas conversaciones.

Suspiró ampliamente y se quedó en silencio.

—Lo sé, tienes razón —musitó de repente—. Te quiero aquí, conmigo. Todos los días. Entiendo que no termines en seis meses, eso es muy poco tiempo —agregó, tratando de estar

calmada, pero el temblor en la voz lo reconocí de inmediato.

—¿No estás enojada conmigo?

—¿Qué? Por supuesto que no. No es tu culpa. No me podría enojar contigo. Tienes demasiada presión.

—No sabía cómo decírtelo. Y es que no quiero estar más tiempo separado de ti. Me concentro menos. Yo sabía que esto me pasaría. Además lo que estoy escribiendo ahora...

—Creo que es lo mejor que has escrito —me interrumpió. A Mads le mostraba todos mis avances—. Eres asombroso y te lo he dicho muchas veces, lo sé. Es verdad, realmente creo que eres increíble, y que además esta novela es la más complicada que has hecho.

Chasqueé la lengua.

—Perdón, preciosa. No sabía cómo decírtelo. Soy un idiota, pero eso ya lo sabemos —bromeé —. ¿Ya podemos bromear sobre esto?

Se hizo un silencio y luego ella soltó un gran suspiro seguido de una risita.

—Ayyy Valentín, ¿cómo es que te quiero tanto? Es que ya esperé años para encontrarte, puedo esperar un poquito más, ¿cuánto tiempo crees que te demorarás?

Eso sí era algo que ni yo me había atrevido a pensar. Félix me llamaba para que entrásemos al bar. Con un gesto le dije que yo iba después.

—No lo sé. Cinco meses puede ser. —Me atreví a decir, tenía el corazón acelerado.

—Está bien. Solo quiero saber una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Me amas?

—Siempre, todos los días. Si pudiera, tomaría un avión ahora y me iría a donde estás tú. Te amo mucho. No lo dudes, porque eso nada lo podría cambiar.

—Yo te esperaría años si fuese necesario. Tómate el tiempo que necesites y no te presiones. Yo sé que quieres terminar antes, pero no podemos forzarnos, menos si lo que estás haciendo requiere tanta mente. No es algo automático con lo que puedes acelerar el paso.

Me sentí más libre al decirle la verdad.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Seguiremos hablando todos los días y si te pasa algo, dímelo, no desaparezcas porque eso hace que me desespere. —Soltó una risita y luego resopló—. Pensé que ya te habías conseguido una parisina y me estabas olvidando.

Me reí a carcajadas.

—Estás loca.

55. El cumpleaños de Max

Maddie

—Te tengo una propuesta más. —La mujer se quedó esperando mi reacción y yo no sabía cómo mandarla a volar y que me dejara sola. ¿Una propuesta más? No, gracias.

—Paso —repliqué, decidida. A esas alturas me podía ofrecer una reunión privada con Shawn Mendes y yo lo habría rechazado.

Bueno... aunque pensándolo bien. Mmm, quizás no.

—¿No quieres oírla?

Resoplé.

—¿Qué más me quieres ofrecer? Ya accedí a desaparecer dos días y más tiempo que eso no lo haré —respondí, con esa actitud de: ofréceme lo que quieras y no aceptaré.

—¿Tienes interés en desarrollar tu carrera estudiando? Te podemos ofrecer una plaza para ir a la universidad. Todo pagado —dijo, con el tono de alguien que puede lograr lo que quiera. Aunque claro, el poder no lo tenía ella sino Thomas.

Sí, muy perfecto todo. Pero, ¿qué más quieres a cambio de eso? ¿mi alma? Seamos honestas, estudiar en la universidad en USA todo pagado, sonaba como un sueño. De pronto las imágenes de mí entrando al campus a estudiar algo relacionado con la escritura me pareció fascinante. Sacudí la cabeza, como si eso ayudara a que los pensamientos pecadores me abandonaran.

—A cambio de... —pregunté más por curiosidad que porque podría aceptar en algún momento.

—Eso. —Y notando que no entendí, continuó—: Digamos que es una carrera que dura años.

Admito que lo pensé. Podría haberle preguntado a Valentín si estaba dispuesto a mudarse a Estados Unidos luego de que terminase su novela; sin embargo, esa opción nos dejaba, una vez más, amarrados a esa gente. Y ya suficiente nos tenía amarrados, o al menos a Valentín, el embarazo de Fabiana. Meneé la cabeza y la mujer se sorprendió de mi reacción. Me quedó mirando con cara de absoluta confusión.

—No gracias —respondí, con mi mejor expresión de decisión.

—¿De verdad? —preguntó, aún sin creerlo.

—Sí, de verdad.

Chasqueó la lengua y me lanzó una mirada de: tú te lo pierdes.

—Está bien, informaré tu decisión.

Asentí con la cabeza.

—Y no me ofrezcan nada más, por favor. No busquen nuevas formas de convencerme de algo que nunca haré. En este caso yo cumpliré mi parte y luego, ustedes cumplirán.

Me fui a la habitación del hotel con la preocupación de qué iba a pensar Valentín de mi ausencia, y por otro lado me sentía tranquila con la decisión que tomé. En dos días no iba a

cambiar nada lo que nosotros sentíamos, además le iba a explicar todo cuando él llegara a París. Él iba a entender.

No alcancé a darle un beso de despedida. Ni un abrazo.

Los dos días que se vislumbraban como una pesadilla, se convirtieron en unos bastante relajantes. Una vez que acepté que mi celular iba a permanecer apagado y que entendí que Valentín me iba a seguir amando, a pesar de que me ausentara dos días, decidí disfrutar mi estadía de lujo.

Pedí toda la comida que se me antojó. Principalmente postres por montones. Estuve horas haciéndome masajes —sí, como si mi novio no estuviese estresado y desesperado—, ocupé la piscina temperada al aire libre, escuché música, escribí y leí. Hice muchas cosas que hicieron que me conectara conmigo. Hacía tiempo que no estaba sola y había perdido un poco la conexión conmigo al estar tan pegada a Valentín. No lo veía como algo malo, para nada. Si no como algo a tener en consideración.

Nota para Maddie: nunca dejarme de lado.

Dormí mucho también, porque por aprovechar las últimas semanas, las horas de sueño con Valentín se habían reducido bastante.

El vuelo era a las diez de la noche y a las siete comenzó mi desesperación porque aún tenía tiempo de tomar un taxi, ir al aeropuerto y alcanzarlo para darle un beso. A las ocho, me metí a la tina a escuchar música, con las lágrimas rodando por mi cara. A las nueve, ya no alcanzaba a llegar al aeropuerto y había aceptado mi destino. Casi a las diez, me comía un pastel y tenía puesta una película de amor para seguir llorando, porque si ya todo era digno de las mejores teleseries, un poco más de dramatismo no haría daño.

A las diez encendí mi celular con las manos temblorosas. Las notificaciones por poco colapsaron mi teléfono y durante un par de minutos no podía hacer nada. Tenía muchos mensajes de Valentín, pero no leí nada, lo único que quería era hablar con él, sin embargo, por alguna razón en la que el mundo seguía en mi contra, la llamada no entraba. Pensé que ya estaba volando, sin señal. Así que le envié un mensaje.

—¿Y?

Con un mohín me dejé caer en el sofá y miré a Ariel con expresión de desagrado.

—Ay Valentín, te estoy esperando —respondí, imitando la voz de Rebeca. Porque sí, apenas Félix la etiquetó, con Ari nos pusimos nuestros uniformes de FBI. Esto era lo que sabíamos de Rebeca: modelo con dos metros de piernas, los ojos tan azules que parecían de mentira, una sonrisa de comercial, y bla bla bla.

Ariel soltó una carcajada y luego se llevó los dedos al puente de la nariz.

—¿Y ese qué quiere? ¿un golpe? Si lo tuviese enfrente se lo daría con mucho gusto.

—Eso no es lo peor —refunfuñé. Ariel alzó una ceja.

—¿Confirmó tus sospechas?

—Sí —murmuré, sintiéndome derrotada. Ya le había comentado a Ariel que me parecía difícil que Valentín terminase su novela en tan solo seis meses, aunque él no había mencionado algo al respecto—. Tampoco sabe cuánto tiempo más se demorará.

Ariel hizo una mueca.

—Bueeeno. Ya lo sabías —comentó, lanzando las cáscaras de la naranja que se comía al basurero. La mitad cayeron fuera—. ¿Y no te enojaste por este viaje que hizo? ¿quiénes son esas

tipas? —Quería volver al tema Rebeca, aunque a mí honestamente me importaba más el no saber cuándo lo vería.

Me encogí de hombros.

—Son amigas de Félix —gruñí—. La existencia de esas chicas no es mi mayor preocupación.

—¿No estás celosa? Él ha estado raro y de repente lo ves de vacaciones con las hermanas Hadid, y a ti no te importa.

Solté una carcajada.

—Por supuesto que me importa, pero él ya me explicó las razones de su distanciamiento y le creo. —Resoplé, con la imagen de las chicas en mi mente—. Además, ¿de qué me sirve ponerme celosa? Confío en él. Estando tan lejos no nos podemos dar el lujo de enojarnos o desconfiar. Yo también salgo bastante y con chicos muy guapos, y eso no significa nada.

Ariel suspiró profundamente y asintió con la cabeza. En el curso de escritura en el que me había inscrito, tenía compañeros muy guapos con los que salíamos todas las semanas.

—Como Max. —Rodó los ojos y suspiró profundamente—. Me encantaaaa ese chico.

Solté una risita que no convenció a Ariel.

—Claro, como Max.

—¿Cómo te sientes? —preguntó haciendo un puchero.

—Quiero verlo. Lo extraño demasiado.

—Lo sé. Sé que eres feliz aquí, pero también sé que te falta él. —Se acurrucó a mi lado.

—Cada vez queda menos para vernos, quiero pensar así. ¿Vamos a comer algo con mucha azúcar y calorías?

—Lo que tú quieras. —Carraspeó y me quedó mirando—. ¿Y hablaron de Fabiana y su enorme barriga?

—No...

1 mes después

—¿Vas con nosotros? —Ariel apareció por la puerta de mi habitación. Meneé la cabeza y señalé mi pijama y luego mi cara de cansancio. Los chicos se oían hablando en la sala. Ariel se despegó del marco y caminó hacia mí.

—Desde que Valentín te dijo que se demoraría más, apenas has salido. Esto no puede seguir así, Maddie. Tú misma dijiste que no sacabas nada con deprimirte.

Automáticamente los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Es que lo extraño. Hoy me estuvo preguntando qué haré para mi cumpleaños y no tengo ganas de celebrarlo —refunfuñé. No era que estaba deprimida, pero no tener una fecha para vernos, me tenía desanimada. Ante la expresión de desconcierto de Ariel, agregué—: Ya, si tengo ganas de celebrarlo, es que me gustaría que estuviera aquí. Eso es todo.

—¿Entonces por qué no estás saliendo tanto como antes?

—Es que estoy avanzando muy bien con mi novela, quiero ver si si yo termino antes, quizás puedo ir a verlo —confesé.

—¿Tú crees que se pueda?

—Habrán pasado los seis meses que ellos pedían como mínimo para vernos. Quizás si entrego mi novela o muestro harto avance, puedan aflojar un poco la regla. Además ya nadie habla de nosotros. Con la publicación de Fabiana diciendo que estaba todo bien y que no nos odiaba, la gente que nos escribe cosas malas son muy pocas.

—¿Y no han hablado con la editorial diciéndole eso? Quizás la cláusula que les prohíbe estar juntos ya no sea necesaria.

—Sí, Valentín lo hizo hace un mes. Ally le dijo que era imposible, sobre todo con Fabiana embarazada de Valentín. —Suspiré ampliamente—. Solo queda esperar y esperar. Se me va a ir la vida esperando —bromeé.

Ariel soltó una carcajada.

—Qué dramática estás. Eres joven, inteligente y hermosa, ¿qué más quieres? —Me hizo una carita angelical—. ¿Vamos?

Meneé la cabeza.

—Estoy avanzando muy bien, y tengo que hacer una entrega en tres días y aún no la he comenzado.

Rodó los ojos.

—Prométeme que el próximo viernes será mío. Todo el viernes. Sin computadora, ni libros, ni lloriqueos por el novio que está lejos.

—Qué pesada, pero te lo prometo. Diviértete y ¿va Max? —pregunté en voz baja.

Dio un pequeño saltito de alegría y luego miró hacia la puerta, nerviosa.

—Sí, está en la sala. ¿Hoy lo conquisto?

—Hoy lo conquistas. —Me puse de pie y me sacudí la ropa. Tenía migajas del pan que me había comido hace algunas horas—. Iré a saludar.

—Luces como si no te hubieras bañado.

Chasqueé la lengua.

—Pero sí me bañé.

Justo en ese instante me llegó un nuevo mensaje de Ally.

Ally: Val, ya está hablado. Así que fijamos la nueva fecha de entrega límite para julio. No he tenido problemas con esto, así que no te preocupes. El amor se escribe por capítulos recién está acercándose a la publicación del último capítulo, y todo este tiempo te puedes dedicar a la promoción del libro y además a escribir tu nueva novela.

Ally: La editorial está armando bastantes planes de publicidad. Se los comunicaré a Madison también.

Ally: Te quería consultar cuándo vuelves a Chile (pregunto por el embarazo de Fabiana) para que organicemos algunos eventos de promoción. Estamos hablando.

Me desplomé en la silla.

—No me digas que Fabiana te envió algo porque viajaría a Chile solo a darle una cachetada —gruñó Ariel, quitándome el celular.

—Valentín estará hasta julio del próximo año en París. —murmuré, apenas creyéndomelo. Comencé a contar, sin querer saber realmente la cantidad de meses que quedaban—. Son siete meses más —dije, con la voz entrecortada.

Ariel me quedó mirando, confundida.

—¿Por qué te llegó este mensaje?

—Ally se debe haber equivocado.

Ally: Perdón Maddie, me confundí con los mensajes.

Caminé hasta la cama y me dejé caer, y así me quedé mirando el techo. Sentía la mirada de Ariel quemándome.

—Es mucho tiempo —susurró—. Lo siento, Maddie. ¿Quieres que me quede? Podemos ver películas felices y comer lo que tú quieras.

Meneé la cabeza y en mi computadora apareció el aviso de la videollamada entrante de Valentín.

—No te preocupes, quizás ya lo veía venir. —Me puse de pie y caminé hacia la computadora —. Hablaré con él.

Ariel me abrazó y cerró la puerta tras ella cuando salió de la habitación.

—¿Qué pasó? —Fue lo primero que preguntó Valentín al ver mi cara de tristeza. Abrí la boca para hablar, pero no me salió nada—. ¿Estás bien?

Hice un puchero.

—Ally me envió un mensaje que era para ti —musité, en voz baja. Tragué saliva.

Valentín arrugó la frente.

—¿Con la fecha de entrega?

Asentí con la cabeza.

—Ohhh Mads, justo para eso te llamaba. —Se mordió el borde del labio—. Al menos ya hay una fecha y trabajaré lo máximo para terminar antes —agregó, tratando de bajarle el perfil al asunto.

—Valentín, para esa fecha casi va a ser un año separados. —Una lágrima rodó por cada uno de mis ojos, quemándome la piel a su paso. Valentín respiró hondo, lucía desdichado.

—Yo sé, pero después de eso, ya estaremos libres y viviendo juntos. Nada más nos va a separar, te lo prometo. —Se reclinó hacia la pantalla, sus manos no dejaban de moverse, nerviosas—. Sé que esto de estar lejos es una mierda, y sé que podemos llevarlo. —De repente arrugó la frente y cogió su celular—. Mmm...

—Es que...

—Mads... —dejó mi nombre flotando en el aire. Veía su celular con expresión de desconcierto, y se quedó con la boca semi abierta.

—¿Qué pasa?

Se aclaró la garganta.

—No... mmm... nada. ¿Te puedo llamar más tarde? Mi mamá me dice que vaya urgente a verla, creo que algo sucede —dijo, poniéndose de pie con su teléfono en la mano—. Hablamos después. —Cerró la computadora, cortando la llamada antes de que yo pudiese decir algo.

Las veces que había visto esa expresión en la cara de Valentín, era por un motivo llamado: Fabiana. ¿Y si estaba teniendo ya al bebé? De repente un dolor de estómago me atacó y me dieron náuseas.

—Siete meses más —susurré—. Podemos hacerlo, estoy segura de que podemos hacerlo.

—¡Hoy nos vamos de fiesta! —Ariel pasó bailando junto a mí—. Me encanta tu vestido.

—¿Después del restaurante nos vamos a bailar? —Ya me sentía emocionada con la idea de salir a despejar mi mente. Me había metido mucho en mi nueva novela, no solo porque la amaba y me hacía sentir libre escribiéndola, sino que me ayudaba a no pensar en nada más. Los días volaban, y así me sentía cada vez más cerca de Val.

—Sí. Estoy feliz de por fin separarte de ese libro. —Ariel me abrazó y me dio un beso en la mejilla—. Hoy a divertirse. No nos preocupemos del futuro que aún queda mucho para eso.

Miré mi celular. Hacía unos días me había enterado de la nueva fecha de entrega, y desde allí Valentín se estaba comportando extraño, como si algo me ocultase.

Valentín: Acabo de ver la foto que subiste, te ves preciosa. Te amo.

—¡Estoy lista! ¿Abrimos una champaña antes de salir?

Ariel miró la hora.

—No alcanzamos, bebemos en el restaurante. Max me dijo que es hermoso el lugar, queda en una azotea con vista a la ciudad. Se debe ver espectacular desde allí.

—No esperaba menos de él en su elección para celebrar su cumpleaños. Le gusta que todo sea grande.

En veinte minutos el taxi nos dejó fuera del hotel en donde se encontraba el restaurante. Max era un compañero de mi curso de escritura, y también el amigo con ventaja de Ariel. O ese nombre se pusieron ellos para no asumir que tenían una relación. Yo me encontraba segura de que los dos estaban locos por el otro, y que ninguno salía con otras personas, sin embargo, no se atrevían a dar el paso en comunicarle al otro que se gustaban y mucho. Así que se encontraban en el limbo de: ¿qué somos?

—Lo bueno de tener amigos adinerados, es que pueden pedir el lugar para ellos solos —murmuró Ariel. Se abrieron las puertas del ascensor y nos encontramos con uno de los restaurantes más bonitos que había visto en mi vida. Todo rodeado de luces pequeñas, plantas, sillones de colores y una vista impresionante. Una ráfaga de viento tibio acarició mi cara y cerré los ojos para disfrutar el momento.

—Está hermoso, si alguna vez me caso, quiero que sea en un lugar así —murmuré en voz baja —. ¿Dónde están todos?

Ariel revisó su celular y dio un pequeño saltito.

—Toma —Ariel me entregó una bolsita—. Es el regalo de Max. Me acaba de decir que llegó con el resto, quiero subir con él. Marcaré territorio desde ahora —bromeó. Se devolvió corriendo al ascensor.

Me encogí de hombros y comencé a caminar por el lugar. Solo estaba el chico del bar preparando unas copas con un líquido rosado que se veía delicioso y refrescante. Caminé directo hacia él y me senté en una de las sillas. El chico rápidamente se puso frente a mí con una sonrisa encantadora.

—¿Champaña? ¿gin? ¿mojito? Tengo lo que tú quieras. Tú solo pídemelo.

—Me siento tentada a pedirte algo muy elaborado —respondí bromeando—. Pero quiero champaña, por favor. —Dejé la bolsita con el regalo de Max sobre la barra. Alguien se sentó junto a mí.

—Y para mí también, por favor.

Me quedé congelada en el acto y de repente olvidé respirar. Me giré con miedo de haberme vuelto loca. *¿Será que de una vez por todas perdí la razón?*

Él me observaba con una sonrisa preciosa. Mi persona favorita: Valentín. Lucía hermoso con una camisa que dejaba ver muchos de sus tatuajes. El bartender dejó las dos copas de champaña frente a nosotros y se alejó.

Yo aún no podía articular ninguna palabra. ¿En qué momento él estaba allí conmigo?

—Te he extrañado —susurró, acercándose a mi oído. Su aliento cálido me estremeció y lo abracé con tanta fuerza que por un instante pensé que lo ahogaba, aunque sus manos acariciando mi espalda indicaban que todo estaba bien.

Todo está bien.

56. 138.000 palabras de amor

Maddie

—No entiendo —susurré, cogiendo su cara y mirándolo fijamente. No podía despegar mi mirada de sus ojos brillantes. Tenía miedo de despertar, y es que soñaba tanto con un momento así, que creí que era otro más. De inmediato mis ojos se llenaron de lágrimas—. Te he extrañado mucho —musité.

Cogió un mechón de mi cabello y lo puso tras mi oreja. Luego sacó una lágrima que avanzaba por la mitad de mi mejilla. Sin decirme nada, me besó. Sus labios sabían a hogar, tranquilidad, a fuego y a ansias. Llevé mis manos hacia su nuca y me incliné para besarlo profundamente, quería atraerlo hacia mí, y nunca más dejarlo ir. No pude evitar que las lágrimas corrieran sin parar por mi cara, y es que pensé que esos labios no los iba a besar en muchos meses más.

Nos separamos y nos quedamos mirando a escasos centímetros. Nos pusimos de pie. Quería decir mucho y no podía hablar. Llevé su mano a mi corazón para que sintiese mi agitación.

—Te he extrañado mucho, Mads. Y no he dejado de hacerlo en ningún momento de los que hemos estado separados. —Envolvió sus brazos alrededor de mí y me apretó con fuerza, apoyando su cabeza en mi hombro.

—¿Cómo es que estás aquí? Es que si esto es un sueño, y despierto, me voy a enojar mucho —gruñí. Acaricié su cabeza, deslizando mis dedos por su cabello suave. Olía delicioso.

Levantó su cabeza, y sin soltarme me quedó mirando.

—¿Te acuerdas del otro día que hablábamos y me tuve que ir repentinamente?

—Sí, ¿no había pasado algo con tu mamá?

Sacudió la cabeza.

—No, me llegó un mensaje de Cata, la hermana de Fabiana. —Se rascó la nuca y pareció ordenar sus pensamientos antes de continuar. No lo quise interrumpir. Dejó caer su mano delicadamente sobre la mía—. Ella me iba a ayudar a eliminar la grabación, pero Thomas se encargó de que eso no sucediera y te llegara a ti. Cata se sintió pésimo y se enteró de lo que hizo su papá, incluido el hacerte desaparecer por dos días. —Se aclaró la garganta y cogió el vaso.

—¿Y qué pasó?

—Por error vio unos mensajes de Fabiana y no me lo creerás —dijo, desplegando una enorme sonrisa en su cara.

—Mmm… no sé. —Y de repente una idea maravillosa se me cruzó por la mente. Me llevé la mano a la boca—. No es tu hija —dije, casi sin poder creerlo.

—No es mi hija —repitió él, con los ojos muy abiertos. Me quedé en silencio, sorprendida. Soltó una carcajada—. Me siento como un imbécil. Feliz —aclaró, alzando su dedo índice—, pero un imbécil de todas formas.

—¿Fabiana te engañaba? —pregunté, impactada del nuevo giro de la historia.

—Sí, me engañaba desde hacía un par de meses antes de que termináramos —soltó, seguido de otra carcajada—. Me siento fatal con estar tan aliviado por no ser papá, pero la niña es de Edgar. Yo a él lo conozco, y la verdad no sé cómo no me di cuenta de que algo sucedía entre ellos.

—¿Y por qué…? Es que no lo creo. —Sacudí la cabeza—, ¿por qué hizo tanto escándalo entonces? ¿por qué no nos dejó ser feliz si ella ya estaba con alguien más?

Valentín hizo un gesto como si estuviese de acuerdo conmigo.

—Eso mismo le pregunté, y me confesó que no supo cómo reaccionar. No soportó que yo quisiese a otra chica, aunque yo creo que es más por Thomas. Edgar es un emprendedor que recién está levantando su negocio. —Se rascó la barbilla y arrugó la nariz—. Eso no es del gusto de Thomas.

Miré a mi alrededor. Si todo había sido una mentira, ¿podíamos ya estar juntos libremente?

—¿Y la propia hermana de Fabiana te ayudó?

—Cata me envió fotos de Fabiana con Edgar, fotos desde hace tiempo, yo también quedé en shock, y luego entendí lo que podía hacer con toda esa información. Y hay más. Finalmente, la depresión de los últimos meses de Fabiana no es por mí, es por él. —Valentín trataba de contener la risa—. No es que me parezca gracioso que ella sufra, menos si está esperando a su hija, sino que lo encuentro irreal.

Exhalé fuertemente y meneé la cabeza.

—A mí también. Es que nos hizo la vida imposible. Esto rompe la cláusula de separación me imagino —quise saber, desesperada para que él me dijera que todas las trabas para estar juntos ya no eran válidas.

Esbozó una sonrisa cómplice.

—A Thomas casi le dio un ataque cuando se enteró de lo que realmente había hecho su hija. Está indignado y creo que solo le habla porque Fabiana ya le queda poco para dar a luz. Así que mañana saldrá una publicación de Fabiana, aclarando que su hija no es mía —de todas formas nunca afirmamos que era mía, el resto así lo supuso—, va a hablar sobre los rumores sobre nosotros. Aunque no dirá que fue ella quien hizo las publicaciones, dirá que fue una amiga de ella, pero que todo es completamente falso y que lamenta no haberlo detenido en su momento a pesar de que ella ya tenía otra pareja para ese entonces.

—¿Dirá eso? ¿que tiene nuevo novio? —No me lo creía.

Asintió con la cabeza.

—Sí, ya están juntos. Es que Edgar se había ido a hacer unas campañas para sus productos y decidió vivir en Buenos Aires para expandirse allá. Fabiana le mintió diciéndole que su hija era mía, porque no quería que él volviese por obligación.

—Por eso ella estaba tan triste —refunfuñé, recordando que por esa razón Thomas me ofreció tanto para que desapareciera los últimos días de Valentín en Chile—. Maldita idiota, aunque… —dije, chasqueando la lengua y asomando una leve sonrisa—. Ese hotel estuvo grandioso.

—Ah, ¿sí? —preguntó, haciéndose el ofendido. Se cruzó de brazos y se alejó un paso de mí.

—No vuelvas a hacer eso —pedí con seriedad.

—¿Qué cosa?

—Alejarte de mí.

—Me di cuenta de que no puedo. —Respiró profundamente y comenzó a acariciarme el cabello —. Así que estamos libres, Mads. Hablé con la editorial. Algún trato les ofreció Thomas para tratar de remediar esto que nos hicieron.

—Es que con lo que diga Fabiana, nadie podría criticarnos a nosotros. Además que ya la gente

lo había olvidado, no tenía sentido ese contrato estúpido —refunfuñé. Miré confundida a mi alrededor—. ¿Este no era el cumpleaños de Max?

Valentín se rio.

—No hay ningún cumpleaños. Ariel me ayudó a organizar todo para que creyeses que era un cumpleaños.

Arrugué la frente y mis ojos se deslizaron al regalo que me pasó Ariel.

—Ahora que lo pienso bien, Max nunca me habló de su cumpleaños. —Reí y cogí la bolsita de Ariel—. He estado tan metida en la novela que no me di cuenta. ¿Qué es esto?

—Eso es para ti —dijo, atento a cada uno de mis movimientos. Llevó la copa a su boca.

Lo abrí emocionada. Más mirándolo a él que al regalo. Y es que era tan guapo que no quería desperdiciar ningún segundo mirándolo. Ni el cielo estrellado, ni la enorme luna lo superaban a él. ¿Cómo se puede ser tan afortunada?

Saqué una libreta de la bolsita. La reconocí de inmediato desde la primera vez que vi a Valentín sentado en el café. Siempre estaba con ella y la dejaba junto a su computador. Me llamó la atención porque era de Harry Potter. Cuando ya escribíamos juntos, se la pedí para verla. Solo me dejó mirarla por fuera.

Antes de abrirla lo quedé mirando, como si fuese a descubrir un secreto importantísimo.

—¿Por fin voy a saber qué has escrito aquí? Me siento importante —bromeé.

—Ya sabrás por qué. Mira la primera página —pidió. Acercó su silla y puso su cabeza en mi hombro. Me sentía nerviosa, como cuando vas por primera vez a una cita con alguien. Mi estómago vibraba como si me fuese a lanzar de una montaña rusa.

Obedecí y la abrí.

Para la chica que publicó mi novela

De repente te vi, frente a mí. Te veías confundida igual que yo.
Me encontraba perdido, sin saber hacia dónde ir.
Atrapado en palabras que no lograba expresar,
En frases que no podía escribir.
Y así, apareciste tú.
Podría decir que apareciste como una luz, pero fue mucho más que eso.
Llegaste como un espectáculo de fuegos artificiales.
Cambiaste y deslumbraste todo.
En un mundo en el que solo existimos los dos,
Los días pasan entre palabras y miradas.
Contigo quiero crear mucho más.
No quiero nada más.

Terminé de leer con los ojos llorosos. Solo alcé la cabeza para sonreírle y hacerle saber que me encantaba. Seguí avanzando en las páginas, repletas de poemas, frases, palabras. Todo para mí. Sus sentimientos, sensaciones, pensamientos; se encontraban allí. Era su amor escrito en papel.

—El día en que te encontrabas en el hotel y yo no sabía dónde estabas, fui a tu departamento y le dejé esto a Ariel —explicó, y cogió la libreta entre sus dedos—. Quería que te la entregara, pero después me arrepentí porque me puse como meta que yo lo haría y que eso sería pronto. —Pasó su mano por mi mejilla. Sus ojos brillaban y su cabello revoloteaba levemente sobre sus

ojos debido al aire tibio que corría—. Incluso cuando parecía que faltaba demasiado para volvernos a ver, no dejé de creer que aquí estaría en algún momento, regalándotela.

Tragué saliva.

—Es lo más increíble que me han regalado.

—La llevaba conmigo desde hacía algún tiempo, pero la tenía en blanco porque no encontraba nada que me inspirara para escribir la primera página. Hasta que apareciste tú.

—Tengo miedo de despertar y que todo esto sea un sueño. —Lo abracé y absorbí su delicioso olor a perfume—. No me importa si lo estoy imaginando o no, pero te amo, Valentín.

Se puso de pie y le hizo una seña al chico del bar. La música comenzó a sonar casi instantáneamente. Me ofreció su mano.

—Señorita Madison, ¿quiere bailar conmigo?

Pasé mis brazos sobre su cuello. Yo no era de bailar cosas lentas, pero la melodía acompañaba la intensidad del momento. Era magia pura lo que sucedía allí.

—Me quiero quedar aquí hasta que termines tu curso —murmuró en mi oído—, ¿puedo?

—¡Por supuesto que puedes! Pero… ¿Y París?

—En pocos meses mi mamá estará instalada con Camilo y Adrien en Chile. Está todo organizado y no es necesario que yo esté allá por la editorial. Aunque…

—Aunque…

—Yo sé que a ti te gustaría conocer París, y mi mamá quiere conocerte pronto. De hecho, te sigue en Instagram y no te has dado cuenta —rio. Lo miré con los ojos entrecerrados, pensando en las historias estúpidas que a veces subía y que no habría hecho si pensaba que mi suegra las veía.

Yo hablando sobre libros eróticos que había leído las últimas semanas.

Yo hablando obsesivamente sobre Baby Yoda.

Yo bailando sobre un sofá.

Yo…

—Noooo… Me deberías haber avisado, creo que la semana pasada subí todos los días una foto bebiendo —refunfuñé, sintiéndome avergonzada—, ¿qué debe pensar de mí?

—Piensa que te quiere conocer y que te gusta beber mucho —bromeó, aunque esa idea me dio dolor de estómago—. En dos semanas será el cumpleaños de Adrien y quiere que vayas. ¿Tienes ganas de unas vacaciones en París conmigo?

Di un paso atrás, con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad?

—Sí, además tengo muchas ganas de presentarte a Camilo.

—Es uno de mis sueños conocer París, obvio que quiero ir Además, feliz de ir a conocerlos.

—Hay algo más —dijo, en voz baja. Corrió hacia una mesa cercana al ascensor y volvió con una carpeta en sus manos. Me la entregó, y luego agregó—: Este es otro regalo. Ven. —Cogió mi mano y me llevó a un sofá. Había luces colgantes sobre él y una pequeña mesita frente a nosotros con cosas para comer y beber.

Abrí la carpeta; eran varias hojas. La primera decía: Capítulo final número 56. Alcé la mirada para encontrarme con la suya. Se veía entusiasmado, aunque yo no entendía mucho de qué se trataba ese regalo.

—¿El último capítulo de *El Amor se Escribe por Capítulos?*

—Lo cambié —dijo, encogiéndose de hombros—. Espero que no te moleste. Decidí cambiarlo hace algunas semanas. Estuve pensando en si podía volver a verte pronto e imaginé cómo lo

haría. —Se mordió el labio inferior y luego señaló las hojas entre mis manos—. Esta noche está escrita allí. Es nuestro capítulo secreto.

—¿Daniel va a buscar a Phoebe? —respondí emocionada. En el final que habíamos escrito, Daniel y Phoebe no quedaban juntos en la misma ciudad, ya que a ella le ofrecían un trabajo muy importante en Los Ángeles, y decidía tomar la oportunidad porque luego de un par de años, tenía la opción de transferirse a Nueva York con Daniel.

—Sí, y se encuentran en un restaurante en una azotea de sorpresa. Su amiga lleva a Phoebe, diciéndole que era el cumpleaños de otro amigo. Daniel le entrega un libro con recetas que creó para ella…

—¿Escribiste esta noche antes de saber si sucedería? —Apenas lo dije, una lágrima se escapó de mi ojo.

—Para mí siempre fue una opción. Era la única opción. Iba a suceder.

Me abalancé a sus brazos y lo besé. Cerré los ojos para sentir más de él: su respiración agitada, su delicioso olor, sus besos suaves. Comprendí que cerca de él, todo estaría bien. Era verdad, nosotros éramos la única opción.

En ese instante, las puertas del ascensor se abrieron y entraron mis amigos del curso de escritura. Ariel llegó corriendo y nos abrazó.

—¡Ay! No se separen más, por favor. Que yo también sufro. —Se llevó una mano al pecho y nos miró—. Estoy muy feliz por ustedes.

—¡Maddie! —Max se acercó—, ¿te gustó mi cumpleaños sorpresa? —Saludó a Valentín con un abrazo. Asentí con la cabeza efusivamente y ellos se pusieron a hablar.

—Ya habíamos visto a Valentín —confesó Ari, y luego suspiró ampliamente—. Mantener el secreto fue una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en el último tiempo —resopló y rodó los ojos—. Ustedes no deberían estar separados.

—Me la creí por completo, y eso que eres pésima para guardar secretos. —La abracé emocionada y luego la miré—. Estoy demasiado feliz. Por fin… por fin estaremos juntos —agregué, deslizando mi vista hacia Valentín. El resto de mis amigos se acercaba a hablar con él.

Finalmente, conocían en persona al famoso novio escritor. Y bueno, todos ya sabían quién era él por sus libros. Valentín era muy conocido en el medio juvenil y nosotros estudiábamos escritura, así que se le abalanzaron para hacerle todo tipo de preguntas y para sacarse fotos.

—¡Valentín! —Lo llamó Ari. Él se acercó y me rodeó con su brazo por la cintura. Me dio un pequeño beso en el hombro—. Les voy a sacar una foto. Una foto que el mundo verá —afirmó, emocionada. Max se paró junto a ella.

Meneé la cabeza, un poco asustada.

—No… —dije, casi por reflejo.

—Fabiana ya subió la publicación. Está arrasando en internet. Todos sus fans están impactados por su nueva relación. Nadie los molestará —comentó Ari. Y me guiñó un ojo para que me quedara tranquila. Si lo decía así, era porque todo estaba bajo control.

—No quiero ocultarme más —susurró Valentín en mi oído. Le hizo una señal a Ari, inclinándome hacia atrás para darme un beso y que nos sacaran la foto más romántica que nos habían tomado hasta ese momento.

Ari se acercó corriendo para mostrarnos la foto. Las luces colgantes, las plantas invadiendo el lugar, los edificios a lo lejos. Valentín besándome mientras yo reía. Era la foto perfecta. La subimos a nuestras redes sociales al mismo tiempo.

La música subió de volumen y todos comenzamos a bailar. Era nada más ni nada menos que

una fiesta al amor. De nuestro amor. No había reído tan fuerte ni estado tan feliz en mucho tiempo. Bailamos y disfrutamos como nunca.

De repente me giré y vi a Max besando a Ari frente a todos.

Valentín me mostró su celular con una videollamada entrante de Félix, estaba con Rebeca.

—¡Felicitaciones! Acabo de ver la publicación que hicie… —Rebeca le quitó el celular.

—Madison, tengo que decirte que soy una gran fan tuya. ¡De los dos! No me he perdido ningún capítulo de su novela. Díganme por favor que Daniel y Phoebe quedan juntos —dijo, sin tomar aire.

—¡Gracias! —respondí, riendo.

—No, que no queden juntos —pidió Ariel.

—¡Hey! Devuelv... —Félix le quitó el celular a Rebeca—. ¿Cómo están los novios más geniales?

—¡Hey! —Rebeca lo golpeó en el brazo—. Pensé que éramos nosotros —gruñó. Félix soltó una carcajada.

—¿Acaso estás llamando para presentar a tu novia? —pregunté, meneando las cejas. Félix rodó los ojos.

—No es que les quisiera quitar protagonismo, pero sí. Con Rebeca ya somos novios —exclamó triunfal.

—¿Puedes creer que lo he estado persiguiendo desde el primer día que lo vi, y pensó que me gustaba Valentín? —Rebeca se llevó los dedos al puente de la nariz—. ¡Increíble! Hasta fui a París por estar con él.

—¡Yo sabía! —rio Valentín—. No me creyó —lo acusó con Rebeca.

Félix se encogió de hombros.

—En verdad llamábamos porque estamos felices de que se hayan reencontrado. Son mi pareja favorita después de nosotros, obvio.

—Creo que sigo teniendo miedo de despertar y que esto haya sido un sueño. Estoy tan feliz. —Me quité los zapatos altos y los lancé lejos.

—Yo tampoco lo podía creer. De hecho, le pregunté muchas veces a Cata si lo que decía era verdad. Estaba aterrado de que de repente todo hubiese sido un malentendido y que la hija de Fabiana sí era mía —resopló y se apoyó en la isla del departamento. Ariel se había ido al de Max, así que estábamos solos por primera vez en mucho tiempo.

—¿No estás triste? —pregunté, apoyándome en la isla frente a él.

Me sonrió y resopló.

—¿Lo preguntas porque ya no seré papá?

—Sí.

—No, no estoy preparado para ser papá. Siento que apenas puedo con mi vida, ¿cómo iba a tener otra a cargo? De todas formas me había convencido de que sería el mejor papá que Violeta podría tener.

Ladeé la cabeza, sin dejar de observarlo. Lo admiraba mucho.

—Me siento aliviada de que Fabiana nunca más estará en nuestras vidas. —No me había dado cuenta de que seguía con el último capítulo bajo el brazo. Lo dejé en la isla frente a mí—. Necesito leer esto.

—Por favor, ¿me lo lees?

Caminamos hacia el sofá y Valentín puso su cabeza sobre mis piernas. Comencé a leer en voz alta:

—¿Qué haces aquí? —pregunté confundida. Busqué a Alice en el lugar, pero solo estábamos nosotros dos. Daniel respiró profundamente.

—Soy un idiota —dijo al fin.

No pude evitar sonreír.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te dejé subir a ese avión sin decirte todo lo que sentía.

Me encogí de hombros, esperando a que continuara… pero él solo mantuvo una sonrisa preciosa en la cara.

—¿Y qué sería eso?

—Que estoy enamorado de ti. Mira…—dijo, entregándome una libreta—. Estas semanas separados, no he pensado en nada más que cocinarte. Creo que ya podría hacer un libro de recetas que he creado gracias a ti.

Lo ojeé con las lágrimas escurriéndose por mi cara.

—¿Qué haremos? —pregunté. Ya llevábamos semanas separados y se nos hacía difícil. Años, iba a ser imposible.

—Me voy a venir a vivir aquí. —No dejó que respondiera, y agregó—: no importa. Ya tengo todo resuelto, encontré un trabajo muy bueno aquí y no tendremos que estar separados.

Solté una risita.

—¿Cómo es que no me habías dicho nada?

—Quería que fuese una sorpresa. Además, quería preguntarte algo.

—¿Qué?

Daniel buscó en su bolsillo una pequeña cajita que abrió frente a mis ojos. Sacó un collar con una piedra rosada y un dije de un gorro de chef.

—Phoebe, ¿quieres ser mi novia?

No seguí leyendo porque me emocionó lo que escribió Valentín. Justo en ese instante, puso su mano frente a las hojas y las bajó, el mismo collar pendía frente a mis ojos. Mi dije era una libreta.

—Me di cuenta de que somos novios de hace bastante tiempo, pero nunca nos pedimos serlo. Simplemente pasó. Y no quiero eso, así que… —Carraspeó y se aclaró la garganta con fingida seriedad—. Mads, ¿serías la novia de este escritor que te ama con locura?

No sabía que me emocionarían tanto esas palabras hasta que las oí salir de su boca.

—Acepto ser la novia del escritor más loco que he conocido —respondí, abalanzándome hacia sus brazos.

—Te he escrito tantas cosas —murmuró, dándome un beso corto—. Y ya no quiero seguir hablando, creo que ya lo hemos hecho demasiado —dijo, cogiéndome por la cintura y subiéndome a horcajadas sobre él.

—Estoy de acuerd…—Juntó sus labios con los míos, con la desesperación adecuada por no vernos en tanto tiempo. Su lengua entró suave a juguetear con la mía. Sus manos rápidamente comenzaron a explorar mi espalda y yo pasé mis manos por sus hombros, tratando de pegarme lo máximo posible a su cuerpo.

Me apretó con fuerza contra él y sus manos calientes afirmaban mi trasero, apretando delicadamente. Sus besos ansiosos emigraron de mi boca para viajar por mi mentón, cuello, clavícula y se detuvo en el borde de mi vestido, rozando mis pechos. Exhalé el aire lentamente,

como si fuese el último aliento. Cerré los ojos para absorber las sensaciones que me tenían con la piel erizada.

Respirar se me hacía cada vez más difícil, porque sentía que mi corazón estaba al borde del colapso. Y es que no podía querer nada más que a él en ese momento. Levanté su cabeza y volví a besarlo. Valentín, afirmándose del sofá, se puso de pie conmigo sobre él.

—¿Cuál es tu habitación? —preguntó, agitado contra mi boca.

Señalé la habitación con la puerta abierta, y nos llevó sin dejar de besarme y con la seguridad de quien lleva un pequeño animalito arriba y ya conoce el camino. El silencio que había en el departamento lo hacía más excitante, porque podía oír a la perfección nuestros besos desenfrenados y su respiración agitada.

Me dejó sobre la cama y se quitó la camiseta frente a mis ojos, para luego poner sus manos en la cremallera de su pantalón y desabotonarlo. Cada uno de sus movimientos provocaba que una bola de fuego atravesara mi cuerpo. Lo sacó lentamente. Por completo vibraba ante su mirada penetrante y ardiente. Me sonrió, se humedeció los labios y puso las rodillas sobre la cama, subiendo mi vestido, que pronto voló lejos.

Comenzó a darme besos húmedos en mis muslos, subiendo y bajando pero nunca alcanzando el nivel de mis bragas. Poco podía controlarme, estando tan cerca y tan lejos a la vez de mi entrepierna. Envolví mis piernas alrededor de él, porque ya quería más, y con sus manos deslizó mis bragas, arrastrando los dedos por mis piernas, quemándome con su contacto, enterrando sus yemas en mi piel.

Quedó sentado con sus rodillas apoyadas a los costados de mis caderas, dejándome atrapada bajo su cuerpo. Estiré los brazos para deslizar mis manos sobre su pecho y abdomen, repletos de tinta y brillando por el sudor. Se detuvieron en el borde de su bóxer, y los deslicé hacia abajo.

Avanzó y apoyó sus manos en ambos lados de mi cabeza, y se inclinó para volver a mi boca con su lengua furiosa. Con una mano acariciaba mis pechos, envolviéndolos, apretándolos, presionándolos. Alejó unos centímetros su cara para mirarme, aunque parecía que el espectáculo era para mí, porque él era tan atractivo y seductor que me volvía loca. Tenía los labios rojos y húmedos, sus ojos querían comerme, y su respiración tibia y acelerada impactaba contra mi cara. Siguió acariciando, a la vez que se acomodaba entre mis piernas.

Estaba jadeando y sentía que el aire me faltaba. Tomé una respiración profunda en el momento en que entró en mí.

Arqueé mi espalda. Ya sentía que no me podía controlar, menos cuando retrocedió de forma lenta y deliciosa. Un gemido abandonó mi boca cuando volvió a mí. Sus movimientos siempre confiados, me tenían al borde del máximo placer en todo momento. No sé cuánto tiempo estuvimos así, amándonos, tocándonos y besándonos.

Me subió sobre él, el fuego había reemplazado mi sangre y nuestros movimientos acompasados aumentaron de velocidad. Cerré los ojos y me dejé ir, un momento después lo hizo él con un gemido que provocó un destello de electricidad en mi vientre bajo. Nos quedamos con las bocas unidas, tratando de calmar nuestras respiraciones.

Valentín llevó mi mano a su corazón.

—Solo tú estás y estarás aquí —murmuró.

—También estás y estarás solo tú en el mío.

Rodamos por la cama hasta quedar uno junto al otro mirando el techo.

—Cuando termine el curso, volvemos a Chile y nos buscaremos un bonito departamento —dije en el instante en que Maya apareció y se subió de un saltito a la cama—. Para los tres.

—Y que tenga una habitación adicional para que escribamos allí.

Solté una risita y ladeé la cabeza para mirar su perfil. Era alucinante que el chico guapo que entró a la cafetería un día y me pareció atractivo, ahora estuviese allí conmigo.

¿Habrá sido gracias al café de menta? No lo sé. De lo único que estaba segura es que no me arrepentía ni por un segundo de haber publicado el capítulo de su libro. Agradecía que mi relación con Santiago terminara. Yo me podría haber aferrado a ese amor que no era para mí. Solo por la costumbre, por los años, por la confianza, pero la verdad es que ya nada de eso importaba, porque quien era para mí, era el chico que se encontraba junto a mí. El mismo que había atravesado el mundo para darme una sorpresa.

—Son aproximadamente 138.000 palabras —murmuró de repente.

—¿Qué cosa?

—Escribimos 138.000 palabras de amor. Esa es la cantidad de palabras de nuestra novela.

—Deberíamos escribir nuestra historia —propuse—. Hagámoslo cuando llevemos muchos años juntos.

—Me parece una excelente idea.

—Gracias —susurré.

—¿Por qué?

—Por llegar a mi vida.

Puse una mano en su corazón. Seguía acelerado.

57. Nueva edición

Maddie

Más de un año después.

Tamborileaba los dedos frente a mis ojos, y yo los seguía hipnotizada. Su expresión concentrada me encantaba: los ojos saltando de un lado a otro por la pantalla, el ceño ligeramente fruncido, y mordiéndose el borde interno de los labios.

—¿Por qué me miras tanto? —preguntó, sin despegar ojo de la pantalla. Sus dedos volvieron veloces a la computadora y comenzaron a escribir—. ¿Ya tienes hambre?

Este hombre me conoce a la perfección. Me había metido en la oficina, y eso a las dos de la tarde podía significar solo una cosa. Teníamos la regla de no molestarnos en nuestros momentos de concentración, pero habían días en que la rompíamos. Sobre todo yo. Está bien, el 90% de las veces era yo.

Como no respondí, subió la vista y me dio la sonrisa más grande que le había visto en días.

—Puede ser. Han pasado cuatro horas desde mi última comida. Ese es mi límite para ingerir alimento otra vez. No hay nada rico para comer. —Hice un puchero.

Soltó una risita.

—Media hora más.

—Quince minutos.

—¿Estás negociando?

—Quizás. Si vamos ahora, comeremos lo que tú quieras.

Alzó una ceja.

—¿Quieres pedir algo?

Me encogí de hombros.

—Hoy no tengo ganas de cocinar y si espero a que tú lo hagas, comeré en cinco horas más. ¿pedimos sushi? —Esa era mi arma secreta para convencerlo de detenerse y comer. ¿Cómo es que yo vivía con más hambre que él? Valentín podía pasar toda la tarde bebiendo agua y café. Si yo hacía eso, no podía existir ni menos concentrarme. Él tenía una capacidad especial para desaparecer en su computadora y su imaginación por horas. Un día completo si era necesario.

Mis pausas eran sangradas.

—Tú sabes que a eso no me puedo resistir, es un golpe bajo para una persona que está altamente productiva.

Me puse de pie con una sonrisa.

—Era todo lo que necesitaba de ti, voy a pedir y cuando llegue, te vengo a sacar de tu cueva.

—Gracias, amor.

Me fui a la salita donde estaba mi computadora. Nuestro departamento era pequeño, el mismo que compartíamos con Ari, solo que ella seguía en Los Angeles estudiando actuación. Él departamento tenía dos habitaciones, una era nuestra oficina que por cierto nos turnábamos cada día. El día que no nos tocaba oficina, teníamos todo el resto de la casa para escribir… o algún café si nos sentíamos con ganas de un lugar distinto.

Ese día me había quedado porque el invierno de Santiago me tenía con cuatro capas de ropa y abrazada a la estufa. No, no quería salir. La mesa de la salita me servía perfecto para escribir. El segundo libro casi lo tenía terminado, era mi primer libro sola. La publicación me tenia emocionada…y muy estresada. Aunque la editora me pedía avances continuamente, eso no era el problema. El problema era que quizás no era tan rápida como debía o como ellos necesitaban. Un año era tiempo excesivo para un libro y yo me lo estaba tomando. Me di cuenta que era demasiado perfeccionista y que necesitaba que fuese increíble. No me importaba si eso me llevaba mucho tiempo.

La nueva vida como escritora y novia de Valentín me trajo algo que no esperaba: popularidad. Chicas me escribían continuamente queriendo saber qué productos usaba para mi cabello, dónde había comprado cierta camiseta, cuál era el restaurant de mi última comida, entre otros. Los seguidores de mi Instagram eran miles y diversas marcas se contactaban conmigo para que yo fuera parte de sus publicidades y eso la mayor parte del tiempo me agobiaba, porque me sentía más observada de lo que nunca había estado y eso era extraño.

Me gustaba mi vida y aunque podía hacer mil cosas, nada se comparaba a lo completa que me sentía con cada nuevo párrafo que lograba escribir y que sentía era bueno.

A veces podía ser muy dura conmigo y Valentin era quien me sacaba de eso, él me encontraba asombrosa y eso era suficiente para mí.

Terminé el capítulo 35 y me recliné en la silla. Apareció Val arrastrando los pies, con una expresión que no logré descifrar.

—¿Pasa algo?

—Me acaba de llamar Ally y me dijo que saldrá una nueva edición de *El amor se escribe por capítulos*. Con ilustraciones, nueva portada y… quieren un nuevo capítulo. ¡Un nuevo capítulo! —Su sonrisa por poco dio vuelta su cara.

—¿De verdad? —Me reí por sus movimientos.

—Sí, así que ya tenemos que ponernos manos a la obra.

Me puse de pie y corrí hacia él. Me cogió en el aire.

—¿Somos así de geniales? —pregunté.

—Somos así de geniales. ¿Estás feliz de que vamos a volver a escribir juntos?

—Me encanta la idea. Así nos conocimos, así que siempre me va a gustar volver a esto.

Me dio un beso corto. Valentín había estado toda la mañana en la oficina y olía como recién bañado. Siempre era así. *¿O quizás estoy obsesionada con su olor? Sí, probablemente.*

Sonó el citófono del departamento y nuestras caras se iluminaron al mismo tiempo. Eso solo podía significar una cosa: comida.

Nos quedaba solo una pieza de sushi, Valentín la cogió con los palitos y la acercó a mi boca.

—¿De qué podría ser el nuevo capítulo? —preguntó, atento a como luchaba por masticar decentemente el sushi.

—Mmm, ¿un viaje de Daniel y Phoebe? Eso creo que sería entretenido. —Le cogí la mano—. Creo que a nuestras lectoras les gustaría.

—¿A París? —respondió meneando las cejas. Entrelazó sus dedos con los míos.

Cerré los ojos un instante.

—Así como nosotros. —Suspiré. Ese viaje había sido increíble—. ¿Te acuerdas de todo lo que caminamos en París? Ayer me quedé una hora viendo las fotos de nuevo.

—Me hiciste caminar 10 horas diarias, sí… lo recuerdo bastante. Las zapatillas que tuve que botar, también son evidencia de eso. —Se largó a reír—. El mejor viaje de todos.

—Sobre todo Disney. —Suspiré y me derretí en la mesa—. Quiero ir de nuevo. ¿Podemos ir ya?

—Lo bueno es que tenemos donde llegar, Adrien me dijo que siempre podíamos quedarnos en su casa.

—¿De verdad? Amo a Adrien, tu mamá es muy afortunada, ¿lo conoció en un crucero? —Valentín alzó una ceja y se quedó esperando a que continuara, tratando de aguantar la risa—. Podríamos darnos un break de nuestros libros y ir a despejar la mente. ¿Te amo?

—Estoy 100% disponible para todo lo que quieras hacer conmigo. Si quieres ir a un crucero también, pero no conozcas a un francés.

Solté una carcajada.

—¿Todo lo que quiera? Eso podría ser mucho.

—Si, todo. Tú lo sabes.

Me quedé pensando.

—¿Qué se supone que sé?

—Eso, que estoy a tus pies, básicamente. —Se puso de pie y se sentó junto a mí—. Estábamos muy lejos. Nosotros ya estuvimos lejos, no tenemos que seguir haciéndolo. —Hizo un puchero y me dio un besito en el hombro. Acaricié su mejilla. Siempre esas parejas que eran tan pegotes, me parecían algo molestas… quizás era porque yo no tenía eso. Teniéndolo, me sentía con el mejor de los premios.

—¡Solo nos separaba una mesa! ¿Solo cuando escribes puedes alejarte de mí?

—Sí, y bueno si ya no me quieres…

Le cogí el brazo antes de que se pusiera de pie otra vez.

—Era una bromita. Vuelve a mí. Val… quiero que Daniel y Phoebe vayan a París y sean tan felices como nosotros. Que tomen muchos cafés, estén casi todo un día en el Louvre, que beban el vino que nos bebimos mirando la torre Eiffel… ¿qué más? Mmm…

—¿Las manoseadas en todos lados también las incluimos?

Rodé los ojos y contuve la risa. Con Valentín en ese viaje apenas nos separábamos para ir al baño, e incluso algunas veces nos colábamos en la ducha del otro. Nuestro amor era fuego. Lo fue desde el primer día y seguía así incluso un año después. Nos queríamos, nos cuidábamos y sí… nos deseábamos con locura.

—Qué sería del amor sin manoseadas. Incluyámoslas. Puso sus dedos delicadamente en mi mentón y me quedó mirando a centímetros de distancia—. ¿Estás pensando en manosearme ahora?

—Tú sabes que pienso eso todos los días, y todo el día. No lo puedo evitar.

Me reí y nuestras narices se tocaron.

—Gracias por ser mi novio. Quiero que escribamos juntos hasta viejitos y tengamos muchos viajes que contar.

—¿Sí? ¿A dónde quieres ir ahora?

—Quiero ir a Bali. ¿sabes? Siempre pensé que viajar no era algo que estaba tan a mi alcance. No lo pensé mucho cuando estaba en la escuela, ahora siento que puedo ir a cualquier lugar del mundo. En un año ya estuve en Estados Unidos y en Francia. Y los dos han pasado desde que te conocí.

—Podemos ir a cualquier lado, y no porque nuestra cuenta siga aumentando todos los días. Si no porque nada nos puede detener. —Se encogió de hombros. Llevábamos meses ganando bastante dinero y nos seguíamos impresionando. Después de navidad, en la que nuestro libro fue de los más vendidos, las ganancias se triplicaron y de pronto nos vimos ganando más de lo que pensamos en algún momento. Hace un par de meses había llegado el día en que podíamos los dos vivir completamente de la escritura y sin preocuparnos de que nos iba a faltar dinero a fin de mes.

Valentín también por si solo tenía otra porción de todos sus otros libros que tenía antes en aplicaciones gratuitas y que ya se habían estado publicando con una gran editorial.

Aunque fuésemos al café de la esquina, siempre nos encontrábamos con alguien que nos conocía. La gente nos quería y todo lo felices que nosotros éramos era un 99% por ellos.

Valentín se aclaró la garganta y salí de mis pensamientos.

—¿Entonces?

—Bali será, podemos arrendar de esas villas que aparecen en Instagram y nos traen el desayuno a la piscina.

—Esa será nuestra recompensa después de que salga la nueva edición con el capítulo extra.

—Lo merecemos. —Valentín se estiró en el lugar y bostezó—. Me gusta mucho la idea de un viaje para nuestros protagonistas. Se lo merecen.

Asentí.

—¿Vamos por un café? Necesito energía para seguir.

—Sí, yo igual. ¿Vas bien hoy?

—Muy bien. Terminé un capítulo, ¿tú?

—Sí, he estado avanzando mucho. Ayer escribí dos palabras en toda la mañana. —Arrugó la cara y resopló.

—Me di cuenta de que estabas lento cuando te vi la cara a las nueve de la noche.

Valentín tenía una regla en la que debía escribir al menos 3000 palabras diarias. Si eso lo lograba en una hora, entonces su día de escritura terminaba ahí —a menos que estuviese muy inspirado—, pero si un día de menos inspiración las 3000 palabras aparecían luego de las ocho horas, entonces él estaría todo el tiempo tratando de llegar a la meta. Según él, vio que Stephen king hacía algo parecido y quería seguir sus pasos.

Cogimos los abrigos y salimos al frío. Me arrepentí a los cinco minutos.

—Con la calefacción no nos damos cuenta de que afuera estamos prácticamente en Alaska. —Tiritaba del frío.

—¡No hace tanto frío! Si quieres te llevo abrazada.

Solté el aire y el vapor se veía claramente.

—Eso es frío. Val mira. —Señalé una señora que apenas se le veía la cara entre su abrigo enorme, Bajo ella tenía una caja tapada con una manta. Afuera tenía un pequeño cartel: se regalan gatitos. Corrí hacia la señora sin esperar respuesta de Valentín.

—¿Puedo ver los gatitos? —pregunté, con ganas de dar saltitos pequeños de felicidad. Si había algo que amaba eran los animales tamaño bebé.

—Ya solo me queda el último. Tengo que estar acá hasta que se los lleven todos porque estoy de allegada en una casa y no me los puedo quedar.

Valentín justo llegó cuando la señora destapaba la caja y aparecía un pequeño gato blanco con manchas amarillas.

—Tienen dos meses.

—Oh… no. —Fue lo primero que dijo Valentín. Me giré con mi mejor expresión de tristeza y corazón roto. Cogí el gato y lo lleve a mi pecho.

—Tiene frío. Lo quiero. No lo puedo dejar.

—Sí, con este frío no va a sobrevivir en el exterior. —La señora se quedó mirando el suelo, ¿estaba insinuando que lo iba a dejar?

—¿De verdad lo quieres? —Val me miró confundido—. ¿Desde cuándo quieres un gato?

—Desde que tengo uno bebé en mi pecho y lo amo.

—Es una niña —susurró la señora, tratando de no romper el momento.

—¡Y es una niña! Valentín, si la queremos, ¿cierto?

Él sonrío y me quedó mirando sin decir una palabra. Se encogió de hombros.

—Tendremos que ir a compr…

—¡Es mía! La metí dentro de mi chaqueta a la altura de mi pecho y quedó resguardada del frío. La gatita cerró los ojos de inmediato, agradecida de mi calor. Parece que sabía que su vida iba a mejorar. Ya no habría más frío para ella.

Llegamos a la casa con todas las cosas que creímos necesarias para un gato de dos meses y estuvimos todo el camino analizando todas las opciones para poder presentarle a Maya.

—¿Y si la llamamos Phoebe?

Lo quedé mirando con los ojos entornados. ¿Se nos estaba yendo el libro de las manos?

—¿No estaremos obsesionándonos?

—Un poco. —Se encogió de hombros.

—Phoebe —murmuré y miré a nuestra gatita—. Le queda perfecto.

La pusimos al centro de la sala sobre su cama gigante y Maya le dio vueltas varios minutos, la olió como si fuera una bolsa de basura hedionda y luego inesperadamente y cuando nos tenía pendiendo de un hilo del estrés, se acurrucó a su lado.

Con Valentín nos quedamos mirando sin hacer ningún ruido por varios minutos, como si fuésemos a arruinar el momento.

—Somos unos papás increíbles —murmuré. Valentín me abrazó en silencio.

Di un salto cuando el timbre del departamento sonó.

—¿Esperas a alguien?

—No… —Caminé hacia la entrada y miré por el rabillo de la puerta. Podría decir que mi cerebro hizo un pequeño corte circuito porque no entendía qué hacia Santiago tocando nuestro timbre. Había pasado más de un año de la última vez que lo había visto, ¿en el cumpleaños de Valentín?

Me giré y miré a Val confundida. No quería abrir y de repente la idea de hacer como que no había nadie, me pareció excelente.

—¿Quién es?

—San…tia…go —respondí bajito.

—¿Quién? —Se acercó porque yo estaba modulando palabras sin que saliera sonido de mi boca.

—S-a-n-t-i-a-g-o.

—¿Tu ex?

Rodé los ojos.

—Sí.

Abrió la puerta. Yo me quedé detrás, preparada para atacar en cuanto Santiago hiciese un movimiento extraño.

—Hola, ¿qué haces aquí? —preguntó con la mayor calma posible, yo ya me arrancaba las uñas. Qué extraño era ver a un ex después de tanto tiempo.

—Hola. —Santiago se aclaró la garganta—. Perdón por venir así de la nada, ¿está Maddie?

Aparecí de detrás de la Val. No sé por qué me sentí como perrito mojado bajo la lluvia.

—Hola, ¿pasa algo? —pregunté, tratando de no sonar tan ruda. No odiaba a Santiago, solo habíamos tenido una relación de niños inmaduros.

Se rascó la nuca.

—Hola Maddie, yo… venía por dos cosas. —Sacó algo de su mochila—. Toma, creo que esto es tuyo. —Cogí el cuaderno verde que me estaba entregando. Pensé que lo había perdido, tenía todos los cuentos que escribí cuando estaba con él—. Están haciendo una remodelación en casa y esto apareció entre todo el desorden. Pensé que había mucho material como para no entregártelo.

—Gracias. —Me quedé mirando el cuaderno emocionada y estupefacta de tenerlo otra vez en mis manos. Significaba mucho para mí. Me había pasado días enteros tratando de recordar los cuentos que escribí allí, pensando que era lo mejor que había escrito en la vida—. Esto es…

—Sé que era importante para ti, no lo soltabas y me acordé que lloraste mucho cuando lo perdiste. Perdón, nunca pensé que estaba atrapado en mi armario.

Tragué saliva. Era un bonito gesto. Valentín seguía junto a mí, atento a cada movimiento de Santiago. Él sabía de la existencia de ese cuaderno, ya se lo había contado.

—Sí, no pensé que lo volvería a ver. De verdad, gracias. No lo esperaba.

—Lo otro es que ya que quería entregarte esto, aprovecho de pedirles disculpas. —Soltó el aire —. Me porté como un imbécil, sobre todo involucrando a Fabiana. —Miró a Valentín y dio un paso atrás—. Eso, disfruta tus cuentos Maddie. Y disculpa de nuevo… por todo.

Valentín le estiró la mano y Santiago se la cogió.

—Creo que todos nos equivocamos en ese momento. Gracias por decirlo y por el cuaderno. Ya veo que no parará de hablar de eso.

Bufé.

—No me queda la menor duda —replicó Santiago. Me acerqué a darle un beso en la mejilla.

—Gracias. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien. —Me dio un golpecito en el hombro y con un gesto se despidió de ambos. Parecía sincero.

Valentín cerró la puerta y se giró.

—Esto fue extraño, pero tenía buenas intenciones.

Alcé el cuaderno entre los dos.

—Te voy a leer un cuento antes de dormir.

Valentín soltó una carcajada.

—Me alegro que te haya traído ese cuaderno, parece como si fueras a correr por toda la casa de felicidad —bromeó. Noté que estaba caminando de un lado a otro con el cuaderno abierto,

leyendo los títulos de mis cuentos sin parar.

—Quiero hacerlo, pero no quiero que Phoebe se asuste y piense que sus padres son unos raros que la raptaron.

—Supongo que tu felicidad es por el cuaderno y no porque acabas de ver a tu ex. —Frunció el ceño y detuve todos mis movimientos.

—Podría venir Frankenstein a entregarme este cuaderno y Frankenstein no me importaría nada. —Me aclaré la garganta—. A ver, me voy a explicar mejor. Si entra Henry Cavill y me entrega este cuaderno, le diría que muchas gracias y que se vaya luego porque quiero leerlo.

Valentín soltó una carcajada.

—¡Mentirosa! Ese cuaderno volaría lejos y te lanzarías sobre Henry Cavill, no vengas con que no.

Bufé.

—No me dejas demostrar mi punto. Si hubiese una invasión zombie y este cuaderno viene en la mano de uno, sería capaz de lanzarme al zombie y quitárselo.

—Pero no vengas con que no te lanzarías a Henry Cavill.

Un maullido nos distrajo.

—Iré a darle comida —murmuré—, ¿puedes preparar su arenero? Quizás ya tiene que hacer y no tiene donde.

—¡Voy! Y no creas que se me olvidó esta felicidad repentina al ver a tu ex —dijo entornando los ojos—. Esto requerirá cierto tipo de recompensa para que se me olvide. No será para nada fácil.

—¿Seguro?

—Mmm… sí, seguro.

Lo quedé mirando tratando de aguantar la risa. Nunca había visto a Valentín celoso.

—¿Te pusiste celoso de Santiago?

Arrugó el entrecejo

—No, para nada. Tú sabes que no soy celoso. —Se giró y empezó a echar arena en el arenero. Ningún otro sonido salió de su boca. Se puso de pie de nuevo y yo seguía allí—. ¿Por qué me miras así?

—Solo estoy admirando a mi hermoso novio mientras se hace cargo de nuestra hija.

—Lleva dos minutos acá y ya me quiere más que tú.

Solté una carcajada y me subí a su espalda.

—No te voy a soltar hasta que me digas que me amas.

—No.

—Bueno, entonces me tendrás que llevar así para todas partes. —Lo envolví con mis pies y manos. Parecía un mono encaramado en él.

No podía aguantarse a la risa y caminó conmigo hasta la habitación, se lanzó arriba de la cama y quedó acostado conmigo sobre su espalda. Repentinamente se giró y me quedé yo bajo sus brazos. Agarró mis dos muñecas y las dejó sobre mi cabeza, su cara estaba a escasos centímetros de la mía y comenzó a darme besos por el cuello, sin soltar mis manos. Con mis piernas lo envolví y desde su trasero lo empujé para que quedara pegado a mi cuerpo.

—Yo solo quería darte unos besitos —susurró—, pero ya que me obligas…

Dejó la frase en el aire, se enderezó y se sacó la camiseta. Su cuerpo era una de mis obsesiones y sus tatuajes eran algo que siempre quería tocar. Atrapada entre su cuerpo era poco lo que yo

podía hacer. Metió su cabeza bajo mi sudadera y desabrochó el sostén para besar cada parte de mi pecho. Valentín sabía dónde y cómo tocarme para encenderme y desarmarme.

Me derretí con sus labios lamiendo la punta de mis pechos.

—¿Yo te estoy obligando? —pregunté, con un hilo de voz.

—Sí.

Salió de debajo de mi sudadera y lo cogí del cuello para que me besara. Bajé sus pantalones con una de mis manos, tratando de ser veloz. Luego lo hice con el mío, ayudándome de mis pies para bajarlo más rápido. ¿Por qué estaba tan ansiosa? Él me tenía así, queriendo mucho de él.

A veces quería estar media hora besándolo y a veces solo quería sentirlo dentro de mí, sabiendo que con eso la electricidad y desesperación de mi cuerpo se vería saciada.

Abrió mis piernas y se hizo lugar en ellas, avanzando y retrocediendo con movimientos firmes y profundos. Enterré mis uñas en su espalda, sintiendo sus músculos moverse bajo mis manos.

Besé los nuevos tatuajes que tenía en su cuello, sabiendo que mi lengua en esa parte de su cuerpo lo encendía más.

Agitado y acelerado, subió de nuevo mis manos sobre mi cabeza y levantó mis piernas. Su cara estaba perlada por el sudor y volví a sus labios, ansiosa de más, ansiosa de su lengua.

—Eres preciosa.

Solté una risita.

—Me encanta que seas mío, Valentín.

—¿Yo, tuyo? Mmm…

—Ah, ¿no?

—¿Qué crees tú? —susurró en mi oído—. Completamente.

Minutos después de gemidos, manos deslizándose por nuestra piel, besos recorriendo todos los lugares, y corazones acelerados, Valentín dio una última embestida que me hizo temblar. Mordió mi oreja suavemente.

Escuchamos un maullido y teníamos a phoebe a los pies de la cama, sin entender nada.

—Somos terribles padres. Esto… no era apto para nuestras hijas.

—Los peores —confirmó él. Cogió a Phoebe y la dejó sobre su pecho. Lo abracé y me quedé mirando esa carita peluda que se acurrucó y se quedó dormida de inmediato. Maya llegó un par de minutos más tarde y se acurrucó en mi espalda. Con el pie saqué las sábanas que me tapaban las piernas.

—Tengo calor —dije bajito.

—Shhh, no despiertes a las niñas.

Cerré los ojos pensando en que estaba feliz, pero no feliz a medias, feliz feliz. Mi vida con Val era increíble. Teníamos cada uno un libro en camino, *El amor se escribe por capítulos* era un éxito que me tenía orgullosa.

Aunque tenía miedo de fallar como escritora, sabía que iba a dar lo mejor de mí. Y ese cuaderno verde que había quedado en la salita, era el primer paso para un sueño que tenía desde hacía mucho tiempo: un libro de cuentos.

Cerré los ojos cuando oí la respiración más fuerte de Valentín, se había quedado dormido.

Fin.

Índice

1. ¿Por qué no te fuiste a dormir?
2. El chico misterioso
3. La apuesta
4. Café helado de frutillas y crema
5. El celular olvidado
6. Bella y Edward
7. No soy yo, eres tú
8. Latte con un toque de menta
9. Capítulos publicados
10. Las reglas del juego
11. Yo no, pero tú… sí
12. Chocolate caliente
13. Vino y champaña
14. Romántico
15. Parecían tenerlo todo
16. Guerra de salsas
17. Tú, no él
18. ¿Qué quieres de mí?
19. Es la hora
20. Mensajes equivocados
21. Agreguemos un beso
22. Un beso ansiado y arrepentido
23. No le cuentes a nadie
24. Distancia
25. Vamos con la verdad
26. Solo eres tú
27. La indecisión
28. Anochecer
29. Te mentí
30. No todo fue coincidencia
31. ¿Debería importarme?
32. Soy una vampira
33. Conociendo a Fabiana
34. Escribir de amor
35. Tócame más
36. Un cumpleaños de mierda
37. Te quiero decir qué pasó
38. Escoge: él o tu libro
39. ¿Es esa tu elección?
40. Nosotros pertenecemos
41. Eres arte
42. Eres arte II
43. Una bola de nieve

44. Nuevas condiciones
45. Nuevas oportunidades
46. Tu lado de la historia
47. Novio falso, y… ¿amigo falso?
48. Tenemos un mes
49. Escribiendo un final
50. Reproducir audio
51. Otra propuesta irrechazable
52. La desaparición de Mads
53. Una nueva oportunidad
54. Distanciamiento
55. El cumpleaños de Max
56. 138.000 palabras de amor
57. Nueva edición